



# UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

## TESIS DOCTORAL

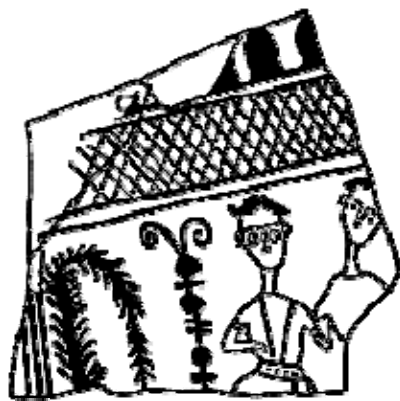
Título
<b>Estructuración y uso sociocultural del espacio en el mundo ibérico del valle del Ebro</b>
Autor/es
<b>Pilar Iguácel de la Cruz</b>
Director/es
María Josefa Castillo Pascual
Facultad
Facultad de Letras y de la Educación
Titulación
Departamento
Ciencias Humanas
Curso Académico
2001-2002



**Estructuración y uso sociocultural del espacio en el mundo ibérico del valle del Ebro**, tesis doctoral

de Pilar Iguácel de la Cruz, dirigida por María Josefa Castillo Pascual (publicada por la Universidad de La Rioja), se difunde bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported. Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden solicitarse a los titulares del copyright.

- © El autor
- © Universidad de La Rioja, Servicio de Publicaciones, 2013  
publicaciones.unirioja.es  
E-mail: publicaciones@unirioja.es  
ISBN 978-84-695-8853-6



# Estructuración y uso sociocultural del espacio en el mundo ibérico del valle del Ebro

Pilar Iguácel de la Cruz



*Reunimos treinta radios y lo llamamos rueda,  
pero es en el espacio donde no hay nada, de lo que  
depende la utilidad de la rueda.*

*Giramos el barro para hacer un jarro,  
pero es en el espacio donde no hay nada, de lo que  
depende la utilidad del jarro.*

*Abrimos puertas y ventanas para hacer la casa,  
y es en el espacio donde no hay nada de lo que  
depende la utilidad de la casa.*

*Por tanto, tal como nos aprovechamos de lo que es  
deberíamos reconocer la utilidad de lo que no es.*

Tao Te Ching



## INTRODUCCIÓN

En nuestro trabajo sobre la estructuración y el uso sociocultural y simbólico del espacio del mundo ibérico del valle del Ebro, vamos a partir de una concepción del territorio como marco espacial. Va a *ser reconocido* por sus propios habitantes, al mismo tiempo que éstos van a *reconocerse* en él. De esta manera el territorio se va a convertir en el dispositivo espacial que expresa la identidad del grupo, esa conciencia colectiva que va a ser entendida como variable determinante en la definición de grupo étnico.

El patrón de asentamiento resultante de la relación entre este territorio y el poblado, y de la estructuración jerárquica del espacio territorial, pasa a ser contemplado como la manera que tiene una determinada cultura de organizar y simbolizar su territorio. El poblado va a ser por tanto un elemento primordial en el mismo. Pero, igualmente lo van a ser las necrópolis y los lugares con un carácter cultural y sagrado. Todos ellos van a ordenar la articulación espacial del territorio, entendiendo éste como un sistema en el que cada uno de los núcleos es un elemento activo que desempeña una determinada función, que a su vez determina su posición en la jerarquía resultante. Pero dicha función no puede tenerse en cuenta únicamente como variable definidora del patrón de asentamiento, sino que también va a ser considerada elemento determinante en la estructuración del espacio restringido del poblado.

Sin embargo, a estas dos variables va a ser añadida una nueva, el tiempo, puesto que sin una visión diacrónica es imposible alcanzar un conocimiento real del proceso histórico. Por otro lado, el diseño urbanístico del poblado no va a responder únicamente a las condiciones económico-sociales referidas al ámbito

exterior al mismo, sino que igualmente las vamos a considerar escenario y proyección de las actividades sociales y económicas de sus habitantes. Las estructuras de los distintos núcleos poblacionales van a estar determinadas por las diversas formaciones sociales, a una parte de la cual servirán como refugio y vivienda.

En este caso, el análisis arqueológico se ha dirigido hacia la diferenciación de lo que se ha llamado áreas y lugares de actividad, que en el espacio restringido del poblado y en relación con las unidades constructivas de éste, pueden traducirse en la existencia de simples agrupaciones habitacionales o barrios diferenciados. El espacio va a quedar articulado por su carácter productivo o de consumo, por el uso y función del mismo. Esa complejidad estructural resultante de la utilización social y económica del espacio, contrasta con la generalizada simplicidad y homogeneidad de la técnica constructiva que caracteriza los poblados ibéricos, a excepción claro está de los sistemas de amurallamiento de los mismos, y que choca con la aparente riqueza arquitectónica en el ámbito de las necrópolis. Un paso necesario va a ser la delimitación del conjunto habitacional perteneciente a una sola 'familia', así como su estructuración interna, pudiendo constatarse de esa manera si la unidad familiar constituía realmente la unidad productiva fundamental en la economía ibérica. Pero además, el carácter funcional del poblado considerado como un todo en sí mismo, y como parte integrante al mismo tiempo de la estructura más amplia que es el territorio, apunta hacia agrupaciones económicas mayores, que a su vez hablan de una cierta complejidad en la producción económica.

Por otro lado, no vamos a olvidar el carácter simbólico que puede alcanzar el espacio, reflejado en la mayoría de las ocasiones en las formas constructivas y cuyas unidades arquitectónicas, vamos de poner en relación con la representación del control político y religioso. El trabajo invertido en su construcción, su ubicación fuera o dentro del propio poblado, con una posición central o excéntrica dentro de



éste, la distribución y utilización de su espacio interior, así como su aparente relación con formas de almacenaje y su posible ornamentación, determina su función, tanto práctica como simbólica.

Así, la estructuración de los distintos espacios públicos y privados se va a constituir en aspecto fundamental de la articulación de las relaciones sociales que caracterizan la cultura ibérica, de igual manera que lo harían con cualquiera de los demás sistemas culturales. Cada uno de ellos vendría definido por un modelo concreto de articulación espacial.

Sin embargo, si el objetivo de nuestra investigación se parase en ese plano, el espacio y su organización quedaría prácticamente reducido a mera cartografía, a una abstracción simplificadora resultado del desciframiento del orden coercitivo del territorio y el asentamiento protohistórico, mediante nuestro propio universo conceptual. En un intento de ir más allá, hemos pretendido un acercamiento a la propia perspectiva del íbero. Si nuestra intencionalidad como investigadores es *conocer* su espacio, la de nuestros protagonistas sería *reconocerse*, ya sea en el territorio ya sea en el asentamiento, como elementos activos de una colectividad homogénea, plenamente identificados con el esquema espacial circundante. Por tanto, debemos considerar el entorno como uno de los dispositivos activos en la consecución de la etnicidad, debido precisamente a su identificación con una determinada formación social, y a su relación dialéctica con la misma. Así, si el espacio natural puede verse transformado y reinterpretado por la acción del hombre de manera relevante para sí mismo, el entorno inmediato, al mismo tiempo y mediante su percepción, contribuye a una abstracción de la realidad, inconsciente en la mayoría de las ocasiones, que a su vez guiará el comportamiento de cada uno de los individuos componentes de una sociedad dada.

Si logramos sistematizar el *continuum* que constituye el espacio en una serie de unidades diferenciadas, cada una de éstas significaría para los individuos que

forman la comunidad, una serie de expectativas, prescripciones y prohibiciones, fuertemente dotadas de un carácter social y cultural, que al mismo tiempo facilita la identificación con las mismas.

Es decir, partimos de la idea de que existe una íntima relación entre el orden del mundo y el orden del espacio humano, de tal manera que la articulación del espacio habla de una forma de concebir la realidad. Cada cultura percibe, en parte, esa realidad a través de su propia construcción del espacio, por lo que su articulación no es en absoluto inocente en el propio proceso de narración del mundo. Por tanto, si hay diversas maneras de realizar dicha narración, tiene que haber otras formas de ser en el mundo.

Las distintas aproximaciones a las manifestaciones ibéricas por parte del arqueólogo/prehistoriador/historiador, del narrador de historias pasadas, necesariamente forman parte de distintas maneras de percibir la realidad, por lo que los presupuestos ideológicos y teóricos de los que parte el investigador son determinantes en el acercamiento a las formas de ser de 'los otros' objeto de estudio.

Así las cosas, nuestro trabajo debe partir necesariamente de una visión minuciosa de las distintas aproximaciones teóricas al registro arqueológico del mundo ibérico: *La reinterpretación del marco espacial* -capítulos 1, 2 y 3. En una segunda parte, *El espacio Ibérico como sistema de comunicación*, fijaremos el conocimiento actual de dicho registro de acuerdo a los distintos niveles del espacio -capítulos 4,5 y 6-, para posteriormente, y a partir de aquél, abordar una sistematización de lenguaje espacial ibérico con la ayuda de las diversas ciencias cognitivas -capítulo 7. Por último, intentaremos una aproximación al entorno simbolizado de los íberos del valle del Ebro a través de sus esquemas perceptivos significativos y la relación entre éstos y su forma de ser en el mundo -capítulo 8.

**LA REINTERPRETACIÓN  
DEL MARCO ESPACIAL**



## ENFOQUE HISTÓRICO POSITIVISTA

La lectura de los textos clásicos implicados en la investigación del mundo ibérico nos ha permitido constatar -algo admitido por la generalidad de los investigadores dedicados al mundo ibérico- un cúmulo importante de diferencias en las distintas áreas interpretadas como ibéricas. Una vez reconocidas tales diferencias, ¿podemos y/o debemos seguir considerando Íberos a los habitantes de un lado u otro del Júcar? Tradicionalmente no parece haber ninguna duda al respecto, aunque como vamos a ver a continuación, la identidad de lo ibérico, ha ido variando paulatinamente y a la par de las diversas tendencias teóricas, que caracterizan los contenidos cognoscitivos de la propia disciplina arqueológica, obedeciendo a determinaciones lógicas y relaciones entre conceptos. En los recientes estudios de epistemología prehistórica, se alude a la necesidad de que un análisis de este tipo, se aleje lo más posible de una aproximación cronológica a los acontecimientos bibliográficos y de investigación arqueológica (Vicent García, 1982, 1984, 1985), quizá en reacción a una historiografía demasiado tradicional e historicista<sup>1</sup>. Otros teóricos críticos, sin embargo, defienden los sucesos que

---

<sup>1</sup> En este sentido es interesante la recensión sobre el Congreso de Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua coordinado por Arce y Olmos [J. Arce - R. Olmos (coord.), *Historia de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid 1991] realizada por Ortiz [C. Ortiz García, "Historia de nuestra vieja historia", *Arquítica*, 5 (1993), pp. 1-2] en la que se hace hincapié en una cierta inmadurez de la historiografía arqueológica, en una posible pobreza de resultados ante el hecho de que la mayoría de los historiadores de la arqueología sean los propios arqueólogos, y finalmente y más importante, ante la escasez de reflexión real sobre los métodos y el objeto de estudio de los distintos enfoques, escuelas o autores. Dicha reflexión sin embargo, sí comienza a surgir en algunos de los trabajos presentados en el reciente II Congreso Internacional de Historiografía [cf. G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997].

inscriben la disciplina, si no como elementos constituyentes de los fundamentos de la misma, sí como algo no ajeno a aquéllos y, por tanto, necesario a la hora de la reflexión teórica (Lull, 1991: 231-232).

### 1.- Matriz teórica difusionista

Los íberos parecen tomar importancia en la investigación arqueológica española a comienzos del siglo XX, dentro de un marco metateórico positivista, caracterizado por un modelo teórico difusionista, y siempre como elemento pasivo del fenómeno colonial prerromano ocurrido en la Península. En un primer momento, los datos empíricos utilizados por los investigadores son aquellos recolectados de las fuentes clásicas, lo que da lugar a meras lucubraciones, cada cual más dispar: desde los íberos originarios de Asia Menor -Humbolt-, hasta los procedentes de América -Phillips-, pasando por su identificación como supervivientes de la Atlántida, hipótesis como vemos, más propias de mentes soñadoras que de planteamientos científicos (Philippon, 1909). Posteriormente, y con la aparición de la Dama de Elche y algunas otras manifestaciones escultóricas ibéricas, el esfuerzo de los que pudieran ser considerados los primeros *iberistas* se encamina hacia la consecución, para las manifestaciones del arte ibérico, de un puesto digno entre los grandes estilos artísticos del Mediterráneo y entre las mejores colecciones de objetos de arte (Ruiz Rodríguez, 1993a: 193)<sup>2</sup>.

El Positivismo Clásico es el modelo de racionalidad imperante en el momento y aquél que sustenta los programas de investigación científica que se están desarrollando durante esos años, aunque en nuestro caso, que no es otro que el que afecta a la disciplina prehistórica, ésta todavía no ha alcanzado el estatus de científica desde el punto de vista epistemológico, aunque si es considerada ya como 'disciplina normal'. Es el denominado primer principio característico de la segunda fase de la periodización de la Prehistoria llevada a cabo por Sterud (1973: 4-6) en el que ésta ha asumido ya el paradigma -en sentido kuhniano- evolucionista, un método tipológico y una periodización que sigue cíclicamente el

---

<sup>2</sup> Para una visión global del proceso de 'invención de los íberos', cf. Olmos Romera (1998).

esquema de las tres edades<sup>3</sup>. El evolucionismo unilineal se ha convertido en el ideal ilustrado gracias a su defensa del 'progreso'. En un primer momento la matriz difusionista supone una reacción a este último, al defender la inmutabilidad y el particularismo mediante un principio de contacto, y un método caracterizado por la utilización de paralelos tipológicos y del llamado 'fósil guía'. Sin embargo, el posterior acercamiento entre el primer evolucionismo darwinista y el Positivismo cientifista<sup>4</sup> trae consigo la aceptación del difusionismo, al desaparecer la oposición inicial entre éste y el evolucionismo definido años antes (Ruiz Rodríguez, 1993a: 193-194).

Esta tendencia a explicar el cambio cultural como resultado de contactos interculturales surgidos de un fenómeno de difusión o de migración, es una de las consecuencias de una concepción de la cultura normativista y politética. La otra es la propensión a subrayar las diferencias y particularidades que separan unas sociedades de otras. La cultura como norma presupone que en los objetos se encuentran expresadas las normas culturales que, por su parte, determinan lo que es cultura. La cultura politética requiere la conjunción de ciertos rasgos diferentes en un mismo momento y lugar. El resultado es la profusión de síntesis arqueológicas caracterizadas por la descripción (Johnson, 2000: 34-36).

Paralelizable con la Antropología, esta fase de la disciplina prehistórica se correspondería con aquella otra sistematizada por Harris (1978: 1-6) y caracterizada por las búsquedas de teorías generales de la cultura -ciclo nomotético-, con la diferencia de que el objeto histórico en Antropología se convierte en objeto físico. La Prehistoria como disciplina se transforma en ciencia natural, y entra en contradicción con la Prehistoria como objeto de investigación, que permanece en la categoría de objeto histórico (Vicent García, 1982: 22). El resultado es la desaparición de la primera, la Prehistoria teórica, cuyo vacío pasa a ser ocupado por una Arqueología prehistórica positivista, y por la práctica

---

<sup>3</sup> Esta periodización general clásica contiene constantes descriptivo-tipológicas resultantes de los principios verificacionistas del *realismo* antiteórico, que a su vez se encuentra relacionado en sus orígenes con el positivismo decimonónico: los términos de la periodización deben representar entidades reales observables, al mismo tiempo que su estructura debe ser igual a la del registro empírico (Martínez - Vicent, 1983: 346)

continuada de la interpretación de las categorías simplemente taxonómicas en términos histórico-culturales, como fenómeno de extrapolación metodológica desde la Prehistoria teórica rechazada (*Ibidem*: 23).

### 1.1.- Los íberos y el fenómeno colonial prerromano

Como resultado de la asunción de dicha metodología, y de la aceptación de la matriz teórica difusionista, los orígenes de la cultura ibérica se buscan constantemente en el mundo mediterráneo más prontamente 'civilizado', adoptando así el mito del invasor, bienhechor y civilizador, frente al indígena, bárbaro y susceptible de ser civilizado. A esta idea, como ya vimos, no son ajenas las propias fuentes clásicas. Se establece entonces la polémica entre la hipótesis paleogriega y la púnica (Paris, 1907), basada ésta únicamente en el análisis estilístico y taxonómico de la cerámica ibérica, para la que Paris (1903-1904), a partir de los materiales del Cerro de la Cruz y de Almedinilla, defendía un origen micénico y una cronología del siglo XII a.C.<sup>5</sup>. Mientras, Siret (1913), después de sus excavaciones en Villaricos y otros yacimientos de la provincia de Almería, le presuponía una procedencia púnica, llegando a establecer una serie de oleadas semitas en la Península, a partir de la cerámica ibérica y de la decoración geométrica de la misma. Con sus investigaciones se inaugura el modelo colonial dentro de un enfoque difusionista, que caracterizará durante años no sólo las

---

<sup>4</sup> Era el denominado Biologismo Positivista sistematizado por Spencer y aceptado unánimemente por los científicos y los humanistas españoles del momento (Villacorta, 1980).

<sup>5</sup> En Cataluña, dicha hipótesis era admitida por Pijoán [J. Pijoán, "La cerámica ibérica a l'Aragó", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, II (1908), pp. 241-262]. Pero, a pesar de su origen micénico, lo ibérico, tiene cierto halo de rareza que se traduce en primitivismo, puesto que la 'estética' de la cerámica ibérica, no participa del canon de belleza impuesto por la Grecia Clásica en el marco cultural mediterráneo. Como consecuencia, aquélla es considerada industria y no arte, tal como refleja el título de la obra más destacada de Pierre Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, publicada en París entre 1904 y 1905 (Olmos Romera, 1996: 54). La escultura, sin embargo, es considerada arte, eso sí, como manifestación local de modelos llegados desde fuera, cuya 'originalidad' es consecuencia de la propia incapacidad del artista; es un arte torpe, repetitivo de lo aprendido, pero incapaz de evolucionar por su cuenta (Chapa Brunet, 1986: 45). Podemos encontrar una visión de Pierre Paris como precursor de la arqueología ibérica en Moret (1998a).



manifestaciones culturales del llamado mundo ibérico, sino las etapas prehistóricas inmediatamente anteriores a éste<sup>6</sup>.

José Ramón Mélida, por su parte, mantiene la hipótesis de una cultura propia de la Península Ibérica, en la que coexisten, eso sí, elementos orientales, griegos y autóctonos, y dentro de la cual la cerámica ibérica era considerada celtibérica<sup>7</sup>. Su obra no está desprovista de un trasfondo teórico. Su clara defensa del método positivista le ha llevado a ser considerado en alguna ocasión, uno de los primeros teóricos de la Arqueología en nuestro país, dentro de una corriente definida como krauso-positivista<sup>8</sup> (Almeida Boix, 1991), pero que sin embargo, no logró desbancar al modelo colonial.

Una y otra postura, la filohelénica y la filopúnica, helenismo *versus* orientalismo, mantienen la existencia de una colonización civilizadora y bienhechora, que ideológicamente hay que poner en relación con el neoimperialismo que, a comienzos de este siglo, se está llevando a cabo en el noreste de Africa y que es continuador del desarrollado durante el siglo anterior. La Historia, y más concretamente en este caso, la arqueología ibérica, se convierte de nuevo en el arma defensora de una ideología muy concreta. Estos esquemas difusionistas son reflejo de los estudios de esos movimientos contemporáneos colonizadores y de conquista, que se encuentran enmarcados en una perspectiva civilizadora que, a su vez, se materializa en avances técnicos y económicos, ayudando a legitimar la historia inmediata (Cruz Andreotti, 1987: 232). Es decir, el modelo estatal occidental, dentro de una visión europeocentrista de la historia, se convierte en referente de la evaluación del desarrollo político y económico, y de la transición de la barbarie a la civilización (*Ibidem*: 230-231). El análisis, y las teorías

---

<sup>6</sup> Para los últimos análisis sobre la figura de los hermanos Siret y su aportación a la arqueología de las culturas del sureste peninsular, Cf. *Los cimientos de la ciencia prehistórica en España. Luis Siret y las Culturas del Sudeste*, reciente curso de verano (15-19 de Julio de 1996) de la Universidad Complutense en Purchena (Almería). Una revisión de las conclusiones de Siret desde la perspectiva de la *New Archaeology*, en Blance (1986).

<sup>7</sup> Para conocer el estado de la cuestión de los primeros años de la arqueología ibérica, cf. Mélida (1906).

<sup>8</sup> Su conferencia pronunciada en 1885 y publicada ese mismo año en el *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana* bajo el título *La Arqueología: verdadero concepto de esta ciencia y método para su estudio según las tendencias modernas*, pasa por ser su principal manifiesto teórico.

del conocimiento pues, se encuentran condicionados por la idea de Estado imperante en esos momentos en Europa.

Dentro del proceso migratorio difusionista, se muestra como determinante la civilización necesaria que debe traducirse en una aculturación radical, convertida casi en suplantación, mediante una dominación supraestructural estatal (*Ibidem*: 231). Estas formaciones de entidades nacionales se convierten en la línea temática fundamental, en la que los hechos son las variables nucleares a partir de las cuales toman forma las distintas tendencias<sup>9</sup>. Al mismo tiempo, el conocimiento de los hechos conducirá a una instrumentación metodológica caracterizada por una crítica histórica de los documentos originales (*Ibidem*: 233). Será precisamente la tradición historiográfica alemana de fines del siglo XIX y comienzos de éste -hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial-, y que tanto peso específico ha tenido en el desarrollo de nuestra propia historiografía, la encargada de unir el concepto de Estado con el de nación, aportando éste último la facultad de delimitar individualmente cada uno de los estados (*Idem*, 1991: 146, n.11)<sup>10</sup>.

En este marco teórico e historiográfico tenemos que encuadrar al alemán Adolf Schulten, encargado de dar autonomía desde el punto de vista empírico a la protohistoria peninsular y aportar el marco conceptual utilizado durante décadas por los estudiosos, ahora ya 'indígenas', dedicados a esa fase histórica. Este hecho ha llevado a algunos investigadores a considerar al profesor de Erlangen como potenciador de un modelo de historia filológica, transformable, eso sí, en arqueología (Olmos Romera, 1991: 135; Tarradell, 1975b: 386-387)<sup>11</sup>. Los argumentos filológicos se encardinan perfectamente en su esquema étnico: en

---

<sup>9</sup> Las sociedades antiguas, en cuanto que comunidades legisladas jurídicamente y formadas por elementos étnicos y lingüísticos comunes, atraen la atención de los historiadores deseosos de justificar presupuestos ideológicos imperantes en el momento y hacen de la Antigüedad un referente continuo necesario (Cruz Andreotti, 1987: 233).

<sup>10</sup> Para la concepción histórica de la ideología alemana, cf. G. G. Iggers, *The German Conceptions of History*, Middletown 1968; L. Cánfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid 1991.

<sup>11</sup> Esa misma tendencia filológica puede rastrearse en autores considerados de alguna manera antecesores de determinados aspectos de la obra de Schulten. Así, el *Periplo de Himilco* de Antonio Blázquez (1909) es considerado el precedente más directo de la *Ora Marítima* de Schulten, sobre todo en la concepción de la etimología como ingrediente esencial en la interpretación de lo topográfico y lo religioso, y de la misma manera que Bonsor lo es en cuanto reflejo del ambiente de patronazgo aristocrático característico de la arqueología de aquella época (Olmos Romera, 1991: 136). Sobre las relaciones entre Arqueología y Filología, cf. Mayer (1992).

primer lugar la filiación lingüística es la encargada de delimitar el componente étnico, tarea que posteriormente es completada por medio de elementos políticos, sociales y culturales<sup>12</sup>. Surge así en él la confrontación entre helenismo y orientalismo, característica igualmente de la historia del momento. Finalmente y a pesar de una inicial ambigüedad, acaba decantándose por la civilización helena -detentadora de todas las buenas cualidades- y en contra de la barbarie semita -poseedora de todos los vicios reprobables- (Olmos Romera, 1991: 140). Vuelve a quedar patente en esta postura filogriega el resurgimiento nacionalista alemán heredado por Schulten, y basado en la autoafirmación a partir del rechazo al otro, al inferior (Cruz Andreotti, 1993: 399; Cruz - Wulff, 1993: 186).

En la aplicación de su ecuación etnia-cultura-nación-estado al ámbito protohistórico peninsular, los problemas surgen cuando debe admitirse la existencia de etnias diferentes que rompen la homogeneidad deseada, y necesaria para mantener su principio de que toda etnia está definida por un carácter consustancial a la misma. Surge entonces el determinismo geográfico, el medio físico como mediador de la raza, como nexo de unión de elementos étnicos similares, y queda así explicada la asociación posterior entre tartesios y turdetanos (Cruz Andreotti, 1991: 147).

Al mismo tiempo, y por otro lado, acaba produciéndose un divorcio entre fuentes escritas y datos arqueológicos. En el caso de los íberos, debe conjugar su postura filogriega con una antigua procedencia africana de aquéllos, vieja idea de Leite Vasconcellos. En aquel momento, justifica la ausencia de materiales micénicos en el registro arqueológico, por un lado, mediante una pretendida vinculación directa entre cerámica ibérica y cerámica micénica, y por otro, a través de la veracidad de las fuentes escritas, las cuales deben predominar sobre las arqueológicas (Schulten, 1921).

---

<sup>12</sup> Si la escritura tirseno-tartésica procede de Lidia y es una de las más antiguas conocidas, los tartesios, como habitantes de un potente estado -de ahí la búsqueda obsesiva de la ciudad de Tartessos cuyo descubrimiento convertiría al arqueólogo alemán en un nuevo Schliemann de Occidente- deben descender, al menos culturalmente, de los helenos. El esquema engarza perfectamente con la ya aludida idea del Estado-nación característica de la historiografía alemana de comienzos de siglo. Los presupuestos racistas parecen identificarse después de la Primera Guerra Mundial, con una pretendida asimilación entre lo ario y los principios éticos y de comportamiento griegos, aunque matizados por el cristianismo y siendo pervivencia de una civilización superior (Cruz Andreotti, 1991: 146 n.15).

Vemos pues cómo, a pesar del cambio de protagonistas, foceos o fenicios, es patente una oposición continua entre helenismo y orientalismo, estableciéndose siempre como punto de referencia el análisis estilístico de las manifestaciones artísticas. La arqueología ibérica se convierte así en una *historia del arte*, establecida en términos descriptivo-positivistas.

### 1.2.- Los íberos y los nacionalismos

Un segundo momento historicista-difusionista, en el que los íberos pasan a ser considerados una nación, comienza con la publicación de la tesis de Bosch Gimpera (1913, 1915) sobre la cerámica ibérica y las primeras excavaciones sistemáticas. Bosch Gimpera (1932) representa la versión descentralizada de la visión nacionalista<sup>13</sup>. El pre-historiador catalán lidera la llamada Escuela Clásica o Escuela de Barcelona, eso sí, dentro del mismo enfoque histórico positivista<sup>14</sup>, y en

---

<sup>13</sup> Un buen estudio crítico sobre el fenómeno del nacionalismo en arqueología se encuentra en Klejn (1978). Varios aspectos de las repercusiones del nacionalismo español son analizados por Díaz-Andreu [cf. M. Díaz-Andreu, "The past in the present: the search for roots in cultural nationalisms. The Spanish case", J.G. Beramendi - R. Máiz - X.M. Núñez (coords.), *Nationalism in Europe: Past and Present*, Santiago de Compostela 1994, pp. 199-218; *Idem*, "Archaeology and Nationalism in Spain", P.L. Kohl - C. Fawcett (eds.), *Nacionalism, Politics and the practice of Archaeology*, Cambridge 1995, pp. 39-56; *Idem*, "Nación e internacionalización. La arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX", G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp. 403-416.

<sup>14</sup> Para un vistazo a la persona del arqueólogo catalán, cf. Tarradell (1974), Pericot (1976), Comas (1976), el congreso *A Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario*, México 1996, Junyent (1998) y Mederos (1999). Los antecedentes nacionalistas se encuentran en la llamada arqueología patriótica de principios de siglo, impulsada por las asociaciones de excursionistas típicas de la época, y cuya creación respondía a un creciente y generalizado interés en toda Europa por la Prehistoria, interés al que hay que añadir en el caso catalán, la preocupación por recuperar la lengua y la historia propia (Cortadella i Morral, 1991: 161) como instrumento de identidad y cohesión. El reflejo institucional será la creación del *Institut d'Estudis Catalans*, y luego más tarde del *Servei d'Investigacions Arqueològiques*. Para conocer la función arqueológica de estas asociaciones, cf. J. Cortadella i Morral, "La investigación arqueológica en las asociaciones excursionistas catalanas (1876-1915)", G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp. 274-286, y G. Rueda Muñoz, "La Sociedad Española de Excursiones. Sus primeros pasos para divulgar la Arqueología (1893-1936)", G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp.287-294. Una buena síntesis del estado de la investigación arqueológica en Cataluña, la podemos encontrar en dos sucesivos artículos del grupo Marc-7, formado por arqueólogos catalanes actuales: X. Dupré, O. Granados, E. Yunyent, X. Nieto, N. Rafel y F. Tarrans (1986, 1987), Más recientemente L. Calvo Calvo, "Prehistoria, atnología y sociedad en la Cataluña del primer tercio del siglo XX. La investigación al servicio del

la que se encuentran junto a él Pericot (1934)<sup>15</sup> y del Castillo<sup>16</sup>, quienes realizan pocas reestructuraciones de los presupuestos originarios de la Escuela. Bosch participa, al igual que lo hiciera Schulten y posteriormente García y Bellido, de una arqueología que es deudora de una concepción filológica de la historia (Olmos Romera, 1991: 135), al mismo tiempo que reflejo de una formación universitaria filológica clásica<sup>17</sup>. Todos ellos comparten además una influencia germánica que se deja entrever en el resultado final de su producción investigadora. Así, Bosch se forja en el campo de la arqueología con Gustav Kossina, teórico del pangermanismo, de quien aprende el método cartográfico, la interpretación étnica de los materiales arqueológicos, el análisis de la continuidad cultural y el rechazo a la idea de una única civilización uniforme y abstracta para todo el orbe (Cortadella i Morral, 1991: 164), y de quien hereda un marco conceptual construido con conceptos como 'etnia' o 'formación continua', aunque liberando a éstos de cualquier matiz racista e incluso antropológico. Como instrumento de investigación utilizó el perteneciente a su época, el método comparativo. La asunción del Mediterráneo Oriental como foco difusor dentro de un marco cronológico admitido, conduce a la búsqueda permanente de paralelos, de elementos detentadores de semejanzas y sincronía previamente establecidas<sup>18</sup>. Queda así inventada una Arqueología materializada en Historia<sup>19</sup>, que es

---

Catalanismo cultural y político", *Complutum*, 12 (2001), pp. 293-296.. Para el papel de la Historia Antigua en la historiografía catalana, cf. Cortadella i Morral (1986).

<sup>15</sup> Cf. Cebri` (1999).

<sup>16</sup> Su artículo en la Historia de España de Menéndez Pidal es emblemático en cuanto que es ejemplo de la historia nacionalista del momento [A. del Castillo, "El neoneolítico", en *Historia de España de Menéndez Pidal: 'España Prehistórica'*, I.1, Madrid 1975 (1ª ed. 1947), pp. 489-714].

<sup>17</sup> Esta 'arqueología filológica' se ve potenciada en cierta medida por el perfeccionamiento sufrido por sus dos instrumentos principales: la comparación, que se hace más directa y por tanto más precisa, y el análisis filológico, cuya evolución permite una aproximación más rigurosa a las noticias transmitidas por las fuentes clásicas. La consecuencia más inmediata es un acercamiento entre lo ibérico y lo griego, una ubicación del primero en el ámbito mediterráneo (Olmos Romera, 1996: 54). El trabajo de Carpenter [R., Carpenter, *The Greeks in Spain*, Pennsylvania 1929] es ejemplo de una clara búsqueda de la imagen griega en la ibérica a través del método comparativo y la clasificación taxonómica; el arte ibérico sufriría influjos de las manifestaciones artísticas griegas, especialmente minorasiáticas, de tal manera que el desarrollo local primaría en aquellos momentos en que el influjo heleno fuera menor, aunque aquél no podría deslindarse totalmente de este último.

<sup>18</sup> Cf. el apartado correspondiente al enfoque histórico positivista, dentro del capítulo dedicado a la periodización de la Edad del Bronce en la Península Ibérica [M». I. Martínez Navarrete, *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del bronce como paradigma*, Madrid 1989 :225-358].

<sup>19</sup> Denominada en ocasiones pseudo-historia étnica con cerámica (Hill- Cumberpatch, 1993: 130).

característica de este enfoque historicista y que responde a una atracción general por el texto escrito frente a la inferencia arqueológica, en un intento de buscar similitudes 'ibéricas' que se correspondan con una pretendida 'sociedad ibérica'.

Su tesis doctoral tuvo como objeto de investigación la cerámica ibérica (Bosch Gimpera, 1913, 1915), en cuyas páginas defendió el origen indígena de ésta y una cronología no anterior al siglo V a.C. Surge entonces una visión particular de la protohistoria peninsular en la que los pueblos prerromanos -la base indígena- se convierten en protagonistas de la historia, aunque la cultura clásica, especialmente la griega -por oposición a la fenicia- sigue desempeñando un papel civilizador<sup>20</sup>. Será precisamente este choque cultural e interacción mutua entre lo indígena y lo alóctono, lo que caracterice el hilo conductor de su *Etnología de la Península Ibérica* (1932), en la que Bosch apunta la existencia de un 'mosaico de supervivencias y fenómenos locales' bajo una aparente unidad cultural. La adscripción étnica se realiza, pues, a partir de las diferencias culturales: Andalucía pertenece a los grupos tartésicos, mientras que los íberos, en sentido estricto, quedan establecidos en el área catalano-hablante. Quizá este cambio positivo en la valoración del papel desempeñado por lo indígena se deba, no sólo al afán nacionalista de uno y otro bando, sino también a la 'descolonización' de la propia investigación protohistórica<sup>21</sup>. Esa visión descentralizadora conducirá a extremos tales como la

---

<sup>20</sup> Para conocer su visión global de la Historia de España, cf. P. Bosch Gimpera, *Espanya. Texte de la lli ó inaugural del curs 1937-1938 de la Universitat de Val ncia*, Barcelona 1978. A pesar de ello, en su *Prehistoria Catalana* [P. Bosch Gimpera, *Prehistoria catalana*, Barcelona 1919] sigue vigente un aprocendencia norteafricana para los íberos, tesis que, como ya vimos, fue defendida por Leite de Vasconcellos, y en ocasiones insinuada por Schulten y Sandars [H. Sandars, *Pre-Roman Bronze votive offerings from Despeñaperros y Sierra Morena, Spain*, Westminster 1906]. Asimismo, sobre la imagen de África en la antigua prehistoria española, cf. V.M. Vernández Martínez, "La idea de África en el origen de la prehistoria española", *Complutum*, 12 (2001), pp. 167-184.

<sup>21</sup> El término *descolonización* es utilizado con plena adecuación, desde nuestro punto de vista, por Cortadella i Morral (1991: 163, 165) siguiendo el ejemplo de Momigliano en su análisis sobre la realidad historiográfica italiana. Las grandes síntesis prehistóricas sobre la Península Ibérica habían sido elaboradas por investigadores extranjeros -franceses y alemanes principalmente-, atraídos por los hallazgos arqueológicos de gran calidad artística: esfinges y relieves de Agost, la Dama de Elche, ..., y que van llegando a la Península como misiones de estudio. El deseo de cambiar esa realidad por parte de las instituciones españolas del momento, tiene como resultado la creación, copiando todavía modelos extranjeros, de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas* de Madrid (*Ibidem*: 164, n.23). Esta nueva polarización es reflejada por Vilar [P. Vilar, *Catalunya dins l'Espanya moderna. Recerques sobre els fonaments ecònoms de les estructures nacionals*, II, París 1962, Barcelona 1986 :23], quien, además de reconocer la intencionalidad de una diferenciación entre el área catalana prehistórica y el resto peninsular, denuncia los ataques de Sánchez Albornoz a ese hipotético hecho diferencial catalán, por ser resultado de la propia valoración centralista del historiador que le hace conceder una mayor veracidad al desarrollo prehistórico del 'grupo español'. Sobre el papel de la *Comisión* en el desarrollo de la Arqueología

defensa de un espíritu nacional catalán basado en la existencia de un *ethnos* ibérico, que se extendería desde el Ródano hasta la actual provincia de Murcia, y que perduraría a pesar de influencias galas, ligures, griegas, fenicias o romanas, hasta nuestros días, tal como manifiestan las inalteradas fronteras lingüísticas<sup>22</sup>.

Por otro lado, en las excavaciones arqueológicas que comienzan a ser sistemáticas, parecen aplicarse nuevos criterios en la interpretación de los materiales. Se produce el abandono de la valoración artística de los mismos, y se comienza a tener en cuenta su funcionalidad cultural e incluso sociológica, buscándose en la utilización de los objetos comunes, las respuestas a los problemas culturales planteados (Enguix Alemany, 1973: 22). Sin embargo, y como habíamos adelantado, el marco teórico de la disciplina prehistórica ha desaparecido, y resta sólo la interpretación historicista, histórico-cultural, de las categorías observadas empíricamente. Las ideas de Bosch Gimpera siguen manteniéndose, aunque el nuevo volumen de información con que se cuenta va sacando a la luz las contradicciones de los principios asumidos. Dentro de los arqueólogos encargados de excavar los nuevos yacimientos ibéricos<sup>23</sup> habría que destacar a Cabré con sus trabajos de campo en los santuarios de Santa Elena y El Castellar (Calvo - Cabré, 1917-18) y el yacimiento de Toya (Cabré Aguiló, 1925a).

---

prehistórica en España, cf. M. de la Rasilla Vives, "La Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, y la Arqueología Prehistórica en España", G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp. 431-438.

<sup>22</sup> Cf. E. Prat de la Riba, *La Nacionalitat Catalana*, Barcelona 1986 (1ª ed. 1906). A nuestro modo de ver, restos de esa idea aunque matizados en ocasiones, pueden rastrearse aún en las investigaciones más recientes sobre la formación y desarrollo del mundo ibérico, en un intento de identificación del verdadero foco originario de la cultura ibérica con una u otra región española. A modo de ejemplo las palabras escritas de Pla Ballester [E. Pla Ballester, "La iberización en tierras valencianas", en *Arqueología del País Valenciano. Panorama y Perspectivas, Lucentum*, IV (1985), pp. 257-271:257] desde su alma valenciana: "La cultura ibérica tiene, en términos generales, una fácil definición: es la que se desarrolla a partir del siglo V a.C. en la zona mediterránea peninsular que en la actualidad ocupan las tierras meridionales catalanas, las valencianas y las murcianas, hasta la Romanización", el resto de las áreas consideradas tradicionalmente ibéricas quedan fuera, puesto que, a causa de la llegada de griegos y fenicios -elementos contaminadores-, en ellas no existió "una cultura ibérica pura, tal como la encontramos en *La Bastida de les Alcuses de Moixent*". Su espíritu historicista y conservador se refleja igualmente en esta definición de la cultura ibérica, puesto que una definición más amplia sería "dar una enumeración de diversos componentes sociales y materiales, con todos los peligros que encierran las enumeraciones", y eso en 1985 !?.

<sup>23</sup> Una buena recopilación de las excavaciones realizadas en yacimientos ibéricos y sus publicaciones, desde principios de siglo hasta los años 70, es la realizada por Enguix Alemany (1973). Todas ellas son clasificadas según una serie de períodos, establecidos de acuerdo, no con presupuestos epistemológicos o historiográficos, sino simplemente evolutivos dentro del desarrollo de la propia arqueología ibérica.

Este arqueólogo, aunque mantiene la idea difusionista a través de movimientos de culturas mediterráneas, confiere una mayor importancia al factor autóctono. De esa manera, las nuevas civilizaciones peninsulares quedan recubiertas por una capa nacionalista, puesto que las influencias de las civilizaciones procedentes de todo el Mediterráneo, consiguen llegar a nuestra península en un momento demasiado tardío, de plena decadencia. Surge así el principio de *lo nacional* en la fuerte tradición historicista de la arqueología española, y de *lo hispánico* como sustituto de lo ibérico<sup>24</sup>. En realidad, se trata de una línea general del pensamiento de la época, según la cual las raíces del presente deben buscarse -y encontrarse- siempre en el pasado, y que es rastreable en la producción historiográfica de autores ideológicamente tan dispares como Bosch Gimpera y Martínez Santa-Olalla<sup>25</sup> (Gilman, 1988: 47-48; Olmos Romera, 1991: 142). En cualquier caso, Cabré se convierte, en el máximo exponente de la *factio* contraria, de la visión nacionalista en su versión centralista -la otra España-. Ambas versiones responden directamente al debate político e ideológico, que comienza a producirse en la sociedad española de esos años<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> "(...) necesitamos de dicho nombre para aplicarlo al arte de nuestro primitivismo neolítico persistente muchos siglos con fijeza en la región del Ebro, o sea la Iberia propia, donde no se manifiesta dicha otra cultura (...) período hispánico éste con que se inicia la arqueología histórica española" (Cabré Aguiló, 1925a: 73). Un ejemplo de la manipulación abusiva de la imagen ibérica lo encontramos en la estrecha relación establecida por Cabré (1943) entre lo que él comenzó a denominar la '*salutatio* ibérica' - término cuyo uso puede rastrearse incluso en publicaciones actuales, posiblemente por inercia historiográfica- y el saludo nacional promulgado por el Generalísimo Franco.

<sup>25</sup> Como ejemplo, un fragmento del *Tartessos* de Schulten (1921: 237): "*Es curioso que un rasgo sobresaliente del carácter de los turdetanos se encuentre aún entre los actuales andaluces: la tendencia a la exageración y a lo fantástico*". Olmos Romera (1996: 46) apunta hacia otros autores, anteriores como Amador de los Ríos, o posteriores como García y Bellido, quienes mantienen ese continuo de la búsqueda de las raíces de lo nacional, de lo español en lo ibérico; algo que no deja de ser lo propiamente castizo. El investigador recomienda la lectura de una maravillosa discusión sobre el casticismo en la obra de Unamuno [M. Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid 1902, reed. Madrid 1991].

<sup>26</sup> Sin embargo, en realidad, debates similares se están produciendo en Gran Bretaña y Francia, donde las correspondientes expansiones imperiales se apoyaron en mitos nacionalistas, contruidos sobre antiguas figuras pseudo-históricas. Son curiosas las similitudes entre la utilización de los distintos grupos protohistóricos británicos y los españoles; al igual que los íberos para los catalano-hablantes, los celtas son los antepasados capaces de resistir el yugo anglo-sajón centralista, mientras que para los ingleses, los celtas/britanos, son vistos como defensores de la isla frente a los romanos; no podemos evitar acordarnos de nuestro patriótico Viriato. Para una revisión de lo que ha supuesto para la Prehistoria anglosajona, lo celta como reflejo de una búsqueda en el pasado inmediato de los orígenes de la cultura anglo-sajona actual, cf. Hill-Cumberpatch (1993). Para una visión general sobre la influencia de los nacionalismos europeos en el desarrollo de la disciplina arqueológica europea, cf. M. Díaz-Andreu - T. Champion (eds.), *Nationalism and Archaeology in Europe*, London 1996.



Junto con él ideológicamente hablando aunque algo posterior en el tiempo, aparece otro de nuestros más insignes arqueólogos del momento, 'fundador' de la autodenominada 'Escuela de Madrid', Martínez Santa-Olalla quien sin embargo, cambiando la dirección de su veleta hacia Centroeuropa, llega al extremo de considerar toda la Península prerromana como producto de las influencias centroeuropeas<sup>27</sup>. Las áreas tradicionalmente ibéricas son consideradas territorio celta, aunque mediterraneizado por influencias griegas, púnicas y romanas (Martínez Santa-Olalla, 1946: 141-166). Quizá tales afirmaciones tengan bastante que ver con la expansión del pangermanismo favorecida por la propia situación de nuestro país en los años 40, de la que no queda libre de peligro nuestra arqueología, en cuanto que en aquel momento se encontraba imbuida de planteamientos étnicos y culturales<sup>28</sup>. Pero no creemos que la aparente crisis en el desarrollo cognoscitivo sobre la realidad ibérica, a pesar de la intensificación de los trabajos de campo, deba buscarse únicamente en las circunstancias histórico-políticas (Enguix Alemany, 1973: 25), sino también en la contradicción epistemológica existente, y ya apuntada, es decir, en el contenido conceptual de Prehistoria como objeto de investigación.

---

<sup>27</sup> "Lo que históricamente llamamos Iberos y arqueológicamente cultura ibérica, ni es raza ni es cultura, puesto que se trata de una misma etnia hispánica, en la que todo lo más habrá que reconocer una mayor proporción de elementos precarios, con las débiles aportaciones mediterráneas lógicas" (Martínez Santa-Olalla, 1946: 96). No así para su 'bronce mediterráneo hispánico' en el que se desprecia cualquier influencia centroeuropea, a favor de todo lo difundido desde el Creciente Fértil; un típico modelo invasionista le sirve para remontar su 'unidad nacional' hasta la Edad del Bronce [cf. J. Martínez Santa-Olalla *et alii*, *Excavaciones en la ciudad del Bronce mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, núm. 6, Madrid].

<sup>28</sup> Incluso en el ejercicio de la crítica historiográfica continuamos subjetivando el objeto de nuestra investigación. Tomando como excusa la figura de Santa-Olalla podemos contrastar apreciaciones personales dispares de lo que supuso para la investigación arqueológica de nuestro país. Así, para Ruíz Zapatero (1993b: 48) Martínez Santa-Olalla fue simplemente el director de la *Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas* logrando desiguales resultados; para Moure [A. Moure, "El Paleolítico español: construcción científica y problemática actual", M». I. Martínez Navarrete (ed.), *Teoría y práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los extremos de Europa*, Madrid 1993, pp. 205-227 :215] la única crítica a su labor sería la ausencia de control científico en la recuperación de grandes cantidades de piezas sin ningún contexto; y finalmente, Ruíz Rodríguez (1993b: 309) realiza una reprobación veladamente política e incluso epistemológica, al considerar su reivindicación del origen céltico para todas las culturas protohistóricas peninsulares, reflejo de una Arqueología que justificaba el mito nacionalista, y que iba convirtiéndose en una disciplina cada vez más radical y menos científica [cf. J. Estévez Escalera, "I beg you pardon (Meditación con algunos pareados sobre la crítica de autores tal como viene publicada en algunas revistas)", *Arqrítica*, 7 (1994), pp. 7-22]. Recientemente Castelo, Cardito y Rodríguez Casanova (1995, 1997) han llevado a cabo una investigación en profundidad sobre la figura de Martínez Santa-Olalla y su influencia en el desarrollo de la investigación prehistórica.

Sorprendentemente, a partir de 1940 y durante más de una década, parece producirse la desaparición de la cultura ibérica. Durante los años 40 es interesante seguir el debate sobre el origen étnico de la totalidad de los pobladores de la Península Ibérica en las comunicaciones presentadas en los sucesivos Congresos Arqueológicos del Sudeste, hasta llegar finalmente al celebrado en Alcoy en 1950 - publicado en Cartagena en 1951- en el que parece darse carpetazo a la cuestión, con el reconocimiento general de un pueblo íbero con personalidad propia y autoctonía (Fletcher Valls, 1951). Se trata de la misma etnia defendida años antes por Pericot (1949), quien la veía matizada por influencias hallstáticas y romanas. Fletcher Valls (1949) publica un artículo ese mismo año con un título tan significativo como es *En defensa del Iberismo*, en el que la etnia ibérica se identifica estrechamente con el área valenciana. La influencia de la historia filológica se deja entrever en la primera parte de su trabajo en la que lleva a cabo un repaso de las fuentes literarias de la época, tras la lectura de las cuales se establecen claras diferencias entre íberos y celtas. En la segunda parte, sin embargo, el análisis realizado es de carácter funcionalista: la utilización de objetos similares en áreas culturales distintas no presupone el dominio cultural de una de ellas sobre las restantes, sino simplemente la readaptación tecnológica o simbólica de dichos objetos por parte de la cultura receptora.

Pero con la publicación de la *Historia de España* de Menéndez Pidal entre 1952 y 1954, se retoma el antiguo debate historicista, esta vez en las personas de García y Bellido y Almagro Basch. Este último historiador personaliza la corriente celtófila, en la que la cultura ibérica es una simple consecuencia de la influencia de las culturas civilizadoras mediterráneas sobre un único pueblo, el céltico. Almagro Basch, al igual que años antes hiciera Martínez Santa-Olalla, desarrolla el hiperdifusionismo de Kossina (Ruiz Rodríguez, 1993a: 199). Lo ibérico consecuentemente, vuelve a convertirse en una designación étnicamente arbitraria e inexacta, en una prolongación provincial de lo céltico originario. Pero si Almagro Basch señala hacia los celtas, García y Bellido lo hace hacia romanos y griegos.

Este último historiador defiende la imposibilidad de la existencia de un arte realmente ibérico, que se convierte en arte romano, ante una cronología

demasiado baja (García y Bellido, 1943b, 1949)<sup>29</sup>; no se trata de un nuevo enfoque en la interpretación de las manifestaciones culturales de los íberos, sino simplemente de cambiar 'la fecha de nacimiento' y el origen de su factor (Chapa Brunet, 1986: 47). Aunque en alguna otra ocasión (García y Bellido, 1936, 1948), prefiere defender la cultura griega como principal agente reactivador de las formaciones históricas existentes en la Península Ibérica con anterioridad a la llegada de los romanos<sup>30</sup>. Dejando a un lado esa imprecisión cronológica que es en parte, resultado de la ausencia de métodos de datación realmente fiables, la cultura y la civilización, siguen procediendo de fuera de la Península. El hecho de que dicha procedencia pueda variar de una cultura a otra quizá se deba a un reconocido espíritu propio de cada una de las investigaciones que acometía, carentes todas ellas de una ideología, y llenas de una pretendida asepsia, características éstas que si en alguna ocasión han sido cuando menos resaltadas como beneficiosas (Arce, 1991: 210), otras veces son vistas como silencios conciliadores con las líneas de pensamiento dominantes en aquel momento<sup>31</sup>. Sin grandes trasfondos epistemológicos, el historiador asume categorías

---

<sup>29</sup> "Un detenido y meditado análisis arqueológico y artístico nos ha forzado a arrebatar del patrimonio cultural de la Hélade, para trasladarla en donación al de Roma, toda una civilización ibérica" (García y Bellido, 1943c: 294). El trasfondo de tal afirmación, compartida por Laviosa (1953: 83), es un marco de evolución biológica según el cual el íbero debe pasar por un período formativo antes de llegar a un nivel de cierta calidad artística (Chapa Brunet, 1986: 48). Pero las causas epistemológicas parecen ir acompañadas de motivos ideológicos y políticos, puesto que se produce una relación de parentesco entre el modelo cultural fascista mediterráneo y el español, al mismo tiempo que una legitimización del modelo político y cultural de la España del momento (Ruíz Rodríguez, 1993a: 199). La sustentación de la arqueología española de la primera época franquista por la infraestructura administrativa y la profunda implicación de ésta en el andamiaje político de aquellas décadas, han quedado de manifiesto tras el estudio de las actuaciones llevadas a cabo por los miembros de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas durante los años que van de 1939 a 1955 [M. Díaz-Andreu - M.E. Ramírez, "La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955). La administración del patrimonio arqueológico en España durante la primera etapa de la dictadura franquista", *Complutum*, 12 (2001), pp. 324-343 :342]. Cf. M. Díaz-Andreu, "Theory and Ideology in Archaeology: Spanish Archaeology under the Franco Regime", *Antiquity*, 67, pp. 74-82; *Idem*, "Prehistoria y franquismo", G. Mora - M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp. 547-552.

<sup>30</sup> Esa visión clásica de la realidad ibérica, se deja traslucir en la propia concepción de la iconografía ibérica, como un instrumento para reconstruir la historia en su totalidad. Consecuentemente, García y Bellido busca de forma continuada la adecuación entre los textos escritos, la palabra transmitida por historiadores clásicos, y la iconografía ibérica, la imagen creada por los propios íberos -cf. García y Bellido (1943a)- (Olmos Romera, 1996: 56).

<sup>31</sup> Cf. J. Alvar Ezquerro, "El descubrimiento de la presencia fenicia en Andalucía", J. Beltrán - F. Gascó (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla 1993, pp. 171-189 :165.

historiográficas existentes, y se acoge a planteamientos continuistas que fueron aceptados ya en el siglo XIX por los historiadores de la Antigüedad. Su prioridad fue el enmarque histórico del mundo ibérico, mediante una actividad tipológica que se convertía en taxonomía, un mayor tecnicismo como consecuencia de un enfoque positivista<sup>32</sup>. La hermenéutica que trasciende es sencilla, constituyéndose en adecuación entre objeto e investigador (Olmos Romera, 1994: 296). Su búsqueda de causas que expliquen los hechos, su capacidad de combinar los datos disponibles y los temas tratados, le han valido su reconocimiento como germen y comienzo de una problemática histórica nunca antes planteada por los historiadores españoles, convirtiéndose en creador e impulsor de la Historia Antigua como disciplina científica en España (Arce, 1991: 211).

### 1.3.- Los íberos y las tipologías

En resumen, desde principios de siglo, hasta los años 60, se pueden diferenciar tres niveles de desarrollo historiográfico dentro de este enfoque histórico positivista aplicado a la cultura ibérica: una fuerte *tradición difusionista*, en la cual tiene prioridad el origen de los invasores o colonizadores, civilizadores en cualquier caso, que dan lugar a lo ibérico; una *historia del arte*, en la que el debate se establece en términos de estilo y de cánones de belleza; y una *visión nacionalista* de las culturas prerromanas dentro de la cual se establece una versión centralizada y otra descentralizada, pero en ambas la discusión científica gira en torno a lo político y lo ideológico. En ese sentido, Blanco Freijeiro (1956, 1960, 1981) personaliza como nadie una clásica Historia del Arte, para cuya construcción selecciona de las manifestaciones artísticas de los íberos, la información relacionada con el estilo, los paralelos, la cronología, el significado y las técnicas de fabricación. Blázquez sigue los presupuestos y las clasificaciones de Blanco,

---

<sup>32</sup> Aunque sus obras de investigación están exentas de reflexiones o principios teóricos, su método y su modo de trabajo son resultado directo de su idea de ciencia: "*Una ciencia no está formada sólo por el conjunto de conocimientos positivos que sobre sus objetos se tienen, sino muy principalmente por la clara percepción de lo que sobre ellos se ignora, es decir, de sus problemas. Pues bien, esta percepción de problemas sólo puede obtenerse de una clara ordenación de los elementos de juicio disponibles*" (García y Bellido, 1951: 165).

aunque es mucho más fecundo en la búsqueda de paralelos (Blázquez Martínez, 1968, 1978, 1979); el resultado es una visión tradicional del arte ibérico en la que éste asume todas las implicaciones de lo periférico, excepto cuando son traídos a la Península, gracias a los jefes locales, algunos artistas foráneos, de mayor preparación que los indígenas, por lo que es posible la convivencia de piezas de mayor calidad elaboradas por aquéllos, con obras más 'provincianas' realizadas por artesanos locales (Chapa Brunet, 1986: 51).

Durante los años siguientes, los nuevos aportes técnico-metodológicos se traducen en la posibilidad de excavaciones estratigráficas, que permiten la contrastación empírica y cuyo objetivo final es la fijación de una determinada cronología. No se encuentra ajeno a este fenómeno, el modelo de arqueología de campo desarrollado por Wheeler y publicado en España por aquellos años<sup>33</sup>, así como el relanzamiento del *Instituto Arqueológico Alemán*, con la incorporación de nuevos arqueólogos de campo que potenciaron la puesta en marcha de excavaciones en varios yacimientos del ámbito ibérico (Ruiz Rodríguez, 1993a: 201). El resultado es un modelo concreto de *trabajo de investigación*, en el que las partes a desarrollar son: descripción, técnica aplicada, cortes estratigráficos y materiales paralelos<sup>34</sup>, y que ayudan a acabar en parte, con los antiguos problemas de procedencia y cronología ibéricas, aunque surgen otros nuevos. Durante años sucesivos, la inmensa mayoría de los datos publicados sobre el ámbito habitacional proceden de sondeos estratigráficos, siendo escasos los datos resultantes de excavaciones en extensión. Como consecuencia, la información sobre el marco ibérico es parcial, produciéndose una sobrevaloración de la discusión crono-tipológica en la definición del sistema cultural ibérico y una serie de redefiniciones sucesivas de sus periodizaciones, generalmente artefactuales. El registro arqueológico se convierte en la única referencia empírica válida y disponible, por lo que los términos utilizados en aquéllas tienen un carácter marcadamente taxonómico, tipológico, como respuesta a unos esquemas

---

<sup>33</sup> Cf. M. Wheeler, *Arqueología de Campo*, Madrid 1961.

<sup>34</sup> La publicación-tipo podemos verla en Tarradell (1961),

epistemológicos realistas, emparentados con el positivismo clásico, e incluso rastreables hasta nuestros días<sup>35</sup>.

## 2.- La construcción del espacio ibérico tradicional

El estudio de la construcción del espacio en las distintas culturas prehistóricas y protohistóricas peninsulares, y más concretamente del mundo ibérico, evoluciona a la par que lo hace la investigación arqueológica española desde comienzos del siglo XX. Dentro del marco teórico difusionista, el aspecto espacial carece de peso específico en la investigación arqueológica y se convierte en mera arquitectura. Si la Arqueología se transforma en *historia del arte*, establecida en términos descriptivo-positivistas, el análisis de la evolución urbanística pasa a ser *historia de la arquitectura*, buscándose continuamente paralelos mediterráneos para las cuestiones formales planteadas, y haciendo recaer todo el protagonismo en los llamados 'monumentos' funerarios.

En 1966, García y Bellido publica su *Urbanística de las grandes ciudades del Mundo Antiguo*<sup>36</sup>, en el que reserva un capítulo a las ciudades antiguas de la Península Ibérica, insistiendo sobre todo en las pertenecientes a la cultura castreña, consideradas ejemplos admirables de *un tipo urbano sumamente primitivo*. El historiador se convierte así en referencia obligada para los estudiosos del urbanismo antiguo, puesto que fue él quien realizó un primer esquema general de la urbanística -término que él prefería- en la Antigüedad, considerando aquella una nueva ciencia y una nueva disciplina. En la década de los 60, como consecuencia de los estragos de las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, las ciudades europeas tienen que enfrentarse a no pocos problemas de índole urbana, y acaban sufriendo una importante explosión demográfica y

---

<sup>35</sup> Cf. como ejemplos de realismo terminológico que evoluciona hacia un instrumentalismo que se traduce en la necesidad de unificación terminológica: M. Tarradell, *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*, Anales de la Universidad de Valencia, Valencia 1962 y E. Llobregat, "Nuevos enfoques para el estudio del período del Neolítico al Hierro en la región valenciana", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11 (1975), pp. 119-140.

<sup>36</sup> En su presentación a esa primera edición -una segunda ampliada y revisada se publicará en 1985-, expone explícitamente su preferencia por los objetos frente a las teorías: "*porque en Arqueología son los*

arquitectónica. Al parecer, este hecho habría influido en el interés que por la urbanística, mostraron los arqueólogos e historiadores del momento. Los nuevos problemas planteados son "*indagar de qué modo nacieron, cómo se formaron y crecieron, de qué manera evolucionaron con el tiempo y cuáles fueron sus experiencias, problemas y remedios*" (García y Bellido, 1966: XXXV). En su obra, urbanismo y ciudad van íntimamente unidos, aunados aún más por una concepción clasicista: la ciudad nace como *pólis* en sentido griego, como ciudad-estado (*Ibidem*: XXVII). En tales planteamientos<sup>37</sup> se encuentran implícitas dos de las constantes en la investigación de García y Bellido: una permanente búsqueda de las raíces del presente -y de la solución a sus problemas- en el pasado, lo que a su vez deja entrever una visión pragmática de la Historia, y una conceptualización filológica de la Arqueología.

Años después, a principios de los 70, la matriz teórica difusionista/evolucionista pierde importancia frente a la meramente positivista, que comienza a adquirir mayor peso específico como consecuencia de nuevos aportes técnico-metodológicos. La publicación del trabajo de Balil (1971) sobre la casa de la España Antigua marca el comienzo de un análisis descriptivo empirista del urbanismo antiguo, en el que se intenta una tipificación de los poblados ibéricos según su distribución espacial interna, y gracias a los nuevos datos surgidos de las excavaciones más recientes. A pesar de no decantarse entre griegos o fenopúnicos a la hora de explicar la aparición de las primeras manifestaciones urbanísticas, pueden reflejarse cierta pervivencia teórica difusionista/evolucionista, en la transmisión de una imagen de los romanos como pueblo potenciador del verdadero urbanismo peninsular.

Ya hemos apuntado la reactivación que sufre en estos años el trabajo arqueológico de campo, en el que la principal preocupación es la obtención de una estratigrafía lo más completa posible, de tal manera que pueda establecerse una periodización demostrable empíricamente. Este conocimiento vertical -temporal-

---

*objetos los que hablan y, en definitiva, los que quedan por encima de teorías y conceptos que, con el tiempo, o caen o se ven de distinta manera*" (García y Bellido, 1966: XXIII).

<sup>37</sup> Similares éstos a los descritos por Arribas (1965) en el capítulo correspondiente -*Poblados y casas*- de su síntesis sobre los íberos,

se traduce en desconocimiento horizontal -espacial-. La realización de amplios cortes estratigráficos, va en detrimento de excavaciones en extensión. Por otro lado, los núcleos de habitación se encuentran en clara desventaja sobre las necrópolis, al obtener éstas resultados más espectaculares, es decir, restos arqueológicos de mayor calidad artística que los exhumados en aquéllos. Nulas, entonces, son las referencias, no meramente descriptivas, a la organización del espacio. La excepción la encontramos en el poblado de La Bastida de Les Alcuses, en donde se ha llevado a cabo un intento de estructuración de las unidades de habitación mediante el establecimiento de asociaciones espaciales de los materiales encontrados en los diversos departamentos, con el fin de llegar a conocer la funcionalidad de éstos y su relación con un determinado sexo<sup>38</sup>.

Ese mismo enfoque marcadamente empirista lo encontramos en la *Arquitectura del mundo ibérico* de Oliver y Olària, donde, de forma casi generalizada y desde un enfoque claramente difusionista, se buscan los orígenes de la organización urbana de los sistemas constructivos indígenas en el substrato cultural mediterráneo e incluso tartésico, aunque se reconoce el carácter de estancamiento de las investigaciones. Se escribe acerca del urbanismo geomórfico y de su finalidad sobre todo defensiva, acerca del empleo del tapial y del adobe como material de construcción, sobre la casi nula diferenciación social reflejada en el diseño y distribución interior de las viviendas, y se enfatiza asimismo la dificultad de descifrar la funcionalidad de determinados espacios y de posibles modulaciones e intenciones en la organización y la distribución de éstos en el interior del hábitat (Oliver - Olària, 1984).

Otro tanto cabe decir de la *Arquitectura i urbanisme ibèrics a Catalunya* de Maluquer de Motes y otros investigadores, un sumario sistemático de la arquitectura y el urbanismo ibéricos, en el que se resaltan aspectos que hasta ese momento habían sido pasados por alto en las excavaciones. Sin embargo, los problemas planteados siguen siendo la capacidad técnica de los íberos a la hora de construir y la explicación, desde planteamientos histórico-culturales y todavía en

---

<sup>38</sup> Cf. E. A. Llobregat Conesa, *Contestania ibérica*, Alicante 1972, donde además se realiza una síntesis de todos los yacimientos conocidos en el área contestana durante la época ibérica.



cierta manera artísticos, de las estructuras más peculiares. La arquitectura y el urbanismo ibérico continúan siendo parte de una concepción material de cultura como conjunto de restos arqueológicos -en este caso- homogeneizados por sus rasgos formales (Maluquer *et alii*, 1986).

Esta ausencia de datos ha llevado a los iberistas a esconderse detrás de un pesimismo generalizado aún hoy, a la hora de afrontar una necesaria revisión sobre el análisis del espacio habitacional en el mundo ibérico, sin darse cuenta quizás, de que el empuje debe venir dado no por una mayor cantidad de información al respecto, sino por nuevos planteamientos a la hora de preguntarnos sobre cómo organizaron las comunidades protohistóricas sus territorios, sus asentamientos y sus propias casas, y el uso, práctico y subjetivo, que hicieron de cada uno de ellos; e incluso, y lo que es más importante, cómo podemos nosotros mismos y a través de su forma de construcción de espacios, llegar a conocer la cultura ibérica, entendida ésta a la manera antropológica, es decir, como sociedad.

Un nuevo cambio, sin embargo, parece producirse a finales de esa misma década de los ochenta, como salida a la crisis de un modelo positivista-estratigráfico. Las nuevas alternativas en la Arqueología española se desarrollan a base de diferentes ópticas teóricas: neopositivismo funcionalista, estructuralismo y materialismo histórico, y diferentes corrientes históricas: análisis del territorio, estadística y arqueología de la muerte, y las distintas combinaciones entre unas y otras, aunque en algunos casos, y no pocos, siguen vigentes antiguos planteamientos positivistas.



## LA (YA NO TAN) 'NUEVA ARQUEOLOGÍA'

Los avances científicos y técnicos, y entre ellos, la introducción en la Arqueología peninsular de los procedimientos de datación radiocarbónica, producen por un lado, la necesidad de nuevas especializaciones, y por otro, una saturación de información tal, que es imposible procesarla de forma rentable, y a pesar de que, dentro del marco positivista, el conocimiento general es considerado resultante de la acumulación de datos. Pero además, en el entorno conformado por el resto de las Ciencias, y desde la última postguerra, se han ido produciendo paulatinamente importantes cambios, que más tarde, y no temprano, tendrán que reflejarse en la investigación arqueológica peninsular.

### **1.- Reflexiones teóricas posteriores a la revolución tecnológica**

Esta revolución tecnológica generalizada se ha considerado causa principal de la potenciación y aceleración de la crisis del ciclo metodológico tradicional, a lo largo del cual las contradicciones de la disciplina arqueológica habían sido permanentes (Vicent García, 1982: 25). Sin embargo, dicha relación causal entre revolución tecnológica y ciencia/sociedad, ha sido tildada de determinista, desde el punto de vista economicista, arbitraria, e incluso heredada de un discurso liberal previamente rechazado (Lull, 1991: 246).

El prehistoriador madrileño ve una posibilidad de salida de la mencionada crisis de la Prehistoria, de cambio en su objeto teórico, gracias a las nuevas concepciones de la Filosofía de la Ciencia, al surgimiento de tendencias críticas

dentro de las ciencias humanas, y a los avances paralelos en algunas de éstas<sup>1</sup> (Vicent García, 1982: 26). El resultado no parece traducirse en una 'revolución científica', sino que, por el contrario, da lugar a variadas tendencias disciplinares que conviven dentro de la producción arqueológica, reflejo de los programas de investigación desarrollados durante las últimas décadas. Se corresponden con lo que él denomina ciclos metodológicos (*Ibidem*, 27) y son identificados por un marcado carácter metateórico, es decir, por las diversas concepciones de los investigadores sobre los principios teóricos de su disciplina. Él mismo, como prehistoriador, asume la crítica epistemológica de los fundamentos teóricos de la Prehistoria como postura personal ante los problemas planteados. Sistematiza así, hasta un total de tres ciclos metodológicos en los que podrían clasificarse los diversos programas de investigación de la más reciente Arqueología española: anticientifismo, reformismo pragmático y cientifismo.

El *anticientifismo*, con objeto de establecer alguna diferencia con el Positivismo Clásico anterior, lleva a cabo un ajuste superficial consistente en un afianzamiento de la reacción antiteórica y de prácticas de valoración subjetiva. Sin embargo, sigue vigente la verificación empirista como criterio de verdad: es científicamente válido aquello directamente observable, y permanecen en consecuencia, modelos teóricos como el Difusionismo, el Evolucionismo clásico y la identificación raza-cultura (*Ibidem*: 28-29; *Idem*, 1984: 81-82).

Por su parte, el *positivismo modificado o reformismo pragmático* surge de la certeza asumida de que las Ciencias Sociales han de continuar el mismo desarrollo histórico que las Ciencias de la Naturaleza (Johnson, 2000: 60-61). Se caracteriza por un programa metodológico que se define por la transformación epistemológica de la Prehistoria en Ciencia Natural, gracias en buena parte al desarrollo vivido por la Geología a comienzos del siglo XIX y al Evolucionismo biológico formulado años más tarde. En él ha desaparecido el rechazo a lo teórico, pero la actividad teórica se reduce a la lectura del registro empírico. Así, la investigación prehistórica se va desarrollando progresivamente gracias a la

---

<sup>1</sup> Especialmente los sufridos por la Antropología Cultural teórica, con sus sistemas teóricos globales: Funcionalismo, Estructuralismo y Materialismo Dialéctico.

aplicación paulatina de los nuevos procedimientos técnicos y analíticos procedentes de las Ciencias Naturales, por lo que las reformas de la praxis de aquélla se convierten en continuas y permanentes. El conocimiento -científico ahora- sigue unido al empirismo clásico: se llega al conocimiento objetivo de la realidad a través de la observación, siempre que ésta sea imparcial y exhaustiva, y su desarrollo se establece mediante la acumulación de la mayor cantidad posible de información (Vicent García, 1982: 31-32; 1984: 82-83).

Es el positivismo entendido como un serie de certidumbres sobre la forma de llevar a cabo una investigación científica según las cuales ha de separarse la teoría del método y el contexto del surgimiento de una hipótesis del contexto de evaluación; sólo tienen validez los datos repetitivos y predecibles, es decir, la explicación generalizada; toda afirmación que no pueda ser probada debe ser etiquetada de no científica; y finalmente, el pensamiento científico debe estar exento de juicios de valor y separado de la acción política (Johnson, 2000: 59-60).

Finalmente, nos encontramos con el *neopositivismo o cientifismo*, esquema de racionalidad general en el que la teoría es considerada tan científica como la investigación práctica<sup>2</sup> y que se caracterizan por la aplicación del método hipotético-deductivo en un intento de encontrar una serie de leyes generales que puedan ser formuladas y contrastadas<sup>3</sup>. Este neopositivismo, es también denominado *positivismo lógico* debido a la asunción y aplicación del método físico-matemático que se convierte en el criterio gracias al cual, una disciplina alcanza la categoría de ciencia<sup>4</sup>. De esta manera el positivismo lógico se convierte en

---

<sup>2</sup> Es en realidad prolongación del Positivismo Clásico estructurado en el seno de la sociología por August Comte a mediados del siglo XIX, y cuya culminación sería la construcción de una ciencia positiva del objeto humano, sobre la sólida base del conocimiento científico natural (Kaplan, 1974). Del Positivismo Clásico se cuestiona la validez de la mayoría de sus fundamentos, pero se mantiene el monismo metodológico y el reduccionismo fisicalista (Vicent García 1982: 32).

<sup>3</sup> El modelo explicativo hipotético-deductivo fue desarrollado por Hempel y Oppenheim [C. G. Hempel - P. Oppenheim, "Studies in Logic of Explanation", *Philosophy of Science*, 15 (1948), pp. 135-175], y reformulado en su aplicación a la Prehistoria y Arqueología por Fritz y Plog (1971). Una confrontación entre ambos y el modelo empírico de Swart (1967) la podemos encontrar en Martín de Guzmán (1984: 44-45).

<sup>4</sup> Los avances alcanzados por la Lógica Matemática proporcionan importantes instrumentos de análisis que a su vez posibilitan la elaboración de una nueva teoría de racionalidad científica. Esta se convierte en un cálculo lógico de estructura matemática, o lo que es lo mismo, en un lenguaje estructurado mediante la obediencia de reglas de formación y transformación de enunciados, y compuesto por un complejo vocabulario. Los resultados de tales análisis lógico-matemáticos se generalizan y crean un sistema

*cientifismo*; al asumir que una afirmación que no pueda ser probada queda no sólo fuera de la Ciencia, sino que además no tiene valor alguno. De lo que se deduce que el pensamiento científico es siempre superior a cualquier otra clase de pensamiento (Johnson, 2000: 61).

Esta nueva actitud por parte de los investigadores españoles -se asumen las nuevas condiciones metateóricas, teóricas y factuales que provocan una renovación metodológica de los propios objetivos disciplinares-, es reflejo de una postura generalizada fuera de nuestras fronteras, que tiende a la transformación del ámbito de la investigación arqueológica mediante la introducción del método científico. A la manera de la Física, la aplicación del método hipotético-deductivo se traduce en el camino hacia la formulación de leyes y en la aparición de la *noción de modelo*, es decir, la recreación de la realidad en términos de lenguaje científico. La aplicación de ese método de investigación prehistórica se traduce en una búsqueda y constatación de leyes generales (Fritz - Plog, 1971, Watson - LeBlanc - Redman, 1974). Uno y otras, el modelo y las leyes generales se convierten en condición *sine qua non* para la transformación de la disciplina prehistórica en una nueva ciencia. El objetivo teórico de ésta será la búsqueda de *modelos de explicación*, entendida esta última como la interpretación del registro arqueológico mediante la elaboración de leyes generales (Vicent García, 1982: 37-39).

Lull, por el contrario y a pesar de estar de acuerdo en la necesidad de la formulación de nuevas teorías que se opongan, como incompatibles al modelo epistemológico tradicional<sup>5</sup>, califica de 'reflexionismo' a los intentos de reflexión

---

normativo (Vicent García, 1982: 34-36; 1984: 83-84). Es el mismo lenguaje utilizado por la Física, mediante el cual todo puede ser dicho: es la tesis del fisicalismo. Con ella se haya estrechamente relacionada la tesis positivista de la unidad de la Ciencia: un único método, una unidad de leyes científicas que pueden derivarse de una única teoría global. Por tanto, no puede hablarse ya de *Geisteswissenschaft* y *Naturwissenschaft* como dos aspectos diferenciados de una misma cosa (Kaplan, 1974: 379).

<sup>5</sup> Gran Aymerich protagoniza algunas de las primeras críticas y reflexiones epistemológicas sobre la disciplina arqueológica española, en dos artículos presentados en sendos Congresos Nacionales de Arqueología, celebrados en Huelva (1973) y en Vitoria (1975). En el primero de ellos, y puesto que el análisis de los datos arqueológicos -divididos en extrínsecos e intrínsecos- se realiza a partir de proposiciones teóricas y mediante métodos de análisis, se pone de manifiesto la necesidad de articular dialécticamente teoría y praxis, de definir los conceptos que engloban lo teórico y lo práctico; y todo ello acompañado de sus aplicaciones prácticas a modelos de estrategia de investigación (Gran Aymerich, 1975). En el segundo, sus esfuerzos se centran en recalcar la urgencia, ante la crisis, de definir el sujeto de la Arqueología y de identificar las estructuras y funciones del fenómeno arqueológico en sí. Dicha crisis tiene como resultado la aparición, desde su perspectiva teórica, de dos arqueologías: una tradicional caracterizada por el empirismo

que, como el de Vicent, pretenden etiquetar y empaquetar las diversas teorías, explícitas o no, en 'ismos', y que poseen la rara habilidad de saltar por encima de los distintos períodos históricos de la investigación arqueológica española. Para él, los acontecimientos externos a ésta última, no son sin embargo ajenos a sus fundamentos, si se tiene en cuenta que bajo su óptica, la posición reflexiva debe pasar por un marcado compromiso social -además de político- por parte del propio arqueólogo (Lull, 1991: 232). A partir de esta última variable establece dos tipos distintos de discurso dentro de las nuevas propuestas teóricas: el *discurso de la resistencia*, caracterizado por un fuerte compromiso y cuyo objetivo final es la transformación de la disciplina, como punto de partida de una más profunda transformación social, y el *discurso de la competición*, definido por la búsqueda por parte de los teóricos de la autoreproducción social y de un lugar propio en la comunidad científica. Este discurso teórico posee un marco referencial conformado por dos *tempos*: hasta 1981, período definido aún por la represión ideológica y la escasez de recursos económicos, y en el que únicamente existía una reflexión comprometida en la lucha contra las arbitrariedades sociales y científicas que caracterizaban a la universidad española de aquellos años; de 1981 a 1983, etapa de cierta euforia social y económica, en la que, gracias en parte a la reorganización y reinstitucionalización de personas y grupos, aparece la competencia en la reflexión teórica, sin que este hecho signifique la desaparición de aquella otra que aún permanece comprometida (*Ibidem*: 231).

Si bien es cierto que en años anteriores a 1981 se producen algunas propuestas teóricas explícitas en forma de reflexión<sup>6</sup>, éstas son mayoritariamente procedentes del ámbito de la Antropología y su objetivo es la apropiación de la Arqueología como método de aquélla. Se parte de la crítica de una arqueología tradicional convertida en ciencia auxiliar de la historia y caracterizada por esquemas historiográficos -historicista-, tipologías -descriptiva- y comparaciones -

---

dominante y su insuficiencia de conceptos, y una reciente, diferenciada por los análisis críticos y encargada del estudio de sus propias estructuras teóricas (*Idem*, 1977).

<sup>6</sup> En 1977 se convoca la primera reunión de la *Assamblea d'Arqueologia de Catalunya*, en la que se comienzan a explicitar las primeras reflexiones, que seguirían desde el mismo ámbito hasta 1980, de determinados arqueólogos comprometidos (Lull, 1991: 234-236), aunque aparentemente aquéllas fueron más

difusionista-<sup>7</sup> (Esteve, 1959; Rivera, 1971), y se pretende llegar a la creación de lo que se ha dado en denominar Arqueología Antropológica<sup>8</sup>. En ella, las observaciones empíricas, refutadas por avanzadas técnicas de medición y muestreo, y centradas en el estudio del medioambiente, los patrones de asentamiento y las características tecnológicas, conducen a la realización de analogías, bien históricas y concretas, bien comparativas y generales, con el fin de identificar sistemas sociopolíticos (Rivera, 1981). Sin embargo, su objetivo, inferir las instituciones de una sociedad dada partiendo de los elementos de su cultura material, es considerado similar al de la arqueología tradicional, al mismo tiempo que su sistema de analogías, conformado por principios procedentes de la Nueva Arqueología de Binford (1962), del positivismo lógico hempeliano, de la ecología cultural de Steward<sup>9</sup> y del materialismo formal de White<sup>10</sup>, sigue siendo igualmente empirista (Lull, 1991: 238).

Probablemente esta fase de reflexión, comenzó a madurar con la celebración de dos reuniones científicas claves en la discusión metodológica de la historia: las *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica* celebradas en Soria en 1981 - aunque publicadas en 1984-, y las *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología*, organizada en Cáceres años después<sup>11</sup>. En las

---

sociales y profesionales que propiamente teóricas, denunciando públicamente el estado de la arqueología en el marco institucional.

<sup>7</sup> Dentro de esa misma postura crítica procedente de algunos de los antropólogos españoles, Alcina (1973) establece una serie de carencias de nuestra arqueología, que él considera crónicas y consecuencia de su distanciamiento de las ciencias naturales: falta de orientación teórica, estructuras historicistas, ausencia de programas de investigación coherentes, obsesión por la descripción, y desinterés por la interpretación,

<sup>8</sup> Estos intentos de reflexión sobre teoría arqueológica desde el seno de la Antropología culminan con la aparición de una monografía específica en la que se muestra la evolución del pensamiento arqueológico desde el siglo XVI, desde una etapa fundamentalmente historicista hacia formas funcionalistas: el Normativismo americano, el Evolucionismo multilineal, la Nueva Arqueología, la Arqueología Social, o la Antropología posmoderna (Alcina Franch, 1989).

<sup>9</sup> Cf. J. H. Steward, *Theory of Culture Change*, Illinois 1955.

<sup>10</sup> Cf. L. White, *The Evolution of Culture*, New York 1959.

<sup>11</sup> En éstas, algunos de los autores preocupados por el razonamiento teórico en Arqueología vuelven a publicar parte de sus postulados. Cerrillo (1984a) sigue su línea de influencia clarkeana, en un artículo sobre la difusión como contacto cultural. Algunos de los miembros del grupo catalán insistían en la crítica a las tipologías, en la necesidad de analizar el objeto arqueológico en su dimensión económico-social y en la defensa de la arqueología como ciencia social (Estévez - Vila - Yll, 1982). Y Vicent, esta vez junto con Martínez Navarrete, se atreve con un tema de moda en el ámbito anglosajón: la periodización en Arqueología (Navarrete - Vicent, 1983). Las *II Jornadas de Metodología de la Historia*, se celebran en Murcia, en 1985 convocadas por los estudiantes y en 1986 ya de forma institucionalizada [cf. *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*, ed. facsímil, septiembre-octubre, Murcia 1986]. Algo similar acontece en Barcelona, en 1986



primeras, destacan por sus reflexiones teóricas explícitas, cuatro importantes artículos que reflejan los diversos caminos por los que discurren las distintas tendencias de reflexión teórica explícita. Cerrillo Martín de Cáceres (1984a) presenta un trabajo en el que, bajo un tema tan puntual como el ruido en la información arqueológica, se transparentan influencias de Binford y Clarke, mezcladas con aspectos de la tradición empírica. Martín de Guzmán (1984), realiza, amén de la consabida crítica de la arqueología tradicional, una espléndida exposición del método hipotético-deductivo, que unido a un estructuralismo explícito da lugar a un estructuralismo positivista al que se incorpora elementos de la teoría de la información y de la teoría del signo de Saussure, en un intento de aplicación de la semántica estructural a la estrategia metodológica de la investigación arqueológica. El autodenominado grupo catalán -Estévez, Gasull, Lull, Sanahuja y Vila- defiende, en un artículo impregnado de cierta tensión entre marxismo y neopositivismo científico, la Arqueología como ciencia social, puesto que además de no carecer de metodología científica, de ciencias auxiliares y de objetivos propios, su objetivo teórico es el establecimiento de las leyes del desarrollo histórico; en esta misma publicación se hace una propuesta terminológica espacial de orígenes analítico-clarkeanos (Estévez *et alii*, 1984)<sup>12</sup>. Resta pues, el trabajo de Vicent (1984) en el que cómo ya hemos explicado, desde una perspectiva epistemológica realiza una clasificación de las corrientes del pensamiento arqueológico en ciclos metodológicos; sin embargo, su división entre anticientifistas y cientifistas ha sido vista como una adaptación, reducida a su mínima expresión, de los ciclos metodológicos de Harris (1978), y su 'reformismo pragmático' como un nuevo y confuso 'reflexionismo' (Lull, 1991: 246).

Por lo que respecta al ámbito ibérico, hasta mediados de los años 80, los cambios no comienzan a despuntar. Hasta ese momento, el interés que poco a

---

[cf. *Corrents teòrics en Arqueologia. Colloqui celebrat en la Universitat de Barcelona, (desembre 1986)*, Barcelona 1988] y con posterioridad en diciembre de 1988.

<sup>12</sup> Ese mismo año, el grupo catalán de enfoque marxista, y que comenzó a cuajarse en la ya nombrada *Assamblea d'Arqueologia de Catalunya*, publica un trabajo en el Homenaje a Tuñón de Lara en el que se realizan críticas de práctica social, por un lado, como son la mala situación de los profesionales del área de Prehistoria y la falta de efectividad en la legislación sobre Patrimonio, y por otro, críticas teóricas hacia la moderna Nueva Arqueología por su concepción de la economía, la sociedad y la ideología como variables

poco han ido despertando las manifestaciones culturales ibéricas, al mismo tiempo que la acumulación de nuevos datos procedentes de la mayor cantidad de excavaciones efectuadas en el ámbito geográfico considerado ibérico, dan lugar, casi como una necesidad, a la convocatoria de dos reuniones científicas cuyos títulos en sí mismos reflejan los esquemas historicistas que los mueven. En 1977 se celebra en Ampurias un *Simposi Internacional sobre Els origins del món ibéric*, cuyas ponencias siguen presentando a griegos y fenicios como agentes promotores de la cultura ibérica<sup>13</sup>. Años más tarde, en 1979, la Asociación de Amigos de la Arqueología organiza un nuevo congreso: *La baja época en la cultura ibérica*<sup>14</sup>, y en 1984, se publica un monográfico sobre la cultura ibérica como homenaje a Domingo Flecher<sup>15</sup>. En ninguno de sus contenidos son puestas de manifiesto reflexiones teóricas y resulta una ardua tarea intentar entresacar 'teoría' de los conjuntos empíricos que son en realidad cada una de sus ponencias y comunicaciones. Estos coloquios no hacen otra cosa que reflejar los numerosos y constatables ejemplos de la asunción epistemológica, quizás inconsciente en ocasiones, de una *arqueografía*, que continúa acercándose peligrosamente a una historia del arte y cuyo lenguaje es meramente cualitativo. Responden a una perpetuación de la tradición disciplinar; a un paisanaje que fue formado en dicha tradición y que en ocasiones se situó en puestos de responsabilidad científica y docente, teniendo la oportunidad de seguir 'fabricando' nuevos tradicionalistas. La primera valoración de la cultura ibérica, por tanto, se basa todavía en un modelo historicista y partitivo de cultura, nunca antropológico -lenguaje historicista vs. lenguaje antropológico-. El registro arqueológico estratigráfico se alza como base empírica y las explicaciones de los fenómenos culturales ibéricos siguen teniendo un carácter invasiónista o colonialista, es decir, se vuelve una y otra vez a la confrontación orientalismo frente a helenismo. En resumen, siguen preguntándose

---

independientes de un proceso social que ellos consideran global y dialéctico entre cada una de dichas variables (Estévez *et alii*, 1981).

<sup>13</sup> Cf. *Simposi Internacional: Els origins del món ibéric (Barcelona 1977)*, Ampurias, 38-39 (1976-78).

<sup>14</sup> Cf. *La baja época en la cultura ibérica*, Madrid 1981

<sup>15</sup> Cf. *La cultura ibérica. Homenaje a Domingo Fletcher, Varia III*, Valencia 1984.

sobre la misma categoría de problemas: el origen geográfico y racial de los íberos, y la cronología de sus manifestaciones materiales o históricas.

Pero paralelamente al desarrollo de esta arqueología ibérica, aunque de forma un tanto marginal, o al menos minoritaria, en sus comienzos van surgiendo nuevas visiones del hecho ibérico, que prácticamente en su totalidad deberían ser considerados como pertenecientes a ese marco de racionalidad general que es el neopositivismo, aunque como veremos, en ocasiones los modelos resultantes parecen reproducir, con este disfraz, los presupuestos asumidos por teorías consideradas positivistas clásicas. Se trata, en su mayor parte de variados programas de investigación, que toman como punto de partida los principios desarrollados por la *New Archaeology*, cuyos teóricos proponen la adopción y aplicación del método hipotético-deductivo como modelo de explicación.

Es precisamente este modelo hipotético-deductivo-nomológico, junto con el intento de realizar generalizaciones, lo que identifica esta Nueva Arqueología con el positivismo, consiguiendo así reconducir a la Arqueología por el camino anteriormente marcado por las ciencias naturales y convertirla así en una disciplina 'madura, rigurosa y autocrítica'. El desarrollo de un cuerpo teórico propio heredero de estos planteamientos positivistas la convierten en *procesualismo*, apelativo tomado de su énfasis en los procesos sociales (Johnson, 2000: 29-50).

Y veremos cómo esta madurez de la disciplina, asumida por los investigadores del mundo ibérico, lo llevará paulatinamente a esa misma madurez, trasmutando la 'perdida de la inocencia' de la Arqueología (Clark, 1973) en la 'perdida de la inocencia' de los íberos<sup>16</sup>.

El punto de partida de este nuevo enfoque procesualista podría considerarse la celebración en Teruel, en 1984, del *Coloquio de Arqueología Espacial*<sup>17</sup>, en el que se pone de manifiesto la necesidad de una nueva reunión científica que sirviese para 'oficializar' de alguna manera el giro que comienza a dar la arqueología ibérica con

---

<sup>16</sup> Puesto que la mayor parte de dichos programas de investigación tienen nuestro espacio -ibérico- como objeto factual, hemos preferido llevar a cabo un análisis más detallado de cada uno de ellos en otro apartado que hemos denominado enfoque nuevo arqueológico.

el surgimiento de nuevas preguntas sobre nuevos problemas, una vez asumidas las matrices neopositivistas en el debate científico sobre la realidad ibérica. Dicha necesidad se concreta al año siguiente, con la realización en Jaén de las *I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*<sup>18</sup>, en el que se lleva a cabo un repaso a la situación actual sobre el estudio del poblamiento ibérico -el término poblamiento va a ser clave a partir de ahora- desde Cataluña, hasta el occidente andaluz y extremeño, con el objetivo de "*abrir (...) nuevas vías de debate que se ajusten en lo posible a los términos que se plantean en el marco teórico que la Arqueología a abierto en estos últimos años y ofrecer (...) nuevas perspectivas metodológicas que contribuyan a sacar de sus límites tradicionales el estudio de la Cultura y la Historia de los iberos*" (Ruiz - Molinos, 1987: 8). La geografía, es decir, la toma en consideración de la totalidad de las áreas estimadas como pertenecientes a los íberos, es utilizada para la consecución de un doble objetivo: contrastar diferencias y semejanzas entre los distintos grupos étnicos que las habitaron -la pregunta es si realmente se puede determinar el horizonte cultural ibérico con la unidad espacial con la que tradicionalmente se ha valorado, o en realidad se trataría de varias y distintas unidades culturales-, e introducir el territorio como factor de interés arqueológico en su articulación con el asentamiento, al potenciar la valoración de los diversos patrones. De esta manera, se intenta abrir nuevas vías de debate en el ámbito ibérico, que se adapten al nuevo marco teórico de la arqueología global, aunque el resultado, a nuestro parecer es desigual en cuanto al contenido de las distintas colaboraciones.

Los organizadores y editores de estas jornadas forman una parte importante del que se podría llamar equipo jiennense que, a su vez y desde principios de esta década, personaliza una perspectiva renovada de los primeros períodos de la historia peninsular, caracterizada por un *enfoque materialista histórico*, que no está exento de influencias de la Nueva Arqueología americana y la Arqueología estructural anglosajona, de las que se hereda la instrumentación metodológica<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> Cf. *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos (Teruel 1984)*, *Arqueología espacial*, 1-5, Teruel 1984.

<sup>18</sup> Cf. A. Ruiz - M. Molinos (coords.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén 1987.

<sup>19</sup>Cf. A. Ruiz - M. Molinos - F. Hornos, *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén 1986, obra de referencia -localista sólo en apariencia- de este grupo de

Como consecuencia, la cultura ibérica comienza a verse no como entidad inmutable, sino como un ente cambiante. La atención se centra en los procesos de transición de un modelo más sencillo a otro más complejo y evolucionado. Tales tendencias tienen su base metodológica en la utilización de la Arqueología espacial y la 'teoría del lugar central' a través de las cuales se fija la jerarquización de asentamientos, atendiendo a la funcionalidad de cada uno de ellos. Esta organización territorial, junto con la génesis del fenómeno urbano y la jerarquización de una sociedad cada vez más compleja, les ayudan a fijar dichos modelos de organización socioeconómica y la transición de uno a otro. El Materialismo Histórico, como punto de partida, transforma el objeto del análisis - lo que podríamos denominar objeto teórico- en una historia de lucha de clases, definida a su vez por los distintos modos de producción. Al intentar adaptar el objeto de análisis histórico a la Arqueología, éste se convierte en el estudio de los datos arqueológicos, que le permitirán conocer las relaciones sociales, así como la causalidad estructural que mueve los distintos procesos históricos. Dichas relaciones sociales son consideradas legibles en el territorio, entendiendo éste como un espacio históricamente ordenado. Su reflejo durante el análisis es un determinado patrón de asentamiento, considerado como manifestación palpable de la reproducción del proceso histórico de una determinada comunidad, y el modelo resultante: la servidumbre territorial como proceso y como modo de producción, con una dependencia urbanística clara<sup>20</sup>.

---

arqueólogos, en la que se parte de un doble planteamiento: científico y social. El primero trata de sentar las bases de un nuevo marco de reflexión teórica, que rompa con la rigidez de planteamientos de la arqueología tradicional, y el segundo presupone la conservación del Patrimonio Histórico mediante la ruptura de la confrontación existente entre una cultura monolítica y unidireccional -positivismo y coleccionismo- y otra multidireccional y comprometida -gestión del Patrimonio.

<sup>20</sup> Las reflexiones teóricas explícitas y las aplicaciones prácticas de este enfoque materialista histórico han sido publicadas en no pocas ocasiones, y mantienen, a nuestro entender, un peso específico bastante influyente en el resto de la bibliografía reflejo de los distintos programas de investigación que se siguen llevando a cabo sobre la cultura ibérica, desde los primeros trabajos de Arturo Ruiz [cf. A. Ruiz Rodríguez, "Las clases dominantes en la formación social ibérica del sur de la Península Ibérica", *Memorias de Historia Antigua*, I, pp. 141-151], hasta la reciente y necesaria síntesis sobre los íberos (Ruiz - Molinos, 1993), pasando por trabajos de reflexión teórica y conceptual (Ruiz - Molinos, 1984b; Ruiz *et alii*, 1986b; Ruiz Rodríguez, 1990), y de plasmación de modelos resultantes (Molinos - Ruiz - Nocete, 1988).

En 1986, se convoca en la Casa de Velázquez de Madrid, un nuevo Coloquio, con el título de *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*<sup>21</sup>, en el que conviven trabajos de esquemas historicistas y presupuestos empíricos tradicionales, junto con análisis ciertamente innovadores en aquellos momentos, como el presentado por Ruiz Rodríguez sobre la ciudad y su territorio en el Alto Guadalquivir, o aquel otro de Miret, Sanmartí y Santacana sobre la evolución del poblamiento ibérico de las áreas costeras comprendida entre el Llobregat y el Gaià. El primero de ellos expone la necesidad de un análisis teórico previo de la ciudad y del territorio en general, que conduzca a la conceptualización de la ciudad en el mundo ibérico, siempre de acuerdo a sus presupuestos materialistas de los que ya hemos hablado con anterioridad y formando parte de una 'teoría del espacio' que trataremos más detalladamente en el siguiente apartado (Ruiz Rodríguez, 1987). Por su parte, los arqueólogos catalanes parten de planteamientos teóricos según los cuales el modelo de cultura ibérica sería equivalente a un modelo de producción agrícola - de una agricultura campesina a una 'agricultura de villas'; como consecuencia, la evolución del patrón de poblamiento, que responde a los modelos de jerarquización circular de Kolb y Brunner, y cualquiera de los cambios sufridos por aquel, pueden llegar a explicarse mediante el análisis del cambio del modelo conceptual agrícola, es decir, a través del estudio de la redefinición de los usos agrícolas del suelo, de los procesos de comercialización de los productos agropecuarios, y como consecuencia de los modos culturales de la comunidad campesina (Miret - Sanmartí - Santacana, 1987).

Ese mismo año y como continuación de la institucionalización de la Arqueología espacial en nuestro país, se celebra en Teruel un *Coloquio sobre el microespacio*<sup>22</sup>, en el que el marco macro-espacial anterior sufre una reducción de

---

<sup>21</sup> Cf. *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid 1987, en el que en ningún momento se explicitan como punto de partida planteamientos teóricos. El objetivo parece ser el análisis de la etapa proto-urbana de los asentamientos ibéricos, con ejemplos representativos de las distintas áreas consideradas como tales, sus convivencias con la construcción de verdaderas *urbes* romanas y efecto de este último fenómeno sobre los primeros. Para los núcleos de habitación indígenas, *a priori* se presuponen influencias procedentes del Mediterráneo, por lo que modelos fenopúnico y griegos principalmente aparecen como referencia obligada.

<sup>22</sup> Cf. *Coloquio sobre el microespacio (Teruel 1986)*, *Arqueología espacial*, 7-10, Teruel 1986. La tradición de la Arqueología espacial en el Colegio Universitario de Teruel, dará posteriores frutos, en los que el territorio y su delimitación seguirán siendo los objetivos, cf. *Seminario sobre Arqueología espacial*

espacio y comienzan a analizarse las estructuras interiores del poblado ibérico, la distribución de las deposiciones de materiales arqueológicos y las relaciones entre unas y otras, y no sólo en un plano vertical como propugnaba la estratigrafía potenciada por la Arqueología contextual años antes, sino también en un plano horizontal, espacial.

Pero, no sólo los núcleos de habitación son objeto material de una revisión de planteamientos teóricos, sino que las necrópolis a partir de éste momento comienzan a ser analizadas desde la matriz micro-espacial, revisando la estructura formal de la tumba, el ajuar, los individuos enterrados y las relaciones entre cada una de estas variables, con el objeto de conocer la articulación de las sociedades a las que pertenecen. Dicha instrumentación metodológica se encuentra articulada por los presupuestos teóricos de la *New Archaeology*, aunque en una rama escinda: 'otra arqueología', la Arqueología de la Muerte (Lull - Picazo, 1989, Ruiz - Chapa, 1990, Chapa Brunet, 1992). Como perteneciente a este enfoque, podemos destacar el análisis de las necrópolis ibéricas del Guadiana menor dentro de un proyecto de investigación concreto sobre la arqueología funeraria ibérica, desarrollado por un equipo por arqueólogos pertenecientes a las universidades Complutense de Madrid y de Castilla - La Mancha<sup>23</sup>. La continua aparición de trabajos que reflejan la puesta en práctica de este nuevo enfoque teórico -y los 'espectaculares descubrimientos' en palabras de sus organizadores- conduce años después a la realización de un *Congreso de Arqueología Ibérica* monográfico sobre *Las*

---

(Lisboa-Tomar 1988), *Arqueología Espacial*, 12, Teruel 1990; *Fronteras* (Teruel 1989), *Arqueología espacial*, 13, Teruel 1989.

<sup>23</sup> Cf. J. Pereira - T. Chapa, "Historia de la investigación de las necrópolis ibéricas de la alta Andalucía: el área del Guadiana Menor", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua (S.XVIII-XX)*, Madrid 1991, pp. 191-195. Podemos considerar fruto directo de estos mismos planteamientos e incluso de estos programas de investigación, dos trabajos notables dentro de las nuevas perspectivas en las que se ven inmersos ciertos aspectos de la arqueología ibérica. El primero, una revisión de las interpretaciones con más peso dentro de la historia de la investigación sobre la escultura ibérica; no se trata de una revisión meramente descriptiva sino que pretende la definición de aquellos principios generales - de racionalidad científica- que han condicionado las interpretaciones realizadas hasta el momento (Chapa Brunet, 1986). En el segundo [cf. T. Chapa - J. Pereira, "El oro como elemento de prestigio social en época ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, 64, pp. 23-35], partiendo de la variable de no presencia de objetos de oro en los ajuares funerarios, se considera dicho material precioso como metal de máximo valor práctico y objeto preferente en la transición por herencia del poder y de la propiedad.

*Necrópolis*<sup>24</sup>, del que se espera sea una verdadera puesta a punto del mundo funerario ibérico, entendido en sí mismo y en el marco peninsular y mediterráneo, y en cuyos resultados se observa una importante cantidad de informaciones de carácter empírico, pero una falta de uniformidad en cuanto a planteamientos teóricos subyacentes, que en ocasiones parecen no haber evolucionado desde los presupuestos más tradicionales.

Poco a poco, junto a los trabajos de prospección superficial necesarios para la puesta en marcha de proyectos territoriales, y debido a la necesidad de conocer la funcionalidad de determinados asentamientos, tal como postulan los planteamientos macro-espaciales, se va desarrollando un trabajo de campo encaminado al conocimiento de la organización interna del poblado, de su distribución espacial y de las actividades sucedidas en los diversos espacios. Comenzamos por tanto, a disponer de un mejor conocimiento empírico de la organización urbanística de los asentamientos ibéricos. Las murallas constituyen tradicionalmente uno de los elementos arquitectónicos más característicos y emblemáticos de estos poblados, y quizás por ello, han sido elegidas como pretexto para la organización de un nuevo *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibérica*<sup>25</sup>, en el que se buscan soluciones a los problemas esbozados para los fenómenos culturales ibéricos de época plena, cubriendo así el posible vacío dejado por aquellos primeros congresos sobre el surgimiento y la decadencia del mundo ibérico. La ausencia de planteamientos teóricos por parte de los organizadores de dicho simposio, vuelve a reflejarse en una cierta heterogeneidad, teórica y metodológica, de los trabajos presentados, diversidad que a nuestro parecer debería reflejarse únicamente en la distribución geográfica de los distintos grupos étnicos.

En cualquier caso, la influencia de este enfoque 'nuevo arqueológico' se va dejando notar, y progresivamente van apareciendo cada vez más programas de investigación caracterizados por la aplicación de las nuevas técnicas a ámbitos

---

<sup>24</sup> Cf. J. J. Blázquez Pérez (ed.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis (Madrid 1991)*, Madrid 1992. y su estructuración, paralelamente, en una visión por áreas y los detalles puntuales de cada yacimiento, y su análisis de los precedentes y de las aportaciones a culturas posteriores.



puntuales ibéricos. Comienzan a surgir congresos sobre diversos aspectos y áreas del mundo ibérico.

El primero se hace eco de la nueva *Paleoetnología de la Península Ibérica*<sup>26</sup>, potenciada gracias a la Paleoetnogénesis, a través de la cual la investigación recae en el proceso histórico de los grupos étnicos peninsulares; teóricamente cada uno de ellos se define como un sistema interaccionado, cuyos elementos compositivos - la lengua, la economía y la organización social e ideológica- deben ser analizados según las variables espacial y temporal, de acuerdo con una perspectiva diacrónica; el objetivo es llegar al conocimiento de las características de cada etnia en las distintas fases de su evolución histórica, de sus procesos formativos y de sus transformaciones sucesivas, y conseguir dibujar un mapa con la ubicación real y los límites precisos de los grupos prerromanos peninsulares. El resultado, sin embargo, es desigual y, como apunta Abad (1996: 126), se echa de menos la relación de cada grupo con su cultura material, quizá debido a la falta de trabajos encaminados en esa dirección.

Otra reunión celebrada por aquellos años con el título *Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la protohistoire* en Arles-sur-Rhône<sup>27</sup>, supone la aceptación de 'otro mundo ibérico' fuera de nuestras fronteras, más allá de los Pirineos, ambos relacionados estrechamente entre sí y con el ámbito mediterráneo. Pero también constituye la aprobación de las nuevas aproximaciones procesuales al conocimiento de la organización espacial dentro del poblado y de la esfera doméstica.

Con una idea similar, aunque referido a las fachadas mediterráneas de Italia y España, tiene lugar un nuevo encuentro hispano-italiano sobre la *Struttura de villaggio nella Spagna e Italia prerromana* (San Giustino - Perugia 1991), del que desgraciadamente no se han publicado ni comunicaciones ni ponencias (Abad Casal, 1996: 127).

---

<sup>25</sup> Cf. *Fortificacions: La problemática de l'ibéric ple (segles IV-III a.C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibérica* (Manresa 1990), Manresa 1991.

<sup>26</sup> Cf. M. Almagro - G. Ruiz, *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum, 2-3, Madrid.

<sup>27</sup> Cf. *Colloque International 'Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la protohistoire* (Arles-sur-Rhône 1989), Pré-actes.

Otra nueva convocatoria, *El poblament ibéric a Catalunya*<sup>28</sup>, parte de la necesidad de dar a conocer los resultados de los trabajos arqueológicos realizados en Cataluña en la última década, en una publicación global que tenga en cuenta no sólo la discusión científica, sino también la difusión entre el gran público y la introducción de la Arqueología en la enseñanza. La continuidad de planteamientos e intenciones, aunque abierta esta vez a la totalidad de la geografía ibérica, se materializa en un volumen monográfico de la revista catalana *Cota Zero* dedicado al *Hàbitat y habitació a la protohistòria de la Mediterrània nord-occidental*<sup>29</sup>, donde se da preferencia a temas relacionados con el urbanismo, la organización del ámbito doméstico y el reconocimiento de espacios singulares, civiles o religiosos, ya sean ambos de carácter público o privado.

Paralelamente, encontramos trabajos personales, en ocasiones acompañados de un equipo de investigación en período de formación, que debemos encuadrar dentro de los nuevos enfoques surgidos de la asunción de principios teóricos procedentes de la arqueología anglosajona, y que son publicados en las revistas científicas habituales y en los congresos arqueológicos -nacionales, internacionales, peninsulares-. Destacan las nuevas propuestas metodológicas para el estudio de la iconografía ibérica desarrolladas por Olmos Romera y su equipo<sup>30</sup>, quienes abandonan el concepto tradicional de iconografía como estudio subjetivo y descontextualizado, para ampararse en una visión estructural que incorpora los principios teóricos de la semiótica al estudio iconográfico; el análisis del objeto es interno y externo al mismo tiempo, en un intento de lograr el equilibrio entre

---

<sup>28</sup> Cf. *Actes del Seminari: El poblament ibéric a Catalunya (Mataró 1993)*, *Laietania*, 8 (1993).

<sup>29</sup> Cf. *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Mediterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, Barcelona, 1994.

<sup>30</sup> A lo largo de estos últimos años, en el departamento de Historia Antigua y Arqueología del Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se han ido desarrollando varios proyectos de investigación sobre iconografía ibérica en los que han participado especialistas en las distintas manifestaciones culturales ibéricas, y que se han completado con la realización de reuniones científicas puntuales e incluso el montaje de una exposición. Todo ello se ha traducido recientemente en la aparición de la *Colección Linx*, en la que se van a ir publicando aquellos trabajos sobre iconografía que sean susceptibles de pertenecer a lo que parece comenzar a denominarse la Arqueología de la Mirada, cf R. Olmos Romera (ed.), *Al otro lado del espejo, Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid 1996. Más recientemente y como resultado de la aplicación de las nuevas tecnologías a la difusión de la arqueología española, ha sido publicado un CD-ROM con el título *Los iberos y sus imágenes* [Cf. R. Olmos - I. Izquierdo, "El CD-ROM LOS IBEROS Y SUS IMAGENES. Una propuesta de análisis iconográfico de la cultura ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, 73 (2000), pp. 309-318].

aquella y la Arqueología. El proyecto, la elaboración de un *corpus* de iconografía ibérica -base documental- que le permita un sistema de lectura adecuado -leyes internas, sistemas de representaciones adecuadas-, tiene un objetivo final: conocer el imaginario de la cultura ibérica a través de su propio universo de imágenes -la iconografía de Panosfky-. Para ello se plantea la elección de una metodología posible entre el comparativismo cultural y la indagación de las estructuras internas; no se rechaza del todo el primero, pero prevalece el análisis y la sistematización de tipo estructural<sup>31</sup>.

Dentro de trabajos neopositivistas, que buscan al menos una reflexión teórica, aunque sólo sea a través de la asunción de principios teóricos ya establecidos y de la aplicación de métodos desarrollados por la nueva arqueología anglosajona, nos llama la atención el surgimiento, como resultado de un esfuerzo individual, de 'otra arqueología', la que se ha dado en llamar la Arqueología del Culto (Prados Torreira, 1994), cuyo objeto formal esta vez es el estudio de los restos arqueológicos de las actividades religiosas y culturales<sup>32</sup>. Manifestaciones emblemáticas éstas, para las que se pedía merecida atención en el *I Coloquio Internacional sobre Religiones Prehistóricas de la Península Ibérica* (Chapa Brunet, 1990). Se hereda en realidad una terminología ya utilizada hace algunos años por Renfrew<sup>33</sup>.

En ese mismo camino se encuentran las reflexiones teóricas explícitas en algunos trabajos de Cerrillo, aunque él prefiere la denominación de 'arqueología de la religión'. Mediante el uso de modelos e hipótesis de trabajo -artificios metodológicos y analíticos claramente procesuales- es posible acceder a aspectos de tipo psicológico y emocional firmemente asentados en el interior de la mente humana. La aproximación a lo religioso como manifestación de parte de estos aspectos no materiales de una cultura dada, debe realizarse en varios planos: la propia definición de lo religioso, la evolución sobre estos aspectos de cada cultura,

---

<sup>31</sup> Cf. R. Olmos Romera, "Nuevos enfoques y propuestas de lectura en el estudio de la iconografía ibérica", A. Vila (coord.), *Arqueología, Nuevas tendencias*, Madrid 1991, pp. 209-230.

<sup>32</sup> Cf. L. Prados Torreira, "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto", *Trabajos de Prehistoria*, 51.1 (1994), pp. 127-140.

<sup>33</sup> Cf. C. Renfrew, *The Archaeology of the Cult. The Sanctuary of Philakopy*, London 1985.

la identificación de los artefactos asociados a tales prácticas, las relaciones que pueden identificarse como religiosas y, finalmente, los comportamientos susceptibles de ser inferidos por el arqueólogo a partir de los espacios destinados a ese fin (Cerrillo Martín de Cáceres, 1990: 189).

El interés suscitado por los lugares de culto del área ibérica, reflejado en una amplia serie de trabajos, tiene su culminación en la publicación de una monografía sobre *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*, donde, a pesar de la desigualdad de enfoques teóricos de las diversas aportaciones, se intenta un cambio en el nivel conceptual y epistemológico de las problemáticas en torno a las creencias religiosas ibéricas<sup>34</sup>.

Por su parte, determinados especialistas en urbanismo prerromano y romano peninsular, han preferido adoptar y exponer unos principios doctrinales y metodológicos que pretenden un acercamiento al estructuralismo francés, a través de la asunción de la ideas de la Escuela de los Anales, y más concretamente de Braudel -y a pesar de continuas alusiones a -y asunciones de- la obra de un 'neohistoricista' y 'neokantista' como Splenger<sup>35</sup>; la ciudad es observada entonces, como importante elemento estructural, en la construcción de una estructura mayor: la cultura; pero, los problemas planteados siguen siendo los mismos, el origen y los agentes del urbanismo prerromano y su momento de introducción en el Península Ibérica<sup>36</sup>.

Sin embargo, y a pesar de estas nuevas tendencias y perspectivas en el análisis de los distintos aspectos de la realidad ibérica, hemos visto cómo no pocas

---

<sup>34</sup> Cf. *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, Castelló 1997.

<sup>35</sup> La Escuela de los Anales se convierte en la primera mitad del presente siglo en uno de los pilares de la pretendida modernización del academicismo, en la que, bajo la presidencia de Febvre, se rechaza la esterilidad del historicismo, se asume la consideración de la historia como ciencia y se acepta la existencia de una teoría de la historia y de unas leyes que le son propias (Fontana, 1982: 203). Será precisamente Braudel quien apunte la necesidad de asumir la realidad de una interrelación entre los diversos estratos que conforman una sociedad y una época, con los que el historiador debe enfrentarse al estudiar aquélla. Pero, poco a poco se van mostrando las deficiencias de la Escuela: aproximaciones parciales a los problemas planteados como consecuencia de la ausencia de un pensamiento coherente y la inexistencia de una verdadera teoría que es suplantada por una atención desmesurada a los métodos instrumentales (*Ibidem*: 210). Para conocer el 'historiar en función de las realidades de larga duración', cf. F. Braudel, *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid 1968. Para conocer la posición de Splenger, cf. O. Splenger, *La decadencia de Occidente*, Madrid 1966.

de las comunicaciones y ponencias presentadas a las reuniones científicas, parecen ajenas a los cambios sufridos por nuestra disciplina. En ese sentido, no deja de llamarnos la atención el simposio celebrado en Ampurias en 1991, que vuelve a relacionar *Iberos y Griegos*<sup>37</sup>, en una reunión que parece ser el último reducto de aquellos arqueólogos -españoles y galos- que no han decidido seguir las directrices de la arqueología anglosajona y que se aferran a la cerámica mediterránea extrapeninsular como reflejo de las influencias ejercidas por la variables alóctona en los indígenas ibéricos, aunque ahora la lectura se haga desde la diversidad.

Por otro lado, esta arqueología descriptiva, resultante de la concepción de la Arqueología como un continuo de hechos materiales ordenados mediante la causalidad y cognoscibles por observación directa, puede constatarse de la misma manera en casi todas las monografías publicadas, bien en las tipologías de determinadas manifestaciones materiales de la cultura ibérica, bien en los resultados de las excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en asentamientos o necrópolis adscritos a esta cultura. El factor humano en su mayor parte, parece estar compuesto por investigadores receptivos a los nuevos adelantos tecnológicos. Este segundo modelo de cultura ibérica es producto de la renuncia a los objetivos de la disciplina tradicional: aunque no existe un rechazo abierto a la necesidad de establecer presupuestos teóricos propios de la Arqueología, éstos permanecen ausentes. La utilización de los nuevos procedimientos de análisis y el deseo de su adaptación gradual al estudio de los datos recopilados, dan lugar a metodologías que quedan reducidas a meros programas de investigación, individualizados en su mayor parte, y cuya única novedad epistemológica es la incorporación al marco conceptual creado, de elementos heredados de la Antropología cultural y de determinadas Ciencias Sociales -la Sociología por ejemplo-. Las conclusiones, sin embargo, siguen siendo meramente histórico-cronológicas, adornadas eso sí, con descripciones y apreciaciones cuantitativas de los datos, que últimamente incluso, son procesados informáticamente.

---

<sup>36</sup> Cf. M. Bendala, "La génesis de la estructura urbana en la España Antigua", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16 (1989), pp. 127-147.

<sup>37</sup> Cf. P. Cabrera, R. Olmos, E. Sanmartí (coords.), *Simposio Internacional: Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias 1991)*, *Huelva Arqueológica*, XIII (2), Huelva 1994..

Las novedades que se habían ido produciendo en el desarrollo de la investigación del mundo ibérico durante las últimas décadas requerían la elaboración de una síntesis de lo acontecido en éste y que sustituyera al manual de Arribas, un tanto añejo después de su nacimiento en 1965. La iniciativa partió de nuevo del grupo jiennense, más concretamente de A. Ruiz y M. Molinos, quienes proyectaron la elaboración y posterior publicación de *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, en una serie editorial barcelonesa, caracterizada por la búsqueda de nuevas perspectivas. Desde un marco teórico definido por el materialismo histórico y con un método heredado de la nueva arqueología anglosajona, se da primacía a los estudios medioambientales, climáticos y de paisaje, a las relaciones espaciales entre los elementos materiales y a los análisis sociales del registro funerario; la periodización sin embargo, parece quedar en manos todavía de las seriaciones cerámicas. Si bien se pretende que dicha teoría y dicha metodología sean el elemento homogeneizador de la síntesis, la sensación final es una heterogeneidad manifiesta en lo que respecta a las distintas áreas geográficas objeto de estudio. Podría ser que esa falta de unidad se deba a la propia historia de la arqueología en cada una de las zonas, a la propia compartimentación científica y administrativa, en el desarrollo de los distintos programas de investigación que se han llevado a cabo sobre la cultura ibérica.

En cualquier caso esta monografía supone la muerte definitiva de la cultura ibérica como cultura infantil y de los iberos como 'salvajes sin civilizar', para comenzar a asumir su complejidad cultural y la jerarquización política. A partir de este momento el paradigma será una sociedad ibérica caracterizada por el surgimiento y la consolidación del poder aristocrático, impulsador del fenómeno urbano, la escritura, el comercio y manifestaciones artísticas de gran originalidad.

El posterior cambio paulatino en la imagen de los íberos, reflejo del cambio renovador de las nuevas generaciones de arqueólogos, será recogido de forma institucionalizada años después en la organización de una gran exposición, acompañada por un congreso internacional, que lleva un título tan significativo

como el de *Los Iberos. Príncipes de Occidente*<sup>38</sup>. Su inmediata publicación supone la aceptación y el uso del término 'príncipe', acuñado en la investigación de la edad del hierro de la Europa continental y que aún no había sido utilizado por los estudiosos de esa etapa en la Península Ibérica. Por fenómeno principesco se entiende el surgimiento de una sociedad caracterizada por la desigualdad, una sociedad compleja resultante de un *proceso de aculturación* tras el encuentro en suelo peninsular entre las comunidades protohistóricas autóctonas y los grupos procedentes de las colonizaciones de mediterráneas. La práctica sistemática de intercambios implica transformaciones que tienen como sujetos a los habitantes indígenas; de forma paulatina, la riqueza se va acumulando en manos de ciertos sectores de la sociedad que, al mismo tiempo y a consecuencia de esto, van creando formas de dominio propias, con una concentración de poder tal, que da lugar a la aparición del príncipe (Aranegui Gascó, 1998: 9).

Este modelo principesco, que por otra parte ha generado un debate acerca de la variedad de posibilidades de organizaciones políticas anteriores a la aparición histórica del estado propiamente dicho, es asumido a partir de este momento como hipótesis de partida en la sistematización de las distintas realidades socio-políticas del mundo ibérico y, por tanto, en las distintas aproximaciones procesuales al espacio ibérico, entendido éste como manifestación esencial de las estructuras de poder

Finalmente, el Seminario celebrado recientemente en la Casa de Velázquez con el título *Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.)*<sup>39</sup> dirige su atención hacia las estrechas relaciones existentes entre los asentamientos y el territorio. Se hace hincapié en la variada funcionalidad de determinadas fortificaciones y en su relación con los cambios de estrategia económica y política como consecuencia de la presencia romana en la Península Ibérica, surgiendo así nuevos términos como el de 'casas

---

<sup>38</sup> Cf. C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica* (Barcelona 1998), *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, 1998.

<sup>39</sup> Cf. T. Chapa - P. Moret (coord.), *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.)*, (Madrid 2002), *Preactas*, Madrid, 2002.

fortificadas' y revisiones de interpretaciones funcionales de las viejas torres y atalayas.

## 2.- Nuevas Aproximaciones Arqueológicas

Hemos visto pues, como en la bibliografía actual podemos encontrarnos con diversos modelos de cultura ibérica, dependiendo de las distintas posturas racionales, teóricas y metodológicas adoptadas por cada uno de los investigadores. Como nuestro objetivo final es la comprensión de la estructuración y el uso del espacio llevados a cabo por las distintas comunidades consideradas tradicionalmente como ibéricas, en este apartado nuestro análisis se va a centrar únicamente en aquellos modelos que tengan precisamente como base ese espacio. Ellos nos darán las pautas para nuestro trabajo posterior.

La adopción de un marco conceptual procedente de la Geografía locacional (Hagget, 1974) se convierte en una postura generalizada ante la *crisis* que ha conducido a la Arqueología española a una fase -ya larga- de reflexión sobre sus objetivos a la hora del acercamiento al registro arqueológico, aunque en la mayoría de las ocasiones no llega a transformarse en un verdadero marco teórico. Ese marco conceptual caracteriza la respuesta protagonizada por el enfoque 'nuevo arqueológico', como resultado del interés despertado por las posibilidades de la investigación en las relaciones *hombre/medio* y *hombre/hombre*; Es decir, se va a enfatizar la evolución cultural, una definición de cultura como 'la forma extrasomática de adaptación al medio de los seres humanos'<sup>40</sup>, por tanto, ese entorno externo, la perspectiva científica, el concepto de proceso cultural, la explicitación con respecto a las influencias recibidas por los propios investigadores y, finalmente, el conocimiento de la variabilidad del material arqueológico mediante la estadística. En resumen, los iberistas procesualistas buscarán generalizaciones y tenderán a usar modelos sistémicos o funcionales.

En esta ocasión la arqueología espacial, más concretamente lo que se ha dado en llamar Nuevas Aproximaciones Arqueológicas -N.A.A.- (Ruiz Zapatero, 1988:

---

<sup>40</sup> Desarrollada por Binford (1964).



40), será aplicada en casi la totalidad de las zonas típicamente ibéricas -al menos en las más mimadas por los investigadores y/o la administración-, incluyendo cómo vimos el valle del Guadalquivir, objeto directo de estudio por parte del enfoque materialista histórico, que también hace uso, en su proyecto de las herramientas proporcionadas por aquéllas.

Los investigadores que se han encargado de fundamentar las bases teórico-metodológicas para la aplicación de esas técnicas analíticas, basadas en los principios de la Nueva Arqueología anglosajona, serán al mismo tiempo quienes realicen distintas aplicaciones de aquellos instrumentos de análisis sobre diversos aspectos de las comunidades de época ibérica en el valle del Guadalquivir y en el valle medio del Ebro, mientras que en otras ocasiones, el interés se ha centrado en áreas locales de los asentamientos prehistóricos que poblaban el Bajo Aragón en los siglos de transición entre el Bronce Final y Hierro I. Otros estudios de poblamiento realizados en diversas zonas del mundo ibérico -Levante, Cataluña o de nuevo el Bajo Ebro ya en pleno período ibérico- carecen en principio de reflexiones teóricas sistematizadas ampliamente por sus 'usuarios'.

Por esa razón, hemos creído necesario hacer una clara diferenciación entre las distintas zonas geográficas que recorre el río Ebro desde su tramo medio a su desembocadura, lo que en principio puede parecer un tanto aleatorio, pero que pretende una mayor claridad en lo que debe ser prioritario en este apartado: los programas de investigación que intentan un acercamiento a la realidad peninsular en época ibérica. En cualquier caso, procuraremos compaginar los dos elementos para no perder una visión globalizadora, y a la vez individualizadora, en cuanto a diferenciación de áreas culturales, teniendo en cuenta que éstas no tienen por qué coincidir con las divisiones administrativas actuales, aunque en ocasiones éstas parezcan dirigir las investigaciones. En un primer momento nuestro esquema de trabajo incluía en este punto un apartado en el que pretendíamos analizar el marco teórico que iba a caracterizar a cada uno de los programas, pero una vez que nos pusimos a trabajar, pudimos constatar una ausencia prácticamente total de principios teóricos explícitos en algunos de aquéllos, aunque implícitamente se asuman los principios de la arqueología anglosajona, e incluso determinados

aspectos de la denominada 'teoría del espacio'. Como consecuencia, en primer lugar expondremos los principios sistematizados para la construcción de esta última por parte del que denominado equipo jiennense, para luego en el apartado dedicado al actual Aragón, realizar una recapitulación del marco conceptual que rige los estudios de las comunidades de la zona media del valle del Ebro y los de la comarca del Bajo Aragón durante el Bronce Final/Hierro I; para el resto de las comarcas catalanas del último tramo del valle del Ebro y aledaños, únicamente contaremos con las técnicas analíticas más concretas y los modelos resultantes en el caso de que los hubiera.

### **3.- La 'teoría del espacio' en las Nuevas Aproximaciones Arqueológicas**

Las relaciones de hombre con el resto de sus congéneres y de éste con el medio natural que le rodea, y las posibilidades de su análisis, se han convertido estas últimas décadas en el objeto prioritario a la hora del acercamiento al registro arqueológico por parte de los investigadores más renovadores de nuestra disciplina. La *New Archaeology* y la Arqueología estructural anglosajonas serán los marcos teóricos, inscritos en un soporte mayor de racionalidad general como es el cientifismo o neopositivismo, elegidos para tales aproximaciones.

#### **3.1.- Territorio**

En la mayoría de los casos, las teorías más específicas serán asumidas sin ninguna reelaboración posterior, así la Arqueología territorial, cuyo objetivo es un acercamiento a la economía del yacimiento y de su medio, es entendida sencillamente como una nueva forma de acercarse al registro arqueológico, como un conjunto de técnicas para analizar datos. En su marco conceptual, el espacio es equivalente a territorio, entendiendo éste como el área explotada económicamente por el asentamiento (Higgs - Vita Finzi, 1972: 30), y utilizada social, religiosa y políticamente (Ruiz - Burillo, 1988: 45).

Sin embargo, el denominado equipo jiennense añade a tales asunciones teóricas un tinte materialista histórico, trasformando su objeto teórico en la historia de la lucha de clases, concretada por los diversos medios de producción (Molinos - Ruiz - Nocete, 1988: 79). Al ser uno de los principios fundamentales de la red teórica adoptada por este enfoque materialista, el de la posible lectura de las relaciones sociales en el territorio, y entenderse éste como un *espacio históricamente estructurado*, es necesaria la construcción de una *teoría del espacio*, de la que será el máximo responsable este grupo de investigadores andaluces. Ésta, junto con la *teoría de la mercancía -artefacto-* y la *teoría del proceso*, establecerían la articulación de una *teoría arqueológica* global. Para su creación, se acude a la utilización de la Teoría de la Ciencia como otro modo de investigación, al mismo tiempo que como instrumento de justificación de su posición científica.

Al poder ser considerado el espacio como micro- o macro-espacio, es posible una nueva subdivisión de las teorías sistematizadas. Para el macro, se desarrollan las *teorías de la frontera y del estado*; y para el micro, la *teoría del medio de trabajo* -relacionada a su vez con la teoría de la mercancía- y la *teoría de la estructura ideológica/simbólica* -en relación directa con el urbanismo<sup>41</sup>.

En la base, se encuentra un análisis espacial en dos niveles distintos: el primero, la relación hombre/hombre, con procedimientos de investigación como los polígonos thiesen, o la aplicación de la escala de Clark y Evans (1954) sobre el grado de agrupación o distribución; y el segundo, la relación hombre/medio, ayuda a definir el ciclo de producción-consumo, dentro del marco económico, y la oposición entre campo y ciudad. Todo ello reflejo de la adaptación socio-económica, tal como apuntaban con anterioridad, algunas manifestaciones de investigadores como Godelier, quien consideraba que la aridez y escasez de recursos influían directamente en la transformación interna de la sociedad<sup>42</sup>, o Leroy-Gourham, quien pensaba que tres factores como son los recursos alimenticios, la densidad demográfica y la superficie del territorio, influían

---

<sup>41</sup> Que no hemos podido encontrar desarrollada en ninguna de los trabajos pertenecientes a este enfoque materialista.

<sup>42</sup> Cf. M. Godelier, *Esquemas de evolución de las sociedades*, Madrid 1974.

directamente en una determinada sociedad, en características tales como su defensa, su movilidad, su ocupación económica o la superficie de su hábitat<sup>43</sup>.

Dentro de la misma adaptación socio-económica, las características geográficas, que son consideradas como factor dominante en la definición de los productos básicos, la localización de focos de recursos económicos y de puntos de población, y en la estrategia defensiva, entran en contradicción dialéctica con el nivel técnico de las fuerzas productivas (Ruiz Rodríguez, 1978: 259). Vemos pues, cómo el contexto donde se realizará el análisis histórico, es equivalente al territorio político y económico, considerando a su vez como un estado o comunidad autosuficiente. Al mismo tiempo constituye el marco de las relaciones económicas y político-ideológicas, así como la unidad básica en la dependencia y jerarquía de asentamientos que conforman el territorio global (Ruiz *et alii*, 1986a: 76).

El territorio "*es por sí mismo un horizonte de investigación donde contrastar informaciones e inferir nuevas hipótesis*". Permite el análisis de las relaciones sociales y técnicas, puesto que el territorio es producto de esas mismas relaciones sociales. El patrón de asentamiento que se configura en él y que viene dado por la relación asentamiento/asentamiento y asentamiento/medio, es el marco de la reproducción de los sistemas sociales. Él impone límites a la comunidad y por tanto, a su proceso histórico concreto. Su lectura, puede darnos información sobre la economía, puesto que existe una relación inversamente proporcional entre territorio y nivel tecnológico, y sobre las relaciones económico-sociales (Ruiz - Molinos, 1984a: 204).

A la hora de estructurar el territorio, en el intento de reconocer los aspectos económicos y políticos de una determinada formación social, se realiza una nueva clasificación tipológica del mismo: el territorio de producción identificado con el área de recursos que se articula como espacio de consumo, siempre en relación con un asentamiento, y cuya valoración se produce a través de la cuantificación y cualificación de los productos (Ruiz Rodríguez, 1987: 12); el territorio político, reflejo de la estructura estatal, determinante del sistema de asentamientos, a través de la forma y el ritmo de la circulación del excedente (Molinos - Ruiz - Nocete,

---

<sup>43</sup> Cf. A. Leroy-Gourhan, *El gesto y la palabra*, Caracas 1972.

1988: 79-80); y el territorio político y económico, unidad política identificable con un estado o comunidad suficiente, que se entiende como el marco completo de las relaciones económicas y político ideológicas, que a su vez, pueden inferirse de la dependencia y jerarquía de asentamientos y en las relaciones entre éstos y el territorio global (Ruiz *et alii*, 1986a: 76).

### 3.2.- Asentamiento

Pero por otro lado, el territorio forma parte de una determinada escala de unidades espaciales. Constituye el grupo de las unidades de mayor tamaño, junto con el asentamiento, mientras que el grupo complementario, las unidades menores, estaría formado por las áreas de producción, las áreas de consumo, las áreas de intercambio y los lugares.

El asentamiento está directamente relacionado con la propiedad, factor dominante en la definición de las relaciones de producción y en la definición de la 'Arqueología de las culturas', frente a la arqueología tradicional basada en el objeto<sup>44</sup>. Dicha propiedad es analizable a través del producto, como contexto funcional o por asociación en articulaciones de consumo o producción. El asentamiento es considerado el marco en el que es posible el análisis de la propiedad. Cuatro serán los elementos que ayuden a definir el concepto de asentamiento: el primero, el carácter funcional de residencia, según el cual el asentamiento será el resultado de la suma articulada de áreas de residencia, cuyo límite puede aparecer con o sin construcción; la oposición campo/ciudad, que marca el límite entre la zona residencial y no residencial, al mismo tiempo que el nivel de desarrollo urbano, sería el segundo elemento; el tercero, la no asimilación a la comunidad, puesto que el asentamiento tiene una amplia gama de articulaciones que definen diferentes actividades y funciones dominantes, a la vez que nos habla sobre su autosuficiencia o dependencia de otros; y finalmente, el asentamiento como lugar de trabajo, que viene definido mediante lugares y áreas

---

<sup>44</sup> Dentro de esta Arqueología de las Culturas, arqueólogos como Binford (1988) o Flannery (1972) ampliaron el marco del propio asentamiento con un enfoque ecológico.

de actividad, los patrones de deposición y los artefactos contextualizados, es decir, el microespacio como marco de análisis de los procesos de producción (*Ibidem*: 75-76).

En relación directa con el asentamiento se encuentra el *concepto de ciudad*, susceptible de ser defendido solamente en cuanto que puede ser defendible el territorio político. En la lectura del patrón de asentamiento, nos ayuda en el conocimiento de las jerarquías políticas y económicas, las articulaciones funcionales y las compensaciones. La existencia de la ciudad se hace posible gracias a la estructura de estado, a partir de la ruptura de las relaciones segmentarias. En dicha estructura el excedente, la división del trabajo y el no productor, tienen una existencia paralela a la representación espacial urbana (Ruiz Rodríguez, 1987: 12).

El carácter urbano de la ciudad se resume en tres afirmaciones claves: la ciudad precapitalista se integra de forma dialéctica en el campo; la diferenciación entre carácter urbano y no urbano está en relación con el territorio político y con el territorio económico, y no en función del tamaño; y finalmente, el carácter y el concepto de ciudad viene dado por el conjunto de las relaciones, que no sólo son internas, sino que se producen entre asentamientos, y entre el mismo asentamiento y el campo. La lectura de la ciudad dentro del territorio, se realiza gracias al análisis de sus relaciones estructurales, de la relación ciudad/campo, en la que la primera es la receptora del proceso productivo que se da en el sector agrícola, como primera actividad productora, con el primer gran volumen de excedente; es en la ciudad donde se establecen las relaciones entre productores y no productores, donde se localiza espacialmente la compleja estructura productiva (Molinos - Ruiz - Nocete, 1988: 85).

Partiendo de estas premisas, y para llegar a la construcción de un modelo teórico de la ciudad, se realiza una revisión crítica del concepto de ésta<sup>45</sup>, cuyo

---

<sup>45</sup> Kluckon [cf. A. Morris, *Historia de la forma urbana desde sus orígenes hasta la revolución industrial*, Barcelona 1984: 455] desde una perspectiva sociológica, establece una serie de factores que intervienen en la definición de ciudad: el tamaño en el horizonte geográfico, la escritura en el horizonte técnico, y la monumentalidad en el plano político-religioso; un asentamiento para ser considerado ciudad debe cumplir al menos dos de las siguientes condiciones: una población que supere los cinco mil habitantes, la posesión de un lenguaje escrito, y/o la existencia de un centro monumental de ceremonias. El estudio

resultado es su asunción como "*variable estudiada desde una determinada articulación histórica*" que necesita para reproducirse condiciones previas muy concretas (Ruiz Rodríguez, 1987: 10). El objetivo debería ser no crear modelos, sino fijar un concepto amplio de ciudad, que tenga como resultado una serie de tipos anhistóricos, sobre la base de la articulación entre asentamiento y medio. Así, el tamaño, conectado al factor demográfico, aunque se trata como una variable fundamental, pasa a ser un factor aséptico debido a su difícil valoración. La solución pasa por la articulación de medios teóricos en un intento de analizar históricamente el concepto (*Ibidem*: 11).

El *modelo teórico del concepto de ciudad* resultante se basa en tres principios:

a.- Los agentes productivos de una determinada sociedad se dispersan por un espacio que no se circunscribe únicamente al asentamiento. Esta área de ocupación la forman el asentamiento más el área de captación -idea tomada de la corriente ecológica cultural americana-. Las relaciones económicas y sociales se encuentran limitadas por su articulación.

b.- La ciudad está articulada. Es efecto de las relaciones sociales de producción de una determinada coyuntura económica, "*una práctica cultural a través de la cual se produce y reproduce la matriz histórica de cada sistema social*" (*Ibidem*). Refleja las diferentes relaciones, los distintos sistemas de apropiación del producto y de propiedad, al mismo tiempo que la relación dialéctica entre campo y ciudad.

---

evolucionista de Sjoberg [G. Sjoberg, "Origen y evolución de las ciudades", *La Ciudad*, Madrid 1967, pp. 37-59] tiene como objetivo fijar el origen de la estructura urbana, y más concretamente, el de la ciudad del Próximo Oriente; como consecuencia, su concepto de ciudad estará definido por variables como el tamaño, una elevada densidad demográfica, un sistema de escritura, una base tecnológica en la que la agricultura aparece asociada a ciertos avances técnicos -rueda y arado-, la aparición del metal, y la existencia de clases con reyes y sacerdotes, y de artesanos y trabajadores especializados. El análisis de la ciudad de Mohol-Nagy [S. Mogol-Nagy, *Urbanismo y sociedad, Historia ilustrada de la evolución de la ciudad*, Barcelona 1970] se encuentra en relación con la ecología cultural americana y la *New Archaeology*, y su objetivo es la creación, mediante un estudio tipológico y funcional de las mismas, de modelos de ciudades claramente formales: geomorfológicos, concéntricos, lineales, octogonales, conectivos, modulares y aglomerados; su factor más positivo será tener en cuenta por primera vez la relación asentamiento-campo. Para David [K. Davis, "La urbanización de la población urbana", *La Ciudad*, Madrid 1967, pp. 11-36], sin embargo, una única variable es la implicada en la aparición de la ciudad: la densidad de población, que debe ser valorada gradualmente. Finalmente, resta la corriente simbólica, representada por Mumford, Kereny y Eliade [cf. P. Sica, *La imagen de la ciudad. De Esparta a las Vegas*, Barcelona 1977], y para la que el elemento definidor del concepto de ciudad es el factor mítico, puesto que ésta es considerada una prolongación antropomórfica de la naturaleza.

c.- La relación dialéctica entre campo/ciudad es el proceso productivo de apropiación de la naturaleza, dependiendo de un determinado nivel técnico y de las relaciones medio ambientales. Puede ser considerada por lo tanto, como la expresión espacial de la apropiación del suelo (*Ibidem*: 11-12).

### 3.3.- Unidades menores

Finalmente, como unidades menores establecidas en la escala espacial creada dentro de la 'teoría del espacio', restan los "*lugares y áreas de consumo, ahora entendidas como fases de un proceso y no como unidades atemporales*". Estas unidades de análisis espacial están en conexión a su vez con el análisis del producto, delimitando su valor de uso y de cambio. Permite su localización en el plano de la estructura económica y en el marco de las relaciones articuladas, y su representación espacial con una amplia gradación: lugar de actividad, donde se da una única actividad en relación con un proceso de trabajo o consumo; y área de actividad, donde se realizan varias actividades, en conexión también con ese mismo proceso (Ruiz *et alii*, 1986b: 74).

La articulación de lugares y áreas, y por consiguiente, la articulación de sus respectivas unidades constructivas, crean el marco de referencia para las relaciones técnicas de producción, el denominado marco de análisis tecnológico, puesto que supone la valoración tecnológica de la relación hombre/medio, asociada al inventario artefactual. La articulación de los tres niveles: producción, consumo e intercambio, permite la observación de las relaciones sociales de producción, legibles también en el asentamiento y en el territorio (*Ibidem*: 72).

Hay por tanto, un rechazo del asentamiento de Chang (1972) como unidad fundamental, y sin embargo, una aceptación de la estructura más ampliada de Leach (1954), produciéndose un retorno a la *New Archaeology* con una metodología de alcance regional.



## LA CULTURA IBÉRICA EN EL VALLE DEL EBRO

Después de este repaso al proceso historiográfico de la arqueología e historia ibéricas, hemos podido constatar una clara evolución desde planteamientos un tanto lucubrades sobre los orígenes de los íberos hasta la aplicación de las más renovadoras tendencias arqueológicas. A lo largo de todo el desarrollo teórico, tres parecen ser las cuestiones genéricas básicas: la migración, la ecuación etnia/Estado/nación y la cerámica. Curiosamente son tres constantes en la historiografía más normativista e historicista, y su peso en la investigación arqueológica sigue dejándose notar incluso en los enfoques más recientes.

Si bien, las más recientes aproximaciones a las comunidades ibéricas parecen inclinar sus intenciones de conocimiento hacia las manifestaciones de poder, de posible lectura en la cultura material y en sus articulaciones espaciales, lo que supone un giro en los procesos de investigación de la arqueología ibérica hacia aspectos plenamente sociales, como promulga Bate (1998).

### **1.- Comarcas aragonesas**

A pesar de que las distintas líneas y programas de investigación desarrollados en el ámbito geográfico del valle del Ebro, a su paso por el actual Aragón, carecen de forma explícita de una teoría sobre el espacio, y que la realizada por los representantes del enfoque materialista histórico ha sido aplicada únicamente a la situación en época ibérica en el valle del Guadalquivir, el hecho de que ambas tendencias hayan bebido de las fuentes de las nuevas corrientes de

la arqueología anglosajona, les confiere cierta homogeneidad en sus enfoques y entre la teoría del espacio explicitada y la implícita en los estudios espaciales de las comarcas aragonesas.

### 1.1.- Marco conceptual e interpretativo

En este contexto de reflexión teórica, la Arqueología territorial es entendida por sus propios *defensores* españoles como una aproximación específica más a aspectos concretos del registro arqueológico, dentro de una concepción globalizadora de la disciplina (Ruiz - Burillo, 1988: 45). Su objetivo es el acercamiento a la economía del yacimiento, a la interrelación establecida entre éste y su medio ambiente, y a las relaciones entre los distintos asentamientos.

Obviamente, la primera delimitación conceptual es la del vocablo base, *territorio*, que se define previamente como el área habitual explotada desde el asentamiento (Higgs - Vita Finzi, 1972: 30), para posteriormente ser denominado 'territorio de explotación' (Bailey - Davidson, 1983). Se pretende una reconstrucción de sus características en el momento concreto de estudio, lo que requiere una valoración correcta de los factores que intervienen en la concepción del territorio. Las reconstrucciones posibles de éste deben ser entendidas como simples aproximaciones, que serán más reales cuanto mayor sea la cantidad de información procedente del yacimiento *-on site-* y del territorio *-off site-*. Sigue a la hipotética reconstrucción territorial, su supuesta utilización por parte de la comunidad, a la que hay que sumar aspectos sociales, políticos y religiosos.

En un determinado momento se adopta una perspectiva espacial más amplia. Al tomarse como objeto de estudio toda la región natural en la que se localiza el asentamiento, la Arqueología territorial se equipara a una Arqueología regional (Johnson, 1977). En este nuevo marco, el concepto de territorio está relacionado directamente con el de espacio; uno y otro se complementan. Mientras el segundo es más amplio y genérico, el primero es más estricto. Sin embargo, un uso restrictivo de aquél *-por parte de la Geografía y la Arqueología-* lo convierte en sinónimo de territorio. Y a la vez, la clara referencia de este último a un extensa

superficie de tierra con características físicas propias, lo transforma prácticamente en un equivalente a región. Eso sí, sin dejar de lado la implicación directa del control del mismo por parte del hombre (Ruiz - Burillo, 1988: 46).

Cualquiera de ellos se ve enmarcado en sentido global por el *medio geográfico*, que es entendido como la suma del paisaje explotado más el paisaje natural, pero siempre en 'evolución dialéctica' con la comunidad. En él se encuentran la mayoría de los recursos económicos, de los que se busca su ubicación concreta -agricultura, ganadería y minería-, las vías de comunicación -los caminos naturales, cada vez más utilizados por el hombre-, y una diversidad morfológica que hace posible la elección del asentamiento más óptimo (Burillo Mozota, 1979a: 31). La utilización del medio geográfico se lleva a cabo de acuerdo a la *ley del mínimo esfuerzo*: la explotación disminuye conforme mayor es la distancia desde el asentamiento (*Ibidem*: 32).

Como núcleo central del territorio, y escenario donde se dan las relaciones directas *hombre/hombre*, aparece la *ciudad*. El enfoque espacial que se aplica en el estudio de la cultura ibérica en el valle del Ebro, no admite una definición de aquella cerrada, móvil en el espacio y en el tiempo, sino que aboga por un concepto de ciudad solamente utilizable en una época y en un territorio concreto<sup>1</sup>. Se convierte en "*un claro y complejo reflejo de la organización sociopolítica de una sociedad determinada, planteándose así su estudio como clave en el análisis histórico*" (Burillo Mozota, 1988b: 173).

Una serie de características será necesaria para que un asentamiento pase a ser considerado como ciudad: que existan núcleos rurales relacionados con él, que dentro de un hábitat diferenciado, la ciudad tenga una categoría mayor y atribuciones especiales, y que detente funciones públicas en relación con distintos aspectos de la vida de la comunidad: económicas, político-administrativas, religiosas y defensivas; funciones todas ellas que se asocian a edificios específicos, repercutiendo en un aumento del espacio habitado. Además deberá producirse

---

<sup>1</sup> En un primer momento se apunta hacia una diversidad cronológica en la aparición de las ciudades en zonas diferenciadas como son la campiña de Jaén y el valle medio del Ebro; mientras que en la primera surgen ya plenamente formadas en el siglo á a.C., en la segunda no aparecen hasta el siglo III a.C. como fecha más temprana.

una vinculación desigual entre la ciudad y los núcleos rurales: la primera tendrá que proporcionar a los segundos aquellos servicios de los que carezcan, y éstos deberán dar una serie de prestaciones, generalmente dependientes, a aquélla. Cada una de esas características tiene su reflejo en el registro arqueológico. La evidencia más destacable será la mayor extensión superficial de aquellos yacimientos que alcancen la categoría de ciudad. Será precisamente este dato, la extensión, que en la mayoría de las ocasiones se equipara a la extensión demográfica, el que determine con más claridad y seguridad el rango de ciudad. Eso sí, siempre que se trate de asentamientos considerados sincrónicos y pertenecientes a un territorio con cierta homogeneidad cultural y económica.

En el estudio de las comunidades ibéricas del valle medio del Ebro, además, se han tenido en cuenta las noticias dadas por las fuentes escritas. Se utiliza entonces como criterio diferenciador el hecho de que el asentamiento en cuestión aparezca bajo el calificativo de ciudad en dichas fuentes -¿*polis*?, ¿*oppidum*?, ¿*urbs*?-, tenga una importante extensión y sea sede de una ceca monetaria (Burillo Mozota, 1988a: 300). No existen, sin embargo, planteamientos acerca de cuál es el criterio diferenciador que siguen las fuentes clásicas, ni sobre el significado real de cada uno de esos conceptos en dichos textos.

## 1.2.- Marco analítico

La aproximación por parte de la Arqueología territorial a algunos aspectos concretos del registro arqueológico, consiste sencillamente en *una serie de técnicas para analizar datos* (Ruiz - Fernández, 1985: 375). Su objetivo básico es un acercamiento a la economía del yacimiento y de su medio. Ello se consigue gracias al análisis de la ocupación y explotación del territorio, por parte de la propia comunidad. Para ello se utilizan procedimientos de arqueología espacial -análisis territorial y polígonos Thiessen-, acompañados, en el caso del poblamiento del Bajo Aragón en la época de transición del Bronce Final a Hierro I, de determinados cálculos demográficos (*Ibidem*: 372).

La instrumentación metodológica se centra en el análisis de territorios arqueológicos -*Site Catchment Analysis*-<sup>2</sup>. El método que caracteriza a los estudios paleoeconómicos, básicamente parte de tres hipótesis: primera, hay una relación directa entre distancia y beneficio; segunda, el sistema de asentamientos primitivos estaba conscientemente adecuado a la ley minimizadora de energía; y tercera, existe también una relación entre la función y la localización de un yacimiento. Se utiliza entonces como instrumento de análisis, el trazado de áreas concéntricas alrededor del asentamiento, con límites equidistantes dependiendo del tiempo empleado en llegar a ellas a pie<sup>3</sup>. De esta manera se determina el territorio *teórico*<sup>4</sup>, que engloba distintos tipos de suelos: terreno potencialmente cultivable, terreno de pasto, y terreno estéril (Jarman, 1972: 715).

Buscando una depuración de su método, Ruiz y Fernández (1985: 374) realizan un repaso a lo que ellos consideran las deficiencias teóricas del sistema. En primer lugar, las actividades que se producen alrededor del asentamiento no siempre se dan de forma radial. Segundo, es muy posible que se haya producido cierta variación en los tipos de suelo, conforme a los sistemas de explotación de éstos. En tercer lugar, existe otra serie de factores -distancia entre asentamientos, defensa, recursos acuíferos, rutas comerciales y de comunicación, ...- que pueden haber influido en la elección de la localización exacta del yacimiento, además del aprovechamiento económico del medio inmediato. Cuarto, la posibilidad de que determinados territorios fueran explotados más intensamente que otros, hace que la relación entre porcentaje de suelo igual a porcentaje de modo de utilización no sea exacta. Y finalmente, el análisis requiere una comprobación con los resultados empíricos de la excavación arqueológica.

---

<sup>2</sup> Método tomado de la Geografía, que se define como "*el estudio de las relaciones entre tecnología y los recursos naturales que están al alcance económico de los yacimientos*" (Áita-Finzi, 1972: 2) y que tuvieron su base en estudios etológicos sobre el comportamiento territorial de ciertos animales.

<sup>3</sup> Se intenta conseguir así determinar la influencia de la ciudad sobre su entorno rural -anillos concéntricos de uso del suelo entorno a ella o a un núcleo de mercado- (von Thünen, 1875), el efecto de la distancia sobre la intensidad de la explotación agrícola (Chisholm, 1962), en ocasiones sobre sociedades de cazadores-recolectores (Lee, 1969).

<sup>4</sup> Chisholm y Lee trazan un radio de 5 km. -1 hora a pie- para una economía agrícola, y un radio de 10 Km. -2 horas a pie- para los depredadores. Para conseguir una aproximación más real, se propone una visita al yacimiento y tener en cuenta la topografía del terreno; la figura que delimite el territorio de explotación será irregular y posiblemente más adecuada a la realidad (Higgs, 1975).

Se propone como alternativa, un estudio global de áreas naturales, en el que, mediante un cálculo de simulación, se relacione el sistema de asentamientos con él de los tipos de explotación del terreno, deduciendo las posibles estrategias económicas (Hodder - Orton, 1976: 233-36). Se produce así una clasificación teórica en: economías móviles, economías sedentarias y economías sedentario-móviles (Higgs - Vita Finzi, 1972: 28-29).

El conjunto de técnicas analíticas utilizadas en el estudio de la cultura ibérica en el valle del Ebro, a través de la Arqueología territorial, se centra fundamentalmente en el yacimiento arqueológico en sí y en su manifestación superficial y territorial. En una determinada región se localizan los asentamientos, se evalúan sus respectivos contextos y se estudia su distribución junto con sus relaciones (Ruiz - Burillo, 1988: 47). Para ello se recurre básicamente a los instrumentos analíticos de la Arqueología espacial.

Una vez delimitada la región que va a ser objeto de estudio y planteadas las hipótesis de trabajo, el paso siguiente es la búsqueda de los yacimientos mediante la prospección de superficie<sup>5</sup>.

Tanto en esa fase como en la siguiente -la interpretación del contexto arqueológico del yacimiento-, se recurre a la Geoarqueología, fundamentalmente a la geomorfología y la petrografía sedimentaria (Burillo - Peña, 1984a). El hombre y el clima son los factores principales desencadenantes de los cambios geomorfológicos. En el método de investigación se parte de los efectos reconocidos en la situación actual, a partir de los cuales se deben reconstruir las causas. Se asume un problema epistemológico: aunque éstas están claramente delimitadas -cambios climáticos y acción humana-, los efectos resultantes en muchos casos son similares y muy difíciles de diferenciar con respecto a su origen (*Idem*, 1984b: 93)<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Intentan acercarse así a otra nueva modalidad de arqueología, la Arqueología del paisaje, entendida ésta como estudio del conjunto de rasgos que forman el mundo real que caracteriza a la superficie terrestre en la que viven las comunidades. Dichos rasgos engloban manifestaciones naturales, seminaturales o artificiales (Roberts, 1987). Para una revisión de la Arqueología del Paisaje y sus nuevas perspectivas, cf. A. Orejas, "Arqueología del Paisaje: historia, problemas y perspectivas", *Archivo Español de Arqueología*, 64 (1991), pp. 191-230.

<sup>6</sup> Nuevamente otra arqueología, esta vez la *Environmental Archaeology* que pretende la reconstrucción paleoclimática y paleoecológica (Bradley, 1985).

En busca de la perfección metodológica analítica, se intenta una delimitación más precisa de cada uno de los instrumentos utilizados.

#### *La prospección arqueológica*

Como ruptura con la arqueología tradicional -en los sesenta-, y dentro de la Nueva Arqueología, se intenta potenciar la estrategia de prospección superficial, a partir de una hipótesis de trabajo. El desarrollo que muestra esta nueva concepción de la prospección, tiene como causas básicas, el impacto receptivo de las N.A.A. en las que esta modalidad tiene importancia por sí misma, y una nueva forma de trabajo en nuestro país que se manifiesta en la planificación de proyectos de investigación a medio o largo plazo, generalmente en relación con ámbitos regionales, como consecuencia las prospecciones se centrarán en esos mismos marcos regionales. En cualquier caso en muchas de ellas falta aún un diseño teórico previo que fije de forma clara objetivos y procedimientos en su realización (Ruiz Zapatero, 1988: 40-43), por lo que una vez admitido su aspecto práctico, se considera necesario construir un marco teórico y específico para ella (Ruiz - Burillo, 1988: 47; Burillo Mozota, 1988-89). No obstante, aún en la actualidad se la sigue considerando una de las líneas de investigación más prometedoras de nuestra disciplina y resultado del su proceso de renovación teórica y metodológica (Ruiz Zapatero, 1996).

#### *La Geoarqueología*

En relación directa con uno de los factores no controlables de la prospección, la visibilidad del medio, se encuentra la Geoarqueología. Los depósitos arqueológicos se ven afectados a menudo por factores post-deposicionales. La Geoarqueología será la encargada de desarrollar toda una serie de técnicas interpretativas, que sean útiles a la hora de valorar las alteraciones sufridas bien en la extensión del tamaño de los asentamientos dentro de un determinado territorio, bien en el medio físico en conjunto. Evidentemente, si la extensión misma del asentamiento en sí ha sufrido alteraciones, las mismas causas que las

produjeron afectaron al conjunto del territorio de explotación de dicho asentamiento<sup>7</sup>.

Tres son los factores que se han de tener en cuenta y cada uno de ellos generan sus propias consecuencias. Los factores erosivos causarán arrastres de suelos en las zonas altas y de ciertas pendientes, produciéndose el afloramiento de la roca, con un cambio en el ecosistema allí desarrollado; en ocasiones las alteraciones edafológicas son ligeras, aunque suficientes para dañar progresivamente la vegetación climática, Los sedimentarios tienen una doble consecuencia, con resultados diversos: el producto derivado de los procesos de sedimentación puede crear o ampliar nuevos suelos, pero también, puede ser la fosilización de suelos aluviales, existentes con anterioridad. Y finalmente los climáticos, a los que van asociados flora, fauna y, a partir del Neolítico, potencial agrícola<sup>8</sup>. Mediante el desarrollo de esta serie modelos de causa-efecto, se

---

<sup>7</sup> Se señalan las posibles alteraciones topográficas e hidrográficas, con importantes cambios tecnológicos y climáticos (Higgs - áita Finzi, 1972: 33). Tanto las zonas costeras como las del interior se encuentran sujetas a diversos cambios geomorfológicos, en distinta forma e intensidad. En la Península Ibérica se han llevado a cabo estudios sobre las alteraciones del medio costero, resultantes de la dinámica eólica y fluvial en distintas zonas: en el delta del Ebro [cf. A. Maldonado, "El delta del Ebro: estudio sedimentológico y estratigráfico", *Boletín Estrato*, 1 (1972)], en el Golfo de Rosas [cf. M. A. Marqués - R. Julia, "Características geomorfológicas y evolución del medio litoral de la zona de Empuries (Girona)", *ál Reunión do Grupo Español de Traballo de Cuaternario*, Santiago de Compostela 1977, pp. 155-165; F. Nieto - J. M». Nolla, "El yacimiento arqueológico submarino de Riells - la Clota y su relación con Ampurias", *Cypsela*, á (1985), pp. 143-146; M. Blech - G. Hoffmann - D. Marzoli, "Primera campaña de investigación en la costa del Ampurdán", *Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad (Ampurias 1991)*, *Huelva Arqueológica*, XIII,2 (1994), pp. 73-86] o el sureste peninsular [cf. A. Cuenca Paya - M. J. Walker, "Palaeocological Aspects and Paleo-economic Interactions in Southeastern Spanish Prehistory", F. López áera (ed.), *Quaternary Climate in Western Mediterranean*, Madrid, 1986, pp. 377-391]. Por otra parte, los procesos de erosión o sedimentación que pudieron afectar al medio geográfico en el interior de la Península se han investigado en regiones como el valle medio del Ebro [cf. R. A. van Zuidam, *Geomorphological Development of the Zaragoza Region, Spain*, Enschede 1976; Burillo - Peña - Picazo (1985); Burillo *et alii* (1986)], el valle medio del Segre [cf. J. L. Peña, "Dinámica reciente de vertientes en el valle medio del Segre (Zona de Anya-Artesa de Segre, provincia de Lérida)", *Actas del áIII Coloquio de Geografía*, Barcelona 1983, pp. 123-130; *Ibíd.*, *La conca del Tremp y sierras prepirenaicas comprendidas entre los ríos Segre y Noguera Ribagorzana: Estudio geomorfológico*, Lérida 1983], el Sistema Ibérico Central (Burillo - Gutierrez - Peña, 1981, 1983), las sierras oscenses [cf. J. Rodríguez áidal, *Geomorfología de las Sierras Exteriores oscenses y su piedemonte*, Huesca 1985], y el Levante [cf. M. P. Fumanal, *Sedimentología y clima en el País áalenciano. Las cuencas habitadas en el Cuaternario reciente*, áalencia 1986; M. P. Fumanal - M. Dupré, "Aportaciones de la sedimentología y de la palinología al conocimiento del paleoambiente valenciano durante el Holoceno", F. López áera (ed.), *Quaternary Climate in Western Mediterranean*, Madrid 1986, pp. 31-44].

<sup>8</sup> Para la reconstrucción del clima, y en general de los ecosistemas ya desaparecidos, se han desarrollado diversas técnicas de investigación como la paleobotánica y la paleontología y se han creado métodos de reconstrucción paleoclimática [cf. H. H. Lamb, "Reconstruction of the Course of Postglacial Climate over the World", A. Harding (ed.), *Climatic Change in Later Prehistory*, Edinburgh 1982, pp. 11-32], basándose en la interrelación de las fluctuaciones del clima -si se tienen datos sobre las de la región, es posible llegar a reconstrucciones globales de circulación atmosférica- y la creación de modelos analógicos -a



pretende fijar los cambios acaecidos en el territorio. En ellos se refleja una triple relación entre el clima, los procesos geomorfológicos y la forma del relieve. La interrelación es tal, que, a partir de algunos datos correspondientes a uno cualquiera de los factores, es posible llegar al comportamiento de los otros dos (*Ibidem*: 54-56).

### *La Arqueología espacial*

Una vez en posesión de la materia prima necesaria -información obtenida en la prospección, adecuadamente valorada por la geoarqueología-, sólo resta someterla al análisis espacial<sup>9</sup>, que nos proporciona una carta arqueológica de la región, en la que podemos inferir los patrones de poblamiento -modelo sincrónico- y su evolución -modelo diacrónico- (Ruiz - Burillo, 1988: 45-47). Se diferencian tres niveles distintos:

1.- Nivel macro, en él los instrumentos analíticos utilizados son: el análisis del vecino más próximo<sup>10</sup>, los polígonos Thiessen<sup>11</sup>, la teoría del lugar central<sup>12</sup>, los métodos de captación del yacimiento<sup>13</sup> y el análisis de regresión<sup>14</sup>. Posteriormente, los estudios macro-espaciales se dirigen hacia la delimitación de

---

partir de situaciones climáticas actuales, es posible conocer características climáticas pasadas- (Ruiz - Burillo, 1988: 54-56).

<sup>9</sup> La Arqueología espacial ha ido evolucionando desde su aparición. Tiene su origen en la llamada arqueología de los asentamientos (Chang, 1968); más tarde -en los 70- incorpora las bases analíticas de la Geografía Locacional (Hagget, 1974), potenciándose así la importancia de los patrones de asentamiento (Hodder - Orton, 1990; Clarke, 1977); y finalmente, sufre una ampliación de sus objetivos, una proyección exterior, con respecto al yacimiento, con el estudio de fronteras o límites culturales -nivel macro-, y otra interior, con el análisis de las áreas de actividades específicas -nivel micro-, o incluso la organización de grupos de artefactos y las relaciones entre ellos (Carr, 1984).

<sup>10</sup> El resultado es un índice de agrupamiento y dispersión en la distribución del poblamiento (Hodder - Orton, 1990). La fórmula utilizada para el cálculo de la distribución teórica del hábitat es  $D = \sqrt{\frac{I}{S/N}}$ , en la que  $D$  es la distancia media entre los núcleos,  $S$  la superficie total del área y  $N$  el número de asentamientos. Existe otra fórmula que pretende calcular la distancia real entre cada punto con respecto al próximo:  $\bar{d} = \frac{\sum d}{N}$ ,  $\bar{d}$  es el promedio real entre los distintos núcleos,  $d$  la suma de las distancias de cada núcleo con respecto al más próximo y  $N$  el número total de asentamientos (Burillo Mozota, 1980: 309-310; Benavente Serrano, 1984a: 186-87).

<sup>11</sup> Ayudan a delimitar los territorios de influencia de cada uno de los asentamientos. Sus limitaciones vienen dadas con relación a la calidad de la información, la sincronía del poblamiento, y el rango de los asentamientos.

<sup>12</sup> A través de la Geografía Locacional se logra determinar los sistemas de jerarquización en las relaciones entre los asentamientos, que responden a una estructura interna de organización del territorio (Christaller, 1933; Hagget, 1965).

<sup>13</sup> Utilizado a nivel macro en el análisis de las relaciones hombre-hombre -*vide supra*.

fronteras y límites culturales. Ya no se tiene en cuenta solamente la localización de cada uno de los asentamientos, sino que se fija la atención también en la distribución de determinados elementos o aspectos de éstos<sup>15</sup>. Poco a poco, se intenta la creación de la *teoría del alcance medio* en un intento de relacionar lo estático del presente -los datos arqueológicos- con las dinámicas del pasado, mediante la utilización de casos históricos conocidos o etnoarqueológicos -estudio por parte de los arqueólogos de la cultura material del presente. La expresión alcance medio hace alusión a lo que media entre lo estático y lo dinámico, entre la observación particular del registro arqueológico y las teorías generales sobre pasado, y fue creada por Binford (1967, 1983, 1988) en un intento de resolver el problema de las analogías en arqueología, es decir, el uso de una información procedente de un contexto -el presente- en la explicación de otro contexto distinto -el pasado- (Johnson, 2000: 71-84)<sup>16</sup>.

2.- Nivel semi-micro, en el que aparecen como objeto directo de estudio, no sólo los poblados, sino también las necrópolis. Para los primeros, el análisis de captación del yacimiento aparece de nuevo como instrumento básico. En cuanto a las necrópolis, se realiza una observación espacial de las mismas en un intento de fijar las estratigrafías horizontales que se suponen reflejo del uso y la organización del espacio, con agrupamientos significativos de las tumbas. Va acompañado del estudio sociológico de estructuras y ajuares.

3.- Nivel micro, cuyo objetivo es la delimitación de áreas de actividad, la clasificación en los tipos de artefactos y su relación. Las técnicas son las

---

<sup>14</sup> Se crean modelos de comercio e intercambio a base de la distribución de productos manufacturados (Hodder - Orton, 1976: 198-197).

<sup>15</sup> La decoración cerámica del Hierro en el valle del Thames [G. Lambrick, "Pit Falls Possibilities in Iron Age Pottery Studies - Experiences in the Upper Thames áalley", B. Cunliffe - D. Miles (eds.), *Aspects of the Iron Age in Central Southern Britain*, Oxford 1984, pp. 162-178] o las monedas, partiendo de la localización de las cecas [L. Sellwood, "Tribal Boundaries áiewed from the Perspective of Numismatic Evidence", B. Cunliffe - D. Miles (eds.), *Aspects of the Iron Age in Central Southern Britain*, Oxford 1984, pp. 191-204].

<sup>16</sup> Nos interesa aquí destacar las dos divergentes líneas de investigación que caracterizan los trabajos etnoarqueológicos actuales, surgidas del suscitado debate sobre las analogías y la teoría de alcance medio. Por un lado se encuentra la denominada *arqueología del comportamiento*, que mantiene el estudio de las relaciones entre lo estático y lo dinámico, aplicándolo a la profundización en el conocimiento de cómo progresan los objetos de cultura material desde su contexto sistémico -su uso por el hombre- a su contexto arqueológico; por otro lado, resurgen las *estudios de cultura material*, gracias a los trabajos de Moore (1987)

proporcionadas por la estadística (*Ibidem*: 87). Y su aplicación se realiza en suelos de ocupación, casas y habitaciones (Serra Puche, 1982), junto con alteraciones postdeposicionales (Schiffer, 1987).

Por otro lado, se parte de una valoración cultural de las tipologías de las plantas de los espacios de habitación, es decir, cada uno de los tipos es explicado por razones de tradición cultural, sin tener en cuenta otros factores determinantes<sup>17</sup>. Sin embargo, otras investigaciones han restado importancia al cambio tipológico de la casa, reduciendo el fenómeno a una manifestación meramente de alcance local, y han hecho entrar en escena a la funcionalidad como característica clave en la morfología doméstica<sup>18</sup>.

En la Península Ibérica, la historiografía tradicional se ha acercado al problema sin planteamientos teóricos y contextuales previos, teniendo como resultado una visión de la vivienda como un rasgo cultural más. Con la aceptación del enfoque procesual, ha surgido una nueva manera de analizar la forma y la organización interna espacial de las casas, basada en diversos factores condicionantes, no sólo los de carácter cultural, sino también los ambientales y socioeconómicos. El cambio en el diseño interno y externo de la casa es interpretado como reflejo de las transformaciones sociales del grupo humano<sup>19</sup>. Existe una clara vinculación entre sus funciones simbólicas y las bases económicas de la comunidad (Ruiz - Lorrio - Martín, 1986: 81-87).

### 1.3.- Formación del mundo ibérico: periodización

La cronología de la cultura ibérica en esta zona del valle del Ebro ha sido revisada gracias a la datación inferida de los materiales cerámicos importados -

---

en los que el significado simbólico de ésta se investigan en el pasado reciente o en el presente (Johnson, 2000: 88-89).

<sup>17</sup> Fuera de nuestras fronteras se intentó una aproximación teórica al tema (Hunter-Anderson, 1977).

<sup>18</sup> Cf. B. O'Connor, *Cross-Channel Relations in the Later Bronze Age*, B.A.R., 91, Oxford 1980 :295-297.

<sup>19</sup> Si en un primer momento únicamente interesa la estructuración de las unidades de habitación, posteriormente el objetivo será conseguir la fórmula para la modulación de éstas, tal como se ha llevado a cabo en El Oral de San Fulgencio [L. Abad - F. Sala, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, áalencia 1993, y Los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo, 1982d).

griegos en un primer momento y romanos con posterioridad-. Sin embargo, se carece todavía de una tipología de formas y decoraciones de la cerámica indígena, que permita una datación de los registros arqueológicos y de los hechos históricos. Su falta de sistematización ha tenido como resultado bastantes errores, sobre todo en la interpretación de los resultados de las excavaciones arqueológicas (Burillo Mozota, 1987: 80)<sup>20</sup>.

Dos serán las variables utilizadas, en un momento del desarrollo de la investigación, para la caracterización de la eclosión de la cultura ibérica en el valle del río Ebro: el comercio colonial y los movimientos migratorios de pueblos. En un primer hito cronológico situado en el paso del Bronce Final al Hierro I, se resalta la influencia del comercio protocolonial ejercida sobre las sociedades pertenecientes a los Campos de Urnas Recientes, emigradas desde el vecino valle del Segre y asentadas en los suelos aluviales del Ebro y de sus afluentes. Estas comunidades sufrirán como consecuencia importantes cambios socio-culturales. El área del Bajo Aragón, sobre todo las cuencas del Matarraña-Algars, donde, en principio, se concentra la mayor cantidad de importaciones cerámicas mediterráneas, mantiene una notable posición estratégica con respecto a la red de comunicaciones posibles entre las tierras de Levante, Cataluña y del interior de Aragón, convirtiéndose en la más directa receptora de cualquier influencia procedente de cada una de las zonas. La mayor densidad de importaciones en los valles más orientales al sur del Ebro, es explicada por dos factores. Por un lado la distancia<sup>21</sup> con respecto a los focos comerciales costeros, y por otro, la alta concentración demográfica que provocaría una mayor demanda de productos extranjeros, basada en una buena situación en cuanto a rendimientos agrícolas y ganaderos. En todo intercambio comercial se produce un movimiento de mercancías en ambas direcciones. A

---

<sup>20</sup> A la hora de reflejar en este trabajo las distintas periodizaciones establecidas, hemos preferido respetar la terminología dada por los diversos autores, a sabiendas de la falta, y la necesidad, de una homogeneización en la misma. En ocasiones una misma etapa del proceso histórico, parecerá significada con distintos nombres, como por ejemplo el Bronce Final/Hierro I, que más tarde pasará a dividirse en períodos distintos y en un mismo autor: Bronce Final, Campos de Urnas Recientes, Fase Plena del Hierro de Campos de Urnas Recientes, o directamente como Ibérico Antiguo. En cualquier caso, las referencias utilizadas serán las que aparezcan en cada momento en los estudios analizados; en su caso, nuestras preferencias irán expresamente remarcadas.

<sup>21</sup> En la teoría, se produce un decaimiento del comercio a partir de una media de 60 Kms. Las formas de intercambio han sido interpretadas como sus posibles causas.

cambio de cerámicas finas y de vino y aceite probablemente, los indígenas ofrecían -como parecería lógico pensar- productos procedentes de una economía agropecuaria -agrícolas, ganaderos y sus derivados<sup>22</sup>- (Ruiz Zapatero, 1983-84: 55-56).

Sin embargo, se ha señalado acertadamente la diferencia diacrónica en el registro arqueológico disponible; mientras que los yacimientos excavados en la cuenca del río Matarraña presentan una cronología que va desde los últimos momentos de Campos de Urnas al Ibérico Pleno, los asentamientos excavados en el Guadalupe pertenecen al Ibérico Pleno y Tardío, hecho que podría explicar la escasísima representación de materiales importados en este último valle (Sanmartí i Greco, 1984b: 40; Burillo Mozota, 1991: 49). Más recientemente, sin embargo, se acepta la posibilidad de que este hecho sea simplemente reflejo de la curva de decaimiento comercial debida al aumento de la distancia de la costa como lugar de procedencia de estos productos. En cualquier caso, la presencia o ausencia de las importaciones no debe ser nunca interpretada de forma directa como criterio de delimitación de fronteras entre grupos étnicos (*Idem*, e.p.c.).

En un primer momento, en un ambiente de incipiente contacto colonial, las comunidades de la zona pertenecientes a la cultura de los Campos de Urnas -posiblemente simples grupos suprafamiliares-, mantendrían una economía de tipo doméstico<sup>23</sup> basada en una agricultura cerealista de subsistencia complementada con ganadería. Posteriormente, en la fase de contacto colonial, la aparición de los estímulos mediterráneos supondría el aliciente económico necesario para pasar a una producción destinada al intercambio. Esta transformación en el tipo de

---

<sup>22</sup> Los primeros responden a los dos tipos básicos de importaciones en las sociedades preindustriales: comodidades materiales de distribución limitada y productos superiores en cuanto a calidad y tecnología (Renfrew, 1969: 154). Cabría preguntarse el porqué de sus necesidades alimenticias.

<sup>23</sup> La ausencia de excedentes susceptibles de ser almacenados se refleja en el registro arqueológico a través de la no presencia de silos o depósitos de grano, y en el pequeño tamaño (80-100 l.) de las vasijas mayores de almacenaje (Rovira - Santacana, 1980a). Quizás haya sido precisamente esa escasez de espacio de almacenaje lo que ha llevado a Sanmartí (1984a: 167) a relacionar con una economía eminentemente ganadera a las comunidades del Matarraña-Algas, con anterioridad a la implantación del 'iberismo'. Este supone básicamente, una transformación socio-económica, caracterizada por la implantación de la agricultura como medio de subsistencia y un considerable aumento demográfico, y condicionada por una reorganización del comercio foceo-ampuritano durante el siglo a.l a.C. Si en los primeros momentos no existe un excedente de grano con el que comerciar, y es precisamente el contacto con los colonos, el detonante de la intensificación de la producción agrícola, ¿qué buscaban los colonos en esas zonas? ¿qué es lo que compraban en los primeros contactos?.

producción parece ir acompañada de una tendencia a la estratificación social, que en la última fase -el período colonial-, se caracteriza claramente por un acceso diferencial a los recursos limitados<sup>24</sup> (Ruiz Zapatero, 1983-84: 66). Las transformaciones producidas en el seno de las comunidades indígenas que poblaban el Bajo Aragón, como consecuencia del impacto creado por el comercio protocolonial -importaciones mediterráneas fechadas entre los siglos VII a.C. y VI a.C.- se pueden agrupar en dos: las transformaciones socio-económicas, centradas en la estratificación social y la economía excedentaria, y las innovaciones tecnológicas, como son la metalurgia del hierro y el torno del alfarero (*Ibidem*: 68).

Todas estas tendencias que comienzan a asomar en la fase de contacto, se ven acentuadas en el período colonial. Aparecen así las redes comerciales ya plenamente consolidadas, surgen los llamados 'puertos de comercio' junto con verdaderas colonias, se manifiesta un importante crecimiento demográfico que tiene como consecuencia una jerarquización del hábitat, y finalmente emana una economía de producción que ya ha superado el autoabastecimiento<sup>25</sup> (*Ibidem*: 70).

El mejor conocimiento del registro arqueológico de la zona, y principalmente, la reflexión teórica realizada por los arqueólogos encargados del análisis del mismo, han tenido como resultado una revisión de las cronologías dadas para la zona y la construcción de un diferente proceso histórico, en el que como ya hemos apuntado, se minimiza el factor de movimiento de gentes, para dar mayor peso específico a los cambios socio-económicos asumidos por el elemento indígena asentado en la zona; en palabras textuales: "(...) *lo que planteo invierte por completo la explicación tradicional: las comunidades autóctonas absorberían los estímulos externos en lugar de ser los absorbidos*" (*Idem*, 1995: 34).

---

<sup>24</sup> El autor no se arriesga a afirmar con toda seguridad si esa tendencia a la estratificación social se manifestó en las comunidades indígenas ya antes de los primeros contactos de origen mediterráneo, aunque se inclina a pensar que realmente fue el factor colonial el que produjo el cambio (Ruiz Zapatero, 1983-84: 66). Se basa en la asociación establecida entre las divisiones sociales verticales y el control de recursos críticos limitados [R. L. Carneiro, "A Theory of the Origen of the State", *Science*, 169 (1970), pp. 733-738] o en su interpretación como respuesta a los problemas surgidos en la distribución de éstos [H. T. Wright, "Toward an Explanation of the Origen of the State", J. N. Hill (ed.), *The Explanation of the Prehistoric Change*, Alburquerque 1977, pp. 215-230].

<sup>25</sup> Su manifestación en el registro arqueológico viene dada por la documentación de silos para el almacenaje de grano y de recipientes estandarizados para el transporte de mercancías (Rovira - Santacana, 1980a: 52).

Este fenómeno de absorción de estímulos externos, junto con sus consecuencias socio-económicas, va a dotar al valle del Ebro y Bajo Aragón de un substrato homogéneo, aunque con claras diferencias comarcales, en cuanto a cronología, cultura material u otros aspectos peor documentados, sobre el que posteriormente eclosionarán las culturas celtibérica e ibérica. El primer período de cambio se corresponde con los denominados Campos de Urnas Recientes -ca. 800/650 a.C.-, que en la comarca bajo aragonesa tienen sus antecedentes en unos Campos de Urnas Iniciales que pueden remontarse al siglo IX a.C. Se caracterizan por incursiones poco masivas y pacíficas de gentes alóctonas procedentes del grupo del Cinca-Segre, un importante crecimiento demográfico, un cambio en el poblamiento, con hábitats de nueva planta que se suman a los anteriores sin sustituirlos necesariamente, suplantación de las inhumaciones por nuevos rituales funerarios, y una actividad económica que se orienta hacia una agricultura cerealista complementada con ganadería (*Ibidem*: 29).

La siguiente etapa, el tradicional Hierro I, es considerada la Fase Plena del Hierro de tradición de Campos de Urnas -650/550 a.C.-, continuación de la etapa anterior, a la que hay que añadir algunas novedades materiales y técnicas: la desaparición de las cerámicas acanaladas o incisas, la elaboración de vasos lisos de cuellos cilíndricos, la aparición de las primeras importaciones cerámicas de origen Mediterráneo en la comarca del Bajo Aragón y en escasos enterramientos del valle medio, y la introducción de la metalurgia del hierro; funerarias: convivencia de la tradición incineradora en tumbas de hoyo, enterramientos en urnas, y estructuras tumulares -redondas y cuadrangulares-, en piedra o adobe; y urbanísticas: reestructuración del espacio doméstico en dos o tres estancias, utilización de bancos corridos y hogares en posición central (*Ibidem*: 36).

Hacia el siglo VI a.C., debe producirse un fuerte giro en el proceso histórico de las distintas comunidades de todo el valle del Ebro, puesto que así lo atestiguan los cambios sufridos en los patrones de asentamiento con destrucción y abandono generalizado de determinados poblados, las transformaciones en la tipología de los enterramientos tumulares, y en los ajuares -presencia de hierro y aparición de armamento- de las necrópolis del valle medio, y el comienzo de la desaparición de

la incineración bajo túmulo en el Bajo Aragón. Se trata en realidad del fenómeno que Burillo (1989-90: 104) denominada crisis del Ibérico Antiguo para la comarca del Bajo Aragón, al equipararlo a lo ocurrido en otras áreas peninsulares como Andalucía o el sureste. Años antes (Burillo Mozota, 1988a: 302) había definido el fenómeno como una transformación en el patrón de asentamiento, caracterizada por el abandono y la destrucción de poblados correspondientes a lo que el consideraba los Campos de Urnas Recientes -ahora Hierro de tradición de Campos de Urnas<sup>26</sup>. Algunos autores, sin embargo, parecen preferir la denominación de pre- o protoibérico y una cronología aproximada del 600 al 475/450 a.C. (Ruiz Zapatero, 1983-84: 96).

Es en este momento cuando parecen acentuarse las diferencias entre las dos áreas tratadas. Así, en el valle medio del Ebro, río arriba del Huerva entre el 500 y el 350 a.C., pervive un grupo de gentes correspondiente a la etapa final del grupo del Hierro de tradición de Campos de Urnas, sobre el que son escasos los influjos meseteños, algo más abundantes en el reborde oriental de la meseta (*Idem*, 1995: 36). Royo<sup>27</sup>, quien define este período por la sustitución paulatina de los túmulos circulares por los cuadrangulares y el uso de urnas globulares con perfil en S y acabado alisado o peinado, prefiere sin embargo, la denominación de Campos de Urnas Tardíos.

En los otros valles, en la comarca bajo aragonesa, surge y se consolida un nuevo patrón de asentamiento, con fundaciones *ex novo*, reocupación con trazados de nueva planta en poblados ya habitados en siglos anteriores, pero abandonados durante el comienzo de las transformaciones acaecidas, y nuevas formas de defensa del territorio (Burillo Mozota, 1989-90: 104; Tramullas - Alfranca, 1995: 279), produciéndose de esta manera una paulatina *iberización*, interpretada como

---

<sup>26</sup> Los estímulos culturales ejercidos por los fenicios o púnicos -Ibiza es fundada en el siglo áII a.C.- en los pueblos costeros del NE peninsular, son sustituidos a partir de mediados del siglo áI a.C. por las influencias griegas, intensificándose éstas a lo largo del siglo á y Iá a.C. (Burillo, 1980: 327). Es decir, el inicio de lo que hoy conocemos como mundo ibérico sería el resultado de la respuesta por parte de los indígenas a los impulsos culturales colonizadores.

<sup>27</sup> Royo (1990: 124] define tres fases para el grupo de Campos de Urnas del valle medio del Ebro: a.- Fase inicial, Campos de Urnas del Bronce Final, 725-600 a.C., b.- Fase Plena, Campos de Urnas del Hierro, 600-500 a.C., c.- Fase Final, Campos de Urnas Tardíos, 500-350 a.C. Sólo a partir de este último momento cronológico se produciría la expansión de los grupos celtibéricos, al atravesar el Sistema Ibérico desde su originaria área nuclear, para llegar hasta el Ebro -y no traspasarlo.



"verdadera reestructuración del poblamiento mediante una muy probable aportación de nuevos elementos humanos llegados desde el este" (Sanmartí i Grego, 1984a: 166).

El siglo IV a.C. es considerado inicialmente como el momento de auge del Ibérico Pleno -ca. 350 a.C al siglo III/II a.C.-, de la verdadera *iberización*<sup>28</sup> procedente del territorio perteneciente a los *Ilercaones*, y al área comprendida entre Caspe, Alcañiz, Oliete y Belchite, como el foco más activo de la misma (Benavente Serrano, 1984a: 188). Desde dichas áreas, la cultura ibérica penetraría, como consecuencia de los mecanismos del comercio colonial y la presión de las comunidades ilercavonas asentadas junto al delta del Ebro, hasta el tramo final del Huerva -Saldui-, donde la cultura ibérica entraría, a partir del siglo III a. C. en contacto con la celtibérica. En estas áreas, sin embargo, la *iberización* del territorio es entendida como un *proceso de aculturación y transformación de las comunidades indígenas*, y no como una implantación externa sobre las mismas, con una serie de transformaciones económicas y sociales. Poco a poco, los indígenas van adquiriendo las nuevas técnicas de elaboración de productos, que cubren las necesidades creadas por la nueva escala de valores y costumbres (Burillo Mozota, 1987: 84). En cuanto al patrón de asentamiento, la plena *iberización* se reflejaría en un importante aumento demográfico que tiene como consecuencia más directa la aparición de un mayor número de asentamientos y una diversificación de los mismos. Estas nuevas funcionalidades de los núcleos serán consecuencia de las necesidades de una nueva sociedad, en las que se incluyen imperativos socio-políticos y de mejor explotación del medio (*Idem*, 1979a: 40).

Es el propio Burillo, quien años después revisa estos planteamientos iniciales<sup>29</sup>, basados en las fuentes escritas y en los datos arqueológicos disponibles

---

<sup>28</sup> La misma *iberización* esta vez interpretada como un fenómeno puramente cultural consistente en la llegada de nuevas ideas políticas, económicas y sociales desde el Levante español, más desarrollado gracias a los contactos comerciales con griegos y fenicios (Benavente, 1984a: 189-190). Las características básicas que definirían el mundo ibérico estarían completamente formadas a partir del siglo IV a.C. en el área levantina y bajo aragonesa, del siglo I a.C. en la zona interior de Azaila, y de la segunda mitad del siglo I a.C. y comienzos del siglo III a.C. en la zona más interior de Navarra -aquí las características básicas consideradas parecen reducirse a la utilización del torno de alfarero- (Burillo Mozota, 1980: 327).

<sup>29</sup> Una de las hipótesis que explicaría esta dinámica sería "*un movimiento paulatino de gentes, que de forma violenta incidiría desde la costa al interior, motivado por la búsqueda de recursos económicos, (...), su triunfo se produciría por la superioridad bélica, fruto del citado proceso [iberizador], con elementos tales como la profusión de armas de hierro*", y siempre en relación con los acontecimientos que se están produciendo en el Mediterráneo (Burillo Mozota, 1988a: 328).

en aquel momento. La conclusión es que los cambios en el patrón de poblamiento del Ibérico Antiguo parecen responder a una crisis social interna de las comunidades del Bajo Aragón, sin que sea necesario recurrir a desplazamientos de población desde la costa hacia el interior para explicar las transformaciones culturales allí acaecidas (Burillo Mozota, e.p.c.).

La cultura celtibérica del valle medio del Ebro por su parte, parece encontrarse ya en vías de formación igualmente en el siglo IV a.C., después de un proceso de etnogénesis de los grupos étnicos asentados en la denominada Celtiberia Citerior, los Lusones, Titos y Belos nombrados por las fuentes. La cuestión estriba en conocer la naturaleza del proceso de formación aludido, para la que existen dos hipótesis encontradas: la primera explicaría el surgimiento de estos grupos étnicos como resultado de la transculturación sufrida por la población autóctona de los Campos de Urnas Tardíos, como consecuencia de sucesivas aportaciones culturales y étnicas, y que acabaría cristalizando en la cultura celtibérica (Burillo Mozota, 1987: 79); y la segunda, alude a un fenómeno de evolución interna de la población autóctona (Ruiz Zapatero, 1985: 24-45).

Sin embargo años más tarde, ambos arqueólogos rectifican en cierta manera su postura; mientras que Burillo (1991: 41) admite, al menos para el Bajo Aragón una continuidad de población, sin necesidad de movimientos de gentes, Ruiz Zapatero (1995: 40) plantea sus dudas acerca de si hubo realmente aportaciones étnicas, si fue un simple fenómeno de aculturación, o si fueron ambas cosas a la vez, aunque sigue recalcando las diferencias de estas comunidades con sus vecinos los meseteños, como reflejo de la divergencia en sus substratos culturales. En cualquier caso, el resultado parece ser una cultura celtibérica para este último período, caracterizada por la asimilación de la técnica del torno de alfarero -no anterior al 350 a.C. en la zona-, y un cambio en la concepción del hábitat según nos muestran los poblados de nueva planta, menos numerosos pero de mayor tamaño. Se llega a una verdadera jerarquización de asentamientos, con especialización de algunos de ellos, como reflejo de una mayor complejidad socio-política y económica (Ruiz Zapatero, 1995: 40).

Finalmente, el proceso de *romanización* de la zona se equipara a una pacificación de la misma. A pesar de que se producen algunas destrucciones de poblados, seguramente debidas a las numerosas campañas bélicas entre romanos y cartagineses, se crean también nuevos asentamientos, que quizá respondan directamente a un poblamiento romano republicano (Burillo Mozota, 1980: 329). La llegada de los romanos a la zona, a partir de finales del siglo III a.C., supone una centralización de los núcleos basándose en un criterio político administrativo. Poco a poco, dentro de un proceso de urbanización, la población se irá concentrando en aquellos asentamientos preeminentes que llegarán a convertirse en verdaderas ciudades, y que dependerán económicamente de otra serie de establecimientos de carácter agrícola (*Idem*, 1979: 41). Siguiendo el discurso de Burillo, las verdaderas ciudades no pueden aparecer en la zona hasta estas fechas, puesto que es en esos siglos, y como consecuencia de la II Guerra Púnica, cuando los escritores latinos comienzan a tener noticias de la existencia de esas tierras y de sus habitantes, y cuando se realizan las primeras acuñaciones. Puesto que ambas circunstancias, la aparición de sus topónimos en las fuentes escritas y la acuñación de moneda, son consideradas condiciones *sine qua non* para que un asentamiento pueda ser considerado una verdadera ciudad, ésta nunca podría existir con anterioridad al siglo III a.C. en el valle medio del Ebro.

Como se ve, en la evolución del poblamiento existe una serie de acontecimientos de cierta importancia -fundación, ampliación o destrucción- que pueden reflejar una serie de hechos históricos, que podemos conocer a través de las fuentes, o desconocer en su totalidad. El historiador debe realizar una valoración espacial de los mismos, en la que se puede encontrar con un problema doble, diferenciar entre la escala del acontecimiento histórico y la escala de las manifestaciones de éste en el registro arqueológico de cada asentamiento (*Idem*, 1988: 191).

En ese sentido, parece producirse un corte en el desarrollo de las ciudades y asentamientos de distinto orden en el siglo I a.C. Tradicionalmente, basándose en la fecha de la destrucción de Azaila en el 49 a.C. (Beltrán Lloris, 1976), se ha generalizado el acontecimiento a todo el valle del Ebro medio, poniéndose en

relación con la pacificación de la zona por parte de César después de la batalla de Ilerda. Posteriormente, a base de la datación proporcionada por los materiales importados, se realiza una revisión de las causas y la cronología de esos mismos acontecimientos, pasando la responsabilidad de la destrucción de algunos asentamientos -Azaila, Botorrita- a las guerras sertorianas. Sin embargo, este fenómeno parece no poder extenderse hacia la zona oriental del valle medio (Burillo, 1988: 192).

#### 1.4.- El modelo resultante: la *iberización* como proceso de aculturación

Haciendo una revisión de las interpretaciones de los diversos investigadores sobre cuál es la realidad histórica del valle del Ebro desde el siglo VII a.C. hasta el cambio de era, vemos que todos ellos en un primer momento, equiparan la dinámica histórica acontecida en aquellos momentos con un proceso de aculturación denominado *iberización*, que se pone en relación con una aportación demográfica de pueblos desde el este, ya *iberizado*. Sin embargo, años más tarde, Burillo (1991: 41) abandona la hipótesis de una inmigración protagonizada por gentes procedentes de las costas castellonenses y valencianas, hacia territorios del actual Aragón<sup>30</sup>, y la transforma en una continuidad de población, aunque no de patrón de poblamiento. Este nuevo planteamiento está más acorde con las nuevas perspectivas que poco a poco van a ir caracterizando los modelos de cultura ibérica desarrollados para las zonas más interiores. En éstos, van a ir perdiendo peso las influencias de las culturas alóctonas en favor de las autoctonías de determinadas técnicas, como las implicadas en los sistemas constructivos o en la metalurgia del hierro<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> Esta hipótesis, de un marcado carácter historicista y difusionista, no es otra que la mantenida por Beltrán Lloris (1976 :411] años atrás, según la cual, *Ileraugates* y *Eidetes*, las 'tribus' litorales de Hecateo, se desdoblarían desplazándose hacia el interior peninsular.

<sup>31</sup> Las investigaciones llevadas a cabo en el asentamiento ilergete de Els áilars, donde el complejo sistema defensivo -muralla, campo frisio y foso- presenta una cronología propia del Preibérico -de 750a.C. a 675/650 a.C.- y se desarrollan unas prácticas de metalurgia del hierro en esa misma época fundacional, llevan a rechazar las tesis difusionistas acerca de determinadas técnicas constructivas y metalúrgicas : "*desde nuestro planteamiento procesualista, la cultura material y simbólica propia de Els áilars, urbanismo,*

Pero, ya para los primeros siglos durante los cuales se forma el substrato cultural del mundo ibérico en la zona, es decir, la llegada de la 'cultura' de los Campos de Urnas a la comarcas aragonesas, se establece un modelo explicativo específico: *el modelo socio-económico expansivo*. El establecimiento, minoritario y no traumático, de gentes pertenecientes a los Campos de Urnas del noreste peninsular, supone para las comunidades del Bronce Final el conocimiento de una organización socio-económica más eficaz y superior, por lo que actúa inmediatamente como estímulo externo para aquéllas. La nueva organización estaría constituida por cuatro esferas fuertemente relacionadas. La primera, una nueva base subsistencial caracterizada por una agricultura cerealista extensiva, complementada por una ganadería de bóvidos, ovicápridos y cerdos; quizá con nuevas técnicas de cultivo, como el arado y la rotación. La segunda, una nueva organización social, de tipo gentilicio, probablemente. El ritual funerario de la cremación, junto con unos ajuares más o menos estandarizados, constituye la tercera de las esferas. Y finalmente, una tecnología renovada gracias a la metalurgia del bronce y las primeras producciones de hierro (Ruiz Zapatero, 1995: 34).

Este marco socio-económico pervive durante la fase siguiente, el Hierro de tradición de Campos de Urnas, a lo largo del cual se producirán las primeras influencias del comercio protocolonial. El resultado será la *iberización* de las comunidades de estas tierras del valle del Ebro, entendida como un nuevo y verdadero *modelo de aculturación*. El objetivo es establecer un modelo de contacto y cambio cultural, un modelo de relaciones entre el elemento indígena y el colonial, dinamizadas por los intercambios comerciales (Ruiz Zapatero, 1983-84: 65).

Directamente implicado con ese intercambio cultural, se encuentra el sistema de 'bienes de prestigio'. Aquellos objetos que requerían bien materias escasas o

---

*soluciones arquitectónicas y técnicas constructivas, cerámicas, objetos metálicos, prácticas funerarias y rituales, etc., y las estrategias económicas y las pautas de poblamiento de las comunidades coetáneas aparecen profundamente enraizadas en el bronce final y se integran, e en cualquier caso, en un proceso histórico continuo que desemboca en la primera edad del hierro y nos lleva a descartar la idea de la instalación de un grupo foráneo o de la búsqueda de explicaciones en modelos importados" [cf. Alonso et alii, 1998.- "Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca", C. Aranegui Garcó (ed.), Congreso Internacional: Los iberos, príncipes de occidente, Las estructuras de poder en la sociedad ibérica, Saguntum, Extra 1, áalencia, pp, 355-372, :364)].*

disponibles fuera de territorio local, bien técnicas demasiado específicas y novedosas, junto con un trabajo especializado, se convirtieron en elementos con un importante significado simbólico. Este simbolismo adquirido era utilizado por parte de los individuos o linajes que controlaban los intercambios comerciales, para reforzar su situación social o política, o ambas a la vez (*Ibidem*: 67-68). Los mecanismos utilizados por unos y otros en el comercio protocolonial pudieron estar basados en la utilización de las redes de comunicación precedentes. Pero casi con seguridad, se llevarían a cabo actividades novedosas por parte del elemento colonial, que bien pudieron consistir en el establecimiento de los puntos comerciales en núcleos indígenas anteriores o en la creación de centros móviles situados estratégicamente más cerca de la costa. En cualquier caso parece comprobado el intento por parte de los indígenas de controlar las vías de comunicación (*Ibidem*: 68).

Como vimos, las consecuencias más importantes de la aculturación se producen en el nivel socio-económico y en el tecnológico, a través de una serie de factores que formarían con la iberización un sistema de retroalimentación. Por lo tanto sería este comercio protocolonial -siglos VII-VI a.C.- el elemento desencadenante del proceso aculturizador (*Ibidem*: 70).

Dicho proceso se establece en torno a tres fases claramente diferenciadas en cuanto a las redes comerciales, los elementos de intercambio y la densidad de población, y las correlaciones entre todos ellos:

1.- Fase de pre-contacto, en las que las redes de intercambio son simples redes regionales, los elementos de cambio son sencillas tortas de bronce fundido, y la densidad demográfica es moderada.

2.- Fase de contacto, en la que se pasa a un modelo de intercambio basado en puntos comerciales costeros, a través de los cuales se producen los contactos con poblados indígenas del interior. Comienza la exportación de productos agropecuarios, junto con, posiblemente, algunos recursos minerales -sal, plata, hierro-, la importación de objetos superiores en calidad y tecnología, y materias primas ajenas a los recursos locales. Se produce además un aumento importante de la densidad demográfica.

3.- Fase colonial, durante la cual se produce un establecimiento de colonias, con su *hinterland*, que mantienen relaciones directas de intercambio con los asentamientos indígenas jerarquizados, entre los que se produce una redistribución de los productos desde el núcleo más superior. Continúan las importaciones comenzadas en la fase anterior, e igualmente sigue, aún con más intensidad, el aumento demográfico (*Ibidem*: fig. 6).

## 2.- Comarcas catalanas

Cataluña es otra de las regiones consideradas como típicamente ibérica. Algunos de los investigadores catalanes han resaltado lo que en ocasiones han denominado una *crisis de fe* por parte de los nuevos valores, ante los métodos tradicionales utilizados para la reconstrucción de su propia pre- y protohistoria, en la mayoría de los casos procedentes de la tradición historicista de nuestra arqueología, que acaparaba prácticamente la totalidad del espacio científico histórico (Rovira - Santacana, 1980b: 93). Los intentos de superar las deficiencias de los viejos trabajos positivistas clásicos dedicados al mundo ibérico están protagonizados prácticamente en su totalidad por enfoques procesuales, algunos de ellos impregnados de materialismo histórico, como veremos más adelante<sup>32</sup>.

A la hora de organizar la revisión de las nuevas aproximaciones a la realidad en época ibérica hemos creído conveniente, *a priori*, una división espacial comarcal, al igual que hicimos para aquel tramo del Ebro que se encuentra en la actualidad en la comunidad aragonesa. Tradicionalmente, y quizá debido a la importancia de la estructuración territorial comarcal en Cataluña, claramente documentada en época medieval, se ha asumido -aparentemente de una forma general y sin apenas discusión- la identificación de sus territorios con

---

<sup>32</sup> En cada uno de los distintos enfoques para el estudio del mundo ibérico, hemos intentado diferenciar el marco teórico, conceptual, interpretativo y analítico, así como las experimentaciones prácticas de los mismos, junto a los distintos modelos resultantes. Dado el trasfondo claramente provincial en la mayoría de los casos de las investigaciones llevadas a cabo, las reflexiones teóricas y métodos de los arqueólogos e historiadores, tendrán un marcado carácter local correspondiente a una área más o menos concreta, dependiendo en cada caso. De esta manera, habrá zonas, cuyo estudio carecerá en su mayor parte, de un marco teórico, conceptual, interpretativo o analítico -éste último en menor medida- claramente

determinadas comarcas, en la localización geográfica de los grupos étnicos ibéricos citados en las fuentes<sup>33</sup>.

Las más meridionales, Ribera d'Ebre, Baix Ebre y Montsiá, han sido identificadas tradicionalmente como territorio del grupo ilerconvón junto con aquéllas de Matarraña y Terra Alta, que conforman el Bajo Aragón (Sanmartí i Grego, 1987: 67). A ellas hemos creído oportuno añadir las castellonenses de Baix Maestrat y la Plana Alta, puesto que en algún punto de éstas debe situarse la frontera entre *Ilerconvones* y *Edetani*.

En el substrato de las comunidades del tramo final de Ebro, se ha apreciado tradicionalmente una diferencia zonal dependiente de la llamada penetración de los Campos de Urnas, de tal forma que las tierras del Baix Ebre, es decir, la orilla izquierda del gran río serían el límite meridional de tales penetraciones, mientras que la Terra Alta y el Matarraña recibirían los influjos centroeuropeos -cerámicas acanaladas y rito de incineración- a través, no de la costa, sino del interior, de los grupos asentados en el bajo Cinca y el Segre. A pesar de estas establecidas diferencias y de admitirse una dicotomía constante entre costa e interior, ambas zonas han sido consideradas ilerconvonas, y a pesar de que las necrópolis del Coll del Moro de Gandesa -de túmulos- y la del Molar -de Campos de Urnas-, localizadas en la Terra Alta y manteniendo una intervisibilidad entre ambas, han sido explicadas en alguna ocasión como demarcadoras de territorio a causa de su extensión y cierta 'monumentalidad' simbólica (*Ibidem*: 69)<sup>34</sup>.

Esta diferenciación de substrato podría añadirse a los argumentos esgrimidos por la tesis de no afiliación ilerconvona para las comunidades asentadas en Bajo Aragón, defendida en los últimos años por Burillo (e.p.c), quien se apoya en la

---

explicitado por los distintos investigadores, aunque su enfoque metodológico venga marcado por un acercamiento espacial o nuevo arqueológico a los datos recogidos.

<sup>33</sup> En una primera diferenciación se habla de una Cataluña Nueva, que se correspondería con las comarcas más meridionales u occidentales, mientras que la Cataluña áieja ocuparía la Cataluña pirenaica o montañesa y la litoral o costera, [cf. J. Padró, "Els pobles indígenes de l'interior de Catalunya durant la protohistòria", *6¼ Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá (Puigcerdá 1984)*, Puigcerdá 1986, pp. 291-311 :291].

<sup>34</sup> Nosotros sin embargo, hemos preferido ser reticentes a la hora de interpretar la comarca del Bajo Aragón e incluso la Terra Alta como ciertamente ilerconvona, y como hemos visto, hemos decidido su estudio en un aparatado independiente al de este grupo étnico.



sugerencia de Jacob (1987-88) sobre la existencia de una nueva *étnia* situada entre *Sedetani* e *Ilercavones*: los *Ausetani* del Ebro.

## 2.1.- Marco conceptual e interpretativo

### *Baix Ebre*

Los poblados situados en la comarca del Baix Ebre, y más concretamente, aquéllos que presentan un sistema defensivo destacado, es decir, los que en más de una ocasión han sido calificados como fortificaciones, son objeto de un trabajo que podría ser enmarcado dentro de un enfoque materialista histórico (Izquierdo - Gimeno, 1991). Aunque en ningún momento se hacen explícitos los principios teóricos que rigen el análisis llevado a cabo, el marco conceptual implícito en él así parece atestiguarlo. Los asentamientos fortificados son considerados no como elementos aislados, sino formando parte de un contexto socio-cultural amplio. El concepto de patrón de asentamiento, del que forman parte aquéllos, implica no sólo la expresión material de infraestructura económica, sino igualmente la plasmación espacial de las relaciones de producción y de la superestructura política e ideológica de una formación económico social dada. Se parte del supuesto hipotético de una similitud de condicionantes socio-económicos entre el valle del Guadalquivir y el valle del Ebro, aunque reproducidos en un contexto diferente -¿cultural?-, y con una cronología más tardía para nuestra zona (*Ibidem*: 227).

La asunción del término *centro redistribuidor* en el desarrollo de este análisis sea debida quizás a la similitud entre las variables económicas y sociales entre las dos áreas en época protohistórica, o tal vez a la semejanza ideológica entre los arqueólogos encargados del estudio del desarrollo de la cultura ibérica en el valle del Guadalquivir y los centrados en el Baix Ebre. La conceptualización operativa de dicho término había sido realizada con anterioridad por uno de estos últimos investigadores en su elaboración de un modelo explicativo del proceso de

orientalización del ámbito tartésico<sup>35</sup>. Pero, en realidad se trata del mismo concepto expresado con el término de *oppidum*, dotado de significado socio-económico por Ruiz Rodríguez (1987: 16-17): "*espacio estructurado para captar la producción agraria, con lo que actúa en el proceso de circulación como receptor y redistribuidor de esta producción*" (*Ibidem*), en consonancia con su propia teoría del espacio.

El otro concepto clave es *redistribución*, un mecanismo de regulación económica introducido por el intercambio cuando éste traspasa los límites de reciprocidad y es practicado a gran escala por la sociedad, para cuyo mantenimiento necesita sostener la producción de un excedente. El centro redistribuidor se convierte en una institución que estructura la producción y distribución de éste y de los bienes de consumo, controla los mecanismos de intercambio, y permite la aparición de un grupo social dirigente, apartado de todo el proceso de producción (*Ibidem*: 229).

En el control económico y político que este centro ejerce sobre el territorio, surge el tercer concepto, el de *coerción*. Se rechaza su significado de factor fundamental en el mantenimiento de unas relaciones sociales de producción basadas en la explotación de la fuerza del trabajo, definido por Nocete para el período argárico del Alto Guadalquivir<sup>36</sup>. Y se aboga por su interrelación con otros mecanismos: alianzas matrimoniales, relaciones de parentesco, circulación de bienes de prestigio entre las elites locales, e ideología religiosa, estando todos ellos vinculados con el mantenimiento del poder político y social dirigente (*Ibidem*).

#### *Montsià-Baix Maestrat*

La tercera aproximación a la realidad ibérica de las comarcas del curso final del Ebro cambia su ámbito de estudio para centrarse en el análisis de las

---

<sup>35</sup> P. Izquierdo Egea, *El horizonte orientalizante en el Mediterráneo occidental. Aproximación a la reconstrucción económica y social de las comunidades tartésicas de los siglos áIII-áI a.C.* Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona 1989.

<sup>36</sup> Cf. F. Nocete Calvo, "El análisis de las relaciones centro/periferia en el estado de la primera mitad del segundo milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: la frontera", *Arqueología Espacial*, 13, pp. 37-61.

necrópolis de las comarcas de Montsià y Baix Maestrat con el objeto de reconocer y conocer los caracteres sociales implícitos en los enterramientos (Mayoral Franco, 1990-91). Para ello se parte de la asunción de los planteamientos metodológicos de la denominada Arqueología de la muerte, y de los presupuestos teóricos de ésta se destacan tres conceptos: la *persona social* de Saxe, cuyo significado es el de "*conjunto de varias categorías sociales detentadas por un individuo*", que pueden ser determinadas por las premisas de cada sistema social; la variabilidad de las costumbres funerarias de Binford, entendida ésta a partir de la variabilidad en la forma y de la configuración de los sistemas sociales<sup>37</sup>; el gasto de energía del ritual funerario de Tainter (1978), cuyo valor es hallado mediante la cuantificación del cuerpo, la forma y la localización del enterramiento, junto con la de los materiales en él depositados (Mayoral Franco, 1990-91: 189-190).

El marco funerario de los caracteres estudiados lleva implícito otros dos conceptos, que el arqueólogo prefiere subrayar: necrópolis y ritual funerario. La primera es entendida como "*un conjunto de tumbas cada una de las cuales se convierte en el agregado básico donde se vertebra el ritual funerario*", y el segundo como "*toda la sucesión de actos que señalan el hecho del enterramiento, en términos antropológicos*" (*Ibidem*: 190).

### *Montsià*

En este apartado hemos querido individualizar determinados intentos de aproximación al conocimiento de las estructuras de poder a través del análisis del esfuerzo de trabajo implicado en la construcción de las estructuras arquitectónicas de los poblados ibéricos<sup>38</sup> (Gracia, 1997a, 1997b, 1998). En éstas, y a pesar de que no se apunta de manera explícita el marco teórico que rige las investigaciones, puede intuirse la presencia del materialismo histórico y del procesualismo. El carácter procesual se adivina inicialmente en la intención micro espacial y evolutiva, y se refuerza con la utilización de comparaciones etnográficas y

---

<sup>37</sup> Ambos conceptos son asumidos a partir de Binford (1971: 224).

<sup>38</sup> Si bien dichas aproximaciones no se limitan a una determinada área del mundo ibérico sino que afecta a poblados de la actual Cataluña más septentrionales, su aplicación al conocimiento de La Moleta del Remei nos lleva a incluirlas en nuestro trabajo.

antropológicas y de módulos previamente establecidos, y con la obtención de modelos aplicables a realidades distintas. El materialismo histórico, por su parte, se manifiesta en la utilización de conceptos asumidos tales como clase, fuerza y modo de producción, coste social, o sencillamente en la búsqueda de los factores sociales de la arquitectura.

El análisis parte inicialmente del concepto de *estudio de espacio* según el cual la racionalización de la distribución y el uso de la superficie construida responde a una jerarquía de las construcciones, del mismo modo que tales edificaciones se localizan en un lugar determinado del asentamiento, de acuerdo a los presupuestos ideológicos de una determinada estructura política; estas construcciones desempeñan pues una función social manifestada mediante la edificación (Gracia Alonso, 1998: 101). Se establece así una relación entre función y uso similar a la existente en la denominada *teoría del territorio con zonas y categorías*, según la cual el uso del espacio se encuentra regularizado mediante conceptos multivariantes (Hillier - Hanson, 1986).

Posteriormente se hace explícito el concepto de *oppidum* o *poblado fortificado* como agrupación constructiva que sirve de base a la estructuración socioeconómica definidora, a su vez, de un patrón de control territorial. El poblado fortificado es, por tanto, el centro político y administrativo de un territorio, el vertebrador de la producción económica del resto de los lugares de captación de él dependiente, y el mercado sin el cual serían imposibles la exportación de materias primas y la importación de productos manufacturados y alimentarios (Gracia Alonso, 1998: 101). En este *oppidum* encontramos pues elementos definidores muy similares a los implicados en el concepto de centro distribuidor asumido, como ya hemos visto, para la estructuración de los territorios del Baix Ebre (Izquierdo - Gimeno 1991: 227) o del valle del Guadalquivir (Ruiz Rodríguez, 1987: 16-17), ambos analizados desde una perspectiva materialista histórica.

Esta acumulación de funciones están definidas en última instancia por otro concepto, el de *bienes de prestigio*, entendidos éstos como objetos intercambiados con una marcada importancia a la hora de definir la interdependencia de los

distintos miembros de una comunidad, así como el prestigio de la clase dirigente (Herbert - Thomas, 1986, 1990). La eficacia de estos bienes viene dada por su utilización en los rituales de cohesión social y su implicación en el establecimiento y posterior control de las vías de comunicación, y en las características ideológicas de dicha comunidad<sup>39</sup>.

Siguiendo la línea argumental de estos planteamientos teóricos se llega a la asunción del concepto de *pólis* como ciudad-estado promulgado por Kolb para el mundo mediterráneo clásico, cuyos rasgos definitorios, junto con una organización política compleja, la utilización de la escritura y la circulación monetaria, pueden ser identificados en los *oppida* del sur y el levante de la Península Ibérica (Gracia Alonso, 1998: 101). Tales rasgos definitorios se resumen en un asentamiento como unidad topográfica y administrativa, con función de centro del territorio, modo de vida urbano, población de miles de habitantes, diferenciación social y del trabajo, y variabilidad en los tipos arquitectónicos (Kolb, 1992).

Es precisamente en esta multiplicidad de tipos donde pueden leerse los *factores sociales de la arquitectura*, otro de los rudimentos que caracterizan el marco conceptual que estamos analizando. Este término, asociado estrechamente al de *factores intelectuales* -ideología y religión-, es un préstamo de Zevi (1978: 51-53), quien considera como tales la estructura económica del agente promotor de la construcción, las costumbres del grupo y su sistema de clases interno; todos ellos elementos característicos y definidores en un programa edilicio concreto.

Finalmente, nos interesa destacar un último concepto, el de *espacio mental del asentamiento*, tomado de Zárate (1991: 85-186) y relacionado con la idea del impacto visual de las construcciones de Higuchi (1983) o con aquel otro de la percepción de la ciudad de Lynch (1960). Según este espacio mental, ciertos hitos topográficos son valorados en función de su componente simbólico o ideológico, interfiriendo en el subconsciente de los individuos de la comunidad y remarcando la lectura explícita e implícita de las construcciones (García Alonso, 1998: 105).

---

<sup>39</sup> Cf. C.F.E. Pare, "Fürstensitze. Celts and the Mediterranean World: Development in the West Hallstatt Culture in the 6th and 5th Centuries B.C.", *P.P.S.*, 57.2 (1991), pp. 183-22.

## 2.2.- Marco analítico

En algunos de los trabajos correspondientes a las aplicaciones de la Nueva Arqueología en el ámbito ibérico catalán del valle del Ebro, se concretan algunas de las técnicas analíticas utilizadas, a veces acompañadas también de ciertas consideraciones teóricas.

### *Baix Ebre y Montsià*

Una zona muy reducida del área adscrita al grupo ilercavón -las tierras que se extienden a un lado y otro del Ebro, en su tramo final inmediatamente anterior al Delta, y entre las comarcas del Baix Ebre y el Montsià- es objeto de un detallado estudio espacial, mediante técnicas analíticas, utilizadas habitualmente por lo que se ha venido llamando Arqueología espacial. Su principal objetivo es conocer la jerarquización territorial de los poblados existentes durante el Ibérico Pleno. Para calcular el área de influencia, el primer paso ha sido establecer ésta mediante el empleo de los polígonos Thiessen, a cada uno de los que se superpone el espacio dibujado por un radio de 1 Km., y posteriormente otro de 1.47 Km. El primero delimita el territorio donde se localizarían la mayoría de las tierras cultivadas; y el segundo es resultado de un radio equivalente a la distancia entre asentamientos - 2.95 Km.-, que a su vez ha sido hallada mediante el test de análisis del vecino más próximo. El resultado es la mejor adaptabilidad para la zona estudiada, de la intersección que se establece entre los polígonos y el radio de 1.47 Km. (Diloli i Fons, 1994: 443).

Un modelo teórico sobre la relación existente entre relieve y sistema defensivo desarrollado por González-Tablas, Arias y Benito para los castros protohistóricos abulenses<sup>40</sup>, ha sido asumido por Diloli y Foguet (1991), en un intento de medir el grado de interdependencia e integración entre la actividad humana y el medio, y lo han aplicado en aquellos poblados presumiblemente

ilercavones de las comarcas del Baix Ebre - Matarraña, con importantes sistemas defensivos. El modelo se considera adaptable a cualquier momento cronológico y cultural, y extrapolable a cualquier tipología defensiva. En primer lugar, se definen tres categorías distintas de adaptación del sistema defensivo al relieve dependiendo de: la relación entre las curvas de nivel y el cierre de la muralla, la relación entre el sistema defensivo y las divisorias de aguas, y el aprovechamiento de los obstáculos naturales de tal manera que sean incorporados a las propias estructuras de defensa. En función de si el poblado manifiesta una u otra de estas tres categorías, se distinguen tres grados de adaptación: autónomos, si los accidentes naturales no son aprovechados; autónomos adaptados, cuando las curvas de nivel son apenas seguidas, y las áreas de fácil acceso son reforzadas; y adaptados, si el cierre del sistema de la muralla sigue las curvas de nivel y los accidentes naturales pasan a formar parte del sistema defensivo. Por otro lado, los propios sistemas defensivos son clasificados en lo que se ha denominado niveles: el nivel primario está constituido por las defensas naturales, el nivel complementario o muralla propiamente dicha, y nivel de refuerzo, formado por la unión de los dos primeros. En este último nivel, para la aplicación del modelo al área del Baix Ebre se ha preferido considerar las habituales torres de protección que suelen acompañar al lienzo de muralla simple, al igual que los fosos, como pertenecientes al nivel de refuerzo y no al nivel complementario, puesto que en realidad se trata de un subsistema de la propia muralla. Finalmente, se establece una última clasificación, esta vez de los propios modelos defensivos, dependiendo de la interrelación en un mismo sistema de uno o más niveles defensivos. Así, el modelo básico sería aquel en el que sólo aparece el nivel primario; el modelo intermedio, en el que se documenta un nivel complementario junto al primario; y el técnico, en el que se conjugan los tres niveles (Diloli - Foguet, 1991: 179-180).

Las comarcas del curso inferior del Ebro vuelven a ser objeto de estudio en un nuevo intento de llegar a conocer la realidad de las comunidades históricas de la zona en época ibérica. En esta ocasión, se desarrolla un modelo de análisis de la

---

<sup>40</sup> Cf. F. J. González-Tablas - L. Arias - J. M. Benito, "Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce - Edad del Hierro)", *Arqueología Espacial*, 9,

producción agraria, cuyo objetivo es la comprobación cuantitativa de una certidumbre posibilista en cuanto a la existencia de un excedente agrícola en el seno de aquéllas con el que poder comerciar, en un intento de resolver las cuestiones básicas en la explicación de la economía ibérica, y los factores externos de carácter comerciales influyentes en ésta (Gracia - Munilla, 1993: 241).

A partir de los datos proporcionados por aquellos yacimientos mejor conocidos gracias a los trabajos de campo, se procede a establecer el contenido de las variables, que a su vez constituyen el marco conceptual del modelo:

1.- Zona visual: se varía sustancialmente el concepto de visibilidad tomado de la Arqueología territorial anglosajona (Jacobs - Way, 1969; Lovejoy, 1973; Litton, 1973), para llegar a establecer el significado de zona visual como "*territorio comprendido en una cota de nivel situada por debajo de la altitud máxima del poblado*". Con esta pequeña variación se consigue una diferenciación entre los conceptos de visibilidad general, "*todo aquel territorio que se encuentra dentro del campo de visión de un punto geográfico determinado*", y visibilidad efectiva, "*superficie de terreno que se controla realmente desde el punto de observación*"; mientras que la primera puede alcanzar varias decenas de kilómetros, la segunda queda reducida a las tierras circundantes al asentamiento, en las que se ubican las vías de paso, territorio de captación y áreas con cierto significado sociocultural; ambas son resultado de la aplicación de diferentes conceptos de observación desarrollados con anterioridad por Van der Ham<sup>41</sup> (Gracia - Munilla, 1993: 241).

2.- Superficie: la superficie total del asentamiento se infiere en principio de los datos absolutos conocidos. En caso de carecer de éstos, la superficie real del hábitat equivaldría a la extensión del terreno útil existente, teniendo en cuenta las correcciones necesarias debidas al trazado de las estructuras defensivas, la posibilidad de no construcción de todas tierras disponibles, y las distintas modificaciones que pudieran producirse a lo largo de la ocupación del poblado con respecto a la articulación del espacio.

---

Teruel 1986, pp. 113-126.

<sup>41</sup> Sin embargo, hay que tener en cuenta las posibles variaciones existentes en el paisaje actual con respecto al protohistórico, tal como se ha podido constatar en el área de Ulldecona y Alcanar, donde la masa



3.- Población: Ante la falta de información escrita sobre la estructura social y la ausencia de una asociación arqueológica entre poblado y necrópolis, que respectivamente nos posibiliten la definición del concepto de núcleo/unidad de hábitat y la cuantificación del número de individuos por cada fase de la historia del asentamiento, se ha optado por la asimilación entre unidad de habitación y núcleo familiar. Tal asociación sirve como base de cálculo para conocer la relación proporcional existente entre el número total de espacios destinados a viviendas y la totalidad de las edificaciones existentes en cada poblado. De la misma manera, y en aquellos casos en que por falta de excavación se desconoce la planimetría real del poblado, se establece un cálculo numérico por el que a través del promedio de espacios de habitación y la extensión total del hábitat, se llega al número aproximado de viviendas existentes.

4.- Zona de captación: Su significado es el de "*superficie localizada dentro de la zona visual efectiva del poblado, susceptible, en base a las características morfológicas del terreno (composición, pendiente) de ser explotada en un régimen de secano intensivo por una estructura agrícola tradicional*". Se establece una zona de captación circular de 5 Km. de radio, cuyo centro es el propio asentamiento, y cuya sistematización teórica se realiza a partir de la composición de los suelos y la productividad de los mismos, como elementos básicos<sup>42</sup>. Pero, existirían además otras dos variables a tener en cuenta: una distancia/tiempo cuyo valor se conoce a través de la estimación aproximada de la distancia existente entre el asentamiento y la ubicación de las tierras cultivadas a las que debería desplazarse los campesinos cada día; y la posibilidad de defensa de las áreas de cultivo, mayor en las zonas más próximas al *oppidum* (*Ibidem*).

Una vez delimitada el área de captación de los recursos alimenticios de cada asentamiento, se pasa a fijar los elementos que conformarían un probable carácter

---

forestal existente en la antigüedad, impediría observar tierras que en éstos momentos parecen entrar dentro del dominio visual de los poblados del Bajo Ebro (Gracia - Munilla, 1993: 242, n. 113).

<sup>42</sup> A falta de los correspondientes análisis palinológicos, necesarios para el conocimiento de la realidad protohistórica de cada uno de dichos elementos, éstos se infieren de los datos actuales entresacados de la bibliografía [cf. J. Sorribes, *El Montsià. Estructura i dinàmica socio-econòmica*, Barcelona 1982, pp. 13-63; *L'economia del Baix Ebre. Estructura i dinàmica socio-econòmica*, Barcelona 1985, pp. 9-26; E. Cobertera, *Los suelos cultivados de la provincia de Tarragona*, Tarragona 1985, pp. 12-21 y 123-147; R. Sero - J. Maymo, *Les transformacions econòmiques al delta de l'Ebre*, Barcelona 1985, pp. 15-17].

excedentario de la económica de la cultura ibérica en la áreas adyacentes a las bocas del Ebro:

1.- Productividad total: Para hallar su valor, se adopta un coeficiente de explotación simultáneo del 40% de las tierras cultivables, al que se llega teniendo en cuenta la masa de población estimada con anterioridad, la parte de ésta dedicada a las tareas agrícolas, y la perduración de los asentamientos<sup>43</sup>. Al mismo tiempo, se establecen dos métodos para calcular dicha productividad: en primer lugar se utilizan unas tablas de rendimiento que han sido conseguidas mediante la aplicación de las informaciones obtenidas en los trabajos de documentación de fuentes escritas medievales<sup>44</sup> y de arqueología experimental<sup>45</sup>, a estructuras sociales agrarias que teóricamente tendrían un comportamiento económico similar a las comunidades de época ibérica; el segundo método se basa en la fuerza de trabajo de la comunidad para las labores agrícolas y en la superficie real de tierras que puede ser abarcada por ésta, para cuyo cálculo se parte de nuevo de fuentes documentales, y de la cantidad de terreno de cultivo establecida por ellas para cada colono romano<sup>46</sup> (*Ibidem*: 242-446).

---

<sup>43</sup> Esta continuidad en la ocupación de los hábitats utilizados en el modelo, es interpretada como reflejo de un actividad agraria que se mantiene durante largo tiempo. Se parte del estudio de la existencia en las sociedades agrarias actuales de dos maneras distintas y tradicionales de regenerar las tierras dedicadas a la labores agrícolas: mediante la primera, la denominada 'año y vez', se consigue una producción del 50% de la superficie cultivada; mientras que la de 'dos años y vez', se obtiene al mismo tiempo la explotación del 66% de la superficie cultivable (Gracia - Munilla, 1993: 242).

<sup>44</sup> Las medias de productividad de la agricultura practicada en Europa Occidental entre los años 1250 y 1850, han sido cifradas por Duby [G. Duby, *L'Economie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval*, París 1962] en 0,88 Tm/Ha y 1,05 Tm/Ha.

<sup>45</sup> Se han realizado una serie de estudios experimentales para las comunidades del Hierro de la actual Gran Bretaña, después de los cuales Reynolds [P. J. Reynolds, *Iron-Age Farm. The Butser Experiment*, London 1979] establece una media de producción de 1,5 Tm por hectárea, para el cultivo en ciclo octoanual del *Triticum diocum* -cereal identificado en los análisis paleocarpológicos de La Moleta del Remei. Cf. además, P. J. Reynolds, "A General Report of Underground Grain Storage Experiments at the Buster Ancient Farm Research Project", M. Gast - F. Sigeau (eds.), *Les Techniques de Conservation des Grains ^ Long Terme*, Marseille 1979, pp. 70-88; *Idem*, *Arqueología experimental. Una perspectiva de futuro*, áic 1988.

<sup>46</sup> La superficie de tierra susceptibles de ser cultivada por una comunidad se halla multiplicando el valor del lote de tierra concedido a cada colono romano -5041 m<sup>2</sup>-, según las informaciones transmitidas por Plinio, Columela y Sículo Flaco, el número de población dedicada a los trabajos agrícolas [cf. F. T. Hinrichs, *Historie des Institutions Gromatiques*, París 1989 :51-52] (Gracia - Munilla, 1993: 246 y n.119bis).

2.- Consumo total de la población: Las fuentes escritas, clásicas y medievales, vuelven a ser punto de partida para la cantidad -200 Kg- asignada a cada habitante para su consumo individual durante un año<sup>47</sup>.

3.- Producción destinada al consumo: La cantidad de cereal utilizada para el consumo, alimenticio o no, es el resultado obtenido de restar a la totalidad de la producción de grano, aquél destinado a la siembra del ciclo siguiente, por tanto el primer paso necesario es calcular el monto de éste. A través de los datos suministrados por las fuentes documentales, se adopta el módulo generalmente admitido para la agricultura europea de la etapa preindustrial, que se establece en 1/4 del rendimiento de la cosecha ya realizada, la cantidad reservada como simiente de la siguiente<sup>48</sup>.

4.- Excedente: El volumen del cereal que resta una vez apartadas de la productividad bruta los porcentajes destinados a la siembra, y la alimentación de la población y de los animales domésticos, se considera excedente (*Ibidem*: 246-248).

Ya establecido cada uno de los elementos y variables que entran en juego en la construcción del modelo de producción agrícola, sólo queda la aplicación de éste al registro arqueológico con el que se cuenta, para finalmente, y una vez comprobada la probable existencia de una producción cerealística en el área del Bajo Ebro, así como la importancia destacada del cereal en el desarrollo del comercio durante el período ibérico, inferir toda una serie de características supraestructurales y de organización política (*Ibidem*: 248-249).

---

<sup>47</sup> Para Esparta, a través de los datos familiares proporcionados por Plutarco (Licurgo, 8), se puede establecer una media de 196,8 Kgs cereal/persona/año. Esa cantidad es aumentada a 220 Kgs. según los cálculos realizados por Heers [cf. J. Heers, "Il commercio bel Mediterraneo alla fine del secolo XIá e nei primo Xá", *Archivio Storico Italiano*, CXIII (1955), pp. 157-209] para los siglos XIá y Xá. Cf. igualmente, E. Serra, "Els cereals a la Barcelona del segle XIá", *Alimentació i societat a la catalunya Medieval*, A. E. M., 20 (1988), pp. 71-101. Por otra parte, los análisis zooarqueológicos y paleocarpológicos son considerados útiles únicamente para comprobación de una dieta variada compuesta, además del cereal, por una aporte cárnico y lácteo obtenido de la caza y el pastoreo, y una serie de productos de secano no cerealísticos y de recolección [cf. J. L. Maya, "Aprovechamiento del medio y paleoeconomía durante las etapas metalúrgicas del Nordeste Peninsular", A. Moure (ed.), *Elefantes, Ciervos y Ovicápridos. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*, Santander 1992, pp. 275-313] (Gracia - Munilla, 1993: 246).

<sup>48</sup> Cf. J. Luelmo, *Historia de la agricultura en Europa y América*. Madrid 1975; C. Dyer, *Niveles de vida en la Baja Edad Media*, Barcelona 1991.

*Montsià-Baix Maestrat*

Desde el marco conceptual e interpretativo de la Arqueología de la muerte, las necrópolis del Ibérico Antiguo ubicadas en las comarcas del Montsià y Baix Maestrat, y sus registros arqueológicos son objeto de un análisis que podríamos denominar de matriz clarkeana (Clarke, 1984). Sus elementos materiales -la incineración, el *loculus*, la urna cineraria y el ajuar- en los que son representados los rasgos del difunto -el tratamiento del cadáver, la estructura de la tumba, el continente de los restos humanos y los atributos mobiliarios- conforman lo que, desde tal perspectiva analítica, se denomina un conjunto de artefactos-tipos, y que a su vez constituye la tumba en sí. Dentro de dicha composición, la relación existente entre todas y cada una de las variables hace que cualquier cambio en los valores de una sola de ellas suponga una transformación en el conjunto resultante. Puesto que el enterramiento es la materialización de la identidad que la sociedad reconoce para el difunto, cada una de los elementos del conjunto son a su vez reconocidos como reflejo de la identidad social (Mayoral Franco, 1990-91: 190).

*Montsià*

Vamos a diferenciar en este apartado las técnicas analíticas del estudio de las implicaciones del poder en las fuerzas de trabajo empleadas en las construcciones arquitectónicas de algunos de los poblados ubicados en esta comarca, dentro de un marco teórico materialista histórico no explícito y un marco interpretativo claramente procesualista.

En un primer momento se procede al cálculo de la fuerza necesaria para la erección de construcciones de carácter público o comunitario, exponentes al mismo tiempo del poder político y económico (Gracia *et alii*, 1994). Más tarde se pasa al cálculo de las demografías, del volumen de las edificaciones que hay que construir, a la especificación de los tipos de materiales o de los momentos estacionales correctos para bastir (Gracia *et alii*, 1997: 101-114). Más recientemente, se analiza el impacto económico de tales construcciones en la estructura social y de poblamiento, para lo cual se individualizan dos elementos:

1.- El *coste humano* de la construcción expresado en *corveas* o forma de trabajo comunitario, que nace con el surgimiento de la economía productiva y alcanza su auge en las explotaciones agrarias medievales. Tiene carácter rotatorio y suministra las necesidades de trabajo no especializado entre los miembros de la comunidad<sup>49</sup>.

2.- El *coste/obtención de los materiales* utilizados en la realización del trabajo. Su cuantificación puede asimismo realizarse en corveas, si ello va acompañado de la observación de su repercusión en el funcionamiento económico de la comunidad (Gracia Alonso, 1998: 105).

Esta práctica de la corvea supone un gasto social para el grupo dirigente que promueve las construcciones, y su funcionamiento depende en gran medida de su capacidad de encauzamiento de la misma. Así, ésta puede desarrollarse desde dos disposiciones distintas: una acción voluntaria resultante de la aceptación de los presupuestos ideológicos vigentes, o una acción forzada basada en la capacidad coercitiva del grupo, ampliamente documentada esta última en estructuras políticas de carácter estatal cuyo núcleo urbano se constituye en centro del poder territorial<sup>50</sup> (*Ibidem*: 106).

Asimismo, la construcción de un poblado debe entenderse como una obra planeada y llevada a cabo sin cortes, puesto que la interdependencia de las técnicas básicas de construcción impide su erección en fases diferenciadas. Así, a partir de la idea de construcción ininterrumpida y en función de la modelo demográfico hallado con anterioridad, se realiza el cálculo de la fuerza del trabajo. Para ello se toma como punto de partida un módulo previamente establecido: entre 1/5 y 1/3 de la población. Con él y otros índices prefijados de materiales y volúmenes construidos, se realizan diversos cálculos que tienen como resultado una serie de modelos teóricos constructivos y de poblamiento (*Ibidem*: 108-109).

---

<sup>49</sup> Cf. W. Rösener, *Los campesinos en la Edad Media*, Barcelona, 1990; Ch. Dyer, *Niveles de vida en la baja Edad Media*, Barcelona, 1991.

<sup>50</sup> Cf. J.M. Fritz, "Vijayanagara: Authority and Meaning os South Indian Imperial Capital", *American Anthropologist*, 88 (1986), pp. 44-55; C.M. Sinopoli, "The Archaeology of Empires", *Annual Review of Anthropology*, 23 (1994), pp. 159-180.

### 2.3.- Formación del mundo ibérico: periodización

Durante el Bronce Final/Hierro I, parece aceptarse para la zona un substrato diferenciado espacialmente a un lado y otro del río Ebro, de tal manera, que la orilla izquierda del valle se considera la frontera más meridional de los influjos de los llamados Campos de Urnas, que se expandiría desde el norte por la costa, mientras que la margen derecha, la Terra Alta y el Matarranya recibirían sus influjos centroeuropeos por el interior, desde las cuencas del Bajo Cinca y el Segre. Estas disparidades existentes en una y otra área, en cuanto a la dirección de los estímulos recibidos, se traduce en el registro arqueológico en una cierta homogeneidad de manifestaciones culturales, puesto que en ambas se practica un rito funerario de incineración, y ambas presentan una cultura material caracterizada por las típicas cerámicas acanaladas; una pequeña diferencia sin embargo, parece establecerse en la tipología de las necrópolis (Sanmartí i Grego, 1987: 69)<sup>51</sup>.

A partir de la segunda mitad del siglo VII a.C. y durante los primeros años del siglo VI a.C., se desarrolla lo que se ha dado en llamar horizonte Preibérico, definido por la aparición en el registro arqueológico de la zona de elementos fenicios, cuya comercialización se ha interpretado como reflejo de las reconversiones internas del propio ámbito fenicio. Vemos cómo las variables que entran en juego a la hora de establecer los hiatos cronológicos del proceso histórico de la cultura ibérica son simples fósiles guía -ánforas fenicias, fíbulas de doble resorte, escarabeos-, cuya presencia o ausencia marca el paso a una u otra fase.

Es numeroso ya el conjunto de materiales fenicios documentados en torno a las bocas del Ebro, y en la zona de la Sènia y El Cervól, por lo que se puede hablar de un intenso comercio fenicio desde mediados del siglo VII a.C. hasta principios del siglo VI a.C., reafirmandose así el valor comercial de la zona para los fenicios,

---

<sup>51</sup> Sanmartí y Padró (1978-79), realizaron una primera periodización del proceso de iberización para la Cataluña meridional, en la que se advierte que ésta constituyó una evolución continuada, sin cortes bruscos, y que por tanto, las fases diferenciadas son en realidad cortes cronológicos artificiales caracterizados por una determinada cultura material. Sirva como ejemplo la división de Ibérico Pleno en tres momentos distintos, dos de los cuales están basados en la variedad de las tipologías de cerámica ática, y en la cronología

quienes buscarían una ruta alternativa de penetración hacia el Bajo Aragón y Matarraña, según afirman las interpretaciones más tradicionales, o simplemente los propios recursos mineros de esta área<sup>52</sup>.

Ante la relativa escasez de yacimientos excavados en las tierras del curso final del Ebro<sup>53</sup> se ha optado por llevar a cabo un estudio cronocupacional del poblamiento ibérico en estas áreas, estableciéndose así una periodización basada en las variables de distribución de asentamientos, planteamientos arquitectónicos y estructura económica (Gracia - Munilla, 1993). Tras una crítica a las periodizaciones realizadas para la Edad del Hierro del Levante peninsular, interpretadas como una rejilla de fechas a las que se superpone una estructura de fases crono-culturales arquetípicas, se opta por abandonar contenidos y epígrafes culturales y construir una clasificación con márgenes cronológicos fundamentada en los materiales importados, siguiendo de manera explícita a la establecida por Ruiz y Molinos (1993)<sup>54</sup>.

---

dada por ésta: las kylikes áticas tipo C dan una cronología del 500/450 a.C. para el Ibérico Pleno I, mientras que las copas Cástulo establecen el Ibérico Pleno II entre los años 450 a.C. y 400 a.C.

<sup>52</sup> Sobre los detalles del factor fenicio en la zona, a los ya clásicos estudios de Arteaga, Padró y Sanmartí (1978, 1986) y Mascort, Sanmartí y Santacana (1988b), habría que añadir los más recientes de Alaminos, Ojuei, Sanmartí y Santacana (Alaminos *et alii*, 1991) y Aubet (1993). A la problemática suscitada por la presencia de materiales fenicios, hay que añadir la de probables importaciones tirrénicas, surgida a raíz de la cada vez más numerosa identificación de objetos etruscos. Hasta ahora no parece existir más que una discusión sobre si se trata en realidad de producciones comercializadas igualmente por los fenicios, por lo que la cronología del comercio fenicio debería alargarse, o si por el contrario es posible hablar de una verdadera colonización tirrénica en nuestra Península. Habrá que esperar nuevos avances en la investigación para poder afirmar uno u otro extremo, mientras tanto cf. J. P. Morel, "Le commerce étrusque en France, en Espagne et en Afrique", *L'Etruria Mineraria*, Florencia 1981, pp. 463-508; M. Gras, "Trafics tyrrhéniens archaïques", *B. E. F. A. R.*, 285 (1985), pp. 326-328; M». A. Martín "Noves dades per a l'estudi del comerç etrusc a l'Empordà", *Cypselà*, á (1986), pp. 79-87; *Idem*, "El material etrusco en el mundo indígena del NE de Catalunya", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona 1991, pp. 95-100. Para una recopilación de toda la bibliografía y catalogación de los objetos etruscos conocidos hasta la década de los ochenta, cf. J. Alvar Ezquerro, "El tráfico comercial etrusco hacia el Extremo Occidente", *Flotte e Commercio greco, cartaginese e etrusco nel Tirreno*, Ravello 1987, donde se rechaza la existencia de una verdadera colonización etrusca o de un comercio intenso y continuado entre Etruria e Iberia.

<sup>53</sup> Para los trabajos de síntesis realizados, un tanto añejos a estas alturas, cf. Callarisa (1965); Gimeno i Fabregat (1975); Genera i Monells, 1979, 1980).

<sup>54</sup> Constatamos así una de las numerosas influencias que a partir de ahora creemos supone la publicación de la nueva síntesis sobre el proceso histórico de los iberos. En cualquier caso, encontramos una cierta contradicción; puesto que la definición de cada una de las fases establecidas se realiza en base a características consideradas definitorias del proceso cultural, su contenido siempre será en consecuencia cultural. Incluso el epígrafe, puesto que lleva la palabra 'ibérico', posee un matiz cultural, al diferenciarse de fases cronológicamente iguales establecidas para otras áreas de fuera del ámbito ibérico. Por tanto, a nuestro parecer, y a pesar de que compartimos la validez de una periodización del proceso histórico -continuado-, sistematizada a partir de otras variables que no sean únicamente las tipologías cerámicas -indígenas o alóctonas-, la nueva terminología cronológica no deja de ser un convencionalismo más, que responde a la

El primer resultado de la aplicación de esta nueva periodización a la realidad ibérica del bajo Ebro, es la desaparición del Preibérico, puesto que se pretende relativizar la influencia ejercida por las primeras importaciones y contactos culturales con elementos mediterráneos. Si no existe cambio, y sí continuidad, la fase carece de contenido como momento previo, y debe producirse una unificación entre el Preibérico y el Ibérico Antiguo<sup>55</sup>, enmarcándose en un Ibérico I -Horizonte Preibérico- cuyo comienzo -600/580 a.C.- viene dado por las importaciones fenicias más antiguas<sup>56</sup>, y cuyo final -540/530 a.C.-, supone el comienzo de las primeras importaciones de materiales de origen no semita (Gracia - Munilla, 1993: 215). En el ámbito urbanístico, se produce el desarrollo y consolidación de los poblados denominados de calle o vía central -La Ferradura, Barranc de Gàfols y la fase I de la Moleta del Remei-. Durante algún tiempo se ha pensado en la existencia paralela de asentamientos de fondos de cabaña, puesto que éstos se han documentado en la primera fase de La Moleta, pero actualmente se admite una dificultad en discernir si estas 'cabañas' suponen un momento anterior a la Fase I, o si en realidad forman parte de dicho momento de ocupación junto con el resto de las estructuras excavadas (*Ibidem*: 217).

La fase siguiente sería el Ibérico II -Horizonte Ibérico Antiguo-, que comenzaría como hemos dicho a partir de la introducción en el registro de las primeras importaciones griegas, bastante escasas en estos momentos iniciales, en

---

necesidad de la investigación de establecer hitos articuladores del *continuum* que supone el tiempo histórico. En cualquier caso, la aceptación de una nueva parrilla cronológica que pueda superponerse a la realidad arqueológica de la totalidad de las áreas consideradas tradicionalmente ibéricas, puede ser de utilidad a la hora de establecer los procesos históricos de las diversas comunidades ante influjos externos similares, si por tal entendemos la aparición en el registro material indígena de las importaciones mediterráneas que conforman los nuevos marcos cronológicos.

<sup>55</sup> Tradicionalmente este Ibérico Antiguo de la Cataluña meridional, se dividía en dos subfases, siguiendo las propuestas para otras zonas del este y sur peninsulares: Ibérico Antiguo I -600/550 a.C.-, basado en las fases iniciales de las necrópolis de Mas de Mussol, Mianes y La Oriola, y caracterizado por cerámicas a torno que pueden etiquetarse como ibéricas, junto con armas y piezas de adorno; e Ibérico Antiguo II -550/500 a.C.-, que supone la elaboración de cerámica a mano y torno de imitaciones de los prototipos ibéricos más antiguos (Sanmartí i Grego, 1987: 72). Sin embargo, Gracia y Munilla (1993: 215), no consideran que haya suficiente información arqueológica, en cuanto a volumen de materiales de importación, ni a hábitats claramente identificados, como para poder establecer tal subdivisión, por lo que prefieren englobar este Ibérico Antiguo en su Ibérico I, aunque recortándolo en torno al 540/530 a.C.

<sup>56</sup> Si bien, como hemos visto, se admite la existencia de un importante comercio fenicio, no se ha fijado aún el porqué de dicha presencia, es decir, los productos que los comerciantes fenicios buscaban y cambiaban por los suyos. Puesto que no se ha podido documentar una relación de este comercio con el excedente de cereal, algo que ocurriría más tarde, se ha relacionado con la explotación de los recursos mineros (Gracia - Munilla, 1993 :228; Oliver Foix, 1993 :151).



la zona<sup>57</sup> -540/530 a.C.-, incorporando la fase de las *kylikes* áticas tipo C de la periodización de Sanmartí (1987)<sup>58</sup>, y terminando en torno al 450/425 a.C. Comienza la fabricación de tipologías a torno de vasos cerámicos -orejetas, exvasados- y piezas de almacenaje, realizadas a imagen y semejanza de las producciones semitas. Poco puede decirse acerca de distribución de poblamiento y planteamientos arquitectónicos característicos, puesto que existe una importante falta de datos sobre estructuras de habitación, por lo que debe recurrirse a los rasgos culturales manifestados en los momentos iniciales de las conocidas necrópolis del delta<sup>59</sup>. En cualquier caso, parece ponerse en cuestión un cambio en el patrón, con una generalización de abandono de los poblados de la etapa anterior, en torno al siglo VI a.C. En cambio se ha planteado, ante la continuidad que presentan el reducido número de asentamientos conocidos en el paso del siglo VII a.C. al VI a.C., la posibilidad de que dicho vacío poblacional se deba a la necesidad de una revisión de las cronologías dadas a las producciones cerámicas locales, ante el escaso número de importaciones mediterráneas para este momento (Gracia - Munilla, 1993: 229). En el Baix Maestrat, sí se ha documentado, sin embargo, un cambio en el patrón de poblamiento, puesto que las zonas mineras de Rosell y de Ulldecona, parecen abandonarse, al mismo tiempo que surgen nuevos poblados en áreas de mayor productividad agrícola. Por otro lado, el cambio de orientación económica parece completarse con la aparición en la zona de un comercio incipiente relacionado con Ampurias y Massalia, que convive con el

---

<sup>57</sup> Para una visión global sobre elementos griegos en las costas en torno al Ebro, cf. A. Oliver Foix, "Las importaciones griegas en la costa ilercavona", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15 (1990-91), pp. 173-187.

<sup>58</sup> Según el arqueólogo catalán, vuelven a manifestarse importantes cambios culturales; las tierras litorales ven consolidarse su *iberización*, mientras que las interiores comienzan a ser 'iberizadas'; tales transformaciones en un primer momento se explicaron mediante un proceso de aculturación en el que tomó parte activa el elemento griego de Ampurias, y que tenía una traducción en el registro arqueológico en la aparición, entre otras, de las cerámicas áticas de importación y las nuevas técnicas poliorcéticas en los sistemas de defensa de los poblados, pero sin que se llegase a producir un cambio en el patrón de asentamiento (Sanmartí i Grego, 1987: 74).

<sup>59</sup> Estas necrópolis calificadas tradicionalmente como ibéricas habían recibido una cronología sensiblemente inferior con respecto a la resultante de la revisión llevada a cabo por Munilla [G. Munilla, *Los bronce paleoibéricos de uso personal en Occidente*, Tesis doctoral en microfichas n.º 285, Barcelona 1988; *Idem*, "Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis ibéricas", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona 1991, pp. 107-175] mediante el estudio de sus bronce. Cf. también Oliver Foix (e.p.).

fenicio que perdura de la etapa anterior (Oliver Foix, 1993: 153). En cuanto a la estructura de los hábitats, se sigue manteniendo la organización del espacio en torno a un eje central -Coll del Moro de Serra d'Almors-, surgen nuevos asentamientos con funcionalidad claramente defensiva -Coll del Moro de Gandesa-, y algunos otros añaden elementos defensivos a las murallas.

La documentación de los primeros ejemplares de figuras rojas, interpretadas como reflejo de una mayor influencia ampuritana, marcaría el inicio -450/425 a.C.- del Ibérico III -Horizonte Ibérico Pleno-, englobando el momento de distribución de las copas Cástulo en la transición de los siglos V a.C. al IV a.C., y finalizando en un momento inmediatamente anterior a la II Guerra Púnica. El estudio del reparto geográfico de las importaciones, fenicias primero, y griegas y púnicas después, señala un cambio en las redes de distribución, puesto que los asentamientos interiores del Bajo Aragón sufren una clara disminución en el cómputo global de éstas, muy al contrario de la situación experimentada por los centros costeros, que se convierten en importantes puntos de intercambio comercial<sup>60</sup> (Gracia - Munilla, 1993: 230). Para el Baix Maestrat, se habla de la existencia de dos mercados diferentes: el púnico y el griego, puesto que en el nivel arqueológico del Puig de la Nau fechado en siglo V a.C., se documentan materiales púnicos en la misma proporción que los productos griegos de ese momento. Este hecho alude a una perduración durante época ibérica plena de las rutas fenicias de períodos anteriores, y la consolidación de un denominado 'mercado del sur' en los asentamientos indígenas de las bocas del Ebro caracterizado por los productos púnicos agropecuarios y comercializados vía Ebusus. Éste conviviría con otro encargado de la comercialización de vajillas de lujo procedentes del hinterland griego, a través de Ampurias y Massalia (Oliver Foix, 1993: 158). En cuanto a los planteamientos arquitectónicos, se produce una evolución de los esquemas anteriores, pero adquiriendo cierta complejidad, al mismo tiempo que se aíslan e identifican los espacios comunitarios, y se compartimentan y amplían las

---

<sup>60</sup> La gran mayoría de las producciones griegas documentadas en los poblados pertenecen al grupo de 'vajilla de mesa para el consumo de vino', y más concretamente de las destinadas al ritual del *symposium*, hecho que ha sido interpretado como reflejo de la existencia de tal práctica entre las comunidades indígenas (Gracia - Munilla, 1993: 233).

superficies de habitación privadas. Los denominados 'edificios singulares' caracterizados por un espacio fuertemente compartimentado por muros paralelos formando una especie de 'parrilla' -fase II de la Moleta del Remei, Torre de Foios, La Balaguera- se ha puesto en relación con la existencia de un excedente de producción agrícola, confirmándose así el giro dado por la economía ibérica de la zona hacia la sobreexplotación. Por su parte, los sistemas defensivos abandonan las torres de circulares y ovaladas, que son sustituidas por las cuadrangulares. Este hecho se ha interpretado como reflejo del sistema fortificado de Ampurias, que a su vez estaría repitiendo los prototipos adoptados en el Mediterráneo centro-occidental después de la invasión cartaginesa de Sicilia (Gracia - Munilla, 1993 233). Otros elementos relacionados con el uso del espacio de los hábitats son los enterramientos infantiles practicados en los suelos de algunas de las viviendas de determinados poblados, que junto con las necrópolis de cremación tipo 'campos de urnas' suponen la conservación de tradiciones locales de carácter religioso. Pero, este espíritu conservador debe convivir con ciertas innovaciones en el ámbito de la religión, puesto que parece producirse una asunción de los cultos relacionados con Démeter y los ciclos agrarios, seguramente como reacción ideológica a la potenciación de la agricultura (*Ibidem*: 231).

Finalmente la sistematización del Ibérico IV -del 350/300 a.C. al 175/150 a.C.- e Ibérico V -del 175/150 a.C. al 60 d.C.-, confirma una progresiva influencia romana en la zona, y parece acabar con la interpretación tradicional de la desaparición de los grupos ibéricos como resultado de los acontecimientos acaecidos durante la II Guerra Púnica. Con anterioridad a éstos, existe una continuidad de las características del período anterior, aunque en el registro cerámico se observa, durante la transición del siglo IV al III a.C., un corte en la llegada de producciones griegas a la Península y la ausencia de cerámicas de procedencia subitálica, que son sustituidas por los talleres existentes en suelo peninsular, en el Golfo de León y algún otro punto de la costa catalana<sup>61</sup>. En realidad estos talleres son introducidos por los propios romanos a fin de mantener

---

<sup>61</sup> Cf. E. Sanmartí i Greco, "El taller de las Pequeñas Estampillas en la Península Ibérica", *Ampurias*, 35 (1973), pp. 135-173.

el volumen de comercio, y por tanto de producción de cereal, puesto que Roma necesita cada vez mayores cantidades de grano de manera continuada (*Ibidem*: 236). Al mismo tiempo, a partir del siglo II a.C., se documenta cierta revitalización, al menos en la zona del Baix Maestrat, de los productos púnicos ebusitanos (Oliver Foix, 1993: 164). Las transformaciones en los planteamientos de estructuración -y del uso- del espacio de los poblados que perduran, se refleja en la compartimentación de las viviendas -fase III de la Moleta del Remei. El cambio definitivo del patrón de poblamiento, que poco tiene que ver con el anterior ibérico, refleja además una nueva redistribución de la tierra y la aparición del sistema de *villae* -*villa* romana del Cementiri Vell en Alcanar-, más acorde con los intereses romanos y la propia estrategia económica y política de Roma para la Península Ibérica (Gracia - Munilla, 1993: 236).

#### 2.4.- El modelo resultante: la *iberización* como proceso de aculturación

La iberización para el área ilercavona se ha interpretado como un *proceso de aculturación* que se desarrolla a partir de comienzos del siglo VI a.C. y que está conformado por la divulgación de la cerámica a torno, la aparición del urbanismo, la construcción en adobe y la generalización del uso del hierro. Tales novedades técnicas y materiales serían resultado de una expansión en dirección sur-norte, desde las tierras consideradas el epicentro de la cultura ibérica -las actuales provincias de Murcia y Alicante, hasta la comarca francesa del Languedoc- (Sanmartí i Grego, 1987: 73).

El enfoque materialista histórico aplicado al estudio de los asentamientos fortificados del valle del Ebro tiene como resultado un modelo de cultura ibérica muy definido, que se diferencia de aquél otro caracterizado por una matriz únicamente procesual. La iberización se ve entonces, como un proceso de afianzamiento de una formación socio-económica basada en la redistribución y caracterizada por el control político del territorio. Dicha consolidación se produce mediante un proceso dialéctico entre las viejas relaciones sociales, basadas en la

reciprocidad, y las nuevas surgidas con el acceso diferencial a la distribución de los bienes; al que hay que añadir el desarrollo del mecanismo de redistribución posibilitado por el control permanente de la producción y el reforzamiento del intercambio exterior, que no es otra cosa que el catalizador de las transformaciones socio-económicas. El resultado final es el surgimiento de un estado ilerconvención plenamente formado durante la época ibérica plena (Izquierdo - Gimeno, 1991: 229, 232).

Sin embargo, este modelo de sociedad estatal choca abiertamente con el inferido del análisis social de las manifestaciones funerarias en las necrópolis del Montsià y Baix Maestrat y su contraste con la organización espacial de los poblados. En este caso, el modelo resultante es una sociedad segmentada, basada en unas relaciones de parentesco (Mayoral Franco, 1990-91), muy alejadas de la sociedad de clases que conformaría un estado.

Un carácter económico caracteriza igualmente el arquetipo de cultura ibérica para el área ilerconvona, inferido del análisis cronocupacional del poblamiento de la zona del Bajo Ebro y del modelo de análisis de producción agrícola creado por Gracia y Munilla (1993). El proceso cultural que parece considerarse como deficitario de la iberización se caracterizaría por una distribución de poblamiento determinada, unos planteamientos arquitectónicos concretos y una estructura económica de tipo cerealístico que parece llevar el mayor peso del proceso histórico. Ésta tendría un objetivo prioritario: la obtención de la mayor cantidad posible de excedente, destinado al comercio mediterráneo. La superestructura ideológico-religiosa correspondiente tendría mucho que ver con las divinidades de naturaleza agraria, cuyas advocaciones favorecerían su sincretismo con las nuevas divinidades greco-romanas. Pero en cambio, y contrariamente al modelo establecido por Izquierdo y Gimeno (1991), este modelo inicial de producción agrícola parece no permitir el conocimiento de la estructura social, y por ende de la superestructura política. Éstas deben ser por fuerza desconocidas, ante la escasez de información de las fuentes escritas y la ausencia prácticamente total de registro arqueológico funerario, cayendo quizás en un cierto pesimismo empirista

que paraliza el desarrollo de la investigación hasta la llegada de una mayor acumulación de datos manejables.

Sin embargo, años más tarde, un cambio de planteamientos conceptuales e interpretativos permite a estos mismos investigadores llegar a un nuevo modelo de cultura ibérica, caracterizado por la existencia de sociedades fuertemente jerarquizadas (Gracia *et alii*, 1997; Gracia Alonso, 1998).

En la aplicación del nuevo marco analítico a algunos *oppida* del área septentrional ibérica, se ha podido constatar que la fuerza de trabajo necesaria para la obtención y el transporte del volumen de los materiales calculados para las obras edilicias comunitarias, y su construcción, sobrepasaría con creces el volumen demográfico del interior del *oppidum*, por lo que el sistema de corveas debe extenderse al entorno rural dependiente del centro y perteneciente al mismo ámbito territorial. Paralelamente, la implicación de una mano de obra especializada supone la existencia de una estructura económica desarrollada, con una agricultura intensiva y excedentaria, que haga posible la manutención de individuos situados fuera del trabajo agropecuario. Esta complejidad organizativa sólo puede ser sustentada por una agrupación política muy jerarquizada, o un sistema de clases gentilicio que controle los beneficios de la actividad económica, que utilicen la arquitectura como símbolo legitimador de su poder (Gracia Alonso, 1998: 107-108).

Estas sociedades ibéricas fuertemente jerarquizadas son susceptibles de asimilarse a *estados* o *ciudades-estado*, si por tal se entienden estructuras socioeconómicas similares a sus coetáneas del ámbito mediterráneo. Así, los términos de 'sociedad palacial' o 'principado' son considerados simples sinónimos de ciudad-estado, aunque pertenecientes a un léxico teórico de rango menor<sup>62</sup> (*Ibidem*: 101).

---

<sup>62</sup> Una visión de la mayoría de las sociedades ibéricas como *organizaciones jerarquizadas con estructura clientelar de base aristocrática* puede encontrarse en cualquiera de las recientes publicaciones de Arturo Ruiz, más recientemente en Ruiz Rodríguez (1998). Mientras que Juan Antonio Santos introduce el concepto de *estado primitivo*, tomando como punto de partida el análisis territorial del Bajo Segura (Santos Velasco, 1993, 1998). En otras áreas más impregnadas del substrato tartésico, se habla abiertamente de *estado*, entendiéndolo éste como *marco que alberga los mecanismos de control destinados a impedir el desmembramiento social germinado en los conflictos de clase* (González - Plácido - Alvar, 1996: 139-140).

**EL ESPACIO IBÉRICO  
COMO SISTEMA DE COMUNICACIÓN**





## ESPACIO TERRITORIAL Y REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Cuando el hombre nace comienza su relación con el entorno. Entre ambos se establece una comunicación, mediante la cual el sujeto va aprehendiendo la realidad y aprendiendo la manera de desenvolverse en su ambiente. Si en un primer momento el espacio íntimo queda reducido a la casa familiar, su vida personal y su vida en comunidad van ampliando su escenario y, gracias a la movilidad que caracteriza el mundo animal, este último se va haciendo cada vez mayor.

Las relaciones interpersonales van creando una serie de espacios característicos a partir del espacio personal más reducido. A medida que dichas relaciones van adquiriendo cierta complejidad en su desarrollo, se van ampliando espacialmente. Si la vida familiar requiere un espacio que concrete su cohesión, la vida comunal necesita igualmente de un espacio grupal, que sea resultado de la unión e interacción de diversos ámbitos familiares. Y, de la misma manera, unas relaciones supracomunales más complejas actúan en un marco espacial aún mayor. Es precisamente este último, constituido por una serie de rasgos físicos naturales aprehendidos y utilizados adaptativamente por la totalidad de sus habitantes, lo que se ha dado en llamar territorio. La identidad, la relación establecida entre los unos y los otros parece hallarse en la base de todos estos dispositivos espaciales: la alteridad del otro distinto *versus* el yo idéntico, y de los otros étnicos o culturales, o ambas cosas a la vez, *versus* el nosotros idéntico.

Por otro lado, y puesto que la funcionalidad de determinados centros de la estructura del *oppidum* viene dada, prácticamente con toda seguridad, por la

posición de éstos en la aceptada y asumida jerarquización habitacional en las zonas consideradas tradicionalmente como ibéricas, una óptima comprensión de la organización espacial '*intra muros*' requiere necesariamente del conocimiento de lo que esta ocurriendo en un escenario más amplio.

Y aún más, una de las características definidoras de lo urbano es precisamente su oposición a lo rural, a todo aquello que no es 'ciudad', de la misma manera que es patente su dependencia física del medio, fuente de los recursos primarios necesarios para la supervivencia. Ambos principios justifican sobradamente la inclusión de lo rural en los estudios urbanos, tal como postulan las modernas Ciencias del territorio, para las que el Urbanismo no puede desgajarse de la Organización del territorio. Y si ésto es así para la realidad actual, con más motivo encontraría su justificación en unas comunidades protohistóricas, en las que la vinculación del individuo con el entorno natural, y no sólo construido, es mucho más estrecha e intensa.

Finalmente, debemos incorporar la variable temporal, e intentar que nuestro análisis no sea meramente cartográfico y estático, sino conductual y activo. Al mismo tiempo, que entendemos las diversas articulaciones como integrantes de un único proceso, que no es otro que la evolución histórica de las comunidades protohistóricas asentadas en el tramo medio y final del río Ebro.

Hasta el momento los estudios sobre el territorio protohistórico y la utilización que de él hacen sus habitantes se han caracterizado por un fuerte componente objetivo y empírico, matizado únicamente por las implicaciones ideológicas y científicas de la corriente en que se encontraba inmerso el propio investigador. Los elementos que hay que tener en cuenta han sido fácilmente cuantificables, pues procedían de un registro arqueológico ampliamente contrastado. Al mismo tiempo, los resultados finales se han encontrado impregnados de los presupuestos disciplinares desde los que partía el propio historiador y arqueólogo, hasta tal punto que no era difícil distinguir leyendo entre líneas, al formado en la tradición clásica, de aquél otro conocedor de las últimas tendencias (inter)disciplinares. Pero, en cualquier caso, la perspectiva desde la que se pensaba el territorio ha sido siempre la perteneciente al

investigador actual, mientras que la virtual percepción del verdadero actor protagonista ha sido desdeñado por la imposibilidad de su contrastación empírica.

Hemos visto ya cómo aproximaciones procesuales a la realidad ibérica han ido desarrollando una serie de teorías sobre el espacio -teorías de la frontera y del estado-, en las que se fijaban las variables encargadas de la delimitación del territorio perteneciente a una determinada agrupación étnica. Se define así un territorio de producción, mediante la cuantificación y cualificación de los recursos económicos disponibles a partir de las condiciones físicas y naturales del medio. Se complementa con un territorio político, definido relacionamente y materializado en un sistema de asentamientos y en la circulación del excedente -productos de lujo comercializados-. Y finalmente, un territorio político y económico al mismo tiempo, asimismo relacional, y en el que se incluyen matizaciones de tipo ideológico y político a la hora de explicar la estructura y la jerarquía de asentamientos.

Los caracteres de la articulación del territorio se fijan por un lado en el espacio construido de los hábitats, de los que interesa principalmente su ubicación -con respecto a los recursos y las vías de comunicación- y su tamaño -características demográficas-; y, por otro, en el espacio físico a partir del cual se definen los productos básicos y la localización de los focos de los recursos. Se concretan unos y otros, mediante el desarrollo de tipologías en el caso de los primeros, y gracias a análisis polínicos y zooarqueológicos los segundos. Todos ellos, recursos, asentamientos y estrategias defensivas entran en contradicción dialéctica con las fuerzas productivas, reflejo de las relaciones de producción.

Pero, cuando se trata de trazar las fronteras de un territorio perteneciente a un determinado grupo étnico o cultural, entran en juego dos variables ya expertas en estos menesteres: las manifestaciones de cultura material -su distribución espacial-, características de cada uno de los grupos, y las lenguas habladas por éstos. Ambas variables, sin embargo, no están exentas de cierta complejidad y problemática en su utilización como definidoras de fronteras étnicas.

En el ámbito del valle del Ebro, nos encontramos con la dificultad de trazar la frontera entre celtíberos e íberos, las dos grandes agrupaciones culturales

existentes en la zona<sup>1</sup>. De manera generalizada se acude a la cerámica como uno de los elementos más característicos y útiles en el establecimiento de la adscripción cultural de una determinada etnia, debido a su abundancia y a su decoración figurativa. Sin embargo, dicha utilidad queda mermada por la distribución comercial de la propia cerámica, más allá de las fronteras de su originario ámbito cultural. Así, en yacimientos como los localizados en Botorrita, Herrera de los Navarros y el Alto Chacón (Teruel)<sup>2</sup>, se han encontrado motivos decorativos de fácil relación con los celtibéricos del área arévaca, y claramente diferenciados de los ibéricos más próximos de la zona del Guadalope. Pero, por otro lado, las producciones cerámicas del ámbito de Alcorisa, no son ajenas en un núcleo tan evidentemente celtibérico como Belikio, como tampoco lo es un mortero con sello en lengua ibérica y latina del yacimiento celtibérico de La Caridad de Caminreal<sup>3</sup>, muy similar al aparecido en el hábitat sedetano de La Corona de Fuentes del Ebro<sup>4</sup> (Burillo *et alii*, 1995: 262).

Algo similar ocurre con la lengua, la cual, y debido a su especial asociación con la etnia, ha sido considerada tradicionalmente, como componente importante de la etnicidad, de la conciencia de grupo. Las fronteras territoriales de una sociedad concreta pueden mantener y determinar de forma deliberada las fronteras lingüísticas. La naturaleza de la organización social puede así jugar un papel fundamental en la determinación del comportamiento espacial de la lengua<sup>5</sup>.

Si nos fijamos en las manifestaciones lingüísticas de íberos y celtíberos, y asumiendo su aparente inoperatividad a la hora de identificar territorio lingüístico

---

<sup>1</sup> Esta dificultad a la hora de trazar la frontera entre los celtíberos y sus vecinos se extiende asimismo a sus límites meridionales, cf. A.J. Lorrio, 1999.- "Iberos y celtíberos en el noreste de la Meseta Sur: evolución y delimitación del territorio meridional de la Celtiberia", M.A. Valero Tévar (coord.), *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla - La Mancha* (Iniesta, 1999), Toledo, pp. 103-127.

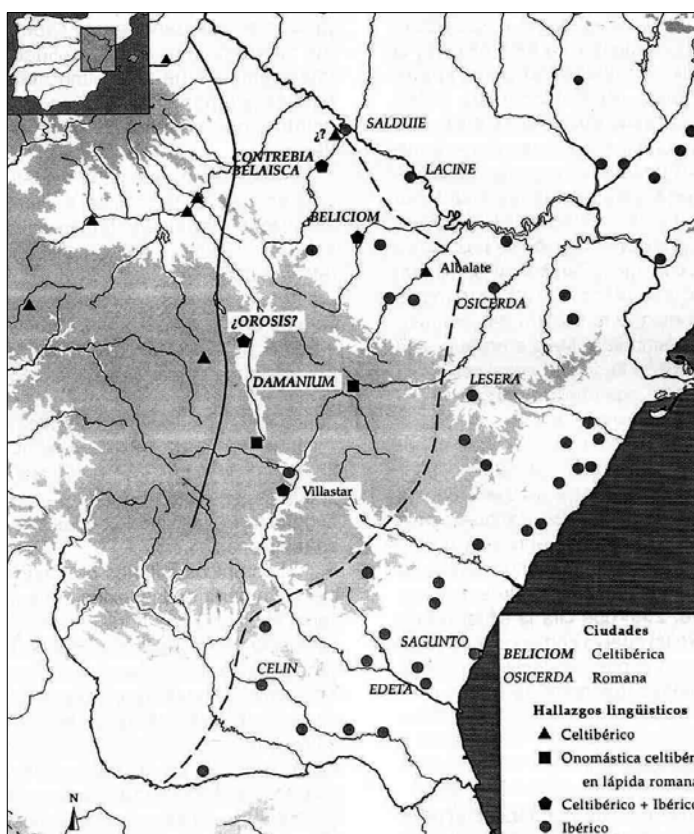
<sup>2</sup> Cf., entre otros, A. Beltrán, "Las excavaciones de Contrebia Belaisca: síntesis cronológico cultural", *Veleia*, 2-3, (1985-86), pp. 265-274; A. Beltrán - Ma. A. Díaz - M. Medrano, "Excavaciones arqueológicas en el hábitat republicano e imperial de Contrebia Belaisca", *Arqueología Aragonesa 1988-1989*, Zaragoza 1991, pp. 197-200; F. Burillo Mozota, *El poblado de época ibérica y yacimiento medieval: 'Los Castellares' (Herrera de los Navarros, Zaragoza)*, Zaragoza, 1983.

<sup>3</sup> Cf. J. Vicente *et alii*, *La ciudad celtibérica de 'La Caridad' (Caminreal, Teruel)*, Teruel, 1986.

<sup>4</sup> Cf. Beltrán Martínez (1953, 1955, 1957a, 1957b, 1958b), Ferreruela Gonzálvo (1994) y Ferreruela y García (1991).

con territorio étnico (Untermann, 1995), nos encontramos con que la hipotética línea limítrofe se convierte en una amplia franja de terreno, algo por lo demás, habitual en las zonas fronterizas. A lo largo de esta banda se combinan los restos epigráficos en escritura celtibérica y en escritura ibérica. Varios son los hallazgos de inscripciones sobre soportes destinados a ser comercializados, tanto en el territorio de lengua ibérica con textos en celtibérico -Albalate del Arzobispo<sup>6</sup>-, como al contrario -Botorrita y Azuara<sup>7</sup>-; algo similar ocurre con la inscripción ibérica sobre mosaico de La Caridad de Caminreal<sup>8</sup>, en ámbito claramente celtibérico (Burillo *et alii*, 1995: 264). La relación entre estas inscripciones y las actividades comerciales y artesanales parecen apuntar, como bien ha señalado Burillo (e.p.b), que son las relaciones económicas y socio-políticas entre comunidades limítrofes, las que diluyen más fácilmente las diferencias lingüísticas.

Igualmente difícil de precisar es la adscripción étnica de la ciudad de *Damania*, en Hinojosa de Jarque, a la que Ptolomeo



<sup>5</sup> Un completo planteamiento de la necesidad de considerar la lengua una más de las variables implicadas en la génesis de un grupo étnico dado, formando un todo homogéneo e identificativo con las diversas manifestaciones culturales y territoriales, y de identidad, lo encontramos en Renfrew (1990).

<sup>6</sup> Cf. J de Hoz, "Epigrafía y Lingüística Paleohispánicas", *Veinte años de Arqueología en España. Homenaje a Don Emeterio Cuadrado Díez*, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31 (1991), Madrid, pp. 181-193.

<sup>7</sup> Entre otros cf. A. Beltrán, - D. Fletcher, "Dos inscripciones ibéricas de Contrebia Belaisca (Cabezo de las Minas, Botorrita, Zaragoza)", *Festschrift für Wilhem Schüle zum 60. Geburtstag. Internationale Archèologie*, 1991, pp. 29-39; M. Medrano - Ma. A. Díaz Sanz, "Inscripción ibérica sobre vasija tipo 'Ilduradi' hallada en Contrebia Belaisca (Botorrita)", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, pp. 601-611; M. Martín Bueno - Ma.T. Andrés Ruperez, "Nuevos despoblados iberromanos en Azuara (Zaragoza)", *Caesaraugusta*, 35-36 (1971-1972), pp. 167-186..

<sup>8</sup> Cf. J. Untermann, "Comentario a la inscripción musiva de Andelos", *Arqueología Navarra*, 11 (1993-94), pp. 127-129.

considera edetana, pero que sin embargo presenta unas leyendas monetales celtibéricas (Burillo Mozota, e.p.b.). Algo similar ocurre en el Alto Chacón (Teruel), con manifestaciones escritas en ibérico, pero en territorio presumiblemente celtibérico. O en el conjunto rupestre de Peñalba de Villastar, donde el culto céltico al dios Lugus se mezcla con un comportamiento religioso - las cuevas santuario- característico del mundo ibérico levantino (*Idem*, 1997).

## 1.- Los territorios del valle del Ebro

En no pocos estudios históricos y arqueológicos tradicionales, es algo habitual encontrarse con un capítulo o introducción dedicada al 'marco geográfico'. Pero, éste se perfila simplemente como un conjunto de características geomorfológicas que constituyen una especie de escenario de cartón piedra, que



sólo en ocasiones ejerce cierta influencia sobre sus habitantes, casi siempre de manera determinista. Con el surgimiento de las 'nuevas aproximaciones arqueológicas' y su interés en las relaciones entre el hombre y el medio, éste parece haber recuperado su merecida importancia.

Asumimos pues, un enfoque ecológico en el que la *interacción* sea el concepto clave. Por supuesto, partimos de un claro rechazo de las posiciones deterministas y posibilistas que ven el ambiente como factor determinante de la cultura y limitador de su virtual desarrollo endógeno. Abogamos, en

cambio, por la sustitución de los roles estáticos y prefijados del hombre y el ambiente, por un proceso de influencias activas y mútuas entre éste y el universo humano. Si además asumimos la percepción cognitiva del entorno como punto de partida para llegar a conocer y explicar el comportamiento, no podemos rechazar los elementos geomorfológicos del paisaje, pues éstos se constituyen así en variables básicas a la hora de analizar el uso socio-cultural del espacio de las comunidades protohistóricas del valle del Ebro<sup>9</sup>.

### 1.1.- Los *Sedetani* y su territorio

El territorio del grupo étnico de los *Sedetani* se correspondería en principio, con la unidad geomorfológica formada por la artesa del Ebro, la Llana Alta, que se extiende desde la desembocadura del Jalón hasta el Cinca. Geográficamente, este tramo del Ebro se encuentra limitado al oeste por los Montes de Castejón y las muelas de la Plana Negra y Borja. A partir de éstos, y río arriba, se conforma el llamado sector occidental del valle, con un estrechamiento paulatino de la gran arteria fluvial. Tradicionalmente, este tramo se ha considerado ya perteneciente a arévacos y berones<sup>10</sup>. Al oeste, la frontera natural viene dada por el propio río Cinca, cuya conjunción con el Segre y el Alcanadre forma la Depresión Central Catalana, y en cuyas tierras se han localizado habitualmente los territorios ilergetes.

Pero parece necesario y coherente ampliar hacia el sur el área natural de la artesa con una serie de espacios, que se encuentran comprendidos entre dicha artesa y la primera línea de relieve que suele dividir en dos, zonas previamente diferenciadas: la alta terraza del Jalón en su desembocadura -Alaun-, que separa el campo de Borja del de Almunia - Cariñena; el escarpe norte de la Sierra de la

---

<sup>9</sup> En la mayoría de los estudios realizados en comunidades rurales actuales, campesinos y ganaderos parecen percibir una cierta determinación en los factores físicos del 'terreno', sentir y actuar con impotencia ante la imposibilidad de transformación de la interacción de una serie de condiciones ambientales (Ruiz - González - Ruiz, 1985: 19). Estos sentimientos fatalistas aparecen reflejados también en las investigaciones sobre los agricultores de las Grandes Llanuras de Norteamérica, quienes manifiestan una concepción de la naturaleza como agente dominador frente al 'victimismo' del hombre [cf. T.F. Saarinen, *Perception of the Drought Hazard on the Great Plains*, Chicago 1966].

<sup>10</sup> La actual localidad zaragozana de Mallén es aceptada como solar de la antigua Malia-Manlia de Apiano (*Iber.* 77), quien narra la entrega de Manlia, en el 141 a.C., por parte de sus propios habitantes a Q. Pompeyo. Este hecho

Muela, que se dibuja como línea divisoria entre el Campo de Cariñena -Botorrita- y las tierras de asociadas a la artesa del Ebro -Salduie-; y finalmente, las elevaciones jurásicas de Belchite y Fuendetodos, que separan la planicie de Azuara -Belikiom- de la de Codo -Azaila-. El yacimiento de Piquete de la Atalaya, que parece ser admitido como sede de la ceca celtibérica de Belikiom, se sitúa en el límite geográfico de las primeras estribaciones del Sistema Ibérico, en una zona que debió constituirse en frontera entre los grupos celtibéricos -belos seguramente<sup>11</sup>- y las comunidades sedetanas, en el curso bajo del Aguasvivas y Martín. Es más, estas tierras fronterizas, constituyen asimismo una vía de comunicación, paralela al Ebro, con el valle del Huerva, y más directamente con el territorio de Botorrita<sup>12</sup> (Asensio Esteban, 1995a: 272). De esta manera, ponemos en relación toda la vertiente norte, por así decirlo, de esa línea de alturas paralela al río, con la vía de comunicación articulada por el propio Ebro, mientras que su vertiente sur, se encontraría más estrechamente relacionada con las 'arterias informativas' del valle del Jalón y de la depresión de Daroca y Calatayud, ambas consideradas como pertenecientes a territorios celtibéricos<sup>13</sup>.

Quizá también habría que ampliar el área natural de la artesa hacia los valles del Martín y Guadalope, pues ambos ríos, aunque forman parte ya de la intrincada red de arterias fluviales que conforman los terrenos del Bajo Aragón, conservan aún una cierta amplitud, al menos en su tramo final. Por el contrario, los cauces del Matarraña y Algás, están ya determinados fuertemente por las estructuras oligomiocénicas, que atomizan el espacio de manera característica.

Si bien todas estas unidades geomorfológicas son más o menos estables a lo largo de los siglos que podríamos denominar ibéricos, la interacción entre las diversas comunidades, y entre éstas y el entorno, se encuentra reflejada en el

---

ocurre durante el viaje del militar romano hacia la Sedetania, por lo que puede concluirse que el enclave nombrado no puede ubicarse en territorio sedetano, pero sí próximo a éste.

<sup>11</sup> Cf. F. Burillo Mozota, "Sobre el territorio de los lusones, belos y titos en el siglo II a. de C.", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, pp. 529-549.

<sup>12</sup> Igualmente, mantiene comunicaciones con el Jiloca, a través de la cabecera del Cámaras, y del propio Huerva.

<sup>13</sup> Los Campos de Borja - Plasencia, Cariñena - Almunia y Belchite - Azuara, se corresponden tradicional y respectivamente con los territorios de lusones y belos. Hacia el norte del Ebro, sin embargo, surge un espacio amplio de cultivo que se corresponde con el piedemonte pirenaico de Alcubierre, que comprende el curso bajo del Gállego. En esta zona se ha ubicado tradicionalmente a los *Suessetani*, pero la escasez de datos arqueológicos impide por ahora lanzar ni siquiera una hipótesis al respecto.



registro arqueológico, mediante la articulación espacial de los hábitats y los elementos físicos de dichas unidades. Tales articulaciones -ya lo hemos apuntado alguna que otra vez- no presentan una cartografía inmutable, sino que, muy al contrario, ésta se encuentra en un continuo proceso de cambio, de acuerdo a la evolución histórica de las distintas sociedades.

En un primer momento este territorio de los *Sedetani* se ha considerado extensible a la totalidad de los valles del Martín y Guadalope, hasta la supuesta frontera ilerconvona existente en el valle del Matarraña y el Algás<sup>14</sup> (Vilaseca, 1953, Fatás, 1973); más recientemente se ha comenzado a pensar en la pertenencia de las tierras bajo aragonesas al grupo étnico de los *Ausetani* localizados por Livio al sur del Ebro (Jacob, 1987-88; Burillo Mozota, e.p.a). Por lo tanto podemos considerar, como punto de partida, un territorio sedetano ocupando las fértiles llanuras de la ribera del Ebro, al norte de los belos, hasta llegar a algún punto aún no identificado en las cuencas bajas de los ríos Martín y Guadalope. Ya hemos aludido a la mezcla lingüística y cultural existente en las áreas fronterizas con sus vecinos occidentales, los celtíberos, y meridionales, los *Edetani*, de los que en su momento, y a raíz de ciertas ambigüedades en los corónimos y etnónimos proporcionados por las fuentes clásicas, se les ha ubicado en una amplia extensión que iría desde la costa levantina hasta el valle del Ebro.

Esta dificultad en el reconocimiento de la frontera meridional se ve acrecentada por la escasez de estudios existente en los entornos del alto Mijares, la Sierra de Gúdar y la Sierra de Javalambre, zona de contacto entre celtíberos, *Sedetani* y *Edetani*. Únicamente el término de Mora de Rubielos, entorno al río Mora, afluente del Mijares, es conocido gracias a los estudios de poblamiento de época ibérica (Burillo Mozota, 1982c, Burillo *et alii*, 1984, perales García, 1989)<sup>15</sup>. La cultura material de los habitantes de estos poblados ha sido relacionada con el

---

<sup>14</sup> Desde los primeros planteamientos al respecto de Vilaseca (1953: 78-79), hasta los últimos de Sanmartí (1984: 40), varios han sido los investigadores que han seguido la idea del Matarraña-Algás como frontera occidental de los *Ilerconvones*: Almagro Basch en el prólogo de Pallarés, (1965: 4); Fatás en su tesis sobre la Sedetania (1973: 75-77); Gimeno, en su tesis sobre la Ilerconvonia (1976), o Beltrán en sus investigaciones en Azaila (1976: 394).

<sup>15</sup> Durante los siglos VI a.C. y V a.C., considerados dentro del Hierro I, la ocupación del territorio se realiza mediante pequeños poblados situados en lugares altos y dispersos. Entre los siglos III a.C. y I a.C., surgen nuevos asentamientos de mayores dimensiones, que controlan amplias tierras de uso agrícola y ganadero, en cuyas relaciones territoriales puede apreciarse cierta jerarquía con núcleos principales y centralizadores de otros secundarios.

círculo edetano, extremo éste que podía reforzarse con la existencia en esta misma zona de Rubielos, en Libros y Formiche Alto, de varias cuevas santuario. No obstante, habrá que esperar a un mayor desarrollo de la investigación arqueológica en estas áreas interiores para poder fijar con mayor precisión la adscripción a uno u otro grupo étnico de los asentamientos allí existentes.

*El territorio durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

El territorio del valle medio del Ebro y del Bajo Aragón, sufre una serie de transformaciones durante este período, que han sido explicadas de forma generalizada por la aparición en la zona, de reducidos grupos de gentes procedentes de la comarca del Bajo Cinca y Segre, y adscritos a la denominada cultura de Campos de Urnas<sup>16</sup>. Dejando atrás los Monegros, cruzarían el Ebro y se asentarían a lo largo de los cursos fluviales de la margen derecha del gran río - Aguas Vivas, Martín, Regallo, Guadalope, Matarraña y Algás-, que resultan actos para su economía agrícola y ganadera de subsistencia. Las concentraciones documentadas en los patrones de asentamiento de este momento, ponen de manifiesto la dirección -de norte a sur- en que se llevan a cabo las penetraciones, dentro de su avance exploratorio del territorio (Ruiz - Fernández, 1984: 45).

Estos virtuales desplazamientos, serían resultado a su vez de las migraciones procedentes de Centroeuropa, cuyo motor parece haber sido la desaparición de las condiciones climáticas óptimas en aquellos parajes. Sería necesario por tanto, conocer de que manera pudieron afectar esos cambios climáticos en los territorios de las actuales regiones de Zaragoza y Teruel, para explicar así el porqué de la elección de estos valles como lugares de asentamiento, es decir, cuál era el paisaje existente que proporcionaba mejores condiciones climáticas y de calidad de la tierra para el desarrollo de las actividades económicas de sus habitantes (Eiroa García, 1990: 201).

---

<sup>16</sup> A pesar de que nuestro trabajo se centra en los grupos étnicos de *Sedetani*, *Ausetani* del Ebro e *Ilercavones*, nuestro análisis espacial rebasa en ocasiones las fronteras de estas agrupaciones hacia las vecinas celtibéricas e ilergetes, en un intento de clarificar el proceso histórico de estas comunidades protohistóricas ubicadas en el valle del Ebro.

Hoy por hoy, la casi nula importancia dada durante décadas a los restos óseos y el desinterés por el paleoambiente, ha conducido a una ausencia prácticamente total de datos sobre la flora y la fauna que formarían parte del ecosistema natural en el que vivirían los habitantes de nuestros poblados. Contamos únicamente con los análisis polínicos y zooarqueológicos realizados durante las excavaciones de dos yacimientos emblemáticos del tradicional Hierro I del valle medio del Ebro: el Alto de la Cruz en el Huecha y La Loma de los Brunos en el Guadalope. Por ahora nos centraremos en el primero y dejaremos el segundo para el análisis del territorio ausetano.

En el Alto de la Cruz se han llevado a cabo estudios polínicos que indican la existencia de una vegetación de tipo mediterráneo durante toda la secuencia crono-ocupacional del asentamiento, que arranca del año 850 a.C. Dicha vegetación supondría por tanto, un clima similar al mediterráneo continental actual, con un déficit hídrico anual entre 200 y 400 mm/m<sup>2</sup>, es decir, una climatología extremadamente seca, con precipitaciones primaverales y otoñales, y veranos más lluviosos que los inviernos (Munilla - Gracia, 1995: 40).

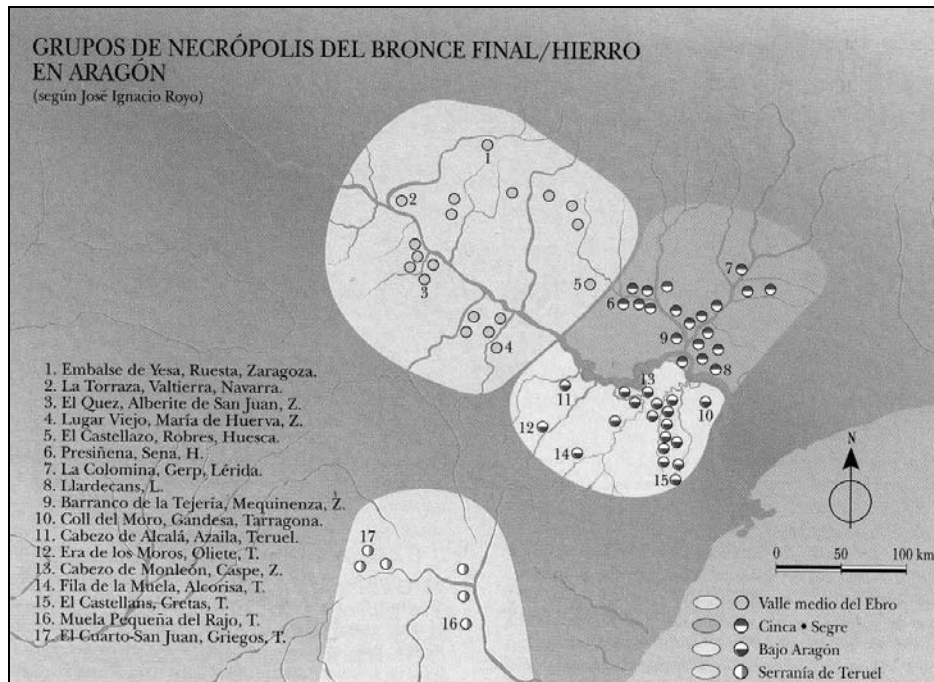
Surgen entonces, no pocos asentamientos de nueva planta como reflejo de un importante aumento demográfico. En el espacio de hábitat y en la cultura material parece existir una no despreciable homogeneidad para toda la zona. En el tramo central del valle, los poblados de Partelapeña<sup>17</sup> en el Cidacos, El Castillar de Mendavia<sup>18</sup> junto al Mayor, y el Alto de la Cruz<sup>19</sup> en el Huecha, se suman a los anteriores del Bronce Pleno sin suplantarlos (Ruiz Zapatero, 1995: 29).

---

<sup>17</sup> Cf. C.L. Pérez Arrondo, "Estratigrafía arqueológica en Partelapeña (El Redal, La Rioja)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1983, pp. 439-443; *Idem*, "Algunos datos para el estudio de la Edad de los Metales en el Valle Medio del Ebro", *Estudios en Homenaje a don Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza 1986, pp. 267-283; P. Alvarez Clavijo - C.L. Pérez Arrondo, *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Logroño 1987; *Idem*, "Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en La Rioja", *Cuadernos de Investigación Histórica, Brocar*, 14 (1988), pp. 103-118.

<sup>18</sup> Cf. A. Castiella, "El Castillar, Mendavia, poblado protohistórico", *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 4 (1985), pp. 65-139; *Idem*, "Aspectos generales del poblado protohistórico de El Castillar, Mendavia, Navarra", *Zephyrus*, XXXIX-XL (1986-87), pp. 239-249.

<sup>19</sup> Cf. por ejemplo, J. Maluquer - F. Gracia - G. Munilla, "Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-87", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7 (1988), pp. 326-330; *Idem*, "Alto de la Cruz, Cortes de Navarra, Campañas 4/1988, 5/1989", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 10 (1991), pp. 415-420.



Las estructuras de las necrópolis, por su parte, parecen marcar tres áreas diferenciadas bastante significativas. Una primera se encuentra constituida por el núcleo oscense del Alcanadre-Segre, cuyas necrópolis tumulares parecen extender su influencia hasta la comarca de las Cinco Villas. La segunda comprende el Huecha, el bajo Jalón y la ribera fronteriza entre La Rioja y Navarra, y se caracteriza por la implantación de la incineración durante este período mediante la construcción de pequeños túmulos de adobe. En ésta quedarían englobadas las tierras sedetanas de Alagón, Zaragoza y Fuentes de Ebro. Y finalmente, la tercera se centra en el Bajo Aragón, donde la incineración se lleva a cabo en grandes enterramientos tumulares en cista (Burillo Mozota, 1992a: 210)<sup>20</sup>. En la parte noroccidental de esta última, quedarían englobadas el territorio sedetano de Azaila, Vinaceite y Escatrón.

<sup>20</sup> Cf. J. L. Royo Guillén, "Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico", en F. Burillo Mozota (coord.), *Necrópolis celtibéricas, II Simposio sobre los celtiberos*, Zaragoza 1990, pp. 123-136 :124

*El territorio durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

Esta nueva etapa supone, por un lado, una continuidad de poblamiento, sólo diferenciada del período anterior en una nueva articulación del espacio interior de las casas, y por otra, una multiplicación de hábitats (Ruiz Zapatero, 1995: 36). Paisajísticamente, los registros del vecino Alto de la Cruz (Munilla - Gracia, 1995: 40) nos hablan de una muy probable aridez, similar quizá a la existente en la actualidad.

En los afluentes de la orilla derecha del Ebro, y si dejamos a un lado los grupos más numerosos del Huecha<sup>21</sup>, únicamente localizamos un escaso número de asentamientos correspondientes a este Hierro I tradicional<sup>22</sup> (Tramullas - Alfranca, 1995: 276). En territorio propiamente sedetano, tenemos una escasez de poblamiento, quizá sólo debida a la falta de prospecciones sistemáticas en la zona; presentan esta cronología Salduie -en la confluencia del Huerva con el Ebro-, Los Castellazos de Mediana de Aragón -junto al Ginel-, las Dehesas -próximo al Arroyo Valdecara-, el Cabezo de Alcalá de Azaila -en el Aguas Vivas- y Cabezo Redondo -en el Martín.

Los cursos bajos y medios de estos ríos, y más en concreto las alturas de fácil defensa y cercanas a los recursos hídricos -fluviales y/o endorreicos-, parecen ser los paisajes preferidos por las comunidades de esta etapa protohistórica, aunque no están ausentes los hábitats en llano. En cualquier caso, los trabajos de análisis de distribución de asentamientos muestran de forma clara un interés dominante en controlar las tierras aluviales de mayor rendimiento agrícola, situadas en la

---

<sup>21</sup> Entre poblados y necrópolis se han documentado hasta un total de 28 yacimientos pertenecientes a este período (Aguilera Aragón, 1995: 126).

<sup>22</sup> Todos estos asentamientos presentan una significativa homogeneidad en su cultura material, identificada por una convivencia de las cerámicas típicas de los denominados Campos de Urnas del Hierro y de los Campos de Urnas Recientes, en niveles arqueológicos caracterizados por una destrucción generalizada. Tal homogeneidad se extiende a prácticamente la totalidad de los yacimientos protohistóricos del valle del Ebro, desde el Bajo Aragón al curso alto, entre los que Cortes de Navarra, y concretamente para esta etapa su nivel PIIb, se convierte en fósil guía. Constituye el período que recientemente ha sido calificado de Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas, al que se le ha adjudicado una cronología que va del 650 a.C. al 550 a.C., y cuyo final coincide con la llamada crisis del Ibérico Antiguo (Tramullas - Alfranca, 1995: 277).

confluencia de los afluentes con el gran río, en detrimento de las zonas más altas<sup>23</sup>. Si bien no parece probable una jerarquización entre los núcleos agrupados en un determinado curso fluvial, sí existe una estrecha relación espacial, y una cierta distribución funcional entre ellos -estratégica o económica-, reflejada en su ubicación y en sus materiales arqueológicos. Aunque las investigaciones al respecto únicamente se han llevado a cabo en el valle del Huecha (Aguilera - Royo, 1978; Royo Guillén, 1984, 1985), creemos que éstos son susceptibles de aplicación al resto de los cursos fluviales medios y bajos, existentes entre el Huecha y el Aguas Vivas, es decir, los valles del Jalón y el Huerva.

De acuerdo con las investigaciones realizadas, la economía de estas primeras comunidades protohistóricas es básicamente cerealística, complementada con una ganadería subsidiaria, que permite la obtención de subproductos lácteos, estiércol y lana, y una caza como actividad secundaria (Eiroa García, 1986). Este tipo de actividades requiere territorialmente unos asentamientos rurales con zonas de cultivo próximas, dedicadas a cereales y forrajes, junto con 'praderas' naturales para la alimentación del ganado, en las que se realizan ciertas labores de mantenimiento (Alonso *et alii*, 1993: 23).

En cada uno de estos territorios fluviales puede existir además una área detentadora de cierto carácter sagrado o ritual, incluso de reunión, que facilita de manera efectiva la cohesión de las distintas comunidades nucleares. Este extremo, aunque hipotético para la mayoría de los territorios, se encuentra documentado en el valle del Huerva, más concretamente en el Monte del Putallao, en cuya cima se han encontrado restos de lo que parece ser un lugar de ritual o de ofrendas (Tramullas - Alfranza, 1995: 278).

Una similar individualización local parece proponer la coexistencia en el valle medio del Ebro de diversos rituales -tumbas de incineración en hoyo, enterramientos en urnas, y túmulos redondos y cuadrados, de piedra o adobe-. Las diversidades documentadas podrían individualizar ciertas agrupaciones

---

<sup>23</sup> Este panorama parece cambiar durante las épocas siguientes, plenamente celtibéricas e ibéricas, tal como ha apuntado acertadamente Aguilera Aragón (1995: 219) para el proceso histórico de formación de la cultura celtibérica en la comarca del Moncayo.

socio-culturales<sup>24</sup>. Pero, las limitaciones de los estudios realizados hasta ahora, impiden llegar a conclusiones más sólidas sobre si las diversidades entre unas y otras responden a distintas cronologías o a las realidades socio-culturales de cada comunidad, sobre cuál es la relación entre necrópolis y poblado, y cuál la categoría o funcionalidad de éste<sup>25</sup>. En cualquier caso, las necrópolis tumulares muestran una constante en su ubicación cercana al poblado, al pie del cerro donde se sitúa éste, o en algún cerro contiguo al del hábitat.

*El territorio durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

Hacia finales del siglo VI a.C. o comienzos del siglo V a.C., se produce una importante transformación y diversificación del patrón de poblamiento en el valle del Ebro. Es en este momento histórico, a causa de la denominada crisis del Ibérico Antiguo, cuando se produce la destrucción generalizada de la mayoría de los asentamientos del valle, que sólo volverán a ser reocupados en un escaso número. Algunos lo serán inmediatamente después, consiguiendo así una evolución continuada, mientras que otros no volverán a ser habitados hasta un período posterior, estando ya plenamente formadas y diferenciadas las culturas celtibéricas e ibéricas (Tramullas - Alfranca, 1995: 279).

Se produce así una importante división territorial en este valle central del Ebro. Río arriba, a partir de la desembocadura del Huerva, se habla de un período temporal caracterizado por la pervivencia de los rasgos culturales y la situación económica anterior. Parece existir una continuidad en el patrón de asentamiento, pero acompañada por una sustitución en las necrópolis, de los túmulos circulares por los cuadrangulares. Estos territorios no recibirán los influjos meseteños hasta

---

<sup>24</sup> Cf. J. L. Royo Guillén, "Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico", en F. Burillo Mozota (coord.), *Necrópolis celtibéricas, II Simposio sobre los celtiberos*, Zaragoza 1990, pp. 123-136 :124

<sup>25</sup> En el valle de la Huecha, la necrópolis más conocida es la de La Atalaya [cf. J. Maluquer - L. Vázquez, "Avance al estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra", *Príncipe de Viana*, LXV (1956), pp. 389-405], que tradicionalmente se ha relacionado con el asentamientos del Alto de la Cruz, pero que, sin embargo, podrían igualmente pertenecer a El Convento, puesto que su localización es equidistante de ambos yacimientos. Esta necrópolis presenta una tipología diferente a la del resto de las áreas de enterramiento del valle. Mientras que en la primera no existen túmulos, y los restos incinerados se depositan directamente en hoyos excavados en el suelo, o en urnas posteriormente enterradas, en las restantes, se documentan túmulos formados por un círculo exterior de piedras, relleno de tierra y cascajo, y en cuyo centro se deposita la urna principal junto con las ofrendas (Aguilera Aragón, 1995: 220).

mediados del siglo IV a.C., y será a partir de ese momento cuando las comunidades de estos Campos de Urnas Tardíos adopten definitivamente lo que ha venido definiéndose como cultura celtibérica<sup>26</sup> (Ruiz Zapatero, 1995: 36).

Entre el Aguasvivas y el Martín -territorio sedetano- se abandona totalmente el poblado de Cabezo Redondo, y se produce un hiato hasta el Ibérico Pleno (?) en los asentamientos de Los Castellazos de mediana de Aragón, el Cabezo de Alcalá de Azaila y El Castelillo de Alloza.

*El territorio durante el Ibérico pleno (ca. 350 a.C. - ca.218 a.C.)*

El siglo IV a.C., es considerado como el momento de eclosión de la cultura ibérica en este tramo oriental del valle medio del Ebro. Esta evolución en el proceso histórico de estas comunidades se traduce en un aumento demográfico, reflejado en un mayor número de asentamientos en la zona, y en una diversificación en su funcionalidad (Burillo, 1979: 40). El nuevo patrón de asentamiento, caracterizado por el surgimiento de nuevos poblados, la reocupación de otros ya existentes mediante remodelación de la antigua estructura, y nuevas maneras de defensa del territorio, no supondría un cambio en la vinculación con los terrenos productivos (*Idem*, 1989-90: 104)<sup>27</sup>.

A nuestro modo de ver, parece existir cierta contradicción entre estas afirmaciones y lo que refleja el registro arqueológico de las comunidades del valle medio del Ebro. Si hasta la admitida crisis del Ibérico antiguo, su proceso histórico

<sup>26</sup> Cf. F. Burillo Mozota, "Sobre el origen de los celtíberos", *I Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza 1987, pp. 75-93; *Idem*, *Celtíberos: Concepto e identidad étnica*, Teruel 1995; R. Martín - A. Esparza, "Génesis y evolución de la cultura celtibérica", M. Almagro Gorbea- G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnogénesis de la Península Ibérica, Complutum*, 2-3, Madrid 1992, pp. 259-279.

<sup>27</sup> Nos interesa destacar aquí, una serie de poblados con una clara funcionalidad minera, ubicados en la zona del Moncayo, cuyo potencial es conocido desde antiguo. Es ya algo habitual encontrar las comarcas de Borja y Tarazona como el territorio minero -férico, principalmente- por excelencia de la Celtiberia Citerior, aunque haciendo alusión siempre a la relación entre producción de hierro y manufactura de armamento, y entre estos hechos y la belicosidad antirromana. Preferimos, sin embargo, hacer hincapié en la explotación de las minas durante época celtibérica, reflejada en la vida de los poblados de La Oruña [cf. J. Bona *et alii*, "Catálogo de la colección arqueológica del Monasterio de Veruela", *Turiaso*, IV (1983), pp. 9-92; M. Batllori, *Monasterio de Veruela. Antigüedades Griegas y Romanas del Museo*, ca. 1930, Inédito], Perocaró Bajo y El Calvario, ninguno de los cuales parece perdurar más allá del 181 a.C./79 a.C. [I. Aguilera Aragón, "El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991)*, Zaragoza, 1995, pp. 245-264: 226-228]. Quizás habría que buscar en estas explotaciones mineras, la principal variable adaptativa de las comunidades de estas comarcas, responsable asimismo y en parte, de la identidad étnica local de sus habitantes -lusones-, incluso frente a sus vecinos los *Sedetani*, belos y titos. Pero, deberemos esperar a la realización de futuras excavaciones, para tener un mejor conocimiento del funcionamiento de los asentamientos de la zona durante estos siglos IV a.C. y III a.C.



se encuentra más o menos apoyado en los restos arqueológicos, para los siglos comprendidos entre ésta y la documentada presencia romana en la zona, se carece de unos trabajos de síntesis que ayuden a definir realmente las variables implicadas en el proceso de formación de la cultura ibérica de estas tierras. Los investigadores que trabajan mayoritariamente en este tramo medio del valle del Ebro, suelen dar un salto en el desarrollo del proceso histórico, y el período que asépticamente responde a la calificación de Hierro II, es tratado la mayoría de las ocasiones a partir de las noticias transmitidas por las fuentes antiguas, cuya cronología interna se desarrolla sucintamente a partir del 218 a.C. Si bien se admite la denominada crisis del Ibérico antiguo como el punto de partida para la bifurcación entre lo celtibérico y lo ibérico, la segunda mitad del siglo V a.C., el siglo IV a.C. y los comienzos del siglo III a.C., sufren un vacío de análisis que impide la definición real de cada una de estas dos categorías culturales, y por tanto, de su verdadero proceso histórico. Los fenómenos territoriales y urbanísticos ocurridos a partir de finales del siglo III a.C. -o al menos datados en ese período- son retrotraídos, aparentemente sin ninguna base arqueológica, hasta el siglo IV a.C.

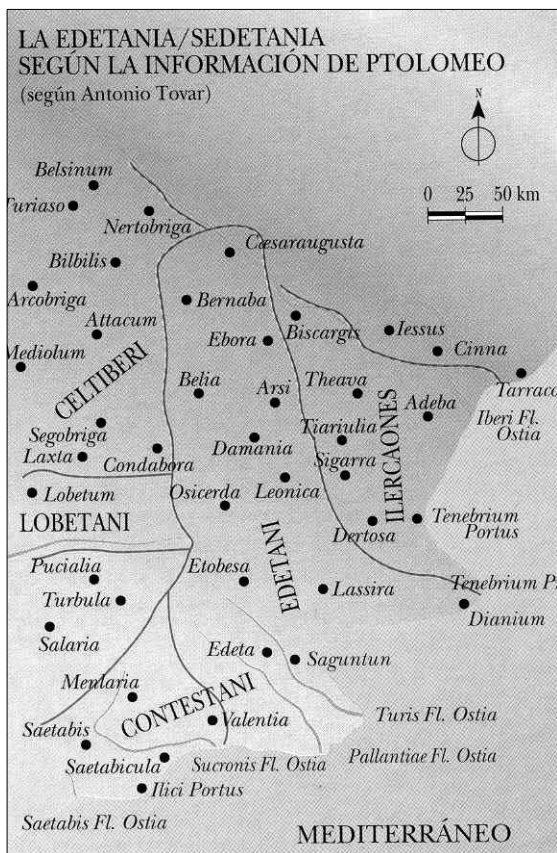
Así, únicamente contamos para este período del Ibérico Pleno con el asentamiento ubicado en el Cerro de San Jorge, cuyos restos han sido documentados mediante prospección. Ubicado en la cabecera del Aguas Vivas, es un núcleo amurallado, fechado en el siglo IV a.C. gracias a los restos cerámicos, pero con una perduración hasta la primera centuria de nuestra era. Por su ubicación se encuentra muy próximo a las tierras fronterizas entre celtíberos y *Sedetani*, que, como dijimos, parece conformada físicamente por el anticlinal jurásico de Belchite - Fuendetodos, en cuyo flanco meridional está situado este asentamiento, por otro lado no muy lejano del Piquete de la Atalaya, identificado con la ceca celtibérica de *Belikiom* -siglo II a.C/I a.C.-. La parquedad de los datos arqueológicos de que disponemos, hace imposible la comprobación de su pertenencia a una u otra agrupación cultural, aunque su ubicación -en un escarpe ligeramente adelantado pero formando parte de la misma planicie de Azuara,

donde se encuentra *Belikiom-* nos hace pensar en una más probable adscripción celtibérica.

*El territorio 'romanizado' (ca. 218 a.C.- siglo I a.C.)*

Para nuestra aproximación al proceso histórico de las comunidades sedetanas a partir de finales del siglo II a.C., contamos con textos escritos clásicos que nos transmiten ciertas noticias sobre su participación en los acontecimientos acaecidos durante aquellos años en relación con la presencia cartaginesa y romana en el valle del Ebro.

Si analizamos los grupos étnicos que podemos encontrar en las actuales costas levantina y catalana, nos damos cuenta de que existen ciertas diferencias con respecto a los textos anteriores de finales del siglo VI a.C. y comienzos del siglo V a.C. Desaparecen ciertos etnónimos, generalmente aquellos que no tienen un claro origen ibérico, y surgen otros muchos, la mayoría de los cuales responden



a colectividades asentadas en el interior peninsular y que conocemos por su participación en el desarrollo de la segunda guerra púnica o en las campañas catonianas a través de los textos de Livio<sup>28</sup>. Sin embargo, la mayoría de ellos no parecen existir para Estrabón.

Únicamente un pasaje del geógrafo griego hace alusión a unos *Sedetanoi* (Str. 3.4.14), estableciendo en apariencia una falsa ecuación entre éstos y los *Edetanoi*. Este simple error de grafía, junto a la adscripción de determinadas ciudades interiores a estos últimos por parte de

<sup>28</sup> Cf. L. Martínez Gázquez, *La campaña de catón en Hispania*, Barcelona 1974.

Ptolomeo, han tenido como consecuencia una equivocada interpretación histórica que ha pervivido durante años en la bibliografía al uso, hasta que quedó aclarada por Fatás (1971, 1973). Quizás esa similitud entre ambos etnónimos ha llevado a Beltrán Lloris (1976) a pensar en ambos grupos como el resultado de un desdoblamiento sufrido por los *Esdetes* de Hecateo, cuya rama escindida y convertida en *Sedetanoi* se desplazaría hacia el interior peninsular, tras la crisis del Ibérico Antiguo. Sin embargo, las últimas investigaciones tienden a rechazar cualquier movimiento de población desde la costa mediterránea al interior peninsular como explicación del surgimiento de la cultura ibérica del valle del Ebro.

Plinio (*N.H.* III.24), ya en época imperial, nos habla correctamente de la *regio Sedetania*, pero fue corregido por las ediciones del pasado siglo, en las que los filólogos probablemente prefirieron seguir a Estrabón, y así la Sedetania se volvió a convertir en la Edetania (Fatás, 1971, 1973). A ella pertenecería Caesaraugusta, cabeza conventual a la que estarían adscritos numerosos *populi*, que en su mayoría serían de origen celtibérico.

A partir de las adscripciones de algunos de estos *populi* a diversos conventos jurídicos, se ha intentado una recreación de las líneas fronterizas indígenas entre *Edetani*, *Ilercavones* y *Sedetani*, puesto que estas coincidirían plenamente con las divisiones conventuales. Así, en el texto de Plinio (*N.H.* III.23), municipios como Leonica, Daminia y Osicerda pertenecen al *Conventus Caesar-Augustanus*, formando el límite de los *Sedetani*. Mientras Dertosa, Lessera y Etobesa -las dos primeras ilercavonas y la tercera edetana- concurrirían al *Conventus Tarraconensis* (*N.H.* III.23) y se ubicarían en torno a la frontera entre *Edetani* e *Ilercavones*. Según Arasa i Gil (1987a: 129), si esto fuese así, que las líneas limítrofes entre los antiguos grupos étnicos coincidiese con las conventuales, las fronteras geográficas quedarían establecidas en la actual zona de los ríos Matarraña y Guadalope, hasta el Mijares, para *Sedetani* e *Ilercavones*, y en el área de Gúdar, Javalambre y río Cabriel, para celtíberos y *Edetanoi*.

Fijemos ahora nuestra atención en las emisiones monetales y considerémoslas un probable indicador étnico. A pesar de que todo el proceso de

acuñación está relacionado de manera muy estrecha con la ciudad, en un momento durante la segunda mitad del siglo II a.C. y la primera del siglo I a.C., determinadas cecas parecen unificar sus tipo monetales, cuyo análisis pone en evidencia ciertas relaciones entre las ciudades con una misma filiación étnica. Este reflejo étnico se manifiesta no sólo en la iconografía monetar, sino, lo que es más importante, en su circulación monetar (Burillo Mozota, e.p.b). Villaronga (1997) ha propuesto una iconografía común para el territorio sedetano caracterizada por un anverso de cabeza imberbe rodeada de tres delfines y un reverso de jinete con palma, y fechada a finales del siglo II a.C. Alaun, Salduie, Lacine y Celze, las cecas que acuñan estas monedas, se encuentran todas ellas en la ribera del Ebro medio. Pero además, la circulación deducida de sus estudios de los tesorillos monetarios de Azaila a través del establecimiento de las cecas más representadas, dibuja un área reducida al ámbito sedetano e ilergeta, un territorio geográfico dedicado a la explotación agrícola intensiva y apto para zona de pasto en verano. Se manifiesta así, una preeminencia de las relaciones comerciales a pequeña escala dentro del mismo grupo étnico, al mismo tiempo que nos ayuda a delimitar parte de su extensión territorial (Burillo Mozota, e.p.b.)

Finalmente, desde el registro arqueológico, a lo largo de estos tres últimos siglos antes del cambio de era, se pone de manifiesto la capacidad de variabilidad de los patrones de asentamiento en aquellos momentos caracterizados por un continuo cambio histórico. Se han establecido tres etapas, que se corresponden con las tres centurias, y que se encuentran profundamente relacionadas con los intereses romanos en la totalidad del valle del Ebro, y en sus potenciales como vía de comunicación hacia la meseta (Asensio Esteban, 1995a: 402-404). Aunque no debemos desdeñar al riqueza de sus fértiles tierras.

La primera etapa es la más amplia cronológicamente hablando, y comienza ya en el siglo III a.C., con el inicio de la confrontación entre cartagineses y romanos, cuando empiezan a crearse núcleos urbanos de cierta entidad, como unidades con un territorio independiente y una organización política indígena autónoma. Así, El Castillo de Miranda se sitúa excepcionalmente en la orilla izquierda del Ebro, con una perduración hasta el siglo I a.C.; frente a él, en la otra

orilla, y en la confluencia con el Huerva, se encuentra Salduie; El Cabezo de Alcalá y El Castillejo de la Romana, dominan el curso medio y bajo del Aguasvivas, con una cronología muy similar, por lo que se ha pensado en una categoría de segundo orden para el último, que se convierte así en hábitat dependiente del primero (*Ibidem*: 227; Beltrán Lloris, 1979: 11); Cabezo Muel, controla estratégicamente la desembocadura del Martín; Kelse, se encuentra situada en un importante nudo de comunicaciones<sup>29</sup>. Es interesante destacar la reocupación del solar de la antigua Zaragoza, y de los cerros alargados de Los Castellazos y El cabezo de Alcalá. Todos ellos fueron habitados durante la época que hemos denominado Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas y situados en terrenos estratégicos para el control de las comunicaciones.

Si observamos el mapa de distribución de éstos asentamientos, podemos darnos cuenta de su ubicación a lo largo de una vía de comunicación principal, y más concretamente en aquellos puntos en los que se produce la intersección de ésta con las vías secundarias que constituyen los afluentes del Ebro. Hemos seguido premeditadamente su orden de situación río abajo hasta Kelse, donde se produce una bifurcación en la vía principal<sup>30</sup>. Aún hoy quedan restos arqueológicos del camino romano que unía este enclave con Iltirta. Se encontraba en funcionamiento en fechas tan tempranas como es finales del siglo II a.C.<sup>31</sup>, y muy probablemente no hizo otra cosa que materializar mediante la construcción de una calzada, el camino utilizado durante siglos por los indígenas. Esta vía se uniría con la existente en la orilla derecha del Ebro mediante un puente, seguramente el puente de piedra del que nos habla Estrabón (3.4.10), que se sitúa

---

<sup>29</sup> Esta situación estratégica se ha interpretado como explicación de la importancia económica reflejada en la abundante amonedación de la ceca de Kelse, desde momentos muy tempranos -primera mitad del siglo II a.C.- (Asensio Esteban, 1995: 253).

<sup>30</sup> En nuestro discurso sobre esta vía de comunicación, hemos seguido un sentido descendente, desde el curso medio hacia la desembocadura, y por ello hablamos de una bifurcación en el área de Kelse. Sin embargo, la penetración romana se produjo claramente desde la costa hacia el interior, por lo que al hablar de las vías romanas, deberíamos haber tomado el sentido inverso, y hablar entonces de una confluencia de caminos en este punto.

<sup>31</sup> Esta cronología se basa en los miliarios encontrados a lo largo de la vía, en uno de los cuales se cita a los proconsules Manio Sergio y Quinto Fabio Labeo, situado mayoritariamente a finales del siglo II a.C. [cf. R. Pita Mercé, "La vía romana desde Lérida a Bujaraloz", *Ilerda*, 27-28 (1965), pp. 51-77; M. Mayer - I. Rodá, "La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria", *Reunión de Epigrafía Hispánica de Época Romano Republicana*, Zaragoza 1986, pp. 157-169; M.A. Magallón Botaya, "Organización de la red viaria romana en el valle medio del Ebro", *Simpósio La Red Viaria en la Hispania Romana (Tarazona 1987)*, Zaragoza 1990, pp. 301-315].

junto a Kelse y del que parece que existían aún restos durante el siglo XVII<sup>32</sup>. Precisamente es en esta parte del valle del Ebro, donde éste comienza a estrecharse y a ser menos transitable, por lo que parece lógica una desviación de la vía que transcurre paralela al eje del gran río.

Es más, la importancia de estas tierras como nudo de comunicaciones, viene avalada por una concentración de núcleos, próximos entre sí y contemporáneos al menos durante los momentos finales del siglo II a.C. y los comienzos de la centuria siguiente. Además de Kelse, en la otra orilla del Ebro nos encontramos El Cabezo de Alcalá, El Castillejo de La Romana, y Cabezo Muel. A partir de este último y entrando en territorio ausetano, la vía parece alejarse aún más del Ebro, cruzando el Regallo por La Caraza de Valdevallerías, para luego dirigirse hacia el Guadalupe y llegar a él a la altura de El Palao.

Todas estas núcleos urbanos parecen detentar la misma categoría en la articulación del territorio en este tramo oriental del valle medio del Ebro, si exceptuamos la subordinación ya apuntada de El Castillejo de la Romana. Pero, determinados asentamientos que, presentando una cronología similar *a priori*, podrían detentar una categoría de segundo orden. En el curso bajo del Aguasvivas, a escasos kilómetros aguas arriba del Cabezo de Alcalá, nos encontramos con el asentamiento del Cabezo de la Bovina, para el que se ha aceptado un cronología 'iberorromana' sin mayor precisión. La práctica total ausencia de otros datos arqueológicos hace imposible el conocimiento de su evolución histórica y su funcionamiento dentro del la organización de la globalidad del territorio, aunque de confirmarse un rango secundario, su relación podría establecerse con el Cabezo de Alcalá, como núcleo central, y El Castillejo de la Romana, en un mismo nivel jerárquico.

Un patrón similar, con núcleos privilegiados y otros subordinados a éstos, parece existir asimismo con las fundaciones denominadas de época republicana. Durante el siglo II a.C., especialmente en sus años finales, comienza a realizarse una serie de fundaciones de núcleos urbanos *ex novo*, instigada por Roma en pro

---

<sup>32</sup> Cf. J.B. Labaña, "Itinerario del Reino de Aragón (1610-1611)", *Viajes de extranjeros por España y Portugal* II, Madrid 1959, pp. 157-321 :318.

de sus propios fines. En tierras sedetanas, se crean los asentamientos de La Cabañeta, La Corona de las Fuentes de Ebro y Los Castellazos. Mientras esta última presenta una articulación del espacio indígena, las dos primeras presentan una planta de clara inspiración romana republicana, junto con las celtibéricas de La Caridad y el Durón, por lo que se las ha relacionado con una probable colonización agrícola de población mixta -indígena e itálicas- (Asensio Esteban, 1994).

A través de la epigrafía, más concretamente de la *Tabula Contrebiensis* (líneas 2, 4, 6 y 8), conocemos otro núcleo, la *civitas sosinestana*, aparentemente dependiente, a pesar de su calificación de *civitas*. El bronce de Contrebia nos habla de un conflicto de intereses entre dos *civitates*, Alaun y Salduie, con total seguridad detentadoras de una misma categoría -ambas acuñan monedas de bronce de similar tipología-, y en el que se encuentra implicada nuestra *civitas sosinestana*. La protesta de los habitantes de los *allavonenses*, ante la construcción de una canalización de agua por parte de los *salluienses*, en el territorio de los *sosinenses*, es lo que ha llevado a considerar la dependencia de éstos últimos del núcleo urbano de Alaun<sup>33</sup>. Éste y Salduie acuden a Contrebia Belaisca, centro detentador de su mismo rango, para que su senado ejerza de tribunal independiente y emita un veredicto en el conflicto, posteriormente ratificado por C. Valerio Flaco (*Idem*, 1995: 407). Suponemos que estos dos casos no deben ser únicos, y que a medida que el conocimiento arqueológico de la zona y de la articulación del territorio de las comunidades sedetanas vaya avanzando, se irán identificando un mayor número de hábitats dependientes de una u otra manera.

A través de la emisión de moneda, conocemos el nombre de algunos de estos núcleos urbanos, que se ubican en la artesa del valle del Ebro, y más concretamente en las zonas de confluencia del gran río con alguno de sus afluentes. Alaun parece ser la ceca más occidental -en la actual Alagón, junto a la desembocadura del Jalón en el Ebro-, con leyenda en alfabeto ibérico, y que comienza a emitir moneda hacia el siglo II a.C. (Burillo *et alii*, 1995: 253; Asensio Esteban, 1995a: 53-56). Otra de las cecas con alfabeto ibérico es Salduie, ubicada

---

<sup>33</sup> Cf. G. Fatás Cabeza, *Contrebia Belaisca II, Tabula Contrebiensis*, Zaragoza 1980 :65.

aparentemente en la actual Zaragoza, en la confluencia del Huerva con el Ebro, y cuya aparición en el bronce de Ascoli -89 a.C.- como '*turma sallutiana*', le da una cronología del siglo I a.C. (Burillo *et alii*, 1995; 253-254; Asensio Esteban, 1995a: 95-99). Ebro abajo, nos acabamos encontrando con Kelse, admitida su localización en la actual Las Eras de Velilla, bajo las ruinas de la colonia romana probablemente, y con una potente emisión de monedas de bronce (Asensio Esteban, 1995a: 84-87)<sup>34</sup>. Entre estas dos últimas, debería situarse la ceca de Sedeis con tempranas emisiones en bronce, que comienzan ya en la primera mitad del siglo II a.C. Su genitivo plural *Sedeisken* en la leyenda, ha llevado a considerarla núcleo central de la colectividad de los *Sedetanoi*, sin embargo no se ha llegado a un consenso en cuanto a su verdadera ubicación<sup>35</sup> (*Ibidem*: 99-101). La última de las cecas que presenta una tipología clasificada tradicionalmente como perteneciente a la Sedetania de las fuentes, es la de Ildukoite. Se ha identificado su topónimo resultante Ilugo con la Iulugum -o Iologum- del Anónimo Ravenate (310. 3), que la sitúa en la vía que desde Caesaraugusta se dirige hacia el Mediterráneo a través de la comarca del Bajo Aragón<sup>36</sup> (*Ibidem*: 82-83).

En un capítulo anterior, vimos como la aplicación de las técnicas de la Arqueología espacial a los núcleos urbanos situados en el valle del Ebro, parten del establecimiento de una jerarquía entre éstos, que se articula entorno a tres categorías: una primera, correspondiente a las cecas emisoras en oro y plata; la segunda, detentada por aquellas que únicamente acuñan monedas de bronce; y finalmente, los hábitats urbanos sin emisión de moneda (Burillo Mozota, 1982a, 1988). El resultado ha sido la constatación de una territorialidad homogénea, regularmente repartida a lo largo de eje fluvial del gran río, y de los afluentes más destacados. Dicha regularidad ha sido interpretada como resultado de la

---

<sup>34</sup> Hay quienes sin embargo, prefieren ubicarla en la actual localidad de Gelsa, que además parece haber mantenido el topónimo ibérico (Roddaz, 1986: 331, n.97; Pina Polo, 1993: 82).

<sup>35</sup> Se ha hablado de su localización en Sástago, donde no se han encontrado restos arqueológicos que puedan avalar este extremo, en los yacimientos de La Romana o Cabezo Muel, pero finalmente sólo se admite una ubicación estratégica en algún lugar del Ebro entre la actual Zaragoza -Salduie- y Mequinenza (Fatás, 1973: 115).

<sup>36</sup> Hasta ahora la identificación tradicional de esta ceca había sido con El Palomar de Oliete, por homofonía de la población actual y el topónimo antiguo (Beltrán, 1978a: 203). Sin embargo, Asensio Estebán (1995: 82) parece dejar ya definitivamente descartada tal posibilidad, al argumentar la incompatibilidad cronológica de El Palomar, que no pervive más allá de la primera mitad del siglo II a.C., y la fuente literaria del Anónimo Ravenate. En cualquier caso Ilugo debe ser buscada en el Bajo Aragón, en una vía de comunicación natural, hacia el levante, que nosotros preferimos identificar con el valle del Guadalope.



planificación de un poder administrativo centralizado, lo suficientemente amplio y capaz en la elección de los núcleos encargados de la emisión de monedas (Burillo *et alii*, 1995: 258). Aún no están claras las razones de esta elección, ni el porqué de las diferencias entre las cecas que emitieron plata y las que sólo lo hicieron en bronce, y ni siquiera las necesidades que impulsaron a la administración de Roma a la acuñación monetaria en la propia Península, especialmente en el caso de la plata<sup>37</sup>. En cualquier caso, parece claro que se trata sin ningún género de dudas, de un fenómeno de ordenación del territorio marcadamente romano, por lo que queda fuera de el objeto de este trabajo. Únicamente nos interesa señalar la ausencia de emisiones de plata en las cecas situadas en territorio de los *Sedetanoi*, la temprana aparición de emisiones en bronce de algunas de éstas -Kelse y Sedeisken lo hacen desde la primera mitad del siglo II a.C., Alaun quizá ya en el siglo II a.C., y Salduie no emite hasta el siglo siguiente- y su abundante amonedación. Si bien, tal como ha señalado acertadamente Asensio (1995a: 406), estas diferencias en cronología, en materia prima, y en cantidad entre las distintas cecas, pondría cuando menos en duda la validez de esa homogeneidad geográfica en la repartición de la totalidad de los núcleos urbanos emisores del valle del Ebro.

A mediados del siglo I a.C., comienza la última fase de fundaciones de hábitats urbanos, que sustituyen a los anteriores, y que siendo profundamente romanos -sin niveles indígenas- se esconden bajo topónimos aún locales<sup>38</sup>. Probablemente, éstos sí respondan a la masiva emigración itálica de carácter agrícola, generalmente admitida para este siglo, y que suponía una definitiva implantación de colonos mediante un reparto de tierras<sup>39</sup>. A este momento pertenece la sustitución de la Kelse sedetana por la romana Celsa -44 a.C.- (Asensio Esteban, 1995a: 402-404).

---

<sup>37</sup> El pago de tributos regulares por parte de las comunidades indígenas y/o una mayor facilidad en los intercambios entre éstas, los comerciantes itálicos y los militares romanos, han sido las explicaciones más extendidas para la acuñación peninsular (Beltrán Lloris, 1986).

<sup>38</sup> Cf. J.M. Abascal - U. Espinosa, *La Ciudad Hispanorromana. Privilegio y poder*, Madrid 1989 :28-29.

<sup>39</sup> Cf. M.A. Marín Díaz, *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania Republicana*, Granada 1988 :47-59; J.M. Roldán Hervás, "Colonización y municipalización durante la república (de la II Guerra Púnica hasta César)", *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida 1989, pp. 11-31 :23; J.M. Solana Sainz, "Colonización y municipalización bajo César y Augusto; Hispania Citerior", *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida 1989, pp. 107-133.

Esta sustitución del asentamiento indígena -'romanizado'- por otro plenamente romano ha sido interpretada no como un pequeño número de casos aislados, sino como un fenómeno ampliamente extendido en la Península Ibérica. La nueva organización del territorio y la urbanización generalizada en la centuria inmediatamente anterior al cambio de era, responde a un programa implantado por Roma. Y no se lleva a cabo mediante una reestructuración espacial interna y externa de los asentamientos preexistentes, sino a través de la creación, en no pocas ocasiones, de nuevos núcleos con una cultura y una estructura netamente romanas, a pesar de la pervivencia del nombre autóctono. Los hábitats son elegidos por su importancia estratégica y económica -el fenómeno no parece ajeno a una nueva articulación de las vías de comunicación- y convertidos en centros comarcales, a través de la construcción de un nuevo núcleo urbano dentro del territorio restringido del indígena preexistente (Pina Polo, 1993).

Caballero (1999-00: 245) hace coincidir el inicio de este plan urbanístico con el final de la guerra celtibérica en el año 133 a.C. La desaparición de algunos de los asentamientos de pequeño tamaño, la *transductio* o la potenciación de determinadas ciudades y *oppida* mayores, son algunas de las actuaciones romanas encaminadas a una nueva reestructuración y romanización del territorio y responden a una estrategia de aprovechamiento del sistema económico característico de las comunidades ibéricas y celtibéricas del valle medio del Ebro<sup>40</sup>.

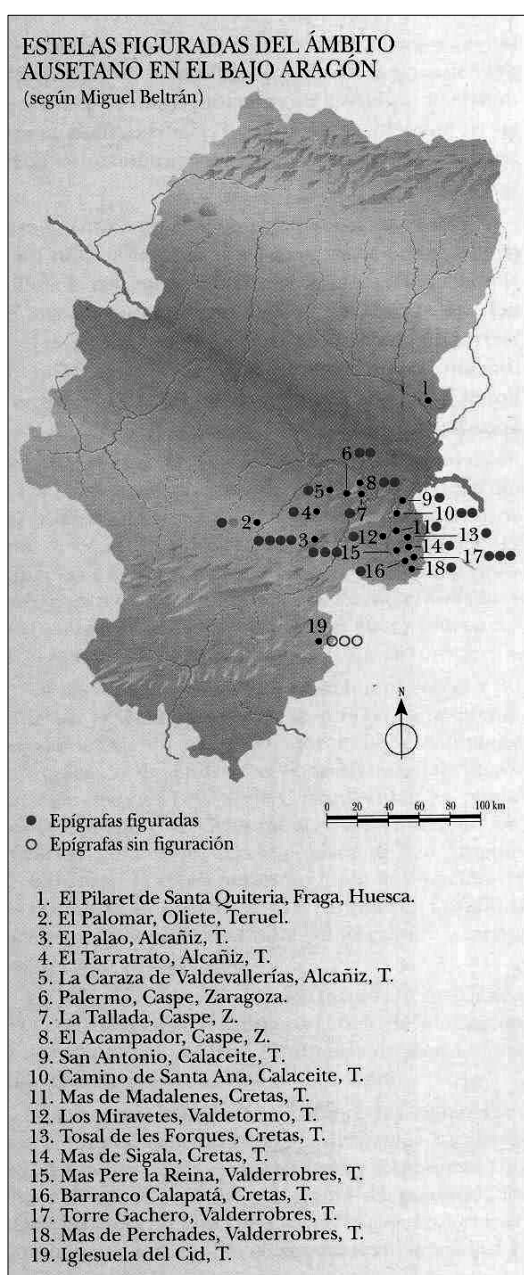
La arquitectura utilizada en la construcción de sus espacios presenta todos y cada uno de los elementos que forman parte activa de la vida urbana de las ciudades romanas, y la funcionalidad política y simbólica del conjunto convierte a estos núcleos en punto de referencia para los asentamientos indígenas del entorno, y no únicamente político, económico y administrativo, sino también religioso e incluso lúdico (Pina Polo, 1993: 90-91).

---

<sup>40</sup> Cronológicamente, existe una diferenciación entre las 'refundaciones' ubicadas en el noreste peninsular -Iluro, Blandae, Baetulo, Gerunda, Iesso, Aeso, Ilerda y Osca-, con una datación de comienzos del siglo I a.C. y aquellas otras pertenecientes a territorios celtibéricos, surgidas entre el 44 a.C. y las primeras décadas del siglo I d.C. (Pina Polo, 1993: 91).

## 1.2.- Los *Ausetani* del Ebro y su territorio

Hemos señalado ya la tendencia tradicional a situar a los *Sedetani* en los valles del Martín y Guadalope, hasta el valle del Matarraña y Algás, donde se había ubicado una supuesta línea fronteriza de los *Ilercavones*. Sin embargo, tras un detenido análisis de los textos de Tito Livio, surge la idea de la existencia de unos *Ausitani* vecinos del Ebro, diferenciados de los otros *Ausetani* habitantes de los llanos de Vic y Osona (Jacob, 1987-88).



Esta hipótesis, basada únicamente en las fuentes clásicas, ha sido reforzada años después con el análisis de diversos parámetros arqueológicos, utilizados para la diferenciación étnica de estas comunidades ausetanas. Hemos visto cómo, no sólo la iconografía de las emisiones monetales sino también su circulación, parecen ayudar a dibujar con mayor nitidez el territorio de los *Sedetani*, al menos en época tardía, lo que permite al mismo tiempo comprobar cómo los territorios del Bajo Aragón quedan fuera de aquél (Burillo Mozota, e.p.b.: figs. 5-6).

Hay que buscar, por tanto, una nueva adscripción étnica para los habitantes de estas tierras aragonesas, y para ello se utiliza una de las manifestaciones culturales más características de la época tardía: las estelas funerarias. Éstas tienen una dispersión de uso que engloba gran parte de la zona septentrional de la cultura ibérica, pero dentro de ellas, el grupo

denominado del Bajo Aragón, parece tener una entidad propia dada su peculiaridad decorativa<sup>41</sup>. extendiéndose por los cursos medio y bajo del Martín, Guadalope, y Matarraña, con una extensión aproximada de 4.500 Km<sup>2</sup>, y datándose entre los siglos II a.C. y I a.C.<sup>42</sup> Los límites orientales de esta amplia difusión geográfica coincide con los datos ptolemaicos útiles a la hora de trazar la frontera entre los *Ilercavones* y los amplios *Edetani* de Ptolomeo, quienes,



recordémoslo, parecen englobar varias de las agrupaciones étnicas anteriores<sup>43</sup>. En cualquier caso, aún se apunta la posibilidad de que, en realidad, las estelas decoradas del Bajo Aragón únicamente sean reflejo de cierta afinidad a la hora de manifestar socialmente ciertas creencias religiosas y, por lo tanto, tengan un carácter infraétnico, es decir, sean un comportamiento cultural de un grupo menor perteneciente a la etnia de los *Edetani* o de los *Sedetani* (*Idem*, e.p.a).

A raíz de la aparición de nuevas estelas tipológicamente asimilables al grupo del Bajo Aragón en territorio que podría considerarse ausetano

<sup>41</sup> A las recopiladas ya desde antiguo por Cabré Aguiló (1915-20) y Fernández Fuster (1951) habría que añadir las publicadas por Marco Simón (1976), Atrián Jordán (1979), Martín Bueno y Pellicer (1979-80), López Monteagudo (1983), y Vicente, Ezquerro y Estriche (1990).

<sup>42</sup> Nos interesa destacar, por vecindad geográfica y por la problemática existente en cuanto a la diferenciación entre *Edetani* y *Sedetani*, tanto en las fuentes clásicas como en el registro arqueológico, el grupo de las estelas levantinas. Éstas carecen de los elementos decorativos característicos de las del Bajo Aragón, pero comparten su misma lengua ibérica, al mismo tiempo que muestran claros paralelismos con las catalanas [A. Oliver Foix, "Epigrafía ibérica en la provincia de Castellón", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5 (1978), pp. 265-291; A. Oliver Foix - V. Palomar Macia, "Inscripciones ibéricas del Alto palancia. Notas para el estudio de la latinización en Castellón", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7 (1980), pp. 119-126; D. Fletcher valls, *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*, Valencia, 1985; J. Untermann, "Inscripciones sepulcrales ibéricas", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 10, pp. 111-119]. Asimismo es interesante destacar su penetración, atravesando las estribaciones montañosas del Maestrat, hasta las tierras turolenses de La Ilesuela del Cid (Arasa i Gil, 1983).

<sup>43</sup> Las fuentes del siglo II a.C. nos hablan de la existencia de varias agrupaciones étnicas -sedetanos, ausetanos, turboletas y belos- en ese mismo territorio.

septentrional, se ha planteado la posibilidad de que ambos grupos ausetanos, el aragonés y el catalán, tengan en común algo más que el etnónimo. Estas estelas 'de guerrero' (Quesada Sanz, 1994) estarían asociadas a unidades militares, cuya movilidad grupal o individual explicaría su dispersión en estas dos áreas alejadas (*Idem*, 1999-00: 104). En esta asociación, quizás quede sin explicar por qué este movimiento de guerreros, utilizando unas mismas manifestaciones ideológicas, se produce únicamente en los territorios ocupados por dos grupos étnicos homónimos.

*El territorio durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

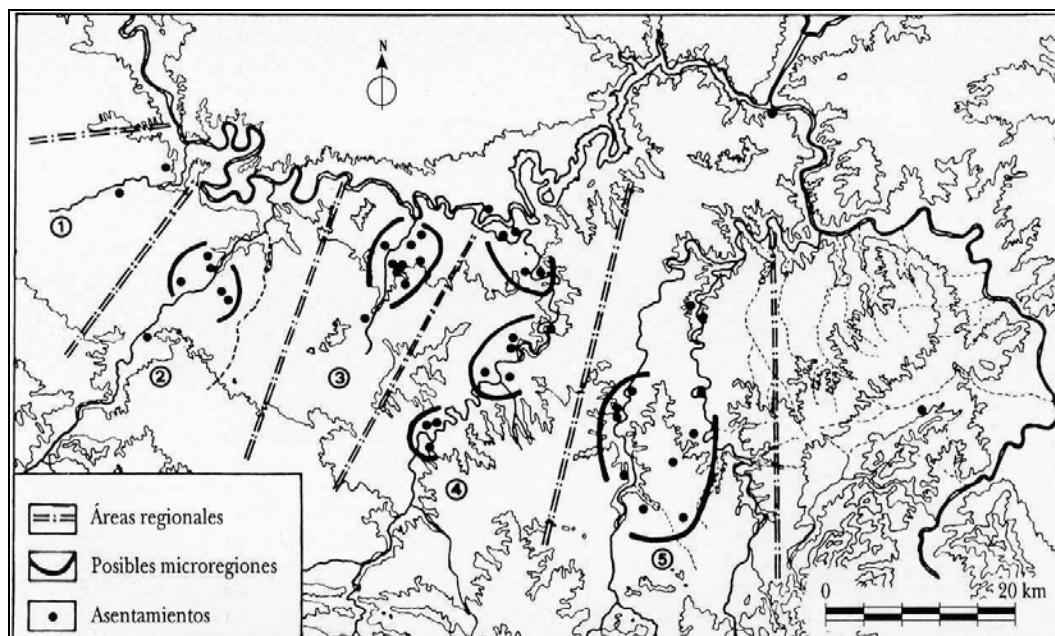
Para el conocimiento del ecosistema natural en que vivirían los habitantes de este territorio contamos únicamente con los análisis polínicos y zooarqueológicos realizados durante las excavaciones de uno de los yacimientos emblemáticos del tradicional Hierro I del valle medio del Ebro: La Loma de los Brunos. En este asentamiento se da una cronología anterior al 800 a.C. -niveles C y B- para los primeros momentos de ocupación. Durante esta primera fase, el diagrama polínico refleja una importante presencia de árboles, escaso porcentaje de herbáceas y ausencia de cereal y de aquellas otras especies que suelen acompañar a éste. Por tanto, durante la Edad del Bronce, los habitantes de la Loma no habrían comenzado a poner en cultivo su territorio restringido. Sin embargo, este panorama paisajístico cambia con el paso a la segunda fase del poblado -nivel A-, durante la cual disminuyen los árboles, aumentan las herbáceas y comienzan a aparecer pólenes de cereal y de sus plantas complementarias, y parece producirse una paulatina desecación del territorio. Los restos óseos animalísticos, por su parte, apuntan la existencia de una cabaña ganadera no muy abundante, adaptada a la vegetación existente (Eiroa García, 1985: 107).

En cuanto al patrón de poblamiento del Bajo Aragón, se documentan poblados de nueva planta, de calle central y casas rectangulares, con asentamientos a lo largo de los cursos fluviales. Sin embargo, puede considerarse un poblamiento disperso, sin ninguna relación jerárquica entre los distintos

núcleos (Burillo Mozota, 1992a: 210). Por su parte, las estructuras de las necrópolis, desde Azaila hasta Gandesa configura una de las áreas diferenciadas en el valle medio del Ebro, donde la incineración se lleva a cabo en grandes enterramientos tumulares en cista (Burillo Mozota, 1992a: 210).

*El territorio durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

Al igual que el territorio vecino, esta nueva etapa supone una continuidad de poblamiento que va acompañada de una multiplicación de los hábitats (Ruiz Zapatero, 1995: 36). Paisajísticamente, los registros palinológicos de La Loma de los Brunos nos hablan de una muy probable aridez, similar quizá a la existente en la actualidad, que quedaría reflejada en la desecación total sufrida por la Hoya de Navales -parte destacada del territorio primario del poblado- durante esta período, hecho éste que a su vez ha sido interpretado como causa principal del abandono del poblado (Eiroa García, 1985: 108).



En el Regallo, han sido prospectados una serie de asentamientos etiquetados de forma global como pertenecientes al Hierro I tradicional (Eiroa - Álvarez - Bachiller, 1983). Algunos de ellos se agrupan en el curso bajo del valle,

manteniendo el control de los suelos más fértiles y cortas distancias con respecto a los recursos hídricos. Tras la aplicación de unas hipotéticas áreas de captación circulares de un kilómetro de radio, se dibujan una serie de territorios superpuestos pertenecientes a los cuatro últimos núcleos enumerados. Dicha superposición plantea la posibilidad de una cierta jerarquización dentro este grupo de hábitats, en la que Piarroyo y Záforas, con territorios independientes entre ellos, detentarían una cierta preminencia con respecto al resto de los asentamientos, de menor rango (Ruiz - Fernández, 1984: 54-55). Claro está que, como estos mismos investigadores apuntan, existe la posibilidad de que en realidad se trate de poblados diacrónicos, lo que explicaría sin necesidad de recurrir a una suposición jerárquica, tal interferencia en los territorios de captación. A lo que quizá debemos de añadir, la rigidez del modelo circular utilizado en el estudio.

En el Guadalupe, por otro lado, desaparecen la mayoría de los asentamientos existentes durante el período anterior, a excepción de La Loma de los Brunos -si aceptamos dos fases de habitación para este hábitat<sup>44</sup>-, Záforas - estudiado en el valle del Martín- y la Fila de la Muela, y surgen otros nuevos que se agrupan en la zona de Alcañiz.

Los enclaves que se ubican junto al Matarraña, próximos al Algás y en el interfluvio conformado por los arroyos de Val de Masalinas, Barranco de Vall Rovira y Barranco de Valdecretas, detentan una cronología que les hace coetáneos durante el siglo VI a.C., a pesar de una aparición desigual en el tiempo. Cualquiera de ellos pueden detentar hipotéticamente un territorio primario de captación de una área circular de un kilómetro de radio, sin que ninguno de éstos se superpongan y, al mismo tiempo, controlen las tierras cultivables de los fondos fluviales y de las plataformas formadas por los denominados vales y barrancos (Ruiz - Fernández, 1984: 52-53)<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> La Loma de los Brunos, parece presentar una cronología un tanto discutida. Eiroa (1982: 159) le da una datación dividida en tres fases de ocupación, que va desde finales del siglo XII a.C. al mediados del siglo VI a.C. Pellicer (1985: 129), por su parte, más correctamente, prefiere situarlo en los siglos VII a.C. y VI a.C., y con él, Sanmartí (1984b: 40), quien lo ve como un poblado unifásico, cuya vida comenzaría en el 650 a.C., y acabaría una centuria más tarde, a mediados del siglo VI a.C.

<sup>45</sup> Estas comunidades asentadas en los valles del Matarraña y el Algás presentan una cultura material de la que destacan uno objetos de bronce -fibulas de doble resorte, *thymateria*, ...-, que tradicionalmente han sido interpretados

Al igual que las del resto del medio Ebro, la economía de estas comunidades se caracteriza por una base cerealística complementada con una ganadería y una caza subsidiarias (Eiroa García, 1986). Ya hemos apuntado la necesidad para este tipo de actividades de unas zonas de cultivo y de pasto cercanas a los asentamientos rurales. La distribución de los asentamientos muestra una preferencia por los cursos bajos y medios de los afluentes del Ebro, es decir, un interés por controlar las tierras de mayor rendimiento agrícola. Las investigaciones llevadas a cabo en el Bajo Aragón muestran, casi con toda probabilidad, la ausencia de una jerarquización entre los asentamientos de un mismo curso fluvial. Sí se observa, sin embargo, una relación espacial estrecha, al mismo tiempo que sus manifestaciones de cultura material y su ubicación reflejan una cierta distribución funcional entre aquellos con finalidad estratégica y los que presentan una operatividad únicamente económica. Asimismo, y a diferencia de lo acontecido en el Huecha, se ha detallado una concentración secundaria en microregiones, resultando un patrón lineal discontinuo-concentrado (Ruiz - Fernandez, 1984: 46). Cada una de dichas agrupaciones han sido interpretadas como supracomunidades o tribus (*Ibidem*: 49-50), pero nosotros preferimos por ahora la simple denominación de *unidades valle*<sup>46</sup>.

Tampoco estarían muy alejadas de los poblados las necrópolis, al pie del cerro donde se sitúan aquéllos, o en algún otro contiguo a los mismos. Ruiz y Fernández (1984: 53) han comprobado en su estudio de los patrones de asentamiento protohistórico del Bajo Aragón, una constante en la ubicación de la mayoría de los túmulos, dentro de áreas que, con un kilómetro de radio, han sido establecidas como territorio de captación -primario- de cada uno de los poblados. Mención aparte merece la localización aislada y alineada de los túmulos de El Camí de Calaceit, El Mas d'en Vaque y El Pla amb Aigua, sobre una plataforma que domina el barranco de Valdecretas, y que los prehistoriadores madrileños han

---

como influjos mediterráneos procedentes de los elementos fenicios de la costa, y que además no parecen llegar al contiguo valle del Guadalope (Sanmartí i Grego, 1984b: 164). A

<sup>46</sup> Para los geógrafos y etnógrafos, estas unidades territoriales son además unidades funcionales geomorfológicamente hablando, y sobre todo en el medio de montaña, reflejan claramente los límites geográficos y territoriales que condicionan en cierta manera el comportamiento humano de las comunidades allí asentadas (Alonso *et alii*, 1993: 20).



interpretado como reflejo de una relación simbólica existente entre los emplazamientos de los enterramientos y el control del territorio.

*El territorio durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

Como hemos visto, con la crisis del Ibérico Antiguo ocurrida hacia finales del siglo VI a.C. o comienzos del siglo V a.C., el valle del Ebro parece sufrir importantes transformaciones en su estructuración territorial, con la destrucción de la mayoría de los poblados existentes con anterioridad y la aparición de otros nuevos. En las tierras de la comarca entre el Martín y el Guadalupe se sitúa El Cabo de Andorra; con abundante cerámica a mano, primeras producciones ibéricas a torno e importaciones de cerámica griega, la vida del poblado no parece ir más allá del siglo V a.C. En el Guadalupe, Matarranya y Algás son deshabitados probablemente un número no desdeñable de enclaves (Burillo Mozota, 1992a: 213), al mismo tiempo que se borran del mapa las necrópolis tumulares de estos dos ríos (Tomás Maigí, 1960: 58)

Es precisamente en el territorio estructurado por los ríos Matarranya y Algás donde se ha querido reconocer una articulación jerarquizada en las relaciones entre asentamientos. Si bien en el período anterior, ya existen muchos de los núcleos en funcionamiento durante el siglo V a.C., en aquellos momentos todos ellos detentan una misma categoría. Esta igualdad, sin embargo, parece variar a partir de la llegada a la zona de las primeras importaciones griegas. Este hecho mercantil se hace coincidir con un pretendido aumento demográfico, que se traduce en un incremento del tamaño del poblado de San Antonio de Calaceite, que además se dota de una potente muralla y poco a poco va convirtiéndose en el lugar central del territorio. Mientras, el resto de los asentamientos pasan a detentar un papel secundario en la articulación territorial. Les Ombries y El Vilallong, por ejemplo, se encuentran ubicados en llano y dedicados a las labores agrícolas o de intercambio. Por su parte, Els Castellans, El Piuró del Barranc Fondo, La Gessera y San Cristobal de Mazaleón, subsistentes desde el siglo anterior y localizados todos ellos en una sola franja más o menos equidistante de

San Antonio y con una altitud similar, han sido interpretados como detentadores de una funcionalidad defensiva. Finalmente, Les Escondines Baixes, La Torre Cremada, Les Torraces, El Castellar, El Virablanc y Les Talaies, de nueva fundación, conforman una nueva banda al oeste de San Antonio, en la que se ha pretendido ver una especie de marca fronteriza (Sanmartí i Grego, 1984b: 167-169).

Estos nuevos núcleos protegen el acceso desde occidente hacia el territorio de San Antonio -mientras que El Tossal del Moro, ya veterano, controla la penetración por el norte-, y lo hacen en la zona donde tradicionalmente se ha situado la frontera entre *Sedetani*, 'iberizados' más tardíamente, e *Ilergavones*. Y precisamente, en este área fronteriza que constituye la comarca de Terra Alta se alza, a partir del siglo V a.C., el Coll del Moro de Gandesa que, sin embargo, no parece encontrarse en relación con el conjunto de interacciones jerárquicas y funcionales que se dan entorno a San Antonio. Burillo (e.p.a) ha resaltado la amplia visibilidad desde el enclave de la depresión situada al este y de las Sierras de Pàndols y Cavalls, de tal manera que la sensación de frontera se produce desde el Coll hacia las tierras más orientales y no al contrario. Esta pequeña apreciación, reforzaría en cierta manera la pertenencia de estos territorios y la frontera allí existente, a un grupo étnico distinto a los *Ilercavones*, situados más allá de las sierras citadas.

Al norte del poblado se ha documentado una necrópolis tumular que presenta una de las cronologías más amplias -desde el siglo IX al siglo IV a.C.- para este tipo de enterramientos, y cuya relación con el Coll se daría únicamente a partir del siglo V a.C., puesto que sólo durante este siglo y el siguiente se produce una sincronía entre poblado y necrópolis. Durante los primeros siglos -fase 1A, del 800 a.C. al 725 a.C.; fase 1B, del 725 a.C. al 650 a.C.- se entierran en las áreas denominadas Calars y Teuler. En la etapa siguiente -del 650 a.C. al 600a.C./575 a.C.- estas dos áreas continúan en funcionamiento, al mismo tiempo que comienzan a enterrarse en las Maries y que son introducidos los ajuares materiales de tipo orientalizante. Todos estas necrópolis tendrán una actividad complementaria sincrónica, hasta que hacia el 500 a.C. se abandonan los Calars y

el Teuler, algo que no ocurrirá en las Maries hasta el siglo IV a.C. (Rafel i Fontanals, 1993).

Esta nueva reestructuración del territorio a partir del siglo V a.C. se presupone resultado de la verdadera 'iberización' de la zona, inicialmente explicada, desde presupuestos evolucionistas, como consecuencia de la llegada a este interfluvio de elementos humanos detentadores de la cultura ibérica característica de las comunidades costeras. Estos nuevos habitantes, en un determinado momento de la investigación, fueron considerados responsables de las importaciones cerámicas griegas y de los nuevos usos y técnicas -el hierro, el molino rotatorio, un amplio uso del torno del alfarero, un tipo determinado de pesa de telar y fusayolas-, y una nueva arquitectura de los sistemas defensivos<sup>47</sup>. Sin embargo, como ya hemos apuntado con anterioridad, la tendencia actual de la investigación es observar y analizar las transformaciones culturales y de poblamiento, como resultado de los propios procesos históricos de la comunidades.

*El territorio durante el Ibérico pleno (ca. 350 a.C. - ca.218 a.C.)*

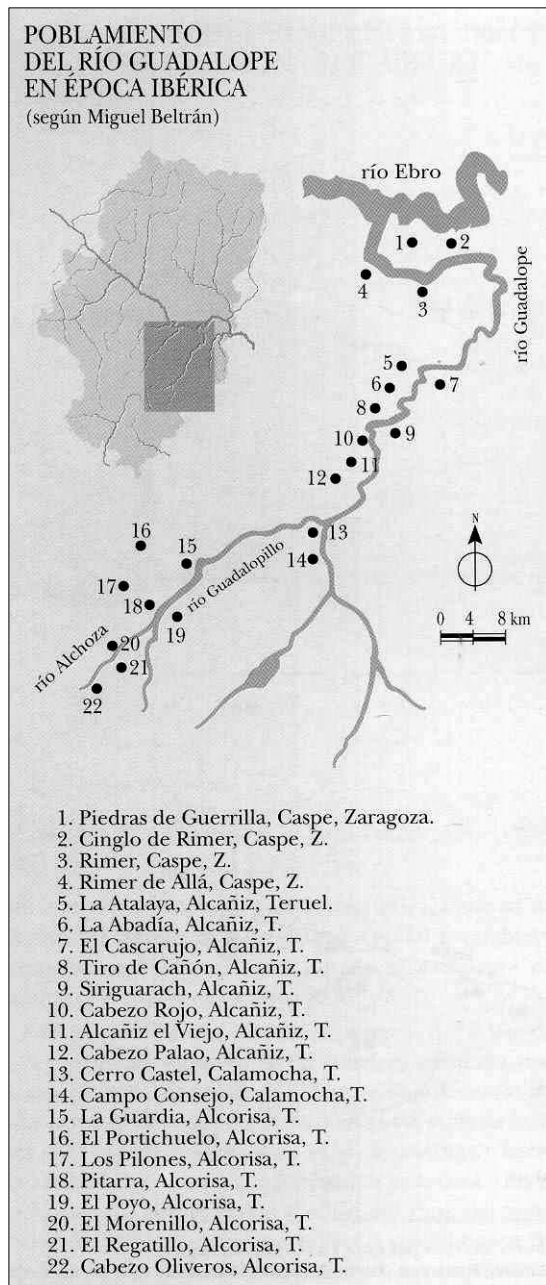
Al igual que ocurre en el territorio sedetano, los *Ausetani* adolecen de una falta de estudios de síntesis para el período que va desde mediados del siglo IV a.C. hasta la llegada de los romanos al escenario del valle de Ebro.

En el vecino valle del Guadalope, se han localizado dos asentamientos que parecen tener una datación del siglo IV a.C. Se trata de El Taratrato, poblado de calle central excavado a principios de siglo, y El Cabecico de la Heredad, igualmente amurallado y fechado durante el Hierro I y hasta el siglo IV a.C. a través de los materiales de superficie<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> Tales influencias se hacen proceder de la costa de la actual provincia castellanense, avanzando Ebro arriba hasta alcanzar la depresión de Bot, a través de los pasos del Prat de Comte y siguiendo el curso del río de la Canaleta, hasta alcanzar la llanura interior de Terra Alta.

<sup>48</sup> Se ha publicado toda una serie de asentamientos de época ibérica en el valle del Guadalope y su tributario el Guadalopillo, pero en la mayoría de los casos carecemos de los suficientes datos a la hora de adscribir cada uno de ellos a las distintas fases del proceso histórico. No obstante, en Caspe se localizan las Piedras de Guerrilla, Cinglo de Rimer, Rimer y Rimer de Allá; en Alcañiz: La Atalaya, La Abadía, El Casraujo, Tiro de cañón, Siriguarach, Cabezo Rojo, Alcañiz el Viejo, y El Palao; en Calamocha: Cerro Castel y Campo Consejo; y en Alcorisa: Cabezo de la Guardia, El Portichuelo, Los Pilonos, Pitarra, El Poyo, El Morenillo, El Regatillo y Cabezo Oliveros (Beltrán Lloris, 1996: 66).



Finalmente, en los valles del Matarraña y Algás, se sigue admitiendo una funcionalidad rectora del territorio para San Antonio de Calaceite, sin que exista cambio alguno en la situación asumida para el siglo anterior. Eso sí, parece aceptarse cierta decadencia en la vida de San Antonio a partir de los últimos años del siglo III a.C., hasta su total desaparición -y la de sus poblados dependientes- con la llegada del siglo II a.C. (Sanmartí i Grego, 1984b: 171). Al mismo tiempo, en un momento no determinado del Ibérico Pleno, surgen nuevos poblados como Mas d'en Rius y El Cerrao que perduran hasta probablemente mediados del siglo I a.C.

En la comarca de la Terra Alta, prospecciones recientes han permitido una aproximación al conocimiento de la estructuración del poblamiento para esta época y los siglos siguientes. La existencia

del yacimiento del Coll del Moro de Borrassquer y su hipotética extensión de 5000 m<sup>2</sup> hace replantear el supuesto carácter centralizador del territorio detentado por su vecino Coll del Moro de Gandesa<sup>49</sup>. Su perduración hasta mediados del siglo I d.C. podría estar motivada por su situación junto a una vía de comunicación -el camino actual que une Gandesa con Batea. El mismo análisis de poblamiento ha permitido descubrir la existencia de otros núcleos implicados en la articulación de este territorio: Les Torres, tendría un claro carácter estratégico por su dominio visual, mientras que el Coll del Moro de Xollant, de tamaño reducido y situado en

<sup>49</sup> Cf. Rafel y Blasco (1991).

llano, estaría destinado a la explotación agrícola del entorno; ya en el valle del Algás, el Mas del Cardador, en llano, desempeñaría esas mismas funciones agrícolas, mientras que Els Carrascalls, ubicado en un turó y fortificado, detentaría funciones defensivas. No obstante, habrá que esperar a futuras excavaciones arqueológicas para poder comprobar la ordenación territorial propuesta (Bea - Diloli - Rams, 1996: 452-453).

*El territorio 'romanizado' (ca. 218 a.C. - siglo I a.C.)*

Es precisamente asociados a los acontecimientos ocurridos durante estas fechas en la Península Ibérica que Tito Livio nombra a los *Ausetani* como otro de los grupos sometidos por Aníbal (*Liv.* 21.23.2). Años después son aliados de los caratgineses en la lucha contra Roma (*Liv.* 21.61; 26.17.2) y finalmente controlados por Terencio en el 183 a.C. en su guerra contra los celtíberos (*Liv.* 34.56). Es precisamente uno de estos textos el más controvertido, puesto que en él se dice que Asdrúbal se encontraba acampado en un lugar llamado *Lapides Atri*, situado entre Iliturgis y Mentisa, en la Ausetania (*Liv.* 26.17.2). Schulten propone la sustitución de Ausetania por Arsetania, puesto que considera que cada uno de los topónimos nombrados en el pasaje debe ser situado al sur del Ebro (*F.H.A.* II: 95). Por el contrario, lo hemos visto, también han sido situados todos ellos al norte del Ebro, realizándose una clara distribución entre lo que serían dos colectividades distintas: los *Ausetani*, quienes emiten moneda con la leyenda *Ausesken*, y los *Ausitani*, a quienes se considera habitantes de una localidad llamada Ausi -como tal aparece en Ptolomeo-, que se ubicaría relativamente cerca de Botorrita a comienzos del siglo II a.C. y de cuyo topónimo se derivaría el etnónimo (Jacob, 1987-88: 147). A partir de esta diferenciación realizada por el investigador francés, se han localizado indicadores étnicos en el registro arqueológico que refuerzan la hipótesis de unos *Ausetani* localizados, al menos para estos siglos, al sur del Ebro, ubicándose en el territorio coincidente con la extensión dibujada por los hallazgos de las estelas funerarias del Bajo Aragón (Burillo Mozota, e.p.a)

Como vimos para territorio sedetano, parecen distinguirse cambios en el patrón de poblamiento coincidentes con los acontecimientos históricos del valle medio del Ebro a partir de la llegada de los romanos a la zona, y vinculadas profundamente con los intereses económicos y políticos de éstos.

La primera etapa comienza en el siglo III a.C., con el inicio de los enfrentamientos entre cartagineses y romanos, y se caracteriza por la creación de nuevos enclaves urbanos de cierta importancia. Así, La Caraza de Valdevallerías, que se alza sobre el Regallo, y El Palao, que se localiza en el valle del Guadalope, surgen como unidades con un territorio independiente y una organización política indígena autónoma.

Es interesante resaltar la relación que parece establecerse entre la ubicación de estos dos enclaves y la vías de comunicación en plena actividad durante aquellos años. Vimos como a partir de Cabezo Muel -sedetano-, la vía parece alejarse aún del Ebro, cruzando el Regallo por La Caraza de Valdevallerías, para luego dirigirse hacia el Guadalope y llegar a él a la altura de El Palao. Tal como apunta Marco (1985: 188), son patentes las ventajas geoestratégicas de este último asentamiento, ubicado en un nuevo cruce de caminos entre la vía del Ebro y la que pondría en contacto este valle con la costa a través del Bajo Aragón, y aquella otra que comunica este tramo del Guadalope con el alto Martín, pasando por el Regallo. Desde aquí apuntamos la posibilidad de que esta vía a través del Bajo Aragón y desde el Palao siguiese en el curso del Guadalope hasta la confluencia de su tributario el Bergantes, para luego río arriba, llegar a Lessera -La Moleta dels Frares- ya ilergavona, y discurrir junto la actual Morella, pasar el Port de Querol, cruzar El Maestrat por La Valivana y la Venta del Aire y terminar saliendo al Plá de Vinaròs junto a las actuales localidades de Xert y La Jana. Desde Morella por tanto, seguiría el trazado de la actual carretera N-232 que conduce a Vinaròs.

Algo alejados de estas vías de comunicación se han documentado dos agrupaciones de asentamientos que parecen encontrarse actuando en un mismo momento de su proceso histórico, y en las que se detectan a priori ciertas relaciones de dependencia.

En el Martín, nos encontramos con tres hábitats de cronología y categoría similar: el Cabezo de San Pedro, datado en la primera mitad del siglo III a.C., pero con un sistema defensivo de finales de esa misma centuria, El Palomar, fechado en el siglo II a.C., y El Castelillo, a cuyo nivel de Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas, parece superponerse otro perteneciente a un siglo III a.C./II a.C. Al primer asentamiento se le ha asignado una categoría media (Burillo Mozota, 1991) y una funcionalidad alfarera (Asensio Esteban, 1995a: 326), el segundo ha sido considerado un poblado rural (*Ibidem*: 325), y del tercero nada sabemos al respecto. No sería descabellado, debido a su proximidad, presuponer una relación de articulación del territorio para los tres, al menos durante el siglo II a.C., pero no podemos apuntar nada en relación con su centro rector.

En el Guadalope, finalmente, nos encontramos con el Tiro de Cañón, en tierras alcañiceñas, hábitat con una clara funcionalidad artesanal, y que ha sido datado a partir del siglo III a.C., perdurando hasta el siglo I a.C., por lo que quizá pudiera considerarse dependiente del núcleo urbano de El Palao. Aguas arriba del Guadalopillo, se encuentra el Cabezo de la Guardia, fechado desde los comienzos del siglo III a.C. y hasta el siglo II d.C., pero del que desconocemos su funcionalidad y rango. No lejos de él se encuentra un conjunto de hornos que responden a una tipología romana, pero que presentan materiales básicamente indígenas, por lo que quizá pudiera estar en relación con el nombrado Cabezo de la Guardia.

Con respecto a la fase de probables fundaciones republicanas, sólo tenemos datos sobre lo que está ocurriendo en el Matarraña, donde los poblados de Mas d'en Rius y El Cerrao perviven desde el Ibérico pleno, siendo contemporáneos de la fundación de Torre Cremada a finales del siglo II a.C. o principios del siglo I a.C. Esta última parece depender de El Cerrao, poblado de mayores dimensiones, con tres terrazas construidas y fortificación, desempeñando funciones de vigilancia. Todos ellos desaparecerán a mediados del siglo I a.C. (Moret - Gardes - Benavente, 1997: 41-42).

Finalmente, nos gustaría destacar la casi ausencia total de cecas para este territorio ausetano. Únicamente se conocen las emisiones de Osicerda, a la que se

ha situado hipotéticamente en el yacimiento de El Palao, con una cronología de siglo III a. C. a siglo I a.C. Nada sabemos de posibles cecas en el curso del Matarraña y Algás, donde hemos visto asentamiento como El Cerrao de cierta categoría espacial como para poder ser considerado emisor de moneda.

### 1.3.- Los *Ilercavones* y su territorio

En la costa se articula un espacio longitudinal de norte a sur, pero dividido en dos por la desembocadura del propio Ebro. En el norte nos encontramos con una llanura litoral resultante del alejamiento de la línea de costa del piedemonte de la Cadena Litoral Catalana. Junto la desembocadura del gran río, se extiende de manera amplia hacia el oeste y norte, hasta topar con la Sierra de Boix; hacia el norte se va estrechando poco a poco, debido a la limitación física del espacio llano que suponen sierras como la de Les Comes, de la Barra y del Castellet de Sant Esteve, cuya prolongación hasta el mar, a través del denominado Coll de Balaguer, se transforma en verdadera frontera natural, en la misma línea de costa. Transversalmente, este llano litoral se ve surcado por una serie de barrancos, cursos de agua de pequeña envergadura que permiten ciertas penetraciones hacia el interior, hacia la Ribera d'Ebre, constituyendo y aprovechando los pasos naturales de las numerosas sierras de la zona<sup>50</sup>.

Al sur del Ebro, el denominado piedemonte ibérico de Vinaròs - Benicarló da lugar a un llano litoral de formación cuaternaria, que sin embargo, se ve interrumpido por una serie de elevaciones calizas cretácicas. Así, de manera natural, se forman una serie de cerros atalayas, de dirección nornoreste sursuroeste -Puig de la Misericòrdia, Puig de la Parreta o del Perengil, Puig de la Nau, Tossa Alta-. Transversalmente presenta una serie de torrente de escaso caudal: Sènia, Barbiguera, Servól, Surrach, Seco y Alcalá. Mientras que éstos pequeños valles ayudan en las relaciones entre la costa y el interior, las fosas con

---

<sup>50</sup> Las comarcas del Campo de Tarragona, inmediatamente al norte del Coll de Balaguer dibujan un espacio de llanura algo mayor, pero delimitado en el oeste y norte por la Cadena Costero Catalana, que las separa de manera efectiva de la Ribera d'Ebre y de la Depresión Central Catalana. En los mapas al uso sobre la ubicación de los grupos étnicos prerromanos de la Península Ibérica, nos encontramos en la zona a los *Cessetani*, entre los *Ilercavones* y los *Laietani*.



dirección sur-norte -Alcalà, Godall, Uldecona y Les Coves-, se convierten en corredores de fácil acceso que vertebran las comunicaciones entre el sur del Ebro y la Plana. Se construye así una red de caminos característica, que convierte al llano de Vinaròs - Benicarló en un verdadero núcleo de comunicaciones (Constante Lluch, 1975; Mateu Belles, 1982).

Tradicionalmente, este área que se extiende al sur del Ebro, ha sido considerada el solar ocupado por el territorio de los *Ilercavones*. A nuestro entender, con el fin de delimitar éste de una manera hipotética, el llano de Vinaròs - Benicarló, ubicado entre las sierras de Godall y Montsià en el norte, la Sierra de Turmell y los Montes de Benifassa en el oeste, y las sierras d'Irta y de Valdancha en el sur, debería ser ampliado. Hacia el norte, el Plá de Vinaròs se ve prolongado, no sólo por la depresión de Uldecona, sino por las tierras ubicadas entre la Mola de Godall y las estribaciones de los Ports de Beseit. Éstas se extienden, asimismo, por la orilla derecha del Ebro, hasta los alrededores de la actual localidad de Xerta, poco antes de que el río supere el Pas de Barrufemes. En la zona meridional, la ordenación en líneas paralelas, de norte a sur, de las sierras d'Espaneguera, d'en Galcerán, de la Vall Amplá, las Muntanyes de Murs y la Serra d'Irta, como las estribaciones más orientales del Sistema Ibérico, dan lugar a una serie de pasos naturales que comunican este Plá de Vinaròs con el valle del Millàrs -Mijares. Entre ellos destaca el constituido por la Sierra d'Irta al este y las Montanyes de Murs al oeste, que se encuentra cerrado hacia el sur por la unidad geomorfológica transversal que forma el valle de Les Coves de Sant Miquel.

Aún más hacia el sur, los valles del Palàntia, Belcaire y Millàrs, presentan un modelo de poblamiento similar al mejor estudiado del territorio de Edeta/Liria, el denominado modelo mixto de *oppida*, caserío y atalayas, aunque a menor escala. Es significativa la distribución de torres a lo largo de la cuenca del Millàrs, y hacia el interior por el Alcora, trazando una línea fronteriza que divide la actual provincia de Castellón en dos zonas claramente diferenciadas, y que a decir de Ruiz y Molinos (1993: 129), reforzaría el papel de Arse/Sagunto. A ello, y en espera de un mejor conocimiento del poblamiento protohistórico en este área, habría que añadir, el aparente vacío existente en las tierras que se extienden entre

los valles del Millárs y de Les Coves de Sant Miquel, al menos para época ibérica plena.

Veamos pues, ayudándonos de la periodización al uso, cómo se desarrolla el proceso histórico de la interacción establecida entre estas unidades geomorfológicas y las comunidades humanas asentadas en ellas.

*El territorio durante el Bronce final II y III (siglo XII a.C. - finales siglo VII a.C.)*

La ubicación de los asentamientos conocidos y fechados en los siglos que encuadran estas dos etapas del Bronce final, muestran un hábitat disperso a lo largo de los cauces de los ríos -Ebro, confluencia del Segre y Cinca, y Siurana-, donde se concentran los primeros poblados permanentes de estas regiones.

Una dispersión similar es la que caracteriza al territorio costero, que ha sido interpretado como escenario, durante un tradicional Hierro Antiguo -siglos XI/IX a.C.- de comunidades seminómadas, de base económica ganadera y dedicados a la transhumancia. Posiblemente, esa sería la situación en un primer momento, aunque el surgimiento en la zona de hábitats construidos son materiales más permanentes, está sugiriendo una posible desaparición, o al menos una transformación, de esa citada transhumancia ganadera.

*El territorio durante el Ibérico I (600/580 a.C. - 540/530 a.C.)*

Para estas fechas de finales del siglo VI a.C. y los comienzos del siglo V a.C. Hecateo, apud Esteban de Bizancio, nos habla de unos *Ilaraugatai* que reciben el nombre de un río próximo, el *Ileraugates*, y a quienes califica de *oí Iberes*. Si admitimos la equiparación entre el *Ileraugates* y el Ebro tal como pretende Schulten (F.H.A. I: 188), podríamos deducir unas ubicaciones para *Esdetes* e *Ilaraugatai* en el siglo VI a.C., en consonancia con las localizaciones territoriales de los posteriores *Edetanoi* e *Ilercavones*. Los primeros en relación con las tierras de regadas por el Júcar y el Turia, y los segundos alrededor de la desembocadura del Ebro, hasta el Macizo de Garraf, a partir del cual los *Misgetes* se extenderían desde

allí hasta los valles del Orb y Herault. Geográficamente, esta misma división se hace coincidir con la diferenciación tradicional entre una Cataluña seca -Cataluña Nueva- y una Cataluña húmeda -Cataluña Vieja. Durante el siglo V a.C., se produciría una transformación en la unidad cultural, surgiendo nuevas y diversas agrupaciones étnicas. Así los *Ilaraugatai* darían lugar a *Ilercavones*, *Ilergetes* -rama ilaraugate trasladada a las cuencas del Segre y Cinca- y *Cosetani* -mezcla de elementos *misgetes* e *ilaraugates* (Padró - Sanmartí, 1992: 188).

Los estudios zooarqueológicos y de pólenes realizados en el asentamiento de Puig de la Nau nos permiten conocer de manera bastante aproximada el aspecto del territorio que habitarían estos *Ilaraugatai*. Próximo al poblado se localizaría un llano con cultivos de cereales -trigo, cebada, avena y mijo- y alguna leguminosa -arveja, lenteja-, junto con zonas de pasto para las cabras y las ovejas. De manera intermitente podrían encontrarse pequeños bosques de encinas y pinos, y algún que otro frutal. Su fauna más próxima se compondría de perdices, urracas, palomas, mirlos y conejos, así como ciervos, jabalíes, zorros y tejones. Hacia el suroeste existirían lagunas con vegetación abundante, típica de los humedales y similar a la de los ríos. Los terrenos más alejados de carácter montañoso, se caracterizarían por un bosque mixto de pinos, encinas y robles, y las cotas más altas por un encinar litoral característico del Mediterráneo, con un denso sotobosque. La fauna de montaña estaría compuesta de cabra, águila, gato montés y lince. Por último, el paisaje costero tendría un aspecto distinto del actual, pues las zonas pantanosas de Alcanar y Peñíscola, junto con el delta del Ebro, no existirían pues la línea de costa se encontraría algo más al interior, llegando a alcanzar los pies del Montsià (Oliver Foix, 1998a: 42-43)<sup>51</sup>.

En el intrincado valle del Ebro que discurre por las comarcas de Ribera d'Ebre y Baix Ebre, la vida de aquellos poblados que surgieron en relación con la cultura de los Campos de Urnas Recientes y que se habían asentado en las áreas

---

<sup>51</sup> Los análisis arqueobotánicos llevados a cabo en distintos niveles cronológicos de los yacimientos ilercavones del Puig de la Nau -siglo V a.C.-, de La Moleta del Remei - siglos V a.C. y IV a.C.- y del Puig de la Misericòrdia -siglo II a.C.- muestran una abundancia de *Lens culinaris* -lenteja-, *Vicia faba* -haba-, *Ficus carica* -higuera- y *Vitis vinifera* -viña. La presencia de estas variedades comestibles permiten deducir la existencia de ciertas técnicas agrícolas practicadas por los *Ilercavones*: una alternancia de cultivos de cereales y leguminosas que supone un mayor aprovechamiento del campo labrado; la capifigación de la higuera que facilita la maduración del higo; y el injerto que permite el desarrollo de la fruticultura, arboricultura y viticultura (Cubero Corpas, 1994, 1996).

más amplias, comienza a transformarse a raíz del desarrollo de un intenso comercio fenicio desde mediados del siglo VII a.C. y hasta su extinción a partir de los primeros años del siglo VI a.C. (Gusi - Oliver, 1987: 105).

Pero, ¿qué intercambiaban las comunidades indígenas con los colonos fenicios?, ¿cuáles fueron las repercusiones de esta actividad comercial en la sociedad indígena?. La existencia en Aldovesta de un depósito de objetos de bronce, ya en desuso en época antigua, destinados a ser refundidos en moldes de lingotes y varillas similares al hallado en ese mismo poblado, parece apoyar la hipótesis de los metales como mercancía de las transacciones. Por otro lado, en la comarca de Ribera d'Ebre y asociados a la Riera Compte, se ha documentado una serie de pequeños asentamientos contemporáneos, muy próximos entre sí y ubicados junto a las tierras fluviales, que han sido interpretados como reflejo de una auténtica colonización agrícola. El desarrollo de estos hábitats se produce paralelamente, en cuanto a su cronología, a las importaciones fenicias arcaicas en la zona, desapareciendo todos ellos e incluso Aldovesta, en el primer cuarto del siglo VI a.C., cuando el comercio fenicio empieza a decaer. Esta coincidencia cronológica y el hecho de que en todos estos poblados se hayan encontrado cerámicas fenicias arcaicas, lleva a plantear la existencia de algún tipo de conexión entre ambos fenómenos (Alaminos *et alii*, 1991: 279-281).

Entre los territorios más costeros, para esta época temprana, contemporáneamente a los primeros contactos con los fenicios, se estableció inicialmente una cierta jerarquización entre algunos de los hábitats localizados. La Ferradura surge como núcleo destacado, encargado del control agrícola y/o minero. Por debajo de él y en contacto visual, Sant Jaume Mas d'en Serra se convierte en centro dependiente con una funcionalidad relacionada con la vigilancia costera. Y finalmente, La Moleta del Remei en su primera etapa, como asentamiento subdependiente, parece desarrollar una función de ampliación del territorio controlado por los núcleos de segundo orden (Gracia - Munilla, 1993: 238-239). Sin embargo, las recientes excavaciones efectuadas en el yacimiento de Sant Jaume Mas d'en Serra han permitido fijar la superficie teórica de extensión del poblado en 800 m<sup>2</sup>, por lo tanto superior a la superficie de La Ferradura -400

m<sup>2</sup>- (Gracia - García, 1999: 132). Este hecho pone en cuestión la validez de dicha jerarquización, al menos en lo que respecta a la relación establecida entre estos dos últimos asentamientos, aunque parece clara la dependencia de ambos con respecto a La Moleta del Remei.

En la zona del Baix Maestrat se ubican en las laderas de los relieves más destacados y en las cimas de cerros y cabezos, es decir, en aquellos puntos claves en el control de las vías de comunicación, y cercanos a la potencial zona minera del actual término municipal de Rosell, entre los cursos altos del Cervol y del Sénia, sin que haya podido precisarse una jerarquización entre los distintos núcleos (Oliver Foix, 1993a: 151-152).

*El territorio durante el Ibérico II (540/530 a.C. - 450/425 a.C.)*

A partir de los tres tipos de paisaje, los recintos defensivos [ilercavones], que surgen en este momento, y que por lo general están situados en posición aislada, adquieren mayor o menor protagonismo en la defensa, dominio y control de los escasos núcleos o áreas llanas, cuya potencialidad económica se ha interpretado en relación con la explotación de los recursos agrícolas pastoril-ganadero y extracción mineral de hierro, plata y galena entre otros. Los valles de hábitat disperso por lo general, se encuentran protegidos y rodeados por diversos recintos ubicados en los puntos claves y estratégicos de las alturas circundantes. Así pues, la concentración de estos recintos fortificados vendría determinada por una serie de condicionamientos geográficos y económicos. En las tierras interiores, se encuentran estos recintos en áreas geográficas más localizadas y reducidas, y por tanto relativamente en menor número. Sin embargo, es la zona del litoral y prelitoral, y concretamente los cursos fluviales, las tierras donde se verifica una mayor densidad de yacimientos de este tipo (Gusi - Díaz - Oliver, 1991).

Hacia mediados del siglo VI a.C., vuelve a producirse un cambio en el patrón de asentamiento, desapareciendo la mayoría de los hábitats de los siglos anteriores. El número de asentamientos conocidos es menor, a pesar de lo cual, es significativa la cantidad de núcleos rurales dispersos por las cimas y las laderas de

los relieves recortados en el llano. Se abandonan las tierras más próximas a los recursos mineros, y se comienzan a ocupar aquéllas con mayor potencial agrícola (Oliver Foix, 1993a: 152).

En la Ribera d'Ebre, el Coll del Moro de Serra d'Almors, cesa en su actividad para no volver a ser recuperado hasta el siglo IV a.C., dentro ya de lo que se ha venido denominando Ibérico Pleno. En el Baix Ebre, el Castellot de la Roca Roja, presenta una situación inmejorable en el control estratégico del Pas de Barrufemes hacia Ribera d'Ebre y Terra Alta (Izquierdo - Gimeno, 1991: 230).

Ya junto al Delta, se localiza El Castellot [Puig Castell] de Ulldecona, iniciando su andadura en algún momento del siglo V a.C., y perdurando hasta el siglo I a.C. En esa misma comarca del Montsià, han desaparecido definitivamente La Ferradura, y con él sus poblados subordinados: San Jaume de Mas d'en Serra y La Moleta del Remei. En realidad, este último únicamente ha sido abandonado por un 'corto' periodo de tiempo, desde mediados del siglo VI a.C. hasta la segunda mitad del siglo V a.C. (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 68).

En la comarca del Baix Maestrat, el Puig de la Misericòrdia parece transformarse en el punto de equilibrio de la zona, pues en él se ha querido ver la existencia de un gran edificio fortificado reflejo de la aparición de una oligarquía diferenciadora del resto de la sociedad, incluso en su propio hábitat (Oliver Foix, 1998a: 39). Pero, esta situación vuelve a cambiar hacia la segunda mitad del siglo V a.C., al producirse una nueva reorganización territorial con la destrucción de algunos núcleos y el abandono de algunos otros, que sólo serán reocupados durante la segunda centuria anterior al cambio de era (*Idem*, 1993a: 152-154).

Por otro lado, la comprensión del papel territorial de las necrópolis ilercavonas del Ibérico Antiguo, resulta bastante difícil. Por un lado, las manifestaciones ideológicas y de riqueza de los allí enterrados, de la organización segmentaria de la comunidad, parecen no detentar una importante dimensión territorial. Puesto que sus manifestaciones se encuentran reducidas y 'escondidas' en la fosa de incineración, carecen de una proyección espacial exterior que ayude a dar significado a un determinado lugar del territorio (Mayoral Franco, 1990-91). Por otro, en la mayoría de los casos se desconoce la relación entre los escasos

hábitats documentados para este período y su necrópolis correspondiente, lo que dificulta aún más la significación espacial de ésta con respecto al territorio restringido del aquél.

Otro de los elementos constitutivos de la imagen significativa de un territorio, los lugares cultuales, están ausentes, o al menos se desconocen, en la zona del Baix Maestrat. No ha sido posible localizar en la zona, lugares en el entorno natural susceptibles de poseer un carácter sacro, tal como ocurre con las numerosas cuevas santuarios de todo el levante y noreste<sup>52</sup>.

*El territorio durante el Ibérico III (450/425 a.C. - 350/300 a.C.)*

Hacia el ecuador del siglo V a.C., el registro arqueológico muestra una nueva reestructuración de las relaciones espaciales entre los asentamientos, cuya principal característica es el aumento de tamaño de determinados núcleos, aunque siguen sin superar la hectárea en su extensión, y el reflejo de una progresiva concentración del poblamiento.

El camino por el valle hacia Terra Alta, pasa a estar vigilado a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. y tras la desaparición de El Castell [Puig Castell] de Ulldecona, por El Castellet de Banyoles. Su visibilidad estratégica se amplía hacia la Cubeta de la Mora, controlando de forma perfecta la comunicación fluvial por el Ebro (Izquierdo - Gimeno, 1991: 230). Es en este último siglo cuando vuelve a ocuparse el solar del Coll del Moro de Serra d'Almors, que, sin embargo, vuelve a ser abandonado en pocos años.

En la orilla derecha de la desembocadura del Ebro, durante esta segunda mitad del siglo V a.C., Gracia y Munilla (1993: 254) hacen coexistir tres poblados que presentan un aparente rango de primer orden: La Moleta del Remei, El Puig de la Nau y El Puig de la Misericòrdia. Los tres tienen contacto visual entre ellos y las fronteras de sus territorios restringidos parecen coincidir con los ríos de la Sénia y Cervol. Estas reducidas extensiones de sus áreas de control y explotación no hacen posible, a decir de los investigadores catalanes, interpretar cada

---

<sup>52</sup> Cf. por ejemplo, Gil Mascarell (1975) y Vega (1987).

asentamiento como centro de una estructura territorial autónoma, aunque por otra parte no parece poder constatarse jerarquizaciones macroterritoriales y sí simples establecimientos de pequeñas hábitats de carácter productivo, que ayudan a controlar las zonas de explotación más próximas a los núcleos principales. Por contra, toda la zona del Baix Ebre y Montsià sería escenario de una organización territorial a partir de una unidad grupal basada en una similitud y relación étnica, que ellos denominan tribu, y cuya homogeneidad partiría de un concepto de parentesco lejano o rasgos culturales comunes, o ambas cosas a la vez, sin que se definan dichos conceptos (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 69-70).

Sin embargo, los territorios establecidos para cada asentamiento, y por tanto sus fronteras, quedarían invalidadas si tenemos en cuenta ciertas apreciaciones cronológicas del Puig de la Misericòrdia. Este núcleo que surge como poblado de nueva planta a mediados del siglo VI a.C. no pervive más allá de mediados del siglo V a.C. en esta primera etapa, aunque posteriormente sea reocupado a finales del siglo III a.C. y hasta el último cuarto de siglo II a.C. (Oliver Foix, 1988: 161).

Tras su desaparición, el centro de la zona del Plá de Vinaròs se traslada al Puig de la Nau. Aparentemente, bajo el control de este último, podría encontrarse una serie de núcleos de menor tamaño fortificados, y aún otros que no alcanzan la media hectárea, algunos de los cuales se sitúan en el llano, y que dependerían de aquéllos fortificados. Se puede incluso, empezar a hablar de cierta funcionalidad de los asentamientos: producción cerámica -Mas d'Aragó-, producción agrícola -Povaig, Vilarroig de La Jana-, producción minera y agrícola -el Cementeri-, funcionalidad múltiple relacionada con la economía agropecuaria dominante -Puig de la Nau, La Picossa- y fondeadero marítimo -Las Piedras-. Pero, todos y cada uno de estos últimos asentamientos nombrados son abandonados hacia el cambio de centuria, tal como ocurre en otras áreas, quedando únicamente en funcionamiento La Moleta del Remei, situado en un lugar tan estratégico como es el extremo meridional de la Sierra de Montsià (*Idem*, 1993: 155-163).

En el marco territorial que se extiende desde el Pas de Barrufemes en Benifallet hasta la desembocadura del Ebro, se ha llevado a cabo un análisis de carácter procesual del patrón de poblamiento en época ibérica, más concretamente



en una etapa cronológica establecida entre el siglo V a.C. y el siglo III a.C. La primera característica que habría destacar sería la ausencia de grandes núcleos, con una superficie superior a la hectárea. El siguiente escalón en la jerarquía de asentamientos lo ocupan los poblados de tamaño medio, con una amplitud entre 0,1 y 1 Ha. y ubicados en lugares elevados fácilmente defendibles y cercanos al río. Dependientes de éstos, se encuentran pequeños asentamientos -500/1000 m<sup>2</sup>- que por su localización estarían encargados del control del territorio. Y, por último, unos hábitats muy reducidos -menos de 500 m<sup>2</sup>-, dependientes igualmente de las categorías superiores, situados en el llano y sin ningún interés estratégico (Diloli i Fons, 1996). No obstante, nos gustaría hacer notar el riesgo que supone intentar fijar un modelo de poblamiento inmutable para un período de tiempo tan extenso y tan problemático como son estas dos centurias, máxime si tenemos en cuenta las transformaciones ampliamente documentadas a lo largo de todo el siglo V a.C. y el aparente desconocimiento del desarrollo cultural de estos poblados del valle del Ebro durante este siglo IV a.C., inmerso en lo que se ha denominado el Ibérico Pleno, a pesar de su escasa sistematización cultural.

Finalmente, el otro elemento construido en el espacio territorial, las necrópolis, no presentan importantes características formales, ni grandes extensiones. Durante este Ibérico Pleno, continúa la práctica del rito de incineración, con un ajuar funerario escaso y sin estructura alguna que no sea el simple hoyo donde se introduce la urna<sup>53</sup> (*Ibidem*: 155-156). A partir de este período se desconocen los espacios de enterramiento de los habitantes de las tierras ocupadas por la actual comarca valenciana, cosa que por otra parte parece lógica, si, a partir de los comienzos del siglo IV a.C., se abandonan todos sus asentamientos, concentrándose la población en La Moleta del Remei, y no surgiendo un nuevo poblamiento hasta finales del siglo III a.C.

---

<sup>53</sup> Esta pobreza y similitud entre los ajuares de las distintas tumbas, que por otra parte se reducen a unos pocos objetos de adorno personal y a alguna que otra arma defensiva u ofensiva, han sido interpretadas como reflejo de una sociedad bastante igualitaria (Oliver Foix, 1993a: 155).

*El territorio durante el Ibérico IV (350/300 a.C. - 175/150 a.C.) e Ibérico V (175/150 a.C. - 60 d.C.)*

Vemos entonces cómo lo más destacado de este Ibérico IV es el casi total despoblamiento en el territorio supuestamente ilerconvón, tanto en las actuales comarcas catalanas como en las castellonenses. De manera similar a lo que ocurría en el valle medio del Ebro, quedan por identificar con seguridad los poblados en los que se desarrolló la cultura ibérica durante el siglo IV a.C. y los inicios del siglo III a.C. Algo parecido ocurre con las necrópolis: son abundantes los enterramientos datados durante los siglos VI a.C. y V a.C., pero totalmente desconocidas a partir de inicios del siglo IV a.C. (Oliver Foix, 1996c).

En cuanto al Ibérico V, las fuentes clásicas que hacen referencia a los acontecimientos históricos a partir del siglo II a.C. y hasta el cambio de era, nombran por vez primera a unos *Ilerconvones* habitantes de las tierras situadas en la desembocadura del Ebro. A pesar de que Estrabón coloca a los *Indiketes* como vecinos norteños de los *Edetanoi*, sin mencionar a aquéllos (*Str.* 3.4.1)<sup>54</sup>, sabemos de su existencia en la zona hacia finales del siglo III a.C. En el 226 a.C., el tratado de reparto de influencias en las costas peninsulares entre romanos y cartagineses, sin tener en cuenta la situación etnográfica de la Península, deja la mayoría del territorio ilerconvón incluida en la zona de influencia cartaginesa, aunque con una pequeña proporción del mismo bajo el dominio romano que se extiende al norte del Ebro (Polibio, 38.5). En años posteriores, tras la caída de Sagunto y su ulterior reconstrucción y transformación en enclave púnico bajo las órdenes de Aníbal (Apiano, *Iber.* 12), toda la extensión territorial ilerconvona queda bajo control cartaginés, al encontrarse flanqueada por el campamento de Cissis al norte y por la propia Sagunto al sur. Sin embargo, el Ebro sigue desempeñando un papel diferenciador, al ser repartidas las tierras del norte y sur del río, entre Hannón (*Liv.* 21.60) y Asdrúbal (*Liv.* 21.61), respectivamente. Durante las campañas de la

---

<sup>54</sup> El intento de solución al problema de los límites entre *Ilerconvones* y *Edetanoi* se centra en la hipótesis de que, en realidad, las tierras que conforman la Plana de Castellón y el valle del Mijares, no tendrían un dueño permanente en ninguno de ambos grupos, sino que alternaría de unos a otros. Esta zona fluctuante haría más difícil determinar el trazado de la frontera entre los rudos y hostiles *Ilerconvones* culturalmente más pobres (!) y los *Edetanoi* más civilizados (Fernández Nieto, 1968-69: 140).

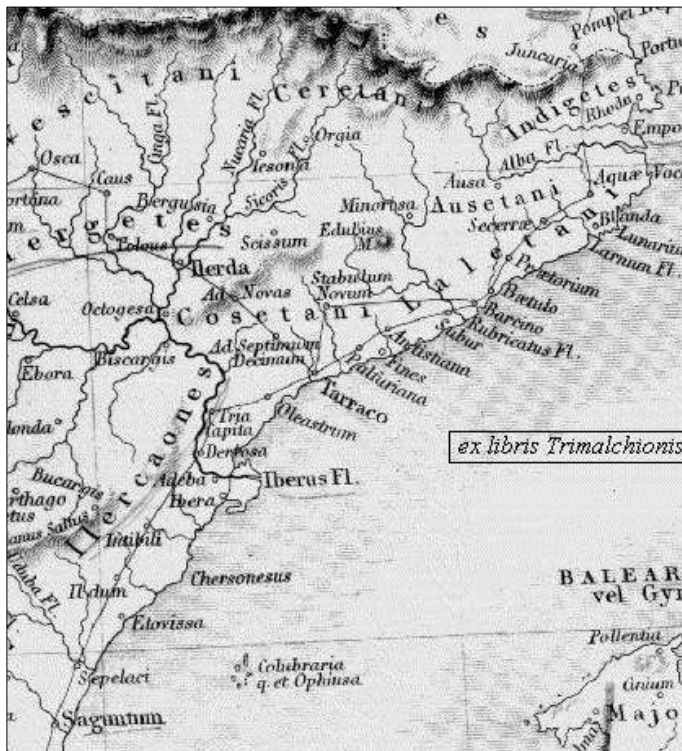
segunda guerra púnica<sup>55</sup> que se suceden en el invierno de los años 217 a.C. y 218 a.C., los *Ilergavones* siguen siendo aliados de Carthago. Así, Livio (20.21) relata cómo en un determinado momento de aquel invierno, los cartagineses montan su campamento *in agro Ilergavonensium*, probablemente en tierras de la actual Tarragona, en el área de Hannón. Este pasaje de Livio está relacionado con la incursión de celtíberos a la *provinciam Carthaginiensium* (Liv. 20.21.8). Schulten (F.H.A. V: 47-49) considera que, en realidad, estos *Ilergavonenses* de Livio harían referencia a los *Ilergetes* del norte de Ebro, en un intento de negar cualquier iniciativa indígena contra los forasteros conquistadores, la cual quedaría demostrada con un emplazamiento celtibérico en una zona tan alejada de sus territorio como el bajo Ebro. Tal interpretación del etnónimo queda invalidada si releemos el párrafo anterior de Livio (22.21.7) en el que aparecen los *Ilergetes* -más concretamente el genitivo plural *Ilergetum*- haciendo clara referencia a una agrupación diferente (Pérez Vinatela, 1991: 210). Es más, posteriormente, durante el desarrollo de las guerras civiles que se produjeron en los últimos años de la república romana, la forma *Ilergavonenses* está igualmente documentada en la versión que de éstas nos transmite César (*De Bell. civ.* 1.60.2). En una de las campañas militares llevadas a cabo en el 76 a.C., Sertorio mandó un contingente importante de soldados para defender la costa de la región ilercavona -*in Ilercaonum gentem*- de las acciones del ejército de Pompeyo (Liv., frag. 91).

Queda por tanto demostrada la existencia de un grupo étnico de *Ilercavones*, durante los tres últimos siglos de la anterior era. Su ausencia en la geografía estraboniana quizás habríamos de explicarla por su localización fuera de los territorios afectados por las divisiones administrativas augusteas y la falta de información que sufría el geógrafo griego.

---

<sup>55</sup> Cf. Oliver Foix (1989a); C. Mata Parreño, "La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa mediterránea peninsular", *La Segunda Guerra Púnica en Iberia, XIII Jornadas de Arqueología fenicio-Púnica*, Eivissa 2000, pp. 27-49.

Nos queda por dilucidar, entonces, su origen o al menos la probable relación entre *Ilergetes* e *Ilergavones*, que pudiera estar reflejada en la similitud de los etnónimos de ambos, característica esta última que ha llevado a la historiografía actual a cometer ciertos errores. Tradicionalmente se ha considerado a los *Ilergavones* como una rama escindida de los *Ilergetes*, que fue empujada hacia el sur desde la costa de la actual Tarragona por los *Cossetani*, quienes hasta este momento poblaban la llanura tarraconense (Bosch Gimpera, 1944: 147). Sin embargo, hemos apuntado ya la existencia de una hipótesis distinta que alude a un origen común para *Ilergavones*, *Ilergetes* y *Cossetani*: todos ellos constituirían ramas escintas de *Ilaraugatai* de Hecateo de Mileto<sup>56</sup>. Una parte de éstos se trasladaría hacia tierras interiores, hacia los valles del Segre y Cinca, desarrollando allí su propia cultura independiente, a partir de los siglos V a.C. y IV a.C. (Padró -



Sanmartí, 1992: 188). En cualquier caso, arqueológicamente, parece existir una serie de vinculaciones entre las culturas materiales de las gentes que poblaban el bajo Segre/Cinca y la orilla izquierda del bajo Ebro ya en época ibérica (Maya - Barberá, 1992: 182)<sup>57</sup>. Por otra parte, Ptolomeo (2.6.63) habla de una Carthago Vetus - Palaia Karchedón- entre este grupo étnico, situada en algún punto del interior, pero no muy

<sup>56</sup> Ya Beltrán Lloris (1976) apuntó esa misma idea en relación con el origen de *Ilergetes* e *Ilergavones*, como consecuencia del desdoblamiento de los antiguos *Ilaraugates*.

<sup>57</sup> Ambas agrupaciones crean y utilizan cerámica ibérica pintada, exactamente igual que los *Cossetani*, y frente a *Laietani* e *Indiketes* quienes prefieren la característica cerámica gris. La diferenciación cerámica entre unos y otros vuelve a coincidir con la división entre la Nueva y la Vieja Cataluña. pero, además, existen similitudes entre los hábitats de *Ilergetes* e *Ilergavones*, ambos se caracterizan por sus importantes sistemas defensivos y la existencia de cisternas en la mayoría de sus poblados, diferenciándose, sin embargo, en esta ocasión con los *Cossetani*, cuyos núcleos de habitación, sin defensas, forman un denso y sencillo patrón de asentamiento, cuestión ésta explicable por un surgimiento de los mismos bastante tardío (Padró - Sanmartí, 1992: 191-193).

alejado de la costa<sup>58</sup>. Se ha interpretado tal denominación *-vetus-* como reflejo de una posible fundación púnica anterior incluso a la de Carthago Nova, pero en cualquier caso, manifestación del filopunismo de los *Ilercavones* (Pérez Vilatela, 1991: 221), del mismo modo que los *Ilergetes* fueron en un primer momento aliados de los cartagineses.

Ya en momentos imperiales, la región de los *Ilergaones* es localizada al norte de la Edetania, en ambas orillas del Hiberus, desde el Udiva (Plinio, *N.H.* 3.21). Según Ptolomeo (2.6.16), pertenecían a este grupo el puerto Tenebrio, la desembocadura del Ebro, Carthago Vetus, Biscargis, Theava, Adeba, Tiariulia, Sigarra y Dertosa. Los habitantes de ésta son denominados *Dertosani*, uno de los *populi* que, con derecho romano, acudirían a Tarraco (Plinio, *N.H.* 3.23).

Esta etapa nueva histórica en la que los territorios del noreste peninsular van a estar bajo el control de la administración romana, tras la derrota del ejército carataginés al finalizar la segunda guerra púnica, se va a caracterizar por un registro arqueológico muy heterogéneo y cambiante en cuanto a la evolución del poblamiento. La mayoría de los pocos asentamientos conocidos para el Ibérico IV van a continuar su ocupación de forma paulatina. Sin embargo, algunos van a ser abandonados o van a sufrir una fuerte crisis en su proceso histórico; otros van a volver a ser habitados tras una etapa de abandono, y finalmente se van a surgir otros nuevos<sup>59</sup> (Arasa i Gil, 2001: 190). En función de este tipo de transformaciones en el patrón de poblamiento se pueden identificar tres fases que coinciden a grosso modo con las tres centurias anteriores al cambio de era.

A partir de finales del siglo III a.C. y comienzos del siglo II a.C., en la Ribera d'Ebre vuelve a producirse una transmutación en la ubicación del asentamiento encargado del control de las comunicaciones por la difícil zona del valle del Ebro. Así, El Castellet de Banyoles cesa en su actividad en el siglo II a.C., al mismo

---

<sup>58</sup> Sin muy buena fortuna y sin pruebas concluyentes, se ha querido identificar este núcleo de habitación ilercavón con la barcelonesa Vilanova y la Geltrú [J. Coroleu, *Historia de Villanueva y Geltrú*, Vilanova y la Geltrú, 1979 (1a ed. 1879): 30-31]. Tal hipótesis no puede ser aceptada si tenemos en cuenta su ubicación, demasiado al norte para los *Ilercavones*.

<sup>59</sup> En esta variedad de comportamientos poblacionales es difícil ver los reflejos de las destrucciones atribuidas a catón en las fuentes clásicas. Cf. J. Martínez Gázquez, *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona 1974; J.M. Nolla - E. Sanmartí, "Algunas consideraciones entorn de la romanització al N.E. de Catalunya", *5é Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (Puigcerdà 1982)*, Puigcerdà 1984, pp. 13-27.

tiempo -último cuarto del siglo II a.C.- que se construye San Miquel de Vinebre, aguas arriba, junto al Pas de l'Ase y en un punto estratégico con un gran dominio panorámico, para desaparecer en la segunda mitad del siglo I a.C. (Noguera, 1997).

Al norte de la comarca del Montsià, el asentamiento de Les Esquarterades parece ocupar el lugar central de su territorio, con un desarrollo que va más allá de finales del siglo III a.C. e inicios del siglo II a.C. A partir de este momento sufrirá una profunda crisis, perviviendo en sus semiabandonadas estructuras un pequeño grupo residual de población, de manera similar a lo que estaría pasando en el ya citado Castellet de Banyolas. Asimismo es abandonado El Castell de los Moros, relacionado territorialmente con el anterior y desempeñando la función de control de territorio a modo de atalaya. Por el contrario, El Castell de Amposta y el asentamiento de Mianes, ambos situados en llano y desempeñando funciones propias de poblados de segundo orden en el territorio articulado desde Els Esquarterades, pervivirán más allá del siglo II a.C. (García i Rubert, 2000: 162).

En este mismo período, en la confluencia del Montsià con el Plá de Vinaròs, se lleva a cabo una nueva articulación del poblamiento. Continúa sin interrupción la vida en La Moleta del Remei, y en torno a ella surgen al menos tres nuevos asentamientos que se han considerado de segundo orden. La Punta de Benifallen, complementa el control territorial de La Moleta al poseer un total dominio visual sobre el Golfo de los Alfaques y la zona de tránsito costero hacia la actual localidad de Amposta; el núcleo de San Cristo amplía el territorio percibido hacia el curso final de La Sènia; y, por último, el asentamiento denominado Cota 154 hace lo propio hacia el interior de dicho río y la depresión de Ulldecona (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 69).

Algo más al sur, se puede hablar de una continuidad de poblamiento con respecto a las dos centurias anteriores, aunque algunos asentamientos -El Puig de la Misericòrdia, El Povaig, La Picossa, el Mas de Víctor y, con seguridad, El Puig

de la Nau- parecen mostrar una pequeña fisura en su proceso ocupacional para volver a estar en activo en el siglo II a.C.<sup>60</sup> (Arasa i Gil, 2001: 191-193).

A mediados del siglo II a.C., desaparece El Puig de la Nau, a pesar de que ya con anterioridad habían sido abandonados la mayoría de sus núcleos subordinados. Algunos de éstos asentamientos vuelven a ser ocupados -Mas d'Aragó y El Povaig-, mientras se crean otros nuevos, fortificados y con una extensión que ronda la media hectárea. Entre ellos, podría haberse establecido una cierta relación de interdependencia, en la que La Curolla de Xert ocuparía el primer puesto, si nos atenemos a la asociación rango/tamaño -0,9 ha.-, y controlaría el camino que desde las Roques de la Barbada -desembarcadero con clara funcionalidad pesquera y comercial<sup>61</sup>- sigue hacia los puertos de Morella y hacia el Bajo Aragón. Por debajo, estarían asentamientos como el Povaig o Mas de Vito, dedicados a la producción agrícola, y otros con funciones artesanales, como Mas d'Aragó, que vuelve a ser utilizado en la ubicación de un nuevo centro alfarero. El Puig de la Misericòrdia, debido a sus características constructivas -escasa extensión y torre- y a su ubicación en la distribución espacial del patrón de asentamiento -a medio camino entre La Tossa, La Moleta del Remei y La Picossa, poblados de los más destacados de la zona- quizá tuviese en este momento una funcionalidad de control del territorio. Ese mismo carácter defensivo parece ser el detentado por el nuevo núcleo de La Parreta o El Perengil (Oliver Foix, 1993a: 164).

La estructuración y la funcionalidad de estos dos últimos asentamientos han llevado a plantear una tipología de poblados dividida en ciudades -con capitalidad territorial-, poblados fortificados -más o menos complejos-, casas fortificadas y torres. El Puig de la Misericòrdia de Vinaròs es considerado una casa

---

<sup>60</sup> El Perengil es el único que presenta en su registro arqueológico cerámicas atribuibles sin duda alguna al siglo III a.C. (Oliver Foix, 1999a, 1999b).

<sup>61</sup> Se han identificado otros dos yacimientos edetanos con el mismo carácter costero y comercial, y con una cronología asimismo republicana: la Torre de la Sal [cf. J. Wagner, "El yacimiento submarino de Torre de la Sal, Cabanes (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 5 (1978), pp. 305-331; A. Fernández Izquierdo, "El yacimiento submarino de Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). Nuevas aproximaciones", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 12 (1986), pp. 229-248; *Idem*, "El poblado ibérico de Torre la Sal (Ribera de Cabanes-Castellón). Campañas de excavaciones 1985-88", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 13 (1987-88), pp. 227-274; *Idem*, "Torre de la Sal. Ribera de cabanes, la Plana Alta", *Memàries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-1985*, Valencia 1988, pp. 170-172].y la Torre de Onda [cf. F. Arasa -

fortificada, pues responde al tipo de poblado de calle central y torre, de escasa extensión y simplicidad urbanística, pero con funciones muy variadas, que pueden ir desde la explotación agropecuaria al control del territorio. Por su parte, La Parreta o El Perengil, edificación rectangular aislada en la cima de una colina y construida a partir del siglo III a.C. es percibido como torre, aunque se apunta la dificultad a la hora de determinar su verdadera funcionalidad (*Idem*, 2002).

Todos estos hábitats muestran una localización geográfica y territorial que parece obedecer no a factores defensivos, sino a la proximidad a las vías de comunicación, a las zonas de abastecimiento de materias primas, y a los paisajes de explotación agrícola y ganadera (Arasa i Gil, 2001: 172). Para un mayor y mejor control del territorio se establecen relaciones de visibilidad entre unos y otros asentamientos. En el Plá de Vinaròs, este control perceptivo se produce desde La Picossa y El Puig de la Misericòrdia, comunicados visualmente entre ambos y con El Castell [Puig Castell] de Ulldecona y La Moleta del Remei. Asimismo, El Castell de Cervera del Maestre permite ampliar el territorio percibido y vigilado hacia el oeste, hacia el área de Rosell, de igual manera que El Povaig lo hace hacia el sur, hacia el corredor de Alcalà de Xivert<sup>62</sup> (*Ibidem*: 178).

Finalmente en el último cuarto del siglo II a.C. son abandonados algunos de los asentamientos ya tradicionales, mientras que otros más recientes perviven al menos durante el primer cuarto del siglo I a.C. -El Povaig y Mas d'Aragó- Se observan dos tendencias claras: un lento abandono de los *oppida* grandes y medianos -hacia el cambio de siglo desaparece La Curolla de Cervera del Maestre y hacia mediados del siglo I a.C. La Curolla de Xert- y un aumento progresivo de pequeños asentamientos ubicados en llano o en alturas medias (Arasa i Gil, 2001: 201-202). El paso siguiente, en la segunda mitad del siglo I a.C., será el

---

N. Mesado, "La ceràmica d'importació del jaciment ibèric de la Torre d'Onda (Borriana, la Plana Baixa)", *Arxivo de Prehistoria Levantina*, XXII (1997), pp. 79-102].

<sup>62</sup> Al sur de este corredor de Alcalà de Xivert el control visual y, por tanto, del paso a través de dicho corredor, efectúa desde El Castell d'Alcalà [cf. J. Neumaier - J.M. de Antonio - D. Vizcaino, "Excavaciones de salvamento en el Castell de Xivert (Alcalá de Chivert, Castellón). Avance del estudio de las fases pre y protohistóricas", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19 (1998), pp. 195-219]. Más al sur, en la Ribera de cabanes, se documenta un modelo de lugar central con un sistema de intervisibilidad centrado en la Torre de la Sal, cuyos accesos se encuentran cubiertos por una serie de asentamientos en altura y otra de pequeños hábitats diseminados por los alrededores (Arasa i Gil, 2001: 179).



establecimiento de pequeñas *villae* -Cementeri Vell- a la manera itálica, aunque con población indígena (Oliver Foix, 1993a: 165-166).

Vemos pues cómo en todo territorio ilercavón parece producirse un abandono progresivo de los poblados de mayor tamaño y una pervivencia y creación de nuevos núcleos de menor tamaño, situados en alturas medias o en llano. Esta dinámica general se ha interpretado como resultado de la implantación de un nuevo sistema económico y no a consecuencia de acciones puramente militares. El registro arqueológico de los asentamientos y el patrón de poblamiento no permiten hablar de una confrontación bélica entre indígenas y romanos, puesto que los núcleos de carácter secundario continúan en funcionamiento durante los siglos II a.C. y I a.C., así como algunos de primer orden parecen mantener un grupo reducido de población residual (García i Rubert, 2000: 162).

Se produce un cambio en las relaciones económicas entre asentamientos ibéricos y administración romana provincial, con una redistribución de la propiedad de la tierra que en ocasiones se ha explicado a partir del establecimiento de población romana (Gracia - Munilla, 1993: 216, 236). En cualquier caso, haya o no implantación de colonos romanos en la zona, parece clara la introducción progresiva de un nuevo sistema de explotación del territorio, desde finales de la segunda guerra púnica hasta la establecimiento definitivo del modelo de *villa*<sup>63</sup>. A consecuencia del aumento de la importancia del vino en la cultura alimentaria romana, comenzarían a producirse ciertas transformaciones en los cultivos peninsulares, sustituyéndose paulatinamente los campos de cereal por amplias extensiones de viñedo, aunque en ocasiones e inicialmente podría producirse una combinación de los dos tipos de cultivo (Oliver Foix, 1996: 130-131). Asimismo, se apunta la posibilidad de una convivencia durante cierto tiempo de poblados indígenas con las primeras *villae*. Así, por ejemplo, El Castell de Ulldecona no es abandonado hasta finales del siglo I a.C. y el asentamiento de

---

<sup>63</sup> Así parece indicarlo las manifestaciones de escritura ibérica que aparecen en la mayoría de este tipo de asentamiento [cf. A. Oliver Foix, "La epigrafía Ibérica y Romana como elemento sintomático de influencia cultural. Aportaciones al proceso escrituario en la Edad Antigua", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXI (1985), pp. 33-48], y la continuación de formas cerámicas anteriores que coexisten con tipologías de *Terra Sigillata* importadas

Mianes acaba siendo transformado en una verdadera villa (García i Rubert, 2000: 164).

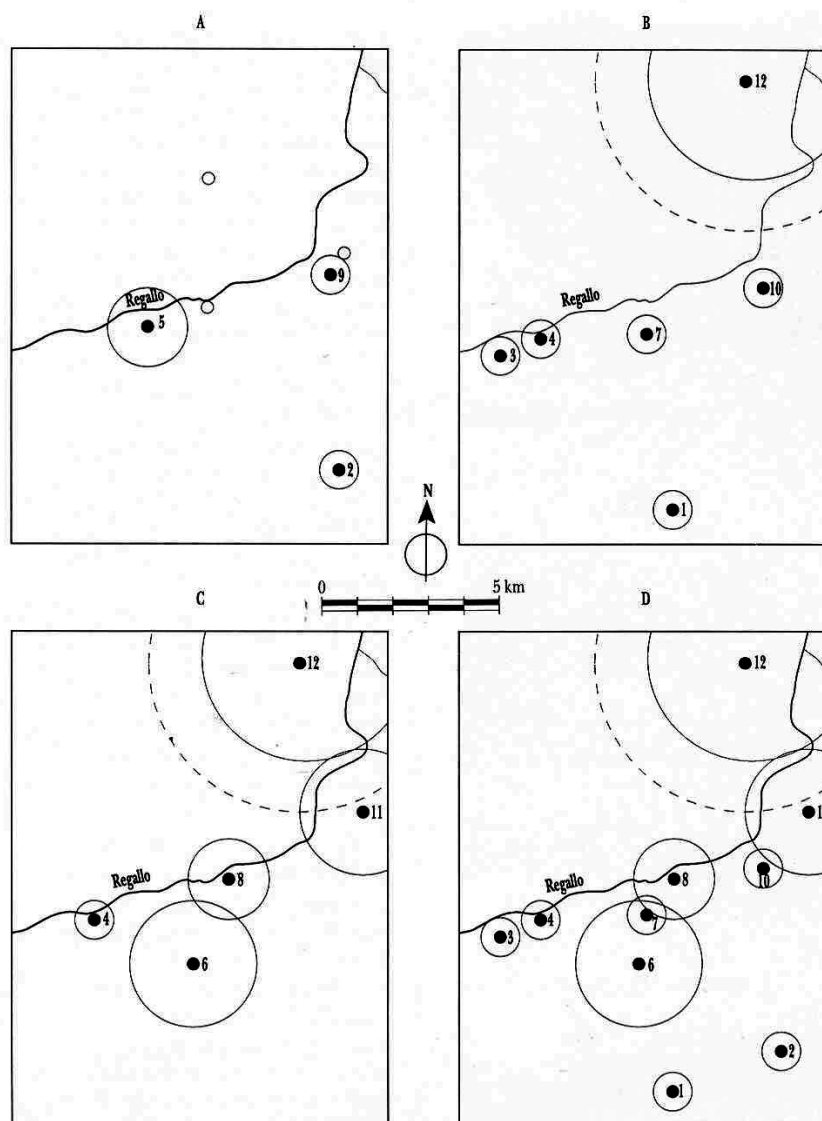
## **2.- Persistencia y cambio en los territorios del valle del Ebro**

Ya hemos apuntado en alguna que otra ocasión la necesidad de ver los cambios acontecidos en los registros arqueológicos de las comunidades protohistóricas peninsulares, y por tanto de las agrupaciones étnicas nombradas en los textos clásicos, como partes identificativas del continuo temporal que supone el proceso histórico de aquéllas. A pesar de que hemos querido compartimentar nuestro discurso de acuerdo a la periodización al uso, hemos visto como incluso dentro de cada uno de los apartados establecidos se registran una serie de cambios, lógicos por otra parte, si consideramos la protohistoria peninsular como una realidad en permanente transformación. Estos cambios en el registro arqueológico no son más que manifestaciones de los desequilibrios acontecidos en la adaptación de las comunidades vecinas del Ebro y solucionados mediante el establecimiento de elementos existenciales característicos de un nuevo proceso adaptativo.

Sin embargo, ahora nos interesa resaltar las grandes transformaciones acontecidas en los sucesivos patrones de asentamiento, sin abandonar por ello su pequeñas matizaciones evolutivas, y sin olvidar aquellos rasgos que permanecen invariables a lo largo de los años.

Así, durante las dos primeras etapas pertenecientes a la Protohistoria de las comunidades de los cursos medio y bajo del río Ebro -los Campos de Urnas Recientes/Bronce final II y III, y la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas/Ibérico I-, el territorio se encuentra categorizado por una serie de elementos, algunos de ellos naturales y otros resultantes de la acción constructiva del hombre. Los cursos fluviales secundarios se constituyen en ejes vertebradores del asentamiento humano, debido en parte a la mayor fertilidad de sus tierras aluviales y a su mayor facilidad de acceso. Cada uno de los valles se convierte en

una unidad de poblamiento, a lo largo de la cual poblados y necrópolis ayudan a articular, a categorizar el espacio territorial. Los cambios acontecidos a lo largo de estos primeros siglos se limitan a la ubicación de los poblados, que parece tender hacia un cierto agrupamiento en determinados lugares del valle.



42. Dispersión de poblados y delimitación aproximada del territorio afectado por éstos en el valle del Regallo (Alcañiz, Teruel). A. Poblados con predominio de la cerámica a mano; B. Id. con predominio de cerámica ibérica; C. Id. con cerámica ibérica y romana; D. Apogeo de la cultura ibérica.

1. Ermita de San Miguel.- 2. Cabecico del Tambor.- 3. Puente del Regallo.- 4. Cerezuela.- 5. Regallo I.- 6. Bandereta I.- 7. Bandereta II.- 8. Tarratrato.- 9. Masico de Ponz.- 10. Castellar.- 11. Cabezo del Moro.- 12. La Caraza. (según J. A. Benavente).

Mientras que en el espacio restringido del poblado y en la cultura material parece existir una importante homogeneidad para toda el área del valle interior, desde el Huecha hasta el Matarraña y Algás, como vimos, son precisamente las necrópolis las que marcan ciertas diferenciaciones territoriales -quizá étnicas- a lo

largo del curso del Ebro. Por ejemplo, inicialmente llamó nuestra atención la observación hecha por Burillo (1990: 187; 1991: 50) sobre la coincidencia de áreas de expansión, de los túmulos de incineración del Bajo Aragón por un lado, y de las posteriores estelas funerarias características de dicha comarca por otro y sobre la posible identidad grupal, acaso étnica, que supone la homogeneidad del ritual funerario de las comunidades asentadas en un determinado territorio. Más tarde, acaba llegando a la conclusión de la pertenencia de ese territorio antropizado e identificado a través de dichos rituales a la agrupación étnica de los *Ausetani* del Ebro (Burillo, e.p.b)

Asimismo, se aprecian ciertas diferencias entre el patrón de asentamiento descrito para el hipotético territorio de los *Sedetani* y aquel otro resultante de la ubicación de los poblados supuestamente ilerlavones. Es más, para estos últimos parece percibirse una disparidad zonal entre el valle del Ebro propiamente dicho, y los llanos litorales de las actuales comarcas del Montsià y el Pla de Vinaròs. Los poblados documentados con cronologías más tempranas se concentran en dos áreas distintas. Una de ellas, la más interior, se corresponde con el valle secundario conformado por el Siurana y su tributario Riera de Capçanes, y cuyos poblados culturalmente se encuentran más próximos al fenómeno de los Campos de Urnas Recientes. La otra, más costera, presenta a su vez distintas agrupaciones en los cursos del Sénia y del Cervol, por un lado, y en el extremo sur de la Serra de Montsià, por el otro.

Si bien en el valle de Siurana, los elementos articuladores del territorio son igualmente el curso fluvial y los hábitats -poco se conoce acerca de las necrópolis-, en las comarcas castellanenses, el elemento fluvial parece haber perdido su carácter vertebrador del territorio. A pesar de que algunos de los poblados se encuentran asociados a los ríos de Sénia y Cervol, las concentraciones resultantes, en los alrededores de las actuales localidades de Uldecona y Rosell, deben ponerse en relación con destacadas vías de comunicación. Los asentamientos del sur de la Serra de Montsià se encuentran ubicados en una área de intersección entre el camino que en dirección norte/sur comunica el Pla de Vinaròs -como continuación del estrecho paso entre las Muntanyes de Mur/Talaies d'Alcalà y la

Serra d'Irta- y el Delta del Ebro, para proseguir paralelo a la costa hasta llegar a los Pirineos, y aquel otro que a lo largo del valle transversal -este/oeste- pondría en relación el litoral con el interior. De la misma manera, el hecho de que la agrupación de hábitats se produzca en los cursos altos del Sénia y del Cervol, debe interpretarse como resultado de la importancia comunicadora de ambos ríos precisamente en estos lugares; es decir, donde se produce la confrontación entre los llanos litorales y las estribaciones orientales del sistema ibérico, de tal forma que los estrechos valles nombrados se constituyen en pasos naturales hacia el interior<sup>64</sup>. Es más, la diferencia con respecto a lo que está ocurriendo en el interior es aún mayor, si aceptamos una cierta jerarquización, ya en fechas tan tempranas, para los núcleos agrupados en el extremo meridional de la Serra de Montsià -nada se sabe, sin embargo, sobre una posible jerarquía entre los hábitats del área de Rosell, al menos hasta época tardía-.

Hacia finales del siglo VI a.C. o comienzos del siglo V a.C., se produce una serie de destrucciones y transformaciones generalizadas por toda el área considerada tradicionalmente como ibérica. Es la llamada, para lo acontecido en las comunidades del valle del Ebro, 'crisis del Ibérico antiguo'. Es además, el momento de una diferenciación efectiva entre los territorios que poco después pasarán a formar parte de la cultura celtibérica y aquellos otros, más orientales, que se caracterizarán por su 'iberismo'. Este período denominado de Campos de Urnas Tardíos para el valle del Ebro identifica, en realidad, siglo y medio de transformaciones sucesivas, que hacia mediados del siglo IV a.C. debería dar eclosión a la integración en la plena 'cultura ibérica', de determinadas comunidades del valle.

Sin embargo, en nuestro intento de reconstruir el proceso histórico de estos siglos, hemos podido comprobar la existencia de un verdadero vacío arqueológico para estas tierras del tramo medio de Ebro. Como ya hemos apuntado, los asentamientos característicos de la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos

---

<sup>64</sup> La concentración de asentamientos en la zona de Rosell ha sido interpretada en alguna ocasión como reflejo de la explotación de los recursos mineros de aquellas tierras (Oliver Foix, 1993a: 151-152), para así ponerse en relación con los probables intereses fenicios. Sin embargo, debería tenerse en cuenta esta nueva lectura del registro arqueológico castellanense, más en consonancia con el control de las comunicaciones.

de Urnas, dejan de funcionar a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., o al menos no parecen ir más allá de los primeros momentos del siglo V a.C.<sup>65</sup>. Posteriormente, los yacimientos clasificados dentro del Ibérico Pleno, y llamados 'iberorromanos', no comienzan a funcionar con anterioridad a la segunda mitad del siglo III a.C. Sólo hemos podido recopilar un escaso número de asentamientos con una cronología del siglo IV a.C., pero la mayoría de ellos son conocidos únicamente a través de prospecciones, por lo que sus dataciones no son demasiado fiables por inexactas.

Habría que plantearse si este vacío arqueológico responde realmente a una fase de decaimiento de las comunidades del valle medio del Ebro y de los afluentes de su margen derecha, lo que por otra parte chocaría con la pretendida explosión demográfica del Ibérico Pleno, o a una falta de excavaciones sistemáticas de algunos de los poblados detectados en prospección. A ello habría que añadir, tal como ha objetado Burillo (1987: 80) la falta de sistematización de la cerámica indígena, que carece aún de una tipología de formas y decoraciones que ayude a fechar los asentamientos en aquellos niveles en los que no aparecen cerámicas de importación. Quizá si dispusiéramos de una cultura material datada de forma fiable, no pocos de los asentamientos ubicados cronológicamente en siglo III a.C. podrían llevarse hasta la centuria anterior. Y quizá la organización territorial articulada por algunos de los núcleos urbanos posteriores estuviera ya vigente en momentos precedentes.

En cualquier caso, durante esta segunda mitad del siglo V a.C. y su transición al siglo IV a.C., se ha producido una serie de transformaciones en la articulación del territorio sedetano y ausetano. Desaparecen las últimas necrópolis como elemento categorizador del mismo, hecho este que reflejaría un cambio sustancial en la religiosidad y la manera de pensar la muerte de los habitantes de estas comunidades. Igualmente, los cursos fluviales secundarios como tales dejan de ser

---

<sup>65</sup> Dos puntualizaciones debemos realizar aquí. La primera, la antigüedad de las excavaciones y el carácter puntual y no extensivo de éstas. Y la segunda, la falta de sistematización de los materiales que configuran la cultura material del fenómeno ibérico. Todo ello tiene como resultado un cronología imprecisa y contradictoria en no pocos casos.

los principales elementos estructuradores del poblamiento, aunque siguen manteniendo, en cierta medida, su carácter de vía de comunicación.

Esas mismas bases territoriales, sin necrópolis y con las confluencias de los afluentes con el Ebro como áreas preferidas para los lugares de habitación, siguen vigentes a partir de fines del siglo III a.C. Pero, si observamos la localización de los nuevos asentamientos indígenas y de las llamadas fundaciones romanas republicanas, nos damos cuenta de que los puntos elegidos son precisamente las intersecciones entre vías de comunicación transversales, potenciando quizá una situación ya existente en el siglo IV a.C. El patrón de asentamiento ya no es de carácter lineal, sino que presenta una clara estructuración reticular, al entrar en juego caminos no únicamente fluviales.

Es decir, exactamente el mismo fenómeno que está ocurriendo en los llanos litorales ilercavones desde etapas anteriores, y que, por supuesto, sigue documentándose durante el llamado Ibérico II, aunque no sean ajenos ciertos cambios de asentamiento. A partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. los pasos de Benifassa y el Cervol pierden interés, mientras que el longitudinal norte/sur se ve reforzado por los nuevos establecimientos sobre cerros testigos del Pla de Vinaròs, asociados, por otro lado, a los pequeños cursos fluviales transversales. Asimismo, en el intrincado valle de las comarcas de Ribera d'Ebre y Baix Ebre, desaparecen los asentamientos del valle de Siurana, mientras que un único núcleo con una inmejorable situación estratégica es el encargado de controlar el paso por el valle desde la costa hacia Terra Alta.

Pero, a lo largo del siglo V a.C. se sucede una serie de transformaciones en las que los poblados destacados de la franja costera se turnan en su papel equilibrador de la zona, hasta que hacia el cambio de era se produce un despoblamiento generalizado en toda el área -sólo permanece La Moleta del Remei- hasta el surgimiento de un nuevo poblamiento a partir del siglo III a.C. Este fenómeno que parece extenderse por toda la costa catalana y francesa<sup>66</sup>, y

---

<sup>66</sup> Para la situación en la costa catalana cf. J. Barberà - E. Sanmartí, *Excavacions al poblat ibèric de la Penya del Moro, Sant Just Desvern (1974, 1975, 1977, 1981)*, Barcelona 1982; J. Sanmartí - J. Santacana, "El poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès) i el seu entorn. Anàlisi crítica", *Tribuna d'Arqueologia*, 1986-1987, Barcelona, pp. 7-14.

posiblemente por el valle medio del Ebro, si aceptamos un verdadero decaimiento poblacional para aquellas tierras.

Es precisamente en relación con los puntos de intersección, que el poblado toma mayor importancia en la categorización del territorio, convirtiéndose así en *oppidum*, y desempeñando una función principal -no única- de control de las comunicaciones. Este nuevo papel en la articulación del espacio territorial, en su sentido más amplio, debe necesariamente ir acompañado de una capacidad aglutinadora del entorno más inmediato. Algo que queda patente en la jerarquización establecida y admitida para determinados núcleos sedetanos, y ausetanos, al menos a partir del siglo III a.C., y para algunos de los ilerlavones desde el siglo VII a.C. Entre ellos parece establecerse un claro patrón de relaciones entre núcleos privilegiados -*oppida*- y otros subordinados a ellos, pero únicamente entre los asentamientos agrupados en las áreas de intersección -que probablemente coindirían con el territorio primario del *oppidum*, donde a su vez se asentarían los núcleos subordinados-. Por el contrario, no existen *a priori*, relaciones de subordinación entre los núcleos privilegiados de toda el área tanto sedetana, como ausetana e ilerlavona.

Será a partir de la segunda mitad del siglo II a.C., cuando vuelva a producirse un cambio en el patrón de asentamiento del valle del Ebro. Éste se caracteriza por lo que parece un proceso generalizado de fundaciones de núcleos urbanos de cierta entidad, netamente romanos, aunque camuflados bajo un topónimo indígena ya existente. Dicho fenómeno ha podido ser documentado en el valle medio; sin embargo, parece ausente del territorio costero adscrito a los *Ilerlavones*.

Quizá sea precisamente este hecho lo que llevado a considerar la estructura que presenta el poblamiento de esta zona ilerlavona -una desaparición de los centros de primer orden, acompañada de la perduración de determinados asentamientos de los de menor tamaño, y finalmente la sustitución de estos últimos por verdaderas *villae* romanas- como algo eminentemente autóctono. Podríamos estar de acuerdo con esta apreciación, pero discrepamos de una explicación de la nueva articulación territorial en la que se encuentre ausente la



'mano romana'. Si, como explica Oliver Foix (1993a: 164), el nuevo patrón responde a la desaparición del cultivo de cereales y su sustitución por el cultivo de viñas, hecho contrastado por los análisis polínicos y antracológicos de algunos yacimientos, no sería coherente rechazar la influencia de los intereses económicos de los romanos en la zona. Aunque todavía no se haya implantado sobre la realidad peninsular un patrón de asentamiento claramente importado del mundo romano, las novedades parecen estar más en consonancia con las necesidades espaciales de las nuevas actividades agrícolas potenciadas por los nuevos elementos alóctonos.

Nos interesa destacar aquí lo que está ocurriendo en la vecina área cossetana -al norte del Coll de Balaguer, y entre éste y el Macizo de Garraf-, en estos mismos momentos. A partir del último cuarto del siglo II a.C., se produce un cambio en el patrón de asentamiento de los pobladores de la comarca. Este nuevo patrón de interrelación agraria supone una reducción en el número de centros, un aumento en su tamaño y una localización en llano, después de llevar a cabo una diferenciación de las tierras bajas o una desecación de las pantanosas; así se localizan preferentemente en el centro de tierras llanas de la franja costera y en las plataformas de los torrentes, río arriba. Se caracteriza por una mayor especialización de los cultivos y una centralización de la dirección de los mismos. El resultado en el mapa de distribución de asentamientos, es la transformación y desaparición en un primer momento -finales del siglo I a.C.- de los centros secundarios y finalmente del lugar central en el primer cuarto del siglo I a.C. La red de núcleos aldeanos de menor tamaño, por el contrario, va sufriendo una serie de cambios paulatinos -desde finales del siglo II a.C. hasta la primera mitad del siglo I a.C.-. En una primera fase, el nuevo modelo territorial traído por la implantación de la *villa* romana sería minoritario, y los hábitats indígenas perdurarían con el fin de abastecer a los centros colonos, hasta que la producción de las propias *villae* permitiese su desarrollo como centros autárquicos, algo que

ocurría en una tercera fase, y después de un período de convivencia y complementariedad entre ambos modelos<sup>67</sup>.

Algo muy similar ocurre igualmente en el área layetana -tradicionalmente en las comarcas costeras de la Cataluña Central: el Baix Llobregat, el Barcelonès, el Vallès y el Maresme-, donde, durante el denominado en ocasiones Ibérico final, muchos de los núcleos ibéricos dispersos, considerados de carácter rural son abandonados, al mismo tiempo que se establecen otros nuevos, generalmente amortizando los 'campos de silos' de la etapa anterior. Los establecimientos documentados en el llano de la costa, por su parte, tienen una funcionalidad artesanal, puesto que se encuentran destinados a la fabricación de cerámica, siendo continuadores de los centros más antiguos. Será en las décadas siguientes del siglo II a.C. cuando comiencen a construirse numerosos hábitats dispersos, repartidos por toda la llanura litoral, y a abandonarse progresivamente los *oppida* ibéricos, que habían sido utilizados como centros romanizadores hasta el momento. Poco a poco y durante la segunda mitad del siglo I a.C., probablemente a partir de Augusto, estos asentamientos rurales darían paso a las típicas *villae* romanas, que en algunos casos se levantan muy próximas a aquéllos. Estarían especializadas en un cultivo de viña, produciéndose por tanto un nuevo cambio en el modelo de explotación agrícola de la llanura litoral. Hacia el 50 a.C., momento en el que cesa la acuñación de moneda en caracteres ibéricos y se funda la ciudad romana de Iluro, se establece definitivamente el dominio cultural y político de Roma<sup>68</sup>.

---

<sup>67</sup> Cf. M. Miret - J. Sanmartí - J. Santacana, "La evolución y el cambio del modelo de poblamiento ibérico ante la romanización: un ejemplo", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid 1987, pp. 79-88 :83-84; *Idem*, 1991.- "From Indigenous Structures to the Roman World: Models for the Occupation of Central Coastal Catalonia", *Roman Landscapes. Archaeological Survey in the Mediterranean Region, Archaeological Monographs of the British School of Rome*, 2, pp. 47-53.

<sup>68</sup> Cf. J. Pujol - J. García, "El poblament ibèric dispers al maresme central: l'exemple de Can Bada (Mataró), i el procés de romanització des de l'inici de la colonització agrícola fins al naixement d'Iluro", *Laietania*, 9 (1994), pp. 89-129 :107-108.

## ESPACIO RESTRINGIDO Y REGISTRO ARQUEOLÓGICO

En el marco más amplio del territorio, el espacio restringido inmediato del hábitat se constituye en uno de los hitos referenciales mejor percibidos. Habitualmente, la tendencia de las comunidades protohistóricas a ubicar sus lugares de residencia en los sitios de difícil acceso, ha sido interpretada como reflejo del deseo de seguridad. Pero, este rasgo defensivo y estratégico eclipsa en cierta manera la necesidad de definir los límites de la propia comunidad. La escasa importancia dada por parte de los primeros poblados de carácter permanente a este último aspecto, implícito en la elección de relieves morfológicamente bien delimitados para su ubicación, quizá sea resultado de haber olvidado la empresa de carácter comunal que supone la construcción de cada uno de ellos<sup>1</sup>. Sin embargo, no son pocos los urbanistas que ponen en relación este requisito de demarcación de los límites habitacionales con la ciudad o 'lo urbano', o con ambas cosas a la vez.

Y precisamente estos dos conceptos son traídos a colación de forma continuada por los arqueólogos dedicados a estos siglos protohistóricos, en los que se presuponen los primeros intentos urbanísticos de los habitantes peninsulares. Las cuestiones de si los íberos viven o no en el seno de una sociedad urbana y de si algunos de sus asentamientos llegan a detentar el rasgo de 'ciudades', pueblan profusamente la bibliografía.

---

<sup>1</sup> Belluschi considera esta arquitectura comunal, 'sin arquitectos', como "*un arte comunal producido no por unos pocos intelectuales o especialistas, sino por la actividad espontánea y continua de todo un pueblo con una herencia común, actuando en una comunidad de experiencia*" (Rudofsky, 1973: 6).

En los primeros momentos historiográficos -lo vimos con anterioridad- la ciudad y lo urbano se encuentran estrechamente unidos. Y puesto que la ciudad únicamente aparece en la Península Ibérica en relación con los fenómenos de colonización, los asentamientos indígenas son considerados pertenecientes a un nivel preurbano, inferior al de las 'civilizaciones' griega, fenopúnica y romana.

Poco a poco, y gracias a los cambios -cuantitativos y cualitativos- acontecidos en el proceso de análisis del registro arqueológico, el llamado mundo ibérico pasa a ser pensado dentro de un marco claramente urbano. En consecuencia, la problemática de la ciudad empieza a plantearse en términos de organización urbana y de formas urbanísticas, separando así lo urbano de lo urbanístico. Si con lo urbano se significa lo perteneciente a la ciudad, lo urbanístico hace referencia al urbanismo en sí mismo, entendiendo por este último el conjunto de acontecimientos que se refieren al estudio de la creación, desarrollo y progreso de los poblados en orden a las necesidades materiales de la vida urbana (Abad - Bendala, 1994).

La perspectiva materialista añade un nuevo punto de partida, que no es otro que la relación establecida entre dos variables: artefacto y contexto. A través de ella se hace posible el análisis tecnológico de la producción, que a su vez permite conocer las relaciones sociales de la comunidad responsable del registro arqueológico en cuestión. Así son tres las variables fijadas: artefacto, estructura espacial -construida o no- y espacios de actividad. Y dos niveles establecidos con respecto a las unidades mayores: asentamiento y territorio político/económico, siendo en el primero de ellos donde se buscan las unidades de producción y/o consumo (Ruiz - Molinos, 1993: 145).

Por su parte, la ciudad, como objeto conceptualmente diferente, ha sido categorizada de muy diversas maneras desde las Ciencias Sociales, en función de las distintas posiciones epistemológicas. Lefebvre (1979: 202-203) establece una clasificación de dichas aproximaciones que, como podemos ir comprobando, se corresponden con el tratamiento que el fenómeno ciudadano ha ido recibiendo en el seno de nuestra arqueología. La ciudad obra de arte es entendida como máximo exponente de la práctica constructiva y monumental de una cultura en

concreto. Es decir, el mismo punto de partida asumido por los primeros historiadores interesados en la urbanística antigua peninsular, y cuyo peso específico aún determina aquellas posturas investigadoras que ven en lo monumental la caracterización de la ciudad. Ésta como artefacto se convierte en un objeto espacial apropiado para el control y la medición, algo a lo que no es ajeno el tecnicismo característico de este siglo. Y en la investigación arqueológica más reciente -lo veremos con más detalle- podemos encontrar no pocos intentos de modulación de los espacios de habitación protohistóricos. Finalmente, en esa misma ciudad se producen disputas y concurrencias de intereses pertenecientes a los diferentes grupos sociales que en ella conviven, y que se plasman en la articulación del espacio, transformándose así en lugar social. Claramente, se corresponde con los presupuestos asumidos por los materialistas históricos implicados en el registro arqueológico peninsular.

Sin embargo, esta última perspectiva social se ve enriquecida en cierta manera por el paradigma sistémico y se convierte en una categorización de la ciudad como sistema espacial y social (Almandoz Marte, 1993: 627), en la que se combina el análisis de los caracteres funcionales con los otros sociales y culturales que los complementan (Schmidt-Relenberg, 1976)<sup>2</sup>.

Por último, la expansión de la urbanización en espacios exteriores a los inicialmente delimitados, ha llevado a los estudiosos de la ciudad a poner en entredicho la definición de ésta como lugar formalmente delimitado y diferenciado en el territorio. Precisamente, las nociones de territorio y ambiente comienzan a formar parte de la ciudad, que pasa a ser "*una forma de centralidad que admite contenidos variables*" (Roncayolo, 1988: 9).

---

<sup>2</sup> Parece ser que esta idea de 'sistema urbano' ha sido defendida tempranamente por Castells, quien lo define como una determinada articulación de las estructuras política, económica, ideológica y social dentro de una "*unidad espacial de reproducción de la fuerza de trabajo*" (Almandoz Marte, 1993: 627). Estos mismos contenidos históricos y sociales de la conceptualización de 'ciudad' defendida por la sociología marxista, se encuentran implícitos en la idea esgrimida por Roncayolo (1988: 10) que apunta la imposibilidad de categorizar la ciudad en otros términos que no sean históricos: "*Las formas urbanas son el producto de la historia; en el término 'ciudad', más que un concepto riguroso, se reconoce la acumulación de una suma de experiencias históricas. En este sentido, el fin de la ciudad no sería impensable, puesto que en el plano teórico el concepto de ciudad podría ser sustituido por una reflexión sobre las formas espaciales y su relación con las sociedades.*"

Este factor, que puede denominarse ecológico, empieza a ser tenido en cuenta por aquellos investigadores ocupados en los fenómenos de nacimiento y evolución de lo urbano, llegando a relacionar los conceptos de territorialidad y hábitat dentro de una visión más global del medio, el cual, por otra parte, es considerado en interrelación con los acontecimientos culturales<sup>3</sup>.

Sin embargo, todas estas aproximaciones conceptuales al fenómeno urbano dejan de lado la variable constituida por el individuo. Nada hay en ellas acerca de los efectos del entorno sobre las personas, ni sobre la virtual relación de la cultura -producto humano- con la articulación del espacio y la forma construida. Posiblemente, ello se deba a la reacción de los científicos sociales hacia el determinismo existente, que acaba poniendo el énfasis en el entorno social y anulando la importancia del entorno físico. Pero, poco a poco se va dejando notar la necesidad de complementar el entorno psicológico y sociocultural con éste, y van surgiendo modelos multidimensionales en los que el entorno construido es un elemento "*favorable o desfavorable a una conducta, un estilo de vida y unos valores determinados*" (Rapoport, 1974: 114).

### **1.- Los hábitats del valle del Ebro**

Apuntamos en su momento cómo, de alguna manera, la política cultural desarrollada en las décadas posteriores a nuestra guerra civil ha condicionado la evolución de la disciplina arqueológica. El interés en el mantenimiento de presupuestos epistemológicos ya caducados lleva a calificar a los asentamientos protohistóricos del valle del Ebro de proto- y preurbanos, siempre en comparación con las manifestaciones urbanísticas monumentales de las ciudades peninsulares fundadas por elementos foráneos, más civilizados y evolucionados. Consecuentemente, las manifestaciones arquitectónicas pasan a un segundo plano al carecer de interés artístico, y se convierten en meras anotaciones sobre el primitivismo indígena. Prevalece entonces la idea de asentamiento como obra de

---

<sup>3</sup> Por ejemplo, cf. M.J. Rowlands, "Processual Archaeology as Historical Social Science", A.C. Renfrew - M.J. Rowlands - B.A. Segraves (eds.), *Theory and Explanation in Archaeology*, New York, pp.

arte y como artefacto. Interesa pues las técnicas constructivas, la calidad de los materiales, la monumentalidad de las murallas y de determinadas estructuras singulares, e incluso las tipologías. Poco hay sobre la equiparación entre asentamiento y lugar antropológico, espacio social.

Reciente acertadamente se ha hecho necesario diferenciar entre el concepto de *urbanismo*, concebido como "*un diseño o un patrón racional que surge en un momento dado a partir de unas necesidades concretas de una comunidad*" y el *desarrollo urbano de una sociedad*, infiriendo de este último la expansión de ciudades con unas funciones específicas desempeñadas dentro de un territorio perfectamente estructurado (López Cachero, 1999: 75).

Pero, aún después de la aceptación y asunción de los nuevos presupuestos de interpretación y comprensión de los datos, las escasas facilidades, principalmente económicas, dadas por las administraciones, estatales primero y autonómicas después, condicionan las actuaciones arqueológicas, ante la imposibilidad de llevar a cabo el número de excavaciones en extensión necesario para un buen conocimiento de la articulación del espacio restringido del poblado y, por ende, del espacio doméstico. Los 'nuevos arqueólogos', por tanto, deben conformarse con estudiar la estructuración del territorio, en la que el asentamiento es una variable de la que interesa sobre todo la cronología, el tamaño y el emplazamiento -datos que pueden ser deducidos de forma aproximada mediante prospección superficial-, y excavar sólo unos pocos elegidos. En consecuencia, contamos con la planta completa de uno cuantos yacimientos, que presentan además el handicap de tratarse de excavaciones antiguas con pocos medios y escasos presupuestos teóricos y metodológicos, y desconocemos la organización del espacio interno de núcleos pertenecientes a períodos considerados propiamente ibéricos, a pesar de lo interesante que sería poder conjugar estructura espacial con categoría/funcionalidad.

### 1.1.- Los *Sedetani* y sus hábitats

A todas estas dificultades debidas a la precariedad -cuantitativa y en no pocas ocasiones cualitativa- del registro arqueológico constructivo del valle del Ebro, hay que añadir algunas otras específicas del territorio en el que hipotéticamente se asientan el grupo étnico de los *Sedetani*. Su ubicación hacia el interior peninsular con respecto a las áreas costeras, y hacia el norte en relación con los focos culturales meridionales, lo convierte en un territorio periférico que presenta ciertas peculiaridades culturales propias como son las influencias procedentes de los llamados Campos de Urnas centroeuropeos.

Pero, además, existen ciertos condicionamientos historiográficos. Ya los historiadores clásicos, sobre todo los romanos, dan una cierta importancia al valle medio del Ebro al ser escenario de destacados enfrentamientos bélicos entre indígenas y alóctonos. Y este hecho condiciona en cierta manera, el interés posterior de historiadores y arqueólogos en buscar las *civitates* y los *oppida* nombrados en las fuentes, de encontrar yacimientos susceptibles de ser identificados con éstos.

Por otra parte el peso específico ejercido por la escuela catalana de los años veinte en la producción arqueológica posterior, y en especial el interés de Bosch Gimpera en el vecino Bajo Aragón, hace que la balanza del registro arqueológico se incline hacia esta comarca.

#### *Los hábitats durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

Para estas tempranas fechas carecemos de asentamientos conocidos en el territorio ocupado por el grupo étnico de los *Sedetani*. No obstante, como apuntamos en el apartado correspondiente al territorio, en estas etapas de formación de las culturas ibéricas y celtibéricas, la totalidad de los valles localizados al sur del Ebro medio parecen responder a una dinámica muy similar, por lo que acudiremos al valle del Huecha, y más en concreto al Alto de la Cruz



para observar la organización del interior del poblado en estos momentos iniciales.

El Alto de la Cruz presenta unos primeros estratos, fechados entre mediados del siglo IX a.C. y finales del siglo VIII a.C. A inicios de esta última fase, es decir, a partir del 770 a.C., se documenta una modificación en el planteamiento de los hábitats, que implica además una articulación del espacio radicalmente diferente a la registrada entre el 850 a.C. y este 770 a.C. Si bien a partir de esta segunda mitad del siglo VIII a.C., las estructuras responden al modelo rectangular de paredes de adobe, bajo los pavimentos de éstas, y en el llamado barrio norte, han aparecido materiales cerámicos de cronología más temprana, así como una estructura circular identificada como fondo de cabaña. Durante la fase última, por tanto, las viviendas, de planta pseudo-trapezoidal, se adosan unas a otras con la única finalidad de facilitar la construcción de las mismas y dando lugar a una simple seriación de viviendas, sin que ello signifique una ordenación urbanística previa (Munilla - Gracia, 1993: 48-49).

Sin embargo, a esta seriación de casas que componen el llamado barrio norte, hay que añadirle un espacio probablemente abierto con una funcionalidad claramente económica. En dicho espacio se ha documentado una compleja estructura de combustión formada por un horno, dos cubetas y un hogar circular. Su patente carácter de transformación de productos alimenticios viene reforzado por la aparición en su alrededor de tres molinos barquiformes y una muestra importante de restos paleocarpológicos. A este habría que sumarle el espacio bajo H.83-1, con similares estructuras de combustión y junto a las cuales se recogieron residuos cerealísticos, por lo que la zona ha sido identificada como ámbito dedicado al estibado de productos agrícolas. Estamos pues, ante áreas de actividad claramente comunales (Munilla *et alii*, 1993).

A decir de sus excavadores, la posterior disposición típica de las viviendas rectangulares a lo largo de la superficie ovalada de la elevación sobre la que se asienta el poblado, y a ambos lados de un espacio central con trazado de calle, sería resultado de un planteamiento urbanístico general que comprendería la articulación entre zonas de paso y barrios. Pero, dicho planteamiento no se

produciría hasta el comienzo de la fase PIIa, para la que se ha documentado una reorientación de las viviendas con respecto a la articulación del poblado anterior (Munilla - Gracia, 1995: 43).

*Los hábitats durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

El Alto de la Cruz continúa su actividad durante este segundo período de interrelación con los elementos culturales de los Campos de Urnas. La nueva articulación espacial del asentamiento adoptada durante la fase PIIa da lugar a un modelo urbanístico que se mantiene más o menos vigente hasta un momento más avanzado. Aunque, durante el período que va del 650 a.C. al 550 a.C. se produce una diferenciación entre los barrios central y norte del poblado (*Ibidem*: 49).

Pero, en toda esta zona de la cuenca media del Ebro surgen otros asentamientos que comienzan su actividad en este período. Ubicado próximo a la desembocadura del Gállego, se localiza El Castillo de Miranda, sobre un cerro alargado, y desde el que se domina la totalidad de la vega del gran río. La realización de excavaciones puntuales han dado una cronología para este núcleo, que si bien se centra en el período marcado por las interrelaciones con los romanos, puede remontarse a esta fase Plena del Hierro. El urbanismo documentado pertenece con toda seguridad a la última etapa del poblado, aunque se presume una antigüedad en sus trazados generales, por la similitud entre éstos y los conocidos en los asentamientos más tempranos (Fatás Cabeza, 1972b).

Algo parecido ocurre con el poblado que más tarde será reocupado por la ciudad de Salduie, en el casco urbano de la actual Zaragoza. Las estructuras domésticas halladas en la confluencia de las calles del Sepulcro y Gavín (Aguilera - Paz - Royo, 1984), así como en el número 26 de la calle Palafox (Aguilera - Álvarez, 1991), son fechadas a finales del siglo VII a.C. Sin embargo, la escasa extensión del área excavada no permite determinar la estructuración del espacio dentro del poblado, por más que las casas documentadas presenten una

disposición similar a las de los núcleos de habitación típicos de estas fases. Después de éstas, el asentamiento parece ser abandonado, puesto que el resto de las estructuras exhumadas presentan una cronología posterior a los momentos finales del siglo II a.C.

Y otro tanto podríamos del registro del poblado de Los Castellazos, localizado Ebro abajo y en la margen derecha del río Ginel, corriente que proporciona un fértil valle en medio del árido monte del Campo de Zaragoza. El núcleo urbano excavado se encuentra en funcionamiento durante los dos primeros siglos anteriores a nuestra era, aunque en los estratos más profundos se documentan materiales pertenecientes a una Fase de Tradición de Campos de Urnas (Maestro Zaldívar, 1988; Maestro - Maneros, 1989).

Junto al Aguas Vivas, El Cabezo de Alcalá presenta igualmente dos fases distintas con un hiato de abandono entre ambas. Las construcciones del poblado que se encuentra en funcionamiento a partir del siglo II a.C. y hasta el siglo I a.C., se superponen a los estratos fechados en un Hierro I tradicional -excavados al oeste de la torre ubicada en el poniente- (Beltrán Lloris, 1984b: 127). Aunque se presupone un ordenación urbanística de calle central, sin embargo, no es posible precisar con seguridad tal extremo.

En el Martín, dos son los asentamientos que presentan materiales con una cronología de finales del siglo VI a.C. o principios del siglo V a.C.: Cabezo Muel, en la confluencia de este río con el Ebro, y El Castellido, hacia el valle medio. Sin embargo, la posterior reocupación de ambos en un momento no definido entre finales del siglo III a.C. y comienzos del siglo II a.C., hace imposible el reconocimiento de la ordenación urbanística de esta primera fase de los dos núcleos<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Los materiales arqueológicos datables entre el siglo VI a.C. y el siglo V a.C., aparecen en Cabezo Muel en los estratos inferiores excavados en la ladera del cerro principal (Zapater - Navarro, 1991: 174), y en los niveles más profundos de la habitación 12 de El Castellido (Atrian Jordán, 1966: 198).

*Los hábitats durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

Determinados asentamientos de aquéllos que comienzan su andadura bien durante los Campos de Urnas Recientes, bien durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas son abandonados hacia finales del siglo VI a.C. o principios del siglo V a.C. Otros poblados, sin embargo, con remodelación [documentada] de sus espacios -restringido y doméstico-, o sin ella, persisten en sus actividades durante estos Campos de Urnas Tardíos. Y al mismo tiempo, surgen nuevos asentamientos, la mayoría de los cuales llegarán a padecer los efectos de la presencia romana.

El Alto de la Cruz es uno de los núcleos que siguen en funcionamiento durante estos siglos, a pesar del incendio sufrido por el poblado entorno al 550 a.C. A partir de entonces y hasta el 440 a.C. se reconstruyen las viviendas aprovechando algunas de las estructuras anteriores. El espacio restringido del núcleo habitacional se articula de acuerdo a un esquema ortogonal, es decir, con calles paralelas y transversales, pero siguiendo el planteamiento básico ya existente, algo más simple, con su diferenciación en barrios. Existe además otro cambio: la reorientación de las habitaciones del barrio central, cuya alineación N-S es sustituida por otra O-E. Asimismo, surgen viviendas capiculadas, o lo que es lo mismo, casas adosadas por su cabecera, formándose así una isla central de habitaciones rodeada por una calle de circunvalación<sup>5</sup> (Munilla - Gracia, 1995: 50). Más tarde, durante 440 a.C. al 350 a.C., a pesar de una cierta persistencia en los materiales constructivos y en la distribución y orientación de las viviendas, se produce una remodelación de toda la ordenación urbanística del poblado. Aunque se mantiene la separación entre barrios independientes, se llevan a cabo

---

<sup>5</sup> Sus más recientes excavadores apuntan la posibilidad de que estos nuevos planteamientos urbanísticos más complejos pudieran haber ejercido cierta influencia en los valles medio e inferior del Ebro, en un momento en el comienzan a documentarse trazados similares en los poblados ibéricos, y cuya adopción se ha relacionado tradicionalmente con planteamientos edilicios mediterráneos, siempre y cuando se confirme la datación propuesta por Maluquer, pendiente de confirmación por análisis de C-14 (Munilla - Gracia, 1995: 50). Sin embargo, no podemos olvidar tampoco las ordenaciones urbanísticas igualmente ortogonales de algunos de los poblados del Bajo Aragón: Les Escondines Altes y Els Castellans tienen cronologías que pueden remontarse al siglo VI a.C. o siglo VII a.C. Aunque, bien es cierto, que dependemos para su datación de trabajos arqueológicos de considerable antigüedad que nos proveen de cronologías no demasiado fiables.

modificaciones en el trazado de las viviendas, y debido a ellas, la articulación viaria interna parece sufrir igualmente ciertas modificaciones -preparación de guijarros bajo enlosado-. El resultado es una pérdida de regularidad de la ordenación urbanística de la fase siguiente con respecto a la existe en etapas anteriores (*Ibidem*: 50).

Junto a la desembocadura del Gállego y en la orilla izquierda del Ebro se localiza El Castillo de Miranda. Hemos hecho alusión ya a los materiales calificados de hallstáticos documentados en el Corte III efectuado en la ladera este del poblado. La cronología de dichos materiales enlaza directamente con aquella otra del 490 a.C. dada a los hallazgos considerados propiamente ibéricos (Fatás Cabeza, 1974: 115, n.44), aunque la perduración del asentamiento hasta los dos últimos siglos anteriores al cambio de era (*Idem*, 1972b y c) impide el reconocimiento de su articulación espacial durante este siglo V a.C. Durante esta etapa, los asentamientos localizados en la margen derecha del Ebro son abandonados para no ser nuevamente ocupados hasta el siglo II a.C.

*Los hàbitats durante el Ibérico Pleno (ca. 350 a.C. - ca. 218 a.C.)*

Tal como apuntamos en el apartado correspondiente al territorio, existe un significativo vacío en el registro de asentamientos pertenecientes a esta fase del Iberico Pleno. El único poblado fechado en el siglo IV a.C., el Cerro de San Jorge, sólo ha sido documentado mediante prospecciones superficiales (Molinos Sauras, 1985). Desconocemos pues su organización interna, e incluso su verdadera filiación étnica, puesto su ubicación es demasiado cercana al núcleo celtibérico de Piquete de la Atalaya.

*Los hàbitats 'romanizados' (ca. 218 a.C. - siglo I a.C.)*

A lo largo de este valle medio del Ebro conocemos una serie de yacimientos cuyas actividades parecen iniciarse durante los enfrentamientos entre romanos y cartagineses, o inmediatamente después de los mismos. En la orilla izquierda del

Ebro, y próximo a la desembocadura del Gállego, se erige El Castillo de Miranda, con un importante control visual sobre la vía de comunicación que supone este tramo del valle y detentando una categoría de primer orden dentro de la clasificación jerárquica establecida para los núcleos 'ibero-romanos' (Asensio Esteban, 1995a). Conocemos únicamente la ordenación urbanística de su última etapa, que coincide con los siglos anteriores al cambio de era, sufriendo un abandono paulatino que se ha puesto en relación con la fundación de Caesaraugusta (Fatás Cabeza, 1973: 246). Por lo que se aprecia en la prospección superficial, el poblado ocuparía la totalidad del espacio disponible en la cima del cerro -cerca de 1 Ha.-, sin que hayan sido detectadas viviendas en las laderas, *extra moenia*, no coincidiendo así con lo documentado para otros asentamientos sincrónicos de primer orden del valle medio del Ebro (Asensio Esteban, 1996a: 184-185).

Por otro lado, en las excavaciones de carácter puntual llevadas a cabo en el yacimiento, se ha documentado una calle pavimentada con lajas de alabastro, de dirección longitudinal al cerro, paralela al lienzo septentrional de la muralla, y a cuyos lados se ubicaban edificios de carácter doméstico (Fatás Cabeza, 1972b: 147; 1972c: 22). De entre las construcciones internas del poblado destaca un edificio, que por sus características espaciales y morfológicas parece detentar un carácter público, comunitario, no doméstico, avalado por su ubicación en la parte más elevada del cabezo. La orientación de su planta coincide con la del propio poblado, que no es otra que la longitudinal del cerro donde se ubica: su cabecera se encuentra al sureste, mientras que sus pies se localizan hacia el noroeste, donde, por otra parte, se han documentado las entradas al poblado. La construcción en cuestión, articulada en tres naves -la central algo más ancha que las laterales y con una exedra en su cabecera- separadas por pilares y con entradas individualizadas, presenta una planta basilical clásica -un *hapax* en la región- (Asensio Esteban, 1994a: 185-186, fig. 13), de clara inspiración romana en la arquitectura y en la ideología simbolizada en ella, y fechable hacia mediados del siglo I a.C.

En su perímetro, el poblado se encuentra delimitado y defendido por una muralla, con una serie de entrantes y salientes bien escuadrados, que sigue perfectamente el trazado irregular de la curva de nivel de la ladera noreste. Un posible bastión protegería una de las entradas, en ángulo recto, localizadas al noroeste, a la que se llegaría por un camino zigzagueante desde la parte baja del cerro. Por último, el sistema defensivo se complementaría con una articulación de fosos y zanjas que rodearía el poblado y que aseguraría el control del acceso al mismo (*Ibidem*: 187-191).

A través de los epígrafes numismáticos nos ha llegado el nombre con el que era designado uno de los centros urbanos de este valle medio de Ebro. Salduie, que en una sola emisión acuña ases y semises de metrología semiuncial, forma parte del grupo de cecas localizadas en la Sedetania (Domínguez Arranz, 1979: 148-149). Ha sido identificada, después de complejos análisis filológicos, con la *Turma Salluitana* del Bronce de Ascoli y el etnónimo *salluienses* de la *Tabula Contrebiensis*, así como con la *Salduva* de Plinio (*N.H.* III.3.24)<sup>6</sup>. Precisamente, a través del texto pliniano se ha establecido una asociación, comúnmente aceptada, entre este topónimo y la actual ciudad de Zaragoza, en cuyo subsuelo se encuentran los restos de Caesaraugusta (Ferrer Echávarri, 1986; Asensio Esteban, 1995a: 98)<sup>7</sup>.

Los barrios de La Magdalena, Tenerías y San Agustín, con una extensión de 10 Has., ocuparían actualmente el solar donde debía alzarse el poblado protohistórico, en la zona más oriental de la posterior colonia romana y en un altozano que proporciona la necesaria salvaguarda de las frecuentes riadas (Galve Izquierdo, 1993: fig. 1, 1996)<sup>8</sup>. A pesar de no ser pocas las excavaciones de urgencia llevadas a cabo, los restos registrados -muros y pavimentos- (Asensio

---

<sup>6</sup> Cf. Lázaro (1983).

<sup>7</sup> Aunque, en alguna que otra ocasión la concordancia de lugares ha sido establecida con el no muy lejano yacimiento de El Castillo de Miranda (Fatás Cabeza, 1972b, 1973), actualmente se asume con seguridad la ecuación Salduie/Zaragoza.

<sup>8</sup> Asensio (1995: 321-323), sin embargo, prefiere extenderlo hacia los barrios, cercanos al Huerva, que se localizan entre el Coso Bajo y la calle Asalto. Mientras que los restos más antiguos -siglo VII a.C.- se han hallado en las actuales rúas de Gavín y Sepulcro (Aguilera *et alii*, 1986; Aguilera - Paz - Royo, 1984; Galve Izquierdo, 1993: 111), los restos no romanos más tardíos parecen concentrarse en torno a las calles Jaime I, Carrillo, Universidad, Organo, Sepulcro y Juan de Aragón (Galve Izquierdo, 1991a y b, 1996).

Esteban, 1995a: 318-323) no permiten concluir la articulación del espacio interior del poblado. Quedan elementos, eso sí, de lo que ha sido considerada la muralla prerromana, construida a base de sillarejo de alabastro y con un trazado anguloso paralelo al río. Los materiales recuperados y asociados a estas estructuras permiten fijar una cronología para esta segunda etapa del asentamiento similar a la fase de emisión de moneda, es decir, desde finales del siglo II a.C. hasta el primer tercio del siglo I a.C.



A este período de intensas interrelaciones con las gentes romanas, pertenece igualmente la segunda etapa del Cabezo de Alcalá. Este asentamiento se ubica sobre un cerro en la margen derecha del Aguasvivas. Después de no pocas tribulaciones en su datación<sup>9</sup>, Beltrán Lloris (1984a y b, 1995) fija la existencia de dos únicas etapas para el asentamiento: una inicial enmarcable en un Hierro I tradicional, y una segunda fechada a partir de un momento cercano al 200 a.C., y

---

<sup>9</sup> Cabré (1943, 1944) instauró para este asentamiento una amplia cronología que iba desde la época hallstática hasta el 27 a.C., estableciendo en consecuencia tres fases distintas: una preibérica y dos propiamente ibéricas. Ese mismo esquema fue el seguido por Beltrán Lloris, quien diferencia tres ciudades: la Ciudad I, con origen en un Hallstatt C-D (500 a.C) y final durante la presencia de Catón en la Península; la Ciudad II, reconstruida hacia el 200 a.C. y derruida a causa de las guerras sertorianas; y una Ciudad III, con una segunda reconstrucción hacia 76 a.C./72 a.C. y una destrucción definitiva a consecuencia de la batalla de Ilerda -49 a.C.



cuyo final definitivo debe ponerse en relación con los enfrentamientos entre Sertorio y Pompeyo.

Esta última etapa, por tanto, englobaría las características adscritas a las 'Ciudades II y III', debiendo considerar las diferencias entre una y otra como reflejo de la lógica evolución de cualquier asentamiento durante casi dos siglos de fuertes influencias alóctonas. Dos son las áreas claramente diferenciadas en la totalidad de la extensión del asentamiento: la denominada acrópolis por un lado, y las tierras que la rodean -la plana este, las laderas meridional y oriental, y la zona más próxima al Tozalico-, por otro. La 'acrópolis' ocupa la cima del cerro testigo de morfología alargada y dirección sur/norte. Esa misma dirección es la seguida por la calle que articula longitudinalmente el espacio; en un determinado punto de la mitad sur se bifurca en dos, dando lugar a una manzana de casas, donde además confluye una de las vías que sube desde el asentamiento de la ladera. Se crea así un importante cruce de caminos, que se destaca arquitectónicamente y socialmente con la construcción del famoso templo *in antis*<sup>10</sup>. Estas calles, junto con las de trazado perpendicular -una en el centro y otra en la mitad septentrional del núcleo urbano- se encuentran empedradas en su totalidad, están flanqueadas por aceras igualmente pavimentadas y forman parte no sólo de la red vial interna del Cabezo de Alcalá, sino también de las infraestructuras de servicios, al aprovechar las escorrentías naturales y solucionar así el problema de evacuación del agua procedente de la lluvia (Beltrán LLoris, 1976: 134). Vemos, pues, cómo esta parte del núcleo urbano es la elegida para ubicar los edificios más destacados, civiles -aljibe- y religiosos, a los que habría que añadir determinadas viviendas con una compleja ordenación espacial y con mayores manifestaciones arquitectónicas de prestigio social y económico (Asensio Esteban, 1995a: 160). El hábitat en ladera y llano, por su parte, presenta calles que siguen las curvas de nivel y que se encuentran igualmente pavimentadas, una de ellas discurre bajo la rampa de asfalto -el gran túmulo de Cabré- con viviendas a ambos lados, mientras que otra constituye el acceso meridional y principal a la acrópolis, discurriendo por el llamado 'barrio

comercial', donde además se localizan las termas (Beltrán Lloris, 1976: 147-150). Esta última zona ha sido interpretada como una área de servicios, claramente diferenciada del resto de las construcciones en llano, que se corresponderían con edificios domésticos e, hipóticamente, con alguna área agrícola o de artesanado (Asensio Esteban, 1995a: 157).

En cuanto al sistema defensivo, no parece ser muy potente y se centra en la acrópolis. El perímetro de la meseta del Cabezo está delimitado por dos anillos de murallas construidas con mampostería un tanto tosca y endeble, y un foso excavado en el sureste y a lo largo de la mayor parte del lado este (Cabré, 1925: 294, 1944: 3; Beltrán Lloris, 1976: 132). No se ha documentado ningún tipo de bastiones o torreones, a excepción de dos pequeñas torres que forman parte del trazado arquitectónico de la manzana de viviendas donde se ubican, y que probablemente únicamente tendrían una funcionalidad de prestigio o de simple vigilancia (Asensio Esteban, 1995a: 162-164).

Quizá, lo más destacable por su singularidad sea el campo de piedras hincadas recientemente conocido gracias a la revisión de la documentación incluida en el legado de Juan Cabré al Museo de Zaragoza<sup>11</sup>. Esta parte del



sistema defensivo se localizaría entre el enterramiento monumental y el foso, reforzando su acceso a la acrópolis desde la zona baja, y podría fecharse en el siglo III a.C. (Beltrán Lloris, 1996: 80-81)<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Cf. Almagro-Gorbea - Moneo, 2000: 76-82.

<sup>11</sup> Cf. Beltrán Lloris (1995).

<sup>12</sup> El origen de este tipo de sistema defensivo, destinado a contrarrestar la rapidez de los movimientos del atacante cuando éste se encuentra a tiro de los defensores, ha sido relacionado tradicionalmente con las migraciones de cimerios hacia la Europa central, Irlanda, Escocia, Gales y la Península Ibérica, y con la trascendencia de las caballerías en estas comunidades del Hallstatt C. Sin

En el mismo valle del Aguasvivas, junto a la desembocadura de éste en el Ebro, y en el punto más alto que ofrece el relieve de la zona, se localiza El Castillejo de la Romana, poblado que junto con el Cabezo de la Bovina -no excavado-, detentaría un segundo nivel jerárquico en relación con el Cabezo de Alcalá (Asensio Esteban, 1995a: 325-326). Las escasas campañas de excavación han proporcionado una cronología de finales del siglo III a.C. hasta época sertoriana, pero no han logrado un conocimiento global de la ordenación urbanística del espacio interno del poblado. Sin embargo, ésta se supone simple y articulada a partir de una calle central, longitudinal y paralela al eje mayor del cerro, a ambos lados de la cual se distribuyen los espacios domésticos, sin que se hayan podido documentar edificios de carácter religioso o civil (*Ibidem*: 107). Las cotas más altas del Cabezo se encuentran delimitadas por un lienzo de muralla que recorre su perímetro siguiendo las curvas de nivel, y que en el lado norte del asentamiento parece reforzarse por un torreón (*Ibidem*: 27). *Extra moenia*, en las laderas norte, noroeste y sur del cerro, pueden apreciarse estructuras de habitación, dispuestas en un terreno previamente aterrazado, al igual que ocurría en el Cabezo de Alcalá y en otros asentamientos 'romanizados' del valle medio (Asensio Esteban, 1995a: 225).

En la confluencia del Martín con el Ebro y en algún momento de finales del siglo III a.C. o comienzos del siglo II a.C., surge el asentamiento de Cabezo Muel. Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el yacimiento, han permitido detectar un poblamiento principal en la cúspide del cerro, que se abriría por la ladera sur con un hábitat en terrazas, por el llano que se extiende a sus pies, e incluso por una pequeña elevación en el oeste, paralela al Martín, y en cuya cima se halla un aljibe no de grandes dimensiones, construido a base de *opus caementicium* y revestido con un pigmento rojo impermeabilizador (Zapater - Navarro, 1989; Navarro - Zapater, 1991: 170).

---

embargo, esta explicación difusionista queda invalidada si se tiene en cuenta la falta de testimonios de este tipo en los territorios franceses -exceptuando Pech Maho con una cronología que va desde el siglo VI a.C. al siglo III a.C.-, la tardía datación del Cabezo de Alcalá -siglo III a.C.- o la muy temprana de Els Vilars -750/675 a.C.- [cf. I. Garcés - E. Junyent, "Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars", *Revista de Arqueología*, 93 (1989), pp. 39-49; I. Garcés *et alii*, "El sistema defensiu de Els

Aunque se desconoce la ordenación urbanística global del asentamiento, en ambos sectores se han excavado áreas de almacenamiento, en las que destacan bancos de adobe o lajas de piedra, recubiertos de yeso y utilizados como vasares (Zapater - Navarro, 1989: 328). Asimismo, destaca un muro de bloques de arenisca dispuestos en una única hilera, perpendicular a la pendiente de la ladera occidental de la citada elevación oeste, y que ha sido interpretado por sus excavadores como un lienzo de muralla (Zapater - Navarro, 1992: 97-98). Sin embargo, la situación indefendible del asentamiento<sup>13</sup>, así como lo ilógico de un amurallamiento únicamente en el lado oeste cuando el resto del perímetro se encuentra abierto, plantea la posibilidad de que se trate en realidad de un muro de aterrazamiento (Asensio Esteban, 1995a: 196-197).

Nos queda en nuestro repaso por la ordenación urbanística de los asentamientos con una cronología perteneciente a esta última etapa, las llamadas 'fundaciones republicanas': La Cabañeta, La Corona y Los Castellazos, considerados todos ellos asentamientos urbanos de primer orden. Mientras que los restos conocidos de La Cabañeta no tienen contexto arqueológico, en La Corona se han llegado a efectuar algunas campañas de excavación, que han dejado en evidencia la existencia en el lugar de un núcleo netamente romano (Beltrán Martínez, 1853; Ferreruela - García, 1991).

El cerro de Los Castellazos, asentamiento ubicado en el valle del Ginel y abandonado en algún momento del siglo VI a.C., vuelve a ser ocupado y reconstruido a partir del siglo II a.C. Es el único de los asentamientos considerados por la investigación de fundación republicana, que no presenta una ordenación urbanística de clara inspiración romana, quizá debido a la existencia anterior, en el mismo cerro alargado, de un poblado de cronología y cultura plenamente indígena. La falta de excavaciones en extensión han perjudicado el conocimiento de la articulación espacial del poblado, aunque las prospecciones superficiales han logrado constatar la existencia de una zona de asentamiento en

---

Vilars (Arbeca, Les Garrigues)", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp.183-197].

las cotas más altas, delimitada y separada, de un hábitat abierto en ladera y llano, por la mayoría de los elementos del sistema defensivo. Este se construye sobre una compleja articulación entre muralla, bastión y fosos, de manera muy similar a otros documentados en poblados de



idéntica cronología, no sólo en el valle medio, sino también en las tierras del Delta (Asensio Esteban, 1994a: 216-122).

### 1.2.- Los *Ausetani* del Ebro y sus hábitats

Hemos adelantado la importancia adquirida por las comarcas bajo aragonesas, territorio ausetano, a raíz de los trabajos arqueológicos de los primeros años del siglo veinte llevados a cabo por Bosch Gimpera, Juan Cabré, Pierre Paris o Bardaviu. Sin embargo, la desproporcionada información con respecto al número de poblados protohistóricos en esta zona contrasta con la calidad de los datos referidos a la organización urbanística de su interior. Contamos con la cartografía de determinados poblados, pero la antigüedad de los trabajos nos impide, en la mayoría de las ocasiones, contar con las puntualizaciones necesarias para un análisis pormenorizado del uso que de sus espacios domésticos y comunales pudieron llegar a hacer estas comunidades. No obstante, disponemos de los resultados de excavaciones más recientes, así como de algunos buenos trabajos de síntesis.

---

<sup>13</sup> Su capacidad defensiva no es demasiado buena, puesto que al localizarse en un paisaje accidentado y montuno, el poblado se encuentra rodeado por el sur de relieves de mayor altura desde donde puede vigilarse la totalidad de su extensión -2,5 Has.- (Asensio Esteban, 1995a: 194).

*Los hábitats durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

Durante las últimas fases de la Edad del Bronce, se registra una serie de hechos que hace pensar en un territorio favorable al surgimiento de hábitats de carácter permanente: elección de determinadas áreas locales como lugares de asentamiento, el surgimiento de una generalizada agricultura cerealística y de una notable ganadería, y por último, un importante aumento demográfico reflejado en los numerosos núcleos de población que se construyen en estos momentos (Eiroa García, 1985: 106; Pellicer Catalán, 1985: 126). Alcalán, Cabezo de las Armas, El Cinglo, Más del Cerrojo, Cabezo Torrente, la Loma de los Brunos, Parroyo, Cerro Guadalupe, La Roca, La Requeta, Sancharacón, Palermo III, Záforas ..., empiezan su andadura, al parecer, durante una fase que se ha denominado Bronce local, Bronce arcaizante local o Bronce regional, y que se correspondería con el Bronce medio de otras áreas cercanas<sup>14</sup>. Todos estos asentamientos desarrollan un modo de vida considerado protourbano y se establecen inicialmente en las laderas y cabezos claramente destacados, que facilitan una mejor defensa (Eiroa García, 1985: 111), al mismo tiempo que una mejor delimitación y definición del espacio de la comunidad<sup>15</sup>.

En la fase siguiente, durante el Bronce final o, lo que es lo mismo, durante los siglos correspondientes a los Campos de Urnas Recientes, los poblados supuestamente ya existentes siguen presentando una articulación interna de espacio central delimitado por casas rectangulares, mientras que surgen nuevos modelos con esquemas similares.

La Loma de los Brunos se asienta sobre un paleocanal con dirección E-O, en el que un total de treinta y una casas excavadas se distribuyen en dos barrios, uno al este y el otro, el llamado acrópolis por sus excavadores, al oeste. Ambas zonas están separadas por un ligero desnivel, desde donde arranca un camino de bajada

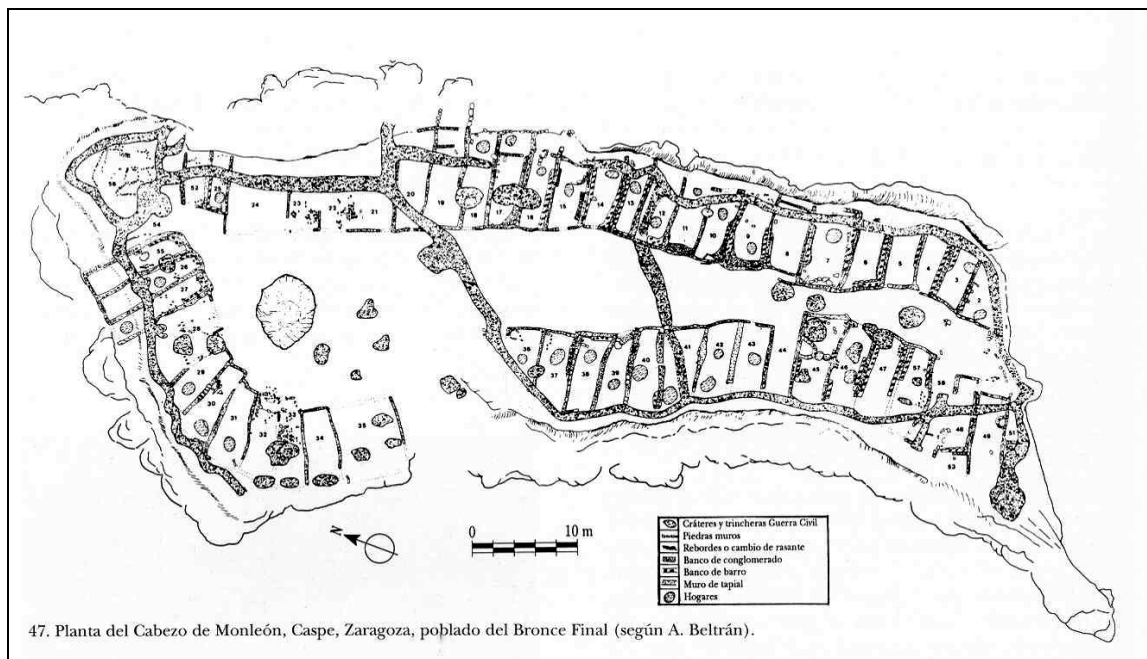
---

<sup>14</sup> Cf. Burillo y Picazo (1994-96) y Benavente Serrano (1994-96).

<sup>15</sup> El hecho de que las cerámicas acanaladas -consideradas fósil guía de las influencias de la cultura de los Campos de Urnas- aparezcan en Palermo III desde el siglo XI a.C. (Alvarez García, 1990: 108), desde el siglo X a.C. en Záforas y desde poco tiempo después en el Cabezo de Monleón (Alvarez - Bachiller, 1994-96: 177), hace pensar en la existencia de un proceso de asimilación de elementos de los

hacia el llano del norte del poblado. En este llano, junto a la Hoya de Navales, se aprecia un grupo de cuatro viviendas alineadas en dirección E-O, con sus fachadas hacia la laguna; es el denominado 'barrio de pescadores' en clara alusión a su funcionalidad. En el interior del poblado no existe ninguna balseta que sirviera para la recogida de lluvia y de abrevadero del ganado, quizá debido a la proximidad de la citada Hoya de Navales (Eiroa- Bachiller, 1985: 163). La construcción de las viviendas a partir del perímetro de la loma y su adecuación a la morfología de ésta, tiene como resultado dos barrios con similar número de casas, cuyas fachadas se encuentran orientadas hacia el espacio libre resultante o calle central. Las construcciones defensivas, por otro lado, son escasas y se limitan a un muro de cierre en el extremo oeste de la llamada acrópolis y a otros paramentos encontrados en la ladera norte. Finalmente, la necrópolis, correspondiente a la segunda fase del poblado, se localiza al oeste (Eiroa García, 1982, 1981b; Eiroa - Bachiller, 1985: 163-165).

El Cabezo de Monleón por su parte, se asienta sobre la plataforma amesetada de un cerro, de superficie irregular, alargada y orientada sensiblemente de norte a sur en su eje mayor. Las viviendas se disponen en dos hileras enfrentadas que cubren la totalidad del perímetro disponible, dando lugar a un espacio central. Este espacio, una calle no muy ancha en el sur, se convierte en una plaza amplia en el área septentrional, en cuyo centro se sitúa una balsa de escasa profundidad que recogería el agua de lluvia. En cuanto a posibles sistemas defensivos, no se aprecia ningún lienzo de muralla en el perímetro exterior del poblado, que quedaba delimitado por el trazado sin solución de continuidad del muro trasero de cada una de las casas. Los accesos probablemente se localizaran hacia el sur, donde además se ubica la necrópolis (Beltrán Martínez, 1984: 24-27).



Esa misma balsa y esa misma 'plaza' se documenta en el vecino poblado de Záforas con una cronología similar. Su excavador hace alusión a un camino de circunvalación, para explicar una aparente ausencia de vanos en las paredes que miran hacia el centro del poblado, aunque no pueda probarse tal extremo dada la erosión sufrida por el perímetro del montículo cónico sobre el que se asienta el poblado (Pellicer Catalán, 1959, 1985: 129)<sup>16</sup>. En opinión de López Cachero (1999: 78, nota 2), esta ausencia de vanos no supone que el acceso al interior de las viviendas se encuentre en otra parte, puesto que se ha documentado en no pocas ocasiones -Cabezo de Monleón, Loma de los Brunos, Els Vilars- que el nivel de la habitación se encuentra a una cota más baja que la de la calle. Además, el depósito de planta cuadrangular que presentan las casas de Záforas, el restos de los poblados se encuentran siempre junto a la puerta.

<sup>16</sup> Los estudios geoarqueológicos han podido demostrar la fuerte erosión sufrida por un importante número de los poblados del Bajo Aragón. La destrucción parcial o total de los perímetros exteriores ha conducido en ocasiones a errores de interpretación en cuanto a la ordenación interna de los poblados -la existencia de caminos de circunvalación, por ejemplo-, así como en la valoración de sus construcciones defensivas y delimitadoras (Burillo Mozota, 1990).



*Los hábitats durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

La mayoría de los asentamientos conocidos mediante excavación y que se encontraban en funcionamiento en la etapa precedente, prosiguen su actividad durante este segundo período de interrelación con los elementos culturales y/o poblacionales pertenecientes a la llamada cultura de los Campos de Urnas. Únicamente podría contemplarse un momento final en el siglo VII a.C. para el Cabezo de Monleón (Pellicer Catalán, 1985: 128; Burillo Mozota, 1989-90: 100), aunque algunos investigadores prefieren situar su abandono hacia mediados o finales del siglo VI a.C. (Ruiz Zapatero, 1985: 403), o en torno al 500 a.C. (Álvarez - Enríquez - Alom, 1981: 175).

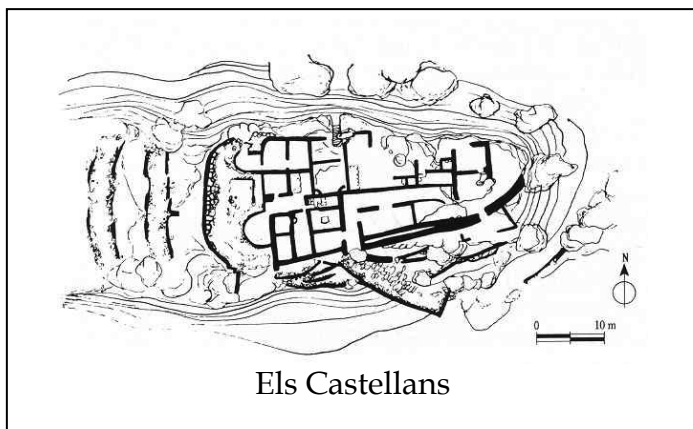
En cualquier caso, en el resto de los viejos asentamientos del Guadalope no se han documentado diferencias o cambios en la estructura espacial, y todos ellos cesan en sus actividades en algún momento de la segunda mitad del siglo VI a.C. Asimismo se ponen en funcionamiento otros núcleos que, lejos de presentar novedades en su articulación espacial, reflejan las mismas directrices básicas de sus vecinos más antiguos. El Morenillo proporciona dos etapas distintas: una Primera Edad del Hierro y una fase de transición hacia el Ibérico Pleno. Únicamente se ha efectuado la excavación de una sola de sus viviendas por lo que se desconoce el trazado general del asentamiento (Álvarez García, 1981).

Al Cabezo del Cuervo se le ha dado una cronología que va desde finales del siglo VII a.C. hasta la segunda mitad del siglo VI a.C. -segundo período hallstático según Tomás Maigí (1949: 166)-, aunque las excavaciones más recientes efectuadas por Vicente (1982) han dado sólo materiales fechables en el Bronce Medio. Sin embargo, la antigüedad de los trabajos arqueológicos realizados en el asentamiento por París y Bardaviu (1924, 1926), así como la casi total y reciente destrucción del yacimiento, han provocado el desconocimiento actual de la articulación urbanística y doméstica del poblado.

Por último, El Cabezo de Cascarujo fue excavado igualmente en la primera mitad de este siglo, por lo que los datos utilizables para un análisis más detallado

de la organización espacial son escasos. Disponemos únicamente del dibujo de planta del poblado publicado por Bruhl (1932), en el que se aprecia una articulación urbanística de calles paralelas y transversales, que sin embargo no parece corresponder *a priori* con lo visto en otros asentamientos de la misma cronología.

Ese mismo problema de precariedad de datos debido a la antigüedad de los trabajos de excavación, lo encontramos en la totalidad de los yacimientos conocidos en los valles del Matarraña y Algás. Bosch (1918, 1921-26, 1923, 1929b) llevó a cabo excavaciones en no pocos poblados del Bajo Aragón, dándolos a conocer en algunas de sus publicaciones globales. Como consecuencia, no disponemos de datos suficientes que permitan establecer relaciones espaciales entre estructuras y artefactos, aunque han quedado registradas las plantas generales de la mayoría de los poblados. Así, El Roquizal del Rullo, La Gessera y el Piuró del Barranc Fondo presentan una ordenación de su espacio restringido con una calle central<sup>17</sup>, mientras que Les Escondines Altes y Els Castellans nos



muestran una articulación algo más compleja con calles transversales y paralelas, y finalmente San Cristóbal lo hace a partir de una sola hilera de casas dispuestas a lo largo de un espolón rocoso.

De excavaciones igualmente antiguas, las realizadas por Cabré Aguiló (1907-08), proceden la mayoría de la documentación disponible sobre San Antonio, asentamiento ubicado en una de las cimas que conforman el tossal de San Cristòfol, sobre el Barranco de Vall Rovira. Aunque el trazado del poblado conocido actualmente se correspondería con las construcciones fechables a partir del siglo V a.C., algunos investigadores han apuntado una cronología anterior -

<sup>17</sup> Pellicer (1985: 127) coloca al Piuró del Barranc Fondo dentro del tipo de poblados con plaza y balsa, pero creemos que dicha imagen no puede desprenderse del dibujo publicado por Bosch.

Hierro I tradicional- para los espacios domésticos situados en la zona más alta del poblado, basándose no sólo en los materiales encontrados, sino también en la propia organización urbanística -planta de calle central- y en un cierto primitivismo de las técnicas constructivas (Sanmartí i Grego, 1984a: 163).

Finalmente, el Tossal del Moro de Pinyeres, sobre el curso del Ebro, presenta igualmente una amplia cronología, que supone un mayor conocimiento de las estructuras correspondientes a su última etapa -a partir del siglo V a.C. y hasta el siglo IV a.C.-. La probable existencia de un hábitat en el mismo Tossal durante la Fase Plena del Hierro queda documentada a través de los materiales encontrados en los estratos más antiguos excavados bajo el pavimento de una de las calles registradas (Arteaga - Padró - Sanmartí, 1990: 44). Pero, nada seguro puede decirse acerca de la articulación del espacio del poblado durante sus primeros momentos, puesto que parece haberse llevado a cabo una total destrucción del núcleo de habitación ya abandonado, para la edificación del nuevo poblado. Por ello debe descartarse *a priori* el trazado de una sola hilera de viviendas que parece reflejar el urbanismo que Pérez Temprado dedujo de los primeros trabajos arqueológicos en el poblado.

*Los hábitats durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

Como ocurría en territorio sedetano, algunos los asentamientos que comienzan su andadura durante los Campos de Urnas Recientes o durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas son abandonados hacia finales del siglo VI a.C. o principios del siglo V a.C. Sin embargo, otros núcleos continúan sus actividades, aunque en determinadas ocasiones llevan a cabo una remodelación de su espacio restringido. Asimismo, surgen nuevos asentamientos, algunos de los cuales llegarán a padecer los efectos de la presencia romana.

Este no es el caso del poblado de El Cabo, situado en un pequeño cerro junto al barranco del Val de Ariño, afluente de la cabecera del río Martín, que le supone una vía de contacto con la depresión de Ebro bajo aragonesa. Se trata de un hábitat de planta longitudinal con dos filas de viviendas compartiendo muros

medianeros, que se adapta al espacio disponible mediante un aterrazamiento al menos. Las dos hiladas de estancias están separadas por una calle, que al mismo tiempo sirve de comunicación entre ellas. El poblado se encontraba delimitado y defendido por una muralla y un torreón cuadrangular. Este último se sitúa en el punto más elevado del cerro, controlando visualmente el acceso por el este y las vías de paso naturales del entorno y, en opinión de sus excavadores, presenta cierto aire de monumentalidad. La muralla, por su parte, delimita el poblado por sus lados sur y este, las áreas más fácilmente accesibles. En un primer momento se pensó en un doble paramento de muralla, aunque más tarde se contempló la posibilidad de que en realidad el lienzo más superior se tratara simplemente del muro de ataluzado de la terraza más elevada del poblado (Loscos - Herrero - Martínez, 1993-95). La gran abundancia de cerámica a mano, con respecto a la menor cantidad de restos vasculares de técnica ibérica de decoración simple, la aparición de vasijas de orejetas y el registro de importaciones griegas, sitúan el final de la vida de este hábitat al final del poblado en el siglo V a.C.<sup>18</sup> (Loscos - Martínez - Herrero, 1999-00: 46-47).

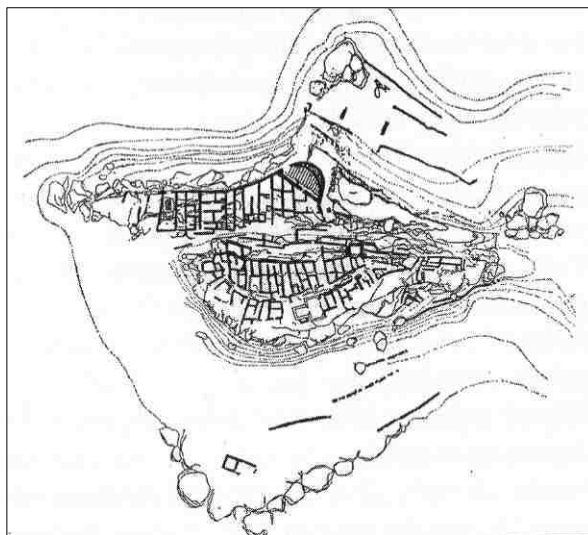
Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en las tierras del Matarraña y Algás nos proporcionan un buen conocimiento de la realidad territorial y urbanística durante estos Campos de Urnas Tardíos. En el análisis del territorio vimos como San Antonio detentaría muy probablemente una posición



preponderante con respecto al resto de los asentamientos de su entorno. La planta del poblado de Calaceite dibuja una articulación del espacio basada en dos áreas claramente diferenciadas. La primera de ellas, en la cima de la loma, donde se han

<sup>18</sup> En páginas precedentes vimos como tradicionalmente se había considerado el valle del Matarraña y Algás como el límite territorial de importaciones foráneas. Las cerámicas griegas fechadas con posterioridad al siglo V a.C. procedentes de asentamientos ubicados en las cuencas del Guadalope y del Regallo ampliaban ese territorio hacia el oeste. Los hallazgos más recientes en este asentamiento de El Cabo y en el Castillo de Cuarte de Huerva (Burillo - Royo, 1994-96; Royo - Burillo, 1997), dilatan aún más hacia occidente las áreas de dispersión de dichas importaciones foráneas en el valle medio del Ebro.

encontrado los estratos con materiales más antiguos, presenta una ordenación de las viviendas en dos bandas paralelas a un lado y otro de una calle central. La otra zona, se encuentra en la ladera norte y se articula mediante una única línea de casas rectangulares que miran hacia un espacio alargado que separa este 'barrio' del localizado en la cima y que hace las veces de calle.

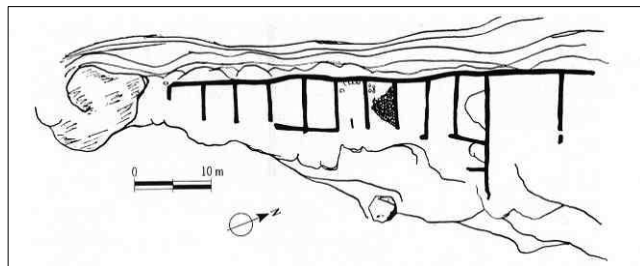


Aunque los procesos erosivos han hecho desaparecer las traseras de las casas que debían constituir el perímetro exterior del lado meridional del poblado, restan algunas construcciones defensivas -líneas de muralla reforzada por torres cuadradas y circulares-, con diversas localizaciones en el espacio más inmediato del poblado, que fueron construidas en momentos distintos de la vida de San Antonio, nunca antes del siglo V a.C. (Pallarés, 1965; Cabré Aguiló 1984). Nos interesa destacar la torre absidial localizada al norte por su gran similitud con la existente en el Tossal del Moro de Pinyeres, la del Coll del Moro, e incluso la de la Torre Cremada, aunque esta última con una cronología posterior.

Hemos aludido ya a la interpretación de los poblados de La Gessera, San Cristóbal, Els Castellans y El Piuró del Barranc Fondo como detentadores de una segunda categoría subordinada con respecto al lugar central de Calaceite (Sanmartí i Grego, 1984a: 167-168). Tal extremo presupone para todos ellos una cronología similar a este último, sin embargo, no queda demostrado que sus materiales alcancen el siglo IV a.C. por lo que de existir realmente ciertas relaciones jerárquicas entre estos asentamientos de la confluencia del Matarraña y Algás, a partir de dicho momento debería producirse una reestructuración, en número y localización, de los poblados dependientes. En cualquier caso, y a pesar de que cada uno de ellos desempeñarían una misma funcionalidad defensiva -aunque ninguno de ellos se encuentra completamente fortificado-, la articulación espacial difiere de unos a otros, sin que, al parecer, haya quedado constancia de

una posible reordenación urbanística en sus momentos finales. Sólo Les Ombries y El Vilallong, situados en llano, se dedicarían a las labores agrícolas (*Ibidem*), pero ninguno de los dos han sido objeto de excavaciones arqueológicas que pudieran confirmar una distinta articulación del espacio restringido del poblado con respecto al lugar central.

Sin embargo, existe otra serie de asentamientos, con un probable papel igualmente defensivo dentro del sistema jerárquico desarrollado en torno a San Antonio, que comienzan a aparecer en escena a partir precisamente del siglo V a.C., y de los que, desafortunadamente, sólo conocemos uno a través de excavación. Les Escondines Baixes construye su articulación urbanística adaptándose al escaso espacio disponible en el espolón rocoso sobre el que se asienta, de tal manera que las viviendas se disponen en una sólo hilera continua (Sanmartí i Grego, 1984b: 169), casas adosada, alineadas respecto a un eje y orientadas a una calle, que responden a los denominados 'pobladors de un sólo barri' (Maluquer de Motes *et alii*, 1986: 51-56, Maya, 1990: 338).



Resta el Tossal del Moro de Pinyeres, que supuestamente mantiene asimismo una subordinación con respecto a San Antonio. Su urbanismo había sido sistematizado tras los trabajos arqueológicos de Pérez Temprado, ya añejos, y clasificado como tradicional, debido a la forma alargada de sus viviendas y a la técnica constructiva utilizada -paredes mixtas de piedra y adobe- (Maluquer de Motes, 1962a: 23-24, fig. 2). Las más recientes excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento por Arteaga, Padró y Sanmartí (1982, 1990) han supuesto una revisión, no sólo de la cronología del asentamiento -que en un primer momento se hacía perdurar hasta mediados del siglo I a.C.-, sino también de su ordenación urbanística. Se han puesto al descubierto estructuras cuya asociación con artefactos fácilmente datables ha permitido su adscripción a esta última etapa del poblado -500/480 a.C. a 400/390 a.C.-, que finaliza con un incendio generalizado y que se superpone a su primera fase -siglo VII a.C. e inicios del siglo VI a.C.

Aparentemente existe un vacío de actividades entre una y otra, hecho éste que podría justificar la total destrucción de las estructuras del poblado anterior, puesto que, en aquellos poblados con una ocupación ininterrumpida, no parece producirse una devastación total de las edificaciones existentes, para a partir de ahí construir *ex novo* el asentamiento (Arteaga - Padró - Sanmartí, 1990: 78, 151).

Al mismo tiempo, la articulación espacial de dichas estructuras ha obligado a rechazar la primera interpretación del poblado como perteneciente al modelo de una única línea de casas. Muy al contrario, las viviendas excavadas presentan una orientación, unas formas y unas extensiones perceptiblemente distintas a las de las zonas central y nororiental de la planta antigua, y similares a las de la zona suroccidental de la misma. Este hecho presupone la existencia de una ordenación urbanística en diversos 'barrios', diferenciados y comunicados entre sí mediante calles de distintos tamaños. Todo el conjunto de viviendas, que se disponen aprovechando la totalidad de la extensión de la cima del tossal, aunque para



salvar los desniveles deban realizarse aterrazamiento, se ven delimitadas y defendidas por una serie de lienzos de muralla con distinto trazado y forma según el sitio donde se ubican. Destacan los paramentos del acceso norte, uno de los puntos más vulnerables del poblado, por su forma semicircular y disposición concéntrica con respecto a una singular edificación absidal de anchos muros, y aquellos otros de las laderas sur y sureste que conformarían la defensa de la paulatina subida al poblado por este acceso principal (*Ibidem*: 52-

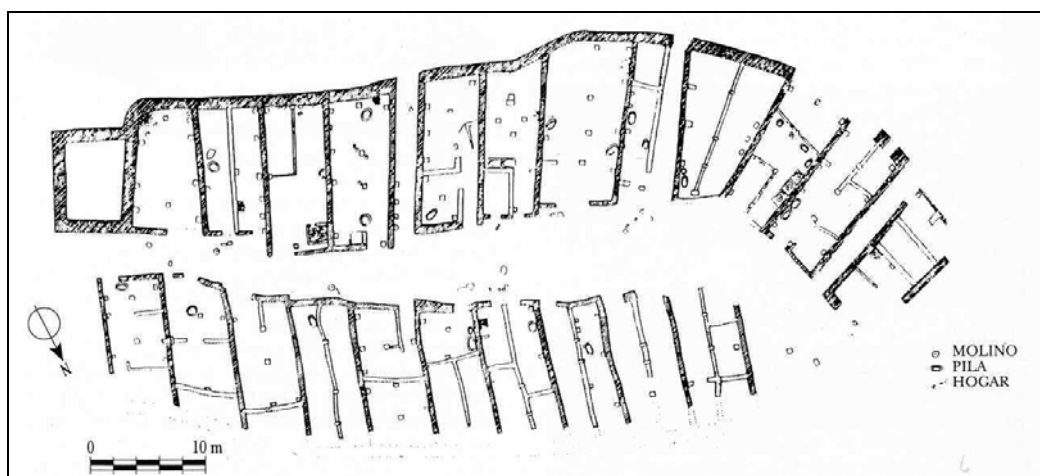
57). Cabe destacar el gran espacio restante entre estos últimos lienzos de muralla del sureste y las líneas defensivas de la cima del poblado, que se encuentra aparentemente sin edificaciones y que ha sido considerado de interés colectivo y funcionalidad concreta, y relacionado con cierres de ganado documentados en otras áreas peninsulares. Por último, aunque no ha sido excavado, se ha localizado superficialmente un horno cerámico, presumiblemente con cronología similar a la del poblado, y del que nos interesa destacar su ubicación *extra moenia* (*Ibidem*: 57).

Fuera ya del territorio de influencia de San Antonio, en la Terra Alta, se localiza el Coll del Moro, asentamiento interpretado como recinto fortificado y de clara funcionalidad defensiva, debido con toda probabilidad a la relativa buena conservación de la torre que forma parte de su sistema de protección (Berger - Ferrer, 1976; Rafel - Puig, 1985). Las excavaciones efectuadas hasta el momento han dado como resultado una amplia cronología para este asentamiento que va desde la primera mitad del siglo V a.C. -la torre y el foso- hasta la segunda del siglo III a.C. -la muralla- o primera del siglo II a.C., para desaparecer definitivamente en época romana imperial (Rafel - Blasco, 1994: 7). La torre se encuentra ubicada en la zona de acceso más fácil y es de planta un tanto irregular, elipsoidal, con uno de los lados rectos y con acceso por el interior del poblado, lo que la hace bastante similar a las documentadas en San Antonio y el Tossal del Moro de Pinyeres. Al igual que ocurre en éstos asentamientos, la torre del Coll del Moro se encuentra complementada con otros elementos defensivos, que además conforman la entrada al poblado por este lado norte. Quizá la diferencia se encuentre en el foso a dos niveles que no se ha podido documentar en los núcleos del Calaceite y Batea, pero que en el de Gandesa daría acceso por un lado a un especie de pasillo que discurre entre las paramentos defensivos del flanco oeste del poblado, y por otro a la entrada suroeste de la torre colocada a una altura considerable con respecto a la profundidad del foso. Pero, poco más sabemos acerca de la articulación espacial del resto del asentamiento. (*Ibidem*: 34).



*Los hábitats durante el Ibérico Pleno (ca. 350 a.C. - ca. 218 a.C.)*

Curiosamente, El Taratrato es uno de los pocos poblados excavados que puede juzgarse propio del siglo IV a.C., en un momento que se ha considerado pleno en el desarrollo de la cultura ibérica<sup>19</sup>. Se ubica en un altozano no demasiado elevado, pero suficiente para dotar al asentamiento de cierta seguridad y de una nada desdeñable visibilidad (París - Bardaviu, 1926; Bardaviu, 1926b). Ésta, orientada al norte y noroeste, implica el control de una encrucijada de caminos: uno, el que transcurre por el valle del Regallo, y otro, perpendicular al primero, que pone en comunicación la cuenca del Guadalope con la del Martín.



Al mismo tiempo, las características edafológicas de las tierras que rodean el poblado, proporcionan un territorio apto para el cultivo cerealístico y la explotación ganadera (Burillo Mozota, 1982b: 49). Su organización urbanística se amolda perfectamente a las posibilidades espaciales de la cima del cerro, sin que existan restos de hábitat en ladera. El resultado es un poblado de los denominados de calle central, cuyas viviendas, sus cabeceras forman un muro contiguo que hace las veces de 'muralla'. Dicho muro, sin embargo, se ve cortado

<sup>19</sup> Esta datación se ha realizado tomando como referencia la cronología de una *kylix* de figuras rojas, sin tener en cuenta que la pieza ática nos está proporcionando simplemente una fecha *ante quem*, y que los materiales clasificados como pertenecientes a un Hierro I tradicional pueden estar apuntando una cronología anterior para los comienzos de El Taratrato. En cualquier caso, el poblado sufre un incendio en algún momento del siglo IV a.C., cuyas causas desconocemos, pero que supone su total abandono.

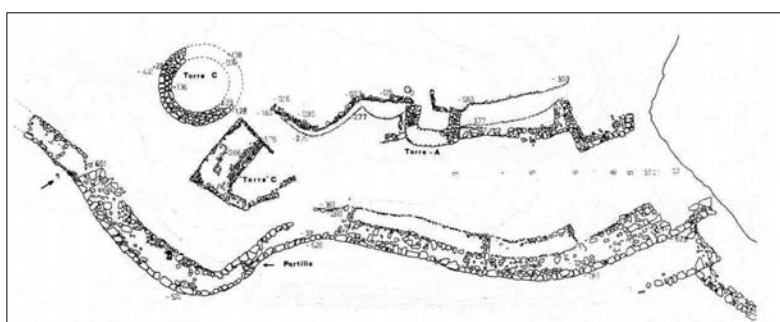
en algunos puntos: al existir dos espacios paralelos a las casas, que interrumpen el carácter medianero de algunas de ellas, y en las entradas al poblado, a ambos extremos de la calle central. La interpretación realizada por París y Bardaviu (1926) acerca de la existencia de un camino de ronda en el norte y noroeste del poblado, queda descartada tras los trabajos geoarqueológicos de Burillo (1982b), que demuestran la fuerte erosión sufrida por este asentamiento y por algunos otros detentadores de un similar e hipotético camino de ronda (Burillo Mozota, 1991). Esta nueva revisión de las antiguas excavaciones, rechaza igualmente la supuesta plaza ubicada en el noroeste del asentamiento, puesto que el pretendido espacio no construido sería bastante menor al reflejado en el antiguo dibujo de la planta del poblado, al mismo tiempo que reinterpreta un supuesto espacio doméstico, cuadrangular, situado en el extremo este, de menor tamaño que el resto, pero con gruesos muros semejantes a los de la muralla, como torreón defensivo (*Idem*, 1982b).

En Terra Alta, el Coll del Moro sigue su funcionamiento y sufre aparentemente una reestructuración de su espacio, sino general -desconocemos la totalidad de su ordenación urbanística-, sí puntual. Se encuentra delimitado por una muralla de la que se aprecian tres torres semicirculares unidas por lienzos rectilíneos y fechada en la segunda mitad del siglo III a.C. (Berger - Ferrer, 1976; Rafel - Puig, 1985; Rafel - Blasco, 1991). Adosado y comunicado con una de dichas torres, se ha excavado un conjunto arquitectónico de la segunda mitad del siglo III a.C., compuesto por dos estancias; en una de ellas se hallan dos depósitos impermeabilizados y estancos; en la otra, a mayor altura y a la que se accede por una escalera, existen un hogar de tamaño considerable y delimitado por piedras. Finalmente, el conjunto se completa con otra estancia adosada, de la que no se ha podido conocer la funcionalidad, pero que se presupone en relación con la del resto, y la torre, cuyo papel no es únicamente defensivo, sino que al mismo tiempo era utilizada como almacén, con toda probabilidad a dos alturas (Rafel - Blasco - Sales, 1994). Todo esta agrupación de estancias ha podido interpretarse como taller relacionado con el enriado del lino y su posterior tejido, tal como parecen atestiguarlo no sólo los materiales y las estructuras aparecidas en el

registro arqueológico, sino también el estudio paleobotánico de las fibras textiles allí encontradas (Alonso - Juan, 1994).

*Los hábitats 'romanizados' (ca. 218 a.C. - siglo I a.C.)*

En el valle alto del Martín, se han registrado tres asentamientos que parecen detentar un rango subordinado con respecto a un núcleo urbano rector del territorio, que sin embargo se desconoce: Cabezo de San Pedro, El Palomar y El Castellido (Asensio Esteban, 1995a: 325-326).



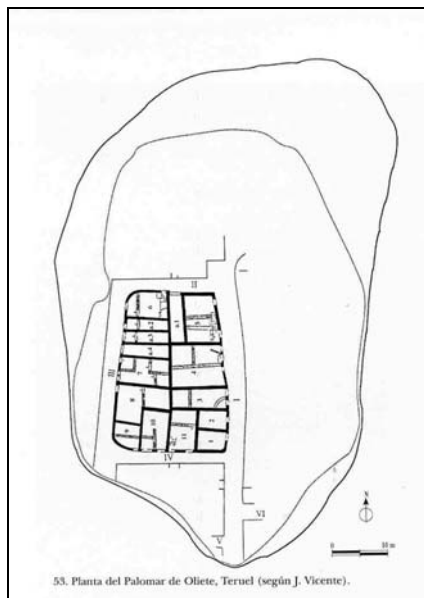
El Cabezo de San Pedro, considerado igualmente de categoría media por Burillo (1991: 45), presenta una área de poblamiento que se

centra en el cerro del mismo nombre, y se extiende por una elevación contigua, dominando un buen tramo del Martín (Orensanz Gutiérrez, 1975-76: 175). El inicio de sus actividades ha sido fijado en la primera mitad del siglo III a.C., con una perduración hasta el siglo II a.C., pero su sistema defensivo no sería construido hasta finales de ese siglo tercero (Vicente Redón, 1981: 317). Este recinto fortificado se concentra en el flanco noroeste de más fácil acceso y delimita así una zona aproximada de media hectárea, que se ciñe a la cúspide del cerro, al mismo tiempo que deja abierto un poblamiento en ladera con una extensión de tamaño mucho mayor. Este sistema defensivo se compone de un foso, al que le sigue una primera línea de muralla de aparejo ciclópeo y trazado curvilíneo, un espacio vacío donde levanta una torre trapezoidal y, finalmente, una segunda



línea de muralla con dos torres -cuadrada y circular- (Vicente - Escriche - Punter, 1985; Burillo, 1991: 45)<sup>20</sup>.

El Palomar, sin embargo, tiene una extensión mucho menor. Del poblado, considerado de carácter rural y datado en el siglo II a.C., únicamente se ha excavado una manzana de viviendas delimitada por calles enlosadas, entrecruzadas perpendicularmente y talladas en la roca natural con el fin de conseguir una rápida evacuación de las aguas (Atrián Jordán, 1981; Atrián - Vicente, 1982). Nada sabemos acerca de la forma de delimitación del espacio del asentamiento, ni de la ordenación urbanística del resto del poblado, cuya construcción planificada parece realizarse en un único momento.



Finalmente, El Castellillo volverá a ser reocupado durante estos siglos III a.C. y II a.C. Su ubicación en un cerro cuya parte superior está formada por fuertes estratos de arenisca, imposibilita el establecimiento del poblado en la cima, por lo que la totalidad de las viviendas se construyen en las laderas -norte y sur principalmente- de dicho cerro. El área excavada muestra una ordenación urbanística articulada en terrazas, formadas a partir de muros de contención. Las dos alineaciones de casas documentadas se encuentran separadas por una calle,

<sup>20</sup> La tipología y cronología de estas potentes defensas, que, por otro lado, chocan con una pretendida funcionalidad alfarera deducida de la abundancia de materiales cerámicos en las laderas del

tallada en la roca natural y regularizada mediante un tosco empedrado colocado sobre una capa de barro. Salvo este espacio de comunicación entre las viviendas, no se ha documentado ningún ámbito comunal, puesto que las áreas de actividad que pudieran considerarse como tales, se ubican en el interior de estructuras de total similitud a las de residencia (Atrián Jordán, 1959, 1966).

No muy lejano a La Caraza de Valdevallerías -sin excavación- se encuentra El Palao, hábitat que ha sido considerado de primer orden, dentro de una jerarquía de asentamientos en la que se verían implicados igualmente el Tiro de Cañón y La Guardia; estos dos últimos como poblados dependientes de aquél.



El cerro donde se ubica El Palao presenta una orientación norte/sur y una extensión nada desdeñable, que se ha calculado en 3 Has., y a la que habría de añadirse el poblamiento en ladera (Benavente - Dobato - Benavente, 1991: 177). Su cronología se establece mediante estratigrafía a partir del siglo II a.C. y hasta el siglo II d.C., sin que se haya documentado ningún nivel de destrucción (Marco Simón, 1980: 164).

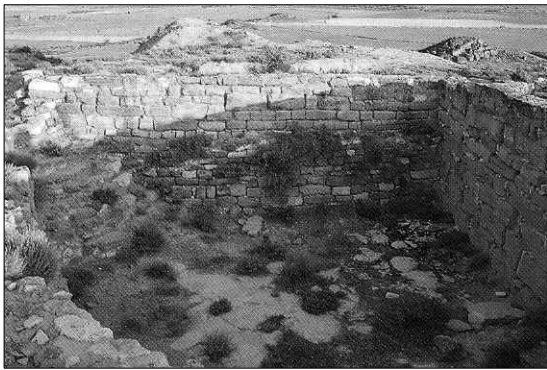
A pesar de que Bardiviu y Thouvenot (1930: 78) apuntan una ausencia total de calles, la gran extensión del hábitat así como las características urbanísticas de otros asentamientos similares del valle medio del Ebro, hacen pensar al resto de los investigadores que tal afirmación no responde a la realidad, sino que sería resultado de una errónea interpretación de la escasa superficie excavada (Benavente - Dobato - Benavente, 1991: 177, Asensio Esteban, 1995a: 269). A las estructuras constructivas de la meseta del cerro, habría que sumar un hábitat aterrazado en ladera, en las vertientes sur y este, por donde además debía transcurrir uno de los caminos de acceso al núcleo urbano. Este camino enlazaría con un foso que divide en dos la cima del cabezo y que Bardaviu (1926: 57)

---

yacimiento (Asensio Esteban, 1995a: 326), han llevado a sus excavadores a considerarlas reflejo de la presencia cartaginesa en la zona (Vicente - Escriche - Punter, 1985).

considera parte del sistema defensivo del asentamiento, pero que Benavente, Dobato y Benavente (1991: 177) interpretan como parte un método de acceso algo más complejo de lo habitual. Como partes de dicho sistema defensivo, se documenta únicamente un lienzo de muralla en el noroeste (Marco Simón 1980: 155), algo dudoso, y los restos de un posible torreón circular situado en uno de los puntos más elevados, al oeste del foso citado (Benavente - Dobato - Benavente, 1991: 177).

Entre los edificios identificados destacan algunos espacios de almacén en la zona noreste, contruidos con muros de sillares o sillarejo de arenisca asentados sobre un zócalo de tierra, y en cuyo interior se disponían bancos vasares corridos, tallados en la roca y revestidos de yeso (Marco Simón, 1983: 50). Asimismo,



habría que reseñar la existencia de un gran depósito, excavado igualmente en la roca, y que fue interpretado en su momento como un gran espacio para el almacén de áridos, debido sobre todo a la ausencia de un tratamiento impermeabilizador (*Idem*, 1986). Otros

autores, sin embargo, prefieren identificarlo con una cisterna destinada a la recogida y posterior abastecimiento de agua, y equiparlo a otras similares existentes en el Cabezo de Alcalá y en La Caraza de Valdevallerías (Esteban Asensio, 1995a: 268). Finalmente, en la zona noroeste de la meseta del cabezo, al borde de la pendiente, existen unas estructuras calificadas como templo por Bardaviu y Thouvenot (1930). Conforman un espacio excavado en la roca arenisca, dividido en dos por un muro con una altura similar a los laterales tallados -0,5/1 m.- y en el que se abren tres vanos de comunicación; junto a ella se halló el ara con relieve fálico que sirve de argumento para la interpretación cultural de este espacio (Almagro-Gorbea - Moneo, 2000: 82), que, por lo demás y muy probablemente, deba ser datado en época plenamente romana (Asensio Esteban, 1995: 269).

El carácter subordinado del Tiro de Cañón con respecto a El Palao viene dado, además de por su menor entidad aparente, por la naturaleza artesanal de algunas de sus estructuras, pequeñas pocetas circulares y rectangulares poco profundas. A partir de estas piletas, y sin menospreciar la importancia del sistema defensivo de este poblado, se le adjudica una funcionalidad artesanal, en relación seguramente con el tratamiento de materias primas y elaboración de tejidos o pieles (Beltrán Martínez, 1989-90). Nada más sabemos acerca de la ordenación urbanística general del poblado, y de sus espacios domésticos.

Finalmente, el Cabezo de la Guardia presenta un asentamiento seguro en ladera, y muy probablemente en la cima, aunque en la actualidad ésta se encuentra prácticamente arrasada. Se le ha dado una cronología del siglo III a.C. con una perduración para las viviendas del llano hasta el siglo III d.C.; sin embargo, la ausencia de decoración fitomórfica y animalística en la cerámica a torno, conjugada con una mayor abundancia de restos de vasijas a mano, ha llevado a remontar la dicha cronología hasta el siglo IV a.C., al menos para el área excavada junto al torreón circular (Martínez González, 1981). Dicho torreón, de estructura semicircular y contrafuertes radiales, parece formar parte del liezo de muralla que rodea la cima del Cabezo (*Idem*, 1982).

Algo más al oeste, en la Terra Alta se localiza el Coll del Moro, donde, después de una fase que ha sido fechada entre el 400 a.C. y el 200 a.C. y que se caracteriza en el registro arqueológico del poblado por niveles de destrucción que neutralizan la funcionalidad defensiva del conjunto, se documenta una nueva etapa constructiva reflejada en la recuperación del foso y la edificación de nuevas estructuras que son adosadas a las antiguas, de menor envergadura y difícil interpretación funcional. Esta nueva articulación del espacio en la parte más alta del poblado no parece responder a una planificación previa, sino a una serie de improvisaciones consecutivas, que infravaloran el armazón defensivo anterior, constructiva y funcionalmente, haciendo que aquél pierda el significado protector que detentaba durante el siglo V a.C. (Rafel - Blasco, 1994: 35).

La escasa información disponible para el conocimiento de la organización urbanística de las comunidades del valle del Matarraña en estas fases más tardías

contrasta con las existentes para fechas más tempranas. La Torre Cremada es el único asentamiento excavado con una cronología de finales del siglo II a.C. y primera mitad del siglo I a.C. Apuntamos en páginas precedente que se trataba de un recinto fortificado dependiente del poblado de mayores dimensiones de El Cerrao, ubicándose en un saliente de la terraza de roca arenisca que domina la margen izquierda de el Matarraña. La torre se hace visible desde los puntos altos de la orilla opuesta y desde el valle, hacia el que se desciende por suaves pendientes al suroeste, al mismo tiempo que defiende el lado norte del poblado, el más vulnerable (Moret - Gardes - Benavente, 1997: 21-23).

La construcción torreada y sus estancias anejas responde a un plan arquitectónico preconcebido y realizado en un único momento, si bien pueden observarse algunas pequeñas reformas posteriores: la puerta inicial de la torre es cegada y construida una escalera en su lugar; asimismo, uno de los departamentos individualizados -el E 7- es objeto de una cierta reestructuración. La torre tiene forma elíptica y es hueca hasta la roca base<sup>21</sup>. El sistema defensivo se complementa con dos potentes lienzos de muralla que cerraban el recinto enlazando la torre con el escarpe rocoso situado al sur del yacimiento. No se ha encontrado aún el acceso, pero todo hace suponer que se encontraba al sureste. En el interior, el espacio se dividiría en dos partes similares en torno al eje formado por la calle central o corredor medianero, que va a dar a las escaleras de entrada a la torre. En una de las viviendas, existe un departamento con una clara funcionalidad de 'almacén'. Todo el conjunto ha sido identificado, no como poblado, sino como fortín de vigilancia, con áreas de almacenaje y un número escaso de viviendas destinadas a alojamiento de un pequeño destacamento (*Ibidem*).

---

<sup>21</sup> Moret, Gardes y Benavente (1997: 21) han incluido esta torre en un grupo más amplio formado por la Torre de los Foios de Lucena del Cid [cf. M. Gil-Mascarell - A. Fernández - A. Oliver, "Resultados de las excavaciones arqueológicas en el yacimiento ibérico de la Torre de Foios (Lucena, Castellón)", *Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló*, 17, pp. 219-254], el bastión de San Antonio de Calaceite, el de Els Castellans de Cretas, e incluso, aunque de aspecto menos cuidado, el Tossal del Moro (Batea), La Guardia (Alcorisa) y el Cabezo de San Pedro (Oliete). Todos estos ejemplos parecen responder, en mayor o menor medida, a un tipo de torre que es definida por una planta curvilínea, una construcción en seco, y un aparejo bastante cuidado, muy regular, de bloques rectangulares o poligonales. Este modelo constructivo parece circunscribirse al Bajo Aragón, con una incursión en el interior levantino. En nuestra opinión, sin embargo, no está probada suficientemente la homogeneidad de sus cronologías.



### 1.3.- Los *Ilercavones* y sus hábitats

El territorio adscrito hipotéticamente a los *Ileraugates* y posteriormente a los *Ilergavones*, se extiende por una zona compartida actualmente por dos comunidades autónomas, la catalana y la valenciana. Ambas se han caracterizado por una larga tradición en los estudios sobre la cultura ibérica, debido en parte a cierto afán nacionalista, pero tal vez también a la gran entidad de algunos de sus yacimientos. El resultado ha sido una investigación desigual, consecuencia del escaso peso específico de algunas de las provincias, o de una desmedida importancia concedida a los grandes asentamientos coloniales e indígenas ubicados en áreas muy concretas de la costa.

Pero, esta desigualdad no es únicamente geográfica. La monumentalidad de algunas de las unidades constructivas de los núcleos coloniales e indígenas ha llevado a centrar los mayores esfuerzos arqueológicos e históricos en los yacimientos enmarcados, primero en el fenómeno colonial griego, y posteriormente en el romano. El interés se dirige mayoritariamente hacia un espacio urbano plenamente conformado gracias a las influencias de los elementos alóctonos, sin tenerse apenas en cuenta el proceso de urbanización seguido por los núcleos indígenas en las etapas más tempranas.

Así, un primer repaso a la información, no abundante, relativa al fenómeno de la aparición del hábitat estable en las tierras que conforman las actuales comarcas catalanas, conduce a la constatación de una clara diferencia entre éstas. En las comarcas más occidentales, junto con el curso bajo del Ebro, pueden documentarse, ya para los tradicionales Bronce final y Hierro I, asentamientos estables que presentan una cierta organización urbanística y estructuras de habitación en cuya construcción se han utilizados materiales no perecederos. Mientras, en las comarcas más septentrionales y orientales, para esos mismos siglos, se conocen hasta el momento únicamente hábitats en cueva y poblados

formados a partir del agrupamiento de los denominados fondos de cabaña (Belarte Franco, 1992, 1993)<sup>22</sup>.

*Los hàbitats durante el Bronce final II y III (siglo XII a.C. - finales del siglo VII a.C.)*

En las tierras del curso bajo del Ebro y de los últimos tramos de los valles tributarios del Cinca y Segre, estos inicios del hàbitat en poblados estables y 'ordenados' se remontan cronológicamente hasta el denominado Bronce final II - desde el siglo XII a.C. al siglo IX a.C.- A esta etapa corresponden los asentamientos del Tossal de Solibernat, el Genó y Tossal de les Paretetes, los dos primeros en la comarca de Segrià, y el último en la de Les Garrigues.

La ausencia de excavaciones en extensión para el Tossal de Solibernat impiden conocer su ordenación urbanística general, aunque habría que destacar la existencia de viviendas de trazado curvilíneo, supuestamente agrupadas (González *et alii*, 1982). De Genó<sup>23</sup> y del Tossal de les Paretetes, sabemos que se conformaron mediante la reunión de una serie de viviendas colindantes, alrededor de la cima de un cerro de planta ovalada, de tal manera que el acceso a las viviendas había de efectuarse desde el espacio libre que restaba en el centro (Maya, 1987; Pita - Diez Coronel, 1989; Gallart Fernández, 1984, 1987).

A la etapa siguiente, al Bronce final III -desde el siglo VIII a.C. a finales del siglo VII a.C.-, pertenecen los poblados de La Serra del Calvari en la comarca de Segrià, La Colomina en La Noguera, y El Calvari y Puig Roig, ambos en el Priorat y cercanos a la confluencia del río Siurana con el Ebro, y el Barranc de San Antoni y la Fase I del Barranc de Gàfols, en Ribera d'Ebre.

---

<sup>22</sup> El hecho de que estos primeros asentamientos estables con viviendas rectangulares de zócalo de piedra, se extiendan también por las cuencas bajas del Cinca y Segre, nos han hecho pensar en la necesidad de incluir éstos en nuestro estudio, al menos para estos primeros siglos correspondientes al Bronce final e Hierro I. Y ello, a pesar de que se ubiquen en tierras que posteriormente pasaría a formar parte del territorio adjudicado al grupo étnico de los *Ilergetes*. Mantendremos, sin embargo, Els Vilars, puesto que el conocimiento de su evolución arquitectónica nos puede ayudar a establecer diferencias y similitudes entre las organizaciones espaciales de cada grupo étnico.

<sup>23</sup> Cf. J.L. Maya - F. Cuesta - J. López (eds.), *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Barcelona 1998 y López Cachero (1999).



Desconocemos la articulación urbanística de La Serra del Calvari, puesto que nada se ha publicado con respecto a ésta. La esquemática planta de La Colomina tampoco proporciona excesiva información sobre el particular, si exceptuamos una aparente ausencia de organización, reflejada en la distinta orientación de las viviendas (Fernández - Lafuente, 1989). Asimismo, las pequeñas proporciones del área excavada en El Calvari no permiten establecer las directrices que regirían la articulación de su espacio restringido, aunque podría intuirse la ubicación de las casas a partir del muro de cierre del poblado, que probablemente fuese alzado en piedra en su totalidad; dos filas más o menos paralelas de viviendas de pequeñas dimensiones con muros medianeros y puertas que se abren a la calle central (Vilaseca, 1943; Belarte Franco, 1993: 118).

Por su parte, el Puig Roig, con dos fases de ocupación datadas sin solución de continuidad entre los siglos VIII a.C. y VII a.C., presenta una articulación urbanística que podemos catalogar de típica para esas fechas y estos territorios, con un espacio central longitudinal a modo de calle, que sigue el propio eje del alargado cerro sobre el que se asienta el poblado. Su particularidad reside en una documentada preparación de la superficie, previa a la construcción de las viviendas, mediante un aterraplenado de arcillas y cantos. Con posterioridad se erguiría el muro de cierre, que coincide con el perímetro del cerro, para a partir de éste construir las casas, orientadas hacia el centro, Determinadas agrupaciones de *pondera* o de grandes vasijas de almacenaje, apuntan la existencia de funciones especializadas en algunos de los espacios domésticos (Genera i



Monels, 1986a y b, 1995a; Genera - Brull, 1994-95). Asimismo, restos de galena y fragmentos de molde de fundición llevan a pensar en el desarrollo de una explotación minera y una metalurgia incipiente por parte de los habitantes del asentamiento. Si bien no se ha documentado ninguna estructura destinada a la transformación de mineral, podría pensarse que éstas se encontraran fuera del recinto de aquél (Genera i Monels, 1986a: 53-61).

La proximidad de estos dos poblados. El Calvari y Puig Roig, a los yacimientos de cobre y galena ubicados en la comarca del Siurana parece confirmar su carácter minero y metalúrgico. Ambos forman un primer grupo de asentamientos de dimensiones superiores a los 1000 m<sup>2</sup> y ambos se encuentran ubicados en crestas alargadas, estrechas y de cota media sobre el río Siurana, afluente de la margen izquierda del Ebro (Asensio *et alii*, 1994-96: 306).

Ya en la comarca de Ribera d'Ebre y con una cronología que se extiende a lo largo de los siglos IX a.C. y VIII a.C., nos encontramos con el Barranc de San Antoni. Situado en una plataforma de la primera terraza del río Ebro y controlando los llanos de Ginestar y Miravet, presenta un patrón de hábitat al aire libre de casas aisladas. Es decir, una única vivienda en la que se ha podido documentar dos fases constructivas: una primera fase datada en el siglo IX a.C., que sufre un abandono, para más tarde, en el siglo VIII a.C. ser nivelada y erigirse de nuevo un segundo habitáculo en el mismo lugar, muy similar al segundo (Asensio *et alii*, 1994-96: 231). Esta tipología de asentamiento se ha considerado un patrón pre-urbano intermedio entre los fondos de cabaña de los llanos litorales y los poblados con urbanismo incipiente de las tierras del Segre desde finales del segundo milenio. Por otra parte, sus dos breves ocupaciones separadas por un período de abandono han hecho pensar en un carácter semisedentario para el Barranc de San Antoni, e incluso para la primera fase del vecino Barranc de Gàfols, relacionado con sistemas de subsistencia ganaderos (*Ibidem*: 244).

Efectivamente, en la interpretación de las estructuras arquitectónicas del Barranc de Gàfols, se plantea la posibilidad de que sus viviendas no hayan sido ocupadas simultáneamente, sino de manera sucesiva; en cualquier caso, la

agrupación de varias estructuras constructivas en un mismo espacio parece indicar que este asentamiento detentaba cierta importancia con respecto a los núcleos documentados en sus proximidades y datados en el siglo VII a.C. (Asensio *et alii*, 1994-96b: 305-306).

En el Montsià, La Moleta del Remei presenta una estructuras de habitación radicalmente distintas, fechadas a finales del siglo VIII a.C. y principios del siglo VII a.C. Los fondos de cabaña se agruparían en este contrafuerte de la vertiente sur del macizo de Montsià formando un primer poblado, del que desconocemos su extensión y articulación interna, al haber sido arrasado casi en su totalidad por el terraplenado previo a la segunda fase constructiva del poblado (Pallarés - Gracia - Munilla, 1987a; Gracia - Munilla - Pallarés, 1987-88, 1988).

Este mismo carácter semisedentario y temporal es el admitido para los primeros asentamientos del Baix Maestrat. Situados junto a la costa y cercanos a las vías de comunicación, quizá sus habitantes fueran ganaderos procedentes del Bajo Aragón. El poblamiento indígena del siglo IX a. C. está aún por definir. Las comunidades de este momento serán descendientes de las del Bronce medio y entrarán en contacto con las aportaciones de los Campos de Urnas, tal como parecen reflejar las hábitats en cueva de Janet y Marcó en Tivissa (Oliver Foix, 1994-96: 221-222).

Los poblados de El Puig de la Misericòrdia y El Puig de la Nau presentan en sus estratigrafías, materiales que han sido fechados en un entorno del Bronce final y que podrían perdurar hasta el siglo VI a.C.: ánforas y vasos bícromos fenicios, cerámica del tipo Can Missert y producciones indígenas meridionales, para el asentamiento de Vinaròs (*Idem*, 1988a: 158) y primeras importaciones coloniales, trípodes y cerámicas bruñidas, acanaladas, incisas y decoración de cordones, para el núcleo de Benicarló (Gusi - Oliver, 1988: 163).

En el Puig de la Nau, durante la Fase I (700 a.C. - 650 a.C.) estos materiales han sido asociados a estructuras de fondo de cabaña con tendencia redondeada u oval. El poblado en estos momentos estaría ocupado por una población de carácter pastoril, semisedentaria y posiblemente trashumante, que se

desplazaría estacionalmente, en invierno, a la costa desde el interior (Oliver Foix, 1998: 47).

*Los hábitats durante el Ibérico I (600/580 a.C. - 540/530 a.C.)*

Enmarcados en un tradicional Hierro I se encuentran los núcleos de Guissona en Segarra, Els Vilars en Les Garrigues, Coll del Moro y Barranc de Gàfols en Ribera d'Ebre, Aldovesta en Baix Ebre, La Ferradura, La Moleta del Remei y Sant Jaume Mas d'en Serra en el Montsià, y el Puig de la Nau en el Plá de Vinaròs.

De ellos, La Ferradura, el Coll del Moro de la Serra d'Almos y La Moleta del Remei forman un segundo grupo de asentamientos que presentan una superficie de alrededor de 400/500 m<sup>2</sup> y ubican en crestas estrechas de mayor extensión. En todos ellos se han registrado materiales de importación de factura fenicia (Gracia - Munilla, 1993).

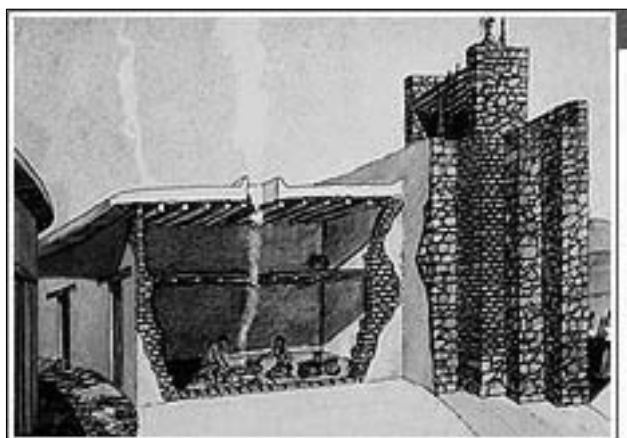
El poblado de Guissona presenta igualmente la dificultad que supone la antigüedad de sus excavaciones (Colominas, 1941), a lo que hay que añadir la existencia en el mismo lugar de un asentamiento con una muy probable cronología 'ibero-romana'; no olvidemos la tradicional equiparación de Guissona con la antigua Iesso, ceca ibérica que emite moneda con la leyenda *IEXE*. En cualquier caso, la parcialidad de los trabajos arqueológicos allí realizados, impide conocer la ordenación urbanística general del asentamiento.

En este mismo valle medio del Segre y junto al curso del Canal de Urgell, nos encontramos con el asentamiento de Els Vilars, ubicado en una pequeña loma apenas elevada sobre una amplia llanura. El desarrollo de sus actividades ha sido dividido en varias etapas, la primera de ellas, Els Vilars I, con una cronología que va desde 675/650 a.C. a 550/525 a.C.<sup>24</sup> De acuerdo con la totalidad de las estructuras documentadas en el poblado, esta primera fase se caracterizaría por

---

<sup>24</sup> Recientemente los investigadores de el asentamiento de Els Vilars han establecido una fase más antigua, Vilars 0, con una cronología que va de 750 a.C. a 675/650 a.C. En esta etapa de fundación *ex novo* del poblado, las viviendas son algo más grandes y están ya presentes todos los elementos del sistema defensivo (Alonso *et alii*, 1998: 356-357).

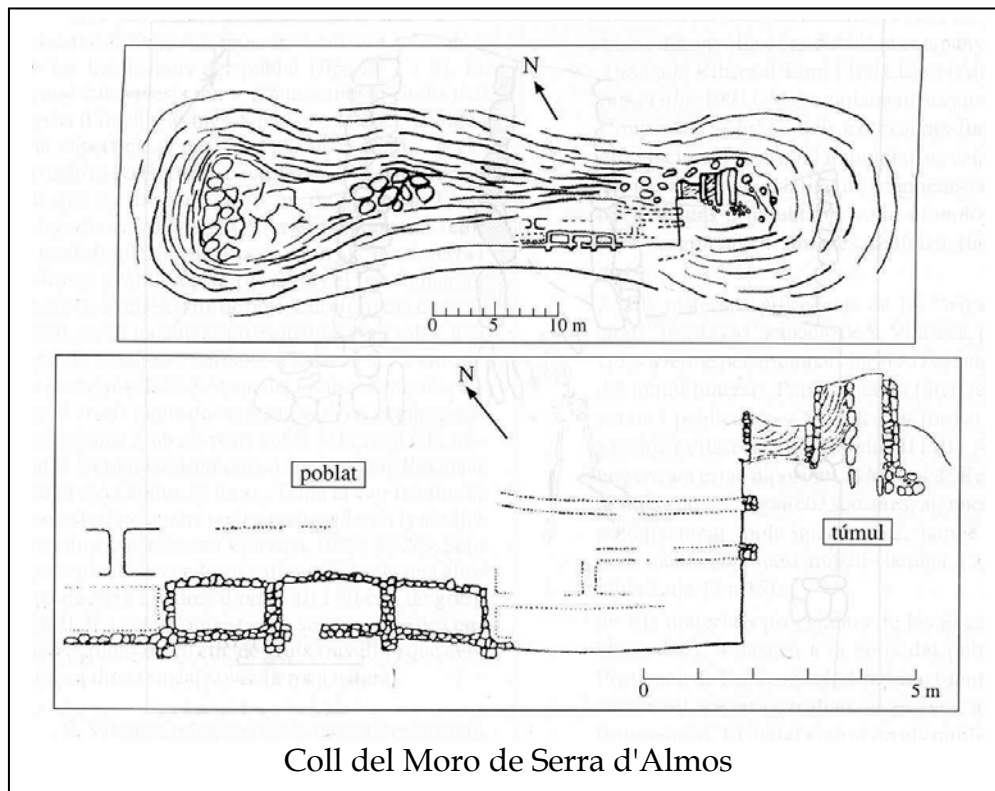
una ordenación urbanística articulada en agrupaciones longitudinales de viviendas, que se apoyan en el muro de cierre y a partir del cual se extienden hacia el centro del poblado, donde se deja un espacio libre que hace las veces de área de comunicación entre unas y otras. Pero, la peculiar construcción de dicho muro de cierre, en dos momentos distintos dentro de esta primera fase, lo convierte en una verdadera muralla -con torre-, complementada por un campo de piedras hincadas. Tal sistema defensivo, sólo justificable en términos de inversión



de energía por una ubicación en llano y por la fertilidad de las tierras del rededor, hace de este núcleo una notable excepción dentro del conjunto de los poblados enmarcados en una cronología de Campos de Urnas (Garcés *et alii*, 1991b; Alonso *et alii*, 1998).

El Coll del Moro de Serra d'Almos parece presentar esa misma tipología de ordenación urbanística, con viviendas dispuestas en dos hiladas enfrentadas y paralelas al eje mayor de la cresta en la que se encuentra el poblado. Pero, la antigüedad de las excavaciones y las interpretaciones de sus resultados (Vilaseca Anguera, 1953), llegan a deformar sustancialmente el registro arqueológico del Coll y, por tanto, el proceso histórico vivido por sus habitantes. Tales deformaciones afectan tanto a la cronología de los hallazgos documentados en él, como a la verdadera naturaleza de éstos. Algunos de los materiales encontrados durante los trabajos realizados en el extremo más oriental del cerro, en el denominado túmulo, son de tipologías 'hallstätticas' -fíbulas de doble resorte, broches de cinturón de tres garfios...- (*Idem*, 1953: 57-59), por lo que se ha considerado una primera etapa para el poblado enmarcable en un Hierro I tradicional. Este hecho justificaría la inserción de este asentamiento de la Ribera d'Ebre en el estudio sobre los poblados catalanes del final del Bronce y los comienzos del Hierro (Belarte Franco, 1993). Sin embargo, algunos otros

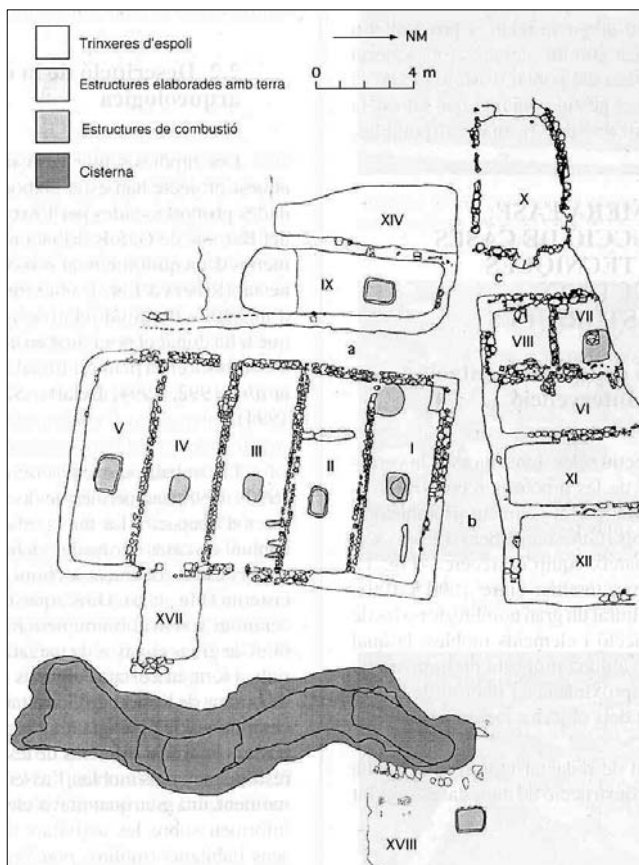
materiales cerámicos -vasos a torno con decoración vinosa geométrica, una kylix ática...- llevan a Vilaseca (1953: 86) a datar el Coll del Moro en un siglo IV a.C., por lo que, suponiendo que las estructuras constructivas registradas pertenecieran a esta última etapa, preferimos tratar éstas en posteriores apartados.



Asimismo, El Barranc de Gàfols concuerda también con ese tipo de asentamientos cuya ordenación urbanística se adecua al estrecho espacio disponible, mediante la alineación de casas medianeras a partir del perímetro del cerro, de tal forma que resten espacios libres a la manera de calles; dos longitudinales y una transversal en el caso de Gàfols (Belarte - Sanmartí - Santacana, 1994; Belarte *et alii*, 1991, 1994; Sanmartí *et alii*, 2000). Esta segunda fase del poblado comienza a finales del siglo VII a.C. o inicios del siglo VI a.C. y acaba entorno al 570 a.C. El carácter imprevisto de su abandono ha permitido definir con más seguridad la funcionalidad de determinados espacios. Aquéllos con presencia de hogares y pavimentos bien elaborados desempeñarían la función de residencias; en ellos además se han encontrado pesas de telar y



molinos, por lo que se ha pensado que las actividades de tejido y molienda se llevarían a cabo en el ámbito doméstico individualizado, mientras que el almacenamiento, la utilización del horno y la obtención de harina de cereal, tendrían un carácter comunitario. Es precisamente la utilización colectiva de estos ámbitos la que ha llevado a pensar en un grupo familiar amplio como habitante de esta segunda fase del poblado de Gàfols, de carácter sedentario y tal vez con cierta capacidad de acumulación de excedente (Asensio *et alii*, 1994-96: 310).



Muy al contrario, el poblado de Aldovesta, en la margen izquierda del Ebro, se conforma de acuerdo a una asociación de recintos carente de simetría y orden aparente. Alrededor de una única vivienda se adosan otras estructuras cuyos materiales y articulación apuntan a funciones que nada tienen que ver con la de residencia. Así, se documentan dos recintos rectangulares que, por sus dimensiones y su aparente ausencia de cubierta, han sido interpretados como posibles establos. Existen además otros espacios que se diferencian por su planta semicircular y su interior, en el que predominan en gran número los vasos de depósito (Mascort - Sanmartí - Santacana, 1988a: 71). Y finalmente, el llamado recinto A, que presenta una planta semi-circular, que no puede dejar de recordarnos a las torres absidales de San Antonio y el Coll del Moro de Gandesa. Su técnica constructiva se diferencia del resto de la utilizada en el poblado -doble paramento de losas verticales-, puesto que su pared se conforma mediante dos sencillas hiladas de piedras más gruesas de forma y dimensiones regulares, con

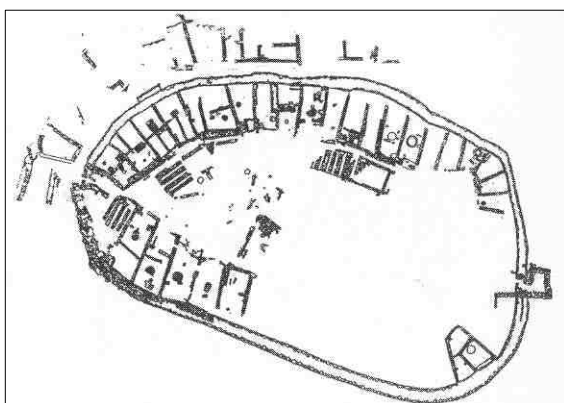
relleno de cantos de menor tamaño (*idem*, 1991a: 17-18). Lo más reseñable es la presencia en su interior de un gran número de recipientes contenedores, de ánforas, algunas indígenas, pero la mayoría de fabricación fenicia, que están señalando una funcionalidad claramente de almacenamiento para este edificio y, en general, para todo el conjunto del núcleo de Aldovesta (*idem*, 1988-89, 1991b) ejerciendo las veces de puerto fluvial dentro del marco de las relaciones comerciales entre los indígenas y los fenicios (Asensio *et alii*, 1994-96: 312).

Por último, restan los asentamientos de La Ferradura, la primera fase de La Moleta del Remei y Sant Jaume Mas d'en Serra, para los que inicialmente se quiso ver una estructura territorial jerarquizada en un momento tan temprano como es la transición del siglo VII a.C. al siglo VI a.C., durante el cual La Ferradura detentaría un lugar preminente con respecto a los otros dos núcleos dependientes (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991). Sin embargo, por un lado, la articulación interna de aquél no refleja la complejidad esperada para un lugar central, y por otro, la mayor extensión de Sant Jaume, no parece corresponder su carácter subordinado con respecto al yacimiento de Ulldecona.

Así, La Ferradura presenta una ordenación urbanística con una única línea de viviendas que comparten paredes laterales medianeras; mientras, las traseras forman el muro de cierre del poblado, que se extiende únicamente por el lado este del espolón sobre el que se asienta aquél (Maluquer de Motes, 1982b, 1983b). A pesar de la uniformidad de las estructuras, se ha podido diferenciar tres áreas con funcionalidad distinta: los espacios más orientales, con grandes vasijas, molinos y un horno, estarían destinados al almacenamiento y transformación de materias primas de carácter alimentario; los hábitats centrales y occidentales, con hogares en su interior, se presentarían como lugares de descanso y elaboración de alimento. Esta distribución de funciones en las diversas viviendas del poblado reflejan el carácter comunitario de determinadas funciones, como por ejemplo la agrupación de las pesas de telar en dos casas únicamente y la existencia de un sólo horno. Todo parece indicar que nos encontramos ante una comunidad de las denominadas 'familias unidas', es decir, un grupo reducido de familias nucleares (Asensio *et alii*, 1994-96: 306).

Por su parte, San Jaume-Mas d'en Serra se sitúa en un promontorio de difícil acceso, que domina la vía de paso hacia la depresión de Uldecona y la llanura costera del Port dels Alfacs y la Punta de la Banya, así como las derivaciones marítimas de la Sierra de Irtá. Durante su desarrollo, desde la segunda mitad avanzada del siglo VII a.C. y primer cuarto del siglo VI a.C., era visible desde La Cogula, La Moleta del Remei, El Puig de la Nau y el Puig de la Misericòrdia, no así con La Ferradura<sup>25</sup>. A pesar de lo escaso de las estructuras excavadas, todo parece indicar una ordenación urbanística a partir de un muro perimetral, con unidades de habitación distribuidas en estancias rectangulares contiguas, muros medianeros compartidos y accesos desde un espacio de comunicación común, quizá a modo de calle central (Gracia - García - Munilla, 1998).

La muralla del poblado está formada por dos muros simples adosados y, al menos, una torre maciza cuadrangular. Quizá dicha torre se encuentre en relación con la puerta de acceso, situada en la zona de más fácil subida al cerro. Asimismo, se plantea la posibilidad de que inicialmente esta muralla fuese un simple lienzo delimitador del espacio del poblado, que posteriormente será reforzado mediante la construcción de un segundo muro y la torre, aunque tal vez su estructura fuese doble desde el principio. Finalmente, en cuanto a la utilización del espacio habría que destacar el hallazgo de un numeroso grupo de *pondera* pertenecientes a dos telares, junto con dos contenedores de gran tamaño de fábrica local, en una de las unidades de habitación definidas. Estos materiales



han ayudado a identificar esta estancia como cobertizo o almacén de productos y utensilios de uso temporal, como sería el caso de los telares (Gracia - García, 1999).

Una cronología similar es la asignada a Fase I de La Moleta del

<sup>25</sup> Los materiales registrados en Sant Jaume-Mas d'en Serra proporcionan una facies y una secuencia crono-ocupacional intermedia entre las de Aldovesta y el Barranc de Gàfols, y equiparable a las primeras fases de La Moleta del Remei, La Ferradura, La Cogula, el Puig de la Nau y el de la Misericòrdia (Gracia - García - Munilla, 1998: 240; Gracia - García, 1999: 137).

Remei -ca.625 a.C./575 a.C.-, durante la cual el poblado está constituido únicamente por el bloque de viviendas que constituye el barrio oeste. Estas casas seriadas rectangulares se adosan a una línea simple de muralla, que no desempeña funciones defensivas, sino simplemente delimitadoras del espacio restringido y habitado, que por otra parte es abierto y orientado al este (Gracia - Munilla - García, 1994-96: 368).

Finalmente, en el Plá de Vinaròs, el Puig de la Nau tomará un carácter más permanente durante la Fase II (650 a.C. - 575/550 a.C.). Dicha permanencia se ve reflejada en la construcción de estructuras e habitación rectangulares y de edificación más sólida. Estos cambios han sido interpretados como consecuencia de los planteamientos económicos resultantes del desarrollo de las relaciones entre las comunidades indígenas y los colonos fenicios (Oliver Foix, 1998: 48-50).



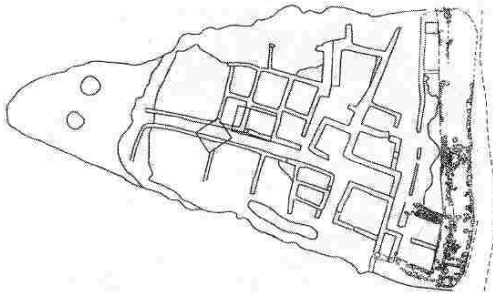
*Los hábitats durante el Ibérico II (540/530 a.C. - 450/425 a.C.)*

El poblado de Els Vilars inaugura su fase II, fechada entre el 550/525 a.C. y el 425/400 a.C.<sup>26</sup>, con la construcción de nuevas casas que respetan el trazado original de la calle de circunvalación. De ésta arranca una vía enlosada, de dirección norte/sur, y en la confluencia de ambas se abre una especie de pequeña plaza como resultado del retroceso de las viviendas que rodean el espacio central. Dicho espacio presenta en realidad una gran complejidad urbanística, con edificios exentos de diversos tamaños, que muy probablemente estén indicando espacios y áreas de actividad comunales y no necesariamente domésticas/familiares. Así, en esa área central se encuentran dos estancias cuadrangulares en las que ubican un horno y un posible almacén anexo a éste (Gracés *et alii*, 1994: 45-46). Cabe reseñar, sin embargo, la colmatación del espacio inmediatamente exterior, hecho que supone la inutilización progresiva de la franja de piedras hincadas hasta su total desaparición bajo los sedimentos (*Idem*, 1991: 190).

En el Baix Ebre y más concretamente en el estratégico Pas de Barrufemes, se localiza El Castellot de la Roca Roja, del que sólo ha sido publicada su planta sin explicaciones sobre su articulación interna. Únicamente tenemos referencias a su sistema defensivo, compuesto por una muralla que cierra la parte de acceso al área habitada (Izquierdo - Gimeno, 1991: 230, fig.1). Aún así, tras la observación del dibujo de su espacio construido podemos deducir una ordenación urbanística mediante calles y barrios, y la existencia de una torre rectangular, muy similar a la documentada en La Moleta del Remei, hueca y adosada al interior de una muralla de doble paramento (Noguera Guillén, 1999: 245, fig. 3).

---

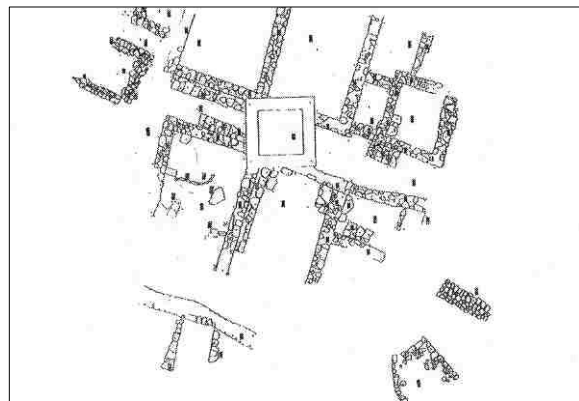
<sup>26</sup> Debemos reseñar aquí la aparición durante esta etapa de Els Vilars, de una cultura material caracterizada no sólo por las llamadas cerámicas pintadas paleoibéricas, sino también por una cerámica gris monocroma, característica del sureste francés y de las comarcas catalanas más septentrionales y occidentales. Este hecho nos lleva a pensar en el comienzo de una más clara diferenciación entre el grupo étnico de los *Ilergetes*, a los que pertenecerían las tierras del valle medio y bajo del Segre, en las que se encuentra este asentamiento, y aquél otro de los *Ileraugates/Ilergavones*, vinculado territorialmente al tramo final del Ebro.



Junto al Delta, nos encontramos con El Castell [Puig Castell], poblado que con una cronología que va desde el siglo V a.C. al siglo I a.C., sustituiría en parte a los asentamientos de esta comarca del Montsià, desaparecidos a partir de este Ibérico II. Sin embargo, el carácter inédito de sus excavaciones (Fabra, e.p.; Álvarez, e.p.; Genera i Monells, e.p.) no permite comentar aquí su ordenamiento urbanístico.

En el Montsià, a partir de mediados del siglo VI a.C., se produce una desaparición total del poblamiento, al ser abandonados definitivamente tanto La Ferradura como San Jaume Mas d'en Serra. El asentamiento de La Moleta, sin embargo, va a sufrir una fase de abandono sólo temporal, hasta la segunda mitad del siglo V a.C., momento en el cual volverá a ser ocupado con un planteamiento urbanístico similar a la fase anterior, pero radicalmente ampliado (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 68).

En ese mismo siglo VI a.C. en el Baix Mestrat y entre el Cervol y La Seniá, comienza su andadura el Puig de la Misericòrdia, asentamiento al que se le ha otorgado una categoría de de primer orden durante este período inicial, hasta su abandono temporal ocurrido hacia mediados del siglo V a.C. (Oliver Foix, 1993a: 152-154). Sus excavaciones puntuales nos han permitido conocer su estratigrafía y cronología, y únicamente parte de sus estructuras constructivas. Se ha podido documentar la existencia



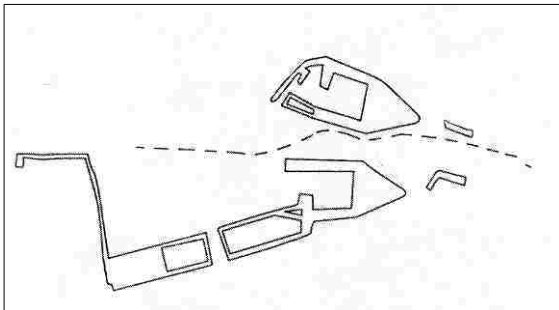
de una torre, que formaría parte de un sistema defensivo complementado con bastiones y pasillos de acceso al poblado. Al exterior de dicha torre, durante los últimos años de esta primera etapa, se construye un horno, cuya boca, por lo que podemos deducir de la explicación de su excavador, se abre en el propio muro defensivo; y al interior se elabora un banco corrido tallado en la roca natural, donde se apoyaría el material que había de ser cocido. Se han identificado, además, tres recintos relacionados con esta estructura turriforme. En el primero de ellos se hallaron varios hogares, delimitados por piedras y situados al mismo nivel del pavimento; la amortización del habitación B se corresponde con la reorganización de la zona tras la construcción del horno en el exterior de la torre; por último, en el tercer recinto, con pavimento de tierra batida se construye un banco corrido mediante la superposición de lajas de caliza. Todo el conjunto se abandonaría al mismo tiempo, en un momento que no iría más allá de la primera mitad del siglo V a.C. (*Idem*, 1988a).



Algo similar ocurre en el vecino Puig de la Nau, donde a partir de su Fase III (575/550 a.C. - 500/475 a.C.) se produce una remodelación urbanística, tal vez como consecuencia de la intensificación del comercio de los excedentes agrícolas y del que resultaría la aparición en el registro arqueológico del poblado, de materiales de importación de origen griego y masaliota. Poco después, durante la primera mitad del siglo V a.C. -Fase IV (500/475 a.C. - 450 a.C.)- parece producirse un abandono momentáneo del asentamiento, pues es difícil identificar materiales cerámicos pertenecientes a esta cronología (Oliver Foix, 1998: 50-51).

*Los hábitats durante el Ibérico III (450/425 a.C. - 350/300 a.C.)*

El asentamiento de Els Vilars, con toda probabilidad perteneciente al grupo étnico ilergeta ya en este período, entra en una nueva fase hacia el último cuarto del siglo V a.C., que se caracteriza por una importante y generalizada reordenación urbanística, documentada sólo parcialmente. El carácter puntual de las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento, sólo permite registrar la permanente utilización de la muralla y la torre como elementos defensivos y delimitadores del poblado, al mismo tiempo que confirma la existencia de una remodelación en el trazado de las calles. Se abre una nueva calle y se lleva a cabo la edificación de nuevas viviendas, así como la construcción de una cisterna, con una forma ovalada y un corredor de acceso (Garcés *et alii*, 1994: 46). Sin embargo, no volverán a producirse cambios en la articulación del espacio interior de este núcleo durante su última fase -375/350 a.C./325 a.C.-, para la que únicamente se evidencia una decadencia generalizada y continuada hasta el abandono definitivo del poblado (*Idem*, 1991: 193).

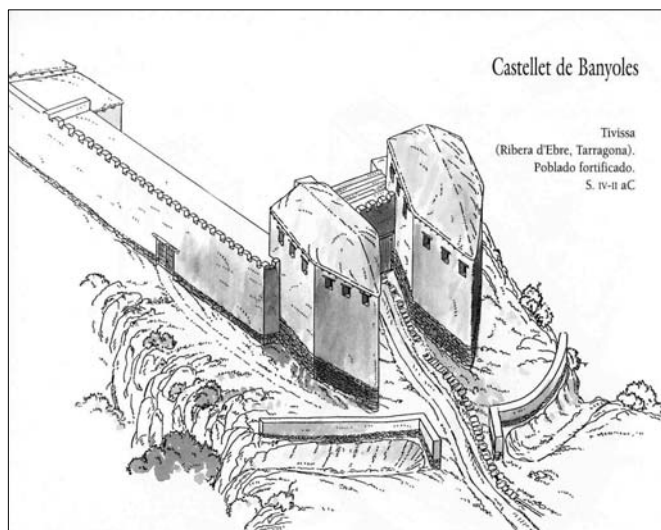


Río abajo, en la margen izquierda y controlando el paso hacia Terra Alta, se encuentran El Castellet de Banyoles, que inicia sus actividades hacia mediados del siglo IV a.C. Su urbanismo se adapta a la morfología

del terreno, articulándose a partir de una calle que parece desembocar en una gran espacio central; ambos se encuentran delimitados por viviendas, que comparten muros medianeros y que se apoyan en la línea defensiva de la muralla, que rodea completamente el asentamiento (Pallarés i Comas, 1982: 219). Dicha muralla estaría construida con un doble paramento de piedras gruesas sin tallar y reforzada en la entrada del poblado por dos torres poligonales de imponente altura y volumen. En décadas pasadas, la construcción de las torres y del lienzo más exterior de la muralla se fecharon en un momento próximo a la desaparición de El Castellet, hacia el siglo II a.C. (*Idem*, 1983-84: 114; 1986: 286).



Sin embargo, últimamente, tras un estudio técnico-funcional de estas construcciones defensivas, en el que se ha tenido en cuenta las innovaciones poliorcéticas acontecidas en el entorno mediterráneo durante aquellos siglos, se apunta la necesidad de revisar dicha cronología y



remontarla hasta mediados del siglo IV a.C. A ello se añade el aspecto singular que unas torres poligonales de estas características imprimirían al núcleo de El Castellat de Banyoles, dotándole así de una fuerte simbología de prestigio. Es más, dicho prestigio vendría avalado por la existencia en este núcleo de un lugar de culto, sin identificación arquitectónica hasta el momento, del que procedería el conjunto de páteras umbilicadas presumiblemente procedentes de este asentamiento (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 74).

Más recientemente, se ha preferido datar en el siglo III a.C. la construcción de las dos torres, debido a la escasa presencia de materiales cerámicos de importación adscritos a la centuria anterior y a la revisión de las cerámicas procedentes de los niveles de abandono del área de entrada al asentamiento (Asensio - Cela - Ferrer, 1996). Y se las ha considerado una creación originalmente ibérica, a pesar de la idea de la forma pentagonal y los fundamentos metrológicos de su regular diseño -un pie de 27,5 cm. Estos dos aspectos serían los dos únicos rasgos tomados del prototipo helenístico (Moret, 1998: 89).

No muy alejado de él se encuentra el Coll del Moro, que aparentemente vuelve a ser ocupado durante el siglo IV a.C., aunque no debería rechazarse la posibilidad de un poblamiento continuado en este lugar hasta su sustitución por El Castellat. Puesto que las cerámicas documentadas en los departamentos excavados en el Coll parecen presentar una tipología fácilmente enmarcable en un siglo IV a.C., parece lógico presuponer para esta segunda fase la pretendida ordenación urbanística del poblado, basada en dos hileras de viviendas

enfrentadas a lo largo del eje mayor del cerro de la Serra d'Almors y con un espacio central resultante que hace las veces de calle o ámbito de comunicación (Vilaseca Anguera, 1953).



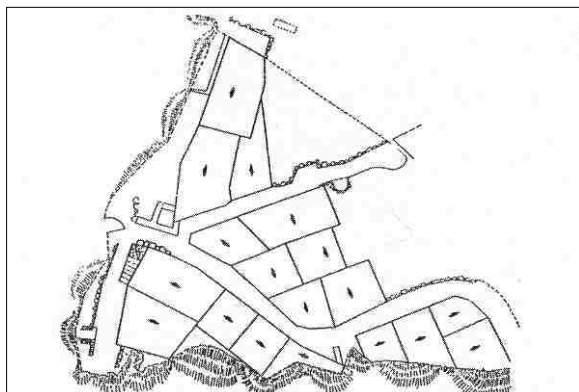
Ya en el Montsiá, la plataforma donde se asienta La Moleta del Remei vuelve a ser ocupada en la segunda mitad del siglo V a.C., constituyéndose en un núcleo de primer orden. La nueva articulación urbanística se adapta al espacio oval existente, en el que las viviendas se

disponen a partir del muro o muralla que cierra y delimita el poblado, al mismo tiempo que ocupan parte del centro de la elevación por la que se extiende éste. Se produce así un trazado de calles concéntricas, que ha sido considerado una evolución de la concepción del urbanismo del valle del Ebro vigente en los asentamientos de los llamados de calle central, enmarcados tradicionalmente en un Hierro I (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 70). Destaca por su peculiaridad el sistema defensivo, compuesto por un doble paramento de muralla en la zona de acceso, que da lugar a la calle exterior, y un solo lienzo para el resto del asentamiento, complementado todo ello con torres y un bastión. Una de dichas torres, cuya construcción se fecha en la transición del siglo V a.C. al siglo IV a.C. es hueca y cuadrangular, mientras que la otra presenta una planta rectangular maciza. Por oposición a las torres circulares de otros poblados ibéricos de la zona, con una cronología del siglo V a.C., se han buscado paralelos para estas nuevas plantas paralelepípedicas en los modelos de procedencia mediterránea (*Ibidem*: 70-73).

El otro lugar preeminente del poblamiento en la franja costera está ocupado por El Puig de la Nau, entre el Cervol y el Agua Oliva. En su Fases IV y



V (450 a.C. - 400 a.C.), el asentamiento sufre una completa remodelación de su sistema urbanístico y defensivo, consecuencia del auge del comercio del cereal



desarrollado por el poblado (Oliver Foix, 1998: 51-52). Esta nueva construcción se lleva a cabo de forma ordenada y preconcebida; se delimitara el perímetro del espacio a ocupar mediante el levantamiento de la muralla para posteriormente trazar

la red viaria principal, partiendo de la ubicación de los accesos. De los restos aún conservados de esta muralla, debe destacarse la existencia de una torre de forma semicircular adosada al lienzo, principal. Como refuerzo de este último, existen otras dos líneas de muro que conforman dos pasillos que acaban junto a la torre, a modo de *epikampio*, sistema de defensa helenístico que permitía incursiones al exterior de la muralla sin perder su protección (*Ibidem*: 85-86).

Las casas quedan agrupadas en 'manzanas' perfectamente delimitadas por calles paralelas, enlosadas sólo en ocasiones, pero ordenadas de acuerdo a una modulación uniforme (*Idem*, 1993a: 159). Inmersos en algunas de estas manzanas nos encontramos espacios con una clara función de almacén. Así una de la estancia situada en la intersección de las llamadas calles E y D se han hallado cerca de una decena de ánforas vinarias de procedencia ebusitana (*Idem*, 1998: 84).

Pero, las este momento floreciente dura apenas cincuenta años, pues hacia el 400 a.C. se produce el abandono pacífico del Puig de la Nau. Dicho abandono se produciría de forma paulatina, pues durante los años iniciales del siglo IV a.C., se documenta cierta ocupación residual en determinadas partes del hábitat. Pronto el despoblamiento será completo, hasta que en época bajo imperial romana vuelva a surgir un pequeño núcleo en la ladera sur (*Ibidem*: 53).

En el resto del territorio, durante parte de este Iberico III, se ubican una serie de asentamientos, algunos de ellos en llano, que se encontrarían subordinados a al Puig de la Nau y desempeñando funciones diversificadas. Desafortunadamente, de todos ellos únicamente se han realizados trabajos de

excavación en Mas d'Aragó, centro agrícola y artesanal al mismo tiempo, en el que se ha documentado un importante complejo de hornos cerámicos en uso desde el siglo V a.C. hasta el siglo V d.C. (Borrás i Querol, 1988).

*Los hàbitats durante el Ibèrico IV(350/300 a.C. - 175/150 a.C.) e Ibèrico V (175/150 a.C. - 60 d.C.)*

Durante los primeros siglos del período denominado Ibérico IV, en la Ribera d'Ebre siguen en funcionamiento El Castellet de Banyoles y muy probablemente el Coll del Moro de Serra d'Almors. Pero, hacia el siglo II a.C. se produce una reestructuración del territorio, con la desaparición de El Castellet -el Coll había sido abandonado al menos un siglo antes-, y la aparición de Sant Miquel en el estratégico Pas de l'Ase. De la excavación de esta última se deduce una organización espacial interna adaptada a las características morfológicas del terreno, y estructurada en terrazas. A pesar de su tardía cronología, su sistema defensivo se reduce a un muro de delimitación de los lados norte y oeste de las edificaciones sobre las cotas más altas, y a partir del cual se articulan el resto de las estructuras constructivas (1992b). A pesar de que no se han documentado vías de comunicación en el interior del poblado, es de suponer que existiría al menos una calle en cada una de las terrazas, que permitiera el acceso a las viviendas.

Al norte de la comarca del Montsià, durante el Ibérico IV, el territorio quedaría articulado a partir del núcleo de Les Esquaterades, pero la falta de excavaciones en el mismo impide establecer la relación entre su posición jerárquica y la organización de su espacio comunitario y doméstico. Como subordinados de éste, nos encontramos El Castell de Amposta y el asentamiento de Mianes, ambos ubicados en llano y sobreviviendo más allá del siglo II a.C. De El Castell únicamente se ha documentado un conjunto de siete silos, excavados en la roca, de forma globular y revestidos de arcilla, que conformarían un espacio de almacén dentro del poblado. La alta capacidad calculada para cada uno de ellos -tres toneladas- ha llevado a pensar en este núcleo como encargado no sólo de controlar el paso hacia las tierras interiores del valle del Ebro, sino también de

almacenar y salvaguardar el excedente. Dicho excedente procedería de esas mismas tierras del interior y se guardaría en El Castell hasta su comercialización exterior a través de un posible embarcadero marítimo y fluvial (Villabí - Forcadell - Artigues, 1994: 189). Por su parte, Mianes presenta características típicas de un asentamiento de carácter eminentemente agrícola, cuya población se encargaría del cultivo de las tierras del entorno, y del tratamiento y almacenamiento de los productos obtenidos de éstas. Nada sabemos de su organización interna (García i Rubert, 2000: 149).

En la zona del Plà de Vinaròs, a partir de la segunda mitad del siglo III a.C., y después de un período de decaimiento que comenzaría a finales del siglo IV a.C., se produce un segundo momento constructivo -230 a.C./110 a.C.- en La Moleta del Remei (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 70). Nada sabemos sobre la ordenación urbana y doméstica de los asentamientos detentadores de un carácter subordinado con respecto a este lugar central, pues ninguno de ellos ha sido objeto de excavación.

Algo similar nos ocurre con los núcleos establecidos en el territorio anteriormente controlado por El Puig de la Nau, y que a partir de la desaparición de éste en los años iniciales del siglo IV a.C., presumiblemente estarían bajo dominio de La Curolla. Nada sabemos de las características urbanísticas y domésticas de los poblados reocupados de esa segunda centuria anterior al cambio de era, si exceptuamos El Puig de la Misericòrdia del que únicamente conocemos parte de una estructura con una planta algo irregular y paredes curvilíneas, y un enlosado de piedras sin más referencias (Oliver Foix, 1988a: 160).

En cuanto a los asentamientos de nueva creación, contamos con las excavaciones en extensión realizadas en La Parreta o El Perengil, que han puesto al descubierto un núcleo formado por un único edificio, fechado en torno al último cuarto del siglo III a.C., con una estructuración y distribución interior compleja, y de funcionalidad difícilmente interpretable. Si bien en un primer momento, fue interpretado como un recinto de carácter cultual, la ausencia de elementos habituales en estos ámbitos -depósitos votivos o manifestaciones

sacrificiales- llevó a rechazar tal hipótesis. Asimismo se ha apuntado una funcionalidad estratégica a modo de fortaleza militar, pero su ubicación tampoco parece ser la idónea para un núcleo de este tipo. Por último, se ha pensado en una función de almacén de cierto prestigio, puesto que existe un altillo en su interior que sería utilizado como lugar de depósito (*Idem*, 1999a: 471, 1999b).

Finalmente, en la segunda mitad del siglo I a.C., se produce un cambio radical en el poblamiento al desaparecer todos y cada uno de los asentamientos anteriores, los 'tradicionales' y las fundaciones del siglo II a.C., y ser sustituidos por *villae* de inspiración itálica, pero con población indígena (*Ibidem*: 165-166). Habría que resaltar finalmente, la ausencia en todo este territorio adscrito al grupo étnico de los Ilercavones, de *civitates* netamente romanas con anterioridad a la fundación de Dertosa.

## **2.- Persistencia y cambio en la articulación interna de los hábitats del valle del Ebro**

A lo largo del continuo temporal y la evolución paulatina que constituyen los procesos históricos de los grupos étnicos de *Sedetani*, *Ausetani* del Ebro e *Ileraugates/Ilercavones*, existen, sin embargo, ciertos hitos que suponen importantes cambios en los elementos implicados en la ordenación urbanística del poblado, en el tratamiento arquitectónico que reciben, y en las relaciones espaciales que se establecen entre ellos.

La primera gran transformación acontecida en los hábitats de los pobladores de estas áreas geográficas, parece darse durante la Edad del Bronce, cuando los llamados fondos de cabaña desaparecen como articuladores del espacio del poblado, para ser sustituidos por nuevas formas constructivas de viviendas, cuyas principales características son el trazado paralelepípedo de sus muros -en oposición a las cabañas circulares u ovales anteriores- y el carácter no perecedero de gran parte de sus materiales; características que, además, suponen una mayor

inversión de energía, rentabilizada en una mayor entidad y pervivencia del espacio construido<sup>27</sup>.

Durante los dos primeros períodos constitutivos de la evolución de la cultura ibérica del valle del Ebro, la ordenación urbanística de ese espacio construido es resultado de las relaciones establecidas entre unos elementos que son comunes a todos y cada uno de sus poblados. Estrechamente relacionados con la articulación del territorio se encuentra la elección del emplazamiento, generalmente cerros o altozanos bien identificados morfológicamente, que proporcionan a la comunidad no sólo ciertas condiciones de seguridad y de acceso a recursos económicos, sino también una necesaria delimitación física. Así, el propio perímetro natural de la elevación es asumido como límite del poblado y reseñado arquitectónicamente mediante un muro comunal, a partir del cual se construyen todas y cada una de las viviendas del asentamiento. Al mismo tiempo, la orientación y la amplitud del altozano influyen en las tipologías urbanísticas resultantes, tan características de estos primeros poblados estables del noreste peninsular.

En décadas pasadas se ha querido ver una impronta temporal en estas tipologías urbanísticas bajo aragonesas e ibéricas en general, considerando que evolucionan desde los tipos más antiguos de calle central a otros más desarrollados de espacios centrales más amplios y 'barrios' más complejos. Sin embargo, la revisión de las antiguas cronologías gracias al conocimiento de nuevos registros arqueológicos, permite afirmar la existencia de una estrecha relación entre emplazamiento topográfico y organización del espacio, y la desconexión entre ésta y una pretendida evolución formal. Así, cuando la meseta elegida para la construcción del nuevo poblado es alargada y lo suficientemente ancha, se adopta el tipo de calle central con dos hileras de casas a sus lados. Una meseta más amplia, por su parte, favorece la articulación más compleja de calles paralelas o transversales. Si el espacio es de morfología circular, se tiende a

---

<sup>27</sup> Hay que rechazar la idea de que los poblados de tipología de calle central y muro de delimitación sin un importante sistema defensivo, pertenecerían a grupos de gentes en continuo movimiento, en migración permanente, como pretendió en un primer momento Maluquer (1976: 10), y para los que Tarradell (1980: 97) defiende una vida efímera.

establecer un espacio central a modo de 'plaza' con una especie de balsa en el centro. Y finalmente, los espolones rocosos y estrechos admiten una única hilera de casas unidas por un muro rectilíneo trasero (Pellicer Catalán, 1985: 127-128). Y todo ello es debido, como bien ha señalado Burillo (1982b: 53), a que la calle es en realidad el espacio que queda libre después de la construcción de las viviendas; aquélla no es pues, el elemento vertebrador de la articulación del espacio. Esa función es desempeñada por la muralla o, lo que es lo mismo, por el propio perímetro delimitador del cerro elegido para la ubicación del poblado, puesto que las viviendas se construyen a partir de éste, de acuerdo con un reparto equitativo del espacio, y sin tener en cuenta una uniformidad en la línea de fachada de las mismas.

Han sido varios los intentos de explicar el origen de este urbanismo de calle o plaza central y de los primeros hábitats construidos con zócalos de piedra: desde la hipótesis difusionista que hacía responsable a las gentes de la cultura de los Campos de Urnas centroeuropeos de la aparición de éste en el valle medio de Ebro, hasta las tendencias más actuales que defienden su origen peninsular autóctono (López Cachero, 1999: 80).

Si tradicionalmente se ha considerado esta tipología de poblados 'de calle central' y sus variantes, un fenómeno innovador claramente indoeuropeo -dentro de una 'época hallstática'-, las tendencias actuales ponen en duda dicha consideración. El primer argumento es la inexistencia al otro lado de los Pirineos de una arquitectura en piedra para fechas tan tempranas. Las influencias procedentes del fenómeno de los Campos de Urnas quedan documentadas únicamente en algunas de las manifestaciones de cultura material, mientras que no están claras en los diseños constructivos, que sin embargo, tienden a ser relacionados bien con el Bronce valenciano, bien con una tradición local que arranca desde el Bronce regional<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> En realidad, de la cultura hallstática situada originariamente en las regiones centroeuropeas del alto Danubio y el Rin, y extendida plenamente a Suiza y la Francia oriental, se toman determinados elementos: el rito de incineración, la cerámica acanalada, determinadas tipologías vasales -formas y motivos decorativos-. Pero además, durante estos siglos coexisten otra serie de ítems de tradición claramente indígena: las formas urbanísticas, la técnica de la construcción, los túmulos en cista, las tipologías cerámicas de tradición campaniforme, la técnica lítica, ... Todo ello lleva a desechar el término 'hallstático' y



Se asume entonces la influencia de una tradición urbanística peninsular, pero en la que sigue implícito un marco teórico difusionista, al vincular aquélla con el área valenciana. Pellicer (1985: 124-125, 129; 1987: 174-175) aboga por la idea de un origen levantino para estas primeras manifestaciones urbanísticas del Bajo Aragón y valle medio del Ebro, después de constatar la ausencia de modelos similares precedentes en la Meseta [norte] y descartar la influencia centroeuropea. Para llegar a afirmar una ausencia de analogía entre los poblados peninsulares y aquellos otros del Languedoc, a través de la cual pone en evidencia la diferencia existente entre ambas organizaciones espaciales durante los siglos VIII a.C. y VII a.C.<sup>29</sup> Sin embargo, otros autores (Vallespi, 1961: 248, 251-252; Álvarez - Bachiller, 1982: 64-66, Álvarez, 1986: 105) prefieren buscar los orígenes de esta ordenación urbanística en los modelos locales que van evolucionando desde el Neolítico final<sup>30</sup>, aunque no exentos de influencias

---

sustituirlo por el de 'de influencia hallstattizante'. De la misma manera, se pone en entredicho la calificación de 'indoeuropeo' o del concepto de 'indoeuropeización', de 'lo celta', de 'primera edad del hierro', e incluso de 'cultura de los túmulos' (Pellicer Catalán, 1985: 122-123). Para una visión global de los conocimientos, metodologías y tendencias más actuales de los estudios célticos, cf. M. Almagro - G. Ruiz (ed.), *Los Celtas: Hispania y Europa, Actas del Curso de Verano de El Escorial (EL Escorial, 1992)*, Madrid 1993. Y para una puesta al día sobre la celtización peninsular desde la doble perspectiva de un proceso asociado a los círculos culturales atlánticos y otro relacionado con el ámbito continental, cf. A. Manyanós Pons, "Un estado de la cuestión de la celtización peninsular desde la complementariedad de un doble proceso", *Kalathos*, 18-19 (1999-00), pp. 125-151.

<sup>29</sup> Durante el denominado Taffanel 2 languedocniense, período que va desde mediados del siglo VIII a.C. a finales del siglo VII a.C., el espacio del poblado se articula a base de un conjunto de cabañas ovals construidas con barro y ramaje, y agrupadas, aunque no contiguas, en los lugares elegidos como asentamiento, donde además se construyen cercas para guardar el ganado. En algunos de ellos se comienza a construir las primeras fortificaciones en piedra, que irán aumentando durante las fases siguientes, es decir, en los períodos de Taffanel 3 y 4 -fines del siglo VII a.C. a principios del siglo V a.C. Durante esta nueva etapa, que se corresponde con la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas, las novedades se limitan a un acercamiento de las cabañas, manteniéndose los espacios vacíos [cf. B. Denet - M. Py, *Introduction à l'étude de la protohistoire en Languedoc Oriental*, Cahier, 5, Caveirac 1976 :98-101] mientras que el urbanismo de 'calles y piedras seca' aparece con las primeras influencias focas y orientalizantes.

<sup>30</sup> Puesto que los poblados de este Bronce valenciano o levantino recibirían hipotéticamente, y a su vez, las influencias del sureste peninsular, se busca en el yacimiento de El Castellar de Libria (Murcia), un posible prototipo urbanístico innovador. Sin embargo, el asentamiento presenta un urbanismo tardío del Bronce reciente -desde la segunda mitad del siglo VIII a.C. al siglo VII a.C.- al que se superpone una fase posterior 'pre- y protoibérica' -siglo V a.C.-, por lo que Eiroa y Bachiller (1985: 166-167) llegan a la conclusión de que no es posible, al menos con los conocimientos actuales, presuponer una influencia directa del urbanismo del sureste y levantino sobre el bajo aragonés, donde se documentan asentamientos con cronologías anteriores. Así, en el yacimiento turolense de la Hoya Quemada, por ejemplo, se ha documentado un asentamiento conformado a base de alineaciones de viviendas de planta rectangular, sin ordenación urbanística aparente, pero con una cronología de finales del siglo XVII a.C. en edad convencional de C14, en un momento en que se produce el abandono de los núcleos del Bronce antiguo y la aparición de nuevos poblados similares a éste [cf. F. Burillo - J.V. Picazo, *La Hoya Quemada de Mora de Rubielos. Metodología para una excavación etnográfica y ecológica*, Teruel 1983; J.V. Picazo Millán,

interiores (Eiroa, 1985: 112; Eiroa - Bachiller, 1985: 166-167) o simplemente relacionadas con procesos similares que están ocurriendo durante las mismas fechas en el levante y el suroeste peninsular (Burillo - Picazo, 1992-93: 207-210; 1994: 102; 1994-96).

Finalmente, otros investigadores defienden una evolución local en los territorios del valle medio del Ebro, desde la segunda mitad del Bronce inicial, hasta su consolidación en el valle del Segre, a partir de donde se difundiría hacia el Bajo Aragón (Ruiz Zapatero, 1985: 478-480; Alvarez - Bachiller, 1994-96: 177). En las comarcas regadas por el Cinca y el Segre, los hábitats formados mediante viviendas permanentes, construidas con materiales duraderos y de forma rectangular, aparecen en un Bronce final II -del siglo XII a.C. al siglo IX a.C.-, donde además, en el poblado del Tossal de Solibernat, se documenta durante este período la sustitución de sus estructuras de residencia ovales por otras rectangulares. Mientras, en el valle del Siurana, estas últimas se adscriben a un Bronce final III -desde el siglo IX a.C. hasta finales del siglo VII a.C.-. Y sólo a partir de esta centuria aparecen en el registro arqueológico del tramo inferior del Ebro, donde, en los siglos inmediatamente anteriores conviven hábitats en cuevas y viviendas aisladas (Belarte Franco, 1996: 105)<sup>31</sup>.

La solución a este problema del origen del urbanismo de calle central pasaría por una revisión del denominado Bronce reciente o, lo que es lo mismo, por una sistematización de las cronologías de los fósiles guía mediante la obtención de fechas radiocarbónicas calibradas y un mejor conocimiento de esa dualidad de poblamiento que parece darse al convivir asentamientos con presencia de materiales de Campos de Urnas con otros que parecen no entrar en contacto con éstos (López Cachero, 1999: 83).

---

"Informe de la excavación arqueológica realizada en el poblado de La Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel). Campaña de 1992", *Arqueología Aragonesa 1992*, Zaragoza 1994, pp. 45-50].

<sup>31</sup> Existe una contradicción cronológica en el estudio de los poblados oscenses con urbanismo de casa rectangular y zócalos de piedra. Mientras que Maya [J.L.Maya, "La edad del bronce y primera edad del hierro en Huesca", *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca 1981, pp. 129-163] da una cronología del Bronce medio -1500 a.C./1250 a.C.- para los poblados del sur de Huesca -Tres Tozaletes Hermanos, San Blas, Tozal Redondo de la Codera, La Huega,...-, así como una pertenencia al Bronce reciente para Masada del Ratón, Puntal de Fraga, Azafranales, ... Pellicer (1985: 125) tiende a considerarlos sincrónicos, nunca anteriores a los yacimientos del Bronce reciente del área de Caspe.

En cualquier caso, nos inclinamos a mantener una postura no difusionista, a buscar en el propio proceso histórico de las comunidades de la zona, aquellas variables que intervinieron en la adopción de una nueva articulación del espacio restringido del asentamiento, sea ésta innovadora o no. Y el primer paso para ello debe ser la caracterización de los elementos implicados en ella.

Hemos hablado ya del muro delimitador de poblado, al que, por la escasa entidad de sus características constructivas no puede calificársele de muralla. A pesar de ello, sin embargo, detenta un importante papel articulador del espacio, al mismo tiempo que es parte integrante de cada una de las viviendas, todo lo cual le imprime un fuerte carácter comunal. Las viviendas constituyen elementos igualmente destacados en la articulación del espacio, repartiéndose éste equitativamente entre cada una de ellas, y sin que, a pesar de la aparente división de éstas en 'barrios', se haya constatado en ninguno de los asentamientos una diferenciación funcional o de algún otro tipo entre una y otra línea de viviendas. Finalmente, la calle o plaza centrales se convierten en objetos resultantes de dicha repartición, carentes de una entidad propia que no sea la de zonas de paso y comunicación entre cada una de las casas familiares.

Pero además, se han podido identificar áreas de almacén, de producción de alimentos o de transformación de materias primas, que se encuentran articuladas dentro del poblado, en lugares definidos y diferenciados de los espacios de residencia. Si bien, dicha diferenciación no se produce arquitectónicamente, sino únicamente por la existencia de determinadas estructuras o por el simple uso que del espacio se hace en el interior de estas estancias. El carácter comunal de esa utilización parece fuera de toda duda y ayuda a recalcar aún más el peso específico de lo colectivo en estas sociedades.

A pesar de que estas características urbanísticas son fácilmente documentables en la mayoría de los poblados del noreste peninsular que comienzan a interrelacionarse con los elementos fenicios, existen al menos dos excepciones, una de ellas en el territorio presumiblemente ilergete, y la otra con filiación ileraugate. Els Vilars I, poblado que se encuentra ubicado en llano contrariamente al resto de los asentamientos de su misma cronología, presenta un

sistema defensivo igualmente extraño para un poblado de una cronología como la suya, y no solamente por su campo de piedras hincadas, sino también por su amplia muralla con torre semicuada. Aldovesta, por su parte, constituye un asentamiento destacado e individualizado con respecto al resto de los núcleos ileragueses conocidos, por su articulación espacial y por su funcionalidad de centro redistribuidor de los productos fenicios implicados en el comercio de objetos de prestigio desarrollado en la zona; tal individualización está además reflejada en la 'torre' semicircular que identifica a Aldovesta.

A partir de mediados del siglo VI a.C. y hasta principios del siglo V a.C. se produce una serie consecutiva de transformaciones en la articulación urbanística de algunos de los poblados fechables en este momento. Los asentamientos sedetanos ya en funcionamiento en etapas anteriores sufren una reordenación de su espacio, con la aparición de esquemas ortogonales y de circunvalación que afectan a los elementos viales de comunicación, y a consecuencia de la cual se forman 'barrios' algo más complejos y definidos -pensemos en las casas capiculadas del Alto de la Cruz, por ejemplo-. Ese mismo esquema de calles transversales y paralelas es el característico del urbanismo de determinados poblados que, aunque presenten materiales antiguos, las estructuras con las que supuestamente éstos estarían asociados han desaparecido y han sido sustituidas por una renovada articulación espacial, tal como ocurre en San Antonio o el Tossal del Moro de Pinyeres.

En estos nuevos esquemas más complejos, la calle ha conseguido ya un papel importante en la categorización del urbanismo de estos núcleos, marcando, ahora sí, la línea de fachada de las viviendas. Sin embargo, ésta aún no se encuentra destacada arquitectónicamente, al contrario de lo que ocurre con el muro delimitador del poblado, que a partir de ahora se convierte en una verdadera muralla, formando parte de un relevante sistema defensivo<sup>32</sup>. Pero, junto a estos asentamientos algo más complejos, existen otros que siguen

---

<sup>32</sup> La excepción la constituye el Alto de la Cruz, asentamiento que nunca llegará a estar realmente amurallado; hecho que quizá esté relacionado con el diferente proceso histórico que seguirán las comunidades del valle del Ebro que, a partir de ese período de los Campos de Urnas Tardíos, participarían de una cultura celtibérica plenamente formada.

manteniendo una articulación de su espacio que podemos denominar tradicional, ya sean poblados con inicios anteriores a estos finales del siglo VI a.C., que no han sucumbido a los avatares del momento -aunque la mayoría de ellos lo hará a finales del siglo V a.C.-, ya sean núcleos de nueva formación. Si realmente existe una relación jerárquica entre San Antonio y sus poblados dependientes, y si consideramos el Tossal del Moro de Pinyres fuera de ésta, la diferencia entre la adopción de uno y otro esquema parece estar en la posición asumida en dicho sistema jerárquico.

De las edificaciones documentadas en estos dos asentamientos, destacan unas estructuras absidiales o semicirculares, que han sido consideradas como parte del sistema defensivo, quizá por el mayor grosor de sus muros con respecto al resto de las construcciones del interior del poblado y probablemente por una más elaborada técnica. Ambas 'torres', junto con las dos existente en el Coll del Moro de Terra Alta, están abiertas hacia el poblado, su defensa está reforzada por otras líneas de muralla exteriores y ninguna de ellas tiene una estructura compacta, sino hueca. Nada sabemos de los materiales encontrados en el interior de estos significativos espacios ausetanos. Sin embargo, una segunda torre semicircular perteneciente al Coll del Moro, y fechada en la segunda mitad del siglo III a.C., se encuentra formando parte como almacén de un complejo arquitectónico, cuya funcionalidad artesanal está fuera de toda duda.

Es más, de las plantas publicadas de estos poblados, se aprecia una cierta similitud formal con el llamado edificio C del núcleo ileraugate de Aldovesta. El Puig de la Nau y El Puig de la Misericòrdia presentan igualmente sendas torres semicirculares; desconocemos la utilización interna de la torre del primero de estos asentamientos -aunque parece encontrarse maciza, pero sabemos que la del segundo formaba parte de un conjunto de recintos relacionados con la utilización de una estructura de combustión.

Existen además otra serie de construcciones cuadrangulares, igualmente consideradas torres defensivas por la singularidad de sus características constructivas y por su articulación a partir del lienzo de muralla, que, sin embargo, presentan una significativa proyección hacia el interior del poblado y

una estrecha pertenencia a la articulación global del resto de las construcciones domésticas o comunales. Así, se han documentado sendas torres en los núcleos ilerlavones de El Castellot de la Roca Roja y en La Moleta del Remei, mientras que en la revisión de las antiguas excavaciones del poblado sedetano de El Tartrato, se ha podido identificar junto a la entrada del poblado un volumen cuadrangular no doméstico, interpretado como torreón.

Estas dos modalidades de espacios proyectados hacia el interior del poblado e identificados arquitectónicamente con muros de mayor entidad contrastan con otras torres o bastiones, rectangulares y macizos, que forman parte integrante de las murallas que constituyen los sistemas de protección de los poblados ausetanos e ilerlavones, fechados todos ellos en la segunda mitad del siglo V a.C. o comienzos del siglo IV a.C., y que no parecen tener otra funcionalidad que la defensiva.

A partir de finales del siglo III a.C. y durante las dos centurias siguientes, se producen nuevas y paulatinas transformaciones en la articulación espacial de los asentamientos ubicados el valle medio y final del Ebro.

Entre los núcleos que habitarían los *Sedetani*, existe además una cierta disparidad entre la ordenación urbanística de los asentamientos que detentarían una categoría de lugar central -incluyendo Los Castellazos como fundación republicana, pero con un urbanismo no romano- y aquellos otros subordinados. En el seno de los primeros surgen nuevos caracteres encargados de su articulación espacial, al mismo tiempo que otros, ya existentes en poblados de cronologías anteriores, son potenciados arquitectónicamente. Así, las calles, aunque parecen guardar cierta similitud en su trazado con las articulaciones tradicionales, se convierten en elementos urbanísticos destacados, cuya importancia se encuentra reflejada en su pavimentación a base de lajas de alabastro o arenisca, en la construcción en sus bordes de verdaderas aceras -al menos en los núcleos más destacados-, y en el tratamiento de sus intersecciones, que son potenciadas mediante la colocación en algunas de ellas de edificios cargados de significación civil o religiosa, tal como ocurre con el templo *in antis* del Cabezo de Alcalá, por ejemplo.

Los sistemas defensivos, por otro lado, se hacen más complejos, no sólo por la adopción en ellos de nuevos componentes, sino por la diversa localización espacial de éstos. Las murallas con sus torreones y bastiones se adaptan a las curvas del nivel, para bordear el área más elevada y destacada del asentamiento, donde además se van a ubicar los edificios civiles y religiosos que detentarían una verdadera categoría urbana. La muralla, así, es utilizada claramente para preservar las áreas más significativas, al mismo tiempo que para separar y simbolizar la zona identificativa del núcleo urbano. El otro elemento defensivo novedoso, el foso, se localiza generalmente algo alejado del centro del asentamiento, con la finalidad de englobar de ese modo el resto de las edificaciones extendidas a partir de ahora por algunas de las laderas de los cerros donde se asientan los núcleos urbanos, e incluso en los llanos próximos a éste.

Finalmente, la articulación entre estructuras constructivas específicas - algunas de ellas no documentadas hasta ahora- y determinados artefactos señalan la existencia de áreas de actividad y/o de espacios relacionados con la producción, que en la mayoría de las ocasiones suelen estar en el hábitat desarrollado en la ladera, a excepción de los denominados aljibes, cuya paralela interpretación como depósitos de áridos nos parece digna de ser tomada en cuenta.

Esa misma distinción espacial entre un 'centro' más elevado y destacado y el hábitat en ladera y llano, se encuentra presente en los asentamientos secundarios, que apenas parecen diferenciarse de los centrales en sus elementos organizadores: calles pavimentadas, murallas identificadoras de una 'acrópolis', e incluso foso en ocasiones. La distinción parece encontrarse, además de en la ausencia de edificios civiles y religiosos distinguidos, en la ordenación urbanística del interior de la llamada 'acrópolis', para la que además no parece existir unas normas comunes, puesto que nos encontramos poblados con una articulación espacial tradicional, frente a otros en los que ésta parece realizarse de manera anárquica, anexionando unas estructuras a otras, y construyendo así la infraestructura arquitectónica necesaria para desarrollar determinadas actividades artesanales.

Si nos desplazamos ahora a territorio ilercavón, nos damos cuenta que a partir del siglo III a.C., disponemos de pocos datos de entre los que se pueda entresacar unas pautas comunes en el urbanismo de estos últimos siglos anteriores al cambio de era. Habría que destacar, sin embargo, una nueva reordenación interior del núcleo central de La Moleta del Remei, anterior a su desaparición, cuya articulación del espacio parece girar en torno a sus edificios singulares con una clara función de lugar de almacenamiento, y que nada tiene que ver con el urbanismo de los asentamientos sedetanos y ausetanos. Algo similar ocurre en El Castell de Amposta, donde parece clave el carácter de almacén, e incluso en La Parreta o El Perengil, hábitat singular por su estructura de edificio rectangular, aislado y fortificado. Quizá no debamos diferenciar del todo este núcleo ilercavón de otros como Torre Cremada, asentamiento con una cronología de finales del siglo II a.C. y principios del siglo I a.C., donde existe un torre ovalada asociada a una serie de estancias y en el que al menos uno de sus departamentos tiene una clara función de almacén.



## ESPACIO DOMÉSTICO Y REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Tradicionalmente, desde claros presupuestos historicistas y difusionistas, los historiadores españoles han buscado los orígenes de la forma de las viviendas protohistóricas peninsulares en factores culturales exógenos. Así, la casa redonda respondería a las influencias procedentes del ámbito mediterráneo, mientras que la casa rectangular sería reflejo de las ideas traídas por los pobladores de Centroeuropa en las sucesivas oleadas migratorias (García y Bellido, 1971, Balil, 1971). En cualquier caso, las interpretaciones del registro arqueológico se construyen desde criterios tecnológicos, climáticos, higiénicos y de riqueza y civilización.

Con los renovados presupuestos teóricos adoptados por las nuevas tendencias arqueológicas, se intentan diferentes aproximaciones a la arquitectura y espacio domésticos. La tecnología y el proceso civilizador pronto van a ser complementadas por nuevas variables implicadas en el proceso de utilización de un determinado tipo de vivienda: tradición arquitectónica, expresión simbólica, grado de movilidad, clima y medio físico, actividades a realizar en el interior, formas de subsistencia y necesidades espaciales de éstas, organización social, disponibilidad de materiales para la construcción y nivel de tecnología constructiva; respondiendo todas ellas a una perspectiva global y contextual (Hunter-Anderson, 1977)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Flannery (1972) es el primero en tener en cuenta las variables sociales en la interpretación de la morfología de las viviendas pre- y protohistóricas, de tal manera que establece una relación entre la casa redonda ubicada en áreas separadas con una organización social basada en familias extendidas, al mismo tiempo que una asociación entre la vivienda rectangular agrupada en poblados y una articulación comunal

Esta complejidad de las relaciones entre, no ya la forma de la vivienda, sino su tamaño, su calidad o grado de riqueza y la posición social de sus habitantes<sup>2</sup> sale a la luz tras el planteamiento previo de cuestiones nunca esbozadas hasta el momento: qué puede averiguarse sobre una cultura determinada partiendo del tamaño de sus viviendas y qué reflejos de lo acontecido en el proceso social pueden hallarse en la arquitectura doméstica (Wilk, 1983)<sup>3</sup>.

En esa misma sintonía de amplio abanico de criterios de selección de forma de habitación -perceptivos, simbólicos, sociales, territoriales, instrumentales, físicos y culturales- se encuentra el enfoque ecológico que tiende a abarcar la mayor parte de los elementos implicados en el entorno. Se rechazan las tradicionales bases tecnológicas y climáticas y se hace hincapié en la organización social tradicional, en la estructura familiar, en los valores simbólicos, en las significaciones culturales del entorno y en general, en todo aquello que significa un contexto social más amplio (Rapoport, 1974: 111).

### **1.- Las viviendas del valle del Ebro**

Estos factores son los asumidos en el análisis de la forma y articulación espacial de las viviendas de algunos de los poblados del valle del Ebro, enmarcados cronológicamente en el tradicional Hierro Antiguo. Movilidad y subsistencia aparecen implicadas de manera determinante en los distintos conceptos de espacio doméstico que suponen viviendas redondas y rectangulares (Ruiz - Lorrio - Martín, 1986).

---

de familia nuclear. Con anterioridad, Robbins (1966) constata etnográficamente una correlación, por un lado, entre la forma redonda, un tamaño pequeño, un patrón de asentamiento móvil y una agricultura ausente o puntual, y por otro, entre la forma rectangular, un mayor tamaño, un patrón permanente y una agricultura intensiva.

<sup>2</sup> Parece haber existido un cierto consenso al asumir una serie de afirmaciones como punto de partida en el análisis de estas cuestiones: que existe una estrecha relación entre el tamaño de una casa y el número de personas que alberga, que la familia de tipo nuclear habita en espacios más pequeños que la familia extendida, que las viviendas de mayor tamaño pertenecen a grupos familiares de mayor riqueza y/o posición social, y que las comunidades móviles poseen casas más pequeñas que los grupos sedentarios (Ruiz - Lorrio - Martín, 1986: 86).

<sup>3</sup> El resultado de la aplicación de dichos interrogantes a las manifestaciones espaciales domésticas de los modernos Kekchi Maya le llevan a (Wilk, 1983) a establecer una relación a dos bandas entre las bases económicas del sistema social en cuestión y las funciones simbólicas de las viviendas.

Con la construcción de la llamada 'teoría del espacio' por parte de la perspectiva materialista, y tras la asunción de la relación existente entre contexto y artefacto, los objetivos básicos en el análisis micro-espacial se centran en el establecimiento de unidades de producción o de consumo, para desde éstas, determinar los procesos de trabajos generados en cada una de ellas. Artefacto, estructura espacial -construida o no- y espacios de actividad pasan a ser, como vimos en apartados anteriores, variables implicadas en el establecimiento de los distintos niveles de actividad, que con respecto a las unidades espaciales menores se convierten en lugares y áreas de actividad (Ruiz - Molinos, 1992: 145).

Esta última perspectiva se encuentra un tanto difuminada entre la bibliografía ocupada en el estudio de la articulación de los espacios domésticos ubicados en el valle del Ebro, aunque quizá encontremos ciertas influencias en algunas de las últimas producciones de los 'iberistas'. Sin embargo, las primeras nuevas aproximaciones arqueológicas al registro habitacional de la zona olvidan un tanto la matriz social y se centran en mayor medida en la modulación de las estructuras<sup>4</sup>. Vemos en esta metodología de análisis un reflejo de una aproximación a la ciudad como artefacto, como objeto mensurable (Lefebvre, 1979: 202-203; Almandoz Marte, 1993: 626-627), algo que, por otra parte, no debe estar muy lejos de las jerarquizaciones leídas en los patrones de asentamiento establecidos, y en las que el tamaño del asentamiento detenta un peso específico considerable.

### 1.1.- Los *Sedetani* y sus viviendas

Cuando se alude a la aparición de asentamientos estables en el valle medio del Ebro, se habla siempre de viviendas rectangulares con zócalo de piedra y muros de adobe, haciendo alusión directa a la técnica constructiva. Dicha técnica se encuentra generalizada en todo el valle. Salvo escasas excepciones, los muros

---

<sup>4</sup> En esa misma perspectiva se han realizado los trabajos de Burillo (1982b, 1982d) en El Tartrato y en Los Castellones de Herrera de los Navarros. En el ámbito contestano, el yacimiento de El Oral ha sido objeto igualmente de una modulación de las estructuras de habitación, a base de una determinada unidad de

presentan un zócalo elaborado con piedras poco escuadradas y de tamaños diversos, que, en ocasiones, se limitan a lajas colocadas en vertical e hincadas en el suelo natural, y cuya materia prima es la disponible en la zona. Sobre estos zócalos se alzan los muros de adobes, que presentan unas dimensiones regulares. Estas paredes, hacia el interior, suelen revestirse con una o varias capas de yeso o barro, sin que se haya documentado ningún resto de pintura. La cubierta del entramado de troncos, reforzado con barro en la mayoría de las ocasiones, dibuja una vertiente doble hacia el interior del poblado, que es sostenida por postes centrales y/o laterales, que en ocasiones asientan sobre lajas de piedra. Esta arquitectura de tierra y madera ha sido puesta en relación en alguna que otra ocasión con las técnicas arquitectónicas desarrolladas en las culturas del mediterráneo (Asensio Esteban, 1995b).

Ya en el interior de las casas<sup>5</sup>, los suelos los conforma la propia roca natural, aunque en ocasiones se encuentran algo más elaborados, con capas únicas o sucesivas de tierra batida, e incluso con preparación previa mediante un lecho de pequeños cantos y/o de fragmentos cerámicos. La aparición de tabiques, con zócalos de piedra y adobes, o únicamente con éstos, articula la casa en una serie de estancias, convirtiéndola en un espacio compartimentado y polifuncional<sup>6</sup>. Dentro de éste, el elemento más destacado es el hogar, considerado en ocasiones como objeto simbólico e identificativo de una vivienda/familia nuclear, presentando distintas tipologías formales y constructivas. Pero, éste no es el único elemento constructivo que ordena el espacio doméstico, existen además bancos corridos y banquetas, cuya materia prima predominante suele ser la tierra.

---

medida [cf. L. Abad - F. Sala, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 90, Valencia 1993].

<sup>5</sup> Con el fin de evitar términos que pudieran resultar equívocos, hemos seguido unos criterios fijos en la utilización de conceptos implicados en el análisis del espacio doméstico protohistórico. Para ello, nos basaremos en la terminología adoptada por Belarte (1996) en su estudio de los hábitats de las actuales comarcas catalanas, puesto que nos parece útil y coherente. Así, el concepto de casa es el de espacio construido con el fin de servir de lugar de habitación de un grupo humano. *fste* generalmente, es una familia nuclear, formada por una pareja adulta y su descendencia -no casada-. Se trata de un espacio multifuncional, compartimentado arquitectónicamente o no, a pesar de su carácter propiamente residencial (Belarte Franco, 1996: 104). Al sinónimo de habitación habría que añadir el de vivienda, ambos significantes del lugar donde se vive.

<sup>6</sup> Estancia hace referencia a cada uno de los espacios resultantes de la compartimentación de una casa mediante la construcción de tabiques. Se utiliza el término sala para designar a la estancia principal, generalmente de mayores dimensiones (Belarte Franco, 1996: 104).

Finalmente, las relaciones espaciales existentes entre los objetos de la vida cotidiana del poblado y las estructuras arquitectónicas, suelen articular áreas de actividades variadas en el interior de las casas<sup>7</sup>.

*Las viviendas durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

Como dijimos en el apartado correspondiente al espacio restringido del poblado, carecemos de información sobre los posibles asentamientos pertenecientes a esta etapa y ubicados en territorio sedetano. Como consecuencia desconocemos la articulación de sus viviendas, aunque probablemente no serían muy diferentes a la documentado en poblados vecinos.

Vimos en el análisis de la organización espacial del poblado cómo durante el 850 a.C. al 770 a.C., las casas del Alto de la Cruz presentan una tipología circular de 'fondo de cabaña', que nada tiene que ver con la planta rectangular de las estructuras de adobe que parecen implantarse *ex novo* a partir del 770 a.C. El trazado de estas casas de la fase siguiente dibuja una planta pseudo-trapezoidal, cuya distribución interna presenta un sólo espacio, si exceptuamos un único caso en el que existe una diferenciación entre estancia principal y 'despensa', que curiosamente presenta un enterramiento infantil hacia la mitad de la primera sala. La articulación en ámbitos vendría dada únicamente por la disposición de los artefactos encontrados en ellas, llegando incluso a faltar los bancos corridos adosados a las paredes y los hogares, tan característicos ambos de períodos posteriores. A esta simplicidad habría que añadir un generalizado menor tamaño de estas viviendas con cronología anterior, al 700 a.C., así como la colocación de los postes junto a las paredes -cargas laterales-, en contraste con la ubicación central en las habitaciones de la fase siguiente (Munilla - Gracia, 1995: 43-45).

Durante la etapa siguiente -700 a.C./650 a.C.-, se documentan diferencias en cuanto a la articulación del espacio interior y quizá en cuanto a la funcionalidad de las construcciones: existen viviendas con una única estancia, con vestíbulo y

---

<sup>7</sup> Por áreas de actividad entendemos espacios no delimitados arquitectónicamente, pero detectables a partir de elementos domésticos, muebles o fijos. Pueden igualmente designarse con el término de ámbitos

sala únicamente, y con una división tripartita de vestíbulo, sala central y despensa. Existen aún más diferencias al tener en cuenta elementos domésticos como hogares y banquetas. Los primeros presentan una ubicación variable: en la zona de acceso, en el centro o junto a la separación entre la sala y el vestíbulo. Con respecto a las banquetas, ausentes en la fase anterior, aparecen en escaso número y ubicación igualmente variable. En cuanto a las cubiertas, se realizan mediante un entramado sustentado por una línea central de postes -cubierta a doble vertiente-, más gruesos hacia la parte trasera, por lo que se deduce un mayor peso de la techumbre hacia aquella zona. En ocasiones, la cubierta se ve reforzada mediante la colocación de postes menores en los muros, práctica que se generalizará a partir de la fase PIIb y que ayuda a delimitar el acceso a la vivienda al colocar dos postes centrales a modo de pórtico. Por otro lado, todas las viviendas, de ésta y otras fases, se ven afectadas de manera desigual por sucesivas remodelaciones de suelos, paredes y techumbres, que deben responder a necesidades de conservación y no necesariamente a destrucciones fortuitas o violentas (*Ibidem*: 45-47). Mención aparte merecen los enterramientos infantiles que aparecen en algunas de las casas, con una ubicación en su interior igualmente diversa, por lo que no parece responder a unas pautas de comportamiento generalizadas a pesar de la carga ideológica que deben sustentar las prácticas de este tipo.

*Las viviendas durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

Varios son los yacimientos sedetanos que presentan materiales y estructuras correspondientes al Hierro I tradicional -Zaragoza, Los Castellazos, El Cabezo de Alcalá y Cabezo Muel-, pero la reocupación posterior de los mismos en época tardía y el carácter puntual de su investigación arqueológica, dificulta la aproximación al conocimiento de su organización espacial doméstica.

Los hallazgos en determinados solares de la actual ciudad de Zaragoza permiten reconocer algunas viviendas con la forma, articulación y elementos típicos de estos siglos. Así, en la confluencia de las calles Sepulcro y Gavín se ha documentado una estancia de carácter doméstico fechada a finales del siglo VII a.C. (Aguilera - Paz - Royo, 1984: 101-102). Asimismo, en el número 26 de la calle Palafox se han registrado tres viviendas, rectangulares, contiguas, de orientación norte-sur y en cuyo interior pueden observarse suelos de tierra batida o gravilla y agujeros para los postes sustentadores de la techumbre (Aguilera - Álvarez, 1991: 11).

En el vecino Alto de la Cruz se han documentado fehacientemente claras diferencias con respecto a la etapa anterior; no en el perímetro de las casas y sus cubiertas que repiten los modelos de la fase anterior, pero sí en la articulación del espacio interior. Sin embargo, continúa sin poder generalizarse a la totalidad del poblado un único tipo de ordenación doméstica, puesto que se observan casas con uno, dos y tres estancias perfectamente diferenciadas. La situación cambia con respecto a la disposición de los elementos constructivos interiores: las banquetas anteriores dejan paso a los bancos corridos a lo largo de la pared izquierda, o junto a dos o más paredes, en prácticamente la totalidad de las viviendas del poblado. Y esa misma pluralidad queda reflejada en la ubicación del hogar, que a partir de ahora aparece siempre en el centro de la sala principal, y entre los que pueden diferenciarse tres tipos en cuanto a su forma: rectangular, cuadrangular y circular (Munilla - Gracia, 1995: 47).

*Las viviendas durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

Tras el incendio acaecido en el Alto de la Cruz hacia el 550 a.C., sus habitantes reconstruyen el poblado aprovechando en un primer momento las estructuras anteriores. No se aprecian grandes variaciones en la forma de ordenación del espacio interior de las viviendas, a no ser una mayor tendencia hacia la simplificación, puesto que predominan las casas con un sólo ámbito, frente a una articulación en dos o tres habitaciones, bastante más escasa.

Asimismo, siguen utilizándose los bancos corridos, que de manera generalizada se ubican en las paredes laterales y/o cabeceras; se crean áreas de almacenamiento con perímetro claramente delimitado; y se continúa colocando los hogares rectangulares en el centro de la habitación única, o de la sala principal. Posteriormente, del 440 a.C. al 350 a.C., se produce un aumento de la complejidad en la articulación del espacio doméstico. En el barrio central prevalece el ámbito único y el modelo de despensa más sala principal. Esta tendencia hacia la bipartición es la que caracteriza al resto de las viviendas del poblado, siendo escasas las manifestaciones de división tripartita. Al mismo tiempo, las cabeceras pierden su uniformidad y ocupan distintos lugares dependiendo de la posición de la pared medianera. Por su parte, bancos corridos y hogares aparecen documentados de forma no generalizada y muy escasa, hecho éste que se ha puesto en relación con el surgimiento en este momento de viviendas multi-compartimentadas, al mismo tiempo que ambos fenómenos se han interpretado como reflejo de un nuevo concepto de urbanismo tendente a agrupar espacios diferentes en un mismo hábitat. Habría que destacar la identificación de una vivienda con un mayor número de compartimentos, dispuestos éstos de manera atípica: con un doble vestíbulo y una zona divisoria que conduce a dos estancias paralelas. Esta compleja articulación es considerada propia de concepciones urbanísticas desarrolladas en zonas peninsulares más orientales, que además presentan una cronología similar a la del poblado de Cortes de Navarra (Munilla - Gracia, 1995: 50-51). Se produce además una pérdida en la homogeneidad arquitectónica exterior, al aparecer viviendas con diferentes superficie (García López, 1994: 100).

*Las viviendas durante el Ibérico Pleno (ca. 350 - ca. 218 a.C.)*

En páginas precedentes, hemos señalado la ausencia total de información acerca de los poblados sedetanos que pudieran ser encuadrados potencialmente en esta cronología.



*Las viviendas 'romanizadas' ( ca. 218 a.C. - I a.C.)*

En la parte más interior del valle medio del Ebro, nos encontramos con dos únicos yacimientos arqueológicos pertenecientes a este momento del proceso histórico de las comunidades sedetanas.

En las publicaciones de las campañas de excavación llevadas a cabo en El Castillo de Miranda, el interés se ha centrado en las construcciones más destacadas del poblado: la muralla, la calle enlosada y el edificio público, por lo que seguimos sin conocer la articulación del espacio doméstico en el poblado durante sus etapas sucesivas, aunque se ha podido constatar una mejora en la técnica y en la calidad de los materiales constructivos. Los muros de las viviendas ubicadas a un lado y otro de la calle han sido alzados mediante un zócalo de sillares de alabastro escuadrados, sobre los que se levantaría la pared de adobes. Asimismo, se ha podido observar un pavimento elaborado a base de pequeños cantos y cerámica triturada (Fatás Cabeza, 1972b y c).

El segundo de los yacimientos se encuentra en el solar de la actual ciudad de Zaragoza. La mayoría de las estructuras encontradas en las excavaciones de urgencia llevadas a cabo presenta una cronología que puede enmarcarse en esta última etapa y considerarse parte de Salduie, ciudad sedetana acuñadora de moneda durante esta época. En el número 9 de la calle Don Juan de Aragón, se ha encontrado la que se ha dado en llamar la 'casa del *triclinium*', puesto que como parte de la vivienda documentada se ha hallado una estancia triclinar típicamente romana. Su espacio interior quedaba articulado mediante un pavimento de *opus signinum* decorado en retícula romboidal y con roseta central, y delimitado por muros contruidos con sillarejo de arenisca, alabastro e, incluso, *opus quadratum*, sobre los que se alzaban las paredes de adobe enlucido al interior (Galve Izquierdo, 1991b: 206-207; 1996: 37). Esta articulación romana del espacio doméstico no hace otra cosa que reflejar el auge constructivo y de 'romanización' que experimenta la ciudad en época tardo-republicana<sup>8</sup>, posiblemente en los

---

<sup>8</sup> Los pavimentos de *opus signinum* se han venido considerando 'fósil guía' de este fenómeno de romanización en el valle medio del Ebro, quizá consecuencia de la llegada de grupos de comerciantes o

primeros años del siglo I a.C., poco después de su fundación en algún momento anterior al finales del siglo II a.C. A este período de 'refundación' de Salduie pertenecen las estructuras amortizadas por la construcción de este *triclinium*. Bajo el nivel de terraplenado sobre el que se asienta, se ha encontrado lo que se ha interpretado como cocina-almacén o cocina-despensa, cuyo espacio se encuentra articulado por un conjunto de tres oquedades, realizadas en la roca natural y revestidas de yeso -cuya función casi con seguridad sería la de contenedoras de vasijas-, y un hogar al que se encontraban asociadas (*Eadem*, 1996: 33, 36).

En otro sector de esa misma excavación, se han hallado nuevas estructuras de carácter doméstico, que responden al modelo de viviendas alargadas, independientes pero adyacentes, y con una orientación norte-sur -la misma que presentan las casas del Hierro I tradicional de la propia Zaragoza. Aunque no ha sido posible deducir su compartimentación interior al no haberse detectado muros medianiles, en uno de los casos si se ha sido posible pensar en la existencia de una segunda altura de habitación, tras haberse detectado restos de lo que pudo haber sido el pavimento del piso superior; sin embargo, nada sabemos acerca de la ubicación de sus puertas. Por otro lado, la existencia de hogares en su interior, así como los materiales a ellos asociados, permiten hablar de una probable función de viviendas familiares, donde además se llevarían a cabo labores de transformación asociadas a una economía agrícola. Todas ellas serán abandonadas hacia 40/50 a.C. (*Ibidem*: 57, 61).

Ya en el Aguasvivas se encuentra el Cabezo de Alcalá. *A priori*, la diferenciación espacial patente en un centro urbano de las características de este poblado de Azaila, debería corresponderse con una clara disparidad entre las articulaciones internas de los espacios domésticos ubicados en una u otra área del asentamiento. Sin embargo, desafortunadamente, no va a ser posible comprobar las hipótesis iniciales puesto que sólo han sido excavadas las viviendas construidas en el interior del recinto amurallado. Éstas se agrupan en dos tipos:

---

militares itálicos (Lasheras, 1984, 1985). Por su parte, Fernández-Galiano [cf. D. Fernández-Galiano Ruiz, *Mosaicos romanos del Convento Caesaraugustano*, Zaragoza 1987 :148] los considera itálicos en cuanto a sus características y dependientes de una tradición romana de época republicana que los hace profusamente presentes en las ciudades itálicas de aquel momento.

uno de grandes dimensiones y otro de casas de pequeño tamaño. Entre las primeras, consideradas una interpretación indígena del modelo itálico, destaca la casa 2D, situada en el centro mismo de la denominada acrópolis, exenta y articulada interiormente en torno a un amplio espacio central, alrededor del cual se abren el resto de las estancias; a éstas habría que añadir además, el grupo de espacios anejos que se sitúan colindantes a su fachada oeste, y que han sido interpretados como habitaciones de la servidumbre, almacenes, áreas de transformación de alimentos -gran molino giratorio- y establos. En una las viviendas de dimensiones menores, se aprecia una ordenación del espacio rectangular en una 'cocina' ubicada a la izquierda de la puerta de entrada y un espacio central divisorio que sirve de distribuidor a las dos estancias paralelas en que se divide el zona más interna. Por otra parte, la técnica constructiva es básicamente la utilizada en anteriores períodos, aunque, como ocurre en otros asentamientos del valle medio del Ebro en funcionamiento durante esta época, presenta elementos itálicos -pavimentos musivarios, pinturas murales, molduras y columnas- (Asensio Esteban, 1995a: 165)

Estrechamente relacionados con este Cabezo de Alcalá, como centros de segundo orden dependientes territorialmente de aquél, están los asentamientos de El Castillejo de la Romana y el Cabezo de la Bovina. Las excavaciones puntuales realizadas en el primero (Beltrán Lloris, 1979), y una ausencia total de las mismas para el segundo, nos impiden conocer la verdadera articulación de cada uno de los espacios domésticos, que conformarían un poblado situado en el segundo nivel de la jerarquía territorial que parece darse entre los asentamientos con una cronología inscrita entre finales del siglo III a.C. y el cambio de era. No obstante destaca la existencia de cuatro inhumaciones infantiles al exterior e interior de una vivienda empedrada (*Idem*, 1976-78: 309), que han llevado a interpretarla como un lugar comunitario de significado cultural (Gracia *et alii*, 1989a: 146 n.36).

Río abajo, y en la confluencia del Ebro con el Martín, nos encontramos con el Cabezo Muel. A pesar de las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento y de su posterior publicación, no hemos podido precisar la organización espacial de

ninguna unidad doméstica, de las que, eso sí, sabemos que presentan una disposición rectangular con muros formados por un basamento de mampostería y un alzado de adobes, y tres tipos de suelo: las margas naturales, una capa de arcilla y un lecho de cantos recubierto de yeso; en ellas, los elementos constructivos de influencia itálica quedan reducidos a los restos de un pavimento musivario muy mal conservado. Sí se han documentado áreas de almacenamiento con vasares y balsetas de yeso, pero no se precisa su pertenencia a espacios domésticos o si se trataría, en realidad, de ámbitos netamente artesanales (Zapater - Navarro, 1989).

De las llamadas fundaciones de inspiración republicana, La Cabañeta, La Corona y Los Castellazos, sólo vamos a reseñar aquí las características de los espacios domésticos conocidos de esta última, puesto que las otras dos presentan un urbanismo netamente romano.

En el asentamiento de Los Castellazos, se han excavado cinco habitaciones que presentan las mismas características constructivas, a pesar de que una de ellas se localiza en la cumbre y las otras cuatro en la ladera sur. Su planta es rectangular y sus muros se confeccionan a base de mampuestos escuadrados de yeso local y alzado de adobes. Los pavimentos están constituidos por una capa de yeso sobre una preparación de pequeñas piedras irregulares, que en la habitación de la cima se convierte en un simple aislamiento de los yesos naturales (Maestro - Tramullas, 1991: 235). Nada se nos dice de posibles diferenciaciones espaciales ni de áreas de actividad deducidas de las relaciones existentes entre artefactos y estructuras. No obstante, habría que reseñar la existencia de una inhumación infantil en fosa, con la cabeza orientada al este, junto al muro oeste de la vivienda 2<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Cf. J.A. Mínguez, 1988.- "Enterramientos infantiles domésticos en la Colonia Lepida/celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 7, Zaragoza.

## 2.2.- Los *Ausetani* del Ebro y sus viviendas

Las viviendas de los *Ausetani* del Ebro presentan las mismas características constructivas que las de sus vecinos los *Sedetani*, siendo la piedra y el barro, materiales esenciales en su construcción (Belarte, 1999-00). Sin embargo, la antigüedad de la mayoría de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en los yacimientos de este territorio hace aún más difícil nuestro análisis de la articulación del espacio doméstico de estas comunidades.

### *Las viviendas durante los Campos de Urnas Recientes (ca. 800 a.C. - 650 a.C.)*

En La Loma de los Brunos, las viviendas son de planta rectangular y algunas de ellas presentan espacios interiores, claramente delimitados mediante tabiques como lugares de almacenamiento, y situados junto a la entrada de las casas -no así en las viviendas de la 'acrópolis'. También en el interior, aunque en posición excéntrica, adosados a la pared, se han documentado algunos hogares realizados a base de una capa de arcilla endurecida a fuego y delimitados por piedras. No parecen existir bancos adosados (Eiroa - Bachiller, 1985: 164-165).

En el Cabezo de Monleón, las casas son igualmente rectangulares. Y son pocos los casos en los que se registran una pequeña estancia diferenciada como despensa o almacén, donde se encuentra la mayor cantidad de restos cerámicos, y siempre al fondo de la casa. El hogar se coloca más o menos centrado con respecto al eje longitudinal, pero puede ubicarse en el fondo, en el centro o adelantado. En este caso sí se documentan bancos de adobe -vasares propablemente- adosados a las paredes de la mayoría de las viviendas, con disposiciones muy variadas, aunque casi siempre en la parte más interna. Finalmente, existen pequeños depósitos delimitados por dobles muretes que se sitúan en las esquinas de las entradas. La mayoría de ellos son rectangulares, pero se documenta un par de casos de forma semicircular, adosados a la pared y en el centro de la habitación, y cuya funcionalidad no ha sido fijada por sus excavadores. En escasas ocasiones una sutil articulación del espacio mayor puede

determinarse a través de sus usos, reflejados en los artefactos encontrados: un taller textil y de teñido parece localizarse en un par de unidades de habitación, donde se concentran, en una área concreta, numerosas pesas sobre tierras de colores; una acumulación de cinco piedras de molino alrededor de un hogar señalaría una área de actividad en relación con la molienda del cereal (Beltrán Martínez, 1984: 27-30).

En Záforas, las viviendas, de forma rectangular, están unidas unas a otras mediante muros medianeros. Sólo algunas de estas casas presentan una articulación del espacio interno claramente definida mediante tabiques divisorios: pequeñas estancias rectangulares, bancos corridos adosados a los muros y hogares circulares en posición generalmente excéntrica (Pellicer Catalán, 1959).

*Las viviendas durante la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas (ca. 650 a.C. - 550 a.C.)*

Prácticamente la totalidad de los asentamientos que se encontraban en funcionamiento en siglos anteriores prosiguen su andadura durante esta nueva etapa. Hay que exceptuar al Cabezo de Monleón, poblado que posiblemente es abandonado finales del siglo VII a.C.

Desafortunadamente, de los núcleos que surgen *ex novo* durante este período de Tradición de Campos de Urnas, sólo disponemos de excavaciones puntuales en El Morenillo, junto al Guadalope. Las escasas campañas arqueológicas en él efectuadas han puesto a la luz una serie de paramentos que formarían parte de alguna unidad de habitación de la que sin embargo desconocemos la totalidad de su extensión, por lo que se han podido confirmar las técnicas constructivas habituales, pero no ha sido posible establecer la articulación de este espacio doméstico (Álvarez García, 1981).

Nos interesa destacar aquí uno de las viviendas del poblado del Tossal Redó, en el valle del Matarraña. A pesar de la antigüedad de las excavaciones llevadas a cabo por Bosch Gimpera, los materiales encontrados en uno de los recintos semiexcavados en la roca han sido decisivos a la hora de dotar a este

espacio de un carácter sacro: un vaso teromorfo con decoración geométrica pintada, una vasija de cuello cilíndrico que contenía un brazalete de bronce y una plaquita circular de hierro con dos apéndices, una pata de una mesa de barro con decoración geométrica, cerámicas a torno, a mano y ánforas. Los restos arquitectónicos de la habitación se reducen a dos muros que se erigen directamente sobre la propia roca natural y un banco corrido adosado a éstos. La anforilla con el ajuar metálico se colocaría en el suelo, mientras que el resto de las vasijas y la mesa de barro se dispondrían en basares o colgados de la pared a lo largo de la cual se dispone el poyete (Lucas Pellicer, 1989). Será precisamente la función ritual dada al vaso teromorfo y a la mesita de barro lo que lleve a interpretar este espacio como un lugar donde se realizaría un culto doméstico gentilicio relacionado con el culto a los antepasados (Almagro-Gorbea - Moneo, 2000: 82).

*Las viviendas durante los Campos de Urnas Tardíos (ca. 500 a.C. - 350 a.C.)*

De los asentamientos surgidos durante los Campos de Urnas Recientes o a lo largo de la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas, algunos son abandonados, pero otros prosiguen en sus quehaceres durante esta nueva etapa.

Asimismo, se fundan nuevos poblados, como es el caso de El Cabo, poblado aterrazado mediante dos líneas de viviendas situadas paralelas, pero a distintas cotas de la elevación que ocupa sobre el Val de Ariño. Dentro del poblado se han individualizado dos casas. La Casa 1, situada al sur del poblado junto al cierre oriental de la muralla, presenta paredes de zócalo de piedra arenisca, alzado de adobes y finas capas de encalado. Se han documentado además varias bases de pilares, que se sitúan adyacentes a los muros, tienen forma cuadrangular y soportarían los postes de sustentación de las techumbres. El pavimento queda conformado por la propia roca natural, a excepción de un reducido pavimento de tierra apisonada al sur de la estancia. Por último, habría que destacar un pequeño recinto en la esquina noreste delimitado por lienzos de piedra caliza, con dos

bases de pilares embutidos en éstos (Loscos - Herrero - Martínez, 1993-95: 157-161). La Casa 2, por su parte, se encuentra contigua a la anterior, al sur de la misma, formando parte del mismo primer aterrazamiento que aquélla. Presenta una pared septentrional formada por un muro de sillarejo de arenisca y caliza, que la separa de la Casa 1, y unas paredes meridional y oriental que en realidad son parte de la propia línea de muralla. Junto al primero existe un banco corrido adosado y una base de pilar; ésta enfrentada a otra similar adosada al lienzo sur. Como en la vivienda anterior, la roca natural hace de suelo de la estancia, excepto una pequeña parte en el que existe un relleno de piedra caliza y otra con un pavimento de arcilla apisonada. En ambas estancias, aparecen vasijas de grandes dimensiones, como contenedores o depósitos, y algunas pesas de telar, pero en ninguna de ellas ha podido identificarse hogar alguno. Por último, es importante destacar la existencia de una vasija con el esqueleto de ovicáprido en su interior; ésta se encontraba encajada en el suelo junto a la pilastra del lienzo de muralla que limita la Casa 2 por el sur y debe interpretarse como un sacrificio posiblemente fundacional, algo habitual en los poblados protohistóricos (Loscos - Martínez - Herrero, 1999-00: 36-40).

En el territorio jerarquizado de los valles del Matarraña y Algás, volvemos a topar con la dificultad que supone el carácter añejo de las excavaciones llevadas a cabo por Cabré Aguiló en el yacimiento de San Antonio, presumiblemente el centro rector del resto de los asentamientos de la zona. La publicación en la década pasada del manuscrito del arqueólogo de Calaceite, en el que expone y dibuja los hallazgos allí encontrados (Cabré Aguiló, 1984), nos permite conocer la ordenación del espacio interior de algunas de las viviendas situadas en lo que podríamos denominar barrio noroeste. Él describe viviendas a dos alturas, con una especie de bodega a la que se accede mediante unas escaleras, y que se articula en torno a un pilar central rodeado de un banco corrido similar al que se apoya a lo largo del resto de las paredes. Estos bancos actuarían a modo de vasares, puesto que sobre ellos se localizan numerosas ánforas. Cabré interpreta dichas vasijas como urnas funerarias, llegando a identificar en su interior restos óseos cremados, y las pilastras centrales como altares, por lo que acaba



considerando estas habitaciones cámaras mortuorias. En el resto de las viviendas nos habla de restos cerámicos a torno -indígenas y de importación- y de numerosas fusayolas y *pondera* decorados. Nos parece lógico descartar la existencia de verdaderas cámaras de enterramiento en el interior del poblado. Por el contrario, debemos estar ante las habituales áreas de almacenamiento de las viviendas protohistóricas de la zona, que generalmente suelen ocupar el espacio más próximo a la cabecera. No obstante sabemos de la existencia de cuatro inhumaciones infantiles repartidas en distintas unidades de habitación del poblado (Pallarés, 1965).

Si nos fijamos en el urbanismo reflejado en el dibujo de Gudiol publicado por Pallarés (1965), podemos observar la complejidad en la articulación de algunas de las viviendas del poblado, fuertemente compartimentadas. Sin embargo, carecemos de los datos necesarios para establecer las relaciones entre artefactos y estructuras, por lo que no podemos deducir e interpretar la funcionalidad y el uso de cada espacio.

Nos encontramos con ese mismo problema al enfrentarnos con los poblados subordinados de San Antonio. El pequeño asentamiento presumiblemente defensivo de Les Escondines Baixes presenta, por lo que se aprecia en el dibujo de Bosch, una articulación de sus casas variable entre uno o dos ámbitos, aunque quizá los procesos erosivos sufridos por el espolón sobre el que se asienta halla podido destruir parte de las casas.

A pesar de la falta de rigor de las excavaciones más antiguas y de la reducida extensión de las más recientes, han podido documentarse en el asentamiento del Tossal del Moro de Pinyeres, una serie de unidades de habitación, contiguas y articuladas interiormente en diversas estancias, y fechables en los últimos momentos del poblado -siglo VI a.C-. En el Corte 1 se documentan dos habitaciones. A una de ellas se accede mediante una escalera ascendente, y en su interior se localizan una pilastra de piedra de casi un metro de altura y una pila de amasar a su lado<sup>10</sup>. De la estancia continua, que no se

---

<sup>10</sup> Estas pilastras han sido documentadas en otros lugares del poblado, siempre asociadas a pilas de amasar o molinos de mano, por lo que seguramente no formarían parte de la estructura arquitectónica de la

especifica si formaría parte o no de la misma vivienda, se desconoce el lugar de entrada y en su interior se han hallado dos molinos de tipos diferentes: circular y 'de montera'; el primero está colocado sobre un banco de piedra, mientras que el segundo quizá proceda de un derrumbe de muro en el que tal vez fuera reutilizado. En el Corte 2, realizado entre de las paredes de uno de los edificios identificados en las antiguas campañas de excavación, se han registrado gran cantidad de fusayolas; las pesas de telar tampoco están ausentes en otras zonas del poblado, por lo que puede hablarse de áreas de labor de hilado y tejido. En el Corte 4, se confirma un nuevo sector de viviendas; se han excavado dos habitaciones con entradas independientes desde una misma calle, que los separa y comunica con otro bloque de viviendas; en esa misma calle se ha encontrado *in situ* algunas pilastras de piedra -cuadradas y cilíndricas-, lo que podría estar indicando la realización de ciertas labores cotidianas en el espacio comunitario viario (Arteaga - Padró - Sanmartí, 1990: 63-64). Esta clara separación espacial de artefactos de funcionalidad similar, de unas y otras áreas de actividad, reflejan una cierta división del trabajo entre los individuos o grupos de individuos de la comunidad.

El carácter puntual de los trabajos efectuados en el Coll del Moro y el hecho de que éstos se centren en la zona donde se encuentra la torre y algunos otros elementos defensivos, ha propiciado en cierta manera el desconocimiento de la articulación del espacio doméstico. Junto al famoso edificio turriforme, se encuentra en proceso de excavación otra serie de estancias, de las que, sin embargo, aún se desconoce funcionalidad y cronología (Rafel - Blasco, 1994: 35).

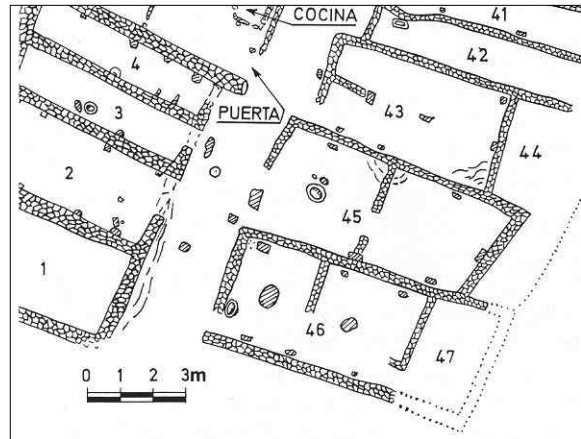
*Las viviendas durante el Ibérico Pleno (ca. 350 a.C. ca. 218 a.C.)*

En el asentamiento de El Taratrato, las viviendas denotan una equitativa repartición del espacio total del poblado, aunque en su interior se encuentran articuladas con ciertas variaciones de unas a otras: desde un único ámbito a una

---

propia vivienda, sino que harían las funciones de 'mueble auxiliar' en los trabajos de elaboración de alimentos (Arteaga - Padró - Sanmartí, 1990: 63).

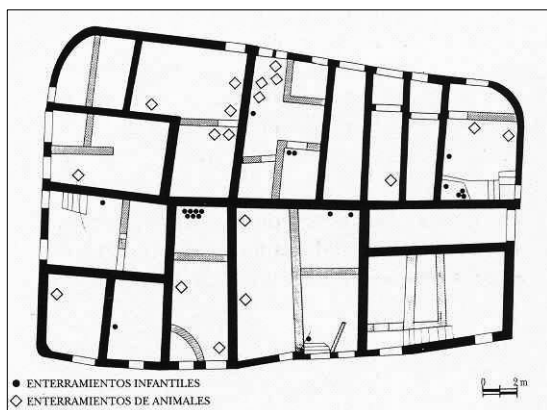
división tripartita e incluso cuatripartita del espacio. Los hogares documentados no son muy numerosos, y las estancias interiores diferenciadas mediante muros medianeros y líneas de postes -piedras de apoyo-, no parecen responder a ninguna pauta de conducta generalizada. Los datos sobre la



ubicación de los artefactos muebles aparecidos durante la excavación -molinos, pilas y cerámicas- y las relaciones de éstos con las estructuras, son muy poco significativas, habría que destacar la aglomeración de molinos de mano en una de las viviendas. En cualquier caso, sea éste un espacio doméstico o de uso comunal, parece quedar patente una clara división del trabajo, sin que se haya llegado a afirmar si ésta respondería a grupos de edad, familiares o sociales (Burillo Mozota, 1982b: 56-59).

Habría que destacar la existencia de una inhumación infantil en el interior de la vivienda 6, situada cerca del hogar y junto a una fosa donde han sido encontrados restos de aves, que han sido interpretados como parte de una ofrenda funeraria (Paris - Bardaviu, 1926: 59).

*Las viviendas 'romanizadas' (ca. 218 a.C. - siglo I a.C.)*



Hacia el valle medio del Martín se localiza un grupo de asentamientos de los considerados de segundo orden. Desconocemos la ordenación que del espacio doméstico realizaban los habitantes del Cabezo de San Pedro, puesto que las escasas campañas de excavación llevadas a cabo en el

yacimiento se han centrado únicamente en la construcción de la muralla (Vicente, 1981; Vicente - Escriche - Punter, 1985).

En El Palomar, por su parte, se han excavado un total de treinta y dos estancias correspondientes a un número aún no determinado de casas, que conforman una manzana de viviendas delimitada por calles. Su articulación interna no queda especificada en las publicaciones, aunque, a partir de las escaleras documentadas, se deduce la existencia de un piso bajo a modo de almacén o bodega. Los materiales, sin que se llegue a especificar sus relaciones con las estructuras, nos hablan de actividades agrícolas -útiles de hierro- y transformación de materias primas -alisadores, machacadores, pulidores-, elaboración de alimentos -molinos de cereal- y tejidos -*pondera* con un mismo grafito ibérico-. En cualquier caso habría que destacar la existencia de enterramientos infantiles dentro de los espacios domésticos, realizados en pequeños agujeros excavados en el suelos de las estancias (Atrian Jordán, 1981; Atrián - Vicente, 1982).

Finalmente, en El Castellido las viviendas que conforman la primera terraza del hábitat en ladera, presentan una planta rectangular y un espacio interior escasamente articulado, al menos arquitectónicamente; casi todas ellas tienen un único espacio con un pequeño recinto-despensa. No están ausentes en la suma de las casas del poblado, los bancos corridos, las banquetas, los hogares, o las alacenas (Atrián Jordán, 1959), siguiendo así la tónica general de los espacios domésticos protohistóricos de estas tierras.

Sin embargo, cabe destacar dos áreas de actividad diferenciadas mediante elementos arquitectónicos. En una de las viviendas, se han excavado los restos de lo que parece ser un pequeño horno dedicado a la fundición de metales, de cuyo interior se extrajo gran cantidad de escoria de hierro y algún que otro fragmento de bronce. El conjunto, formado a partir de muros circulares y rectilíneos, está tallado en la roca natural y recubierto por una capa de barro amasado. Por otro lado, la que se ha denominado H-10 parece ser en realidad otro horno, aunque la ausencia casi total de materiales de cualquier tipo hace imposible la afirmación de tal extremo. El espacio rectangular se encuentra

compartimentado en dos por una pared transversal, de zócalo de piedra y alzado de grandes adobes, en la que se ha practicado un vano, a modo de ventana. En la estancia más exterior, se halló *in situ* una pileta, y desde este ángulo, en contacto con la pared del vano y hasta la cabecera, se registró un franja de suelo enlosado. Aún hay que reseñar una tercera vivienda, con una serie de particularidades importantes: el interior de sus paredes ha sido enlucido con un estuco de color rojizo, que se extiende por la superficie del banco de adobes del ángulo noreste; el suelo es de barro apisonado revestido con una fina capa de arcilla; y en el centro de éste, se ha practicado mediante profunda incisión un cuadrado, sin que aparentemente su funcionalidad haya sido la de hogar; finalmente, durante su excavación, se recogió una enorme cantidad de fragmentos de vasijas decoradas con motivos fitomórficos y animalísticos (Atrian Jordán, 1966).

En la jerarquía de asentamientos constituida por los núcleos de El Palao, Tiro de cañón y Cabezo de la Guardia, no disponemos de datos suficientes para intentar establecer una diferenciación entre la articulación del espacio doméstico de un centro principal como es El Palao, y aquella otra establecida en un hábitat secundario, como pudieran ser los dos últimos.

En El Palao, se han excavado los restos de un grupo de viviendas situadas en la zona suroeste de la cima del cerro, de las que su excavador destaca el enterramiento de un cánido y un cáprido, y cuya técnica constructiva se basa en muros con un basamento de sillares unidos en seco y alzado de adobes, y suelos de tierra apisonada y pavimentos de mortero blanco. Esa misma técnica es la utilizada en las habitaciones descubiertas en la zona noroeste, adosadas al muro de sillares que en su momento fue identificado con una muralla (Marco Simón, 1980: 155-157).

Las viviendas excavadas en las laderas del Cabezo de la Guardia, con una cronología del siglo III a.C., remontable quizá hasta el siglo anterior, presentan la tradicional planta rectangular, con tabiques interiores divisorios, bancos adosados y revestimiento de cal en las paredes. Habría que destacar en una de ellas, la existencia de un depósito de casi doscientas pesas de telar y un ánfora

Dressel I (Martínez González, 1981, 1982), que estaría sugiriendo la existencia de una área de actividad relacionada con el tejido.

En las recientes excavaciones efectuadas en el Coll del Moro, se ha documentado un muy probable taller de lino, fechado en la segunda mitad del siglo III a.C. y estructurado en dos estancias que se comunican con una de las torres del recinto fortificado. En una de las habitaciones han aparecido dos depósitos separados e impermeabilizados, utilizados en el tratamiento de la planta del lino, de la que se extraería la fibra textil (Rafel - Blasco - Sales, 1994).

Finalmente, en el valle del Matarraña únicamente contamos con la información referida al asentamiento de Torre Cremada. A un lado y otro de la calle o corredor medianero que conducía a la escalera de acceso a la torre, se definen dos viviendas compuestas por varias estancias cuya disposición aparente poco tienen que ver con las habitaciones rectangulares y homogéneas a la que nos tienen acostumbrados los asentamientos protohistóricos prerromanos. La casa del este se compone al menos de tres espacios, en uno de los cuales existen restos de lo posiblemente sea un hogar; la parcialidad de su excavación nos impide precisar más sobre su articulación interna. Enfrente de ella, al oeste de la calle, se encuentra la segunda casa, organizada en cuatro departamentos distintos. En ambas existe una estancia, adosada a la torre, que no tiene acceso desde la calle, y que se ha interpretado como un almacén en parte por su escasez de luminosidad y en parte por su peculiar estratigrafía<sup>11</sup>. En el conjunto excavado y formando parte de la segunda vivienda, destaca un recinto -departamento 7- con una distribución interior un tanto compleja, aunque con una función de almacén bastante clara. Se aprecian cinco poyos realizados mediante dos hiladas de adobes revestidas con una mezcla de arcilla y cal; cuatro de ellos se ubican junto a los muros a modo de bancos corridos y el quinto se encuentra exento dividiendo la estancia en dos. Esta disposición de los bancos y la de las bases de los postes parecen seccionar el espacio en dos áreas de diferente estructura y tal vez

---

<sup>11</sup> En los espacios con una función no doméstica -almacenes o despensas, calle e interior de la torre-, la estratigrafía es muy simple, habiéndose depositado escasas acumulaciones de sedimento arcilloso con pocos fragmentos de material cerámico, en las pequeñas oquedades de la roca madre que sirve de pavimento en dichos espacios (Moret - Grades - Benavente, 1997:25)

función. En la más interior existiría un piso de madera sobrelevado y apoyado en las estructuras de adobe; y en la más exterior, habría un espacio de circulación -suelo de tierra batida- que permitiría el acceso a este altillo y a los bancos corridos que actuarían de basares -huellas de grandes vasijas en la superficie. Por último, habría que destacar la modulación de los elementos principales de la estancia -de uso tradicional en la zona- a partir de un pie romano de 29,9 cm (Moret - Gardes - Benavente, 1997:28-31).

### 2.3.- Los *Ilercavones* y sus viviendas

Las técnicas y elementos constructivos del espacio doméstico hipotéticamente adscrito al grupo étnico de los *Ilercavones* son muy similares a los documentados para los *Sedetani* y *Ausetani* del Ebro. Existen pequeñas diferencias que quizá no siempre deban interpretarse como reflejo de pautas de comportamiento diversas, sino como resultado de presupuestos y estrategias de excavación diferentes.

Estas viviendas protohistóricas se caracterizan por su forma tendente al rectángulo; sus paredes son levantadas bien totalmente en piedra, bien con un zócalo pétreo de diversas tipologías sobre el que se asienta un muro de tapial o adobe; y sus cubiertas se construyen con materiales perecederos y sustentadas por elementos de madera internos. Los pavimentos más frecuentes se forman mediante una o varias capas de tierra prensada, a veces sobre un lecho de cantos o grava. El interior de las paredes se reviste con una capa de barro, cuya función es regularizar e impermeabilizar éstas, estando decoradas en ocasiones con pintura rojiza. De los elementos constructivos internos destacan, además de los tabiques que compartimentan el espacio, el hogar, con ubicaciones, formas y dimensiones variadas<sup>12</sup>. A éste habría que añadir bancos y banquetas, así como las llamadas rinconeras. Todos los elementos constructivos, junto con aquellos otros muebles, y las relaciones establecidas entre ambos, articulan el espacio

interno de las casas, convirtiéndolas en estructuras multifuncionales en las que, en ocasiones, es posible diferenciar diversos ámbitos o áreas de actividad.

*Las viviendas durante el Bronce final II y III (siglo XII a.C. - finales del siglo VII a.C.)*

En el valle del Segre y durante el Bronce final II, se localizan dos asentamientos de carácter estable. El Tossal de Solibernat destaca por una de sus viviendas, de trazado curvilíneo y tallada en las margas naturales que hacen las veces de zócalo. Se han registrado diversas fases de habitación, a través de las cuales se documentan sucesivas ampliaciones de dicho espacio, en cuyo interior existe un banco corrido con preparación para su utilización como vasar. Es en la última etapa del poblado, cuando se alzan paredes rectilíneas conformando habitaciones rectangulares, en las que aparecen los elementos habituales -hogares y bancos- (González *et alii*, 1982).

En el Genó, las viviendas son de planta rectangular todas ellas. Resalta una de ellas con planta en forma de L, debido a la unión de dos recintos rectangulares, y que curiosamente presenta un pequeño horno -el único del poblado-, delimitado por piedras que tienen a unirse en la parte superior. No están ausentes los hogares ni los bancos, tallados en la roca al igual que las paredes, o contruidos mediante masas de barro. Asimismo, existe otro tipo de dispositivos de difícil interpretación, excavados en el suelo y sin materiales en su interior; se han puesto en relación con una función de almacenamiento, a pesar de no presentar una preparación previa, aunque podrían ser igualmente cavidades utilizadas para colocar algún recipiente o instrumento. Serán estos elementos constructivos, junto con los muebles, los que ordenen el espacio doméstico en distintos ámbitos, puesto que la ausencia de tabiques impide una articulación en estancias (Pita - Diez Coronel, 1969; López Cachero, 1999: 75-79).

---

<sup>12</sup> Pons y Molist (1989) llevan a cabo una tipología de las estructuras domésticas de cocción de acuerdo a materiales y formas de construcción: hogares planos delimitados o no, hogares alzados delimitados o no, y hogares semiexcavados delimitados o no.



Por su parte, el Tossal de Paretetes se compone de casas de planta trapezoidal. La mayoría de ellas tienen una estructuración del espacio en una única estancia, en la que se ubica el hogar, de forma central o excéntrica. La excepción es la habitación 4, por su organización interna en dos estancias resultantes de la construcción de un tabique de piedra, y por la existencia en ella de un hogar delimitado por cantos y adobes (Gallart Fernández, 1984, 1987).

Para el Bronce Final III se conocen las viviendas de los poblados de La Serra del Calvari y La Colomina en las comarcas más interiores, y El Calvari, Puig Roig, El Barranc de San Antoni y la Fase I del Barranc de Gàfols, en aquellas otras del tramo final del Ebro.

A pesar de no haber sido nunca publicada la planta del poblado de La Serra del Calvari, conocemos algunos detalles de su espacio doméstico. Han sido excavadas dos viviendas, de planta rectangular alargada. Su construcción se realiza con fosos de cimentación que llegan hasta la roca natural, sobre los que se levantan muros de piedras, tapial y adobes (Rodríguez Duque, 1986; 1991). De su interior, sin embargo, sólo se ha documentado un hogar, ovalado, no delimitado y semi-excavado en el suelo, lo que presupone una mayor eficacia térmica (Belarte Franco, 1993: 124).

Los restos documentados de las casas de zócalo de piedra y alzado de adobes de La Colomina presentan un espacio interior que se articula a base de tabiques, bancos corridos de piedra y adobes, revestidos de barro, y soportes, circulares y rectangulares, igualmente de pedernal y barro, sobre los que debían colocarse grandes vasos contenedores (Fernández - Lafuente, 1989).

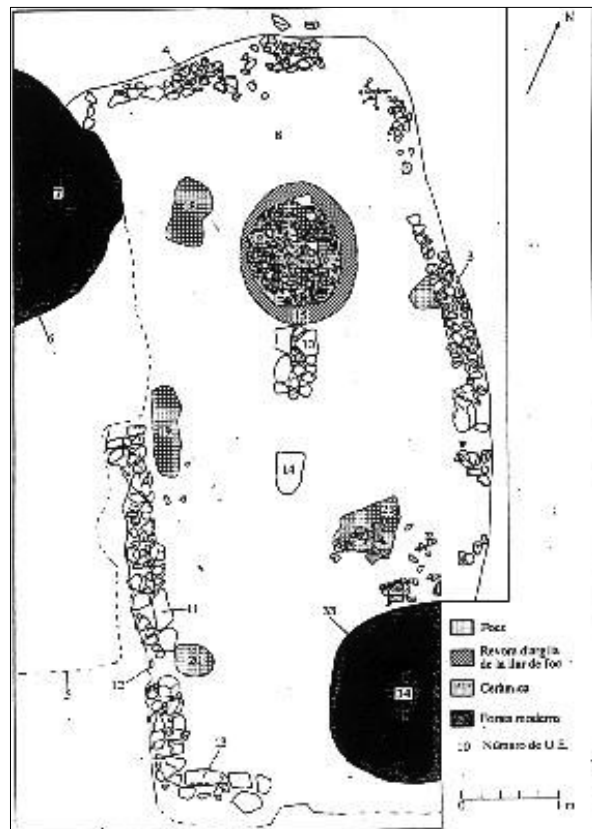
En El Calvari, las viviendas se construyen, con zócalos de piedra y paredes de adobes, a partir del muro de cierre del poblado, sobre el que se apoyan (Belarte Franco, 1993: 126). Entre sus pavimentos, destaca una zona cubierta con una laja de piedra, que probablemente estuviera delimitando un área de actividad, quizá relacionada con la molienda (Vilaseca, 1943: 36)<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> En la articulación del espacio doméstico de La Colomina y El Calvari se ha querido ver la ausencia de un patrón unitario de formas y dimensiones. Sin embargo, a la vista de las plantas publicadas y ante las constantes organizativas documentadas en otros muchos poblados protohistóricos de la mitad noreste peninsular, nos inclinamos a pensar que tanto las tipologías aparentemente diferentes como los

En el Puig Roig, el espacio doméstico presenta la particularidad de estar construido con paredes con tres niveles: un primer nivel inferior tallado en la roca, sobre el que se monta un zócalo de piedras, encima del cual, finalmente, se alza el paramento de adobes (Genera i Monels, 1985: 163-173). Algunos de los pavimentos tienen una estructura algo más elaborada, con una primera capa de cantos y/o fragmentos de cerámica, sobre la que se extiende otro paño de tierra apisonada, cubierto a su vez por un fino manto de finas arcillas. Su forma es alargada y el interior de algunas de ellas se encuentra articulado mediante muretes, en ocasiones sólo de adobes (*Eadem*, 1986: 58).

Por su parte, el Barranc de San Antoni presenta una ocasión única de conocer la distribución del espacio doméstico en aquellos asentamientos que responden a una tipología de casas aisladas y que han sido interpretados como los primeras manifestaciones de la sedentarización de comunidades originariamente trashumantes. Han podido documentarse dos espacios domésticos que se corresponden con dos fases distintas, fechada la primera en torno al siglo IX a.C. y la segunda en pleno siglo VIII a.C. La vivienda de la Fase I tiene una planta subrectangular de orientación noroeste-sureste y 25,5 m<sup>2</sup>. Para su construcción se realiza un rebaje en la roca, y sobre ésta se alzan los muros; como pavimento, se dispone una capa de tierra batida semejante a la utilizada en el recubrimiento de las paredes. Entre los elementos utilizados para su articulación interior destaca un hogar, situado al norte y elaborado a



pretendidos reducidos tamaños, son en realidad resultado, bien de deficientes y anticuadas técnicas de excavación, bien de la erosión sufrida por el yacimiento y no tenida en cuenta en el proceso de interpretación del mismo.

partir de una preparación de pequeñas piedras recubiertas con un nivel de tierra depurada, endurecida y quemada por la acción del fuego. Asimismo, en la esquina noreste, se observa una estructura cuadrangular elaborada con piedras, cuya funcionalidad ha sido entendida como emplazamiento de trabajo, posiblemente lugar de molienda del cereal. Por último, el acceso desde el exterior se realizaría a través de la pared noreste; no se ha encontrado ninguna apertura, pero la existencia de una pequeña rampa excavada en la roca así parece indicarlo (Asensio *et alii*, 1994-96a: 232).

La vivienda de la Fase II se encuentra inmediatamente por encima de la anterior. Mantiene su orientación, su forma y su tamaño, a excepción de una somera ampliación efectuada en el lado noreste. Tras el abandono de la primera casa se produce un pequeño derrumbe, que es aplanado para construir el nuevo recinto, cuyos muros son alzados sobre los anteriores. El suelo se elabora mediante un pavimento de tierra batida, el mismo material utilizado en la delimitación del hogar de forma cuasi circular, que presentaba un relleno de cantos rodados y fragmentos cerámicos. Tanto este hogar como el pavimento parecen haber sido reconstruidos en un determinado momento por lo que parece necesario pensar en dos ocupaciones distintas, relativamente breves, interrumpidas por períodos de abandono y quizá relacionadas con un sistema de subsistencia ganadero (*Ibidem*: 244).

Estos períodos estacionales de utilización del espacio se han podido documentar igualmente en el vecino asentamiento de Barranc de Gàfols, que aparentemente presentaría espacios domésticos articulados de forma similar a los descritos para el Barranc de San Antoni. Sin embargo, el desarrollo posterior de poblado como asentamiento permanente no permite precisar dicha articulación, ni si las viviendas fechadas en estos siglos van a ser ocupadas de manera simultánea o lo serán de forma sucesiva (*Idem*, 1994-96b: 305).

En el Montsià, la primera fase constructiva de La Moleta del Remei parece haber sido arrasada casi en su totalidad por la explanación previa a la edificación del segundo poblado. A pesar de ello, se han podido documentar algunas estructuras de las llamadas de fondo de cabaña, excavadas en la roca natural,

delimitadas con pequeños bloques de piedra, y asociadas a materiales fechables en los últimos momentos del siglo VIII a.C. y principios del siglo VII a.C. (Gracia - Munilla - Pallarés, 1991: 68).

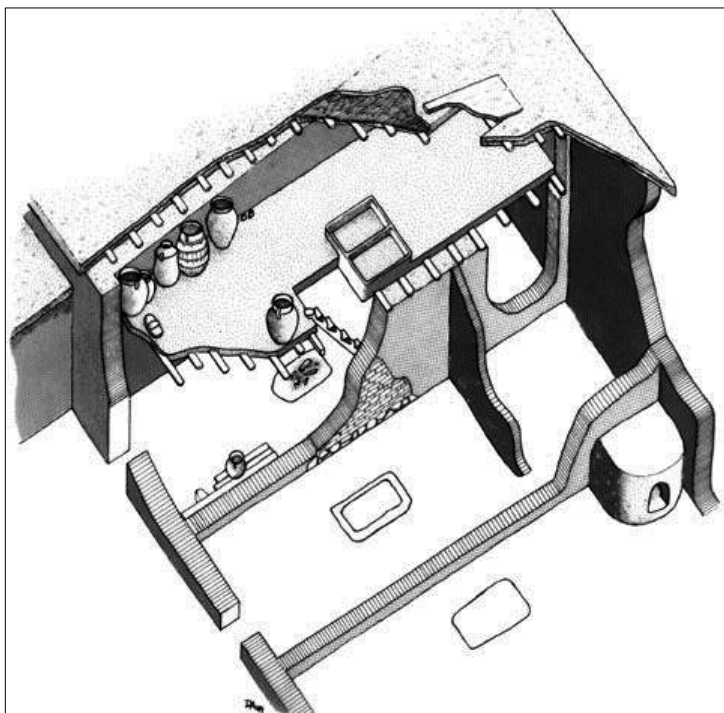
*Las viviendas durante el Ibérico I (600/580 a.C. - 540/530 a.C.)*

En el poblado de Guissona, fechado en un Hierro I tradicional, parte de las viviendas construidas durante estos siglos VII a.C. y VI a.C., son destruidas, probablemente con posterioridad a su abandono, por la construcción de un campo de silos en ese mismo lugar. En cualquier caso, las estructuras registradas en la planta publicada por su excavador (Colominas, 1941: 36) resultan difíciles de agrupar en unidades de vivienda, que permitan una interpretación realmente aproximada a la articulación del espacio doméstico del poblado.

La fase I del poblado de Els Vilars, en la comarca de Les Garrigues, se circunscribe en un conjunto de viviendas, de planta rectangular, articuladas interiormente en una única estancia. El pavimento más frecuente se elabora a base de una o varias capas de tierra prensada, en ocasiones sobre un lecho de grava o cantos. Los hogares presentan una posición excéntrica, ubicándose adosados a las paredes y son de variada tipología: planos y no delimitados; alzado y delimitado, de estructura rectangular y con preparación de cuatro capas refractarias de fragmentos cerámicos; y semi-excavado y no delimitado, con una mayor eficacia térmica; estos dos últimos están acompañados además de las denominadas cubetas de limpieza (Garcés - Junyent, 1988; Belarte Franco, 1993: 124).

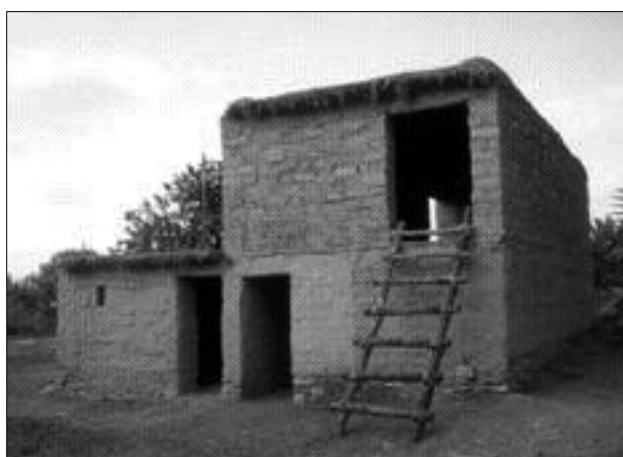
En el Baix Ebre, El Coll del Moro presenta cierta problemática en cuanto a su cronología. Si bien tradicionalmente se le ha considerado enmarcable en un Hierro I tradicional, algunos de sus materiales apuntan una cronología posterior - siglo IV a.C.- por lo que hay que plantearse la posibilidad de que el espacio doméstico registrado en las excavaciones de Vilaseca (1953) se corresponda en realidad con esta segunda etapa perteneciente a un Ibérico III, al menos. El registro arqueológico del 'túmulo', ubicado al este del yacimiento, presenta ciertas

incongruencias cronológicas en la descripción del arqueólogo catalán, por lo que resulta un tanto arriesgado aceptar una datación del siglo IV a.C. para el enterramiento y, por tanto, la pertenencia a la primera etapa del Coll del Moro, de las estructuras de habitación -alargadas, rectangulares y compartiendo muros medianeros-, sobre las que fue practicada la inhumación.



Por su parte, las viviendas del Barranc de Gàfols, en la Ribera d'Ebre, se articulan en dos sectores distintos: las cinco casas del sector oriental, con función residencial, tienen forma rectangular, hogares bien contruidos y paredes interiores decoradas con pintura de tonalidades bermellones; las del sector septentrional, sin hogares y

con la roca como único suelo, presentan aparentemente un menor tamaño, quizá sólo debido a la erosión sufrida por esta zona del yacimiento. Es difícil precisar la funcionalidad de estas estancias ubicadas al norte del poblado, a excepción de la VIII, donde la molienda del cereal sería la actividad principal desarrollada, dada la cantidad de molinos allí encontrados (Asensio *et alii*, 1994-96b: 310).



El espacio interior se organiza generalmente en una única estancia, aunque no están ausentes los tabiques interiores; así, un murete de adobes divide en dos estancias las viviendas I y II, mediante una colocación longitudinal y transversal

respectivamente; esa misma articulación bicompartimental es la resultante del levantamiento de un zócalo de piedra con posible alzado de adobes en la casa VI (Belarte Franco, 1993: 126-127); y el muro de piedra compartido por los recintos VII y VIII, no sería otra cosa que un tabique interior, que divide una única vivienda en dos estancias.

No son ajenos al poblado los característicos elementos domésticos de la protohistoria del valle del Ebro: hogares, en todas las viviendas del sector oriental con una posición central y forma rectangular, dos de ellos están semi-excavados y no delimitados, y otros tres igualmente excavados en los pavimentos y enmarcados por trazas de tierra, con suelo de fragmentos cerámicos y cantos; bancos corridos, adosados a las paredes, y junto a los cuales hay que reseñar las llamadas 'rinconeras', pequeños basamentos construidos con piedras y/o adobes y revestidos en ocasiones de barro, que se sitúan en uno de los ángulos de las viviendas; entre éstas, hay que destacar, por su forma circular y su asociación con abundantes molinos de notable tamaño, la encontrada en el recinto VII, por lo que podría deducirse la existencia en este espacio de una área de actividad relacionada claramente con las labores de molienda, al igual que ocurre en la vivienda IV (*Ibidem*: 125). Por otro lado, la estratigrafía apunta la posibilidad de la existencia en estas viviendas de un piso superior, o al menos, un altillo, en el que colocaban vasos contenedores de gran tamaño y estructuras diversas elaboradas con barro y relacionadas con lugares de conservación y almacenaje de productos alimentarios (Asensio *et alii*, 1994-96b: 310).

Asimismo, habría que destacar la existencia de un horno, único en el poblado, que se corresponde al tipo de 'horno sobreelevado con suelo construido' de Pons y Molist (1989: 141), que se encuentra ubicado en el ángulo suroeste del recinto I y asociado a vasos de almacenamiento. Es de planta ovalada y está construido sobre un basamento de piedras, nivelado mediante una lechada de barro; sobre éste se extendía un lecho refractario de pequeños cantos, recubiertos a su vez por una fina capa tierra suelta, endurecida en su superficie por la acción del fuego; no se conserva su cubierta, pero sí parte de las paredes elaboradas con tierra arcillosa muy depurada (Belarte Franco, 1993: 124-125). Este horno señala la

existencia en esta vivienda, y más concretamente en esta estancia, de una área de actividad de carácter comunal, seguramente relacionada con la cocción de pan.

No obstante, en todas las viviendas del 'barrio' oriental se han registrado molinos y *pondera*, de lo que se ha deducido que cada una de ellas era habitada por un grupo familiar nuclear, aunque ciertas actividades como el almacenaje, la obtención de ciertos tipos de harina y la utilización del horno responden sin duda a una funcionalidad de carácter comunitario (Asensio *et alii*, 1994-96b: 310).

Por otra parte, y en cuanto a posibles manifestaciones de carácter ritual, bajo el muro oriental de la vivienda I se ha hallado el esqueleto completo de *Bos taurus*, que ha llevado a pensar en una posible ofrenda de fundación del recinto (Belarte - Sanmartí, 1997: 9).

Por último, en la totalidad del área excavada en el poblado de Aldovesta, en Baix Ebre, únicamente se ha considerado con una función de residencia el recinto C, con una planta tendente a la rectangular y un tamaño de 21 m<sup>2</sup> (Belarte Franco, 1993: 127). Sólo éste tenía un hogar y únicamente en él se han evidenciado elementos muebles domésticos: un *pondus*, un molino de granito, un número importante de cerámicas de cocina y de vajilla, y escasos fragmentos de vasos contenedores (Mascort - Sanmartí - Santacana, 1988a: 71), materiales que, por otra parte, nos hablan de actividades como el tejido o la molienda.

En el Montsià, las viviendas constituyentes del pretendido lugar central de La Ferradura, al igual que el muro oriental de cierre sobre el que se apoyan, se edifican con paredes pétreas en su totalidad con piedras, según todos los indicios (Belarte Franco, 1993: 127). En su interior, compartimentado sólo en escasas ocasiones arquitectónicamente, se documentan los habituales elementos del espacio doméstico protohistórico: pavimentos, el suelo natural generalmente, a veces nivelado mediante capas de arcillas y pequeños cantos; hogares, con una posición central generalizada; y banquetas o rinconeras, elaboradas a base de piedras (Maluquer de Motes, 1982, 1983b). Precisamente una de estas rinconeras está documentada en una de las viviendas que destacan en el poblado por presentar cierta acumulación de elementos constructivos. Dicha casa se encuentra compartimentada por un muro de piedra que divide el espacio en dos estancias;

en un ángulo de la estancia más pequeña e interna es donde se encuentra la citada banqueta, sin que el registro de otros objetos muebles nos permitan concretar la función de esta supuesta área de actividad; y, en el centro de la estancia más grande y externa, se localiza un hogar, perteneciente al tipo denominado por Pons y Molist (1989: 137-142) como 'sobrealzado y delimitado', es decir, con una zona de combustión preparada y definida, por piedras en este caso. Por último, cabe reseñar la existencia en una sola de las viviendas de un horno del tipo 'horno sobreelevado' (Pons - Molist, 1989: 141). Éste ha sido construido en el fondo de la única estancia existente, en el ángulo noreste y adosado a la pared; su superposición sobre el pavimento se consigue mediante un suelo elaborado con una gruesa capa de barro sobre un lecho de grava y piedras; y su planta, de forma circular, se delimita por varias hiladas de piedra unidas con barro, que irían cerrándose hacia el centro, a medida que ganasen altura (Maluquer de Motes, 1983b: 11).



De los dos poblados que podrían encontrarse relacionados jerárquicamente con La Ferradura, en Sant Jaume-Mas d'en Serra, de su único nivel de ocupación fechado entre la segunda mitad del siglo VII a.C. y el primer cuarto del siglo VI a.C.,

se han individualizado dos unidades de habitación, ambas adosadas al muro perimetral del poblado y excavadas en la roca natural, a partir de la cual se alzan las paredes realizadas en bloques de piedra de tamaño medio.

La primera de ellas -UH1- presenta una planta trapezoidal de 25,48 m<sup>2</sup> y en su interior destaca un banco corrido construido a partir del recorte de la roca madre. Tanto el suelo como el alzado de las paredes y el poyo se revestían con un preparado de arcilla, que se aplicaba de forma continuada desde el pavimento al techo. En el lado norte de la estancia se ubicaría un segundo piso, a modo de altillo, que se apoyaría sobre el muro medianero y la pilastra cuadrangular

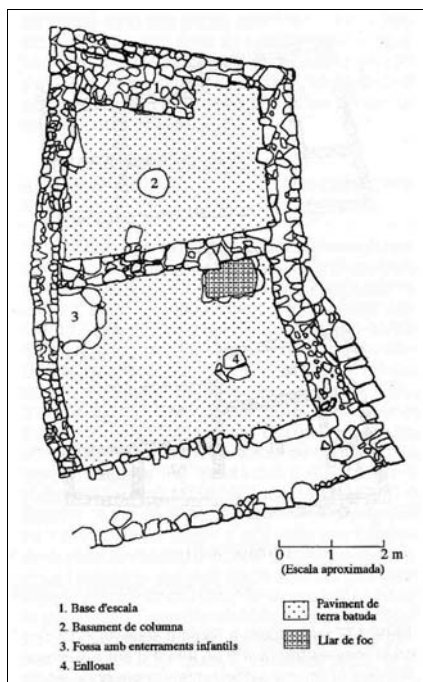


situada en el centro del espacio. Tanto el entarimado como el banco se utilizarían para la ubicación de vasos cerámicos y otros elementos. El sistema de cubrición se ha documentado gracias a la buena conservación de sus restos: sobre el entramado de vigas de madera se disponían diversas capas de haces de cañizo y materia vegetal, sobre las se aplicaba una capa de arcilla con objeto de impermeabilizar la superficie, y sobre todo ello, finalmente, una serie de placas de arcilla modulares; el resultado final era un plano nivelado, no inclinado. Por otro lado, en el ángulo noreste existe una escalera a través de la cual se descendería accediendo al interior de la estancia, lo que significa que la calle del poblado se encontraba a una cota superior y al este de las viviendas documentadas, hacia donde quedarían orientadas sus puertas. Finalmente, la ausencia de hogar y de restos faunísticos abundantes hacen pensar en el carácter no residencial de la estancia; por el contrario, el tamaño de los vasos cerámicos, los molinos de cereal y el conjunto de *pondera* hallados en su interior, apuntan la posibilidad de que nos encontremos ante un espacio con función de depósito o almacén de productos alimentarios y de útiles de uso estacional y comunitario - molinos y telares- (Gracia - García - Munilla, 1998; Gracia - García, 1999: 133-134).

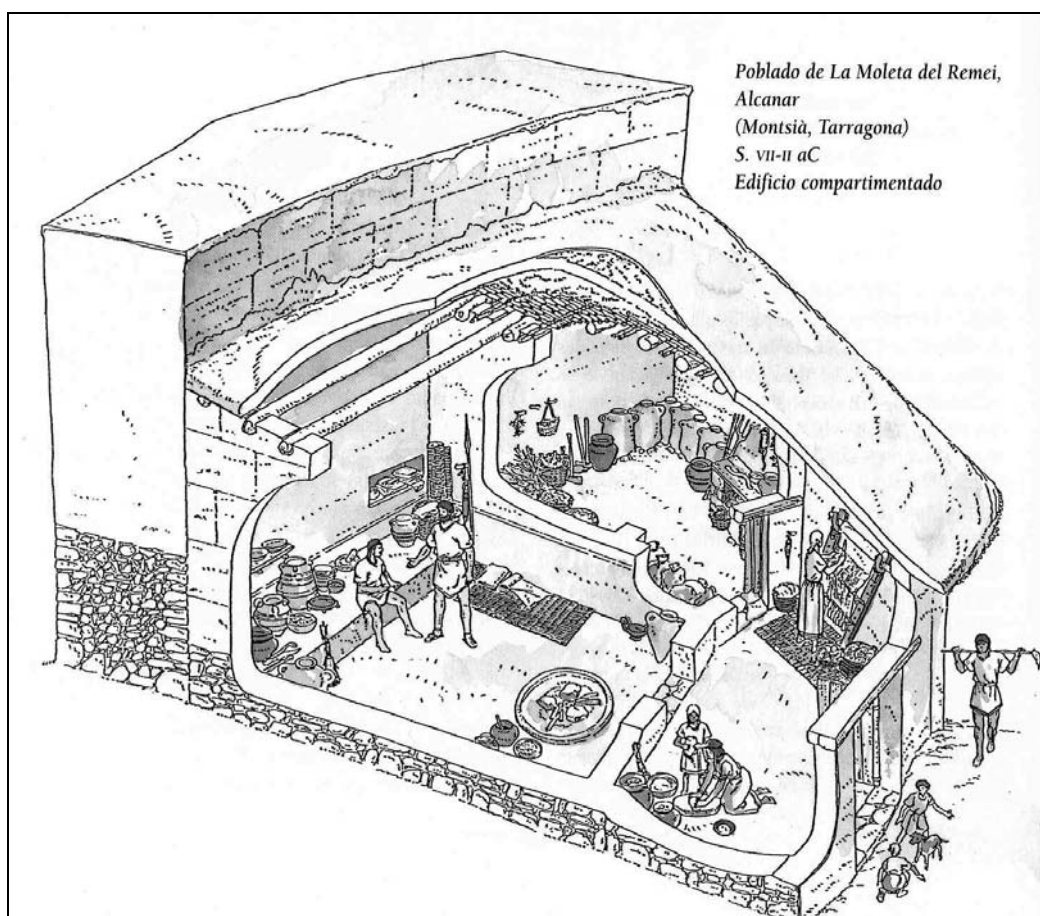
La otra habitación presenta una planta rectangular de menor tamaño -15,9 m<sup>2</sup>- con unas características constructivas similares a las descritas, sin que su registro arqueológico haya permitido conocer su funcionalidad (Gracia - García, 1999: 133, fig. 3).

Por su parte, en la Fase I de La Moleta del Remei, fechada *ca.* 625/575 a.C., las unidades de habitación presentan una estructura rectangular o trapezoidal seriada, en la mayoría de los casos sin divisiones internas. No obstante destaca una de ellas -H.7-, de la que se ha realizado análisis microespacial y reconstrucción isométrica. Tiene planta rectangular, una superficie de 34,3 m<sup>2</sup> y está adosada al muro perimetral del poblado. La articulación de su espacio interior se lleva a cabo mediante una serie de elementos, algunos de ellos un tanto singulares. Dos muretes transversales dividen la habitación en dos estancias, el único caso de doble compartimentación de esta Fase I del poblado hasta que en la Fase III -segunda mitad del siglo V a.C.-, se generalice este tipo de distribución

interna. La zona anterior hace las veces de vestíbulo, mientras la interior parece desarrollar funciones de transformación de alimentos. En esta última, el espacio queda compartimentado nuevamente por un poste central que marca una primera diferenciación en dos partes, en la primera se ubica un hogar centrado, construido sobreelevado sobre una capa de cantos y limitado por tierra batida - tipo 4 de Belarte-, similar a otros hallados en el Barranc de Gàfols, el Barranc de San Antoni y La Ferradura. Junto a éste y formando parte del muro norte de la casa, existe una estructura ritual, a modo de cista, construida mediante lajas de piedra hincadas en el suelo de la estancia y en cuyo interior se había depositado sin orden y motivación aparente, restos de fauna, cerámica a mano informe y un fondo de ánfora fragmentado intencionalmente, sellado todo ello por un lingote de plomo rectangular. Muy próximo a esta cista y posiblemente asociada a ella se ha documentado un ofrenda fundacional propiciatoria de un ovicáprido. En la parte más interior de esta unidad de habitación, se ha construido una estructura de combustión, posiblemente un horno, de planta rectangular. Por último, en la esquina noroeste, se lleva a cabo una inhumación perinatal (Gracia - Munilla - García, 1994-96: 368-372).



Todo este conjunto se ha interpretado como un espacio destinado a una actividad de transformación económica de carácter comunitario, que no se desarrollaría en ninguna otra estancia del poblado. La existencia de elementos rituales ha llevado a pensar en un acto cultural asociado a la obtención y elaboración de los alimentos, que se practicaría en el mismo lugar donde se produciría la manipulación del cereal. Esta asociación entre creencias y sustento aparece ampliamente documentada en el ámbito indoeuropeo<sup>14</sup> (*Ibidem*: 372). Más recientemente, Almagro-Gorbea y Moneo (2000: 88), ante la presencia del hogar, han considerado la posibilidad de que pudieramos estar ante un 'santuario doméstico' de tipo gentilicio.



<sup>14</sup> Green [M. Green, *Animals in celtic life and myth*, London, 1992 :92-95] y Cunliffe [B.W. Cunliffe, "Society, rituals and beliefs in southern Britain 600 BC-AD 50", *The Celts and their society*, Oxford, 1991] han puesto en relación ciertas ofrendas de agradecimiento con actos de fertilidad propiciatorios llevados a cabo en las zonas de almacenamiento del cereal, comunes en el ámbito ideológico céltico. Estas prácticas podrían estar en relación con un ritual de preparación y sacrificio del cerdo documentado en el Alto de la Cruz en la fase del poblado fechada en los siglos VIII a.C. y VII a.C. (Gracia - Munilla - Gracia, 1994-96: 372).

*Las viviendas durante el Ibérico II (540/530 a.C. - 450/425 a.C.)*

En la zona del valle medio del Segre, la segunda fase del asentamiento de Els Vilars, se caracteriza arquitectónicamente por la construcción de nuevas viviendas, sobre el arrasamiento y posterior nivelación de las pertenecientes al primer poblado. No hay cambios de orientación, ni sus excavadores especifican cambios de funcionalidad, ni nada acerca de posibles áreas de actividad domésticas, por lo que lo único destacable es la mayor amplitud de estas casas con respecto a las anteriores (Garcés - Junyent, 1988; Garcés *et alii*, 1991: 190).

A pesar de las excavaciones efectuadas en el Castellot de la Roca Roja en el Baix Ebre, y en El Castellet [Puig Castell] en el Delta, el carácter casi inédito de éstas hace imposible llegar a conocer las características de la articulación del espacio doméstico de estos dos poblados fechables al menos en el siglo V a.C.

En el Baix Maestrat, las estructuras hasta ahora documentadas en El Puig de la Misericòrdia, parecen no corresponderse con verdaderas viviendas. A pesar de presentar elementos típicos de éstos, la asociación de hogares, bancos, pavimentos y su relación con estructuras singulares como la torre y el horno, llevan a pensar en un carácter no doméstico para el conjunto excavado.

En él se han registrado dos enterramientos infantiles en sendas estancias. En la habitación B, junto a la pared medianera con el espacio A, se depositaron los cuerpos de dos recién nacidos junto con restos de crías de conejo, fechándose la inhumación en el siglo VI a.C. (Oliver - Gómez, 1989: 52).

*Las viviendas durante el Ibérico III (450/425 a.C. - 350/300 a.C.)*

En el valle del Segre, las viviendas de las dos últimas fases de Els Vilars sufren una serie de remodelaciones aún sólo parcialmente documentadas mediante excavación sistemática. La reordenación urbanística del poblado, acontecida a partir del último cuarto del siglo V a.C. con calles de nuevo trazado, supone una nueva reorganización de los espacios domésticos, tal como se ha podido constatar al ser excavada una vivienda construida sobre una calle

anterior. Sobresale una nueva vivienda, en el centro de la cual una notable estructura circular ha sido interpretada como un posible soporte de molino (Garcés *et alii*, 1994: 46). En años posteriores, nuevos empedrados y pavimentos, puertas cegadas, muros reconstruidos, y reformas domésticas en general, son llevadas a cabo con un descuidado esmero y escasa calidad, lo que no hace otra cosa que reflejar la extendida decadencia que acabará tras el abandono del poblado hacia la segunda mitad del siglo IV a.C. (*idem*, 1991: 193).

En la Ribera d'Ebre dos son los asentamientos excavados con una cronología enmarcable en este Ibérico II: El Castellet de Banyoles y el Coll del Moro de la Serra d'Almors; sin embargo, poco conocemos sobre las características de sus respectivos espacios



domésticos. De El Castellet sabemos que sus viviendas tendrían una forma de tendencia rectangular con paredes de adobes sobre zócalos de piedra y con puertas de entrada excéntricas; que su interior se compartimentaría en una o dos estancias; y que sus hogares serían redondos o alargados con lecho refractario de fragmentos de cerámica o pequeñas piedras (Palláres i Comas, 1982: 218).

En el Coll del Moro, la fuerte erosión sufrida por esta elevación ha debido dar al traste con gran parte de las estancias que articulaban el espacio doméstico del asentamiento, y el resultado ha sido la documentación de unos únicos y pequeños departamentos, unidos entre sí mediante muros medianeros, que, lejos de lo documentado para otros asentamientos protohistóricos de estas y otras comarcas próximas, no son los de mayor extensión, sino los de menor longitud. Su pequeño tamaño y su carencia de puertas llevaron a Vilaseca (1953: 24) a interpretarlos como depósitos que, a modo de silos, se encontrarían por debajo de las verdaderas viviendas. Sin embargo, todo parece apuntar que, en realidad, cada una de dichas habitaciones es una sola de las estancias en la que debían estar articuladas las casas de este poblado de Serra d'Almors.

En la comarca del Montsià, a partir de la segunda mitad del siglo V a.C., se reanudan las actividades de La Moleta del Remei -Fase III- con una nueva articulación del espacio doméstico. Sin embargo, únicamente se reconoce como perteneciente a esta primera etapa, la vivienda asignada con el número 1, y de la que se ha realizado una reconstrucción isométrica (Pallares - Gracia - Munilla, 1986). Ésta presenta una planta trapezoidal alargada, de dimensiones reducidas y articulada en una única estancia, convirtiéndose así en ejemplo del modelo a.1. de la tipología de espacios domésticos ibéricos catalanes realizada por Belarte (1996). En el estudio micro-espacial de su interior, se ha podido constatar una clara proximidad de los materiales cerámicos con respecto a las paredes, lo que podría estar indicando la existencia de bancos de adobe corridos, o bien una utilización del espacio acorde con esta idea. Dispone de un hogar, en posición excéntrica, sobreelevado y delimitado, es decir, elaborado mediante dos lechos de cerámica superpuestos y enmarcados con piedras. Asimismo, se ha apuntado la existencia de un telar en el ángulo noreste, definiéndose así una área de actividad relacionada con el hilado (Pallarés - Gracia - Munilla, 1986a: 276-278).

En el Plá de Vinaròs, El Puig de la Nau parece recomenzar su andadura a partir de mediados del siglo V a.C., aunque quizá ese pretendido reinicio de sus actividades pudiera remontarse a la primera mitad de dicho siglo. Sus viviendas presentan los elementos habituales hasta ahora en los espacios domésticos protohistóricos del valle del Ebro y pueden presentar una única estancia o estar compartimentadas, en un solo piso o en dos; las casas verticales se articulan en dos estancias únicamente, mientras que las horizontales lo hacen en dos o incluso tres (Oliver Foix, 1993a: 159). Se ha llevado a cabo la excavación en extensión de la denominada habitación 21, con el fin de establecer la evolución micro-espacial de, al menos, una de las viviendas del poblado. Durante el proceso se documentaron no uno, sino dos recintos, que seguramente formarían parte de viviendas diferenciadas, puesto que cada uno de ellos parecía estar en contacto con otras estancias de menor tamaño, a través de las cuales se realizaba el acceso desde dos diferentes calles. Ambas estancias presentan pavimentos de tierra batida o enlosado, con hogares realizados mediante un lecho de pequeños cantos,

recubierto de tierra cocida y delimitado por losas. Pero sólo en una de ellas -21A-, en una de sus esquinas, se registró una área de actividad, testimoniada por una estructura circular de piedras planas, soporte seguramente de una piedra de molino, y alrededor de la cual se encontraba la mayor parte de material cerámico -fechaable en la primera mitad del siglo V a.C.-. Bajo el pavimento de ésta, además, existía un sacrificio fundacional, elemento ya observado en otras viviendas del asentamiento. La constatada dificultad estratigráfica de estas dos estancias pone de manifiesto la complejidad de la evolución urbanística del poblado, aunque no se haya podido establecer, debido a la carencia de excavaciones en extensión, las reordenaciones que probablemente serían llevadas a cabo en los siguientes siglos de vida de El Puig de la Nau (Gusi - Oliver, 1988: 163-166). Por último, habría que destacar la existencia de cinco inhumaciones infantiles repartidas en varias viviendas del poblado (Oliver - Gómez, 1989).

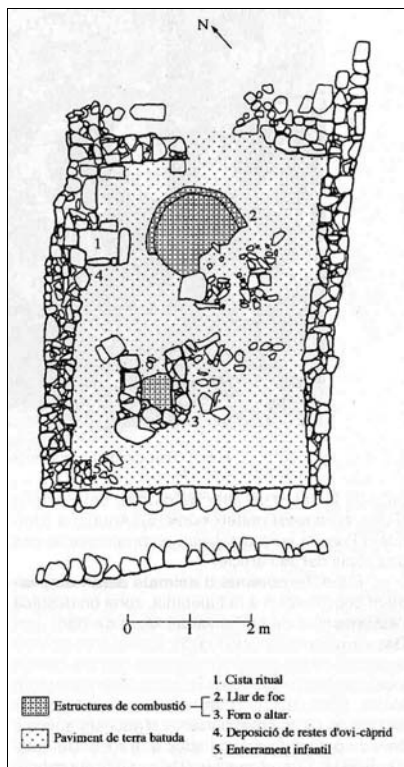
Hubiera sido de interés poder establecer comparaciones entre la articulación del espacio doméstico de este lugar central y la existente en los asentamientos que parecen haber estado subordinados a él, así como, dentro de estos últimos, establecer diferencias y similitudes entre las viviendas de los núcleos fortificados y aquellos otros ubicados en el llano y dedicados presumiblemente a labores agrícolas y/o artesanales. Pero, desgraciadamente, los trabajos de excavación llevados a cabo en uno sólo de estos asentamientos, en Mas d'Aragó, se centraron en las construcciones de carácter alfarero, olvidando el resto del espacio comunal y de residencia.

*Las viviendas durante el Ibérico IV (350/300 a.C. - 175/150 a.C.) e Ibérico V (175/150 a.C. - 60 d.C.)*

Durante los dos siglos de intensas interrelaciones con los romanos, apenas nada conocemos de la manera en que ordenaban el espacio familiar los habitantes de los poblados situados en los últimos tramos del valle del Ebro. A pesar de los trabajos arqueológicos desarrollados en el poblado de Sant Miquel, situado en un lugar tan estratégico como el Pas d'Ase, nada se ha publicado ni sobre la

articulación del interior de sus viviendas, ni sobre el uso que de cada uno de los ámbitos establecidos debiera hacerse.

Ya en la zona más costera, en La Moleta del Remei, a partir de la segunda mitad del siglo III a.C. y hasta el total abandono del poblado en los momentos finales del siglo II a.C., tiene lugar una nueva fase constructiva, a la que parecen pertenecer la mayoría de los espacios domésticos y de almacén documentados. La principal característica de la ordenación de estas viviendas más 'modernas' reside en una mayor compartimentación interna. La estancia única ha desaparecido y han surgido dos y tres estancias resultantes de la construcción de tabiques, longitudinales y/o transversales. Son los tipos a.2., a.3., a.4., a.5. y a.6. sistematizados por Belarte (1996).



Interesa destacar ciertas unidades de habitación por algunos de los elementos implicados en la articulación del espacio interior. En la vivienda H.17, en el barrio sur del poblado y a finales del siglo III a.C. e inicios del siglo II a.C., el espacio se divide en dos por un muro medianero central. En el ángulo norte, existe una estructura de mampostería que posiblemente sería la base de una escalera que facilitaría el acceso a un segundo piso (Gracia - Munilla - Pallarés,



1989b: 135-137); junto a la pared este y al tabique central, se ubica un hogar cuadrangular delimitado por piedras; y a esa misma altura y en la pared oeste, se observa una fosa circular conformada igualmente por piedras y cubierta con losas, que tenía en su interior un total de cinco inhumaciones infantiles realizadas en diferentes momentos entre finales del siglo V a.C. e inicios del siglo III a.C. (Gracia *et alii*, 1989: 141). La segunda unidad de habitación que hay que reseñar - H.52- se sitúa al este del poblado y presenta una planta rectangular con una única estancia; en el centro de ésta se observa un hogar y próximo a él un basamento de piedra con un bloque circular en su parte superior, que se ha considerado un altar (Belarte, 1997: 197). Estas dos viviendas, junto con la H.7 de la fase I de La Moleta del Remei han sido interpretadas como tres lugares de culto, correspondientes cada uno de ellos a los tres barrios diferenciados en el poblado (*Ibidem*: 183). Recientemente, Almagro-Gorbea y Moneo de manera acertada llaman la atención sobre la diferencia de cronología existente entre el desarrollo de los tres espacios, por lo que no cabría hablar de recintos culturales asociados a bloques de viviendas, sino de dos santuarios gentilicios, cuya duplicidad reflejaría la evolución ideológica de las comunidades ibéricas hacia formas más isónomas (Almagro-Gorbea - Moneo, 2000: 88).

Desafortunadamente es casi nula la información de la que disponemos para analizar la articulación del espacio doméstico de los asentamientos ubicados en la franja costera del sur del Delta del Ebro, a pesar de que sería interesante conocer la evolución de ésta a lo largo de los numerosos cambios acontecidos en el poblamiento de la zona durante los dos siglos anteriores al cambio de era, caracterizado por continuos abandonos, reocupaciones y fundaciones, hasta la implantación definitiva del sistema de *villae*.

Únicamente ha sido excavado un asentamiento fechado en el Ibérico III - último cuarto del siglo III a.C.-, La Parreta o El Perengil, de cuyas hipotéticas funciones ya hablamos en el apartado correspondiente al poblado, por lo que ahora nos limitaremos a reseñar la articulación espacial de este edificio singular. Se trata de un gran edificio -180 m<sup>2</sup>-, al que se adosan unos pequeños recintos por su lado sur, donde además existe un pequeño pavimento exento de piedras. Las

paredes tienen 1,75 m de anchura y están realizadas en sillarejo en su parte inferior y con sillares de gran tamaño para las zonas más vistosas del edificio; a partir de estas hiladas de sillares, se alzaría el muro en tapial. La elaborada factura y la cuidada planificación de la ubicación de los sillares se ha interpretado como un intento patente de monumentalidad y una clara intención de prestigio (Oliver Foix, 1999a: 668).

El acceso se realizaría mediante una entrada en codo: a través de un porche, sujeto mediante una gran columna, se entra en un pasillo enlosado que conduce a la otra esquina del edificio, donde se encuentra la entrada al recinto principal. En dicho recinto principal se produce una compleja articulación del espacio mediante una serie de elementos: una estructura cuadrangular de mampostería, no muy alejada de ella otra estructura similar de forma circular y otra más semicircular adosada al muro sur; destaca un hogar delimitado por piedras y una solera de tierra endurecida y quemada por la acción del fuego. Existen dentro del edificio otros pequeños espacios delimitados mediante muretes, de difícil interpretación. Pero hay que destacar la construcción de una escalera que conduce a una segunda estancia de forma alargada situada en el norte, posiblemente un altillo donde se almacenarían productos que requerirían de un aislamiento de la humedad (*Ibidem*: 469).

## **2.- Persistencia y cambio en la articulación de las viviendas del valle del Ebro**

Sabemos de la sustitución de las viviendas de forma ovalada o circular, construidas mediante una estructura en su mayor parte realizada con materiales perecederos, por otras de figura rectangular y zócalos o paredes de piedra. Sin embargo, poco conocemos acerca de la ordenación del espacio de las casas de trazado curvilíneo del Bronce medio y final de estas comarcas septentrionales. De los fondos de cabaña registrados en el Alto de la Cruz o La Moleta del Remei, por ejemplo, desconocemos la presencia o ausencia en su interior de ámbitos espaciales diversificados, aunque, en el Tossal de Solibernat ha sido posible

identificar, además de la sustitución en un mismo asentamiento y en etapas consecutivas, de viviendas de figura ovalada por otras de trazado rectangular y carácter más permanente, la coexistencia en aquéllas de elementos tan característicos para períodos posteriores, como son los bancos corridos -en este caso tallado en la roca natural, al igual que la pared de la cabaña- utilizados posiblemente como vasares<sup>15</sup>.

En cualquier caso, es a partir de ese siglo VII a.C., cuando parece que se generaliza en la totalidad de los territorios sedetano, ausetano e ilerconvón, la adopción de viviendas alargadas, con paredes medianeras trazadas a partir del muro encargado de definir el poblado. A pesar de esta generalización de la planta rectangular, no es posible establecer un modelo fijo en la articulación del interior de cada uno de los recintos de residencia, ni para la totalidad de los asentamientos que podrían considerarse hipotéticamente adscritos a un determinado grupo étnico, ni siquiera para la mayoría de los espacios domésticos de un poblado en concreto. Aunque, quizá pudiera apuntarse, a tenor de lo observado en la evolución establecida para las viviendas del Alto de la Cruz, un paulatino proceso de cambio desde una ordenación en una sola estancia a una división tripartita, desde la inexistencia de áreas de apoyo a los bancos corridos, y desde posiciones excéntricas para los hogares a ubicaciones centralizadas para los mismos, la insuficiente información proporcionada por el registro arqueológico disponible no hace posible generalizar tales transformaciones al resto de los hábitats del medio y bajo valle del Ebro.

Si es aceptable, sin embargo, extender a la gran mayoría de estos espacios domésticos, una ordenación en ámbitos o áreas de actividad definidos no

---

<sup>15</sup> Disponemos, sin embargo, de los datos procedentes de las casas circulares de los asentamientos alaveses de Henayo y Las Peñas de Oro. Ambos presentan unas estructuras similares, con unas superficies de 27/28 m<sup>2</sup>, delimitadas por un zócalo de arcilla o piedra, utilizado como banco o vasar, y al exterior del cual se sujetaba el entramado de ramaje y barro, que conformaría paredes y cubiertas; éstas se sustentarían mediante un poste central apoyado en una basa de piedra, junto a la cual, y en posición ligeramente excéntrica, se situaría un hogar circular [cf. A. Llanos, "Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro", *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI (1974), pp. 101-146; *Idem*, "Urbanismo y Arquitectura en el primer milenio antes de Cristo", *El hábitat en la historia de Euskadi*, Bilbao 1981, pp. 49-76]. Los dos elementos fijos construidos son el banco y el hogar; al rededor de este último se establecería el área de cocina, y probablemente algún pequeño espacio como almacén de alimentos; y el espacio restante se utilizaría como zona de descanso (Ruiz - Lorrio - Martín, 1986: 96).

necesariamente de manera arquitectónica, pero sí mediante la asociación de objetos muebles, en ocasiones relacionados igualmente con determinados elementos construidos. En ese sentido, Ruiz, Lorrio y Martín (1986) llegan a establecer una cierta modulación en grupos de esas áreas de actividad y una diferenciación de ellas por zonas con base en su grado de utilización; mientras que el eje longitudinal sufre la mayor frecuencia de uso, ubicándose en él la entrada, el área de acceso y el hogar en posición central, los sectores marginales son ocupados con áreas de menor uso, como son el 'almacén' y el 'dormitorio'.

El reparto equitativo del espacio disponible en el recinto del poblado entre las construcciones existentes, junto con la distribución de sus elementos intrínsecos, ha llevado a la interpretación de cada una de ellas como espacio doméstico, residencia unifamiliar identificada en ocasiones, simbólicamente, con la existencia de un hogar en su seno. No obstante, en su interior pueden hallarse, además de las zonas relacionadas con actividades fundamentalmente domésticas, otros ámbitos en los que se desarrollarían labores productivas de carácter artesanal -hilado y teñido de tejidos, trabajos del metal en pequeños hornos de fundición- o de transformación de alimentos -molienda de grano y cocción del 'pan' en hornos-.

Si observamos las relaciones de ubicación existentes entre estas áreas de producción y la ordenación general del poblado, nos damos cuenta de la constatación de ciertas pautas de comportamiento espacial: primero, aquéllas se encuentran restringidas a determinadas viviendas; segundo, dentro de una misma vivienda raramente se encuentran dos o más áreas de producción, ya estén dedicadas a las mismas tareas, ya estén relacionadas con labores distintas; tercero, pueden evidenciarse varios 'talleres' textiles o de molienda de grano en un mismo poblado, aunque repartidos unitariamente en distintas casas; y sin embargo, cuarto, las estructuras de combustión de carácter artesanal -hornos metalúrgicos, panificadores o alfareros- son únicos en el marco del asentamiento. En algunas ocasiones, dichos hornos, parecen ubicarse fuera del espacio doméstico, encontrándose bien al aire libre, como supuestamente ocurriría en el Alto de la Cruz, bien en recintos construidos similares en apariencia a las

viviendas unifamiliares, por lo que habría que mantener aún cierta prudencia en la interpretación funcional de los distintos espacios construidos mediante su estructura formal solamente. En cualquier caso, estos hechos espaciales y de comportamiento estarían reflejando el carácter comunal de dichas actividades (Munilla *et alii*, 1993: 148; Belarte Franco, 1996: 106).

Aunque todas estas persistencias entre los distintos poblados del valle medio del Ebro pueden extenderse a la práctica totalidad de los asentamientos presumiblemente ileraugates fechados en estos primeros períodos protohistóricos, el núcleo de Aldovesta se convierte en una clara excepción. Entre las estancias construidas en el interior del asentamiento se encuentra un único espacio de residencia, en el que se han registrado diversos objetos muebles que apuntan al desempeño de labores relacionadas con total seguridad, a tenor de lo visto hasta este momento, con un entorno familiar. Sin embargo, el resto de los recintos del poblado se constituyen en diversas áreas de actividad estructuralmente diferenciadas: varios almacenes, una zona metalúrgica y algún establo. Este asentamiento pues, supone la existencia de áreas de producción que traspasan los ámbitos domésticos, para extenderse hacia la totalidad del espacio del poblado, es decir, dejar a un lado la mera subsistencia para pasar a desarrollar una función especializada dentro de un sistema económico más amplio, que, además, se encuentra arquitectónicamente ordenada en un sólo 'edificio', compacto, con distintas estancias intercomunicadas.

A partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. y durante el siglo V a.C., las contiguas reordenaciones urbanísticas acontecidas en la mayoría de los poblados ya existentes con anterioridad, provocan, en consecuencia, reorientaciones en los espacios domésticos. Pero además, éstas parecen ir acompañadas, en un primer momento, de una cierta tendencia hacia la simplificación en la estructuración interna de las viviendas; así, al menos, se ha evidenciado en el Alto de la Cruz, Els Vilars o La Moleta del Remei, donde vuelven a predominar la articulación en una sola sala, aunque con áreas de almacenamiento construidas. Digna de resaltar igualmente es la constatación, al menos para el Tossal del Moro de Pinyeres y el Puig de la Nau, de áreas de actividad localizadas en el espacio de la

calle, resaltadas no sólo por la presencia de artefactos implicados en la transformación de alimentos, sino por su asociación a pilastras, asimismo elementos muebles pero con cierta entidad arquitectónica. Este hecho parece apoyar determinadas modulaciones de las casas protohistóricas de este valle medio del Ebro, cuyo resultado implicaba a parte del espacio vial como prolongación del doméstico.

A lo largo del siglo V a.C. comienzan a surgir nuevos usos del espacio interior de las casas, que poco a poco se irán consolidando durante la centuria siguiente. La nueva disposición es hacia la complejidad, que se refleja en la aparición, por un lado, de compartimentaciones en altura, construyéndose así viviendas verticales con dos estancias superpuestas, y por otro, de ordenaciones - esporádicas todavía- de hasta cuatro estancias; es decir, viviendas multi-compartimentadas atestiguadas en los asentamientos del Alto de la Cruz y Cabezo de Alcalá. En todos los casos nos encontramos ante el *tipo a*, el más sencillo de la clasificación de las viviendas protohistóricas realizada por Belarte (1996) para la actual Cataluña y zonas adyacentes. Este modelo de espacio doméstico de planta rectangular compartimentada o no, con ligeras variaciones de tamaño, aunque con unas dimensiones mínimas de 20 m<sup>2</sup> aproximadamente, responde al espacio necesario que una familia nuclear necesita para desarrollar sus actividades cotidianas.

Con respecto a la presencia de zonas claramente comunales en estos núcleos ausetanos, contamos con plantas de la ordenación urbanística de poblados tan relevantes como San Antonio de Calaceite o el Tossal del Moro de Pinyeres, de las que se intuye la existencia en éstos de 'edificios' aparentemente diferentes a los 'barrios' de viviendas. Pero, la antigüedad de estos trabajos arqueológicos hace imposible afirmar tal extremo. Únicamente en el Coll del Moro de Terra Alta se ha podido constatar la existencia de áreas construidas con una funcionalidad que nada tiene que ver con la residencial. Aunque no hayan sido fijadas las actividades desarrolladas durante el siglo V a.C. en las estancias contiguas a la famosa torre, sí se ha delimitado, en otras áreas de este núcleo amurallado, el

espacio construido y ocupado por un taller de tratamiento del lino, hacia la segunda mitad del siglo III a.C.

Podemos por tanto, apuntar la aparición, a partir de los cambios globales acontecidos en territorio ausetano durante la quinta centuria anterior al cambio de era, de áreas artesanales que pasan a estar arquitectónicamente diferenciadas de los espacios domésticos, e incluso señalar la construcción de núcleos con una muy marcada funcionalidad, que además está condicionando la ordenación de cada uno de sus espacios construidos. Sin embargo, siguen existiendo poblados como El Tartrato, que mantienen una ordenación urbanística y doméstica que podemos denominar tradicional, sin que haya podido diferenciarse en él, con total seguridad, la existencia de espacios comunales de uso, puesto que la única área de actividad detectada se encuentra inmersa, si no en una vivienda, sí en un recinto arquitectónicamente idéntico a éstas.

Por lo que respecta a los asentamientos adscritos al grupo étnico de los *Ileraugates/Ilercavones*, a pesar de la escasa información disponible al respecto, podemos hablar de estancias aparentemente domésticas, que se encuentran asociadas, en la mayoría de los asentamientos, a espacios con una funcionalidad claramente artesanal o de transformación de alimento. Dicha asociación se traduce en una mayor complejidad del conjunto arquitectónico, e incluso de la ordenación global del poblado. Así, en La Moleta del Remei se registra ya para estos momentos la existencia de unos 'edificios singulares' con claras funciones de almacén, y con un importante peso específico con respecto al resto de las estructuras constructivas del asentamiento, cuyas viviendas fechables en este período mantienen todavía cierta simplicidad.

Posteriormente, hacia la segunda mitad del siglo III a.C., al igual que ocurría con respecto a la ordenación urbanística de los poblados, se establece una cierta diferenciación entre las viviendas que, a partir de estos momentos, se van a construir en los núcleos urbanos sedetanos, y aquellas otras características de los hábitats ileravones.

Con respecto a las primeras, y a pesar de que la mayoría de las documentadas podrían estar respondiendo a modelos tardíos, puesto que no

pocos centros perduran hasta el siglo I a.C., es lícito suponer un surgimiento paulatino, junto con las viviendas tradicionales, de otras más compartimentadas, más elaboradas espacialmente. Así parece haber sucedido en Salduie, donde se ha documentado una estancia triclinar, y en el Cabezo de Alcalá, donde una de las casas de menor tamaño presenta una distribución muy similar a una de las viviendas más compartimentadas del Alto de la Cruz y con una cronología anterior; y donde, además, existen varios espacios domésticos de mayores dimensiones, que responden claramente un modelo itálico, articulado en varias estancias que se abren en torno a un patio central. Es más, poco a poco van introduciéndose mejoras técnicas y de calidad de materiales, así como pavimentos musivarios, estucos parietales e incluso terracotas; elementos todos ellos que responden a concepciones constructivas claramente romanas y que, aparte de ayudar a diferenciar aún más los distintos compartimentos - funcionalmente incluso-, introducen en la arquitectura urbana y doméstica, una clara intención decorativa, en apariencia ausente en las manifestaciones constructivas indígenas<sup>16</sup>.

Sin embargo, siguen manteniéndose los modelos domésticos más tradicionales, suficientemente constatados en la mayoría de los asentamientos considerados de segundo orden, pero tampoco ausentes de los núcleos urbanos, incluso de fundación republicana como Los Castellazos.

Para el espacio doméstico ilercavón de estos siglos de estrechas interrelaciones con los romanos, contamos con el registro arqueológico de La Moleta del Remei, donde, a partir de este momento, se produce una nueva fase constructiva a la que pertenecen las viviendas con una mayor compartimentación interna, aunque en ningún caso alcanzan la complejidad del modelo itálico. Esta diferenciación entre algunos de los espacios domésticos urbanos de los *Sedetani*, con respecto a los de los *Ilercavones*, se produce asimismo entre estos últimos y los pertenecientes a las comunidades asentadas en las actuales comarcas valencianas, catalanas e incluso languedocienses. Mientras que las viviendas de La Moleta del

---

<sup>16</sup> Siempre y cuando, claro está, que los elementos decorativos constructivos de los indígenas no estuvieran realizados sobre materiales perecederos, cuya destrucción haya impedido de éstos lleguen a nosotros.



Remei se mantienen, hasta su desaparición a finales del siglo II a.C., dentro del *tipo a* de la clasificación de Belarte (1996), el resto de las comarcas han adoptado ya el denominado *tipo b*, más grande. Este mayor tamaño, sin embargo, no es resultado de sucesivas ampliaciones, sino consecuencia de un planteamiento previo que responde a un distinto concepto de vivienda, en el que se encuentra implicada la necesidad de un espacio más extenso y una mayor compartimentación en diversas estancias, que se consigue una más perceptible separación de las actividades desarrolladas en su interior.

A pesar de las similitudes formales existentes entre estas tres áreas geográficas, se constatan ciertas deferencias cronológicas. Así, en los asentamientos más meridionales, estos tipos complejos surgen ya en la primera mitad del siglo V a.C. En las comarcas catalanas orientales, la adopción generalizada de este modelo mayor y más compartimentado parece ser algo más tardía: aunque en el Puig de Sant Andreu pueden documentarse durante esa misma centuria, en Alorda Park, por ejemplo, no surgen hasta el siglo IV a.C., e incluso el siglo III a.C. Por otro lado, aparece además otro tipo de vivienda, en las regiones valencianas más meridionales, así como en el actual Languedoc -pero difícilmente evidentes en Cataluña-, que responden al modelo mediterráneo de residencia organizada en torno a un espacio abierto o patio (Belarte Franco, 1996: 109-113).

Mención aparte merece el asentamiento/edificio de El Perengil por su arquitectura singular y su funcionalidad un tanto ambigua, pero también por su aparición en un momento del proceso histórico peninsular en el que esta zona parece presentar un vacío poblacional, o al menos una profunda transformación. Pero, algo similar ocurre con Torre Cremada, en el valle del Matarraña, cuya articulación arquitectónica y espacial también parece reflejar, a nuestro modo de ver, ciertas singularidades en el desarrollo de las comunidades indígenas del valle medio del Ebro.



## EL LENGUAJE ESPACIAL

Hemos visto cómo en un intento de cambiar el análisis tradicional de la interpretación de la realidad ibérica, aparece en la producción bibliográfica de finales de los setenta y los ochenta, una serie de enfoques ciertamente renovadores que se dirigen hacia un nuevo planteamiento de la investigación. La cultura ibérica comienza a explicarse como un ente en cambio constante y, en consecuencia, el interés se traslada hacia los procesos de transición de comunidades históricas más complejas y evolucionadas.

Para definir dichos modelos de organización socio-económica y el paso de uno a otro, se recurre a la metodología de la Geografía locacional de Hagget (1974) y a la Arqueología espacial. Tales instrumentos analíticos permiten comprobar en el registro arqueológico, ciertas características de una sociedad tendente hacia una mayor complejidad: entre otras, la jerarquización de asentamientos -espacio territorial-, la funcionalidad de cada uno de ellos, la génesis del fenómeno urbano -espacio habitacional- y la gradación de los grupos sociales -espacio funerario-.

Se intenta 'conocer' el espacio, descifrar mediante el universo conceptual del investigador actual y a través de la organización del lugar, el orden coercitivo del espacio protohistórico. El territorio y su articulación quedan reducidos a una plasmación casi cartográfica, que lo convierte en una abstracción simplificadora (García García, 1976: 13). Sin embargo, si intentamos una aproximación a la perspectiva del íbero, su intencionalidad, aunque sea inconsciente, no es conocer sino 'reconocer' y 'reconocerse' en el lugar en el que se encuentra ubicado, puesto

que es precisamente el dispositivo espacial lo que expresa la identidad del grupo y lo que ha de ser defendido de agresiones internas y externas<sup>1</sup>.

Fue la Geografía humana la primera en plantearse de forma específica el problema del territorio -como espacio íntima y dialécticamente ligado al hombre, en sus distintos niveles-. El testigo fue recogido por diversas ciencias como la Economía, la Sociología, la Ecología, la Etología, la Antropología, la Psicología y finalmente la Arqueología, adquiriendo así la cuestión territorial la complejidad necesaria para su correcta comprensión. Claramente, hay un consenso en cuanto a la necesidad de una interdisciplinariedad entre ellas, del que inicialmente parece quedarse fuera la Arqueología<sup>2</sup>. Esta última toma sus modelos directamente de la Geografía locacional, aplicándolos a sus propios objetivos, y creando sus propias teorías, sin tener en cuenta los avances que, sobre el problema de la organización espacial del hombre, sobre las estructuras mentales y significativas que convierten el espacio en algo propiamente humano, hayan podido realizar otras ramas de las ciencias naturales y humanas, incluida la propia Geografía.

### **1.- La lectura de la realidad espacial**

Como podemos apreciar, el espacio se convierte así en el mayor protagonista de la historia. Epistemológicamente, se asume la existencia de unos espacios físicos concretos -micro, ordinario y macro- que junto con los abstractos espacios matemáticos, vinieron a sustituir el antiguo concepto de espacio unificado. En cualquier caso, la espacialidad está vinculada a la evolución de los paradigmas científicos.

---

<sup>1</sup> Nos encontramos aquí ante un problema epistemológico -un tanto generalizado a nuestro entender-: el etnocentrismo. Para el investigador sumergido en la cultura occidental -con un bagaje ideológico y científico propio-, resulta realmente difícil, por no decir imposible, desembarazarse de sus propios esquemas mentales, con el fin de llegar sin ningún tipo de nefasto prejuicio, al estudio y posterior interpretación de una cultura, simplemente, diferente de la suya. La correcta comprensión de esta última necesita de un sistema semántico indispensable y adecuado que parta de su propio comportamiento vital y que, desde nuestros propios parámetros, nos permita aproximarnos lo más posible a la idea que de su cultura tendría el íbero.

<sup>2</sup> Desde aquí abogamos por esa interdisciplinariedad, o mejor, por una más necesaria transdisciplinariedad, si aceptamos la conceptualización que de este último término hace Baigorri (1995).

La otra dimensión, el tiempo, también es incorporada a los nuevos enfoques, puesto que se suman al análisis, los procesos de transición. Pero, se olvida que cualquier sociedad dada se localiza también en el tiempo. La variable temporal, al igual que la espacial, debe ser utilizada como principio de identidad.

Los estudios territoriales, y en especial los arqueológicos, han mantenido siempre una postura 'partidista', en la mayoría de los casos, y han centrado su interés en la organización y estructuración del territorio, relegando el papel de los núcleos urbanos a un simple elemento de dicha estructuración, y olvidando las realidades intrínsecas e independientes de cada uno de ellos. Algo parecido ha ocurrido con los estudios dedicados a la ciudad, para los que el territorio queda reducido a una mera extensión del núcleo urbano al espacio rural, entendido éste como suelo rústico, es decir, 'vacío de ciudad'. Su interés siempre lo ha sido en función de las necesidades de la urbe. Nosotros, sin embargo, nos planteamos una lectura global de la realidad territorial. El territorio no puede ser entendido sin la articulación que de éste establece la interrelación entre los núcleos urbanos, y la organización y comprensión de la vida urbana, no puede darse sin una visión global de la realidad territorial en la que ésta se inscribe<sup>3</sup>.

En la transición del siglo XIX al siglo XX, las teorías de Simmel (1967) ejercen una importante influencia en la posterior concepción de la realidad de fenómeno urbano y territorial. Ello se debe sobre todo, a su definición de la ciudad como hecho social, y su planteamiento de determinadas cuestiones que todavía hoy en día siguen acaparando la atención de la Sociología urbana. A él también se debe una de las más tempranas reflexiones sobre la determinante superposición de lo social sobre lo físico.

La dicotomía conceptual entre lo rural y lo urbano nace justo en este momento, y se instala definitivamente en el desarrollo de la disciplina urbanística, y por supuesto, en la obra de Weber (1925), quien afronta el estudio de la ciudad con la metodología de los tipos ideales. El resultado pues, es una ciudad ideal conformada por el mercado, la plaza fuerte, una jurisdicción y unas

---

<sup>3</sup> A partir de ahora, entenderemos y utilizaremos urbanismo en estos términos, es decir como disciplina que engloba no solamente lo urbano, sino también lo rural, lo territorial.

leyes más o menos propias, asociaciones específicas y una relativa autonomía administrativa, desarrollada esta última por unas autoridades elegidas por los propios habitantes.

En el ámbito español, se ha destacado la figura de Ganivet, quien desde su psicologismo establece la dicotomía urbano/rural "*precisamente en que la ciudad tiene espíritu, un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica*"<sup>4</sup>, y quien considera la evolución de las ciudades como una *acción oculta de la sociedad*. El investigador español llega a apuntar, ya tan tempranamente y a través de su análisis funcional de los hitos artísticos y de la fisionomía de las calles, la existencia de lo que mucho después, Lynch (1954, 1966) denomina *la imagen de la ciudad* (en Baigorri, 1995: 321).

### 1.1.- La perspectiva territorial

Los presupuestos teóricos, tanto de las Humanidades más tradicionales, como de las Ciencias más conservadoras, propician la dicotomía entre la concepción del ser humano como ser biológico y como ser social, repartiéndose entre ambas los campos de investigación resultantes. Esta división, ahora arbitraria, potencia aún más un distanciamiento entre el hombre y su medio ambiente. Como consecuencia, las Ciencias Sociales implicadas en el análisis de las relaciones espaciales y temporales de los seres humanos, olvidan a menudo aquellas disciplinas encargadas, bien del estudio del proceso histórico global de las comunidades<sup>5</sup>, bien de un aspecto concreto del mismo.

#### *La Ecología humana*

El enfoque ecológico consiste básicamente en la aceptación de una serie de presupuestos susceptibles de comprobación. El primero de ellos, la existencia de fuerzas o variables implicadas en las relaciones espaciales y de subsistencia de

---

<sup>4</sup> Cf. A. Ganivet, *Granada la Bella*, Madrid 1905 :89.

<sup>5</sup> Cf. Bate (1998) con respecto a lo que ocurre en el seno de la disciplina arqueológica.

una comunidad dada, y procedentes del medio físico y social. El segundo, una organización de la misma basada en un proceso ininterrumpido de transformación, caracterizado por invasiones y desplazamientos que culminan en un estado de equilibrio, en el que cada factor -medio ambiente, población y ecosistema- lleva a cabo un ejercicio de adaptación al resto. El tercero, una estructuración territorial que facilita la distribución espacial y funcional de los individuos en el medio físico. Y todo ello, encaminado a la necesaria adaptación a este último<sup>6</sup>.

Igualmente, la perspectiva ecológica supone el abono necesario para la toma de conciencia sobre las variables del espacio y tiempo como determinantes en las organizaciones humanas. La limitación ejercida por el tiempo en las relaciones de interdependencia y las implicaciones espaciales existentes en el desarrollo de las diversas acciones, se convierten a partir de ahora en presupuestos plenamente asumidos en el análisis histórico de cualquier comunidad dada.

En cualquier caso, parece fuera de toda duda la validez que para los primeros ecólogos humanos supone la aplicación de la matriz espacial a los hechos sociales. Asimismo, habría que destacar la influencia epistemológica de la perspectiva funcionalista en el análisis del fenómeno territorial global, el interés adquirido por las interrelaciones sociales en el hecho urbano y la asunción de la visión como proceso de dicho fenómeno urbano y territorial.

Debido a este énfasis alcanzado por el medio natural, comienzan a cargarse las tintas en el territorio y en su articulación, al convertirse éste en un espacio ligado al hombre de manera íntima y dialéctica. La lectura de la realidad territorial, pues, se hace desde la globalidad. La articulación de las interrelaciones entre los núcleos urbanos define el territorio, al mismo tiempo que el contexto territorial explica cuestiones concretas de la vida urbana.

Desde las inquisiciones reflexivas de los investigadores, el peso adquirido en su momento por el urbanismo y los análisis urbanísticos, debe ser visto como

---

<sup>6</sup> Para comprender los presupuestos de la Ecología humana, cf. P.R. Ehrlich - A.J. Ehrlich - J.P. Holdren, *Human Ecology*, San Francisco 1973; A.H. Hawley, *Ecología humana*, Madrid 1975, *Idem*, *Teoría de la Ecología humana*, Madrid 1991; D. Kuczynski, *Introducción a la ecología humana*, Buenos Aires

resultado de la eclosión sufrida por las ciudades en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y cuya potenciación constructiva se hace necesaria después del período devastador que supone la citada confrontación bélica. Posteriormente, la crisis de la sociedad capitalista de los setenta y la degradación a la que se encuentra sometido nuestro entorno natural, proporciona el marco social y científico propicio para el desarrollo y la aceptación de los presupuestos ecológicos y funcionales, más en concordancia con la preocupación generalizada por las cuestiones medio ambientales.

Sin embargo, los esfuerzos desplegados en el intento de mejorar tal situación, acaban resultando un tanto infructuosos, quizá debido a la falta de coordinación entre las fuerzas desplegadas. Por lo que, dentro de una evolución lógica en la resolución del problema, las actuaciones puntuales dejan paso a una pretendida planificación global del territorio. Ante la necesidad de optimizar las interrelaciones entre los individuos, y entre éstos y su medio físico, aquella eclosiona en el surgimiento de las denominadas Ciencias del territorio. Y éstas entonces, asumen dicha optimización como objeto teórico propio. La capacidad de planificación ratifica asimismo, la aceptación de presupuestos tales como el determinismo no mecanicista de los ecosistemas naturales y artificiales sobre las estructuras sociales y, por lo tanto, la virtual anticipación a los cambios que una estipulada articulación del territorio natural o construido, o ambas cosas a la vez, produce en los distintos niveles de la organización social y en la interacción de ésta con el medio (Almandoz Marte, 1993; Baigorri, 1995).

### *La Biología del comportamiento*

La territorialidad característica que define el comportamiento de los habitantes con el entorno, ha sido tradicionalmente objeto de estudio por parte de las Ciencias Naturales, y más concretamente de aquéllas dedicadas a la observación y explicación de la conducta animal. El presupuesto básico inicial de

---

1982; G. Olivier, *La ecología humana*, Barcelona 1981; F. Sargent II, *Human Ecology*, Amsterdam 1974; G.A. Theodorson (ed.), *Estudios de ecología humana*, Barcelona 1974.



esta Biología del comportamiento, dejando a un lado el discutido origen filogenético de la cultura, es la concepción del hombre como ser histórico, y de ahí, la importancia de los primeros momentos de su evolución. Una vez aceptada dicha premisa, se parte de la existencia de unos mecanismos desencadenantes innatos, mediante los cuales el organismo percibe los acontecimientos exteriores, los asimila a través de 'esquemas' comparables a los ya asimilados con anterioridad, y emite su correspondiente acción impulsiva. Su función es pues, la regulación de la vida social de los organismos, gracias al desencadenamiento de una serie de acciones que constituyen un código de costumbres<sup>7</sup>.

### *La Antropología*

Pero, poco a poco y desde el seno de la Antropología, miembro del grupo transdisciplinar implicado en los estudios ambientales, se va centrando la atención en el hombre y, más concretamente, en su habilidad para recrear el entorno natural mediante la cultura. De acuerdo con las aceptadas teorías lingüísticas de Sapir y Whorf, los patrones de utilización del espacio están estrechamente ligados con la cultura que los crea, y cambian a medida que se transforman los elementos que conforman dicho esquema cultural. Existe pues, una manipulación ideológica del espacio inmediato y natural por parte de aquélla, por lo que se hace necesario, además de un análisis geográfico y ecológico, un estudio antropológico del territorio.

La existencia de una idea definidora de la relación que se establece entre el hombre y su espacio, se convierte en el presupuesto inicial de la teoría antropológica territorial. A través de la asimilación y la aplicación de dicha idea, el sujeto humano lleva a cabo una serie de elaboraciones significativas de su medio físico. Hay, por tanto, una semantización del territorio reflejada en su uso,

---

<sup>7</sup> Cf. entre otros, H. Callan, *Etología y sociedad*, México 1973; E.D. Chapple, *El hombre cultural y el hombre biológico*, Madrid 1972; R. Dawkins, *El gen egoísta*, Barcelona 1988; R.A. Hinde, *Biological Bases of Human Social Behaviour*, New York 1974; K.Z. Lorenz, *Evolution and Modification of Behaviour*, London 1966; K.Z. Lorenz - P. Leyhausen, *Biología del comportamiento. Raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*, México 1985; J. Tayler Bonner, *The Evolution of Culture in Animals*, Princenton

al mismo tiempo que cierto grado de mediatización ideológica (García García, 1976; Hall, 1973).

Por otro lado, los actores, mediante sus prácticas colectivas e individuales, a través de la organización de los espacios y la transformación de éstos en lugares, elaboran una realidad compartida que les hace identificar dicho lugares, al mismo tiempo que identificarse individual y colectivamente con ellos. Todos estos espacios se convierten así en relacionales, identificadores e históricos, y en partes constituyentes de un territorio culturizado y socializado. Y en su estudio, hay que tener en cuenta la percepción, la población y los recursos económicos, como variables implicadas en dicha estructura socializada y culturizada.

Bajo esta perspectiva antropológica, la variable temporal y espacial asumen un carácter plenamente social y cultural. Si el tiempo se convierte en tiempo cultural invariablemente, y lo hace mediante el desarrollo de una vida cotidiana que es pura ritualización, el espacio se transforma en espacio relacional, gracias a su cualificación y su formalización, resultantes ambas de la utilización que la sociedad hace del mismo.

Es más, dichas utilizaciones y reelaboraciones significativas del territorio -semantización, categorización-, responden a complejas estructuras mentales organizadas por las leyes que rigen el funcionamiento de la mente humana. Tales estructuras mentales son así reconocidas como elementos involucrados, junto con los ecosistemas naturales y artificiales y su interacción con la tecnología, en el determinismo no biológico que actúa sobre las articulaciones sociales y territoriales.

## 1.2.- La perspectiva cognitiva

Necesariamente entonces, aparece en escena el paradigma cognitivo y perceptual, a través del cual se acepta el concepto de cognición no sólo como conocimiento, aprehensión de la realidad, sino también como fenómeno

---

1980; E.O. Wilson, *Sociobiología: la nueva síntesis*, Madrid 1980; *Idem*, *Genes, Mind and Culture. The Coevolutionary Process*, Harvard 1982.

determinante de la actividad humana. Pero, en las estructuras y procesos cognitivos, además de aquellas unidades universales y definitorias del comportamiento inteligente de la especie humana, existe toda una serie de factores relacionados con determinantes sociales y culturales, implicados en la selección de las propiedades, que elaboran la información captada del y sobre el propio entorno. El resultado pues, es una cultura producto del sistema cognitivo humano. Debemos entonces admitir una diversidad de universos sensoriales en correspondencia con una heterogeneidad cultural (Norman, 1981a; Bloch, 1991).

El tratamiento que la Ecología humana aplica al ambiente, se transforma mediante la asunción del paradigma cognitivo. El entorno presenta entonces, una comunicación persuasiva, es decir, una comunicación no lingüística mediante signos/estímulos, con implicaciones afectivas y de comportamiento, y en la que se encuentran comprometidos la cultura y el aprendizaje. Se acepta así, una facultad diseñadora y activa para el individuo, cuya finalidad principal es la de controlar el comportamiento del resto de la comunidad. Mediante una simbolización artificial de la escena puede llegar a manipularse las reacciones emocionales, y por tanto llegar a predecir las actitudes del resto de los individuos sociales (González Bernáldez, 1985).

En esta percepción necesaria del ambiente, del territorio inmediato y regional, se encuentran activadas tres variables: un organismo animal, almacenador y procesador de datos, que puede además simular situaciones y comportamientos; un ambiente real, cognoscible científicamente; y un ambiente simbolizado.

Este último, no es otro que el reflejado en el denominado modelo subjetivo del entorno real o mapa cognitivo, cuya importancia en el estudio de la cognición del espacio construido o no, es compartida por la Geografía, la Arquitectura, la Psicología ambiental y la propia Arqueología. Sus componentes fundamentales son el tamaño, la distancia y la dirección; su finalidad última es facilitar la localización y el movimiento de los individuos; y las características necesarias para su legibilidad: identidad, estructura y significado. Aún más, sus elementos moleculares -sendas, bordes, barrios, nodos y mojones- se hacen imprendisciples

a la hora de describir un ambiente a través del mapa cognitivo elaborado por sus propios habitantes. Existen pues, mapas cognitivos individuales y colectivos. En unos y otros, las variables implicadas en su elaboración pueden ser personales o socioculturales, o ambas cosas a la vez (Downs - Stea, 1973a y b, 1977).

Mediante estos procesos cognitivos, previos a la acción, el lugar antropológico adquiere el carácter de unidad cognoscitiva estructurada, e integradora a su vez de una combinación de significados que dota al territorio de un sentido único. Estos significados se encuentran relacionados, bien con las formas físicas del paisaje, bien con las actividades desarrolladas en él.

Surge entonces la concepción existencial del ambiente construido, del espacio concretizado, humanizado, manifestación material al mismo tiempo del desarrollo histórico de una cultura, y cuyas características principales son la persistencia y el cambio. El entendimiento, la asimilación y la acomodación del entorno, hacen que éste se transforme en el símbolo del 'ser en el mundo' de Heidegger.

En la aplicación arqueológica de este enfoque cognitivo, es decir, en el intento de descripción del funcionamiento de la mente humana prehistórica, observada en los datos suministrados por el registro arqueológico, los patrones de conducta reconocibles en el mismo se convierten en pieza clave. En el caso más concreto de las estructuras arquitectónicas, la relación isomórfica existente entre espacio existencial y espacio arquitectónico, permite la asunción del principio, según el cual, en la estructura simbólica del espacio arquitectónico debe encontrarse una serie de elementos convertidos en la representación física de los esquemas básicos mentales del individuo.

Resta pues, para nuestro estudio arqueológico del uso sociocultural y simbólico del espacio ibérico, establecer mediante la observación de los datos artefactuales, las variables correspondientes a cada uno de los factores implicados: medio real, medio simbólico e individuo cultural, y la articulación existente entre todas ellas, para finalmente, inferir de éstas el comportamiento espacial de los íberos durante su proceso histórico.

## 2.- La Arqueología de la mente

Varias son pues las disciplinas que en la actualidad se encuentran 'transactuando' para llegar a la comprensión del comportamiento espacial del ser humano desde una perspectiva cognitiva, es decir, interesándose por la manera en que cada uno de nosotros 'pensamos' nuestro espacio -en sus diferentes escalas- como proceso mental previo a la acción.

Los instrumentos de análisis utilizados por cada una de estas disciplinas presentan una base claramente empírica mediante la observación directa. Antropólogos, ecólogos, geógrafos y arquitectos disponen de la innegable ventaja que supone la conversación con los propios habitantes del espacio en cuestión.

Los arqueólogos, sin embargo, parecen tenerlo más difícil. La propia naturaleza de su objeto de estudio -las sociedades pasadas ya extinguidas, de cuyo pensamiento, en el caso de las sociedades ágrafas, sólo nos quedan los restos materiales de sus acciones como única fuente de datos de los que inferir su comportamiento- hace que la sola idea de pretender llegar a conocer su pensamiento de la realidad parezca una tarea prácticamente imposible. Renfrew (1982: 13-14) reseña el carácter de ejercicio de imaginación que, para la mayoría de los arqueólogos, tienen aquellas aproximaciones a los sistemas de pensamiento de culturas remotas, puesto que las consideran carentes de procedimientos analíticos basados en la razón. Para el arqueólogo británico, las reticencias existentes en la asunción de los presupuestos cognitivos en el análisis arqueológico, se encuentran relacionadas con una cierta desgana ante la tarea de enfrentarse a la obviedad y la aparente simplicidad, características ambas que parecen diferenciar los presupuestos de la perspectiva cognitiva arqueológica<sup>8</sup>.

Tradicionalmente, este aspecto es fácilmente investigable para ciertos arqueólogos, puesto que su método consiste simplemente en trasladar sus propias motivaciones, conceptos y creencias a los diversos grupos culturales

---

<sup>8</sup> Como ejemplo de las posturas de rechazo de determinados arqueólogos, a la posibilidad de acceso a factores de tipo psicológico o emocional, o de ambos, de las comunidades responsables de los registros arqueológicos, cf. Ch. Redman *et alii*, "Social Archaeology, The Future of the Past", Ch. Redman *et alii* (eds.), *Social Archaeology: Beyond the Subsistence and Dating*, New York, 1978, pp. 1-17.

estudiados, sea cual sea la localización de éstos en el tiempo y en el espacio. Aún más, la mayoría de las transposiciones acaban realizándose sin justificación alguna y sólo una minoría se basa en el principio de la existencia de una '*psique única*' compartida por la totalidad de la especie humana. Por su parte, el grupo de investigadores un tanto escépticos -prudentes al menos- ante la posibilidad de llegar a conocer la cognición prehistórica, se encuentra representado en la figura de Willey, para quien la tensión existente entre el registro arqueológico y los intentos de atrapar las ideas se esconden detrás de éstos es -y debe seguir siendo- una constante irresoluble en el trabajo arqueológico. Por último, la persona de Dunnell reunifica las ideas de aquéllos, para quienes la única solución, ante la impracticabilidad de llegar a conocer la cognición prehistórica, es sencillamente dejar de intertarlo<sup>9</sup> (Zubrow, 1994a: 187-188).

Sin embargo, no están ausentes presupuestos contrarios que abrigan la posibilidad, desde el punto de vista epistemológico, de observar determinados aspectos asociados al funcionamiento de la mente humana, a través del registro material de la cultura en cuestión (Cerrillo, 1990: 189). En ese mismo sentido, Renfrew (1982: 14) asume una nueva tarea en sus investigaciones encaminada a trazar una vía de unión entre una jerga arqueológica asumida mayoritariamente - a la que califica de pretenciosa- y la obviedad aparentemente invisible en lo material.

Por su parte, Criado Boado (1989: 75-76) parte de una visión del análisis del fenómeno megalítico como *disculpa para pensar*. Pero ese '*pensar*' es entendido en dos dimensiones -espacio bidimensional de la Arqueología-. Primero, cada una de las manifestaciones arqueológicas -megalíticas- son entendidas como expresiones, acciones y concretizaciones de pensamiento -pensamiento de sus productores-. Y segundo, éstas se convierten en excusa para nuevas reflexiones y en soporte de creencias actuales -pensamiento del arqueólogo-.

No interesan aquellos aspectos de los que se ocupan los arqueólogos que realizan el análisis del registro empírico únicamente desde su propia perspectiva,

---

<sup>9</sup> Cf. R.C. Dunnell, *Systematics in Prehistory*, New York 1971, *Idem*, *Prehistoria moderna. Introducción sistemática a la Arqueología prehistórica*, Madrid 1977.

sino aquellos otros que permiten llegar a comprender la racionalidad que opera detrás de cada modelo de regularidad. El origen, el nacimiento, la evolución y las diversas tipologías de cada uno de los objetos arqueológicos, son sustituidos por conceptos tales como acontecimiento, regularidad específica, serie, convivencia de diferentes combinaciones y comparación de zonas. Y para conseguir este doble nuevo objetivo teórico de la Arqueología, se han ido incorporando a la disciplina instrumentos analíticos y metodológicos que facilitan la reconstrucción de aquellos aspectos de la cultura de carácter inmaterial.

Esta misma bidimensionalidad de la disciplina arqueológica es la propuesta por Zubrow (1994a: 187), para quien el enfoque cognitivo de la disciplina presenta dos aspectos diferenciados en las investigaciones que habría que desarrollar. El primero de ellos da lugar a una definición de Arqueología cognitiva que se identifica con una área de investigación que, a pesar de carecer de una clara delimitación, implica la evolución de la totalidad del complejo sistema de habilidades mentales y sus representaciones materiales. Sus puntos de interés se centran en la percepción, la atención, el aprendizaje, la memorización y el razonamiento de las culturas pasadas, haciendo hincapié en el comportamiento, el lenguaje y la imaginaria. Si bien hasta ahora, los arqueólogos han considerado que los patrones de cultura material reflejan patrones de comportamiento, los arqueólogos cognitivos van más allá y quieren ver en los primeros los resultados, no solamente del comportamiento, sino de la cognición humana.

El segundo de los aspectos de esta arqueología tiene que ver más con una actitud de autoreflexión y toma de conciencia por parte de los propios arqueólogos, puesto que enfatiza la manera en que los procesos cognitivos influyen en el desarrollo de las investigaciones llevadas a cabo por éstos. La posibilidad de que la interpretación arqueológica se convierta en una recreación particular, debido al bagaje personal y científico del investigador como individuo aislado, pretende quedar matizada por lo que se ha dado en llamar el conocimiento general arqueológico, o lo que es lo mismo, por una serie de

elementos teóricos, metodológicos y conceptuales comunes a cualquier investigación arqueológica (Zubrow, 1994a: 187).

Evidentemente, a nosotros nos interesan las direcciones marcadas por aquéllos que adoptan una actitud positiva ante la cuestión planteada: qué y en qué manera piensan los individuos prehistóricos. Nos encontramos con un grupo de investigadores para quienes la solución al problema de la cognición de las sociedades antiguas, pasa por la renuncia de los aspectos científicos y por el énfasis puesto en la interpretación. Los presupuestos de partida son los del discurso postmoderno, interesado en la narrativa, identificado por su aureola no positivista y basado en los trabajos filosóficos de Foucault (1979, 1997), previamente reinterpretados arqueológicamente (Leone, 1986; Hodder, 1987, 1988, Shanks - Tilley, 1987a y b; Tilley, 1990; Shanks, 1992). Una segunda aproximación basada en la utilización de una estructura lingüística y en el desarrollo de un acercamiento semiótico y hermenéutico y expuesta por Peebles y Gardin (1992). Una tercera orientación, relacionada con la tradición científica y una metodología empírica, que recurre a las Ciencias Cognitivas -matemáticas y computacionales- para intentar el acercamiento a la 'mente antigua' (Renfrew - Zubrow, 1994: XVIII). Y finalmente, una más reciente propuesta que tienen su punto de partida en las bases filosóficas del estructuralismo, pero que se aleja de él en cuanto a objetivos y procedimientos (Hernando Gonzalo, 1999a, 2002).

## 2.1.- Ciencia vs. Hermenéutica

A pesar de la patente confrontación epistemológica entre el funcionalismo ecológico de la corriente liderada por Renfrew y el postestructuralismo simbólico de Hodder y sus seguidores, el primero reconoce el avance disciplinario que suponen las contribuciones de este último en el análisis del uso de símbolos (Renfrew, 1982: 24). Este reconocimiento no es más que una prueba de la existencia de una cierta alianza entre ambos enfoques disciplinares que, acertadamente, ha puesto de manifiesto Johnson (2000: 221-222) y que se ve



reflejada en el reconocimiento de la validez de otras posturas teóricas<sup>10</sup>. Para este investigador, el fin último de lo que el denomina una retórica de la conciliación es la búsqueda de una suerte de aliados que acepten y confirmen la brillante tradición teórica europea.

Pero, dicha complacencia también puede ser interpretada como manifestación de un creciente individualismo distintivo de nuestra sociedad occidental, por tanto como expresión de un pensamiento subjetivista postmoderno, de la aceptación de la existencia de diversas formas de percibir la realidad, de comprenderla y de controlarla.

### *Modernidad y Ciencia*

La modernidad se basaba inicialmente en dos rasgos culturales: el desarrollo de la individualidad, heredera del humanismo renacentista, y la confianza en la Ciencia, la Verdad y el Progreso. O lo que es lo mismo, la Subjetividad como percepción de la existencia de dicha individualidad y la Razón Universal como convencimiento de que los fenómenos naturales pueden ser explicados de acuerdo a sus propios modelos de funcionamiento (Hernando Gonzalo, 1999: 24). Pero, la evolución seguida por el pensamiento occidental ha hecho que la modernidad haya primado la lógica racionalizadora, mecanicista y homogeneizante frente al individuo, imponiéndose la razón ilustrada a la relatividad (Berrocal, 1998: 3).

En el seno de las Ciencias Sociales, este desarrollo ha supuesto la sustitución de posiciones historicistas, en las que la fuerza de la razón universal se aplicaba al análisis de las sociedades humanas desde el punto de vista del individuo, por posturas materialistas y funcionalistas -procesuales-, en las que primaba el estudio de la sociedad (Hernando Gonzalo, 2002: 32-35).

---

<sup>10</sup> CF. Hodder (1991 y Renfrew y Bahn (1996).

*Postmodernidad y Hermenéutica*

Por su parte, la postmodernidad surge como un movimiento de crítica constructiva, de incredulidad frente a las metanarrativas o reivindicaciones de la detentación de la verdad absoluta (Lyotard, 1994). Tres son los grandes 'creadores' del pensamiento postmoderno: Nietzsche, con sus argumentos en contra de la primacía de la razón ilustrada; Wittgenstein, con su idea de comunicación como simple juego lingüístico con reglas arbitrarias; y Foucault, con sus demostraciones de cómo cada etapa histórica tiene sus propias creencias sobre lo que es 'normal' y 'natural' (Johnson, 2000: 205).

La postmodernidad se convierte así en un movimiento subjetivista que pone en evidencia la esencia discursiva del conocimiento occidental, el carácter aprendido de nuestra relación con la realidad y la construcción social de la propia ciencia. Abre una era 'lingüística o textual', en la que la hermenéutica<sup>11</sup> parece ser la única forma de entender el proceso de conocimiento (Berrocal, 1998: 4).

En el ámbito de las Ciencias Sociales, esta prioridad dada a la subjetividad, en su aplicación al análisis de la sociedad, tiene como resultado la aparición de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, según la cual los sistemas de creencias occidentales son armazones ideológicos encaminados a legitimar el capitalismo actual; y en su utilización de los estudios realizados desde el punto de vista del individuo, el surgimiento de las posiciones interpretativas -postprocesuales- (Hernando Gonzalo, 2000: 32-35).

## 2.2.- Arqueología cognitivo-procesual vs. Arqueología post-procesual

A partir de estos principios evidenciados por el pensamiento postmoderno, son dos los puntos básicos que hay que considerar. Primero, el hecho manifiesto del predominio de la mente en la estructura de lo percibido; por lo tanto, la

investigación no es objetiva, pero tampoco es totalmente idealista o solipsista<sup>12</sup>; el condicionante principal será el contexto histórico e ideológico del investigador. Segundo, lo ideacional supone un incuestionable individualismo; si los procesos de cognición son individuales, el individuo se convierte en objeto final, por lo tanto, será trascendental la percepción del hecho social, y no el hecho social en sí mismo. No obstante, el fin último deberá ser la aprehensión de la construcción social de la realidad, es decir, de las estructuras del conocimiento<sup>13</sup> (Berrocal, 1998: 2).

### *El funcionalismo*

La aparición de esta nueva perspectiva cognitiva de la Arqueología, es decir, "el estudio de las formas antiguas de pensamiento tal como son inferidas a partir de los restos arqueológicos" (Renfrew, 1994: 3) hunde sus raíces en la propia evolución teórica de la Arqueología.

El desarrollo del mercantilismo capitalista y de los nacionalismos determinó en su momento el interés de los arqueólogos en los objetos materiales del pasado, que se convertían así en la evidencia de la evolución del fenómeno cultural hacia una progresiva complejidad (Hernando Gonzalo, 1999: 19-20). Pero, el evolucionismo teórico responsable de esta aproximación a los hechos históricos, iba poniendo en evidencia poco a poco el reparto no igualitario de las condiciones materiales de vida y su probabilidad de mejora. Es decir, el interés inicial en los

---

<sup>11</sup> Para la hermenéutica humanista, el objetivo es "*la correcta interpretación de aquellos textos que contienen lo decisivo, lo que es preciso recuperar*" [H.G. Gadamer, *Verdad y Método II*, Salamanca 1994 :97].

<sup>12</sup> Una cierta confusión entre epistemología y ontología, entre la forma de conocer la realidad y la existencia de la propia realidad, ha llevado a tildar de solipsista al enfoque cognitivista asumido por la arqueología postprocesualista. La importancia dada a lo ideacional como factor implicado en lo social, relaciona estas perspectivas subjetivistas con una teoría de la realidad cercana a un idealismo que, a su vez, se aproxima peligrosamente al solipsismo, según el cuál la realidad surge de las operaciones de la propia de la mente, por lo tanto nada existe realmente fuera de uno mismo (Berrocal, 1998: 1-2).

<sup>13</sup> Según Berger y Luckmann (1991: 15) "(...) una '*sociología del conocimiento*' deberá tratar no sólo las variaciones empíricas del '*conocimiento*' en las sociedades humanas, sino también los procesos por los que cualquier cuerpo de '*conocimiento*' llega a quedar establecido socialmente como '*realidad*'. (...) En otras palabras, la sociología del conocimiento se ocupa del análisis de la construcción social de la realidad".

objetos materiales iba siendo sustituido por la atención puesta en las relaciones sociales (Elías, 1993: 22-31).

En un primer momento, la reacción ante el conflicto social, ante la explotación entre las clases y la necesidad de cambio provoca la asunción del materialismo dialéctico como modelo teórico desde el que intentar el acercamiento a las comunidades del pasado (Trigger, 1992: 239-240). Pero, al mismo tiempo, la posición favorecida de la mayoría de los arqueólogos occidentales conduce a un segundo momento en el que, aunque el interés sigue centrándose en el orden social, el deseo de transformación de las condiciones futuras es sustituido por el ideal de sostenimiento del estado de bienestar obtenido en el presente (Elías, 1993: 29).

Surge así una nueva corriente teórica, el funcionalismo, que asume y utiliza esta sociedad del bienestar como modelo para explicar el pasado, haciendo coincidir la realidad de éste con un todo armónico tendente al equilibrio (Hernando Gonzalo, 1999: 21). En dicho modelo explicativo, cada uno de los elementos desempeña una función concreta en el perfecto engranaje del sistema, cuyo desarrollo tienen como resultado una sociedad perfectamente ajustada a cada momento histórico.

El impacto que supone durante la década de los sesenta el nacimiento americano de esta Nueva Arqueología, liderada por Binford, su posterior transformación en Arqueología procesual tras su maduración teórica y la autoconciencia y reflexión que logra inculcar a los investigadores, termina con las lucubraciones literarias anteriores, acerca de las creencias del pensamiento de las sociedades pasadas. Pero, lejos de preocuparse por el raciocinio humano, o por las estructuras simbólicas, toda su atención se centra en los aspectos materiales de la vida más inmediatos. White y Binford asumen así un concepto de cultura como medio extrasomático de adaptación del hombre<sup>14</sup>. Tal definición funcionalista provoca el desarrollo de un mayor énfasis en los aspectos económicos y sociales

---

<sup>14</sup> Cf. L.A. White, "The Symbol: the Origin and Basis of Human Behaviour", *Philosophy of Science*, 7 (1940), pp. 461-463; *Idem*, *The Science of Culture*, New York 1949; L.R. Binford, "Data, Relativism and Archaeological Science", *Man*, 22 (1987), pp. 391-404, *Idem*, "Review of Hodder, I. Reading the Past", *American Antiquity*, 53 (1988), pp. 875-876.

de las culturas pasadas, pero carecen de interés sus sistemas de creencias y de comunicación (Renfrew, 1994: 3).

### *La cognición*

Es en la propia realidad de los historiadores, es decir, en la forma de percibir su propio mundo, donde se encuentran las claves de nuestros nuevos intentos de aproximación al conocimiento de sociedades pasadas. Poco a poco, la generalización de los beneficios prometidos por el estado del bienestar a amplios sectores de la sociedad ha permitido comprobar la falta de soluciones a antiguos conflictos sociales aún vigentes. Se ha puesto en evidencia la no correlación entre prosperidad material y bienestar psicológico. Esta nueva percepción de los problemas de nuestra sociedad ha sido la responsable, según Hernando (1999: 21), del giro producido en los intereses de los arqueólogos, quienes empiezan a centrarse en los mecanismos de funcionamiento de la mente humana como ámbito problemático.

Es sobre todo en la Arqueología social, donde encontramos ciertos aspectos que pueden ser considerados cognitivos. En ocasiones, de las acciones sociales pautadas se deduce una determinación de las mismas por conceptos claramente definidos que, en la mayoría de los casos, van acompañados de manera identificativa de símbolos concretados igualmente (Renfrew, 1982: 13).

A menos que el significado oculto de la interacción social dicte el propio fenómeno analizado mediante una supuesta coacción, el arqueólogo se enfrenta a tal fenómeno únicamente con respecto a su carácter de concretización del propio hecho de interacción. Pero, si las acciones de la comunidad están dirigidas sistemáticamente por unas pautas de comportamiento, entonces, los patrones resultantes, e incluso las mismas creencias, son susceptibles de materializarse en el registro arqueológico. Así, las técnicas similares a las de los análisis geográficos locacionales permiten reconocer un patrón de asentamiento, cuya principal característica es la jerarquía de centros. Pueden, incluso, llegar a definir la geografía política perteneciente a la situación histórica del área de estudio, en un

período concreto. Y de esta jerarquía espacial inferir su jerarquía social correspondiente (*Ibidem*: 12).

*Arqueología cognitiva o interpretativa postprocesual*

El uso de símbolos, a decir de Renfrew (1982: 13), es uno de los más evidentes reflejos del funcionamiento de la mente, por lo que la Arqueología social es un paso hacia adelante, un paso sugestivo hacia una Arqueología cognitiva. Como correlato a la Antropología interpretativa, entendida ésta como el desarrollo más sobresaliente de esta Antropología social, aparece la Arqueología interpretativa cognitiva como nuevo paradigma<sup>15</sup>. Esta corriente difunde posiciones relativistas y subjetivistas a partir de los años ochenta, y el hecho de que comience a hacerlo en el seno de la arqueología británica podría no ser ajeno al carácter protestante e individualista de la sociedad anglosajona. Aún mas, es a partir de la década de los noventa, con la generalización del individualismo a todo el mundo occidental, con lo que ello implica de relación subjetiva de la realidad -cada vez somos más conscientes de que hay muy diversas maneras de percibir la realidad-, cuando la Arqueología comienza a centrar su interés en el funcionamiento de la subjetividad o, lo que es lo mismo, en las cuestiones cognitivas (Hernando Gonzalo, 1999: 22).

Tras la crítica de los filósofos de la ciencia a los presupuestos neopositivistas de los arqueólogos procesuales, algunos de ellos, en un intento de superar esta crisis, se denominan a sí mismos 'estructuralistas' primero y 'postprocesuales'

---

<sup>15</sup> A pesar de las innegables deudas contraídas por la Arqueología social con respecto a la Antropología social, existen unas claras diferencias metodológicas que, *a priori*, parecían marcar los resultados obtenidos por una u otra disciplina. El antropólogo social utiliza como técnicas de análisis la observación directa del comportamiento de los miembros de una comunidad dada, al mismo tiempo que dispone de la posibilidad de acceder, a través de la conversación con los propios actores, a cierto grado de comprensión del significado que dicho comportamiento tiene para la sociedad. El arqueólogo, sin embargo, no tiene posibilidad de acceso al significado por esa vía, por lo que su insuficiente conocimiento de las categorías operacionales, hace que su interpretación se acerque más a lo *etic* que a lo *emic* (Renfrew, 1982 11). Esta interposición masiva de conceptos *etic* ha sido el principal argumento de gran parte de las críticas emitidas en contra de las investigaciones arqueológicas cognitivistas. Sin embargo, en un reciente intento de dar una nueva interpretación al significado de las estelas decoradas del suroeste peninsular, se ha abogado por la existencia de un nexo de unión entre las perspectivas *emic* y *etic*. Dicho vínculo se ha encontrado en la gramática universal de Chomsky, y más concretamente, en la agrupación por semejanzas, una 'forma de

más tarde, intentando una aproximación interpretativa o hermenéutica. El punto de partida son las investigaciones etnoarqueológicas llevadas a cabo por Ian Hodder en África, donde cayó en la cuenta de que la cultura material está construida de manera simbólica y, por lo tanto, es parte activa del lenguaje y del proceso vital de la sociedad que la produce (Hodder, 1988). Inicialmente, sus presupuestos, como ya hemos apuntado, están relacionados e inspirados en la denominada orientación postmoderna y en la Teoría Crítica que caracteriza en aquellos momentos los ámbitos literarios e históricos<sup>16</sup>. Poco a poco, estos fundamentos teóricos irán creciendo hacia un mayor subjetivismo, hasta llegar a enfatizar el punto de vista del investigador de manera tal que el pasado se convierta en objeto de interpretación. Es entonces cuando surge como Arqueología interpretativa (Hernando Gonzalo, 2002: 38)<sup>17</sup>.

#### *Arqueología procesual-cognitiva*

El funcionalismo inicial de Renfrew se convierte más adelante en un funcionalismo ecológico<sup>18</sup>. En su opinión, el nacimiento de una nueva escuela arqueológica, pasa por un mayor impulso de la aproximación que él denomina *cognitivo-procesual*. El objeto de esta nueva arqueología es el uso temprano de los

---

pensar la realidad' compartida por el investigador y los individuos objeto de estudio [cf. F.J. Moreno, "Sobre la obviedad, las estelas decoradas y sus agrupaciones", *Gerion*, 16 (1998), pp. 49-84 : 66-68].

<sup>16</sup> Cf. Criado Boado (e.p.).

<sup>17</sup> Cf. Whitley (1998).

<sup>18</sup> Cf. C. Renfrew, *Before Civilization*, London 1972; *Idem*, *Approaches to Social Archaeology*, Edinburg 1984; T.C. Darwill, "Court Cairns, Passage Graves and Social Change in Ireland", *Man*, 14 (1979), pp. 311-327; A. Fleming "Territorial Patterns in Bronze Age Wessex", *Proceedings of Prehistoric Society*, 37 (1971), pp. 138-166; *Idem*, "Tombs for the Living", *Man*, 8 (1973), pp. 177-193. En la bidimensión de la Arqueología que hemos mencionado con anterioridad, y más concretamente, desde el estudio del fenómeno megalítico realizado por Criado Boado (1989: 76-77), la función social adscrita a los elementos megalíticos es interpretada como reflejo de una concepción globalizadora de la sociedad encargada de obtener un equilibrio maximizador, y que concuerda muy bien con la ideología del capitalismo moderno. Más tarde, la crisis ideológica de la sociedad moderna a mediados de los setenta, supone la aparición en escena del funcionalismo ecológico, en el que los megalitos se convierten en símbolos territoriales reguladores de la adaptación al entorno. Finalmente, el contemporáneo postmodernismo de los ochenta, caracterizado por un énfasis desproporcionado en el objeto cotidiano y en el funcionamiento activo de éste, hace resurgir una disciplina arqueológica empeñada en revalorizar como recursos simbólicos la cultura material y su funcionamiento, implicados ambos en el establecimiento del estatus de cada individuo en el seno de una sociedad dada. Los megalitos se convierten así en expresiones de un sistema de ideología y de poder; se transforman en *símbolos materiales socialmente activos* (Hodder, 1982) y dejan de ser simples *símbolos territoriales* (Renfrew, 1987).

símbolos y el desarrollo de los procesos cognitivos, con el fin de facilitar un mejor conocimiento sobre la utilización que nuestros antepasados hacen de sus mentes y sobre cómo formulan y emplean los conceptos. Y ello es posible gracias al mantenimiento del marco positivista y evolucionista. No es necesario ceder en los fundamentos del enfoque procesual; hay que seguir amparándose en la creencia de la objetividad científica y en el apoyo de los modelos sistémicos menos rigurosos (Johnson, 2000: 121). Desde su propio seno se nos insta a que su validez sea evaluada por sus resultados, por lo que se consiga descubrir, reconstruir sobre las sociedades pasadas, y no *a priori*, por sus posiciones filosóficas y metodológicas adoptadas, por sus argumentos epistemológicos (Renfrew - Bahn, 1991: 431-434).

Esta aproximación no pretende establecer una serie de categorías que puedan ser postuladas como modelos de pensamiento antiguo o premoderno. Muy al contrario, se propone estudiar la forma en que los procesos cognitivos funcionan en determinados contextos y analizar la interrelación dada entre dichos procesos y los entornos sociales que ellos mismos promueven (Renfrew, 1994: 5).

La posición filosófica de la aproximación cognitivo-procesual implica una concepción del pasado "*como existiendo realmente en un mundo físico, muy similar al presente, con individuos humanos viviendo sus vidas e interactuando unos con otros y con su entorno tal como nosotros lo hacemos hoy*". Esta idea del pasado difiere claramente de un enfoque positivista o empirista, puesto que distingue entre lo que realmente ocurre en la antigüedad y lo que nosotros conocemos de ésta a través de nuestras propias inferencias y observaciones (*Ibidem*: 10).

La concreción de la aproximación arqueológica puede realizarse partiendo de la idea de que cada individuo posee un *mapa cognitivo* del universo, construido gracias a sus propias experiencias y acciones, que le ayuda a tomar conciencia de sí mismo, de los otros y del mundo, como entidades diferenciadas. La mayor parte de la experiencia personal se lleva a cabo mediante la adquisición de conocimiento sobre el mundo y a través de la elaboración de constructos o modelos dentro del desarrollo del proceso de cognición (*Ibidem*).



Sin embargo, existe el riesgo de caer en un presupuesto circular, si de las acciones de un individuo se infiere que su mapa cognitivo presenta ciertas características, y posteriormente, se explican dichas acciones por la existencia de esas mismas características. Pero, el círculo vicioso puede ser evitado, si se dispone de otras pruebas acerca de la naturaleza del *mappa*. La tarea de la arqueología cognitiva es entonces, "*equivalente al estudio de esos aspectos preservados de la cultura material pasada y de tales actividades de las sociedades antiguas que nos permitan inferencias válidas sobre los mapas cognitivos de sus habitantes*" (Renfrew, 1994: 11).

#### *Arqueología de la identidad y Estructuralismo*

Hasta ahora hemos visto cómo existen dos arqueologías de la mente, cada una de ellas reponde a presupuestos teóricos concretos, a una determinada forma de ver el mundo y de intentar conocerlo. La Arqueología cognitiva o interpretativa, *interpreta* utilizando la subjetividad individual, es decir, busca la intención del pasado desde la intuición del presente. La Arqueología cognitiva-procesual, *explica* mediante la Razón Universal, o lo que es lo mismo, indaga los aspectos sociales o colectivos normalizados del pasado desde la lógica del presente (Hernando Gonzalo, 2002: 35. fig. 3).

A la primera se le ha criticado precisamente su carácter idealista y relativista, puesto que es la intuición del investigador lo que determina la aproximación a la intencionalidad de los individuos en sus acciones<sup>19</sup>. A la segunda, se le ha reprochado su naturaleza positivista, por cuanto confía ciegamente en la Razón Universal y en la verdad de su conocimiento. Además, los procesuales han manifestado de manera explícita (Renfrew, 1993: 248-249) que no pretenden estudiar qué pensaba los hombres y las mujeres del pasado -eso sería paleopsicología-, sino cómo se llevaban a cabo los procesos mentales de

---

<sup>19</sup> Para Renfrew (1994: 3-4), deberían recibir el calificativo de antiprocusuales y no postprocusuales, puesto que retornan a un punto de partida idealista y relativista, muy similar a los presupuestos teóricos de la historiografía de los años treinta y siguientes, desde Croce a Collinwood. Cf. B. Trigger, *Time and Tradition*, Edinburgh 1978.

cognición, cómo estaba organizada la mente<sup>20</sup>. Pero ambas posturas teóricas suponen una proyección de la mente del investigador al pasado, por más que los procesuales no lo admitan. Sí lo hacen los postprocesuales, quienes asumen la incapacidad de evitar la parcialidad del investigador, por lo que acaban en el mismo callejón sin salida: no es posible llegar a conocer la percepción que los hombres y las mujeres del pasado pudieran tener sobre su propia realidad (Hernando Gonzalo, 1999: 25-26).

Sin embargo, recientemente y desde la Prehistoria española se ha intentado una alternativa de carácter estructuralista: la Arqueología de la identidad. La propia consciencia de que tanto las categorías procesuales como postprocesuales son fruto de nuestra propia forma de entender el mundo que nos conduce irremediabilmente a entender a los otros desde nuestra propia perspectiva, es la única salida a la omnipresencia de la mente del investigador. Si el pensamiento occidental actual se ve determinado por el desarrollo del individualismo y la gran complejidad socioeconómica, podemos "*asumir que el modo en que las sociedades que presentan una complejidad socioeconómica menor que la nuestra y donde la individualización no ha alcanzado el mismo desarrollo, no verán el mundo con la distancia racionalizadora que a nosotros nos caracteriza*" (Eadem, 2002: 41). Unos y otros lo hacemos de acuerdo a unos ejes básicos de referencia y orden, a un determinado tipo de categorías en las que basamos la construcción social del mundo. Habrá que llegar a descifrar dichos tipos de categorías para conseguir conocer en qué modo las sociedades pretéritas comprendían la realidad. Y para ello se opta por un marco teórico estructuralista (*Ibidem*).

El estructuralismo siempre ha sido una posibilidad para huir de la proyección de la mente occidental en el estudio de otras sociedades. El punto de partida es la estructuración de la cultura, o lo que es lo mismo, la existencia de un orden de significación que se manifiesta en todos y cada uno de los sistemas de dicha cultura, al mismo tiempo que les dota de cierta coherencia (Lévi-Strauss, 1966: 25). De esta manera, la subjetividad del individuo es una simple exposición de la estructura que la determina, por lo tanto, lo importante es la subjetividad

---

<sup>20</sup> Cf. Mithen, 1998.

social y no la individual. Y aquélla, puesto que es un hecho de la estructura cultural, puede ser estudiada objetivamente (Hernando Gonzalo, 2002: 43).

De esta manera, la Arqueología de la identidad toma determinados principios del estructuralismo que ayudan a superar el callejón sin salida al que habían llegado tanto la Arqueología procesual como la postprocesual en su intento de llegar a conocer los aspectos cognitivos de las sociedades pasadas. Primero, cada uno de los individuos de un grupo social está determinado por el orden de objetividad, racionalidad o significación que atraviesa su cultura. Segundo, los miembros de grupos sociales pasados estaban tan limitados por la estructura de su cultura como nosotros por la nuestra. Tercero, deja de tener sentido entonces nuestra intuición particular como instrumento de análisis para estudiar las intenciones individuales del pasado, pues ninguna de ellas tiene la relevancia en acción alguna; se rechazan así los presupuestos postprocesuales. Cuarto y último, asimismo hay que partir del hecho de que la significación de los elementos de otra cultura puede ser muy distinta de la que tienen en la nuestra; por lo que se descartan las propuestas procesuales (*Ibidem*: 45).

En resumen, la Arqueología de la identidad propone que "*puede conocerse la modelación básica que adquirirá esa conciencia subjetiva en cada grupo cultural, pues defiende una relación estructural y necesaria entre control material de los fenómenos de la naturaleza humana y no humana (lo que es igual a decir, de la realidad) y modo de percepción de la realidad.*" (*Ibidem*: 46).

### 2.3.- Comportamiento inteligente y utilización de símbolos

Existen una serie de cuestiones que son consideradas claves en los planteamientos de la reciente Arqueología de la mente: "*¿Cuál es la naturaleza del comportamiento inteligente? ¿Cómo podemos reconocer el comportamiento inteligente desde sus productos materiales o consecuencias (si no podemos hablar con los actores)? ¿Cómo podemos nosotros como estudiosos del pasado, hacer inferencias desde los restos materiales de las sociedades pasadas, concernientes al comportamiento inteligente de sus productores?*". Todas ellas ponen de manifiesto la existencia en el campo de

investigación habitual de la disciplina arqueológica, una área poco tratada, a pesar de encontrarse próxima al objeto central de aquélla, si por Arqueología entendemos la descripción y explicación del desarrollo y diversidad de las sociedades humanas pasadas (Renfrew, 1982: 2).

En ese camino, la observación de la habilidad puramente humana de construir y usar símbolos, es considerada la mejor aproximación a los objetivos de esta Arqueología de la mente. Símbolo se define como "*representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con ésta por una convención socialmente aceptada*"<sup>21</sup>. Este mismo carácter social se ve enfatizado por la definición de humanidad, de comportamiento humano, en términos de utilización de símbolos y del ser humano como animal simbólico<sup>22</sup> (*Ibidem*: 5).

#### *Cuándo se comienzan a utilizar los símbolos*

De acuerdo a criterios cognitivos, Donald (1991) estableció inicialmente una relación de cuatro estadios sucesivos en la evolución de la vida primate/homínida separados por tres etapas de transición. Cada estadio persiste en parte en el siguiente, de tal manera que las sociedades modernas presentan aspectos de todos y cada uno de las fases culturales homínidas precedentes. Según este esquema, al estadio mítico desarrollado por los *Homo sapiens sapiens* y con un ámbito cognitivo caracterizado por una invención léxica, un pensamiento narrativo y una red mítica de dominio, le sucede la segunda etapa de transición y a ésta, el estadio teórico de las culturas *sapiens* recientes con una forma de pensar paradigmática institucionalizada y unos modelos de representación basados en una simbolización externa, extensa y no verbal. Este último estadio de pensamiento teórico va asociado a la capacidad lingüística -lectura y escritura- y a una sociedad de tipo urbano y estatal (Donald, 1998: 14, Table 1.1).

---

<sup>21</sup> Cf. *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Madrid 1992, sv. *Símbolo* :1882.

<sup>22</sup> Para White [L.A. White, *The Science of Culture*, New York 1949 :11]: "*Todo el comportamiento humano es comportamiento simbólico: comportamiento simbólico es comportamiento humano. El símbolo es el universo de la humanidad*". Además, cf. E. Cassier, *An Essay on Man*, New Haven 1944 :26.

En cambio, Renfrew (1998: 3-4) considera que faltaría otra fase evolutiva intermedia entre la mítica y la teórica, en la que de manera paulatina, iría creciendo en importancia el papel de los artefactos como símbolos, conformando lo que él denomina Cultura Material Simbólica. Así, la relación revisada de los estadios cognitivos quedaría del siguiente modo: I.- Cultura episódica de la cognición primate, primera transición, II.- Cultura mimética del *Homo erectus*, segunda transición, III.- Cultura lingüística o mítica de los primeros *Homo sapiens*, cuarta transición, IV.- Cultura material simbólica de las primeras sociedades agrarias con objetos de valor y establecimientos permanentes, quinta transición, y V.- Cultura teórica de las sociedades urbanas con complejos sistemas de recuperación de información exterior.

#### *Cómo se utilizan los símbolos*

El estudio de la manera en que son empleados dichos símbolos es uno de los componentes más importantes del enfoque cognitivo-procesual arqueológico, en contraposición al objetivo de establecer el significado de los mismos, propio de la aproximación postprocesual o interpretativa. Es decir, conseguir señales de cómo las mentes de las sociedades en estudio trabajan, y de qué manera sus acciones se ven marcadas por aquéllo en lo que sus mentes están trabajando. Para un arqueólogo interpretativo, el intento es 'entrar en la mente', convertirse en otra persona, y es ese objetivo el que caracteriza la aproximación subjetiva, idealista e interpretativa de los arqueólogos postprocesuales y postmodernos (Renfrew, 1994: 6).

Los símbolos son usados en la mayoría de las categorías implicadas en el comportamiento humano, que pueden ser virtualmente unificadas en los siguientes grupos: el diseño, en el sentido de comportamiento intencionado, estructurado coherentemente; la planificación, implicando programación del tiempo, y en ocasiones la realización de un esquema previo a la realización del trabajo planteado; las medidas, divididas en servicios y unidades; las relaciones sociales, en las que se encuentran implicados el uso de símbolos para articular y

regular el comportamiento entre los individuos de una comunidad dada; lo sobrenatural, con el uso de signos necesarios para establecer la comunicación con el otro mundo, y para intermediar entre lo humano y lo sobrenatural; y, finalmente, la representación, en la que se presupone la elaboración y el uso de representaciones u otras personificaciones icónicas de la realidad (*Ibidem*).

### *Símbolos y análisis arqueológico*

Por último, dos parecen ser las cuestiones que deben plantearse en cuanto al futuro desarrollo de la Arqueología cognitiva, en opinión de Zubrow (1994a: 188). Primero, qué es lo que realmente se quiere conocer acerca de la Prehistoria y sus implicaciones en el desarrollo de la cognición humana. Y segundo, cuál sería el papel de la propia Arqueología en el futuro entendimiento de la cognición.

Con respecto a la primera cuestión, los arqueólogos, junto con los antropólogos, los lingüistas y los denominados etnocientíficos, asumen el hecho de que dichas clasificaciones dependen de la importancia relevante de los elementos para la cultura en cuestión. Y para ello se basan en la hipótesis de Sapir y Whorf, según la cual cada cultura se centra en la memoria sensorial y clasifica su contenido de diversas maneras (Kay - Kempton, 1984). Así los arqueólogos podrían llegar a reconstruir los procesos de captación de estímulos y almacenamiento de información en la memoria, para, de esa manera, establecer las diversas clasificaciones y los distintos modelos de principios organizativos implicados en dicha clasificación, así como el momento de su aparición en la evolución humana y cultural, y los cambios acaecidos (Zubrow, 1994a: 188).

Es necesario, por tanto, definir los aspectos comunes a las diversas culturas, mediante las clasificaciones y los principios organizativos que son fijados por la memoria sensorial. Todo apunta a la existencia de ciertos universales cognitivos, como la conservación de información sobre experiencias personales, sobre la localización personal, y sobre el mundo en general, independientemente de la cultura. Tal información, junto con el lenguaje, los conceptos y las formas, varían en función de la necesidad de mantener su universalidad constante. Las

preguntas entonces, se dirigen hacia las circunstancias que las hacen universales e importantes, y si son o no propiedades identificativas únicamente del hombre moderno (*Ibidem*).

Por otra parte, según los psicólogos, el arte, el cálculo, la medición y la escritura son resultado de la escasa capacidad de almacenamiento de la denominada memoria a corto plazo. Su función principal es precisamente alargar el tiempo durante el cual la información, proceda del exterior o de la memoria a largo plazo, permanece en la memoria a corto plazo, facilitándose así el acceso a la misma. Su reinterpretación arqueológica supone la necesidad de fijar, junto con las tradicionales características de los artefactos -tamaño, número y distribución- sus aspectos simbólicos y su reconocimiento como "*correlaciones materiales de representaciones de conocimiento*", características éstas ya inherentes desde el momento de su producción. Al mismo tiempo, se hace necesario complementar el estudio sobre los significados simbólicos con el análisis de su duración, su capacidad de penetración y su propia eficiencia simbólica (*Ibidem*: 188-189).

#### 2.4.- Arqueología y Ciencias Cognitivas

Tradicionalmente y debido a su tinte abstracto, estos aspectos que podríamos denominar mentales, quedan fuera de los estudios arqueológicos, pero la necesaria apertura multidisciplinar por parte de la Arqueología, permite la recuperación de éstos (Cerrillo Martín de Cáceres, 1990: 189). A estas alturas, puede ser considerada como algo habitual la cooperación existente entre los arqueólogos y otras profesiones procedentes del campo de las Ciencias Naturales -antropólogos físicos, zoólogos, polinólogos, paleontólogos, ...- quienes facilitan técnicas analíticas de notable valor a la hora de la obtención de algunos de los datos necesarios. Sin embargo, hasta el reciente surgimiento de la perspectiva social en Arqueología, no se acude a otras disciplinas igualmente pertenecientes al ámbito de las Ciencias Sociales -Sociología, Geografía Antropología y Psicología, por ejemplo-, que dotan al arqueólogo/historiador de instrumentos de análisis igualmente útiles. Con la aparición de la Arqueología de la mente o

cognitiva, ninguno de los dos citados ámbitos son abandonados, puesto que la interacción entre arqueólogos, psicólogos y biólogos del comportamiento, abre un amplio abanico de nuevas posibilidades de investigación<sup>23</sup> (Renfrew, 1982: 27-28), que podrían aumentarse aún más con la asunción de los presupuestos de las denominadas Ciencias Cognitivas dada la transdisciplinariedad que caracteriza a estas últimas, y que por otro lado, parece -al menos ayuda a- romper la inútil división entre Naturales y Sociales.

Sin embargo, es mucho lo que todavía queda por hacer en el desarrollo de la teoría, de la metodología y de los instrumentos necesarios para llegar al verdadero entendimiento de la cognición prehistórica. Si a este respecto puede decirse que las Ciencias Cognitivas se encuentran todavía en su infancia, la llamada en ocasiones Arqueología de la mente, está dando aún sus primeros y tambaleantes pasos (Renfrew - Zubrow, 1994: XVIII).

Estas Ciencias Cognitivas constituyen un nuevo enfoque de aproximación al estudio de la mente en general, y de los comportamientos y pensamientos inteligentes en particular. Como hemos venido apuntando, esta nueva disciplina emana de ciertos planteamientos comunes a los intereses de otros muchos profesionales: lingüistas, psicólogos, filósofos, expertos en computación, antropólogos, biólogos, neurólogos... (Norman, 1981a), entre los que tradicionalmente no se encuentran los arqueólogos. Sin embargo, y a decir de Segal (1994: 22) "*el estudio de la cultura material es un importante campo con datos únicos y métodos que pueden contribuir al entendimiento general de la inteligencia*", por lo que la Arqueología debe, por méritos propios, figurar entre estas nuevas ciencias, al mismo tiempo que puede beneficiarse de los métodos y presupuestos desarrollados por otras disciplinas cognitivas.

Así, y puesto que la investigación de la cognición ha demostrado la existencia de muchos y distintos mecanismos implicados en la forma en que los individuos resuelven sus problemas y logran otros nuevos objetivos (Newell,

---

<sup>23</sup> Renfrew (1982: 6) se distancia de los sociobiólogos en las explicaciones dadas para las diferencias existentes en el comportamiento global del género humano. Mientras que para el primero, los presupuestos deben buscarse en el propio proceso mental, los segundos, como vimos, defienden un origen filogenético para el comportamiento de animales y humanos.



1981; Newell - Simon, 1972), en la evaluación de los objetos y las estructuras halladas en el registro arqueológico, el arqueólogo puede preguntarse sobre el conocimiento, las habilidades y los propósitos de las personas que los producen. Y para ello debe reflexionar sobre el proceso cognitivo implicado en dicha producción, sobre la sociedad y los individuos que la componen, sobre sus metas y sus propósitos implicados en la organización y comportamiento que conducen a la materialización de la cultura, y sobre la inteligencia, el conocimiento y las habilidades que lo hacen posible (Segal, 1994: 22).

El investigador británico va aún más lejos al afirmar que la Arqueología es una disciplina enraizada en la cognición. Y basa tal afirmación en el principio de que los elementos materiales y/o sus interrelaciones se convierten en registro arqueológico, cuando se demuestra su carácter de consecuencia directa o indirecta del comportamiento inteligente (*Ibidem*).

Los investigadores pertenecientes al enfoque cognitivo no tienen en cuenta únicamente los comportamientos en sí mismos, sino también, las estructuras del conocimiento y de los procesos ocultos tras la conducta observada. Dicho de otro modo, existen objetivos e intenciones implicados en el comportamiento inteligente, que son hechos efectivos mediante un complejo sistema jerárquico de información y transmisión (Newell, 1981; Newell - Simon, 1976).

Igualmente en relación con este procesamiento de información, se encuentra el concepto de *procedimiento efectivo*, uno de los más destacados en estas también llamadas ciencias simbólicas, y necesario en cualquier enfoque cognitivo. Brainerd y Landweber (1974: 1-2) lo definen como "*una descripción finita, no ambigua, de un conjunto finito de operaciones. Éstas deben ser efectivas, en el sentido en que hay un procedimiento estrictamente mecánico que las completa*". La tarea de los científicos cognitivos es pues, identificar un comportamiento inteligente y llegar a describir los procedimientos que lo producen. En el caso en que ello no sea posible, se hace necesario recurrir al establecimiento de elementos conductuales y conceptuales, cuya combinación podría dar ciertas explicaciones al comportamiento inteligente general. Es decir, el análisis detallado de los resultados de las acciones inteligentes -los rasgos característicos de los registros,

la constatación de fenómenos similares, su simulación mediante ordenador y su recreación controlada- ayudan a identificar el conocimiento y las habilidades necesarias para producir tales actos (Segal, 1994: 24).

En la mayoría de las ocasiones, los científicos cognitivos centran sus esfuerzos en determinar cómo se desarrollaron las distintas cuestiones cognitivas. Y para ello es absolutamente necesaria, una descripción completa del producto final y de las condiciones bajo las que se da el planteamiento en estudio (*Ibidem*)<sup>24</sup>.

### 2.5.- Comprobación *vs.* interpretación

Una vez que se ha admitido la importancia del estudio de la mente antigua, la cuestión debe centrarse en cómo deben desarrollarse las investigaciones empíricas y qué métodos articularían la estructura teórica, y más concretamente cuál es el procedimiento que los arqueólogos deben seguir en su propósito de elaboración de teorías comprobables en la cognición prehistórica. Únicamente éstas pueden hacer posible la necesaria perspicacia y entendimiento. Y una teoría es susceptible de ser probada si se apoya en los datos artefactuales, que deben de ser exprimidos al máximo con el fin de dar lugar a mejores teorías (Bell, 1994: 15).

Una contrastación eficaz entre interpretación y comprobación puede venir dada por un repaso a las similitudes y diferencias existentes entre ambas. Para Bell (1994: 17), la interpretación necesita ser explicada. Ésta se compone de otras asunciones y/o suposiciones que hacen posible la explicación de los datos, al mismo tiempo que posee un cierto grado de consistencia interna, es decir, existe una ausencia de elementos contradictorios en el contenido de cada uno de los presupuestos anteriores. Y, finalmente, durante el proceso de interpretación, las asunciones y/o suposiciones pueden ser cambiadas, rechazadas, sustituidas o ampliadas con el fin de explicar los datos.

---

<sup>24</sup> Dos son los aspectos de la cognición mejor desarrollados: la percepción visual (Koffka, 1935, 1973; Kšhler, 1947, 1972; Marr, 1982) y la resolución de problemas, en la que el objetivo principal del análisis es determinar el conocimiento y las habilidades necesarias en la ejecución de aquéllos

Por su parte, una teoría comprobable comparte las tres primeras propiedades de la interpretación: requiere de datos o información que puedan ser explicados, se compone en sí misma de presupuestos que expliquen los datos, y además, debe presentar una buena consistencia interna. La diferencia más importante radica, sin embargo, en que los presupuestos asumidos y aceptados pueden ser sometidos a cambios, con el fin de comprobar su validez, pero de tal manera, que sigan siendo susceptibles de comprobación. Las teorías, por su parte, no pueden ser alteradas *ad hoc* para explicar todos y cada uno de los datos rebatidos. Sin embargo, estas teorías refutables, científicas, no deben ser consideradas una finalidad en sí mismas, sino que la comprobación debe constituir una herramienta eficaz a la hora de decidir si una determinada teoría puede soportar la confianza empírica, o si es necesario modificarla o buscar una nueva teoría (Bell, 1994: 17).

En cuanto a la comprobación de las teorías sobre la cognición antigua, ésta pasa por el establecimiento de un conjunto de presupuestos igualmente susceptible de comprobación, siempre y cuando presente tres propiedades claves. La primera de ellas tiene que ver con la realidad a la que hacen referencia, es decir, deben restringirse a afirmaciones acerca del pensamiento, pero nunca pretender reconstruir de forma exacta dichos pensamientos, puesto que este último extremo nunca podría ser probado. La segunda de las características es que determinados presupuestos mantienen una estrecha relación con los datos artefactuales, mientras que otros proceden de la asociación lógica existente entre ellos. Durante la formulación de estos últimos, es esencial mantener la facultad de comprobación, para así poder distinguir lo que es empíricamente posible de un simple producto de la imaginación. Este tipo de presupuestos, producto de una inferencia lógica, debe encontrarse en relación con algunos de los deducidos de los datos artefactuales, para que de esa forma puedan ser comprobados empíricamente. Y, finalmente, la tercera de las propiedades apunta la necesidad de las conexiones lógicas existentes entre todos y cada uno de los presupuestos

---

procedimientos que hacen evolucionar al género humano, mediante el paso de un estado considerado inicial, a un estado final (Anderson, 1990; Newell - Simon, 1972).

no responda a los planteamientos subjetivos del arqueólogo que desarrolla la teoría. Son precisamente suposición y consistencia, las dos propiedades en cuya existencia se basa la adecuación de tales relaciones lógicas (*Ibidem*: 18-19).

### 3.- La Cultura como sistema de comunicación

Implicar la percepción en el estudio de las formaciones sociales conduce necesariamente a relacionar cognición y cultura, a asumir un concepto de esta última como conjunto de técnicas de resolución de problemas con mayor posibilidad de ser elegidas y utilizadas por los miembros de una sociedad dada. De esa forma, la cultura se convierte en un equipo cognoscitivo, en un sistema de expectativas de conducta, necesario para y adecuado al mantenimiento y la renovación de los contratos sociales, de las interacciones sobre las cuales ha sido construida la sociedad. Comprendemos pues una cultura, cuando conocemos las reglas que rigen las formas de conducta que el sujeto cultural considera conveniente a cada circunstancia.

La cognición se concreta en una serie de sistemas de conocimiento que tienen su traducción en objetos reales del mundo físico y que, por tanto, son computacionales. En el caso del sistema de conocimiento espacial, la evaluación de su materialización puede ser analizada mediante su reducción y articulación en unidades perceptivas, modelos formales cuyo significado se encuentra determinado y dirigido por una serie de convenciones culturales; es decir, mediante el necesario establecimiento de un código visual y simbólico que permita transcribir un determinado mensaje, al convertir en pertinentes los rasgos perceptibles del espacio y la articulación establecida entre éstos.

Surge entonces el concepto de Cultura como sistema de comunicación, constituida por una gran variedad de 'lenguajes' que pueden ser delimitados y explicados por la existencia de un 'metalenguaje' -objeto de la investigación semiótica- (Eco, 1994: 11-12)<sup>25</sup>. Su aceptación implica la observación de los

---

<sup>25</sup> Renfrew (1990: 228) apunta la necesidad de unir de alguna manera Arqueología y Lingüística. Puesto que el desarrollo lingüístico no puede encontrarse separado de otros rasgos de la sociedad, los

códigos y su articulación como instrumento de análisis en la interpretación de las formaciones sociales. Se introduce así una dialéctica entre los códigos culturales responsables de los mensajes emitidos y las variaciones de convenciones determinantes de tales códigos, producidos a través de los intercambios de mensajes en el tiempo y en el espacio.

Dicha dialéctica nos permite complementar la idea de cultura como proceso cognitivo, de tal suerte que libera a ésta de cierto carácter reduccionista que podría serle achacado al entender que en su definición no tienen cabida fenómenos como el de la creación. Y al mismo tiempo, nos ayuda a diluir algunas de las críticas esgrimidas contra el Estructuralismo.

El Estructuralismo y, más concretamente, la Lingüística y la Antropología estructurales (Saussure, 1983; Lévi-Strauss, 1947, 1966) descubrieron en un primer momento la existencia de diferentes lenguas y sistemas de relaciones sociales que variaban, en el tiempo y en el espacio, en cada uno de los diversos ámbitos culturales. El desarrollo de ambas disciplinas en el marco teórico de dicha metodología, llevó a detectar unas estructuras constantes, simples y universales, enmascaradas bajo tales diferencias, y cuyas articulaciones generan otras estructuras, más complejas y diferenciadas (Chomsky, 1962, 1971, 1974a).

En el campo de la Arqueología, la alternativa estructuralista no parece haberse constituido en una forma importante de aproximación al análisis del registro arqueológico. Este hecho ha sido explicado mediante algunas razones no exentas de coherencia: la primera, la amplitud y aparente heterogeneidad de los campos en los que se encuentra implicado; la segunda, la similitud existente entre el enfoque sistémico y el estructural, al interesarse ambos en las interrelaciones entre unidades y al desarrollar los dos un análisis riguroso de los datos, lo que ha facilitado que la aproximación estructuralista haya sido adscrita con facilidad a la denominada Arqueología procesual; y la última, la importante diferencia, implícitamente (auto)establecida, entre los trabajos estructuralistas empeñados en

---

procesos de cambio sufridos por una lengua dada deben estar relacionados con los procesos de cambio del resto de los aspectos culturales. Y puesto que éstos se encuentran reflejados en el registro arqueológico, a través de éste deberíamos ser capaces de llegar a conocer las relaciones que se establecen entre la capacidad

el análisis formal y los interesados en el pensamiento subyacente a la estructura (Hodder, 1988: 50-52).

En cualquier caso, las críticas parecen centrarse en dos puntos principalmente: la pasividad asignada al individuo y la ahistoricidad característica de los análisis estructurales. El individuo que surge de los estudios susceptibles de ser enmarcados en el ámbito teórico estructuralista se convierte en sujeto pasivo, al estar determinado su comportamiento por las estructuras o universales de la mente humana. Asimismo, su ahistoricidad está basada en la extendida idea de la arbitrariedad del valor del signo y en la escasa o casi nula explicación de las transformaciones estructurales acontecidas, del por qué y del cómo las estructuras pueden cambiar de manera notable. No sirve la estructura como algo fijo e inmutable, a la manera de la estructura formal, sino que se aboga por unas estructuras que son medio para la acción en el mundo, pero también potencialmente variables a causa de esas mismas acciones (*Ibidem*: 64-66).

Como podemos observar, desde la Arqueología se exige la introducción de una dialéctica entre estructuras. Desde otras disciplinas, ésta ha sido traducida a una confrontación de modelos estructurales parciales que, gracias a su consideración como circunstanciales e históricos, permiten la explicación de una generalidad y, al mismo tiempo, del carácter histórico de los procesos de comunicación (Eco, 1994: 391). En esa misma dirección se expresa Piaget (1968: 31) al insistir de forma continuada en la existencia de permanentes transformaciones; e incluso Godelier (1967), para quien los procesos históricos pueden ser explicados por las contradicciones surgidas entre estructuras, sin que ello suponga la ausencia de similares paradojas en el seno de una misma estructura.

La confrontación entre estructura e historia asumida en un primer momento, viene determinada por la consideración de la primera como fundamento de lo idéntico, como negación de la segunda por tanto. En consecuencia, la estructura no podía llegar a ser observada como instrumento de

---

lingüística y conceptual y otros factores del comportamiento social, tarea para la que el arqueólogo inglés requiere de la ayuda de la semiótica.

investigación de fenómenos sincrónicos que, sin embargo, formaban parte de una historicidad más global. Al entrar en juego la cadena comunicativa, ésta se basa en la dimensión histórica de las estructuras, implicándola y explicándola al mismo tiempo (Eco, 1994: 393).

Si nos centramos en la investigación arqueológica, el primer paso debe ser comenzar a observar los objetos y datos rescatados, no únicamente como resultados de un proceso de producción y acción, sino también como signos susceptibles de comunicar. Se hace necesario pues, evolucionar desde el análisis formal hacia el análisis estructural, y ello implica interrelacionar los modelos formales de las distintas manifestaciones culturales, mediante el estudio de cada uno de éstos como transformaciones -en sentido gramatical- de los restantes, y más tarde asociar dichos modelos formales con las estructuras abstractas del pensamiento humano (Hodder, 1988: 58).

Chomsky (1962, 1971) fue el primero en caracterizar el lenguaje como módulo cognitivo innato, especializado en la adquisición de éste por parte del ser humano. Posteriormente, Fodor (1986) intenta ir más allá y postula ese mismo carácter modular para la totalidad de los procesos cognitivos. El mecanismo de captación de información de cada uno de estos módulos es independiente, al igual que el conocimiento al que cada uno de ellos accede. Sin embargo, en una fase posterior de la cognición, la información adquirida por cada uno de ellos es integrada conjuntamente por los llamados procesos centrales, encargados de crear un modelo mental del mundo.

En ese mismo marco interpretativo, se articula la denominada 'teoría de las inteligencias múltiples' de Gardner (1983), según la cual, cada una de las diversas inteligencias -lingüística, musical, lógico-matemática, espacial, kinésica-corporal, personal o social- interactúan entre ellas, a pesar de disponer de mecanismos independientes para el procesamiento de la información<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Esta equiparación en el mismo nivel entre las distintas facultades cognoscitivas de la mente humana no está exenta de cierta controversia, reflejada en el denominado debate entre Chomsky y Piaget. Ambos investigadores mantienen posturas encontradas con respecto a dos cuestiones fundamentales: hasta qué punto el conocimiento lingüístico es distinto del resto de los conocimientos, y cuál es el papel desempeñado por los procesamientos de la información en la propia construcción del conocimiento; en ambos aspectos la lingüística chomskiana parece separarse del resto de los proyectos de las ciencias

Este esquema del funcionamiento cognitivo de la mente encaja perfectamente con la idea de cultura como sistema de comunicación, en la que las distintas manifestaciones tienen su propio código, aunque todas ellas respondan a una estructura profunda similar, proporcionada por un metacódigo globalizador que responde a una manera de pensar el mundo muy concreta y definida. Precisamente ahí parece encontrarse el nexo de unión entre el universo material y el universo de las ideas: las diversas manifestaciones culturales tienen su materialización en el ámbito de los objetos reales, computables a través de modelos formales o estructuras superficiales, y todos estos modelos, que mantienen similitudes en sus articulaciones, responden a una estructura profunda. Ésta determina dichas similitudes y da lugar a una forma de reflexionar el mundo, interrelacionada a su vez con las distintas formas de pensamiento: el lingüístico verbal, el espacial, el musical, el funcional, el económico, el espiritual, etc., que particularizan y definen cada sistema cultural.

### 3.1.- El espacio como lenguaje: la gramática espacial

Si partimos de la premisa de Cultura como sistema de comunicación, asumimos su articulación en distintos componentes o manifestaciones culturales, cada una de las cuales debe ser considerada y estudiada como un 'lenguaje', como un código comunicativo<sup>27</sup>. No parece haber ninguna duda en contemplar el espacio, su construcción -formas arquitectónicas- y organización -patrones de poblamiento, tipologías urbanísticas y organización de viviendas- como manifestaciones culturales identificativas de un determinado grupo cultural, por lo que desde este momento el espacio pasará a ser analizado lingüísticamente.

Un lenguaje puede definirse como un conjunto -infinito- de cadenas -finitas- de símbolos que forman parte de un alfabeto -finito- y que conforman una oración, de tal forma que la gramática se convierte en un sistema de reglas

---

cognitivas, al dar un mayor grado de independencia e incluso preponderancia a la capacidad lingüística frente al resto de las inteligencias humanas (Demonte, 1995: 442).

<sup>27</sup> El término lengua se reserva para los códigos del lenguaje verbal, mientras que el vocablo código es utilizado para el resto de los sistemas de signos.



encargado de individualizar dichas oraciones y asignarles una descripción estructural (Chomsky, 1974a: 4). El espacio puede denominarse lenguaje en la medida en que, como cualquiera de éstos, se compone de un código especial cuyos términos se construyen mediante la combinación de unidades menos numerosas e igualmente dependientes de un código más global. Debemos presuponerle, por tanto, las características del lenguaje verbal, aspectos morfológicos, sintácticos y semánticos, unos símbolos capaces de articularse en unidades con significado y una gramática reguladora de tales articulaciones. Y, puesto que la facultad de aprendizaje y uso del lenguaje es consubstancial al hombre y una clara manifestación de su habilidad en el manejo de conceptos simbólicos, debemos reconocer la capacidad simbólica espacial como inherente al ser humano<sup>28</sup>.

El análisis de los aspectos morfológicos pueden muy bien corresponderse con los trabajos más tradicionales interesados en las tipologías arquitectónicas y urbanísticas reflejadas en el registro arqueológico. El estudio de las cuestiones sintácticas pueden relacionarse con los análisis espaciales de los trabajos enmarcados en las que hemos venido denominando 'nuevas aproximaciones arqueológicas', e incluso con aquéllos catalogables en un 'estructuralismo formal'. Sin embargo, parece quedar vacío por ahora el apartado perteneciente a los análisis semánticos de las diversas escalas y manifestaciones del espacio arqueológico, aunque las recientes perspectivas postprocesuales parecen encaminarse hacia ese campo.

Puesto que la perspectiva adoptada para nuestro trabajo se caracteriza por el interés en los aspectos cognoscitivos del comportamiento espacial protohistórico, debemos centrarnos en las manifestaciones sintácticas de su registro arqueológico para conseguir llegar a la explicación semántica del mismo. Dos son las disciplinas implicadas en estos ámbitos: la Lingüística transformacional que habla de esquemas restrictivos innatos con respecto a los aspectos sintácticos del

---

<sup>28</sup> Chomsky (1974a: 8) pone de relieve cómo, de manera análoga al modo en que se estudia generativamente el conocimiento lingüístico, se podría investigar cualquier otro sistema de conocimiento o creencia desarrollado por la inteligencia humana.

lenguaje, y la Semiótica que incide en las convenciones sociales determinantes de los significados.

No necesariamente debe verse una contradicción entre ambas, puesto que mientras que los esquemas restrictivos de la primera ayudan en el conocimiento de una gramática universal generativa que facilite posteriormente el conocimiento de lenguajes particulares, el consenso cultural defendido por la segunda fija los diferentes códigos semánticos. Es más, se considera que mientras las estructuras superficiales de un lenguaje dado produce una determinada interpretación fonética y quizá interviene en la interpretación semántica, es indudable que la estructura profunda y sus funciones gramaticales actúan decisivamente en esta última. Sin embargo, aunque una verdadera gramática debería englobar también reglas de comprensión semántica, parece preferible mantener una postura prudente con respecto a esta probable relación entre gramática generativa y semántica (*Idem*, 1971: 60-61; 103).

De la misma manera que la teoría lingüística pretende fijar el conjunto de propiedades universales de las lenguas, de tal forma que los distintos fenómenos lingüísticos aparecen como reducibles a dichas propiedades (Fernández - Anula, 1995: 32), proponemos una *teoría del espacio* que sea capaz de establecer una serie de propiedades, también universales, de los lenguajes espaciales, y de mostrar cómo sus manifestaciones son sintetizables en tales principios. Asimismo, al igual que la gramática generativa se ocupa de la investigación sobre la naturaleza, el origen y el uso del conocimiento lingüístico (*Ibidem*: 33), el análisis espacial debe interesarse en qué es lo que integra el conocimiento espacial, cómo se adquiere dicho conocimiento y cómo es utilizado.

La primera de las cuestiones hace referencia a la investigación sobre qué es lo que cualquier habitante de un determinado entorno culturizado sabe acerca de dicho entorno. La segunda es algo más compleja si cabe, puesto que plantea la construcción de la teoría de una gramática espacial universal constituida por principios fijos e inalterables que conforman la capacidad espacial del ser humano. En el desarrollo de esta última cuestión, debemos conformarnos por ahora con asumir dos premisas como punto de partida: primero, que la capacidad

espacial se encuentra biológicamente determinada al formar parte de la mente humana como uno de los componentes específicos de la misma; segundo, que dicha facultad no funciona permanentemente de forma aislada, sino que se combina con los datos de la experiencia facilitando de esa manera la adquisición de un tipo específico de conocimiento, un lenguaje espacial concreto que da lugar a unas descripciones estructuradas, que bien podían ser consideradas expresiones del propio espacio.

Observamos pues, la existencia de una nueva dialéctica, de una interdependencia constante: los principios de una hipotética gramática universal del espacio actúan substancialmente sobre las gramáticas particulares encargadas de la articulación de los lenguajes espaciales concretos; pero, al mismo tiempo, el estudio de estas últimas interviene en la elaboración final de la primera, valorando y modificando los principios ya establecidos, o agregando otros nuevos a la facultad espacial.

Esta capacidad de pensar el espacio es definida por Gardner (1983) como la habilidad de percibir el entorno visual de manera correcta, de transformar y modificar las percepciones iniciales, y de poder recrear características de la experiencia visual incluso en ausencia de estimulación física relevante.

Centrémonos entonces en las manifestaciones de esta inteligencia espacial innata reflejada en el conocimiento que del entorno culturizado tuvieron sus habitantes, así como en la utilización que éstos pudieran hacer de aquél, y puesto que el espacio es un lenguaje y por tanto un sistema determinado de signos, hagámoslo intentando sistematizar el código espacial implicado en un hipotético sistema de comunicación cultural.

### 3.2.- Espacio como sistema de comunicación visual: el código espacial

Una de las características inherentes al lenguaje humano es su propiedad de ser proposicional, por cuanto que transmite información, de lo que siguiendo nuestra argumentación de una concepción del espacio como lenguaje, fácilmente

podemos deducir la idea del entorno, natural o construido, como comunicación. Dicha comunicación, además, sería intencional, de acuerdo con otra de sus propiedades específicas, aquella que hace referencia a su voluntad decidida a obtener cambios en la conducta, los pensamientos y la aptitud general de una determinada persona o colectividad con respecto a una situación dada. Chomsky (1971: 123) establece una tercera característica para el lenguaje verbal, la propiedad sintáctica, que apunta la existencia de una organización interna de los enunciados basada en una determinada estructura y coherencia.

Esta sintaxis del lenguaje espacial se encuentra reflejada en los modelos formales resultantes de la actividad perceptiva de los habitantes y que podríamos considerar la primera fase del proceso de cognición del espacio. Tales unidades perceptivas se corresponden con las delimitadas y descritas en páginas precedentes y que, desde ahora, se van a convertir en la base de nuestro análisis de la faceta comunicativa del entorno habitado.

Llegados a este punto, debemos aclarar que tanto los modelos formales como los modelos codicológicos que podamos describir en adelante, son considerados hipótesis operativas, modelos explicativos, pero en ningún caso realidades objetivas. Y, puesto que su carácter es estructural, continuamos hablando de estructura, siguiendo a Lévi-Strauss (1960), como un sistema regido por una cohesión interna, inaccesible al observador de uno sólo de estos sistemas, pero visible a través de las transformaciones -lingüísticamente hablando- al descubrirse entonces propiedades similares en sistemas en apariencia distintos.

Antes de introducirnos de lleno en la propiedad informacional o proposicional del lenguaje espacial reflejada en su semántica, nos interesa hacer cierto hincapié en su intencionalidad. Ésta se encuentra relacionada con la idea -bastante difundida- del lenguaje arquitectónico -tan estrechamente relacionado con el espacial- como una de las formas de comunicación de masas; idea ésta basada en la similitud existente entre las características de aquél y las del resto de los mensajes emitidos de manera intencional para un importante número de población: es satisfactorio, persuasivo y consolador. Sin embargo y a decir de Eco (1994: 317), la articulación del sistema de signos implícito en la arquitectura

parece ir más lejos: mediante una determinada forma arquitectónica se connota una ideología de vivir; se facilita así una lectura interpretativa que, al mismo tiempo, permite un aumento de la información emitida.

En cualquier caso, las propiedades proposicional e intencional del lenguaje y, por tanto, del espacio como comunicación ponen en relación la capacidad lingüística y espacial de la mente humana con el comportamiento, con el uso que del espacio hacen sus habitantes. Dicha utilización constituye -lo vimos- la tercera de las cuestiones en que debe estar interesada una hipotética gramática generativa espacial, y se encuentra -lo veremos- estrechamente relacionada la función que, a su vez, presenta una fuerte carga semántica y codigológica.

#### **4.- Articulación del código espacial**

Si pensamos en sistema de comunicación debemos hablar de código y de lo que entendemos por tal: un código es un "*sistema de signos/símbolos que por convención previa está destinado a representar y a transmitir la información desde la fuente al punto de destino*" (Miller, 1951). ¿Qué es entonces un signo?

Para llegar a la definición de signo, debemos conocer primero la manera en que se articula un código. En el lenguaje verbal, éste se encuentra estructurado en dos únicos niveles: el nivel primario, que comprende indefinidas unidades con significado propio y que reciben el nombre de monemas; y el nivel secundario, en el que se encuentra otra serie limitada de unidades igualmente diferenciadas, aunque desprovistas de significado autónomo. Ambos niveles son insustituibles y no permutables, y se apoyan en convenciones culturales que al mismo tiempo responden a necesidades naturales profundas.

¿Por qué un código se estructura de una determinada manera y no de otra? La estructuración de un código dado puede producirse de dos formas distintas. O bien, ésta se encuentra definida en todos sus niveles por la cultura, cuando la experiencia adquirida ha establecido sus estructuras semánticas al asumir como pertinentes unidades semánticas determinadas. O bien, es el propio lenguaje el que determina la cultura, cuando la individualización de las unidades de

significado pertinentes es posterior a la estructura sintáctica y entonces dicha estructura codicológica se encuentra en el origen del sistema semántico; es decir, el conjunto de sus reglas generativas prescribe la estructura del mundo (Eco, 1994: 163).

Si seguimos a Levi-Strauss (en Charbonier, 1961; Lévi-Staruss, 1964) en su explicación de la existencia en el arte de una relación entre signos y objetos, debemos buscar en el espacio una iconicidad que le permita adquirir un valor semántico y, al mismo tiempo, una doble articulación que justifique su valor de signo. En esta doble articulación, se diferencian en el nivel primario imágenes reconocibles que se convierten en signos icónicos al detentar un significado propio, y en el secundario, formas asimismo diferenciadas pero sin valor semántico alguno.

Desde el marco semiótico, sin embargo, se ha criticado el enfoque dado por el antropólogo francés a la posible articulación de los códigos no verbales. Afirmaciones tales como que no puede existir lenguaje si no existe esa doble articulación, han sido tachadas de un tanto dogmáticas, al mismo tiempo que se han establecido aserciones contrarias: el tipo de articulación de un código dado no tiene necesariamente que ser doble; los niveles de articulación pueden ser intercambiables; y, si realmente los sistemas de relaciones articuladores del código responden a exigencias naturales, deben actuar en un nivel más profundo, de tal forma que los diversos códigos se encuentren justificados por un metacódigo más amplio al que hacen referencia todos y cada uno de ellos, una estructura profunda que fundamente múltiples acontecimientos (Eco, 1994: 220). Asimismo se plantea la posibilidad de la existencia de sistemas de códigos, de lenguajes por tanto, organizados en tres niveles distintos de articulación: figuras susceptibles de asociación en signos, pero sin que intervengan en el significado de éstos; signos que, en ocasiones, pueden combinarse en sintagmas; y, por último, elementos 'X' que son resultado igualmente de la articulación de signos, pero que, al contrario de lo que ocurre con los sintagmas, no toman parte en el significado final de aquéllos (*Ibidem*: 243).

Tendremos en cuenta este hipotético tercer nivel de articulación en nuestro modelo explicativo de las manifestaciones espaciales de posible lectura en el registro arqueológico de una cultura dada. Puesto que tomamos como marco del análisis las tres escalas en que puede manifestarse el conocimiento del espacio y en las que puede emitirse un determinado mensaje por parte de éste, debemos plantearnos una probable complejidad en la articulación del sistema de códigos implicado en ambos fenómenos. Será necesario entonces establecer por separado los subcódigos articuladores de los sistemas de signos de cada uno de los niveles en los que es analizado el espacio protohistórico: territorial, urbanístico y doméstico.

### *Tipología de códigos*

Pero antes debemos aclarar la tipología de los códigos implicados en la comunicación espacial. En los 'mensajes' desarrollados por cada uno de los lenguajes, de los subsistemas de comunicación que forman parte de una cultura dada, participa un número concreto de códigos distintos. La naturaleza de cada subsistema determina en gran medida la elección del tipo de código entre una serie aparentemente cerrada, que ha sido sistematizada por Eco (1994: 232-235): perceptivos, de reconocimiento, de transmisión, tonales, icónicos, iconográficos, de gusto y sensibilidad, retóricos, estilísticos y de inconsciente.

De ellos nos interesan únicamente tres, pues consideramos que son los únicos participantes de la comunicación visual y simbólica del espacio reconocible a través del registro arqueológico. Los códigos perceptivos participan en las condiciones de la percepción haciendo que ésta sea suficiente y conformando así lo que hemos venido denominando unidades perceptivas con significado propio. Los de reconocimiento producen las transformaciones de los iniciales bloques de condiciones de percepción en bloques de significado o unidades de reconocimiento, que ayudan en la comunicación haciendo reconocibles y clasificables los espacios visualizados. Finalmente, debemos destacar los códigos icónicos, que descansan sobre los elementos perceptibles y se

organizan en figuras, signos y enunciados o semas, basados a su vez en las condiciones de percepción, las unidades de reconocimiento y las imágenes o signos icónicos, respectivamente. Somos conscientes del carácter gráfico de éste último grupo, puesto que son resultado de códigos de transmisión, pero creemos que, salvando las diferencias entre imagen gráfica e imagen visual tridimensional, podría identificarse este tipo codicológico entre los implicados en el hecho comunicacional del espacio.

#### 4.1.- Código doméstico

En esta parte del trabajo vamos a invertir el orden con el que hasta ahora hemos encarado el estudio del espacio protohistórico del valle del Ebro. La complejidad de su estructuración global y la manera en que ésta se realiza nos aconseja partir del código más analítico hasta llegar al más sintético, es decir, desplazarnos desde el ámbito doméstico más reducido para alcanzar al marco territorial más amplio.

La vivienda es la unidad más elemental del conjunto arquitectónico de un sociedad protohistórica como la ibérica; nos va a ayudar a sistematizar la articulación inicial de lo que puede ser denominado el código general de la arquitectura, y nos va a servir de base en la delimitación de los códigos hipotéticos de los restantes ámbitos espaciales.

Si partimos de la doble articulación existente en el lenguaje verbal, debemos buscar un primer nivel articulador formado por una serie de elementos con significado propio. Los monemas se convierten en el código visual que es el espacio construido, en signos con significado propio. Es el momento pues, de abordar la definición de signo y más concretamente de signo arquitectónico.

Desde una perspectiva behaviorista aplicada a la semiótica de Morris y en un intento de sistematización del 'lenguaje arquitectónico', Koenig (1964) establece que *"si una cosa 'A' es un estímulo preparatorio, el cual (a falta de objetos estimulantes que originen por su cuenta la serie de reacciones), en determinadas condiciones, produce en un organismo una disposición para reaccionar con una serie de*



*reacciones que implican comportamiento de la misma especie, en tal caso 'A' es un signo*". Sin embargo, este enfoque existencialista dificulta la identificación de un signo relacionado con un comportamiento si éste no es observable de forma directa. Ello constituye un importante impedimento cuando lo que se pretende analizar es el registro arqueológico, en el que el comportamiento únicamente es conocible a partir de hipótesis explicativas deducidas de sus estructuras deposicionales.

En el intento de la investigación semiótica de dar explicación a los diversos fenómenos culturales, ésta ha necesitado plantearse si las funciones pueden ser realmente objeto de interpretación en su aspecto comunicativo y si el estudio de dicho aspecto facilita una mayor comprensión y definición de aquéllas, al poner en evidencia nuevos tipos de funcionalidad, que una perspectiva únicamente funcional impida ver. Se asume entonces la hipótesis de Barthes (1964) según la cual "*desde el momento en que existe sociedad, cualquier uso se convierte en signo de este uso*". Cuando un objeto, en este caso el espacio, es utilizado y dotado por ello de una función, pasa a convertirse desde ese mismo momento en comunicación de una función potencial. Es decir, el código arquitectónico o espacial acaba desarrollando un código icónico cuando un principio cualesquiera pasa a ser objeto de intercambio comunicativo, y sigue siéndolo cuando cede su utilización. El uso del espacio entonces es propiciado no únicamente por sus funciones potenciales, sino también por los significados que conducen a su utilización funcional (Eco, 1994: 281).

Debemos pues identificar una estructura del espacio doméstico en la que sus signos constituyentes del primer nivel de articulación puedan ser considerados significantes de unos significados codificados y atribuidos por su contexto cultural. Mientras que los primeros pueden ser observados, descritos y catalogados atendiendo a sus manifestaciones físicas y al margen de sus significados, estos últimos deben leerse teniendo presentes los códigos culturales implicados en su determinación; y todo ello, primordialmente de acuerdo a su uso y a su función. De esta manera, los fonemas verbales del segundo nivel de articulación equivalen a formas significantes al tomar parte en el desarrollo de un código visual. Podrían identificarse con los denominados signos constitutivos de

la arquitectura cuya diferenciación es establecida por Gamberini (1953, 1959, 1961) en signos de determinación planimétrica, de unión, de contención lateral, de comunicación, de cobertura, autónomos de sostén, de acentuación cualificativa, etc.

En la práctica de la técnica sintáctica que es la arquitectura, el 'constructor' lleva a cabo un proceso de semantización de las exigencias que desencadenan la necesidad de la edificación, en el cual pueden establecerse varias fases. El primer paso es precisamente la identificación y sistematización de tales exigencias; en un segundo momento, se determina el sistema de funciones que cubra los requisitos iniciales; y finalmente, se establece un sistema de formas que haga posible el desempeño de dichas funciones. Semánticamente, puede interpretarse que las formas arquitectónicas y espaciales se han convertido en significante de los significados que eran las funciones, con posterioridad a que éstas se transformasen en significantes de los significados que eran las necesidades iniciales (Eco, 1994: 323).

Así, las formas significantes se convierten en signos del primer nivel de articulación. Su asignación de significado se lleva a cabo, bien mediante denotación, bien mediante connotación, pero siempre fuera del propio código arquitectónico. Descartamos entonces la elaboración de un código meramente sintáctico del espacio doméstico reflejado en el registro arqueológico protohistórico, en el que prime una articulación basada en elementos propios de la técnica constructiva, sin observaciones acerca de la función o del espacio denotado. Preferimos utilizar como referencia inicial los códigos semánticos arquitectónicos elaborados por Dorfles (1967) y Koenig (1964, 1970); más concretamente, la articulación establecida para los elementos arquitectónicos. Según dicha articulación, éstos deben distinguirse en: signos que denotan funciones primarias, signos que connotan funciones secundarias de carácter simbólico, y signos que, al mismo tiempo, son denotadores de un carácter distributivo y connotadores de una determinada forma de vida.

La denotación hace referencia a la función del signo y desarrolla tal referencia de acuerdo a un código convencionalmente elaborado, o lo que es lo

mismo, basándose en un sistema de expectativas y de hábitos adquiridos. Por su parte, la connotación implica diversos modos de entender, de pensar la función y, finalmente, de aceptar una determinada ideología de ésta. El signo, por tanto, empieza a asumir una función simbólica mediante dicha connotación, la cual por otro lado está basada en códigos externos (Eco, 1994: 290-296).

En la vivienda protohistórica, los signos denotadores de funciones primarias deben identificarse con las unidades constructivas -paredes, techo, puerta, bancos, hogar- y los diversos artefactos muebles; los signos denotadores de funciones secundarias simbólicas, con aquellos elementos que pudieran ser considerados singulares debido a ciertas características individualizadoras; y los signos denotadores de carácter distributivo y connotadores de un modelo de vida concreto, con las diversas áreas y lugares de actividad -uso, producción, consumo, almacenamiento o descanso-, que más que signos deberían ser denominados 'enunciados'.

Adelantabamos la necesidad que tiene la arquitectura de buscar fuera de su propio léxico el código que permita dotar de significados -denotados o connotados- a sus formas significantes o signos. Desde nuestro punto de vista, en un análisis espacial que vaya más allá de los elementos puramente arquitectónicos, dichas formas significantes no son solamente los objetos constructivos y de uso que se encuentran formando parte de la propia construcción de la vivienda, sino que deben ser también los espacios de uso relacionados con ésta, ya sea en su interior, ya en su rededor más inmediato. Asimismo debemos considerar éstas formas significantes del ámbito doméstico, puesto que dichos espacios en ocasiones están diferenciados, no necesaria ni únicamente por elementos contruidos, sino también por útiles muebles denotadores igualmente de una determinada función, artefactos que pueden formar parte como signos de un nuevo y distinto subcódigo aún más analítico.

Precisamente por esta especial característica, sería más correcto que dichas formas significantes pasaran a la categoría de 'enunciados', al entrar en juego lo que en la disciplina semiótica se denomina 'codificación por estratos sucesivos' y que es característica de las comunicaciones visuales. Estos estratos sucesivos

hacen referencia a una serie de códigos interconectados por sus unidades pertinentes. Dichas unidades no tienen porqué estar necesariamente conformadas por signos y figuras, sino que también pueden estar constituidas por enunciados. Cuando un código elige tales enunciados como base de su articulación, está seleccionando al mismo tiempo su grado de complejidad. Y esto es así, porque esos enunciados presentan unas unidades pertinentes escogidas por un nuevo código independiente del primero. Es decir, cada código es susceptible de reunir en el interior de su estructura ciertos subcódigos implicados en la articulación de ésta, sin que ello necesariamente suponga que el primero y más global se encuentre determinado por éstos. En ocasiones, incluso, los enunciados son percibidos y leídos con significado en sí mismos, y ello sucede cuando pasan a ser emblemas convencionales, es decir, cuando se transforman de iconos en símbolos visuales (*Ibidem*: 228-230)

Anticipábamos asimismo cómo el sistema de dichas formas se encuentra asociado en última instancia con el sistema de exigencias o de comportamiento humano, mediante la relación establecida entre significado y significante respectivamente. Es más, de dicha relación puede deducirse una fuerte determinación de esos significados por parte del sistema antropológico que constituye aquellos comportamientos. Espacio y comportamiento se encuentran unidos en el acontecimiento físico que es la distancia. Ésta determina las esferas de intimidad y sociabilidad establecidas por la proxemística (Hall, 1959, 1973)<sup>29</sup>, al mismo tiempo que al variar de un sistema cultural a otro, se convierte en rasgo pertinente de un nuevo código, el proxemístico. Es precisamente la fusión entre espacio, función y relaciones interpersonales en éste, lo que lleva a la arquitectura a acudir a él como sistema de significaciones para sus formas sintácticas<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Tras la publicación en 1959 de *The Silent Language* de Hall, este antropólogo norteamericano llega a acuñar el término *proxemística* para aludir a aquel enfoque teórico cuyo objeto de análisis es *el uso que el hombre hace del espacio*. Esta 'disciplina' proxemística está basada en una perspectiva configuracionista, derivada de las teorías lingüísticas de Sapir y Whorf (Hall, 1973: 15). Partiendo de la idea de que los patrones proxemísticos se diferencian entre sí en función de la cultura que los crea, y se modifican al compás de los cambios producidos dentro de un mismo sistema cultural, su objetivo es llegar a determinar la estructura perceptual de una comunidad (*Ibidem*: 250)

<sup>30</sup> Bajo ese mismo enfoque Vernant [J.P. Vernant, *Mito y Pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona 1973 :135-241] llega a la conclusión de la existencia de una formalización concreta de la

Con la implicación de este nuevo código en la articulación del espacio doméstico, el signo pasa a estar encargado de la denotación de un significado espacial, que no es otra cosa que la función, la finalidad de establecer una distancia determinada entre sus habitantes. Asimismo, dicha función se transforma en significante connotador de otro significado, esta vez proxemístico: el valor social de tal distancia. Es decir, las formas domésticas identificadas ya como significantes de los significados/funciones, ayudan a establecer e identificar las esferas de intimidad y de sociabilidad de cada uno de los individuos componentes de la familia, pero también de cada grupo de edad o sexo existente dentro de ésta. Al mismo tiempo, y puesto que la función en cuestión -mantenimiento de la distancia interpersonal requerida culturalmente- se constituye además en significante de unas exigencias asociadas al comportamiento de sus habitantes, la distribución y articulación entre dichas esferas connotan una determinada manera de pensar las relaciones personales familiares. No debemos olvidar, sin embargo, que estas funciones simbólicas secundarias inherentes a la connotación necesitan necesariamente de un código más amplio para ser leído, el constituido por la cultura en cuestión.

Por otro lado, la indisoluble relación existente entre el código espacial y el proxemístico, permite establecer una asociación entre signo espacial y signo proxemístico y, por tanto, entre la denotación de la función primaria del primero y la de este último. Si la del signo espacial viene dada directamente por la utilización que de él se hace y la del proxemístico, por el establecimiento de las distancias interpersonales, es lícito deducir que el reconocimiento de éstas puede llevarse a cabo mediante la sistematización de los distintos usos convencionalmente establecidos para el signo espacial, y más concretamente, a través de la identificación del individuo o grupo de individuos ejecutores de tal actuación.

Todo este juego de relaciones establecido entre los signos del ámbito doméstico y sus significados articulados por los diversos subcódigos implicados

en su sistema de comunicación, convierten a la vivienda en un contexto de signos referidos a un código más amplio, cuyo conocimiento permite reconocer las distintas direcciones y los diversos espacios de residencia familiar y, por tanto, aprehender el modo de habitarla.

#### 4.2.- Código urbanístico

El hábitat constituye el siguiente estrato en cuanto a escala geográfica, perteneciente al sistema de comunicación espacial de los diversos grupos culturales humanos. Histórica y dialécticamente, la ciudad se encuentra superada por una conceptualización de lo urbano que pone el énfasis en la forma y en la práctica social. La forma, sin embargo, no debe ser vista únicamente como un aspecto físico y espacial. Muy al contrario, en aquélla debe estar implicada igualmente la variable temporal, de manera que se transforme en una congregación de actividades y funciones, en un permanente movimiento cultural y de objetos, en una serie infinita de acontecimientos. La forma entonces, se convierte en simultaneidad -dimensión temporal- y centralidad -dimensión espacial- (Lefebvre, 1974: 206; 1979: 156). Nos interesa destacar el carácter de ámbito de comunicación que se encuentra implícito en esta categorización, puesto que de esa combinación entre espacio y tiempo se deriva de forma directa una nueva dimensión, la comunicacional (Almandoz Marte, 1993: 626). El habitante del medio en cuestión, si admitimos éste como una forma de comunicación no verbal, debe graduar los mensajes emitidos por aquél y asumir la conducta esperada. Pero, esta comunicación se hace imposible si la simbología de este lenguaje no es entendida, pensada por la totalidad de los implicados en el proceso (Rapoport, 1970; 1974e: 117).

Dicha estructura se encuentra organizada en los dos niveles de articulación característicos de cualquier sistema lingüístico dado. El segundo nivel está compuesto por los elementos implicados en la construcción arquitectónica de la unidad urbanística, así como de los espacios resultantes de tal construcción; todos ellos meramente tipológicos y descriptivos. Las formas significantes deducidas de

sus propias relaciones compositivas pueden estar identificadas y equiparadas a los elementos en los que puede descomponerse las imágenes mentales de la ciudad, sistematizados en la cartografía cognitiva elaborada por Lynch (1954, 1966). Hitos, nodos, sendas, bordes y barrios han sido utilizados en la mayoría de los trabajos de la Geografía de la percepción y del comportamiento, según la cual, un determinado lugar pasa a ser "*una unidad cognoscitiva estructurada, que integra una combinación de significados, dotando al territorio de un sentido único*" (Bueno, 1992: 98).

Todos se convierten en signos constituyentes del primer nivel de articulación del código semántico vigente, al desempeñar cada uno de ellos una función específica; más concretamente, se transmutan en signos denotadores de orientación<sup>31</sup>. Tal como son definidos por Lynch, su función primaria es la de facilitar la movilidad de los habitantes de la ciudad dentro del perímetro de ésta: los hitos denotan puntos de referencia en la orientación y en el reconocimiento de la propia ubicación; los nodos se convierten en cruces de vías o puntos estratégicos en los cuales el observador puede introducirse; las sendas denotan conductos que son seguidos por el habitante; los bordes se transforman en definidores de diversas superficies como elementos lineales que rompen la continuidad; y finalmente, los barrios, cuya homogeneidad es condición *sine qua non* en su definición, denotan asimismo espacios de referencia para la propia ubicación con respecto a la globalidad organizada del ámbito urbano.

La mayoría de estos elementos son además signos connotadores de funciones secundarias de carácter simbólico. Aunque, quizá podríamos estar tentados de argüir que, en realidad, su elección perceptiva como signos encargados de facilitar la orientación -función primaria denotada- viene dada por su significado simbólico, debemos reseñar que, en la mayoría de los casos, las

---

<sup>31</sup> Estas ideas de Lynch han recibido ciertas críticas y matizaciones por parte de otros investigadores. Ledrut (1972), Appleyard (1973), Prokop (1967) o Steinitz (1968), por ejemplo, prefieren centrarse en la estructura simbólica y funcional, cuya necesidad ha reconocido posteriormente el propio Lynch (1976); Rozaeller y Baxter (1972), se inclinan por los estudios sobre los componentes urbanos, su significación y valor; Gulick (1963) aboga por la entrada en escena de los significantes sociales; Sarre (1972) y Goodey (1971) cuestionan su tipología de los cinco elementos organizativos; y Pocock (1975), finalmente, la transforma proponiendo puntos, líneas y círculos, como elementos que combinados entre sí

funciones connotadas se apoyan en las denotadas o de uso. Es más, Eco (1994: 296) afirma que en ningún caso se establece una relación jerárquica entre ambas, ni sus calificativos respectivos de secundarias o primarias tienen valor discriminatorio alguno, puesto que en el marco socio-cultural en el que debe inscribirse el código visual, nada conduce a poder diferenciar un grado de funcionalidad o de utilidad supuestamente distinto entre ambas funciones. Éstas no son otra cosa que finalidades comunicativas diversas de un signo concreto.

La gran parte de estos signos, en especial de aquéllos que desempeñan la función de hitos y nodos, está constituida por espacios construidos para cuya definición se ha recurrido, en general, a códigos claramente semánticos. Éstos están basados en una articulación entre dos géneros tipológicos arquitectónicos distintos: los tipos sociales, que hacen referencia a edificios fácilmente identificables por su función social determinada, denotada por un modelo constructivo concreto que, a su vez, es connotador de significados tales como 'palacio', 'almacén', 'iglesia', etc.; y los tipos espaciales, que caracterizan los distintos 'diseños' de cada uno de los modelos anteriores (Koenig, 1964; Dorfles, 1969).

Sin embargo, un código articulado de esta forma está asociada a una aproximación al análisis urbanístico un tanto historicista (Eco, 1994: 309), que podríamos poner de manifiesto si intentáramos una aplicación de géneros tipológicos identificados iconológicamente dentro de nuestra perspectiva occidental, a articulaciones urbanísticas pertenecientes a culturas ajenas a ésta, como podrían ser las responsables de cualquier registro arqueológico.

Es más, veremos como en el caso de las sociedades pre- y protohistóricas, la tónica dominante es la homogeneidad en los signos constructivos implicados en la articulación urbanística de los hábitats y son raras las ocasiones en que puedan individualizarse determinados edificios gracias a sus diferenciaciones arquitectónicas con respecto al resto. Por el contrario, la mayoría de los signos se identifican con los propios espacios domésticos. Aparece de nuevo aquí la

---

ayudan a interpretar el espacio urbano en términos de edificios, senderos y superficies espaciales, e identificar éstos a través de sus características simbólicas y funcionales.



codificación por estratos típica de los sistemas visuales de comunicación -de los que ya hemos hablado-, que se refleja en la transformación de las viviendas en enunciados susceptibles de ser leídos en su estructuración interna mediante un código más analítico.

Como enunciados del código urbanístico, tienen significado propio, y dicho significado es la 'acción de habitar' cuando denotan directamente su utilización por el núcleo familiar, y es 'refugio', 'familia', 'núcleo comunicativo' cuando connota una determinada forma de habitar y de utilizar el espacio doméstico, al asumir una función simbólica reflejo de un modo concreto de concebir la función que es habitar. Asimismo, la implicación en tal connotación de códigos externos que responden a una ideología más global, supone una comunicación imperativa inherente al propio signo de la vivienda que obliga, empuja de alguna manera, a habitar de ese modo en concreto.

Resta comprobar la existencia, en el código urbanístico, de signos denotadores de una determinada distribución y connotadores de un modo concreto de pensar la vida urbana. Los 'barrios' de Lynch parecen encajar perfectamente en estas características comunicativas. Cada uno de los barrios definidos deben ser considerados enunciados articuladores de una codificación estratificada, que en este caso presenta un subcódigo cuya principal característica es la homogeneidad de formas significantes y signos. Dicha homogeneidad - recordémoslo-, es propiedad esencial del propio concepto de barrio; y si bien ésta pueda deberse, desde el punto de vista meramente perceptivo, a la utilización de elementos constructivos uniformadores, en el subsiguiente proceso comunicativo, su identidad estructural hay que buscarla en su afinidad funcional.

En el siguiente paso de codificación, cuando solapamos el código proxemístico sobre el meramente espacial, nos damos cuenta que, de nuevo, los distintos signos y enunciados articuladores del espacio urbanístico se convierten en significantes de las distintas esferas de sociabilidad existentes en éste, adquiriendo significado gracias a sus funciones de uso y simbólicas. Mediante sus denotaciones y connotaciones, se establecen las áreas utilizadas por un determinado grupo de parentesco, de edad, de sexo, de producción o social, y se

conocen así las distancias resueltas culturalmente entre tales agrupaciones y entre los individuos componentes de cada una de ellas.

El hábitat se convierte entonces en contexto de los signos referidos a un código conocido que permite distinguir las direcciones y los espacios de habitabilidad comunal y por tanto aprender a habitarla. Y el urbanismo se transforma en comunicación fáctica, al garantizar una unión y una presencia. Barthes (1967) piensa que en la cuestión urbanística el significado de la ciudad como globalidad se encuentra en un segundo plano, puesto que lo realmente interesante es la distribución de los significantes, pero eso es algo que no ocurre únicamente en la ciudad, sino que es constante en todas las escalas espaciales y que tiene mucho que ver con la codificación en estratos sucesivos. Si delimitamos un determinado marco espacial como el hábitat protohistórico, por ejemplo, su estructura engloba y articula formas significantes y signos con significado denotado o connotado por convenciones sociales y culturales dadas, pero su globalidad, su unidad como hábitat únicamente importa en este momento del análisis como contexto de signos referidos a dicho código conocido. Si intentamos su definición como significante de su significado, entonces debemos observarla como elemento de una articulación primaria perteneciente a un código más amplio, más sintético. Algo similar ocurre con la unidad doméstica que se transforma en signos con funciones primarias y secundarias como unidad constitutiva de la articulación del código urbanístico.

#### 4.3.- Código territorial

La territorialidad humana se caracteriza no sólo por una concepción implícita del territorio como simple substrato espacial, escenario donde llevar a cabo las relaciones con otros hombres, sino como un espacio propio sobre el que se ha realizado una elaboración significativa. Es decir, el territorio pasa de ser una mera cuestión cartográfica objetiva, a convertirse en reflejo de complicadas estructuras mentales. La problemática territorial, a medida que ha ido conformándose como objeto teórico de múltiples y variadas ciencias, ha ido

adquiriendo una mayor complejidad. A nuestro entender, este hecho no hace más que refrendar la necesidad de una interdisciplinariedad al acometer la investigación de cualquier territorio. Acudimos pues a la Antropología en busca de ayuda en el desarrollo de los planteamientos iniciales de este trabajo, y ésta nos aporta una nueva perspectiva de análisis, esta vez colocando en el punto de mira, al hombre y a su capacidad de modelar el entorno natural a través de la cultura. Y nos centramos en la denominada Antropología territorial, porque en dicha disciplina el territorio es entendido como un signo cuyo significado sólo puede ser comprendido desde los códigos culturales en que se enmarca (Hall, 1973: 279).

Debido al peso específico de la Etología en el desarrollo de los estudios territoriales, la Antropología se siente en la obligación de explicar su incursión en ese campo, buscando en la vida cotidiana de los hombres, comportamientos que puedan responder a una territorialidad propiamente humana<sup>32</sup>. Es en ese ámbito donde se hace patente la realidad somática de la existencia del hombre<sup>33</sup>. El contorno espacial requerido por el cuerpo de un individuo, refleja la distensión espacial existente detrás de cualquier acción. Pero al mismo tiempo, los propios estudios antropológicos muestran una manipulación ideológica del espacio inmediato y del entorno natural, a través de la cultura. Estos indicios de la existencia de un carácter subjetivo implicado en el territorio, prueba la necesidad de un estudio antropológico de éste, y no sólo geográfico o ecológico. Dicho carácter subjetivo se construye sobre la asunción de una idea determinada, que se interpone entre el hombre y su entorno físico. Es precisamente el modo en que se

---

<sup>32</sup> El mejor conocimiento científico sobre comportamiento territorial es resultado de las investigaciones desarrolladas en el marco de la Etología [cf. C.R. Carpenter, "Territoriality: A Review of Concepts and Problems", en A. Roe - G.G. Simpson (eds.), *Behaviour and Evolution*, New Haven 1958; H. Hediger, "The Evolution of Territorial Behaviour", S.L. Washburn, *Social Life of Early Man*, Chicago 1966; P. Leyhausen, "Dominance and Territoriality as Complemented in Macumalian Social Structure", A.H. Esser (ed.), *Behaviour and Men*, New York 1971, pp. 22-33; K. Lorenz - P. Leyhausen, *Biología del comportamiento. Raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*, México 1985]. Sin embargo, los antropólogos critican su visión antropocentrista del problema, al trasplantar directamente sus conclusiones en el campo animal al comportamiento humano, aunque les reconocen su carácter de estímulo para la investigación territorial antropológica (García García, 1976: 19).

<sup>33</sup> Las influencias de Hall (1959, 1973) y otros antropólogos como Chapple (1972) al no profundizar en la dimensión territorial, desembocaron en la aparición de un nuevo objeto antropológico, la *kinesia*, relacionada con la lingüística estructural y centrada en el lenguaje del cuerpo.

utiliza esa idea, o lo que es lo mismo, las *elaboraciones significativas que el individuo hace del espacio físico*, lo que se convierte en objeto teórico de la Antropología territorial. Se pretende pues, aprehender los fenómenos de semantización inferidos del uso del espacio, y a través de ellos, determinar el grado de mediatización ideológica incardinado en el territorio (García García, 1976: 19-21).

El enfoque simbólico no es exclusivo, sino complementario de los enfoques geográfico y sociológico -urbano y de organización-, y cuyo interés reside en desentrañar las creencias, actitudes y conductas de una población dada. Pero, para llegar a la consecución de tal fin, es necesario considerar las estructuras mentales de dicha comunidad (Caravantes, 1987: 46). La perspectiva, pues, es estructural. La comunidad articula el espacio como territorio propio, en cuyo marco materializa sus relaciones sociales y de producción, y le dota de estructura y simbolismo cultural. Mediante símbolos y significados, el territorio se convierte en algo expresivo y 'subjetivo', cuya estructuración y funciones, esquemas culturales difícilmente aislables por otros procedimientos, el investigador debe llegar a conocer (*Ibidem*: 12).

Los sujetos y las asociaciones de los mismos, las colectividades, tienden a identificarse y a relacionarse de tal forma que, mediante las prácticas colectivas e individuales, se crean los elementos constituyentes de la realidad compartida, de la identidad particular y de la identidad singular<sup>34</sup>. Los objetivos perseguidos se consiguen mediante la organización del espacio y la constitución de lugares. Esta construcción concreta y simbólica del espacio es lo que el sociólogo y antropólogo francés Augé (1993: 58) ha denominado '*lugar antropológico*'.

Este proceso de socialización y culturización presenta a su vez ciertas condiciones infraestructurales. Percepción, población, hábitat y recursos económicos se perfilan como elementos infraestructurales que hay que tener en cuenta si queremos llegar a conocer el verdadero proceso de semantización del territorio, mientras que el tiempo y el espacio dibujan connotaciones inherentes a

---

<sup>34</sup> Un ejemplo significativo de la combinación de lo colectivo y lo individual, se centra en la simbología política de la figura soberana. Es el lugar de su ubicación, en donde se concentra y se condensa el espacio. Ella ordena y unifica la diversidad social, a la vez que se convierte en el centro que refuerza la continuidad de la dinastía y, por tanto, de la pervivencia del equilibrio social (Augé, 1993: 69).

la estructura socio-cultural que se encuentra detrás de cada comportamiento territorial.

El espacio comulga con el tiempo en su categoría de elemento imprescindible en la autoidentificación de la sociedad. No son connotaciones paralelas de la misma, sino que se complementan entre ambos. Si en principio, el espacio es pura sucesión, este *continuum* puede ser roto por cualquier elemento físico real. Incluso por el hombre mismo, a través del conjunto de sus interrelaciones, puesto que la realidad espacial de los individuos es relacional. En consecuencia, el territorio se convierte en la superficie de la interacción de los grupos -desde la familia a la comunidad-, por lo que su compartimentación debe ser calificada de grupal. Sin embargo, la formalización y cualificación real de aquél, se realiza mediante la utilización social del espacio, que por su parte, es reflejo de un determinado número de elementos de la estructura social. Entre ellos destaca por su importancia las normas particulares del grupo, mediante las cuales es factible explicar el porqué de la distribución espacial materializada. Gracias a ellas se produce la identificación de una agrupación u otra, e igualmente gracias a ellas se reproduce el tipo de relaciones característico del grupo en cuyo seno se desarrollan. En otro orden de cosas, la estructuración en compartimentos de base grupal responde a los principios gelstáticos del todo como suma de sus partes y de la diferenciación entre los significados de una misma parte dentro y fuera del todo. La articulación del grupo integra las unidades menores -individuos y agregación de individuos-, por lo que el territorio grupal integra sin que desaparezcan, los territorios familiares, y éstos a su vez los espacios individuales; las partes, en cuanto que pertenecientes a un todo se modifican por su unión en éste, pero no desaparecen<sup>35</sup> (García García, 1976: 70-74).

En esta aproximación a la estructuración y uso socio-cultural del espacio en las comunidades protohistóricas del valle del Ebro, que comparte con la

---

<sup>35</sup> De igual manera, una casa se contrapone a las otras, pero al mismo tiempo forma mediante su unión a éstas un conjunto que nuevamente se opone a los territorios de cultivo; vuelve a producirse una nueva agregación entre ambos elemento -conjunto edificado y tierras-, para formar una nueva unidad, la

Antropología territorial la identificación entre cultura y comunicación, y la coincidencia entre espacio y lenguaje, sin embargo, preferimos abrir la perspectiva de análisis desde la que nos acercamos al territorio y considerar éste no como un único signo individual comprendido dentro de un sistema cultural más amplio, sino como un subcódigo completo de signos susceptibles de ser individualizados, cuya lectura necesariamente debe realizarse desde el sistema de comunicación globalizador que es la propia cultura. Esta visión, más analítica, nos permite abarcar las distintas escalas espaciales en las que se llevan a cabo las relaciones sociales, y no únicamente territoriales.

Hasta ahora, hemos estado refiriéndonos a ámbitos espaciales cuya principal característica era su artificialidad como producto resultante de la actividad humana. En el territorio, sin embargo, tenemos un marco algo más complejo debido a su originario carácter natural. Como consecuencia, en su articulación codicológica, vamos a encontrarnos con signos que tienen como base formas significantes, bien pertenecientes al paisaje meramente natural, bien resultantes de la acción constructiva de sus habitantes. Pero, ambas formas, las geomorfológicas y las puramente arquitectónicas, se transforman en algo humano, en resultado del proceso cognitivo de aquéllos, al pasar a formar parte del primer nivel de articulación del código territorial como significantes de significados denotados y connotados, mediante sus funciones primarias y secundarias.

Como ocurre en el código urbanístico, estos elementos implicados en el primer nivel de articulación territorial, toman un significado inicial denotado de su utilización directa como referente en la necesaria orientación dentro del territorio<sup>36</sup>. Pueden equipararse entonces a los hitos, nodos, sendas, bordes y barrios -es decir, a las formas significantes de la Geografía de la percepción-,

---

unidad territorial de grupo, que adquiere significación por confrontación, una vez más, con otras unidades territoriales vecinas (García García, 1976: 73).

<sup>36</sup> Las culturas primitivas actuales tienen entidades espaciales que son orientaciones concretas y que hacen referencia a localidades o a objetos materiales, y que, por consiguiente, presenta un fuerte carácter emocional (Norberg-Schulz, 1975: 10).

dentro del contexto de signos que constituye el espacio territorial<sup>37</sup>. Éstos están referidos a un lenguaje no verbal ya asumido, que permite reconocer las direcciones y los espacios de habitabilidad y, por tanto, aprender a habitarlo. Pero, al mismo tiempo, el territorio denota una función fáctica al garantizar la unión y la presencia de sus habitantes como una colectividad homogeneizada, ya sea cultural o políticamente, y una función metalingüística -de la misma manera que lo hacen la vivienda y el hábitat como contexto de signos-, al evidenciar las formas y significados de asentamientos y necrópolis.

Éstos se constituyen en enunciados con un significado concreto. El asentamiento claramente como significante denotador de 'lugar de habitación', pero también de 'lugar de producción', e incluso 'espacio de los dioses', en aquellas ocasiones en que dicha denotación no se encuentra diferenciada en un signo distinto que puede ser el santuario, ya sea éste un conjunto arquitectónico o natural. Su connotación viene dada por su funcionalidad simbólica, y supone un significado de 'núcleo comunitario', de 'seguridad', 'de lugar de culto a veces', reflejando así un modo concreto de pensar la vida en comunidad. Las necrópolis, por su parte, denotan 'espacio de los muertos' en contraposición al 'espacio de los vivos' que significan los asentamientos, y generalmente suelen connotar el significado simbólico de 'lugar de habitación de los antepasados'. Otros signos, integrados originalmente en el entorno natural, como pueden los ríos, las distintas áreas de suelos aluviales, de las áreas de bosque o de pasto, los relieves geomorfológicos más destacados del paisaje, y, en ocasiones, los enunciados resultantes de la articulación de varias de sus formas significantes, son capaces de

---

<sup>37</sup> A su vez, estas formas significantes pueden ser reducidas a las formas elementales del espacio social. Éstas pueden considerarse como algo geométrico, basándose en tres formas espaciales simples que son aplicadas a diferentes elementos institucionales, y se concretan en y por el tiempo. Esa complejidad institucional será reflejada en la combinación de espacios, puesto que éstos no son absolutamente independientes. La *línea* define los itinerarios y caminos, que son trazados por los hombres para su desplazamiento de un lugar a otro. Su dimensión temporal se materializa por su medida en horas o jornadas de marcha. La *intersección de líneas* construye los lugares de encrucijadas, de encuentro y reunión, que responden a la necesidad del individuo de intercambio, generalmente económico. Su dimensión temporal es alternativa, puesto que los cruces, las reuniones, se producen únicamente en días concretos. El *punto de intersección* se refleja en los centros construidos por determinados individuos, que pueden ser más o menos monumentales, y de carácter político y/o religioso. Se define así un espacio concreto con unas fronteras delimitadoras entre una identidad compartida, con respecto a otros individuos y otros centros identificados con otros espacios. Su temporalidad viene dada por fechas fijas e intervalos regulares, en los que se redefine

comunicar significados denotados directamente de su utilización, o connotados por su simbología cultural.

La utilización de cada uno de éstos por determinados individuos o colectividades marcará las esferas de sociabilidad de cada una de los grupos de edad, de sexo, de producción o sociales, tal como ocurría en el marco del hábitat, pero que en el territorio se amplía a la totalidad de las agrupaciones comunitarias representadas en el territorio.



## ENTORNO CONSTRUIDO Y PATRONES DE CONDUCTA

La sistematización de las transformaciones acontecidas en los distintos marcos espaciales de las comunidades ibéricas del valle del Ebro, nos ha permitido comprobar la existencia de ciertas ordenaciones o articulaciones que se mantienen constantes, durante un determinado período de su proceso histórico. No se trata únicamente de detectar los distintos artefactos constructivos que componen el registro arqueológico para luego concretar su origen, su evolución tipológica y su ocaso, sino intentar buscar las diferentes combinaciones de dichos artefactos y la coexistencia de algunas de ellas en un mismo espacio y durante un determinado tiempo, consiguiendo así establecer ciertas regularidades que, hipotéticamente, reflejan en el registro arqueológico lo que Criado Boado (1989) llama modelos de racionalidad; es decir, la manera en que el íbero del valle del Ebro 'piensa' su entorno, su territorio, su poblado y su vivienda. Es más, la comparación zonal de esas relaciones artefactuales, permite por tanto, establecer la pertinencia o no de los distintos arquetipos de pensamiento para las tres áreas étnicas tratadas en nuestro análisis.

Sin embargo, la introducción de la variable temporal en el establecimiento de las relaciones entre los distintos elementos artefactuales del espacio construido y de éstos con el entorno, pone en evidencia una serie de períodos de desequilibrio, de cambios más o menos continuados en estos modelos de regularidad, que nos hacen presuponer la pérdida de cierta pertinencia de estos modelos de pensamiento, al mismo tiempo que manifiestan la necesidad de buscar los factores

desestructuradores, perturbadores de la armonía de estas sociedades protohistóricas.

Partimos, por tanto, de la existencia de una estrecha interrelación entre entorno y ser humano, en la que éste último no toma del medio ambiente únicamente los productos necesarios para su alimentación, sino que, mediante la transformación previa de aquél, lo convierte en marco de referencia obligada para sus relaciones sociales. El paisaje natural pasa a ser objeto de diversas categorizaciones, produciendo lo que se ha considerado una apropiación activa del mismo, reflejo igualmente de una acción inteligente.

Ese proceso de categorización, de apropiación, supone la existencia de un ambiente real, de un ambiente simbolizado y de un individuo capaz de procesar los datos que, emitidos por ambos, le predisponen a la acción. Puesto que carecemos de información escrita acerca del pensamiento, de las actividades cotidianas y de las relaciones sociales de los íberos que habitaban los territorios y los poblados del valle del Ebro, debemos basarnos en el análisis de las otras dos variables, del paisaje real y del simbolizado, cognoscibles en su mayor parte gracias al registro arqueológico, para de ellos deducir el comportamiento espacial de aquéllos, y desde éste intentar comprender su conducta social.

### **1.- Signos, funciones y entorno simbolizado**

Nuestro concepto antropológico del territorio como estructura socializada y culturizada nos ha llevado de alguna manera a un concepto de espacio como comunicación. Para que dicha comunicación se produzca es imprescindible la existencia de un código, que necesariamente tiene que estar articulado por la cultura -en sentido amplio- para poder ser entendido. Creemos que los elementos constitutivos de dicho código espacial pueden ser identificados en los distintos niveles del registro arqueológico. Es más, asumimos que sus signos desempeñan una función, y es precisamente esa función lo determinante en la articulación final del lenguaje espacial; no nos referimos únicamente a la función gramatical, sintáctica dentro del mensaje emitido, sino a la función socioeconómica dentro de

la cultura en cuestión. Y puesto que signo y símbolo es lo mismo, podemos intentar una hipótesis explicativa de la cognición del espacio de las comunidades protohistóricas en la que tal función socioeconómica se encuentre estrechamente relacionada con el significado simbólico de cada uno de los elementos espaciales y de las organizaciones semánticas resultantes de sus diversas articulaciones sintácticas.

### 1.1.- Signos del espacio doméstico

Recientemente se ha señalado con acierto la capacidad que tienen las viviendas preindustriales para materializar y transmitir significados sobre identidad, poder y cosmología, y como resultado de ello, condicionar el comportamiento cultural de los individuos. Tanto por su dimensión espacial como temporal, la vivienda es la síntesis del ser-en-el-mundo del individuo. Es el espacio humano por antonomasia, el lugar donde se nace y se muere, el primer referente espacial del individuo y al que se haya emocionalmente más ligado. En múltiples sociedades conocidas arqueológica y textualmente se ha podido constatar la relación existente entre la forma de los edificios y la articulación urbanística de los asentamientos, y la asociación entre éstas y el orden universal y social que se quiere transmitir (González Ruibal, 2000). Como lenguaje, el espacio construido, simbolizado, concreta y clarifica la sensibilidad, y acrecienta la consciencia. En las comunidades ágrafas, en especial, la articulación de la casa suele comunicar ideas de forma más efectiva que el ritual (Tuan, 1987: 107, 112), y en la mayoría de los casos lo hace como metáfora del cosmos, socializando así el orden cultural (Kus, 1997: 206).

De forma generalizada, los arqueólogos han asumido el hogar como elemento identificador del espacio residencial o doméstico. Esta sinécdoque del hogar por la casa podría ser considerada inicialmente una proyección de esquemas cognitivos actuales a sociedades del pasado, sin embargo, existen investigaciones etnoarqueológicas que verifican de manera generalizada tal extremo, por lo que podríamos considerar el valor simbólico del hogar como un

elemento clave de la supuesta gramática generativa del espacio. En parte, esa validez universal viene avalada por su posición central en el interior de la casa en la mayoría de los casos, puesto que la noción de centro está establecida como modo de organización general. Los primeros puntos de referencia espaciales están asociados a la casa y al hogar, el niño se siente capaz de traspasar los límites sólo muy lentamente; el hogar connota pues el centro personal de cada individuo, a partir del cual se ubican y se conocen emocional y socialmente el resto de las personas (Norberg-Schulz, 1975: 21-22). A través de la dicotomía interior:exterior establecida por la propia construcción arquitectónica de la vivienda, la memoria de las acciones se encuentran asociadas estrechamente con la experiencia de lugar; y el interior del espacio viene a ser una metáfora del interior de la personalidad (*Ibidem*: 30).

Si aceptamos una modulación para los distintos ámbitos de la vivienda basada en la frecuencia de uso, en su articulación existiría un eje ordenador, caracterizado por una mayor frecuencia de utilización durante el desarrollo de las actividades cotidianas y constituido por elementos como la puerta, la zona de acceso y el hogar. A partir de éste se establecen dicotomías tales como izquierda:derecha, delante:detrás, centro:periferia, e incluso arriba:abajo en aquellos casos en los que la distribución presenta dos plantas diferenciadas arquitectónicamente.

Los espacios que se encuentran fuera de los continuos desplazamientos se organizarían de acuerdo a nuevas dicotomías, esta vez dentro del segundo nivel de articulación codicológica, según el cual los signos pasan a denotar y connotar significados mediante el desarrollo de determinadas funciones, que al mismo tiempo significan necesidades concretas. Estas dicotomías generalmente están en estrecha relación con categorías de edad, rol social y género, y de ellas estas últimas son las que generan una mayor diferencia en las elaboraciones significativas y simbólicas del espacio, hasta el punto de constituir espacios de uso exclusivo<sup>1</sup>. Tales diferencias no tienen porque estar construidas

---

<sup>1</sup> En la articulación de las viviendas preindustriales subsaharianas, por ejemplo, los espacios femeninos y masculinos se encuentran bien diferenciados: las mujeres duermen en casas distintas a sus maridos, poseen sus propios almacenes de grano y elaboran la comida en habitaciones separadas. En cualquier caso las mujeres se encuentran

arquitectónicamente, pero pueden quedar reflejadas en el registro arqueológico a través de aquellos materiales que definen áreas de actividad. No obstante habría que reconocer la dificultad existente en identificar conjuntos de habitación y familias, y más aún su organización, a través del análisis del registro arqueológico<sup>2</sup>, sin más información acerca de tabúes, mitos o prescripciones religiosas.

Las deposiciones de esqueletos animales y los enterramientos infantiles en el interior de las unidades de habitación se convierten en unos de los signos más destacados en su articulación codicológica del espacio, y sus posibles connotaciones simbólicas muy probablemente estarán relacionadas con una de las más frecuentes metáforas de la vivienda, la casa como cuerpo. El cuerpo está universalmente reconocido como uno de los generadores de orden, así como una importante fuente de símbolos (Pearson - Richard, 1994: 10; Tilley, 1999). Tiene, por tanto, funciones fisiológicas y se alimenta de sacrificios fundacionales. Pero, con mucha frecuencia, presenta connotaciones de útero materno, lo que podía explicar en parte la ubicación de los enterramientos infantiles en el interior del espacio doméstico. Su pertinencia cultural -al igual que la del hogar- dentro de la forma de pensar la vivienda, la vida y la propia identidad es constante a lo largo de los años de formación y desarrollo de las tres agrupaciones étnicas objeto de estudio, puesto que su aparición en el registro arqueológico se documenta desde el Alto de la Cruz hasta El Puig de la Nau, y desde el siglo VII a.C. al siglo II a.C.

Algo similar ocurre con los bancos corridos, otros de los elementos articuladores del espacio doméstico y cuyo significado denotado está claramente en relación con la ubicación de artefactos muebles sobre su superficie. Su connotación simbólica variará a lo largo del tiempo y en el propio espacio del asentamiento, dependiendo del carácter de dichos artefactos, que en las etapas más tempranas generalmente son vasijas cerámicas y molinos barquiformes utilizados en el tratamiento del cereal.

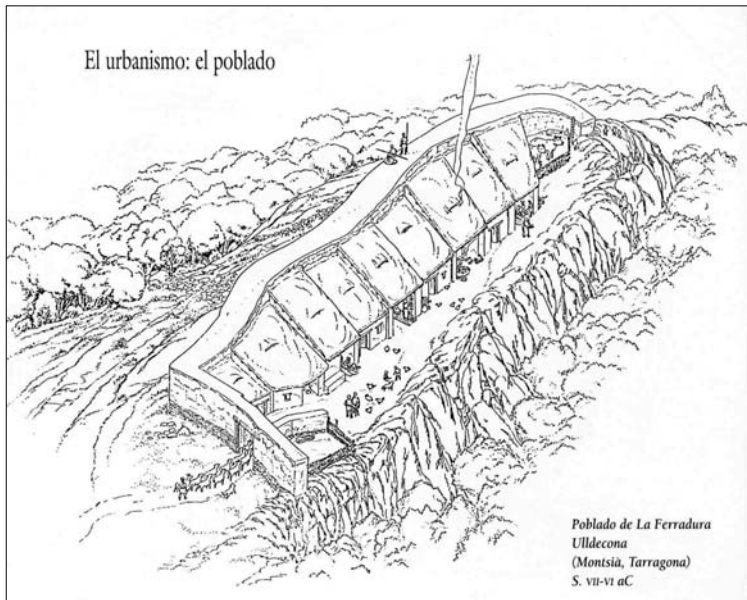
---

subordinadas al hombre, de tal manera que puede afirmarse que la casa construye al hombre como ser social, al mismo tiempo que aliena a la mujer; y ello es así cuanto mayor es la complejidad estructural de la sociedad (González Ruibal, 2000: 13).

<sup>2</sup> David [N. David, "The Fulani compound and the archaeologist", *World Archaeology*, 3.2 (1971), pp. 111-131] ha demostrado la cantidad de posibilidades de interpretación de un conjunto de casas.

Puesto que la diferenciación de uso funcional y simbólico de las estancias no se encuentra construida arquitectónicamente en la mayoría de los casos, son los propios artefactos muebles los encargados de marcar arqueológicamente la diferencia existente entre áreas de actividad: las fusayolas son los signos de las funciones de hilado y tejido; los molinos de mano significan las necesidades de transformación del grano para la alimentación; y si aceptamos la adscripción de ambos al género femenino, fusayolas y molinos se convertirían en símbolo de unos espacios de uso restringido a la mujer. Las grandes vasijas, por su parte, denotan la necesidad de almacenamiento doméstico y posiblemente connotarían el control del alimento dentro del ámbito familiar.

No son ajenos al registro arqueológico de estas viviendas restos de lo que pudo ser la decoración de sus paredes interiores; en alguna ocasión, como en determinado asentamientos ilaraugates, aparecen pigmentos utilizados en los rebocos de las casas; otras veces, como en las comunidades del Bajo Aragón, son dibujos geométricos incisos los utilizados en la decoración de éstas. En la mayoría de las culturas preindustriales dichas decoraciones suelen estar investidas de un significado apotropaico como respuesta a la necesidad de seguridad, sin embargo,



lo más sensato sería renunciar a descodificar los mensajes transmitidos a través de las diversas formas y colores utilizados en las distintas decoraciones y estancias, más en nuestro caso, puesto que ni siquiera podemos llegar a establecer, hasta el momento, la concurrencia de los posibles motivos y orna-

mentaciones arquitectónicas en otras manifestaciones iconográficas como las cerámicas<sup>3</sup>.

En otro orden de cosas, estos esquemas espaciales de viviendas, y consecuentemente de hábitats, pueden responder a modelos de regularidad mucho más amplios geográficamente que los detectados en las necrópolis, por lo que debemos presuponer para aquéllos una menor connotación simbólica e identificadora en la categorización de un determinado territorio étnico. Se ha comprobado que grupos étnicamente distintos pueden compartir el mismo modelo de casa, mientras que colectividades pertenecientes a una misma etnia pueden presentar tipos domésticos diferentes (Lemonnier, 1986)<sup>4</sup>. No existen diferencias significativas entre una y otra unidad valle, ni siquiera entre sitios tan distanciados como el Alto de la Cruz -Huerva- o La Ferradura -Sierra del Montsià-, aunque sí habría que reseñar que los hábitats de estructuras realizadas con materiales más duraderos y con una mínima organización urbanística, se reducen geográficamente a las comarcas aragonesas más orientales -con una cronología muy temprana que puede remontarse incluso más allá del Bronce medio-, a las tierras más occidentales de la actual Cataluña, así como al curso bajo del Ebro, en estos casos datados en las dos últimas etapas del Bronce final. Este hecho podría estar reflejando una importante diferenciación del hábitat, durante los siglos VII a.C y VI a.C. entre el conjunto de los grupos étnicos ilergeta, sedetano, ausetano del Ebro e ileraugate/ilercavón, con asentamientos constituidos por viviendas rectangulares desde sus primeros momentos de formación, y aquél otro indigeta, con hábitats en cuevas y poblados de agrupaciones de fondo de cabaña durante esas mismas fechas. Por tanto, *Ilergetes*, *Sedetani*, *Ausetani* del Ebro e *Ileraugates/Ilercavones* coinciden, durante sus primeras etapas de génesis, en las imágenes cognitivas de sus espacios construidos, mientras que todos ellos se distancian de la percibida por los *Indigetes*.

---

<sup>3</sup> En todas las culturas africanas y preindustriales actuales, todos los elementos decorativos denotan significados que van más allá de la mera ornamentación y generalmente mantienen una estrecha relación con la forma de pensar el grupo y de representarlo (González Ruibal, 2000: 23).

<sup>4</sup> Parece no existir un único concepto de etnia entre las culturas africanas y, además, los existentes no coinciden de manera exacta con el significado que arqueólogos y antropólogos utilizamos normalmente (Agorsah, 1990).



El Palomar de Oliete

Las únicas diferencias que se pueden establecer en la ordenación urbanística de estos poblados es la existencia de una calle central, en oposición a la plaza. Puesto que la constante parece estar en una adaptación perfecta al medio físico disponible, habría que plantearse entonces si existe un esquema mental previo que motive la elección de uno u otro emplazamiento, de un espolón

alargado más o menos amplio, o de un cabezo más circular, y si ese mismo modelo de regularidad puede constatarse en cada una de las unidades valle, o en una determinada agrupación de ellas.

Es el tiempo el que introduce ciertos cambios en la pertinencia del esquema mental de la vivienda en estos poblados, aunque podemos constatar el hecho de que el espacio doméstico es uno de los elementos que más difícilmente se transforman y cuando lo hacen, suelen responder a metamorfosis de cierta envergadura<sup>5</sup>. En el caso de las viviendas ibéricas del valle del Ebro, la tendencia es a la duración del modelo de unidad de habitación heredero de las comunidades de la Edad del Bronce, que sigue siendo pertinente al menos hasta la llegada de los romanos a la zona. De manera paulatina, la compartimentación de la casa se va haciendo más compleja, bien sea mediante la separación arquitectónica en dos e incluso tres estancias, bien manteniendo el módulo rectangular de un sólo ambiente, pero ampliando la vivienda a varios de esos módulos dedicados cada uno de ellos a distintos usos. Puesto que esa complejidad responde a utilidades de las nuevas estancias relacionadas con actividades de transformación de marcado carácter económico, todo hace pensar que tal complejidad se encuentra asociada a las vicisitudes del sistema de subsistencia de estas comunidades.

<sup>5</sup> Según Decary citado por G. Feeley-Harnik, "The Sakalana House (Madagascar)", *Anthropos*, 75, pp. 559-585.



Las mayores desestructuraciones espaciales parecen producirse con la aparición de los intereses romanos en el norteste de la Península en general y en el valle del Ebro en particular. Con posterioridad a las confrontaciones entre romanos y cartagineses en la zona, comienzan a surgir nuevos asentamientos, que en no pocas ocasiones parecen reocupar antiguos poblados abandonados y cuyos espacios domésticos presentan ya las complejidades de uso a las que hemos aludido. Sin embargo, es años después de su creación cuando se materializan las nuevas formas de pensar la casa familiar. Modelos profundamente itálicos, como los documentados en Salduie y en el Cabezo de Alcalá de Azaila, multicompartimentados y polifuncionales, conviven con o sustituyen a los antiguos módulos cuadrangulares más simples, introduciendo nuevos códigos espaciales que connotan y simbolizan una manera distinta de utilizar el espacio, de pensar la familia. Estas viviendas, de mayor tamaño que las anteriores, se encontrarían asimismo centralizadas con respecto a un patio abierto, en torno al cual se articula un espacio doméstico fuertemente compartimentado, no sólo en cuanto a sus áreas de actividad, sino también en cuanto a sus zonas de residencia. Es más, el significado de dicha estructuración se haría conscientemente más explícito mediante la utilización de elementos decorativos cuya naturaleza intrínseca es de carácter fuertemente simbólico. Todo ello supone una descodificación del espacio que acabará por desarticular la aprehensión de la realidad de las comunidades indígenas, hasta terminar con su identidad como grupo.

Estos nuevos esquemas cognitivos parecen ser introducidos por los romanos únicamente en los asentamientos pertenecientes al grupo étnico de los *Sedetani*, en aquellos núcleos que desempeñan un papel preponderante en la articulación del territorio como ciudades que son, y en torno a los que se desarrolla un sistema económico monetario incipiente. Sin embargo, entre los *Ausetani* del Ebro no se han documentado tales modelos itálicos, ni siquiera en El Palao, único asentamiento ausetano que ha querido ser identificado con una ciudad. Y otro tanto ocurre entre *Ilercavones*, donde en apariencia no existe ningún núcleo plenamente ciudadano. En ambos territorios la introducción de los nuevos esquemas espaciales

pertinentes se producen en relación con la forma y funcionalidad de ciertos asentamientos -Torre Cremada, El Perengil-, cuya simbología parece presentar connotaciones que tienen que ver más con una forma de vida, con una apropiación cognitiva del mundo, en la que lo territorial sigue teniendo cierta preponderancia frente a lo urbano.

En cualquier caso, puede comprobarse para el desarrollo de las comunidades protohistóricas septentrionales, cómo las formas de las viviendas siguen siendo válidas para varias generaciones, de la misma manera que, a decir de Rudofsky (1973: 6), perviven aquellas herramientas igualmente y aún útiles.

### 1.2.- Signos del espacio urbanizado

En los esquemas perceptivos de la articulación interna de los poblados se aprecia un claro diseño activo del entorno natural, puesto que sus bordes se apoyan nítidamente en el entorno del cabezo o cerro elegido para el asentamiento y aprovechado por su utilidad potencial para la construcción de un nuevo paisaje artificial. Estos bordes denotan una superficie definida, una ruptura de la continuidad del espacio territorial. Y es a través de su función delimitadora como se convierten en elementos con significado propio en un segundo nivel de articulación codicológica que los convierte en signos connotadores de seguridad y de lo interior por dicotomía con lo exterior; sólo cuando se ha establecido estas dos categorías puede sentirse que se reside. íntimamente ligada con esta experiencia de pertenencia a un lugar, se encuentra la identidad de uno mismo, por lo que la figura de los bordes de un asentamiento pueden connotar simbólicamente el significado de comunidad, pertenencia a un grupo, por oposición a otros grupos vecinos. Como rasgo universal al desarrollo cognitivo del ser humano, se asume que toda aglomeración demográfica genera un sentimiento de pertenencia a la comunidad, y dicho sentimiento de pertenencia es indudablemente mayor cuando se habita en el interior de un recinto amurallado, que es percibido de manera constante (Le Goff, 1991: 17).

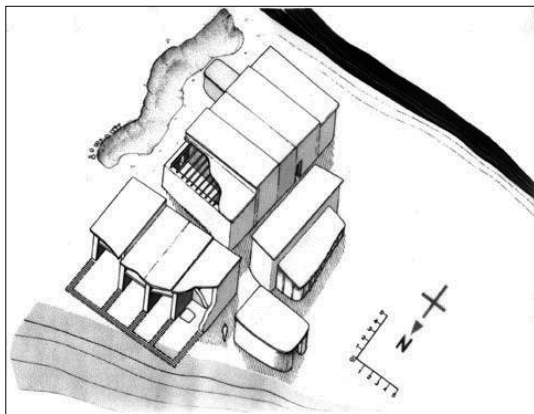
La muralla es el signo arquitectónico que construye los límites en la mayoría de los casos de las comunidades ibéricas del valle del Ebro. Mediante su símbolo son comunicadas las relaciones dialécticas entre un fuera y un dentro, entre el campo y la 'ciudad'. Y es precisamente esa relación dialéctica lo que lleva a dotar de un especial valor a la



puerta, como significante de la función de correspondencia, de intercambio entre los habitantes del poblado y sus alrededores. En el interior de las murallas, éstas determinan la distribución de los barrios de viviendas y del centro. En nuestro registro arqueológico protohistórico se ha podido comprobar cómo la primera fase de la construcción de los poblados es la erección de la muralla, y a partir de ella se edifican las casas, de tal manera que la forma, el número, la ubicación y la configuración de los barrios depende en gran medida del espacio delimitado por aquélla. Pero desde el exterior, la importancia simbólica del recinto amurallado, reforzada mediante las torres, es aún mayor si cabe, convirtiéndose en un icono de la comunidad. Según Tuan (1987: 106) erigir un edificio supone un acto de religiosidad en el que están profundamente involucrados los sentimientos individuales y sociales de las personas que lo alzan. Y ello debe ser así aún más cuando la construcción es la del propio hábitat colectivo de la comunidad y esta se lleva a cabo mediante la materialización de un diseño preconcebido, como es el caso de la práctica totalidad de los poblados objeto de nuestro estudio.

Las murallas de estos asentamientos ayudan a demarcar un conjunto arquitectónico en el que pueden detectarse un esquema cognitivo muy similar en lo esencial a la representación mental de la casa e incluso del territorio, como luego veremos: un eje vertebrador y vía de comunicación -la calle o espacio central-, a ambos lados del cual, según el espacio disponible, se sitúan los hitos o

mojones -las viviendas- que se agrupan en barrios, definidos únicamente por su ubicación espacial, puesto que no es posible detectar ninguna diferencia de valoración entre ellos<sup>6</sup>. La vivienda protohistórica puede considerarse pues una forma o un sistema de formas arquitectónicas diseñadas para el desempeño de determinadas funciones encaminadas a cubrir necesidades precisas, pero también, de acuerdo a un segundo nivel de articulación de lenguaje espacial, puede percibirse como un signo -un enunciado si atendemos a la codificación por estratos sucesivos- perteneciente al código urbanístico de aquellas comunidades. En este, la vivienda denotaría la propia acción de habitar y connotaría una manera propia de utilizar, de pensar el espacio doméstico.

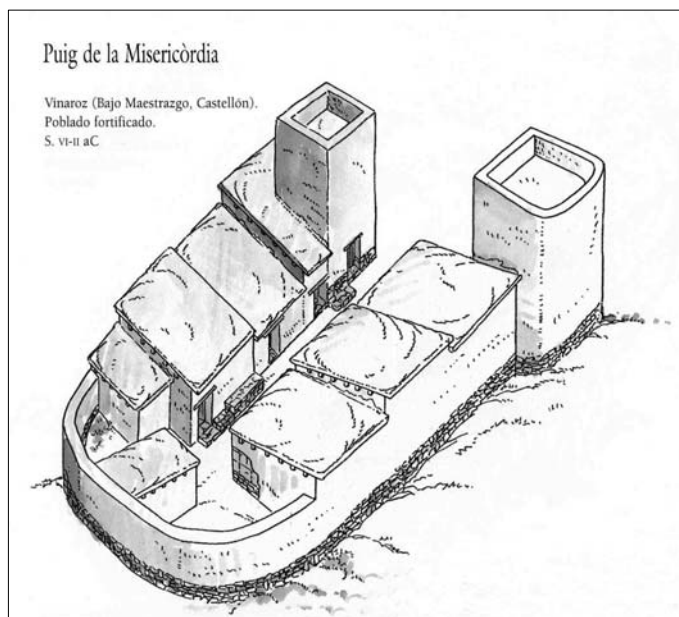


Habría que exceptuar, eso sí, aquellas casas donde se realizarían actividades muy concretas, no generalizadas al resto de los espacios domésticos, por lo que se constituirían en puntos de referencia para la totalidad de la comunidad. Son por ejemplo, los hornos en el Alto de la Cruz y el Barranc de Gàfols o los talleres de hilado

y tejido de San Antonio de Calaceite. Muy posiblemente su significado social connotaría una restricción espacial tipo espacio masculino:espacio femenino, e incluso tal vez de edad. No sería de extrañar que ciertas estancias del poblado fueran utilizadas únicamente por un sólo grupo de género o incluso de edad. No obstante, parece claro que todos estos espacios, estos hitos en la articulación urbanística en determinados poblados se convierten en signos simbólicos cuyos significados funcionales son significaciones a su vez de las necesidades de subsistencia de la comunidad.

<sup>6</sup> Es interesante apuntar que en no pocas culturas preindustriales actuales ha podido constarse una expansión familiar dentro del poblado que tiene como resultado una estructura urbanística diferenciada en barrios, cada uno de los cuales pertenece a un clan [cf. Agosah (1988); S. Boni, "History and social structure: a study of the Sefwi residential system (Ghana)", *Ethnology*, 37.3 (1998), pp. 239-262]. Asimismo, esta forma de distribución espacial se ha querido ver en la cultura castreña del noroeste de la Península Ibérica [cf. A.C.F. da Silva, *A Cultura Castreja do Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira 1986].

Por su parte la calle, como senda, presenta las mismas categorías de espacio comunicador que veremos para los caminos territoriales, pero en su pertenencia al código urbanístico, denota también una función de eje centralizador para el resto de los elementos que conforman el poblado, por lo que simbólicamente puede llegar a connotar la propia



vida en comunidad. Es el único espacio público común a todos y cada uno de los miembros de dicha comunidad, sin restricción alguna por pertenencia a grupos de sexo, edad o rol social.

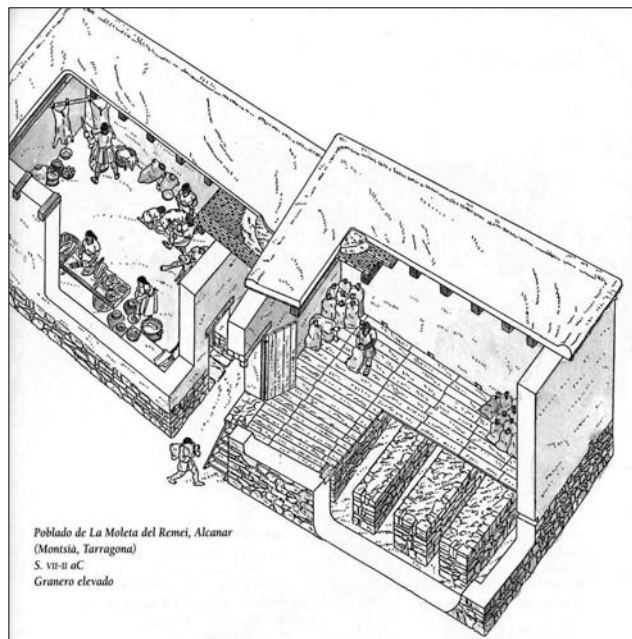
El centro es a menudo una metáfora espacial simbolizadora del papel del individuo en la sociedad. Cuando la centralidad está directamente relacionada con el lugar de habitación, y no con la sepultura, refleja una diferenciación del poder asimilada a través de la percepción del lugar propio en el mundo. Pero si la sociedad tiene una base igualitaria, el centro es significado mediante un elemento común, en nuestro caso la calle o plaza central. Esa misma centralidad potencia el sentimiento de etnicidad. Todos los grupos étnicos piensan en sí mismos como el centro y los otros son percibidos como jerarquizados en función de su distancia con respecto a dicho centro (González Rubial, 2000: 12).

No obstante, existe un asentamiento que destaca por su singularidad desde los primeros momentos de formación de estas comunidades ibéricas: Aldovesta. La elección de este núcleo como centro redistribuidor de objetos de prestigio foráneos queda reflejada arquitectónicamente en una articulación del espacio construido radicalmente diferente a la del resto de los poblados septentrionales de entonces. Dicha ordenación parece responder a un esquema perceptivo en el que el elemento destacado como mojón simbólico sería el llamado edificio C, cuya

funcionalidad de lugar de almacén se encuentra reforzada de manera arquitectónica.

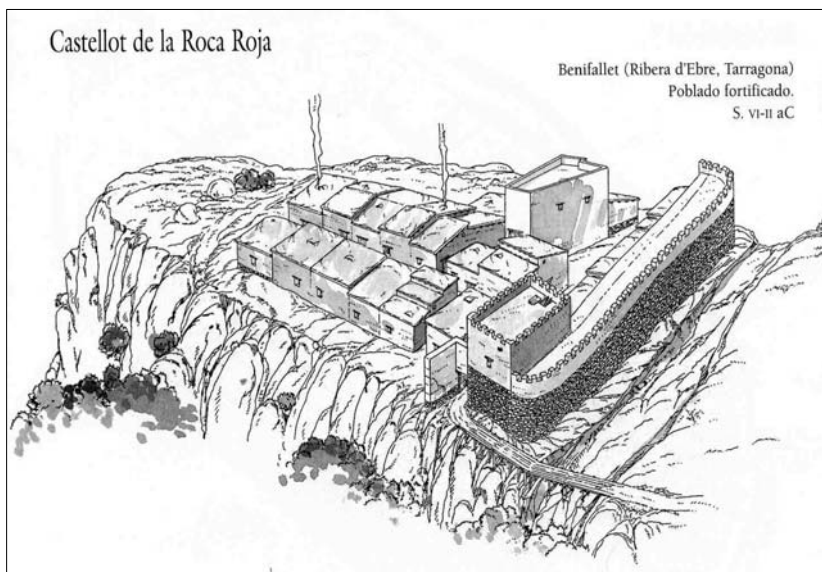
Con el paso del tiempo, en cada una de las unidades territoriales van surgiendo determinados poblados, cuya ordenación urbanística presenta un código con una mayor complejidad sintáctica, una incipiente variedad en la articulación de los espacios domésticos y un surgimiento paulatino de ámbitos dedicados a actividades artesanales y funciones de almacén, diferenciados mediante sus formas constructivas. Destaca sobre todo lo acontecido en el poblado ilerconvón de La Moleta del Remei, que presenta un código urbanístico algo singular debido a cierta complejidad. Desde cronologías tempranas se ha documentado la existencia de un espacio de transformación económica de carácter comunitario en torno a un horno. Dicho horno se convierte en signo denotador de transformación del cereal en alimento, al mismo tiempo que su articulación con

artefactos de carácter ritual, es decir con una fuerte carga simbólica, lo transforma en icono de una determinada manera de pensar el sustento y, más concretamente, el cereal como modo de subsistencia. Ese mismo peso social y simbólico del cereal, queda reflejado en la construcción de sendos almacenes de grano en los que se ha utilizado unos módulos constructivos distintos a los del resto del poblado.



No obstante, el esfuerzo y el énfasis arquitectónico no se refleja en los espacios de residencia, sino en un elemento urbanístico cargado de un fuerte carácter comunal como es la muralla. La existencia de torres circulares o torreones cuadrangulares hacia el interior de algunos de los poblados pertenecientes a los *Ausetani* del Ebro, contruidos igualmente con una mayor inversión de energía, ha llevado a una consideración tradicional de ambos como elementos integrantes de

un sistema defensivo más amplio. Sin embargo, la diferenciación arquitectónica existente entre estas 'torres' y aquellas otras que se encuentran formando parte integrante de la edificación del lienzo de muralla,



junto con la probada función de almacén que detentarían en no pocas ocasiones y la existencia de reforzamientos defensivos en la zona de acceso al poblado donde ellas se ubican, nos lleva a proponer para éstas un probable papel de hito simbólico del poblado, que no sólo le vendría dado por su importancia arquitectónica, sino por su contenido y el papel jugado por éste en las relaciones socioeconómicas y culturales de los habitantes del asentamiento.

Apuntemos aquí únicamente que, en ocasiones, las torres detentan un carácter algo más que defensivo y estratégico. En el pasado, estas construcciones verticales presentan un significado marcado fuertemente por el simbolismo, la mayoría de las veces de carácter religioso -espirales, zigurats, minarettes, pagodas, ...-. Pero existen, asimismo, no pocos sistemas sociales y culturales, donde el énfasis arquitectónico se detecta en los espacios de almacenamiento y en los que éstos se encuentran asociados a comunidades para las que el alimento es considerado como un producto divino: graneros de arquitectura hasta tal extremo solemne, que para los profanos se asemejan a construcciones con finalidades religiosas (Rudofsky, 1973: 8, fig, 119)<sup>7</sup>.

En cualquier caso, la percepción que de un hábitat de este tipo tendría cualquiera de sus moradores, contrastaría notablemente con la 'pensada' por los vecinos de un poblado de las características de El Taratrato, cuya ordenación

<sup>7</sup> Pensemos en una de las manifestaciones más famosas de la arquitectura rural peninsular: los hórreos o depósitos de grano gallegos. Sólidamente contruidos y claramente visibles, emanan una dignidad manifiesta, no ajena al respeto religioso que los campesinos sienten hacia el pan y hacia la materia prima que interviene en su elaboración.

urbanística y doméstica siguen manteniendo vigente un esquema estructural tradicional. Existen pues, distintos mapas cognitivos del espacio urbanizado y doméstico, en un mismo territorio e, incluso en una posible subdivisión de éste, si por tal entendemos los valles secundarios de los tributarios del medio Ebro. Y son precisamente esas diferentes imágenes de los lugares de habitación, las que marcan las diferencias entre los únicos hitos constructivos del espacio territorial, una vez desaparecidas las necrópolis.

Pero, al mismo tiempo, uno de los elementos constitutivos de los esquemas más complejos, las murallas, ayudan a acentuar de forma arquitectónica esa diferencia, adquiriendo así los asentamientos un carácter simbólico que hay que añadir al de protección, y que, por otra parte, trasciende su función delimitadora y globalizadora de la imagen perceptiva del hábitat, al transformar éste en un mojón claramente destacado como signo diseñador de la cognición del territorio. La concepción del espacio que se encuentra detrás de un esquema cognitivo del espacio restringido de estos poblados ibéricos estaría más en consonancia con la primera idea espacial de la historia, en la que, según Gedion (1975: 491-492) el interés se centra en los volúmenes, en la supremacía de la vertical, complementada con la horizontal, el eje y la simetría.

Finalmente, es a partir de la llegada de los romanos a la zona cuando comienzan a materializarse arquitectónicamente importantes cambios en la articulación urbanística de determinados poblados. Aludimos en su momento a la fundación de nuevos núcleos entre los *Sedetani*, en los que inicialmente se pone un mayor énfasis en los lugares en los que se guardan las vasijas de almacenamiento; si bien éste no es un hecho exclusivo de los asentamientos sedetanos, puesto que se ha documentado también en El Castell de Amposta, de filiación ilerconvona. Posteriormente, en esos mismo núcleos urbanos se producen nuevas articulaciones que desestructuran el espacio de sus habitantes, y lo hacen mediante la introducción de elementos tan simbólicos y con una carga ideológica tan importante como son los templos del Cabezo de Alcalá de Azaila o de El Palao.



Estos núcleos, como esquemas resultantes fuertemente estructurados que son, presentarían una mayor complejidad perceptiva al existir dos áreas claramente diferenciadas, espacial y simbólicamente, por una muralla. Ésta estaría delimitando un centro situado en la cima del cabezo, y separando éste de un barrio *extra moenia* constituido por el hábitat en ladera. Con el registro arqueológico existente hasta el momento, no es posible llegar a plantear un posible mapa cognitivo de este último que tuviera una estructuración significativa en sí misma, aunque sí parece factible su existencia en la unidad diferenciada del barrio amurallado. En ésta existen, como en períodos anteriores, bordes y vías que delimitan áreas o barrios, y nodos, destacados constructivamente mediante mojones en la mayoría de las ocasiones. Estos últimos están conformados por determinados edificios que, debido a su carácter religioso o civil -no sólo económico- se convierten en signos con una fuerte carga simbólica, no detentada por el resto de las construcciones. De éstas, sin embargo, habría que entresacar ciertas viviendas que, a consecuencia de su mayor complejidad estructural y en comparación con las casas más tradicionales, se transforman igualmente en hitos del espacio urbano.

Pero, estas importantes transformaciones se llevan a cabo únicamente en aquellos núcleos elegidos por los romanos para detentar el rango de ciudad. La descodificación de la estructura comunicativa de su espacio precipitaría la pérdida de identidad de sus habitantes o, lo que es lo mismo, de la percepción del ordenamiento de la realidad, y por tanto, facilitaría la implantación del nuevo orden ciudadano de carácter urbano simbolizado en el templo y en el nuevo modelo de casa familiar.

Sin embargo, en los terrenos más orientales del territorio ausetano y en el ilercavón, el proceso de desestructuración parece tener un carácter más 'rural' y menos urbano, pues no se constata la existencia de núcleos con rango ciudadano. No obstante surgen asentamientos que manifiestan un cierto carácter diferenciador, tanto en su percepción desde el territorio circundante, como en su articulación interior. Así, Torre Cremada presenta unos esquemas un tanto tradicionalistas, puesto que si bien las viviendas se encuentran compartimentadas

en varias estancias con formas trapezoides, la articulación global del pequeño asentamiento se hace a partir de una calle central de acuerdo con una idea muy similar a la de los antiguos asentamientos de la zona. El Perengil, por su parte, es en sí mismo un edificio verdaderamente singular en cuanto a su arquitectura. Y ambos están significando necesidades de captación y distribución de productos, si atendemos a la importancia de los elementos de almacén -tanto artefactos muebles como signos arquitectónicos.

### 1.3.- Signos del espacio territorial

Debido a su potencial utilidad en la construcción del paisaje artificial semantizado, el íbero capta del medio ambiente natural determinados elementos. Puesto que, de alguna manera, dichos elementos se encuentran interrelacionados estrechamente con los signos construidos utilizados e implicados en la elaboración de la imagen cognitiva del espacio, creemos innecesaria una enumeración exhaustiva de los mismos, aunque serán tenidos en cuenta a la hora de sistematizar las cogniciones -entendidas éstas como signos reconocidos por el individuo- implicadas en la categorización del entorno.

Durante los siglos de formación de la cultura ibérica a la que pertenecerían los *Sedetani*, *Asusetani* del Ebro e *Ileraugates/Ilercavones*, ha sido posible documentar en sus territorios un patrón de poblamiento lineal. Cada uno de los valles fluviales secundarios -Huecha, Jalón, Huerva, Aguasvivas, Martín, Regallo, Guadalope, Matarraña, Algars, Seurana- y el propio Ebro en su tramo final, se conforman como unidades espaciales independientes con una articulación territorial similar.

Dicha articulación se realiza mediante unas formas que pertenecen al segundo nivel de articulación del código espacial territorial. Una serie de nodos, hitos, sendas, bordes y barrios ayudan a reconocer direcciones y áreas de habitabilidad, y todos ellos estructuran los esquemas perceptivos y de reconocimiento resultantes de la cognición de dicha unidad territorial. Los elementos del entorno natural, el río y las coberteras de los valles, se convierten respectivamente en la senda y los bordes que dibujan el eje vertebrador, el

primero, y los límites de la unidad territorial los segundos. Los poblados y las necrópolis, por su parte, se transforman en hitos significantes de lugares específicos. Y los bosques y campos de cultivo se configuran en sendos barrios a causa de la homogeneidad de su información pertinente.

Mediante el desarrollo de las funciones encargadas de cubrir las necesidades de apropiación del entorno, este sistema de formas se convierte en signos del segundo nivel de articulación del código espacial de estas comunidades protohistóricas. Son signos denotadores de orientación que responden a un conjunto de expectativas y de hábitos adquiridos mediante convención cultural. Todo paisaje tiene direcciones y lugares que desempeñan la función de ayudar a sus habitantes a encontrar un sitio donde afirmarse. Sus posibilidades de movimiento son finitas y las rutas a seguir no responden a la regla matemática de que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, por el contrario, existen caminos preferentes que denotan al mismo tiempo distancia mínima, seguridad y máxima experiencia. La capacidad cognitiva del ser humano le hace pensar en el punto de origen y de destino, éste conocer de dónde viene y a dónde conduce es lo que proporciona al caminante el sentido de orientación cuando los recorre (Lynch, 1960: 54; Norberg-Schulz, 1975: 26-27). Estos caminos están determinados por las actividades humanas, denotan una función de comunicación que cubre la necesidad de movilidad de los habitantes y connotan cierto significado simbólico puesto que conducen a lugares icónicos. Por lo tanto, la red de senderos resultante, más o menos geométrica dependiendo de las condiciones topográficas, revela las posibilidades de movimiento del hombre y simboliza un significado de comunicación, de terreno conocido, de extensión de su mundo, es decir, un modo concreto de pensar el territorio.

Y en esa forma de pensar el territorio, de controlarlo, el río es uno de los signos codicológicos destacados. El curso fluvial denota las funciones primarias de necesidad de agua para la vida, de fertilidad. Y connota al mismo tiempo separación y unificación; divide la superficie, pero también define un espacio común a ambas riberas. Es más, como signo de unión, se ve reforzado por su

función como vía de comunicación principal<sup>8</sup> entre los espacios existentes río arriba y río abajo, por lo que podríamos hipotetizar sobre la existencia de tales conceptos espaciales en el universo conceptual de las comunidades protohistóricas de cada uno de estos valles secundarios. Por su parte, las coberteras de los ríos, marcan la dicotomía interior:exterior al responder a las necesidades de delimitación del mundo conocido intrínsecas al ser humano. Solamente si se ha establecido lo que es exterior y lo que es interior, se llega a la connotación de habitar, y gracias a la relación entre uno y otro, las acciones se localizan produciendo una experiencia del lugar que está en estrecha relación con la identidad individual (Norberg-Schulz, 1975: 30). Y si esa experiencia del lugar es generalizable a cada uno de los miembros de las comunidades de cada valle, todos ellos tendrán cierta conciencia común, una identidad compartida como habitantes de un mismo territorio, opuesta de alguna manera a la perteneciente a los habitantes del exterior, de los valles contiguos.

Por su parte, los hitos perceptivos conformados por los poblados y las necrópolis, se convierten en unidades de reconocimiento dentro de cada territorio. Debido a la codificación del espacio por estratos sucesivos, tanto unos como otros se convierten en enunciados en el sistema de articulación territorial, puesto que ambos se componen de artefactos que pueden considerarse signos de un nuevo código más analítico<sup>9</sup>. Los poblados indican un lugar de habitación, al mismo tiempo que implican una comprensión importante del espacio natural al reutilizar formas del código geográfico -cerros, espolones,...-, mediante la construcción de formas artificiales. Las unidades perceptivas resultantes llevan a los asentamientos a cubrir parte de las necesidades de localización y el desempeño de esa función los convierte en signos denotadores de orientación. Asimismo, su carácter domesticado por oposición a lo no domesticado o silvestre, los convierte en signos connotadores de seguridad, de espacio humano, reflejando un modo concreto de

---

<sup>8</sup> El agua es uno de los factores ambientales críticos y como tal posee importantes connotaciones emocionales. Todas las culturas han dado un valor inconsciente al agua pura y son numerosos los arquetipos en los que se alude a sus propiedades purificadoras y los mitos ilustrados centrados en el papel desempeñado por su pureza (García Bernáldez, 1985: 12).

<sup>9</sup> Las necrópolis no serán objeto de estudio en el siguiente nivel analítico, pues inicialmente quedaban fuera de nuestro trabajo sobre el uso y articulación del espacio en el mundo ibérico del valle medio del Ebro, aunque somos conscientes de que en ellas se lleva a cabo una utilización de espacio aún más simbólica si cabe.

pensar la vida en comunidad, sin que en este momento formativo de la cultura ibérica pueda apreciarse una jerarquía con respecto al orden valorativo que suele acompañar al simbólico. Esa misma dicotomía doméstico:silvestre está connotada por los campos de cultivo, por antagonismo con el bosque, espacio de vida salvaje no dominada<sup>10</sup>.

Por último, las necrópolis, denotan el espacio de los muertos, por oposición al espacio de los vivos que es el poblado, aunque puede connotar un significado simbólico de lugar de habitación de los antepasados, comunicando una determinada percepción de la muerte. Ésta conduce en sí misma a la desintegración de la sociedad, pero si la comunidad la convierte en un acontecimiento propio, pasa a transformarse en un factor estabilizador del orden social. Desde una perspectiva intercultural, la sepultura es la manera más generalizada de llevar a cabo esa apropiación, al unir el mundo de los vivos con el de los muertos. Y es necesario que ésto ocurra para la constitución de la sociedad, por lo que las necrópolis se convierten en uno de los signos de referencia de la cultura y de la autoconciencia e identidad social (Choza - Choza, 1996: 42-43).

Pero si intentamos una ampliación geográfica que abarque la totalidad del valle del Ebro, nos damos cuenta de que las necrópolis adquieren un cierto valor simbólico añadido como hito remarcador de lugares destacados, así como elemento caracterizador de un determinado territorio, más amplio, en el que el eje articulador volvería a ser un curso fluvial, el del Ebro. Los tipos de regularidad que pueden descubrirse, no sólo en las características constructivas de los enterramientos, sino también en los objetos constitutivos de los ajueres, permiten detectar ciertas diferencias en los ritos funerarios de estas necrópolis tumulares, que al ser sistematizadas ponen al descubierto significativas distinciones geográficas, que, sin embargo, no coinciden con las nombradas unidades valle, al abarcar varias de éstas.

---

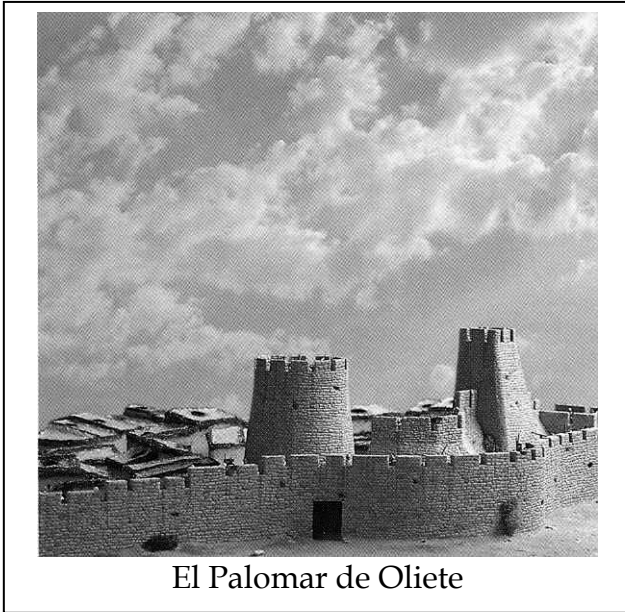
<sup>10</sup> Es interesante reseñar un reciente trabajo sobre el proceso mental subyacente en la representación iconográfica de los denominados 'vasos del arado' del Cabezo de la Guardia (Alcorisa, Teruel) y del Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel). García Quintela (1999-2000) apunta acertadamente la existencia en sus imágenes de tres espacios diferentes -poblado, campiña agrícola y monte de caza-, que no hacen otra cosa que connotar una función tripartita del territorio en la concepción cognitiva que de éste, tienen sus habitantes.

En cualquier caso, el resultado es un territorio humanizado que muestra simultáneamente fertilidad, cierto ritmo y cierta legibilidad estructural. Estas tres características de la imagen resultante se han considerado significantes universales de las necesidades de regularidad, de visibilidad y, en última instancia, de control de la naturaleza que tienen las sociedades campesinas en su interrelación con el entorno (González Bernáldez, 1985: 44-45). Las primitivas comunidades agrícolas se encaminaron a la significación del territorio mediante áreas caracterizadas por su cerramiento y la proximidad de sus signos constituyentes. Estas 'regiones' funcionaban como espacios potenciales para las actividades humanas, definidos por direcciones naturales, de tal manera que se generaba un terreno firme existencial que proporcionaba al individuo un sentimiento de amparo y ubicación, en el que incluso las 'zonas en blanco' de *mappa* cognitivo personal estaban localizadas con respecto al esquema de perceptivo de la totalidad del territorio (Norberg-Schulz, 1975: 29).

Así pues, la articulación del espacio en los valles secundarios de esta parte del valle del Ebro durante los años de formación de lo que posteriormente serán los grupos étnicos de *Sedetani* y *Ausetani* del Ebro, puede esquematizarse en una forma espacial angular, más o menos rectangular, tanto en las viviendas como en la mayoría de los poblados, como en el territorio. Un esquema lineal delimitado, con un eje vertebrador de circulación continua -arriba:abajo- que simboliza la conexión, la pertenencia a un grupo determinado -sea éste territorial, comunitario o familiar-, y dos áreas laterales -derecha:izquierda- en donde se ubican los espacios de actividad, de residencia/descanso, de almacén/alimento y producción. Cada uno metonimia del siguiente y todos ellos metáforas, reproducciones materiales del cosmos, de la forma de pensar el mundo el íbero de aquellos lugares y tiempos, cuyas significaciones últimas no podemos llegar a conocer en detalle.

Sin embargo, a pesar de estas regularidades existentes en el poblamiento protohistórico inicial de estas comarcas interiores -aragonesas y catalanas-, se constata un nuevo esquema articulador del espacio que parece responder a una diferente imagen territorial, caracterizada por la retícula, por la intersección de una serie de sendas, de vías de comunicación, en este caso no necesariamente

fluviales. Poblados y necrópolis, como mojones identificadores del territorio, se convierten además en nodos, al situarse en estas zonas de confluencia entre los caminos terrestres, que parecen seguir la vertical marcada por la línea de costa, y



El Palomar de Oliete

las veredas fluviales que comunican la llanura litoral con el interior. Las necrópolis aquí, al no presentar una proyección constructiva exterior, no detentarían un rango especial en comparación con los poblados como hitos simbólicos del territorio, aunque, sin embargo, Aldovesta supondría un punto de referencia importante, si no jerárquica, sí simbólica, con respecto a los asentamientos de la zona.

Poco a poco comienza a desarrollarse una serie de transformaciones generalizadas que tienen como consecuencia una articulación territorial, una imagen del territorio significativamente distinta de las posteriores, después de haberse conseguido un nuevo equilibrio, caracterizado por una cierta estabilidad en la evolución de las comunidades protohistóricas de la zona. La pérdida de pertinencia del esquema perceptivo anterior, no se produce únicamente a causa de los cambios acontecidos en las ubicaciones de algunos de sus componentes, de los poblados por ejemplo -destrucciones y abandonos de antiguos hábitats y construcción de otros nuevos-, sino por las transformaciones en la simbología de algunos de sus signos anteriores. Así, las necrópolis, tras sucesivas permutaciones en sus tipos de regularidad e incluso en sus lugares de ubicación, acaban desapareciendo por completo del territorio. Poco a poco, son los asentamientos los hitos que se van transfigurando en centros desde donde parten y hacia donde se dirigen todas las direcciones, que empiezan a traspasar los valles fluviales secundarios, al entrar en funcionamiento, a juzgar por las valoraciones de los

nuevos poblados, las rutas de comunicación que pasan por las comarcas del Bajo Aragón, Matarraña y Terra Alta<sup>11</sup>.

Una situación similar es la reflejada en los esquemas perceptivos del espacio ilercavón que sufren una cierta evolución, que no hace otra cosa que afianzar la imagen territorial anterior, aunque igualmente reflejan ciertos cambios en la percepción de la ordenación urbanística. El continuo funcionamiento de las vías de comunicación ya existentes con anterioridad y su articulación reticular, produce la aparición de nodos de intersección y de áreas delimitadas por dichas sendas, que desde ahora van a ser el espacio preferido para el asentamiento de los hábitats ilercavones, y no sólo en la zona costera, sino también en las áreas más arduas del valle del Ebro. Se produce así cierta atomización territorial, al igual que ocurría en las comarcas anteriores, reforzada simbólicamente por la imagen arquitectónica del espacio construido de los poblados ilercavones más destacados que, a partir de finales de este siglo, van a construir sus sistemas defensivos, de los que quizá el más reseñado sea el de El Castellet de Banyoles.

Con la aparición de los romanos en escena, vuelven a documentarse señales de un nuevo desequilibrio cuya resolución se manifiesta en una reestructuración de la articulación de los diversos niveles de espacio, que, a su vez, supone una nueva categorización de los mismos. En el marco del territorio, la imagen estructural y significativa se elabora en torno a dos elementos básicos: las vías de comunicación y los lugares de residencia. Con respecto a las primeras, y por lo que se refiere al espacio de los *Sedetani* y *Ausetani* del Ebro, se producen ciertos cambios en su articulación: la pérdida de peso específico de determinadas sendas y la potenciación de otras, mediante un nuevo cambio de ubicación de los poblados utilizados como hitos demarcadores del territorio. A partir de este momento, la mayoría de los valles secundarios van a perder parte de su carácter comunicador y sólo se van a destacar las zonas de sus confluencias con el Ebro,

---

<sup>11</sup> Por un lado, el intrincado trazado que adopta el Ebro a su paso por las Sierras de Mequinenza y los Rincones, provoca que el camino de Zaragoza a Tortosa abandone el valle y cruce la Terra Alta, a pesar de sus dificultades orográficas, transcurriendo junto a Gandesa, Coll del Moro, Batea, Maella y Caspe. El otro camino importante sería el que desde Tarragona conduce a Alcolea del Pinar -la carretera actual N-420-, pasando por Falset, Gandesa, Coll del Moro, Calaceite y Alcañiz, y trazando el camino más corto dentro Cataluña y el centro de la Península (Arteaga - Padró - Sanmartí, 1990: 20).



que refuerza así su papel de cañada principal, hasta un determinado punto en el que su cauce se hace más difícil de transitar.

La cognición de un signo simbolizador del territorio como puede ser una vía de comunicación destacada, es facilitada mediante la construcción de poblados en las áreas más sobresalientes de las mismas, que suelen coincidir con zonas de convergencia con caminos secundarios. La ubicación de los núcleos protohistóricos anteriores en esas confluencias y en relación con al menos un valle fluvial, mantendría una cierta pertinencia en el esquema perceptivo global del espacio sedetano e ilerjavón. Pero, puesto que parece ser una constante en la imagen espacial de las comunidades del entorno mediterráneo y continental<sup>12</sup>, es en éstos donde, además, puede manifestarse cierto simbolismo sagrado si el lugar escogido para la construcción del asentamiento es la concurrencia de dos ríos<sup>13</sup>. Esta coincidencia en parte de los elementos fundamentales de estos esquemas espaciales, quizás esté apuntando la entrada de estas comunidades ibéricas en un marco socio-económico mayor, basado en unas relaciones de intercambio más o menos complejas.

Asimismo, dichas áreas de intersección se convierten en imágenes globales estructuradas significativamente, mediante el establecimiento en ellas de una agrupación de poblados que marcan la extensión de unos territorios cada vez más atomizados. En dicho esquema perceptivo no existen elementos naturales que puedan ser usados para concretizar sus límites, por lo que éstos han de estar explícitos en la propia ubicación de los asentamientos y en la extensión de las tierras, de las que sus habitantes captarían de manera inmediata los recursos. Las vías de comunicación vendrían dadas por las sendas naturales existentes entre cada uno de los hitos. Y éstos estarían constituidos por los hábitats, únicos lugares construidos, para los que además puede deducirse un cierto orden simbólico

---

<sup>12</sup> En el Lacio y Etruria, éstos se asientan en las mesetas situadas en la confluencia de dos ríos [cf. M. Cristofani, "Società e istituzioni nell'Italia preromana", M. Pallottino (dir.), *Popoli e Civiltà dell'Italia preromana*, 7, Roma 1978, pp. 51-112 :58]. En la Galia Narbonense, los *oppida* se sitúan a lo largo de la vía Heraklea y las vías de comunicación y de penetración hacia el interior que constituyen los valles fluviales transversales [Y. Solier, "Les *oppida* du Languedoc 'Iberique': aperçu sur l'évolution di groupe narbonnais", *II Col.loqui Internacional d'Arqueologia del Puigcerdà*, Puigcerdà 1978, pp. 153-167 :155]. Esas mismas pautas estratégicas y económicas se encuentran en las ubicaciones de los asentamientos de la Galia más interior [V. Kruta, *Los celtas*, Madrid 1992 :145].

<sup>13</sup> Así ha podido constatarse entre los celtas continentales (Marco Simón, 1990: 168).

existente entre sus imágenes globales. No cabe duda de una mayor percepción de aquellos hábitats cuya extensión superara la cima amesetada del cerro, y se expandiera por sus laderas y llano más inmediato. Es más, en una visión del conjunto del territorio restringido, los fosos se convertirían en los elementos delimitadores y unificadores, que vendrían a sustituir artificialmente a los barrancos naturales que dibujan el entorno de los poblados de los primeros siglos protohistóricos, al recortar, en la visión global del paisaje, el lugar ocupado por el hábitat.

Por lo que se refiere a los signos espaciales del grupo étnico ilerconvón, su imagen territorial parece quedar reducida a la zona costera, puesto que son de nuevo las áreas relevantes de la retícula de caminos las potenciadas constructivamente mediante una agrupación no pequeña de asentamientos. Poco podemos decir acerca de cómo la imagen urbana complementaría este esquema territorial lineal, articulado en torno a un eje conformado por la arteria vial que posteriormente se convertiría en la vía Heraclea, y delimitado por la línea de costa y las elevaciones montañosas de las estribaciones más orientales del Sistema Ibérico. El estado actual del registro arqueológico, sin embargo, parece dar una cierta preponderancia al núcleo de La Moleta del Remei como mojón destacado en la percepción de este territorio costero peninsular y durante los primeros siglos de presencia romana.

Aunque, quizá, este papel simbólico lo estuviera dentando ya en años anteriores, junto con asentamientos tales como La Balaguera, La Torre del Foios, o La Isleta dels Banyels, y con respecto a un territorio ampliado supra-étnico que iría desde el Delta del Ebro hasta el sureste. Todos estos hitos a lo largo de la vía Heraclea comportarían además un esquema estructural de su espacio urbano muy similar, en el que los hitos destacados estarían constituidos por unos edificios característicos, cuya funcionalidad suficientemente probada es la de lugar de almacén y cuya ubicación se convertiría en punto de referencia obligado para los habitantes de estos asentamientos.

No obstante, hacia finales del siglo II a.C., los territorios iniciales de las agrupaciones étnicas del valle del Ebro han quedado fuertemente descodificados a

consecuencia de la introducción de un nuevo elemento en la estructura espacial: la ciudad. Su importancia a la hora de estructurar el espacio da al traste con los territorios adscritos a las agrupaciones étnicas peninsulares. En el valle del Ebro, la fundación y mantenimiento de núcleos urbanos en torno a la vía de comunicación del Ebro y la prolongación de dicha vía hacia las costas levantinas por el valle del Guadalupe, supone la transformación de las tierras sedetanas en un territorio articulado en función de las comunicaciones terrestres, que se ve ampliado con la incorporación del Desierto de Calanda -donde se encontraba El Palao-, ausetano en origen. De esa manera, el territorio de los *Ausetani* del Ebro, queda dividido en dos, y los valles del Matarranya y Algás aislados de las grandes vías de comunicación. Y otro tanto podría decirse del territorio ilerconvón: las tierras interiores de Ribera d'Ebre y Baix Ebre quedarían apartadas de la Vía Heraklea, a la que quedaría asociado el territorio del Plá de Vinaròs y el Montsià, donde años más tarde se fundaría Dertosa.

La ciudad es pues un nuevo signo, con una fuerte carga simbólica, que supone nuevas maneras de entender la pertenencia a una vivienda, a un hábitat o a un territorio. No se trata de una pérdida de pertinencia de la estructura espacial indígena en un contexto de contacto cultural entre culturas distintas, como pudo ocurrir con la llegada de elementos alóctonos de origen fenicio o púnico; en dichas ocasiones, puede negociarse el factor social de la etnicidad, de la identidad de grupo, pues existe una mayor necesidad de cambio, un cambio de identidad que se ve significado por las manifestaciones de dicha identidad. En esta ocasión, la nueva identidad viene impuesta mediante la destrucción consciente de los signos/símbolos espaciales y la implantación de nuevos modelos de entender el orden del espacio o, lo que es lo mismo, el orden del mundo.

## **2.- Entorno simbolizado y actividad**

Si aceptamos el desplazamiento repetitivo como factor implicado estrechamente en la elaboración de un esquema mental constante, debemos pensar en una conducta rutinaria como motor desencadenante de dicha imagen cognitiva,

como variable directamente responsable de la apropiación activa del medio ambiente y de su posterior diseño constructivo. Puesto que tal categorización se realiza mediante la ubicación de signos en el entorno, las regularidades espaciales potencialmente identificables en la ordenación de éstos, estarían marcando tanto líneas de desplazamiento como zonas de actuación. Las primeras son fáciles de detectar, sin embargo, el carácter de las segundas presenta ciertas dificultades de definición, sobre todo si se buscan de manera aislada en el nivel territorial, al no existir en éste elementos suficientemente significativos.

Debemos pues, acudir a la residencia, al espacio existencial y cotidiano por excelencia, en el que una menor escala nos permite detectar arqueológicamente ciertas funciones que, a su vez, nos ayuden a deducir actividades relacionadas con niveles territoriales más amplios, para posteriormente comprobar dichos comportamientos en las unidades perceptivas ya establecidas mediante los modelos de regularidad. Así, el esquema perceptivo con significado propio en el que se constituye el espacio residencial, se define mediante una estructuración espacial que se establece no únicamente entre elementos constructivos, sino también mediante los patrones deposicionales de artefactos muebles y recursos medio-ambientales. Una certeza patente en la funcionalidad de esos artefactos que conformaban el utillaje material de las comunidades permite una mejor constatación de áreas definidas perceptivamente mediante el desarrollo de una determinada actividad, así como el establecimiento de su naturaleza.

Sin embargo, ésto es así sólo a partir de la aparición de poblados con casas rectangulares construidas con materiales no perecederos, que sustituyen a los hábitats dispersos de cabañas circulares. Ya Hunter Anderson (1977) lanzó la hipótesis de que la sustitución de una vivienda de planta circular por otra de forma rectangular -para la que se requiere un mayor esfuerzo constructivo-, podría estar reflejando la idea asumida de una mayor certeza en cuanto al aumento de posibilidades en la obtención de recursos alimenticios. Y puesto que se acepta una estrecha relación entre las dos distintas concepciones de espacio doméstico implicadas en plantas circulares/ovaladas y rectangulares, y las formas de subsistencia de sus habitantes, así como entre aquéllas y la movilidad de los

mismos (Ruiz - Lorrio - Martín, 1986: 96-99), podríamos presuponer una mayor intensificación en las labores agrícolas de estas comunidades, al mismo tiempo que la adopción de un sedentarismo más acusado con respecto a las etapas anteriores. Siguiendo esa misma línea y teniendo en cuenta las diferencias en el espacio doméstico de estos habitantes de la cuenca del Ebro, y aquellos costeros más septentrionales, sería lícito pensar en una cierta desigualdad entre la producción de los recursos implicados en los sistemas socio-económicos de estos distintos grupos étnicos, al menos con anterioridad al siglo VII a.C. No es necesario así, acudir a una explicación historicista, en la que se insiste en la búsqueda de paralelos indoeuropeos o peninsulares para después proponer ciertos movimientos migratorios que justifiquen la llegada de esos modelos a estas tierras.

El registro arqueológico de las viviendas de las gentes que habitaron el valle del Ebro durante los siglos que, de manera convencional, se inscriben en un Bronce final, reflejan una concepción del espacio doméstico definida no sólo por actividades de mera residencia, sino también por un comportamiento activo cuya funcionalidad última es la transformación de los recursos naturales captados del medio. Los trabajos de molienda y de tejido se desarrollan pues, dentro de un ámbito familiar, pero, al mismo tiempo, se encuentran complementados con unas actividades comunales en las que se halla implicado un proceso de 'fabricación' algo más complejo. Aunque parecen existir varias áreas textiles o de trituración del grano, localizadas en el interior de determinadas viviendas, existe un único horno en todo el poblado. Este hecho espacial y de comportamiento estaría reflejando el carácter comunal de dichas actividades, al mismo tiempo que, a decir de Munilla y sus colaboradores (Munilla *et alii*, 1993: 148), manifestando una sociedad con una estructura económica basada en el trabajo comunitario de sus miembros, en el control de las tareas agrícolas y de la posterior redistribución del alimento.

Sin embargo, dichas actividades deben encontrarse precedidas por otras labores básicas directamente relacionadas con la obtención de recursos, labores agrícolas y ganaderas inicialmente, que poco a poco se irán complementando con

las de obtención de minerales, conforme las necesidades y los nuevos conocimientos técnicos se vayan encaminando hacia un mayor desarrollo de la metalurgia del hierro. Puesto que estos primeros poblados de carácter estable se localizan en zonas donde los recursos de agua y las condiciones de explotación agrícola son óptimas, primando éstas sobre las facilidades defensivas, hay que presuponer para ellos un territorio primario conformado por las tierras más inmediatas al poblado, donde se ubicarían los cultivos y los pastos más cercanos. La utilización de dicho territorio como área de captación de recursos supondría un desplazamiento continuado y repetitivo que colaboraría en su delimitación en el espacio como unidad estructural significativa e identificadora de la comunidad en su pertenencia a ésta, y cuyos hitos de referencia vendrían dados por las fuentes de agua, las tierras de cultivo, el lugar de residencia de los vivos y el sitio de reconocimiento de los antepasados.

Vemos pues, de qué manera, en el conjunto global de las distintas articulaciones del espacio y, por tanto, de las imágenes percibidas de manera simbólica y significativa por los habitantes de aquellos siglos, es la agrupación comunal la que ejerce un mayor peso específico. No existe ningún indicio que pueda estar señalando un reparto no equitativo del trabajo, ni del acceso a los recursos; nada hay en la simbolización de los distintos espacios que refleje una imagen valorativa del entorno en la que determinados individuos o grupos de individuos detentan un mayor rango social necesariamente expresado mediante la utilización de signos constructivos.

Presumiblemente, la lógica evolución hacia una mayor presión demográfica lleva a la búsqueda de nuevas formas de subsistencia, al mismo tiempo que el desarrollo de éstas requiere de nuevos medios instrumentales cuya obtención supongan tareas y actividades inexistentes con anterioridad. Aunque no ha podido constatarse en la mayoría de los registros arqueológicos, en las excavaciones efectuadas en el Alto de la Cruz se ha documentado una tendencia hacia una mayor especialización del trabajo, que, de forma paulatina, va abandonando un carácter meramente comunal para ir adquiriendo, tras la aparición de nuevas actividades económicas -artesanales- que van más allá de la

mera subsistencia, una impronta individual y/o familiar, y cuyo espacio sigue siendo el ámbito doméstico (García López, 1994: 98).

Debido con toda probabilidad a la ausencia de estrategias de excavación que proporcionen un mayor reconocimiento de las regularidades y los cambios del registro de uno u otro ámbito, y de una u otra cronología, no ha sido posible constatar una evolución parecida en los asentamientos adscritos al territorio posteriormente ocupado por los *Sedetani* o a aquel otro de *Ileraugates*, aunque sí se ha establecido la existencia de 'talleres' domésticos dedicados a distintas labores.

Quizá la aparición de actividades concretas en determinados poblados deba traducirse territorialmente en una cierta especialización de éstos, que no necesariamente tendría que estar haciendo referencia a nuevas producciones, sino que podría afectar de igual manera a las formas de subsistencia agropecuarias más tradicionales<sup>14</sup>. En ese sentido, podríamos lanzar la hipótesis de que, en la propia elección del emplazamiento, esté implícita la especialización del hábitat en cuestión. Por ejemplo, La Loma de los Brunos parece desempeñar un papel económico relacionado claramente con la Hoya de Navales; la relación del poblado y la laguna está patente en la estructuración de la imagen territorial: La Loma se encuentra sobre la Hoya, el barrio de pescadores en la falda de la ladera norte y, entre los dos y en esa misma ladera, corre el camino que enlaza el asentamiento con la Hoya. Esta relación, explicitada mediante esa vía de comunicación, supondría la existencia de desplazamientos continuos entre ambos lugares, claramente asociados a actividades pesqueras que complementarían otras agrícolas, sin que exista prueba alguna que relacione éstas con la práctica ganadera. Tal especificación de actividades podría además estar implícita en el abandono de La Loma tras la desecación de la Hoya, hacia el siglo VI a.C. o siglo V a.C. En Záforas, e incluso en el Cabezo de Monleón, existiría por el contrario, una inclinación hacia la ganadería, por lo que sus espacios interiores serían mayores. Por tanto, la elección del emplazamiento estaría determinada *a priori* por la base económica del poblado. Este hecho de especialización en una u otra actividad

---

<sup>14</sup> Eiroa (1985: 114) considera imposible, dada la relativa homogeneidad de la estructuración del espacio, una economía de autoabastecimiento, y por lo tanto el aislamiento de cada uno de los poblados, aunque reconoce como cuestión pendiente la forma de interrelaciones entre éstos.

económica reflejada en la imagen de la unidad perceptiva que constituye cada asentamiento, marcaría la interdependencia entre los núcleos de un mismo valle.

Estas potenciales relaciones, incluso de intercambio, entre los distintos hábitats de una unidad territorial como pueden ser estos valles secundarios del Ebro medio, han sido constatadas para la cuenca del Huecha (Royo, 1984: 65-91), así como para ciertas zonas de Europa central, donde, durante estos mismos siglos adscritos al tradicional Hierro I, se están potenciando estrechas relaciones entre diversos núcleos de población, al mismo tiempo que existía una tendencia a la especialización por asentamientos -las minas de sal de Hallstatt, los intercambios de Heuneburg y las labores agropecuarias de Hanscherkeller (Eiroa García, 1985: 114). Quizás estemos ante lo que Renfrew (1990: 81) denomina una *peer polity interaction*, es decir, un proceso de interacción mutua entre un cierto número de comunidades locales, en el que ninguna de ellas consigue destacar por encima de las demás, creándose así nuevas áreas nucleares diferenciadas unas de otras.

La imagen espacial igualitaria de estas comunidades puede verse un tanto alterada con la aparición de determinados elementos foráneos que a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C. entran a formar parte del registro artefactual de estos poblados y necrópolis. El carácter mediterráneo de este fenómeno colonial marca la dirección en la que se van a llevar a cabo las interrelaciones: serán los *Ileraugates*, por su localización costera, los primeros en interactuar con los individuos fenicios.

El registro arqueológico disponible para el análisis del proceso histórico de estas comunidades litorales asentadas al sur de las bocas del Ebro, no refleja modelos amplios de regularidad en cuanto a la ordenación del espacio restringido, sino que, muy al contrario, se caracteriza por una cierta heterogeneidad reflejada en la coexistencia de núcleos de estructuras de apariencia más estable, con hábitats de fondos de cabaña. La coincidencia de estas dos imágenes espaciales distintas supondría la ausencia de un esquema perceptivo territorial compartido por la totalidad de los habitantes de estas tierras. Al mismo tiempo que todo ello estaría reflejando probablemente la convivencia de distintas formas de subsistencia que implicaran distintos grados de movilidad. Pero, por otro lado, una articulación del



territorio basada en la ubicación de asentamientos en las zonas de intersección de caminos destacados, nos está ofreciendo una imagen estructurada cuya principal característica es el constante movimiento de gentes, en un primer momento en relación con las actividades de transumanza, pero posteriormente asociadas al intercambio colonial. Ese paso de un mapa territorial con movilidad transumante a otro de tráfico comercial queda reflejado en la introducción de un hito simbólico personalizado en el núcleo de Aldovesta<sup>15</sup>.

A partir de aquí, las actividades de intercambio marcan una vía de acceso hacia el interior por el valle del Ebro, hasta alcanzar los primeros valles bajo aragoneses. Sin embargo, la novedad que suponen estas interrelaciones en el desarrollo de la vida cotidiana de los poblados interiores, no llega a introducir desajustes en las percepciones espaciales de sus habitantes, al menos en un primer momento; a no ser que debamos relacionar estos acontecimientos procedentes del exterior, con la especialización del trabajo ya aludida. En cualquier caso, no se registran grandes desequilibrios en las relaciones comunales, puesto que no hay nada que indique la pérdida de pertinencia, en lo esencial, de los esquemas perceptivos y la necesidad de sustituir éstos por otros distintos. Es más, esta continuidad en las estructuras de las articulaciones espaciales, no refleja una posible desigualdad en el acceso a los recursos básicos ni una probable transformación en las actividades de subsistencia. Los cambios en el registro arqueológico quedan reducidos a la aparición, a partir de la Fase Plena del Hierro de Tradición de Campos de Urnas, de elementos singulares en algunas de las viviendas de determinados poblados.

El Alto de la Cruz, a pesar de estar alejado de los territorios afectados directamente por estos intercambios, muestra un registro artefactual semejante en lo esencial a los asentamientos bajo aragoneses, con objetos 'no generalizados' ubicados en casas muy concretas que, sin embargo, no ofrecen grandes diferencias espaciales con el resto del poblado. La distribución equitativa de los bienes

---

<sup>15</sup> Dentro del actual debate existente sobre la organización socio-espacial de las comunidades ibéricas durante la fase orientalizante y el papel desempeñado por las supuestas estructuras palaciales, Almagro [cf. M. Almagro Gorbea, "Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica", J. Alvar - J.Ma. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid 1993, pp. 139-162] tiende a ver en este núcleo de Aldovesta un fiel reflejo de dicho modelo palacial, aunque su esquema espacial no permite tal apreciación.

necesarios para la subsistencia entre todas sus viviendas, ha sido interpretada como reflejo de una estructura social organizada alrededor de los miembros destacados de cada grupo familiar, al mismo tiempo que la existencia de una identificación de determinadas casas mediante la posición de ciertos elementos de prestigio, ha sido asociada a una posible paulatina aparición de unos 'representantes de grupo' que supuestamente no llegan a convertirse en dirigentes detentadores de una verdadera jefatura.

En cualquier caso, a partir de finales del siglo VI a.C. se produce una serie de transformaciones en las diversas ordenaciones espaciales. Las consecuencias de tales desequilibrios han sido relacionadas con las repercusiones que la caída de Tiro en el 583 a.C. y la posterior reorganización del comercio focense desde Massalia y con el apoyo de factorías costeras como Emporio, tendrían en el proceso colonial. Sin embargo, esta situación va a durar poco, puesto que tras la batalla de Alalia en el 535 a.C., los púnicos de Cartago, aliados con los etruscos, vencen a la flota focense y eliminan así la hegemonía de Focea en el Mediterráneo occidental<sup>16</sup>. Estos acontecimientos van a verse reflejados en el registro artefactual indígena en una primera sustitución de productos fenicios por otros focenses, y en una posterior permuta de estos últimos por los de origen ático.

Si asumimos el carácter de prestigio transmitido por los primeros productos foráneos a unos presuntos 'representates de grupo' y si aceptamos en este hecho el reflejo de una incipiente estratificación social, hemos de sospechar la aparición de cierta inestabilidad en el momento en que dichos elementos de prestigio dejaran de llegar a las comunidades del valle del Ebro, efecto que, por otro lado, suponemos más trascendental en la organización socio-cultural de los habitantes de las tierras al sur del Delta. En el hipotético caso de que la única modificación ocurrida con respecto a la antigua situación fuese la procedencia originaria de los comerciantes alóctonos, el desequilibrio sería mínimo, puesto que únicamente hubiera cambiado la tipología de los objetos y/o la naturaleza de los productos ofrecidos por aquéllos.

---

<sup>16</sup> Cf. J. Alvar Ezquerro, "La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo", *La caída de Tiro y el auge de Cartago, V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica en Cartago*, Ibiza 1990, pp. 19-27; J. Alvar, - C. Martínez - M. Romero, "La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso", *Habis*, 23 (1992), pp. 39-52

Sin embargo, la reestructuración territorial reflejada en patrones de poblamiento distintos y las reordenaciones urbanísticas estrenadas por determinados asentamientos a partir de finales del siglo V a.C. presuponen un cambio más profundo que afecta no sólo a la simbología de la posesión de los objetos de prestigio, sino también a la estructura social a la que pertenecen los poseedores.

Dichos esquemas espaciales deben responder necesariamente a la aprehensión que de la nueva situación debieron realizar los habitantes de estas comunidades. Puesto que la construcción de un entorno artificial se lleva a cabo en esencia a través de las actividades cotidianas desarrolladas de manera reiterativa, debemos deducir un cambio suficientemente importante en éstas, que al mismo tiempo esté reflejando la entrada de nuevos factores externos en el desarrollo histórico de estos grupos étnicos.

La muralla es uno de los elementos urbanísticos más emblemáticos en la imagen del hábitat ibérico de estos siglos. Sería sencillo deducir de su generalizada construcción, a partir de finales del siglo V a.C., una lógica reacción a la hipotética inseguridad causada por la intromisión en estas tierras de individuos ajenos a ellas. Sin embargo, de ser ésta el único motivo, tales murallas debían haber sido construidas ya en el siglo VII a.C., cuando comenzaron a efectuarse los primeros intercambios. Por otra parte, la diferencia aparentemente existente entre los complejos sistemas de amurallamiento de determinados núcleos, ubicados en un mismo territorio y con una misma cronología junto a asentamientos carentes de verdaderos elementos de defensa arquitectónicos, nos hace sospechar una añadida función identificativa de lugares que por alguna causa ocuparían un papel destacado entre el resto de las comunidades.

Por su parte, la diferenciación espacial de determinadas actividades artesanales estaría significando una importante división del trabajo, que además pierde su vinculación con ciertas familias, al abandonar el ámbito doméstico y ocupar parte del espacio perteneciente al conjunto del hábitat. Esta especialización, subrayada arquitectónicamente, va más allá de la exclusividad funcional de edificios concretos, al identificar la percepción de la imagen global de

algunos asentamientos con las actividades en él realizadas. Es más, estaría reflejando la aparición de nuevas formas de repartición del trabajo que trascienden los grupos sociales de edad y/o sexo, a los que estarían asociadas en etapas anteriores las labores encaminadas a cubrir las necesidades básicas -aún ahora la elaboración de bienes de uso cotidiano: molienda e hilado-, para vincularse a nuevos grupos sociales individualizados precisamente por su función en las formas de subsistencia de la comunidad. Quizá, la diferenciación de este nuevo colectivo de artesanos se encuentre identificada en la paulatina construcción de viviendas de mayor tamaño y/o multi-compartimentadas, que rompen en cierta medida la homogeneidad arquitectónica del conjunto doméstico del asentamiento.

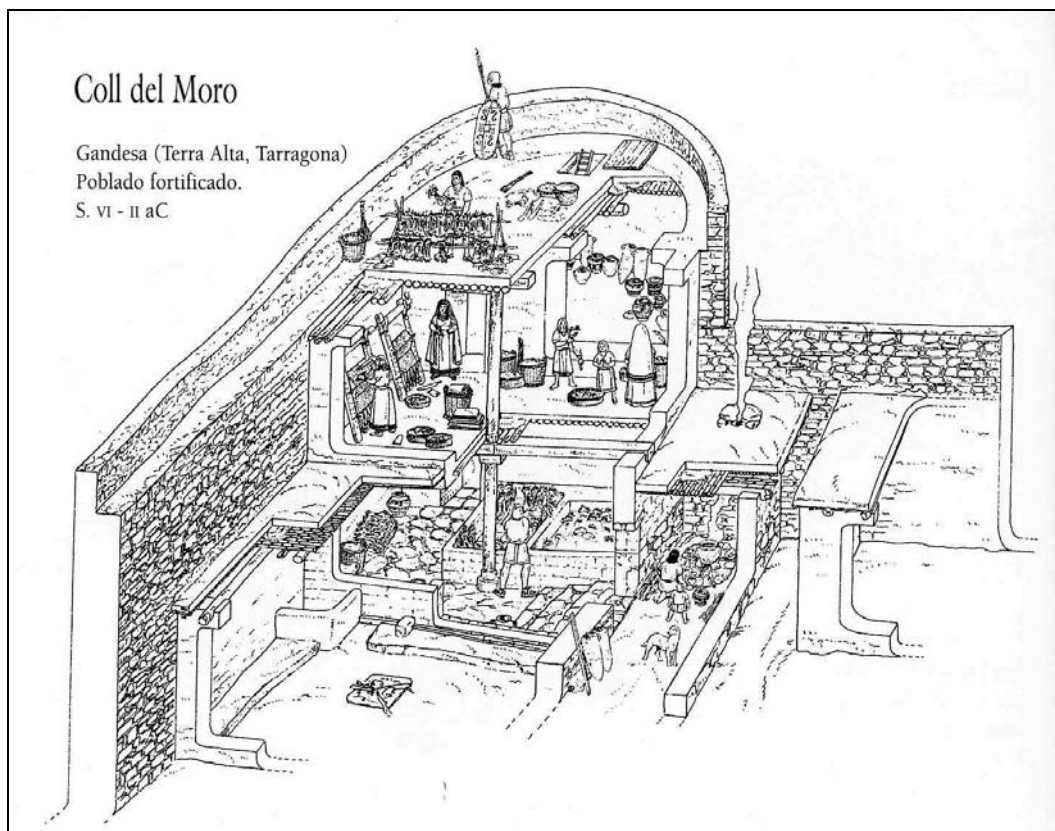
Sin embargo, dicha homogeneidad es la característica destacable del resto de los hábitats que no se encuentran identificados perceptivamente por sistemas de amurallamiento. Las actividades desarrolladas en el interior de todos ellos son similares a las efectuadas por los habitantes de estas tierras en etapas anteriores y cuyo objeto era la mera subsistencia, por lo que no puede deducirse una división del trabajo que trascendiera el grupo familiar. Hay que suponer pues una fuerte organización comunal igualitaria<sup>17</sup>, pero diferenciada con respecto a algunos de los núcleos vecinos por la naturaleza de sus ocupaciones.

Esta marcada y exclusiva especialización de cada uno de los núcleos, obligatoriamente tiene que estar complementada con acciones de intercambio entre ellos que faciliten la obtención de los alimentos e instrumentos básicos para la manutención. Ese comportamiento es precisamente el reflejado en las transformaciones del esquema perceptivo del territorio, que ponen en evidencia una tendencia hacia una mayor fluidez interior. De una estructuración caracterizada por una división interna en subunidades con significado en sí mismas, se pasa a una articulación, que sin abandonar los caminos que suponen los valles fluviales secundarios de las segmentaciones anteriores, remarca las

---

<sup>17</sup> Burillo (1982b: 53-56) apunta la idea de una cierta homogeneidad socio-económica para El Tartrato, al considerar que las variaciones en el tamaño del espacio doméstico son consecuencia de una importante diferenciación social y pone como ejemplo de esa misma igualdad la distribución equitativa del espacio entre los habitantes de cada una de las repoblaciones medievales [cf. J.L. Corral - P. Rico, "Urbanismo medieval en Tarazona", *Boletín Informativo del Centro de Estudios Turiasonenses*, 6 (1981), pp. 4-5].

intersecciones entre éstos y nuevas vías de comunicación mediante la imagen arquitectónica del poblado. Se deduce pues, una mayor movilidad de individuos y productos entre asentamientos ubicados en distintas unidades valle que poco a poco irán perdiendo significado territorial por sí mismas.



Aunque no de manera generalizada, se ha podido comprobar el carácter de mojón espacial adquirido por determinados núcleos al ofrecer una imagen perceptiva con una mayor carga simbólica, hecho que supondría además una percepción valorativa en el ordenamiento del territorio. Se produciría así la aparición de una cierta concentración alrededor de aquél, contrastada a través de las actividades que desarrollarían de manera reiterativa los habitantes de los distintos hábitats. Además de este proceso de centralización, las interrelaciones establecidas producirían igualmente un fenómeno de expansión territorial mediante el acceso a los bienes de un entorno más amplio. Por ello y para comprender la organización de cada una de las unidades espaciales, es fundamental observar éstas a la manera gestáltica, como elementos constituyentes de un todo más amplio. Habría que plantearse pues, si poblados como El Taratrato

o Las Escondines Baixes, por ejemplo, que siguen manteniendo, a juzgar por sus estructuras urbanística y doméstica, y en comparación con el esquema perceptivo de asentamientos como San Antonio de Calaceite o el Tossal del Moro de Pinyeres, una cierta autarquía en su economía, pueden estar respondiendo a una importante exclusión de sus habitantes con respecto al acceso de ciertos recursos.

Todas estas evidencias espaciales nos hacen hipotetizar sobre la idea de encontrarnos ante un fenómeno que podíamos denominar 'oppidano', si utilizamos la terminología transmitida por las fuentes y aceptada por la mayoría de los investigadores. Una posible identificación de los *oppida* con los núcleos amurallados y con una mayor carga simbólica, permite dotar a dicho fenómeno de un marcado carácter territorial. La implicación en su estructura espacial de otros hábitats con una menor categoría simbólica y valorativa, estaría reflejando además la existencia de cierta subordinación entre lugares de hábitats transmitida por los autores clásicos.

Lógicamente, estas imágenes domésticas, urbanísticas y territoriales no están reflejando únicamente un hecho espacial, sino que son producto de una situación o realidad socio-económica. Ya Wilk (1990) establece una estrecha interrelación entre las bases económicas de la comunidad y el tamaño y el simbolismo de sus viviendas. Así, en un sistema económico cerrado, en el que el desigual acceso a los recursos produce ciertas diferenciaciones sociales, éstas son disimuladas espacialmente mediante la construcción de residencias que, si bien varían en su tamaño, no lo hacen en aspectos tales como la articulación interna, las comodidades o la calidad constructiva. Por el contrario, en un sistema económico caracterizado por la apertura al exterior y en el que las desigualdades sociales se basan en el grado de accesibilidad de los intercambios externos, aquéllas se hacen patentes no sólo 'personalmente' sino también espacialmente; las viviendas, por tanto, comienzan a diferenciarse unas de otras en su tamaño y en el resto de sus características físicas (Wilk, 1983).

A tenor de las incipientes diferencias arquitectónicas que muestran determinados espacios domésticos a partir del siglo V a.C. y del nuevo esquema territorial en el que priman las vías de comunicación, podríamos afirmar que las

comunidades protohistóricas del valle del Ebro muestran una tendencia hacia una economía cada vez más abierta, en cuyo desarrollo tendrían un importante peso específico los intercambios establecidos con los elementos coloniales.

La naturaleza de dichos intercambios se encuentra mejor documentada arqueológicamente entre los grupos étnicos que habitan la franja litoral. Ya adelantamos en su momento el destacado puesto ocupado por el núcleo de La Moleta del Remei en la ordenación simbólica y valorativa del territorio ilerconvén, así como la singularidad de algunos de sus espacios constructivos, para los que se asume de manera generalizada una finalidad de lugar de almacenamiento de cereal (Gracia - Munilla, 1988; Moret, 1994: 24; Pons - Molist - Buxó, 1994: 55-56; Sanmartí - Santacana, 1994: 34). Las operaciones matemáticas realizadas para calcular el grano acumulado en estos 'edificios singulares' permiten establecer unas cantidades que sobrepasan con mucho las necesarias para la simple subsistencia de los habitantes de La Moleta, por lo que parece lógico suponer el carácter excedentario del producto allí almacenado. Esos mismos cálculos han proporcionado datos que llevan a rechazar la idea de que tal excedente sea resultado únicamente del trabajo de unas cuantas familias del asentamiento de Alcanar; muy al contrario, habría que pensar en una probable explotación intensiva del territorio con la subsiguiente centralización de la producción resultante<sup>18</sup>. La Moleta del Remei se convertiría así en centro aglutinador de dicha producción, para desde allí realizar los intercambios comerciales a los que irían encaminados estos excedentes<sup>19</sup> (Gracia Alonso, 1995a: 98-99). Tales intercambios se llevarían a cabo, tal vez ya desde los primeros contactos focos, con los núcleos coloniales, quizá también indígenas, encargados de la exportación del cereal hacia los enclaves helenos del Mediterráneo central y occidental, tal como ha podido

---

<sup>18</sup> Hay que tener en cuenta que todo este proceso tiene lugar de forma paulatina, puesto que los tres depósitos registrados en La Moleta del Remei no presentan una misma cronología. Sus dataciones permiten establecer la construcción de los mismos conforme a un gradual aumento de la producción, desde mediados del siglo III a.C. a inicios del siglo II a.C.

<sup>19</sup> La importancia de la obtención del cereal en el marco económico y social de las comunidades del noreste de la Península Ibérica queda patente en algunas iconografías, adoptadas por los indígenas -representaciones de Démeter- o creadas por ellos mismos -caja de Sinarcas- [cf. R. Pallarés - F. Gracia - G. Munilla, "Presencia de culto griego en la desembocadura del Ebro. Representaciones de Démeter en el Museo de Municipal de Reus", *Saguntum*, 20 (1986), pp. 123-149.

documentarse a través de las cartas comerciales de Emporio y Pech Maho (*Idem*, 1995b: 297-331).

Una vez conocido el carácter agrario y excedentario de la estructura económica de los *Ilercavones* durante estos siglos, habría que plantearse si es posible deducir del registro arqueológico una situación similar para el grupo étnico de los *Sedetani*. Hemos apuntado ya una importante centralización territorial que posiblemente pudiera estar reflejando una concentración en ciertos núcleos de productos resultantes de actividades agropecuarias. Por otro lado, si, como hemos hecho, asumimos para estas comunidades una economía no autárquica que llegara a traspasar el propio territorio sedetano -generalización de objetos de origen griego-, hemos de suponer la existencia de un excedente con el que poder comerciar con los elementos alóctonos. Sin embargo, en principio no existen estructuras arquitectónicas similares a las de La Moleta del Remei, ni siquiera depósitos más sencillos análogos a los silos, menos evolucionados técnicamente, documentados en los asentamientos localizados con el área de influencia de Emporio. Únicamente disponemos de esos edificios (semi)circulares o cuadrangulares, que tradicionalmente han sido interpretados como torres defensivas, pero para las que ya hemos apuntado, además de una fuerte simbología, una clara función de lugar de almacenamiento. El hecho de que se encuentren construidas con muros más gruesos y sus ubicaciones 'fortificadas' mediante los tramos más complejos del sistema de murallas, no hace más que reforzar la importancia de lo allí almacenado para la supervivencia del grupo<sup>20</sup>.

No obstante, la documentación disponible no permite afirmar que ese producto excedentario y acaparado para el intercambio sea de índole cerealística<sup>21</sup>. En el supuesto mejor documentado -El Coll del Moro de Terra Alta-, lo allí depositado es la materia prima necesaria para su posterior tratamiento

---

<sup>20</sup> En el análisis espacial llevado a cabo para los asentamientos ubicados en la Mesa de Ocaña durante el Hierro II, se ha apuntado ya la posibilidad de que la funcionalidad de los sistemas defensivos detentados por los 'lugares centrales' no sea en realidad amparar a la población en caso de peligro, sino defender el grano de posibles ataques [cf. D. Urbina, *Análisis espacial de la Mesa de Ocaña durante el Hierro II*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense, 1997].

<sup>21</sup> Si así fuera, podríamos pensar el territorio sedetano como un amplio granero en el que existirían asentamientos encargados de recoger el cereal para su posterior traslado hacia centros receptores y redistribuidores ubicados en las zonas costeras. Se desarrollaría entonces una estructura de relaciones de producción e intercambio similar a la existente entre el eje del Llobregat y los núcleos del Turó de la Rovira y Montjuich.



'industrial'. Teniendo en cuenta que las imágenes urbanas de la mayoría de los asentamientos sedetanos parecen articularse en torno a espacios con una clara función artesana, sería lícito hipotetizar un mayor peso específico para los productos artesanales en el desarrollo de los intercambios llevados a cabo por aquéllos. En cualquier caso, no debemos descartar ninguna de las posibilidades hasta que futuras excavaciones puedan confirmar una u otra eventualidad.

A partir de finales del siglo III a.C., la presencia romana en la Península queda reflejada en una nueva fase de desequilibrio que refleja la necesidad de una readaptación a la renovada situación. La intromisión de elementos ajenos en el entorno habitual provoca una nueva reestructuración de la ordenación espacial de conjunto. En algún momento podría pensarse que las interrelaciones entre romanos e indígenas, acontecidas durante las dos centurias inmediatamente anteriores al cambio de era, no hicieron otra cosa que acelerar un fenómeno que estaba en pleno desarrollo. Sin embargo, en las imágenes que los habitantes percibirían de sus hábitats y de las estructuras territoriales de los que aquéllos estarían formando parte, existen determinadas variables que manifiestan una clara intencionalidad impuesta por los alóctonos, al menos en lo que se refiere al proceso histórico de los *Sedetani*.

El esquema territorial sigue potenciando el desarrollo de las vías de comunicación, pudiendo reflejar así la existencia de un mayor movimiento de personas y mercancías, al mismo tiempo que de un sistema económico cada vez más abierto, continuador del vigente en el período anterior. Sin embargo, la centralización documentada alrededor de determinados centros cambia radicalmente. Se abandonan los antiguos asentamientos y se ponen en funcionamiento otros nuevos, que ejercen una renovada atracción sobre su entorno más inmediato: a partir de ahora no sólo se produce un traslado de mercancías hacia un centro redistribuidor, sino que ocurre un hecho de captación de habitantes por parte de dicho centro. Es más, las ubicaciones escalonadas a lo largo de una vía de comunicación principal, que al mismo tiempo supone un cambio en la anterior utilización de caminos -abandono de los tramos más intrincados del Ebro y potenciación del Guadalupe y de los llanos del norte del

gran río-, necesariamente tienen que estar reflejando una imposición de los intereses romanos.

Igualmente, surgen componentes más complejos en la imagen de los espacios urbanos y domésticos. La construcción de una muralla que separa las viviendas de la cima de las casas de la ladera y la mayor compartimentación del interior de algunas de las primeras, evidencian una evolución en el concepto indígena de vivienda y de hábitat, en el que se halla implícita una mayor diferenciación social. Pero, asimismo, aparecen modelos domésticos y de culto de marcado origen itálico que suponen una premeditada introducción de elementos ajenos al pensamiento indígena, con la clara intención de ir transformando el comportamiento de los autóctonos. Este tipo importado de vivienda presenta una estructuración interna que nada tiene que ver con la vivienda unifamiliar tradicional ibérica y sí con el tipo romano de familia extendida<sup>22</sup>. Por su parte, los nuevos lugares sacros van acompañados de conductas culturales que poco a poco pueden ir cambiando la religiosidad de los habitantes peninsulares.

Todas estas diferencias acontecidas en las imágenes espaciales necesariamente tienen son consecuencia de transformaciones en las costumbres de las comunidades ibéricas, a pesar de que las actividades básicas llevadas a cabo en los poblados parecen ser las mismas. No obstante, no debemos olvidar el impacto que pudo causar la acuñación de moneda en las pautas de conducta de la población. En alguna ocasión ha podido comprobarse cómo las limitaciones de una comunidad desaparecen con la introducción del pago en metálico, surgiendo entonces un modelo distinto de asentamiento, muy similar al documentado a partir del siglo II a.C. en el valle medio del Ebro, que puede dar al traste con la estructura socio-cultural vigente<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Existen numerosos casos a lo largo de la historia de la humanidad, en los que han quedado patenten las transformaciones provocadas en un determinado sistema cultural tras la implantación premeditada de cambios constructivos en las manifestaciones arquitectónicas originarias. El ejemplo clásico lo constituye la debilitación de la cultura Bororo en Brasil, mediante la destrucción, por parte de los misioneros católicos, de la estructura indígena de sus poblados [cf. C. Levi-Strauss, *Tristes Tropiques*, París 1955 :188-189].

<sup>23</sup> Cf. M. Panoff, "Land Tenure Among The Maenge of New Britain", *Oceania*, XL.3 (1970), pp. 177-194, donde se establece, para la cultura de los Menge una relación entre la articulación de los asentamientos, la organización social y religiosa, el uso del suelo y los derechos de pesca.

En cualquier caso, en la segunda mitad del siglo I a.C. vuelve a producirse una transformación espacial global, esta vez radical, que respondería ampliamente a los intereses implícitos en la política exterior romana. Ésta implicaba además profundos cambios en las estructuras económicas indígenas al forzar el paso de una agricultura campesina, cerealística al menos en las comunidades de la franja costera, a un modelo de explotación agrícola en *villa*. Dichos cambios serían los reflejados en los nuevos patrones de asentamiento y de hábitat de la vecina área cossetana. En el proceso de modificación, los centros secundarios desaparecen a causa de la capitalización del comercio exterior y de la producción artesana desarrollada en los núcleos urbanos de nueva fundación (Miret - Sanmartí - Santacana, 1987: 83-84). Cabría preguntarse entonces, el porqué de la desaparición final de los 'lugares centrales', quizás al perder ya su funcionalidad de 'gran almacén' de grano tras la aparición del sistema de *villae*.



## CONCLUSIONES

El planteamiento principal de esta tesis ha sido intentar una aproximación lo más cercana posible -somos conscientes de la gran dificultad que ello conlleva- a la manera en que el íbero habitante del valle del Ebro 'pensaba' su territorio, su poblado y su vivienda. y lo hemos intentado a través del análisis de los modelos de regularidad, de persistencia y de cambio reflejados en el registro arqueológico, como manifestación del diseño activo del entorno.

En la evolución de estas comunidades protohistóricas hemos podido constatar dos disonancias cognitivas fundamentales, en las que puede apreciarse importantes transformaciones en sus regularidades territoriales y constructivas: la primera ocurrida hacia los siglos VI a.C./V a.C., cuando se han producido ya los contactos con los elementos coloniales -y que además podría relacionarse con el cambio de etnónimos acontecido en las fuentes clásicas-; y la segunda, hacia finales del cambio de era, con la presencia de elementos romanos. Pero, existe una diferencia entre ambos factores exógenos implicados en uno y otro período de desequilibrio, que radica en el carácter impositivo de la acción de los últimos.

Con anterioridad a finales del siglo VI a.C. o principios del siglo V a.C., durante lo que se ha considerado la etapa previa de formación de la cultura ibérica, la estructuración y, por tanto, la imagen del territorio de las comunidades del valle, presentaban un componente ritual primordial reflejado en la importancia demarcadora de las necrópolis. Sin embargo, este hecho contrasta con la articulación del poblado que manifiesta el destacado papel dise-ador detentado por el comportamiento socio-económico de sus habitantes. Ambas manifestaciones espaciales son compartidas por una amplia colectividad de comunidades asentadas en una extensa superficie geográfica, en la que la identificación y

delimitación de un determinado grupo étnico viene precisamente dada por las distintas organizaciones del espacio funerario, mientras que todas ellas manifiestan una misma concepción del espacio habitacional y doméstico, que, sin embargo, ayuda a diferenciarlas de otras agrupaciones.

A partir de este momento, el cambio se produce hacia una mayor complejidad. La imagen del territorio se articula en torno a una red viaria reticular inexistente con anterioridad, que es resultado de un cambio en el comportamiento, en unas relaciones entre comunidades que comienzan a estar basadas en el intercambio. En torno a los puntos destacados de dicho territorio, se localizan los asentamientos cuya ubicación es elegida de acuerdo a la funcionalidad detentada por cada uno de ellos en un marco socio-económico más amplio. Al mismo tiempo, dicha función económica determina igualmente la imagen del poblado. Y finalmente, en el último nivel espacial y de la misma manera, la vivienda es articulada en consonancia con el comportamiento de sus habitantes, con respecto a la organización socio-económica de la comunidad.

Existe, pues, una fuerte relación entre los patrones de conducta y el entorno construido, al mismo tiempo que entre la realidad económica y la imagen espacial. La ordenación arquitectónica y simbólica del espacio, resultado de la adaptación cognitiva de una sociedad dada a su entorno, se encuentra determinada en buena parte por la función de cada uno de sus elementos en el sistema socio-económico vigente, y ello, por lo que respecta a las comunidades ibéricas del valle del Ebro, se hace cada vez más patente a medida que aquél va adquiriendo una mayor complejidad. No pretendemos establecer una jerarquía entre los distintos rasgos - económicos, sociales, religiosos- implícitos en el diseño arquitectónico del entorno, sino simplemente completarlos mediante un distintivo que puede ser deducido del registro arqueológico disponible, con el fin de conseguir un mayor conocimiento de la totalidad de la realidad histórica de aquéllas. A través de la información proporcionada por éste, intentamos inferir la percepción que de su entorno tendrían estas comunidades, el modo en que ellos elaborarían la imagen de cada uno de sus espacios, y las bases de tal elaboración.

La aparición de factores exógenos en el desarrollo de aquéllas tiene como resultado un desequilibrio en el comportamiento socio-económico, que provoca un inmediato reflejo en el mapa cognitivo. Se produce una disonancia en la percepción, cuya resolución se consigue mediante la búsqueda de uno nuevo equilibrio a través de la construcción de un esquema distinto de articulación del espacio. Las transformaciones en las imágenes 'pensadas' por estos íberos no son la causa de su evolución socio-económica, sino, en gran parte, su consecuencia espacial. Sin embargo, no hay que olvidar, que su finalidad última es la adaptación al entorno, y en éste debemos incluir la ordenación interna de la propia sociedad, por lo que la obtención de la pertinencia de una determinada imagen, de una manera de 'pensar' el espacio, ayuda a la perpetuación del sistema en cuestión. Así como, la introducción deliberada de elementos disonantes en aquélla, va encaminada generalmente a la consecución de un cambio de comportamiento que, de conseguirse, tiene como consecuencia nuevas transformaciones en la articulación del espacio.

La funcionalización/simbolización del espacio posiblemente tenga su objetivo prioritario, sobre todo a partir de un determinado momento del proceso histórico de estas comunidades, en el mantenimiento y reproducción de las relaciones de poder, pero creemos que ese es sólo un objetivo entre un grupo más amplio de intenciones. Y éste no se consigue únicamente mediante la producción, circulación y apropiación del excedente, sino en la propia articulación y simbolización del espacio, cuya sintaxis comunica un mensaje que produce en el perceptor la idea de cohesión y de mantenimiento de las relaciones de producción.





**BIBLIOGRAFÍA**

Abad Casal, L.

1996.- "Modelos de hábitat en el Mundo Ibérico", *El mundo ibérico: una década de investigaciones (1985-1995). 1a parte, Revista de Estudios Ibéricos*, 2, Madrid, pp. 123-145.

Abad, L - Bendala, M.

1994.- "La urbanística del mundo ibérico. Las nuevas perspectivas", *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 301-304.

1996.- "Urbanismo y ciudad: de las formaciones ibéricas a la consolidación del modelo romano", *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche 1995)*, I, Elche, pp. 11-20.

1998.- "Evolución histórica hasta la época romana", *Los Ibéros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 217-227.

Abrams, E.

1989.- "Architecture and Energy: An Evolucionary Perspective", *Archaeological Method and Theory*, 1, pp. 47-89.

Adler, F.

1980.- "Fazedores de chuva, fazedores de ordem. Reflexao sobre as relaçoes da magia e da poder na Africa Negra", en *Guerra, religiao, poder*, Porto, pp. 91-115.

Adserias, M. *et alii*

1994.- "L'assentament pre-romà de Tarragona", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, pp. 177-227.

Agorsah, E.K.

1988.- "Evaluating Spatial Behaviour Patterns of Prehistoric Societies", *Journal of Anthropological Archaeology*, 7, pp. 231-247.

1990.- "Ethnoarcheology: the search for a self-corrective approach to the study of past human behaviour", *The African Archaeological Review*, pp. 189-208.

Aguilera Aragón, I.

1991.- "Salduie", *Zaragoza, Prehistoria y Arqueología*, Zaragoza, pp. 13-15.

1992a.- "Excavaciones en el solar de la calle Palafox, 26 (Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa 1990*, pp. 211-215.

1992b.- "Excavaciones en el número 3 de la Plaza de Asso (Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa 1990*, Zaragoza, pp. 217-220.

Aguilera, I. - Paz, J.A. - Royo, J.I.

1984.- "Dos fechas radiocarbónicas para la protohistoria en la ciudad de Zaragoza: Gavín/Sepulcro", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, pp.101-124.

Aguilera, I. - Royo, J.I.

1978.- "Poblados hallstáticos del valle de la Huecha. Contribución al estudio de la Ia. Edad del Hierro en la cuenca del Ebro", *Cuadernos de Estudios Borjanos*, II, pp. 9-44.

Aguilera, I. *et alii*

1986.- "Dos fechas de C-14 para la Protohistoria en la ciudad de Zaragoza. El hábitat del Bronce Final de Gavín-Sepulcro", *Arqueología Aragonesa 1984*, Zaragoza, p. 139.

Agustí, B. *et alii*

e.p.- "Une inhumation multiple de périnataux dans le village fortifié de Els Vilars (Arbeca, Lerida) et les pratiques d'enterrament en habitat pendant le Premier Age du Fer dans le vallée du Segre", *XXI Colloque International pour l'Etude de l'Age du Fer (Conques 1997)*.

Alaminos, A. *et alii*

1991.- "Algunas observaciones sobre el comercio colonial en la costa central y meridional de Catalunya en época arcaica", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La*

*presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 275-294.

Albertini, E.

1923.- *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.

Albertos, Ma.L.

1966.- *La Onomástica personal primitiva de la Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca.

Alcina Franch, J.

1973.- "La arqueología antropológica: situación actual y perspectivas", *I Reunión de Antropólogos Españoles (Sevilla 1973)*, Sevilla, pp. 47-62.

1989.- *Arqueología Antropológica*, Madrid.

1990.- "Las jefaturas en perspectiva arqueológica", *Espacio y organización social*, Madrid, pp. 35-56.

1991.- "La Arqueología en España: Una revisión crítica de sus planteamientos teóricos", *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp. 13-28.

Alföldy, G.

1972.- *Res Publica Leserensis (Forcall, Castellón)*, Valencia.

Almandoz Marte, A.

1993.- "Consideraciones conceptuales sobre el urbanismo", *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, I (98), pp. 625-636.

Almagro Basch, M.

1958.- *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona.

1963.- "L'influence grecque sur le monde ibérique", *VIII Congrès International d'Archéologie Classique, Rapports et communications*, París, pp. 26-39.

1965.- "L'influence grecque sur le monde ibérique", *Le rayonnement des civilisations grecque et romaines sur les cultures périphériques*, París, pp. 87-99.

Almagro-Gorbea, M.

1987.- "El área superficial de las poblaciones ibéricas", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 21- 34.

1992.- "Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce final", *Actas del Congreso Aragón / Litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*, Zaragoza, pp. 633-658.

1996.- *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Discurso de Ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid.

Almagro-Gorbea, M. Moneo, T.

2000.- *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*, *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 4, Madrid.

Almagro-Gorbea, M. - Ruiz, G. (eds.)

1992.- *Paleoetnología de la Península Ibérica*, *Complutum*, 2-3, Madrid.

1993.- "Palacio y organización social en la Península Ibérica", *Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Köln 1989)*, Salamanca, pp. 21-48.

Almagro-Gorbea, M. *et alii*

2001.- *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona.

Almarche, F.

1918.- *La antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia.

Almeida Boix, Ma.A.

1991.- "La aportación de José Ramón Mélida a la consolidación de la Arqueología como disciplina científica en España", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (S.XVIII-XX)*, pp. 131-134.

Alonso, A. - Cerrillo, E.

1998.- "Complejidad social y conquista romana", M. Mayer - J.M. Nolla - J. Pardo (eds.), *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Barcelona, pp. 33-42.

Alonso, N. - Juan, J.

1994.- "Fibras de lino en las piletas del poblado ibérico del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta): Estudio paleobotánico", *Trabajos de Prehistoria*, 51.2, pp. 137-142.

Alonso, N. *et alii*

1994-96.- "L'assentament de Els Vilars (Arbeca, les Garrigues): Territori, recursos i activitats productives", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 319-339.

1998.- "Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, Saguntum, Extra 1, Barcelona, pp. 355-372.

## Altman, I.

1975.- *The Environment and Social Behaviour: Privacy, Personal Space, Territory and Crowding*, Monterrey.

## Alvar Ezquerro, J.

1986.- "Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr., Sat. I,20,12)", *Gerión*, IV, pp. 161-175.

1990a.- "La jefatura como instrumento de análisis para el historiador: basileia griega y régulos ibéricos", *Seminario sobre Espacio y organización social (Madrid, 1988)*, Madrid, pp. 111-126.

199b.- "El contacto intercultural en los procesos de cambio", *Gerión*, 8, pp. 11-27.

1994.- "Las ciudades del litoral ibero según las fuentes clásicas", *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la península Ibérica (Madrid 1993)*, I, Madrid, pp. 7-22.

## Álvarez Delgado, J.

1952.- "La falsa ecuación 'Massieni-Bastetani' y los nombres en '\_tani'", *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, pp. 263-282.

## Álvarez García, A.

1979.- "Cerámicas acanaladas en Alcorisa (Teruel)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, I, pp. 35-47.

1981.- "El Morenillo de Alcorisa en Excavaciones realizadas en la Provincia de Teruel durante el año 1980", *Kalathos*, 1, p. 98.

1981.- *Carta arqueológica del Valle del Alchoza*, Memoria de Licenciatura (inédita), Zaragoza.

1985a.- *Topografía antigua de la ciudad de Zaragoza. Estudios de Arqueología urbana I*, Zaragoza.

1985b.- "El yacimiento protohistórico de Palermo en Caspe (Zaragoza). Aproximación a la secuencia cultural Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4, pp. 296-301.

1986.- "Constantes tipológicas de la evolución urbanística de los hábitats prerromanos del Valle Medio del Ebro", *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp. 103-112.

1987a.- "Cabezo de Monleón", *G.E.A.*, II, p. 70.

1987b.- "Palermo", *G.E.A.*, II, pp. 261-262.

1987c.- "Záforas", *G.E.A.*, II, p. 365.

1987d.- "El yacimiento protohistórico de Palermo en Caspe (Zaragoza): Aproximación a la secuencia cultural del Bronce final - Hierro en el valle medio del Ebro", *Arqueología Aragonesa 1985*, Zaragoza, pp. 75-77.

1990.- "El Bronce Final y el Hierro Inicial en la región aragonesa", *Estado actual de la arqueología en Aragón*, I, Zaragoza, pp. 97-131.

1992-93.- "El Bronce Final - Hierro I en el Bajo Aragón y sus relaciones con el valle medio del Ebro", *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa (Caspe, Zaragoza 1986)*, *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X, pp. 51-62.

Álvarez, A. - Bachiller, J.A.

1982.- "Urbanismo prerromano en tierras de Caspe", *Bajo Aragón, Prehistoria*, IV, pp. 61-79.

1994-96.- "La evolución del urbanismo en el Bajo Aragón durante los períodos del Bronce Final-Hierro Antiguo", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, *Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 175-182.

Álvarez, A. - Enríquez, J.I. - Alom, J.

1980.- "La espada de antenas de Alcorisa y la necrópolis de la Fila de La Muela", *Bajo Aragón, Prehistoria*, II, pp. 37-53.

1981.- "Informe preliminar del yacimiento de Fila de la Muela (Alcorisa, Teruel)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8, pp. 155-187.

Álvarez, A. - Gascón, L.

1980.- "El yacimiento de Pozo del salto (Alcorisa, Teruel)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, II, pp. 21-36.

Álvarez, A. *et alii*

1986.- *Arqueología urbana en Zaragoza (1984-86)*, Zaragoza.

Álvarez, R. - López, A.

e.p.- "L'assentament ibèric i el poblat medieval del Puig del Castell (Ulldecona, Montsià). Campanya del 1985", *XXXVII Assemblea Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*,

Ampolo, C.

1980.- *La città antica*, Bari.

Anderson, J.A.

1990.- *Cognitive Psychology and its Implications*, New York.

Andrés, M.T. - Benavente, J.A.

1991a.- "Excavaciones en el 'Cabezo Sellado' (Alcañiz, Teruel), 1a. campaña: 1986", *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, pp. 127-129.

1991b.- "Excavaciones de 'El Cabezo Sellado'. Informe de la tercera campaña, 1988", *Arqueología Aragonesa 1988-1989*, Zaragoza, pp. 109-111.

1991c.- "Informe sobre la 4a. campaña de excavaciones arqueológicas (1989) en el Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1988-1989*, Zaragoza, pp. 113-114.

1992.- "Informe sobre el estudio de materiales del Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1990*, Zaragoza, pp. 61-62.

Anfruns, J. - Dueñas, J.A. - Llobet, E. (eds)

1988.- *Corrents teòrics en arqueologia*, Barcelona.

Aparicio Pérez, J.

1974.- "Sobre la casa ibérica", *Homenaje a D. Pío Beltrán, Anejos Archivo Español de Arqueología*, VII, pp. 15-20.

1997.- "El culto a las cuevas y la religiosidad protohistórica", *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 345-358.

Appleyard, D.

1969.- "Styles and Methods of Structuring a City", *Environment and Behaviour*, 2, pp. 100-117.

1973.- "Notes on Urban Perception and Knowledge", R. M. Down - D. Stea (eds.), *Image and Environment*, Chicago.

Aquilué Abadías, J.

1984.- "Las reformas augústeas y su repercusión en los asentamientos urbanos del nordeste peninsular", *Arqueología Espacial*, 5, Teruel, pp. 95-113.

Aragonés, J.I.

1983.- "Marcos de referencia en el estudio de referencia de los mapas cognitivos de ambientes urbanos", *Estudios de Psicología*, 14-15, pp.

1985.- *Mapas cognitivos de ambientes urbanos: un estudio empírico sobre Madrid*, Madrid.

1991.- "Cognición ambiental", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 65-81.

Aragonés, J.I. - Arrendondo, J.M.

1985.- "Structure of Urban Cognitive Maps", *Journal of Environmental Psychology*, 5, pp. 197-212.

Aranegui Gascó, C.

1981.- "Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro", M. Gil-Mascarell - C. Aranegui, *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el país valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia, pp. 41-66.



1985.- "El Hierro Antiguo Valenciano: las transformaciones del medio indígena entre los siglos VIII y V a.C.", *Arqueología del País Valenciano: Panorama y Perspectivas*, Alicante, pp. 185-200.

1998.- "Las estructuras de poder en la sociedad ibérica", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: Las estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 9-12.

Aranegui Gascó, C. (ed.)

1998.- *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona.

Aranegui, C. - Mata, C. - Pérez, J.

1997.- *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*, Madrid.

Aranegui, C. - Prados, L.

1998.- "Santuarios, el encuentro con la divinidad", *Los Ibéros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 135-145.

Arasa i Gil, F.

1983.- "El Morón del Cid (La Iglesiasuela del Cid)", *Teruel*, 70, pp. 61-86.

1987a.- *Res Publica Leserensis (La Moleta del Frares, Castellón)*, Valencia.

1987b.- *Lesera (La Moleta del Frares, El Forcall). Estudi sobre la romanització a la comarca dels Ports*, *Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenses*, 2, Castellón.

1999.- "La romanización: cambio cultural en el mundo ibérico en los siglos II-I a.C.", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora 1997)*, IV, Zamora, pp. 65-73.

2000.- *La romanització a les comarques septentrionals del litoral valencià, Poblament ibèric i importacions itàliques en els segles II-I a.C.*, *Trabajos Varios del S.I.P.*, 100, Valencia.

Arce, J.

1991.- "A. García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua de España", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (S.XVIII-XX)*, Madrid, pp. 209-211.

**Arheim, R.**

1973.- *El pensamiento visual*, Buenos Aires.

1979.- *Arte y percepción visual. Psicología del ojo creador*, Madrid.

1980.- *Hacia una psicología del arte. Arte y entropía*, Madrid.

1984.- *El poder del centro*, Madrid.

**Ariño, A.**

1997.- *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad*, Barcelona.

**Arnal, J. - Prades, H. - Fletcher, D.**

1968.- *La Erata del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón)*, Trabajos varios del S.I.P., 35, Valencia.

**Arribas Palau, A.**

1959.- "El urbanismo peninsular durante el bronce primitivo", *Zephyrus*, X, pp. 81-128.

1965.- *Los íberos*, Barcelona.

**Arteaga, O.**

1976.- "La panorámica proto-histórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante septentrional", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, pp. 173-194.

**Arteaga, O - Padró, J. - Sanmartí, E.**

1978.- "El factor fenici a les costes catalanes i del Golf de Lió", *2é Col.loqui Internacional d'Arqueologia a Puigcerdà (Puigcerdà 1976)*, Puigcerdà, pp. 129-135.

1982.- "Tossal del Moro de Pinyeres, Batea", *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1, pp. 232-233.

1986.- "La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc", G. del Olmo - Ma.E. Aubet (eds.), *Los fenicios en la Península Ibérica*, II, Sabadell, pp. 303-314.

1990.- *El poblado ibérico del Tossal del Moro (Batea, Tarragona)*, Monografies Arqueològiques, 7, Barcelona.

Arthur, W.B.

1988.- "Urban systems and historical path dependence", J.H. Ausubel - R. Herman (eds.), *Cities and their Vital Systems Infrastructure: past, present and future*, Redwood City, pp. 85-97.

Asch, S.E.

1968.- *Psicología social*, Buenos Aires.

Asensio Esteban, J.A.

1994.- "Primeras manifestaciones de urbanismo romano-republicano en el valle medio del Ebro: una nueva interpretación sobre las ciudades en llano de planta ortogonal en Aragón a finales del siglo II y comienzos del I a.e.", *Zephyrus*, XLVII, pp. 219-225.

1995a.- *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón, Caesaraugusta*, 70, Zaragoza.

1995b.- "Arquitectura de tierra y madera en la Protohistoria del valle medio del Ebro y su relación con la del Mediterráneo", *Caesaraugusta*, 71, pp. 23-56.

1996.- "Influencia de la poliorcérica tardo-republicana en los sistemas defensivos de las ciudades indígenas del valle medio del Ebro: el caso de las murallas denominadas 'de cajones'", *Anas*, 9, pp. 21-36.

Asensio D. - Cela, X. - Ferrer, C.

1996.- "Els materials ceràmics del poblament ibèric del Castellet de Banyoles (Tivissa). Col·lecció Salvador Vilaseca de Reus", *Pyrenae*, 27, pp. 163-191.

Asensio, D. *et alii*

1994-96a- "El jaciment del Barranc de San Antoni (Ginestar, Ribera d'Ebre)", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, *Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 231-246.

1994-96b.- "El poblament de les comarques del curs inferior de l'Ebre durant el Bronze Final i la Primera Edat del Ferro", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a*

*la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994), Gala, 3-5, Barcelona, pp. 301-317.*

Ashby, R.

1960.- *Design for a Brain*, 2a. ed., Londres.

Astill, G.G. - Davies, W.

1983.- "Recherches sur le terrain dans l'est de la Bretagne", *Archeol. Bretagne*, 39, pp. 13-23.

Atrián Jordán, P.

1956.- "Notas sobre dos poblados en la Tierra Baja Turolense", *Teruel*, 15-16, pp. 249-256.

1957.- "Primera campaña de excavaciones en el poblado ibérico del Castellillo (Alloza, Teruel). Primera campaña", *Teruel*, 17-18, pp.203-228.

1968.- "Una inscripción ibérica de 'El Palomar de Oliete (Teruel)", *Teruel*, 39, pp. 117-119.

1959.- "Excavaciones arqueológicas en el poblado ibérico 'El Castellillo' (Alloza, Teruel). Segunda y Tercera campañas", *Teruel*, 22, pp. 225-260.

1966.- "Excavaciones en el poblado ibérico 'El Castellillo' (Alloza, Teruel). Cuarta y Quinta campañas", *Teruel*, 36, pp. 155-207.

1978.- "El Palomar de Oliete", *B.I.D.P.T.*, 49, pp. 46-48.

1979.- "El yacimiento de Torre Gachero (Valderrobles) y las estelas ibéricas del Museo de Teruel", *Teruel*, 61-62, p. 157-178.

1981.- "El Palomar (Oliete). Excavaciones Arqueológicas, 1981", *Teruel*, 66, pp. 318-319.

1990.- "Esquema de la Provincia de Teruel desde el Paleolítico a la Primera Edad del Hierro", *Bolskan*, 7, pp. 23-30.

Atrián, P. - Martínez, M.

1976.- "Excavaciones en el poblado ibérico del 'Cabezo de la Guardia' (Alcorisa, Teruel)", *Teruel*, 55-56, pp. 59-97.

Atrián, P. - Vicente, J.

1982.- "El Palomar (Oliete). Excavaciones Arqueológicas, 1982", *Teruel*, 68, pp. 259-264.

Atrián, P. *et alii*

1980.- *Carta Arqueológica de España*. Teruel, Teruel.

Aubet Semmler, Ma.E.

1993.- "El comerci fenici i les comunitats del ferro a Catalunya", *El poblament ibèric a Catalunya, Laetania*, 8, pp. 23-40.

Augé, M.

1993.- *Los 'no lugares'. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona.

Azcona, J.

1988.- "Etnia", en Aguirre, A. (Ed.), *Diccionario temático de Antropología*, Barcelona, pp. 308-314.

Bachelard, G.

1965.- *La poética del espacio*, México .

Baigorri, A.

1995.- "Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica", *Ciudad y Territorio, Estudios territoriales*, III.104, pp. 315-328.

Bailey, G.N. - Davidson, I.

1983.- "Site Exploitation Territories and Topography: Two Cases Studies from Paleolithic Spain", *Journal of Archaeological Science*, 10, pp. 87-115.

Bailly, A.S.

1977.- *La percepción de l'espece urbain. Les concepts, les méthodes d'étude, leur utilisation dans la recherche urbanistique*, París.

Balil, A.

1971.- "Casa y urbanismo en la España Antigua. La Segunda Edad del Hierro. Las ciudades hispanorromanas", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXVII, pp. 5-83.

Barberà Farrás, J.

1985.- "La casa i el poblat ibèrics", *La Sentiu*, 9, Dic. Gavá, pp. 27-37.

Barberà, J. - Sanmartí, E.

1976-78.- "Nota acerca del poblado protohistórico del 'Coll Alt' (Tivissa, Ribera d'Ebre, Tarragona)", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 289-294.

Barceló, J.A.

1984.- "Elementos para una teoría de la muerte y de los ritos funerarios", *Ethnica*, 20, pp. 81-101.

Bardaviu Ponz, V.

1926a.- *Los pueblos iberos de Alcañiz en la cuenca alta del Guadalope y en la del Regallo o Valmuel. Sus excavaciones, su organización, sus costumbres*, Boletín de la Academia de las Ciencias de Zaragoza, Zaragoza.

1926b.- "La estación ibérica del Taratrato", *Boletín del Museo Provincial de Zaragoza*, año 10, 12, pp. 1-5.

Bardaviu, V - Thouvenot, R.

1930.- "Fouilles dans la région de Alcañiz. I. Alcañiz el Viejo, II. El Palao, III. El Cabezo del Moro", *Bibliothèque de L'École des Hautes Etudes Hispaniques*, fasc. XI, n2, Bourdeaux.

Barth, F.

1976.- *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México.

Barthes, R.

1964.- "Rétoriques de l'image", *Communications*, 4.

1967.- *Système de la Mode*, Paris.

Bate, L.F.

1977.- *Arqueología y materialismo histórico*, México.

1988.- *Cultura, clases y cuestión étnico-nacional*, México.

1998.- *El proceso de investigación en Arqueología*, Barcelona.

Bailly, A.S.

1979.- *La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*, Madrid.

Barrial, O.

1990.- "El ritual del sacrificio en el mundo ibérico catalán", *Zephyrus*, XLIII, pp. 243-248.

Bartolomé, C.

1999.- "El poder (y lo) simbólico", *Brocar*, 23, pp. 229-254.

Baudillard, J.

1979.- "Función-signo y lógica de clase", *Crítica de la economía política del signo*, Madrid, pp. 33-34.

Bayerra, E.

1932-60.- *Historia de Tortosa y su comarca*, Tortosa.

1943.- "Contribución al estudio de la geografía etnológica y social de la España primitiva. Los Ibero-Ilercavones en la Historia de la Arqueología", *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LXXXIX, pp. 103-120.

Bazzana, A. - Guichard, P.

1979.- "Prospecciones y sondeos arqueológicos en yacimientos de altura en la Provincia de Castellón", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, pp. 609-659.

Bea, D. - Diloli, J. - Rams, P.

1996.- "El Coll del Moro del Borraser (Batea, Terra Alta)", *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche 1995)*, I, Elche, pp. 449-456.

Belarte Franco, Ma.C.

1992.- *Arquitectura domèstica a Catalunya al Bronze final i Primera Edat del Ferro*, Memoria de licenciatura inédita, Universitat de Barcelona.

1993.- "Arquitectura domèstica al Bronze final i Primera Edat del Ferro a Catalunya: habitacions construïdes amb materials duradors: estat de la qüestió", *Pyrenae*, 24, pp. 115-140.

1994.- *Arquitectura domèstica a Catalunya durant la protohistòria*, Barcelona.

1996.- "L'estudi de la casa protohistòrica a Catalunya i àrees adjacents: proposta tipològica i terminològica", *Pyrenae*, 27, pp. 103-115.

1997.- *Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica*, Arqueo Mediterrànea, 1, Barcelona.

1999-00.- "Sobre el uso del barro en la protohistoria del Bajo Aragón: estudio de materiales conservados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona", *Kalathos*, 18-19, pp. 65-93.

Belarte, Ma.C. - Barberà, J.

1994.- "La casa ibèrica a la Catalunya litoral; els elements i distribució", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10. pp. 38-48.

Belarte, Ma.C. - Noguera, J. - Sanmartí, J.

1999.- *Informe de la intervenció arqueològica realitzada durant l'any 1999 en el Castellot de la Roca Roja (Benifallet, Baix Ebre)*, Inèdit.

Belarte, Ma. C. - Sanmartí, J.

1997.- "Espais de culte i pràctiques rituals a la Catalunya protohistòrica", *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 7-32.

Belarte, Ma. C. - Sanmartí, J. - Santacana, J.

1994.- "El asentamiento protohistórico del barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre, Tarragona)", *I Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993)*, III, pp. 231-247.

Belarte, Ma. C. *et alii*

1991.- "El yacimiento del Barranc dels Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre): un modelo protohistórico de colonización agrícola", *Butlletí Arqueològic Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, época V, 13, pp. 55-67,

1994.- "L'assentament protohistòric del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)", *Tribuna d'Arqueologia*, 1992-1993, pp. 63-72.



2001.- *Tècniques constructives d'època ibèrica i experimentació arquitectònica a la Mediterrània, I Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell 2000)*, Arqueo Mediterrània, 6, Barcelona.

Belén, M. - Escacena, J.L.

1992.- "Las comunicaciones prerromanas de Andalucía Occidental", en M. Almagro - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 65-87.

Bell, J.A.

1994.- "Interpretation and Testability in Theories about Prehistoric Thinking", C. Renfrew - E.B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, pp. 15-21.

Beltrán Lloris, F.

1993.- "La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro (s.II a.e. - II d.e.)", *V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas en la Península Ibérica (Köhl 1989)*, Salamanca, pp. 235-272.

1995.- "La escritura en las fronteras. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro", F. Beltrán Lloris (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, pp. 169-195.

Beltrán Lloris, M.

1976.- *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.

1977.- "Novedades de Arqueología Zaragozana", *Caesaraugusta*, 41-42, pp. 151-202.

1978.- "La cronología de los tesoros monetarios de Azaila", *Numisma*, 150-155.

1979a.- "La cerámica campaniense de Azaila. Problemas de cronología del Valle medio del Ebro", *Caesaraugusta*, 47-48, pp. 141-232.

1979b.- *El poblado de Castillejo de la Romana (La Puebla de Híjar, Teruel)*, Excavaciones Arqueológicas de España, 103, Madrid.

1982.- *La Arqueología de Zaragoza, últimas investigaciones*, Zaragoza.

1984a.- "Don Juan Cabré y Azaila: Estado actual de conocimiento del Cabezo de Alcalá (Teruel)", *Encuentros en Homenaje a Juan Cabré*, Zaragoza, pp. 79-91.

1984b.- "Nuevas aportaciones a la cronología de Azaila", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, pp. 125-152.

1986.- "Introducción a las bases arqueológicas del valle medio del río Ebro en relación con la etapa prerromana", *Estudios en Homenaje al doctor Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp. 495-528.

1995.- *Azaila. Nuevas aportaciones deducidas de la documentación inédita de Juan Cabré Aguiló*, Zaragoza.

1996.- *Los iberos en Aragón*, Zaragoza.

### Beltrán Martínez, A.

1953.- "Excavaciones arqueológicas en Fuentes de Ebro (Zaragoza), I campaña - memoria", *Caesaraugusta*, 9-10, Zaragoza, pp. 87-101.

1955.- "Fuentes del Ebro", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1-3, p. 214.

1957a.- "Problemas de cronología en el valle medio del Ebro", *IV Congreso Nacional de Arqueología (Burgos 1955)*, Zaragoza, pp. 175-178.

1957b.- "Las excavaciones en Fuentes del Ebro", *Miscelánea sobre excavaciones arqueológicas y museos de Zaragoza*, Zaragoza, pp. 69-70.

1958a.- "Los hallazgos ibéricos de 'El Palomar' de Oliete (Teruel) y la colección Orensanz de Zaragoza", *Caesaraugusta*, 11-12, pp. 25-32.

1958b.- "Sobre las excavaciones en La Corona de Fuentes de Ebro", *I Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, pp. 301-304.

1959.- "Avance sobre la cerámica excisa del Cabezo de Monleón", *V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1957)*, Zaragoza.

1960.- "La indoeuropeización del Valle del Ebro", *Simposium sobre Prehistoria de la Península Ibérica (Pamplona 1959)*, Pamplona, pp. 103-124.

1961.- "Notas sobre los moldes para fundir bronce del Cabezo de Monleón, Caspe", *VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo 1959)*, Zaragoza.

1962a.- "Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón: I. La planta, II. Los Kernoi", *Caesaraugusta*, 19-20, pp. 7-21.

1962b.- "El poblado hallstático de la Loma de los Brunos, Caspe (Zaragoza)", *VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona 1960)*, Zaragoza.

- 1963.- "Los poblados hallstáticos de Caspe y los problemas cronológicos de la cultura del Bajo Aragón", *Homenaje a Bosch Gimpera*, México, pp. 41-48.
- 1966.- "Sobre la cronología de Azaila (Teruel)", *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid, 1965)*, Zaragoza, pp. 38-309.
- 1973-74.- "El tesoriillo de denarios ibéricos de Alagón (Zaragoza)", *Numisma*, 120-131, pp. 201-214.
- 1976-78.- "Problemática general de la iberización en el Valle del Ebro", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, Barcelona.
- 1984.- "Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, pp. 23-101.
- 1985.- "La cerámica del poblado hallstático del Cabezo de Monleón, Caspe (Zatragoza)", *IV Congreso Internacional P.P.*, pp. 763-764.
- 1987.- "Los asentamientos ibéricos ante la romanización en el Valle del Ebro: los casos de Celsa, Azaila y Botorrita", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, pp. 101-109.
- 1989-90.- "Notas sobre las excavaciones del yacimiento ibérico del Tiro de Cañón (Alcañiz) en 1968", *Kalathos*, 9-10, pp. 125-133.

Beltrán Villagrasa, P.

- 1945.- "La cronología del poblado ibérico del Cabezo de Alcalá (Azaila) según las monedas allí parecidas", *Obras completas, Antigüedad*, I, Barcelona, pp. 159-209.

Beltrán, A. - Álvarez, A.

- 1987.- "Una comprobación de las excavaciones del poblado del Bronce final y de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón, Caspe (Zaragoza)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 6, pp. 59-69.
- 1993.- "Una puesta al día de los problemas sobre el poblado del Bronce final y de la Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe (Zaragoza)), *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa (Caspe, Zaragoza 1986)*, Bajo Aragón, Prehistoria, IX-X.

Beltrán, F. - Sancho, L.

1979.- "Consideraciones acerca de la población antigua de la mitad meridional de los conventos Caesaraugustano y Tarraconense", *Caesaraugusta*, 47-48, pp. 307-322.

Benavente Serrano, J.A.

1984a.- "El poblamiento ibérico en el alle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel)", *Kalathos*, 3-4, pp. 155-190.

1984b.- "Cambios geomorfológicos y distribución del hábitat prehistórico. Una aplicación en los focos endorreicos del Bajo Aragón", *Arqueología Espacial*, 2, Teruel, pp. 53-74.

1985.- *El poblamiento prehistórico en el interfluvio Guadalope-Regallo*, Memoria de Licenciatura inédita, Zaragoza.

1987.- *Arqueología en Alcañiz. Síntesis de Arqueología e Historia de Alcañiz y su entorno*, Zaragoza.

1991.- "Inventario de la colección arqueológica de los Padres Escolapios de Alcañiz (Teruel): Los materiales de Tiro de Cañón", *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, pp. 179-182.

1994-96.- "El Bronce medio y final en el área de Alcañiz (Teruel), J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre* (Sant Feliu de Codines 1994), *Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 115-125.

Benavente Serrano, J.A. (coord.)

1989.- *Catálogo de la colección arqueológica de los Padres Escolapios de Alcañiz (Teruel)*, Zaragoza.

Benavente, J.A. *et alii*

1985.- "Tiro de Cañón (Alcañiz): Materiales cerámicos II, líticos, metálicos y óseos", *Kalathos*, 5-6, pp. 107-152.

1992.- "El poblamiento antiguo en el área endorreica de Alcañiz (Teruel)", *Al-Qannis*, 2, pp. 36-92.

Benavente, P. - Dobato, A. - Benavente, J.A.

1991.- "Informe sobre el levantamiento planimétrico y altimétrico del poblado ibero-romano de El Palao (Alcañiz, Teruel), *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza.

#### Bendala Galán, M.

1989.- "La génesis de la estructura urbana en la España Antigua", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16, pp. 127-147.

1990.- "El plan urbanístico de Augusto en Hispania", W. Trichmill - P. Zanker (eds.), *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte Zwischen Republik und Kaiserzeit (Madrid, 1987)*, Munich, pp. 25-42.

1995.- "El concepto urbano en la protohistoria peninsular", J. Blánquez (ed.), *El mundo ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000 (Albacete 1994)*, Toledo, pp. 113-117.

1998a.- "La ciudad entre los iberos, espacios de poder", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: Las estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 25-34.

1998b.- "Fórmulas de promoción y desarrollo urbano y urbanístico en la Hispania tardorrepublicana", J. Mangas Manjarrés (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*, Madrid, pp. 307-312.

2000.- *Tartessos, iberos y celtas: pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid.

#### Bendala, M. - Corzo, R.

1992.- "Etnografía de la Andalucía occidental", en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 89-99.

#### Bendala, M. et alii

1987.- "Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 121-140.

#### Bender, D.R.

1967.- "A Refinement of the Concept of Household: Families, Credence and Domestic Functions", *American Anthropologist*, 69, pp. 493-504.

Berger, A.

1990.- *Encyclopedic Dictionary of Roman Law*, Philadelphia.

Berger, O. - Luckmann, T.

1991.- *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires (ed. original 1968).

Berges, M. - Ferrer, M.

1976.- "La torre ibérica del Coll del Moro de Gandesa", *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 5, pp. 393-398.

e.p.- *Memoria de las excavaciones en el recinto fortificado del Coll del Moro de Gandessa (Tarragona). Campañas 1974-1975.*

Berlin, B.

1970.- "A Universalistic - Evolutionary Approach to Ethnographic Semantics", A. Fisher (ed.), *Current Directions in Anthropology, Bulletin of American Anthropological Association*, 3.3, II, pp. 3-18.

Berndt, M.

1974.- "¿La arquitectura funcionalista es verdaderamente funcional? Análisis sociológico de una categoría arquitectónica", *La arquitectura como ideología*, Buenos Aires, pp. 3-25.

Berrocal, L. - Gardes, Ph. (ed.)

2001.- *Entre celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Madrid.

Berrocal, Ma.C.

1998.- "Introducción a la Arqueología Cognitiva", *Arqueoweb*, 0, tesina 0, pp. 1-9. [www.ucm.es/info/arqueoweb/bumero0/tesina\).htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/bumero0/tesina).htm).

Bettini, S.

1958.- "Crítica semántica e continuità storica dell'architettura", *Zodiac*, 2.

1961.- *Zodiac*, 5.

Bielza de Ory, U.

1987.- *Geografía humana de Aragón*, Barcelona.

**Binford, L.R.**

- 1962.- "Archaeology as Anthropology", *American Antiquity*, 28.2, pp. 217-225.
- 1964.- "A consideration of archaeological research design", *American Antiquity*, 29, pp. 425-441.
- 1967.- "Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasing", *American Antiquity*, 32.1, pp. 1-12.
- 1971.- "Mortuary Practices: their Study and their Potential", J. A. Brown (ed.), *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, New York, pp. 6-29.
- 1983.- *Working at Archaeology*, New York.
- 1988.- *En busca del pasado*, Barcelona.

**Birdwhistell, R.L.**

- 1970.- *Kinesics and Context*, Philadelphia.

**Blance, B.**

- 1986.- "Siret y cien años de Arqueología", *Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, (*Cuevas de Almanzora 1984*), Sevilla, pp. 19-27.

**Blanco Freijeiro, A.**

- 1956.- "Orientalia", *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp. 3-51.
- 1960.- "Orientalia II", *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp. 3-43.
- 1981.- *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad 2*, Madrid.

**Blánquez, J.J. (ed.)**

- 1995.- *El mundo ibérico: Una nueva imágen en los albores del año 2000* (*Albacete 1994*), Toledo.

**Blánquez, J.J. - Antona del Val, V. (coords.)**

- 1992.- *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (*Madrid 1991*), Madrid 1992.

**Blas Guerrero, A.**

- 1995.- *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid.

Blasco, C.

1974.- "Nota sobre un yacimiento iberorromano en Escatrón (Zaragoza)", *Estudios*, 1, p. 98.

Blasco Sancho, M.F.

e.p.- "Estudios de los restos de fauna de los Castellazos, Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 13.

Blasco, M.F. - Hernández, G. - Rafel, N.

e.p.- "El recinte fortificat i la necròpolis del Coll del Moro de Gandesa (Terra Alta)", *XXXVII Assemblea Intercomarcal d'Estudios (Amposta 1991)*.

Blasco, M. - Rafel, N.

1995.- "El taller tèxtil del Coll del Moro de Gandesa (Terra Alta)", *Tribuna d'Arqueologia*, 1994-1995, pp. 37-50.

Blázquez Martínez, J. Ma.

1968.- *Tartessos y el origen de la colonización fenicia en Occidente*, Madrid (reed. 1975).

1978.- "Arte de la Edad de los Metales", E.F. Jordá - J. M». Blázquez, *Historia del Arte Hispánico I, La Antigüedad 2*, Madrid, pp. 200-358.

1978-80.- *Historia de España Antigua*, Madrid; I: *Protohistoria*, por J.M. Blázquez, F.J. Presedo, F.J. Lomas, F.J. Fernández Nieto, 1980; II: *Hispania Romana*, por J.M. Blázquez, A. Montenegro, J.M. Roldán, J. Mangas, R. Teja, J.J. Sayas, L. Gcía. Iglesias, J. Arce, 1978.

1979.- "Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. últimas aportaciones", *Archivo Español de Arqueología*, 52, pp. 141-174.

1979.- "La proyección de los pueblos de la Meseta sobre la Turdetania y el levante ibérico en el primer milenio a.C.", *II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 421-434.

1981.- "El mundo ibérico en los siglos inmediatos al cambio de Era", *La Baja época de la cultura ibérica*, Madrid, pp. 17-29.

1987.- "El Estado de Burebista y los pueblos de la Península Ibérica", *Gerión*, 5, pp. 195-209.



Bloch, M.

1991.- "Language, Anthropology and Cognitive Science", *Man*, 26, pp. 183-198.

Bollnow, G.F.

1969.- *Hombre y Espacio*, Barcelona.

Bonet Rosado, H.

1998.- "Técnicas constructivas", *Los Ibéros. Principes de Occidente*, Barcelona, pp. 90-91.

Bonet, H. - Guérin, P.

1989.- "Techniques de construction et aménagement des espaces domestiques ibériques en région valencienne", *Habitats et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire (Arles-sur-Rhone)*, Aix-en-Provence, pp. 128-132.

1995.- "Propuestas metodológicas para la definición de la vivienda ibérica en el área valenciana", A. Bazzana - M.C. Delaigue (eds.), *Ethno-Archéologie Méditerranéenne, finalités, démarches et résultats (Madrid 1990)*, Madrid, pp. 85-104.

Bonet, H. - Guérin, P. - Mata, C.

1994.- "Urbanisme i habitatge ibèrics al País Valencià", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 115-130.

Bonet, H. - Mata, C.

1995.- "La Cultura Ibérica en el País Valencià: estado de la investigación en la década 1983-1993", *II Jornades d'Arqueologia*, Valencia, pp. 159-184.

Borrás Jarque, J.M.

1929.- *Història de Vinaròs*, Tortosa.

Borrás i Querol, C.

1988.- "Mas d'Aragó. Cervera del Maestrat, Baix Maestrat", *Memòires arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-85*, Valencia, pp. 147-151.

1990.- "Mas d'Aragó. Càlig, el Baix Maestrat", *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana 1984-1985. II. Intervencions rurals*, Valencia, pp. 118-119.

Borrás, C. - Selma, S.

1989.- "El centro de producción cerámica de Mas de Aragón. Un complejo industrial alfarero íbero/romano", *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castelló de la Plana 1987)*, pp. 667-674.

Bosch Gimpera, P.

1913.- "Zur Frage der iberischen keramik", *Memnon, Zeitschrift für die Kunt- und Kulturgeschichte des alten Orients*, VII,3, pp. 166-181.

1913-14a.- "Troballes a Tivissa", *Anuari de l'Institut de Estudis Catalans*, V, Barcelona.

1913-14b.- "Campanya arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans al limit de Catalunya y Aragón (Caseres, Calaceit y Massalió)", *Anuari de l'Institut de Estudis Catalans*, V, pp. 824-827.

1915.- *El problema de la cerámica ibérica*, Madrid.

1915-20.- "Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragón", *Anuari de l'Institut de Estudis Catalans*, VI, pp. 641-671.

1918.- "Las últimas investigaciones arqueológicas en el Bajo Aragón y los problemas ibéricos del Ebro y Celtiberia", *Revista Histórica*, 6-7, pp. 1-16.

1921-26.- "Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragón", *Anuari del'Institut d'Estudis Catalans*, VII, pp. 72-79.

1922.- *Assaig de reconstitució de l'Etnologia de Catalunya*, Barcelona.

1923a.- "Notes de Prehistoria Aragonesa", *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria*, I, pp. 15-68.

1923b.- "L'estat actual del conoximent de la civilització ibèrica del Regne de Valencia", *Anuari del'Institut d'Estudis Catalans*, VI.

1929a.- "El estado actual de la investigación de la cultura ibérica", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCIV.

1929b.- "La cultura ibérica del Bajo Aragón", *IV Congreso Internacional de Arqueología*, Barcelona, pp. 5-38.

1931.- "Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragón", *Anuari del'Institut d'Estudis Catalans*, VII, pp. 72-80.

1932.- *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.

1934.- *Historia de España. Epocas Primitiva y Romana*, Barcelona.

1944.- *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

1945.- *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

1948.- "Los iberos", *Cuadernos de Historia de España*, IX, pp. 5-93.

1958.- *Todavía el problema de la cerámica ibérica*, México.

1965.- "Les Grecs et les Ibères", *Le rayonnement des civilisations greque et romaines sur les cultures périphériques*.

1966.- "Les soldats iberiques agents d'hellenisation et de romanisation", *Mèlanges Carcopino*, París, pp. 141-148.

1974.- *Paletnología. Colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*, Graz.

1975.- "Las raíces del arte ibérico", *Papeles del Laboratorio de Valencia*, 11.

1979.- "Los orígenes de la Toreútica ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 173-212.

Bosque Maurel, J.

1979.- "Percepción, comportamiento y análisis geográfico", *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, CXV, pp. 7-34.

Bosque Sendra, J.

1992.- "Estereotipos del lugar geográfico", J. Bosque *et alii*, *Prácticas de Geografía de la percepción y de la actividad cotidiana*, Barcelona, pp. 101-122.

Bosque, J. *et alii*

1992.- *Prácticas de Geografía de la percepción y de la actividad cotidiana*, Barcelona.

Bourgignie, G.E. (ed.)

1972-76.- *Perspectivas en ecología humana*, Madrid.

Bradley, R.S.

1985.- *Quaternary Paleoclimatology: Method of Paleoclimatic Reconstruction*, Boston.

Brainerd, W.S. - Landweber, L.H.

1974.- *Theory of Computation*, New York.

Braithwaite, M.

1984.- "Ritual and Prestige in the Prehistory of Wessex, c. 2200-1400 B.C.: A New dimension of the Archaeological Evidence", D. Miller - Ch. Tilley (eds.), *Ideology, Power and Prehistory*, Cambridge, pp. 93-110.

Brandi, C.

1968.- *Struttura e architettura*, Turín.

Brebner, J.

1982.- *Environmental Psychology in Building Design*, London.

Bruhl, A.

1932.- *Excavaciones en el Cabezo de Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)*, Madrid.

Bruner, J.

1968.- "On Perceptual Readiness", R.N. Haber (ed.), *Contemporary Theory and Research in Visual Perception*, New York.

Buero, C.

1988.- "Topofilia y disonancia cognitiva", J.I. Aragonés - J.A. Coraliza, *Comportamiento y medio ambiente*, Madrid, pp. 259-546.

1990.- "La conservación del paisaje urbano desde el punto de vista fenomenológico", *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, 83, pp. 5-35.

1992.- "Cambio, tiempo y topofilia", A. García Ballesteros (ed.), *Geografía y humanismo*, Barcelona, pp. 97-114.

Burch, J. - Nolla, J.

1996.- "Nuevas aportaciones a la romanización del nordeste de Catalunya", *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche 1995)*, I. Elche, pp. 33-36.

Burillo Mozota, F.

1979.- "Modelos sobre la utilización del medio geográfico en época ibérica, en el valle medio del Ebro", *Memorias de Historia Antigua*, II. pp. 31-45.

1980.- *El Valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca medio*, Zaragoza.

- 1982a.- "La jerarquización del hábitat de época ibérica en el valle medio del Ebro. Una aplicación de los modelos locacionales", *IV Jornadas del Estado actual de los estudios sobre Aragón (Alcañiz 1981)*, Zaragoza, pp. 215-228.
- 1982b.- "El urbanismo del poblado ibérico de El Tartrato de Alcañiz", *Kalathos*, 2, pp. 47-66.
- 1982c.- "Excavaciones arqueológicas en Mora de Rubielos", *Teruel*, 68, pp. 253-256.
- 1982d.- "Diseño y estructura modular de una casa ibérica (Los Castellares de Herrera de los Navarros, Zaragoza)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, IV, pp. 106-117.
- 1982e.- *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de época ibérica Los Castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza): Casa I*, Zaragoza.
- 1984.- "La aplicación de los modelos de lugar central a la arqueología", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria, 1981)*, Madrid, pp. 431-441.
- 1986.- "La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas del Bajo Aragón", *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X, pp. 215-235.
- 1987.- "Introducción al poblamiento ibérico en Aragón", A. Ruiz - M. Molinos (eds.), *Iberos, Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, Jaén, pp. 77-98.
- 1988a.- "Aproximaciones diacrónicas a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro", *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela, pp. 299-314.
- 1988b.- "Apuntes sobre la localización e identificación de las ciudades de época ibérica en el valle medio del Ebro", *Arqueología Espacial*, 12, Lisboa - Teruel. pp. 173-195.
- 1988-89.- "La prospección superficial: algunas reflexiones sobre su situación actualmente en España", *Arqueocrítica*, 0, pp. 38-45.
- 1989-90.- "La crisis del ibérico antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón", *Kalathos*, 9-10, pp. 95-124.
- 1990a.- "La segunda edad del hierro en Aragón", *Estado actual de la Arqueología en Aragón*, I, Zaragoza, pp. 133-213.

- 1990b.- "The evolution of iberian and roman towns in the middle Ebro valley", *Roman Landscapes*, Roma, pp. 37-46.
- 1991.- "Introducción a las fortificaciones de época ibérica en la margen derecha del valle medio del Ebro", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 37-53.
- 1992a.- "Substrato de las etnias prerromanas en el valle del Ebro y Pirineos", M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Zaragoza, pp. 195-223.
- 1992b.- "Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle Medio del Ebro", J.J. Blánquez - V. Antona del Val (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis (Madrid 1991)*, Madrid, pp. 563-585.
- 1996.- "Sobre la territorialidad de los sedetanos", *Homenaje a Purificación Atrián (Teruel 1991)*, Teruel, pp. 103-133.
- 1997.- "Espacios culturales y relaciones étnicas: contribución a su estudio en el ámbito turolense durante época ibérica", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 229-238.
- 1998.- "Etnias, territorio y paramentos arqueológicos", *L'arqueologia del territori. Anàlisi dels models d'ocupació i transformació del medi a l'Antiguitat a la Catalunya meridional i àrees lindants*, *Citerior, Revista d'arqueologia i Ciències de l'Antiguitat*, 2, pp 11-27.
- 2001.- "Etnias y poblamiento en el área ibérica del valle medio del Ebro: sedetanos y edetanos", L. Berrocal - Ph. Gardes (ed.), *Entre celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Madrid, pp. 187-200.
- e.p.a.- "Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: Los ausetanos del Ebro", *Homenaje a Antonio Arribas, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18 (1993).
- e.p.b.- "Etnias y fronteras: sobre el límite oriental de los celtíberos", *Los orígenes de la civilización en la Europa Mediterránea (Jaén 1997)*.

Burillo, F. - Gutiérrez, M. - Peña, J.L.

1981.- "El cerro del Castillo de Alfambra (Teruel). Estudio interdisciplinar de Geomorfología y Arqueología", *Kalathos*, 1, pp. 7-63.

1982.- "Las acumulaciones holocenas y su datación en Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Revista del Colegio Universitario de La Rioja*, pp. 193-207.

1983.- "La Geoarqueología como ciencia auxiliar: aplicación en la Cordillera Ibérica Turolense", *Arqueología*, 26, pp. 5-13.

1985.- "Las acumulaciones holocenas y su datación arqueológica en Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Cuadernos de Investigación Geográfica*, XI.1-2, pp. 193-207.

Burillo, F. - Peña, J.L.

1984a.- "Modificaciones por factores geomorfológicos en el tamaño y ubicación de los asentamientos primitivos", *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, pp. 91-105.

1984b.- "Clima, geomorfología y ocupación humana. Introducción a un planteamiento metodológico", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria 1981)*, Madrid, pp. 91-102.

Burillo, F. - Peña, J. L. - Picazo, J.

1982.- "La Geoarqueología como ciencia auxiliar", *Revista de Arqueología*, 26, pp. 6-13.

1985.- "Acción del arroyamiento en yacimientos de conjuntos líticos y modelos de reconstrucción. Aplicación en Mora de Rubielos (Teruel)", *XVII Congreso nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 81-88.

Burillo, F. - Picazo, J.

1992-93.- "Contribución al origen del poblamiento con estructuras estables en el valle medio del Ebro", *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa (Caspe-Zaragoza 1986)*, Bajo Aragón, *Prehistoria*, IX-X, pp. 203-214.

1994.- "L'urbanisme protohistòric a la Vall Mitjana de l'ebre", *Cota Zero*, 10, pp. 102-114.

1994-96.- "El Bronce medio y la transición al Bronce tardío en Teruel", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del*

*territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994), Gala, 3-5, Barcelona, pp. 59-75.*

Burillo, F. - Royo, J.I.

1994-96.- "El yacimiento del Castillo de Cuarte (Aragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del Ibérico Pleno en el valle medio del Ebro", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994), Gala, 3-5, Barcelona, pp. 387-397.*

Burillo, F. - Sus, Ma.L. de

1986.- "Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica 'Los Castellares' de Herrera de los Navarros (Aragón)", *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp. 209-236.

Burillo, F. *et alii*

1984.- "Un estudio sincrónico y diacrónico del poblamiento y el territorio. El proyecto interdisciplinar de Mora de Rubielos (Teruel)", *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Arqueología Espacial*, 1, pp. 187-205.

1986.- "Geomorphological Processes as Indicators of Climatic Changes during the Holocene in the North-East Spain", F. López Vera (ed.), *Quaternary Climate in Western Mediterranean*, Madrid, pp. 31-44.

1992.- *Carta Arqueológica de Aragón. Inventario 1991*, Zaragoza.

1995.- "El poblamiento celtibérico en el valle medio del Ebro y Sistema Ibérico", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991)*, Zaragoza, pp. 245-264.

Burling, R.

1964.- "Cognition and Componential Analysis: God's Truth or Locus Pocus?", *American Anthropologist*, 66, pp. 20-28.

Buti, G.G.

1962.- *La casa degli indoeuropei*, Florencia.



Buttimer, A. - Seamon, D. (eds.)

1970.- *The Human Experience of Space and Place*, London.

Caballero Blanco, C.

1999-00.- "Desarrollo de un aprón de poblamiento romano en el cuadrante nororiental peninsular", *Kalathos*, 18-19, pp. 241-271.

Cabré Aguiló, J.

1907-08.- "Excavaciones practicadas en el monte de San Antonio de Calaceite", *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, VII, pp. 234-241.

1908a.- "Objetos ibéricos con representaciones de figuras de animales procedentes de las excavaciones de Calaceite", *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, VII, pp. 399-408.

1908b.- "Hallazgos Arqueológicos", *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, 5, pp. 214-244.

1910.- "La montaña escrita de Peñalba, Teruel", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 56, pp 241-280.

1915-20.- "Estelas ibéricas ornamentadas del Baix Aragó", *Anuari de l'Institut de Estudis Catalans*, pp. 629-649.

1921.- "Dos tesoros de monedas de bronce autónomas de la acrópolis ibérica de Azaila (Teruel)", *Memorial Numismático Español*, II.2, pp. 25-33.

1923.- *La casa ibérica hasta el tiempo de Augusto según el plano de la acrópolis ibérica del Cabezo de Alcalá, Azaila*, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, II, Madrid.

1925a.- "Arquitectura hispánica. El sepulcro de Toya", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, I, pp. 73-102.

1925b.- "Los bronce de Azaila", *Archivo Español de Arte y arqueología*, I, pp. 297-315.

1929.- *Excavaciones en el Roquizal del Rullo, término de Fabara, provincia de Zaragoza, dirigidas por don Lorenzo Pérez Temprado*, Madrid.

1943.- "El saludo ibérico. Saludo racial precursor del nacional. Su difusión por Europa en unión del *Gladius Hispaniensis*", *Coleccionismo*, XIX, Madrid.

1944.- *Corpus Vasorum Hispanorum I, Cerámica de Azaila*, Madrid.

1983-84.- "San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel. Tomo 1)", *Kalathos*, 3-4, pp. 9-49.

Cabré, D. - González, J.

1971-72.- "Sobre la posible situación de Octobesa-Otobesa", *Boletín de Arqueología Tarraconense*, pp. 80-84.

Calhoun, J.B.

1963.- "The Social Use of Space", W.W. Mayer - R.G. van Gelder (eds.), *Physiological Mammalogy*, New York, pp. 1-187.

Callarisa, Ma.P.

1965.- *El proceso histórico de la población primitiva en el Bajo Ebro*, Tesis Doctoral Inédita, Barcelona.

Campo, M.

1978.- "Material numismático de Sant Miquel de Vinebre. Notas preliminares", *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, Ep. IV, Fasc. 141-144, pp. 49-53.

Canter, D.

1969.- "A Intergroup Comparison of Connotative Dimensions in Architecture", *Environment and Behaviour*, 1, pp. 37-48.

1977.- *The Psychology of Place*, London.

Canter, D. - Florens, T. (eds.)

1973.- *Hacia una psicología de la arquitectura: teoría y métodos*, Barcelona.

Canter, D. - Stringer, P. (eds.)

1978.- *Interacción ambiental. Aproximaciones psicológicas a nuestros entornos físicos*, Madrid.

Capalvo Liesa, A.

1986.- "El léxico pliniano sobre Hispania. Etonimia y designación de asentamientos urbanos", *Caesaraugusta*, 63, pp. 49-67.

1995.- "El territorio de Celtiberia según los manuscritos de Estrabón", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991)*, pp. 455-470.

Caravantes García, C.M.

1987.- "Estructura y utilización sociocultural del 'espacio externo restringido' en dos poblaciones de la Sierra Pobre Madrileña", *Etnografía Española*, 6, pp. 7-48.

Caro Baroja, J.

1943.- "Regímenes sociales y económicos de la España prerromana", *Revista Internacional de Sociología*, 1, pp. 149-165.

1971.- "La realeza y los reyes en la España Antigua", *Estudios sobre la España Antigua, Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17, pp. 140-162.

1975.- *Los pueblos de España*, Madrid (2ª edición).

Carr, C.

1984.- "The Nature of Organisation of Intrasite Archaeological Records and Spatial Analysis Approaches to their Investigation", M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, VII, New York, pp. 103-222.

Carreras i Verdaguer, C.

1985.- *Geografía humana de Cataluña*, Barcelona.

Caruso, P.

1967.- "Analisi antropologica del paesaggio", *Edilizia Moderna*, 87-88.

1969.- *Conversazioni con Lévi-Strauss, Foucault, Lacan*, Milán.

Caruz Arenas, A.

1982.- "Las tribus tartésicas y sus capitales según Avieno", *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 135-169.

Castellanos, Ma.M.

1996.- "Les importacions etrusques del segle V a.C. al nord-est peninsular i el comerç mediterrani", *Pyrenae*, 27, pp. 83-102.

Casellas, S.

1995.- "Dispòsits faunistics no subsistencials ala Catalunya prehistòrica", *Cota Zero*, 11, pp. 89-93.

Castelo, R. - Cardito, L. - Rodríguez, I.

1995.- *Julio Martínez Santa-Olalla: crónicas de la cultura arqueológica española*, Madrid.

1997.- "Julio Martínez Santa-Olalla. Vinculación y contribución a los organismos e instituciones arqueológicas españolas de postguerra", G. Mora - M. Diez Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid 1997, pp. 573-580.

Castillo Yurrita, A.

1955.- "La vida y obra de Jorge Bonsor y la Arqueología de su tiempo", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI.2, pp. 615-635.

Castro, P.V.

1994.- *La sociedad de los campos de urnas en el nordeste de la Península Ibérica. La necrópolis del Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*, Tarragona.

Castro, P.V. - González, P.

1989.- "El concepto de frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político", *Fronteras, III Coloquio Internacional de Arqueología Espacial (Teruel, 1989)*, *Arqueología Espacial*, 13, Teruel, pp. 7-18.

Castro, P.V. - Lull, V. - Micó, R.

1993.- "La fragilidad del método hipotético-deductivo en la arqueología procesual", *Revista d'Arqueología de Ponent*, 3, pp. 9-17.

Cebrià, A.

1999.- "Luís Pericot i García (1899-1978): eclecticisme, sociabilitat i bonhomia. Valoració, des del present d'una figura clau de l'arqueologia i de la prehistòria de la meitat del segle XX", *Pyrenae*, 30, PP. 9-14.

Cela, X. - Noguera, J. - Rovira, M.C.

1999.- "Els materials arqueològics del jaciment ibèric del Coll del Moro de Serra d'Almos (Tivissa, Ribera d'Ebre). Col·lecció del Museo Comarcal Salvador Vilaseca de Reus", *Pyrenae*, 30, pp. 91-121.

Cencillo, L. - García, J.L.

1973.- *Antropología cultural y psicológica*, Madrid.

Cerrillo Martín de Cáceres, E.

1982.- "Difusión como contacto cultural en arqueología", *Norba, Revista de Historia*, III, pp. 129-137.

1984a.- "Problemas en el conocimiento. El ruido de la información arqueológica", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria 1981)*, Madrid, pp. 65-69.

1984b.- "A más de diez años de la 'perdida de la inocencia'", *Norba. Revista de Historia*, V, pp. 39-46.

1988.- *La Nueva Arqueología 20 años después*, Para dialogar con el pasado, 3, Cáceres.

1990.- "Arqueología de las religiones primitivas y arqueología de las religiones organizadas. Una reflexión", *Zephyrus*, XLIII, pp. 189-192.

Cerrillo, E. - Ongil, M.I. - Saucedo, M.I.

1984.- "Espacio y religión, aproximación a una arqueología de la religión", *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, pp. 41-54.

Chang, K.C.

1968.- *Settlement Archaeology*, Palo Alto.

1972.- *Settlement Patterns in Archaeology*, London.

Chang, K.C. (ed.)

1976.- *Nuevas perspectivas en arqueología*, Madrid.

Chapa Brunet, T.

1986.- "Escultura ibérica: Una revisión crítica de sus interpretaciones", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp. 43-60.

1990.- "Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos", *Zephyrus*, XLIII, pp. 249-252.

1992.- "La Arqueología de la muerte: planteamientos, problemas y resultados", *Seminario, Arqueología de la Muerte: metodología y perspectivas actuales*, Córdoba, pp. 9-38.

1997.- "La escultura ibérica como elemento determinante del territorio", R. Olmos - J.A. Santos (eds.), *Coloquio Internacional. Iconografía ibérica/Iconografía itálica (Roma 1993)*, Madrid, pp. 235-249.

Chapa, T. - Moret, P. (coords.)

2002.- *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.)*, (Madrid 2002), Preactas, Madrid.

Charbonnier, G.

1961.- *Entretiens avec C. Lévi-Strauss*, París.

Chazelles, C.A.

1995.- "Les origines de la construction en adobe en Extreme-Occident", *Sur les pas des Grecs en Occident*", *Etudes Massaliètes*, 4, pp. 49-58.

Chisholm, M.D.I.

1962.- *Rural Settlement and Land Use: an Essay in Location*, London.

Chillida Meliá, J.

1909.- "Apuntes arqueológicos relacionados con el lugar que ocupa el ermitorio de Nuestra Señora de la Misericordia y Sant Sebastián de Vinaroz", *Revista de Castellón*, 19, pp. 325-330.

1913.- "Apuntes arqueológicos relacionados con el lugar que ocupa el ermitorio de Nuestra Señora de la Misericordia y Sant Sebastián de Vinaroz", *Revista de Castellón*, 32, pp. 5-6.

Chomsky, N.

1962.- *Current Issues in Linguistic Theory*, Cambridge.

1971.- *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona.

1974a.- *Estructuras sintácticas*, México.

1974b.- "Problemas de la explicación lingüística", R. Burger - F. Cioffi (eds.), *La explicación de las ciencias de la conducta*, Madrid, pp. 265-300.

1976.- *Aspectos de la Teoría de la Sintaxis*, Madrid.

1984.- *Reflexiones sobre el lenguaje*, Madrid.

Chomsky, N. - Foucault, M.

1976.- *La naturaleza humana*, Madrid.

Choza, J. - Choza, P.

1996.- *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Barcelona.

Christaller, W.

1933.- *Die zentralen Orte in Suddeutsland*, Jena.

Clark, A.

1997.- *Being There: Putting Brain, Body and World Together Again*, Cambridge.

Clark, P.J. - Evans, F.C.

1954.- "Distance to Nearest-Neighbour as a Measure of Spatial Relationships in Population", *Ecology Review*, 35.

Clarke, D.L.

1973.- "Archaeology: the Loss of Innocence", *Antiquity*, 47, pp. 6-18.

1984.- *Arqueología analítica*, Barcelona.

Clastres, P.

1981.- "La cuestión del poder en las sociedades primitivas", en P. Clastres, *Investigaciones en Antropología Política*, Barcelona, pp. 109-116.

Clausell, G.

1995.- "Nuevos hallazgos fenicios en la provincia de Castellón", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 16, pp. 93-106.

Claval, P.

1974.- "La géographie et la perception de l'espace", *L'Espace géographique*, 3.

Collingwood, R.G.

1986.- *Idea de la Historia*, México.

Collis, J.

1993.- "Structures d'habitat et enceintes de l'Age du Fer. Fonctionnement social de Age su Fer", *Table Ronde de Lons-le-Saunier 1990*, Lons-le-Saunier, pp. 231-237.

Colominas, J.

1923.- "Els enterraments ibèrics dels Espleters a Salsadella", *Anuari del 'Institut de Estudis Catalans*, VI, p.617.

Comas, J. (comp.)

1976.- *In memoriam Pedro Bosch Gimpera (1891-1974)*, México.

Compte, A - Perales, J.

1983-84.- "Estudios de insectos coleópteros datados en el inicio de la iberización y pertenecientes al poblado de Siriguarach (Alcañiz, Teruel)", *Kalathos*, 3-4, pp. 121-137.

Constante Llunch, J.L.

1975.- "El piedemonte costero de Vinaròs-Benicarló", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LI, pp. 244-273.

Contreras, R.

1966.- "El verdadero sentido de los textos clásicos relativos al Monte de la Plata", *Oretania*, 22, pp. 195-205.

Corraliza, J.A.

1987.- *La experiencia del ambiente: percepción y significado del medio construido*, Madrid.

Cortadella i Morral, J.

1986.- "Reflexions sobre Historiografia Catalana: el papel de la Història Antiga", *La Història i els Joves Historiadous Catalans, I Jornadas de Jóvenes Historiadores Catalanes (Barcelona, 1984)*, Barcelona, pp. 421-425.

1989.- "M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España", *Studia Histórica*, 6, pp. 17-25.



1991.- "La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (S.XVIII-XX)*, pp. 161-166.

Cox, K. - Golledge, R.G.

1981.- *Behavioural Geography Revisited*, London.

Craik, K.H.

1977.- "Multiple Scientific Paradigms in Environmental Psychology", *International Journal of Psychology*, 12, pp. 147-157.

Criado Boado, F.

1989.- "Megalitos, espacio, pensamiento", *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 75-98.

1991a.- "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje", *Boletín de Antropología Americana*, 24.

1991b. "Timpos megalíticos, espacios modernos", *Historia y Crítica*, 1, pp. 85-108.

1993a.- "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje", *Spal*, 2, pp. 9-55.

1993b.- "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico", *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp. 39-56.

1996.- "La Arqueología del futuro, ¿el Futuro de la Arqueología?", *Trabajos de Prehistoria*, 53.1, pp. 15-36.

e.p.- *Nosotros, los post-primitivos*, Madrid.

Criado Boado, F. - Villoch, V.

1998.- "La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)", *Trabajos de Prehistoria*, 55.1, pp. 63-80.

Cruz Andreotti, G.

1987.- "Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten", *Baetica*, 10, pp. 227-240.

1991.- "Schulten y el 'carácter' tartésico", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (S.XVIII-XX)*, pp. 91-94.

1993.- "Notas al Tartessos de Schulten: comercio y estado", *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía* (Córdoba, 1988), II, Córdoba, pp. 393-399.

Cruz, G - Wulff, F.

1993.- "Tartessos de la historiografía del S.XVIII a la del XX: creación, muerte y resurrección de un pasado utópico", J. Beltrán - F. Gascó (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, pp. 171-189.

Cuadrado, E.

1987.- "Las necrópolis ibéricas del levante español", A. Ruiz - M. Molinos (eds.), *Iberos, Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico* (Jaén 1986), Jaén, pp. 185-203.

Cubero Corpas, C.

1994.- *Agricultura en la Edad del Hierro en el NE de la Península Ibérica a partir del análisis carpológico*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.

1996.- "Legumbres y especies leñosas en tres yacimientos ibéricos de la zona sur del delta del Ebro: Puig de la Nau, Moleta del remei y Puig de la Misericordia", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*. 17, pp. 263-280.

Cunliffe, B - Keay, S.

1995.- *Social complexity and the development of towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century AD*, Proceeding of the British Academy, 86, Oxford.

Daniel, G.

1968.- *El concepto de Prehistoria*, Barcelona.

1974.- *Historia de la Arqueología*, Madrid.

Daniel, G. - Renfrew, C.

1988.- *The Idea of Prehistory*, Edinburgh.

Daryll Forde, C.

1965.- *Hábitat, economía y sociedad*, Barcelona.

Davidson, I - Noble, W.

1989.- "The Archaeology of Perception: Traces of Depiction and Language", *Current Anthropology*, 30, pp. 125-156.

1996.- *Human Evolution, Language and Mind: A Psychological and Archaeological Enquiry*, Cambridge.

De Bruyne, E.

1987.- "Metafísica y psicología del arte", *La estética de la Edad Media*, Madrid, pp. 177-187.

De Fusco, R.

1968.- "Tre contributi alla semiologia architecttonica".

1970.- *Storia e struttura*, Napoles.

Dedet, B.

1985.- "La maison et le village durant la protohistoire", *Les dossiers histoire et archéologie*, 99, pp. 15-27.

Delgado, M.E. - Vallejo, T.

1995.- "El infanticidio en la antigüedad", F. Waldren - R. Ensenyat - A. Kennard (eds.), *Ritual, rites and religion in Prehistory, III Deya International Conference of Prehistory*, II, British Archeological Record International Series, 611, Oxford, pp. 277-280.

Demonte, U.

1995.- "Lo sencillo es real o la explicación en la Teoría lingüística", M. Fernández - A. Anula (ed.), *Sintáxis y Cognición. Introducción al conocimiento, el procesamiento y los déficits sintácticos*, Madrid, pp. 439-454.

Detlefsen, D.

1870.- "Die Geographie der Provinz Bŕtica bei Plinius", *Philologus*, XXX, pp. 276-289.

1873.- "Die Geographie der tarraconensischen Provinz bei Plinius (N.H. III, 18-30, 76-79. IV. 110-112)", *Philologus*, XXXII, pp. 600-668.

Díaz, M.A. - Medrano, M.

1986.- "Las áreas fabriles de Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza): una unidad de producción", *Arqueología Espacial*, 9, pp. 187-208.

Díaz-Andreu, M.

1995.- "Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX: los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios (I) Pedro Bosch Gimpera", *Madriditer Mitteilungen*, 36, pp. 89-96.

Díaz-Andreu, M. - Mora, G.

1995.- "Arqueología y Política: el desarrollo de la Arqueología española en su contexto histórico", *Trabajos de Prehistoria*, 52.1, pp. 25-38.

Dihle, A.

1961.- "Zur hellenistischen Ethnographie", *Grecs et Barbares*, pp. 205-232.

Diloli i Fons, J.

1991.- *La Ilercavònia*, Tortosa.

1993.- *El poblament ibèric al curs inferior de l'Ebre: Baix Ebre i Montsià*, Tesi de Llicenciatura (inédita), U.R.V., Tarragona.

1994.- "Jerarquización entre asentamientos en época ibérica en el curso inferior del Ebro", *III Congreso Peninsular de Historia Antigua, Preactas (Vitoria 1994)*, Vitoria, pp. 441-446.

1995.- "Anàlisi del poblament en època ibèrica al curs inferior de l'Ebre (Baix Ebre-Montsia)", *Revista Arqueològica de Ponent*, 5, pp. 99-124.

1996.- "La transformación de los modelos indígenas de ocupación del territorio ante la romanización, en el curso inferior del Ebro", *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche 1995)*, I, Elche, pp. 441-448.

1999.- "L'evolució en els models d'ocupació del territori al curs inferior de l'Ebre i plana litoral del Baix Maestrat durant la Protohistòria", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20, pp. 95-113.

Diloli, J. - Foguet, G.

1991.- "Relació relleu-sistema defensiu als oppida ibèrics del Baix Ebre", *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 179-182.

Dodgshon, H.

1987.- *The European Past: Social Evolution and Spatial Order*, London.

Dollfus, O.

1976.- *El espacio geográfico*, Barcelona.

Domínguez Arranz, A.

1979.- *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Zaragoza.

Domínguez Monedero, A.J.

1983.- "Los términos *Iberia* e *Iberos* en las fuentes greco-latinas; estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación", *Lucentum*, II, pp. 203-224.

1984.- "Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la Geografía de Estrabón", *Lucentum*, III, pp. 201-218.

1991a.- "La configuración de la *pólis*", *La pólis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, pp.61-95.

1991b.- "El enfrentamiento etrusco foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 239-336.

1995.- "Religión, rito y ritual durante la protohistoria peninsular. El fenómeno religioso en la cultura ibérica", F. Waldren - R. Ensenyat - A. Kennard (eds.), *Ritual, rites and religion in Prehistory, IIII Deya International Coference on Prehistory*, BAR, Int. S., 611, pp. 21-91.

1997.- "Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 391-404.

1998.- "Poder, imagen y representación en el mundo ibérico", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 195-206.

Donald, M.

1991.- *Origins of the Human Mind: Three Stages in the Evolution of Culture and Cognition*, Cambridge.

1998.- "Hominis Enculturation and Cognitive Evolution", C. Renfrew - C. Scarre (eds.), *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge, pp. 7-17.

Dopico, M.D.

1993.- "La devotio ibérica: una revisión crítica", *Homenaje a José María Blázquez*, II, Madrid, pp. 181-191.

Dorfles, G.

1959.- *Il divenire delle arti*, Turín.

1967.- *Símbolo, comunicación y consumo*, Barcelona.

1969.- *Nuevos ritos, nuevos mitos*, Barcelona.

Downs, R.M. - Stea, D. (eds.)

1973a.- *Imagen and Environment. Cognitive Mapping and Spatial Behaviour*, Chicago.

1973b.- "Cognitive Maps and Spatial Behaviour: Process and Products", Downs, R.M. - Stea, D. (eds.), *Imagen and Environment. Cognitive Mapping and Spatial Behaviour*, Chicago.

1977.- *Maps in Minds: Reflections on Cognitive Mapping*, New York.

Dubos, R.

1965.- "Humanistic Biology", *American Scientist*, 53, pp. 4-19.

1966.- *Man Adapting*, New Haven.

Dumont, L.

1982.- *Homo Aequalis*, Madrid.

1987.- *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid.

Durand, G.

1979.- *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París.

Duthoy, R.

1986.- "Qu'est-e'une polis. Esquisse d'une morphologie succinte", *Les Etudes Classiques*, LIV.1, pp 3-20.

Eco, U.

1994.- *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona.

Eiroa García, J.J.

1980.- "La Loma de los Brunos: noticia preliminar de la primera campaña de excavaciones arqueológicas de 1980", *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, IV.

1981a.- "La necrópolis tumular de la Loma de los Brunos de Caspe: Avance de su estudio tras la campaña arqueológica de 1980", *Bajo Aragón, Prehistoria*, III, pp. 28-40.

1981b.- "Aspectos urbanísticos del poblado hallstático de La Loma de los Brunos (Caspe, Zaragoza)", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Logroño*.

1981c.- "Consideraciones acerca del estado actual de los estudios sobre la Edad del Hierro en las provincias de Teruel y Zaragoza", *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, pp. 165-181.

1982.- *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*, Zaragoza.

1983.- "IV Campaña de excavaciones en la Loma de los Brunos (Caspe)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 2, pp. 210-211.

1985.- "Los inicios del hábitat permanente en la comarca de Caspe", *Bajo Aragón, Prehistoria*, V, pp. 105-119.

1986.- "Una aproximación al modelo urbano del Bajo Aragón protohistórico", *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán*, Zaragoza, pp. 389-408.

1990.- "Consideraciones acerca del estado actual de los estudios de sobre la Edad de Hierro en las provincias de Teruel y Zaragoza", *Bolskan*, 7, pp. 197-219.

Eiroa, J.J. - Álvarez, A. - Bachiller, J.A.

1983.- *Carta Arqueológica de Caspe*, Caspe.

Eiroa, J.J. - Bachiller, J.A.

1985.- "Informe sobre la IV Campaña de Excavaciones Arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, 6, pp. 147-192.

Eliade, M.

1958.- *Patterns in Comparative Religion*, London.

Elías, N.

1990a.- *La sociedad de los individuos*, Barcelona. 1990a.- *La sociedad de los individuos*, Barcelona.

1990b.- *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona.

1992.- *Time: an essay*, Cambridge.

1993.- *El proceso de la civilización. Investigaciones Sociogenéticas y Psicogenéticas*, Madrid (1a ed. 1989).

Enguix Alemany, R.

1973.- "Aproximación a una historia de la investigación de la cultura ibérica", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9, pp. 19-28.

1981.- "Avance de una evolución de la Historiografía ibérica", *I Congreso de Historia del País Valenciano (Valencia 1971)*, II, Valencia, pp. 221-227.

Entrikin, J.N.

1991.- *The Betweenness of Place. Towards a Geography of Modernity*, Baltimore.

Escacena Carrasco, J.L.

1992.- "Del bosque y de sus árboles", D. Vaquerizo Gil (coords.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica. Seminario Fons Mellaria (Córdoba 1991)*, Córdoba, pp. 47-79.

Escobar Martínez, F.J.

1992.- "El esquema cognitivo del espacio urbano", J. Bosque *et alii*, *Prácticas de Geografía de la percepción y de la actividad cotidiana*, Barcelona, pp. 45-100.

Estébanez Álvarez, J.

1978.- "La Geografía de la percepción del medio y la ordenación del territorio", *Coloquio Nacional sobre Ordenación del territorial*, Madrid.

1979.- "Consideraciones sobre la Geografía de la Percepción", *Paralelo 37*, pp. 5-22.

1980.- "Gli studi sulla percezione ambientale nelle geografia spagnola", *Rivista Geografica Italiana*, XXXVII.



1981.- "Problemas de interpretación y valoración de los mapas mentales", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 1, pp. 15-40.

1982.- *Tendencias y problemática actual de la Geografía*, Madrid.

Esteva, C.

1959.- "Sobre el método de la Arqueología", *Revista de Indias*, 75, pp. 89-106.

1984.- *Estado, etnicidad y biculturalismo*, Barcelona.

Esteve Gálvez, F.

1944.- "Un poblado de la Primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón", *Ampurias*, VI, pp. 141-154.

1954-55.- "Investigaciones arqueológicas en las terrazas cuaternarias del curso inferior del Ebro: Itinerario primero. De Amposta a la Carrova y Camp Redó", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 3-4, pp. 1-3.

1956a.- "Investigaciones arqueológicas en las terrazas cuaternarias del curso inferior del Ebro. Itinerario I: de Amposta a la carrova y Camp Redó", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV.

1956b.- *La Carrova, Amposta*, Boletín Informativo del Instituto laboral Ramón Berebguer IV de Amposta, 1, Amposta.

1966.- "La necrópolis ibérica de El Bovalar. Benicarló, Castellón", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, pp. 125-149.

1974.- *La necrópolis ibérica de La Oriola cerca de Amposta (Tarragona)*, Estudios Ibéricos, V, Valencia.

1999.- *Recerques arqueològiques a la Ribera Baixa de l'Ebre (Montsià i Baix Ebre)*, II. *Protohistòria y Antiguitat Tardana*, Museu Comarcal del Montsià, Amposta.

2001.- *Els orígens de Castelló X. Les fonts antigues*, Castelló.

Estévez, J. - Vila, A. - Yll, R.

1982.- "La Prehistoire est morte, vive l'Archaeologie!", *Dialektiké*, pp. 24-29.

Estévez, J. *et alii*

1981.- "La investigación en Prehistoria: estado de la cuestión", *Estudios sobre Historia de España, Homenaje a Tuñón de Lara*, I, Madrid, pp. 17-24.

1984.- "Arqueología como arqueología: propuesta para una terminología operativa", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria 1981)*, Madrid, pp. 21-28.

Evans, G.W.

1980.- "Environmental Cognition", *Psychological Bulletin*, 88.2, pp. 259-287.

Fabián, J.

1983.- *Time and the Other. How Anthropology makes its objet*, Columbia.

Fabra, M. E.

e.p.- "Aproximació a l'estudi del poblat ibèric del Castell d'Uldecona (Montsià). Campanya d'excavació de 1986", *XXXVII Assemblea Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta, 1991)*.

Fatás Cabeza, G.

1968.- "Sobre los sedetanos", *Miscelánea ofrecida al Ilmo. Sr. Dr. José Ma. Lacarra y de Miguel*, Zaragoza, pp. 175-180.

1971.- "Sobre suessetanos y sedetanos", *Archivo Español de Arqueología*, 44, pp. 109-125.

1972b.- "Un poblado zaragozano de origen hallstático que perdura hasta el Imperio", *Estudios*, I, pp. 145-162.

1972c.- "Excavaciones en Castillo de Miranda (Juslibol, Zaragoza)", *Noticiero Arqueológico Hispano, Prehistoria*, I, pp. 221-269.

1973.- *La sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*, Zaragoza.

1974.- "Los sedetanos como instrumento de Roma: importancia y significación de la Salduie ibérica en la romanización de la cuenca del Ebro", *Homenaje a D. Pío Beltrán, Anejos del Archivo Español de Arqueología*, VIII, , Zaragoza, pp. 105-119.

1977.- "Para una mejor ubicación de Salduba", *Segovia y la Arqueología Romana (Segovia 1974)*, Segovia, pp. 171-176.

1981.- "La polis indígena. Notas metodológicas", *Homenaje a Tuñón de Lara*, I, pp. 31-43.

1982.- "Los suessetanos", *Suessetania*, 1, pp. 4-6.

1987.- "Para un índice toponímico hispánico (I.T.H.). êndices de Avieno (I), Estrabón (II), Plinio (III-IV), Ptolomeo y los textos itinerarios", *Homenaje a A. Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp. 677-730.

1991.- "Pueblos prerromanos (siglos II-I a.C.)", *Atlas de Historia de Aragón*, Zaragoza.

1992a.- "Para una etnografía de la cuenca media del Ebro", M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 223-232.

1992b.- "Apunt sobre els ilergetes i ilors terres occidentals", *Fonaments*, 6, pp. 11-22.

Fatás, G. - Beltrán, M.

1997-99.- *Salduie, ciudad ibérica*, Historia de Zaragoza, I, Zaragoza.

Faust, M.

1966.- *Die antiken Einwohnername und Völkername auf -itani -etani*, Cottinga.

Fernández-Ballesteros, R.

1981.- "Evaluación en psicología ambiental", F. Jiménez Burillo (dir.), *Psicología y medio ambiente*, Madrid.

1983a.- "El contexto en evaluación psicológica", R. Fernández-Ballesteros (dir.), *Evaluación de contextos*, Murcia.

1983b.- "Evaluación del caso ambiental", *Ciudad y territorio. Estudios Territoriales*, 11-12, pp. 145-167.

1991.- "Evaluación de ambientes: una aplicación de la psicología ambiental", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 95- 114.

Fernández Fuster, L.

1951.- "Las estelas ibéricas del Bajo Aragón", *Seminario de Arte Aragonés*, 3, pp. 5-20.

Fernández Izquierdo, A.

1990-91.- "El yacimiento submarino de Piedra de Barbadas (Benicarló, Castellón). Campaña 1989", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*,

15, pp. 401-517.

1991.- "El comercio marítimo en la antigüedad en las costas del Maestrazgo", *II Congrès d'Història del Maestrat, Vinaròs*, p. 325-327.

Fernández Martínez, V.M.

1985.- "Las técnicas de muestreo en prospección arqueológica", *Revista de Investigación. Colegio Universitario de Soria*, IX.3, pp. 7-47.

Fernández Moreno, N.

1993.- "El espacio doméstico y el espacio ritual en los poblados de la Isla de Bioko. Guinea Ecuatorial", *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, I (98), pp. 667-679.

Fernández Nieto, F.J.

1968-69.- "Beribrases, edetanos e ilercaones. Pueblos prerromanos en la actual provincia de Castellón", *Zephyrus*, 19-20, pp. 115-142.

Fernández Vega, A.

1982.- "Elementos arquitectónicos de los santuarios ibéricos", *Helike*, 1, pp. 152-162.

Fernández, M. - Anula, A.

1995.- "Fundamentos de la teoría gramatical", M. Fernández - A. Anula (ed.), *Sintáxis y Cognición. Introducción al conocimiento, el procesamiento y los déficits sintácticos*, Madrid, pp. 25-58.

Fernández, V.M. - Ruiz, G.

1984.- "El análisis de territorios arqueológicos: Una introducción crítica", *Arqueología Espacial*, 1, pp. 55-71.

Ferreiro López, M.

1993.- "La concesión de la latinidad por César a la Ulterior", *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1988)*, I, Córdoba, pp. 469-476.

Ferrer, M.

1982a.- "Poblat del Coll del Moro, Gandesa", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 234-237.

1982b.- "Necròpolis del Coll del Moro, Gandesa", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 238-241.

Ferrer Echávarri, M.J.

1986.- "El nombre prerromano de Zaragoza", *Caesaraugusta*, 63, pp. 17-47.

Ferreres, J. - Llatje, D.

1986.- *Traiguera. Història documentada*, Publicacions del Centre d'estudis del Maestrat, 5, Sant Carles de la Ràpita.

Ferreruela Gonzalvo, A.

1994.- "Corona, La, Fuentes de Ebro", *Arqueología* 92, Zaragoza, pp. 246-248.

Ferreruela, A - García, E.

1991.- "Informe preliminar sobre las excavaciones de urgencia realizadas en 'La Corona' (Fuentes del Ebro, Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa 1988-1989*, Zaragoza, p.177.

Ferreruela, A. - Royo, J.I.

1985.- "Un nuevo yacimiento de la Primera Edad del Hierro con cerámica acanalada en el valle medio del Ebro: Las Dehesas (Quinto de Ebro, Zaragoza)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 357-370.

Firey, W.

1945.- "Feelings and Symbolism as Ecological Items", *American Sociological Review*, X, pp. 140-148.

Firth, R.

1964.- *Essays on Social Organization and Values*, London.

Flannery, K.V.

1972.- "The Cultural Evolution of Civilizations", *Annual Review of Ecology and Systematics*, 3, pp. 399-426.

Flannery, K.V. - Marcus, E.J.

1993.- "Cognitive Archaeology", *Cambridge Archaeological Journal*, 3, pp. 260-270.  
1996.- "Cognitive Archaeology", R. Preucel - I. Hodder (eds.), *Contemporary Archaeology in Theory: A Reader*, Oxford, pp. 350-363.

Fletcher Valls, D.

1949.- *En defensa del Iberismo*, Anales del Centro de Cultura Valenciana, 23, Valencia.

1951.- "¿Existieron los Iberos?", *Crónica del VI Congreso arqueológico del Sudeste (Alcoy, 1950)*, Cartagena, pp. 119-127.

1960a.- *Problemas de cultura ibérica*, Valencia.

1960b.- "Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica", *I Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 195-220.

1957.- "Tres lápidas funerarias dels viñets (Canet lo Roig)", *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*, Zaragoza, pp. 659-664.

Fletcher, D. - Giner, V.

1974.- "Tres lápidas ibéricas de Canet lo Roig (Castellón)", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXII, pp. 135-164.

Fletcher, R.

1977.- "Settlement Studies (Micro and Semi-micro)", en D.L. Clarke (ed.) *Spatial Archaeology*, New York, pp.

Fodor, J.A.

1986.- *La modularidad de la mente*, Madrid.

Fontana, J.

1982.- *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona.

1992.- *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona.

Forcadell, T., et alii

1999.- "El Castell d'Amposta (Montsià)", *Jornades d'Arqueologia 1999. Prehistòria, Protohistòria i època Medieval a les comarques de Tarragona (1993-1999) (Tortosa 1999)*, Tarragona, pp. 62-63.

Fortea, J. - Bernier, J.

1970.- *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca

1983.- *Els Ibers*, Valencia.

Foucault, M.

1979.- *La arqueología del saber*, México.

1980.- *Power/Knowledge*, Brighton.

1997.- *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid.

Fraser, J.T.

1987.- *Time: the familiar stranger*, Massachusset.

Frere, S.

1961.- "Civitas, a myth?", *Antiquity*, XXXV, pp. 29-36.

Fritz, J.

1978.- "Paleopsychology Today: Ideational Systems and Human Adaptation in Prehistory", en C. Redman *et alii* (eds.), *Social Archaeology: Beyond Dating and Subsistence*, New York.

Fritz, J.M. - Plog, F.T.

1971.- "La naturaleza de la interpretación arqueológica", *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, 3, pp. 57-70.

Gailledrat, E.

1997.- *Les ibères de l'Ébre à l'Hérault (VIe - IVe s. avant J.-C.)*, Toulouse.

Galán Domingo, E.

1994.- "Estelas y fronteras: un caso de estudio en el Bajo Aragón en época ibérica", *V Congreso Internacional de las estelas funerarias*, I, Soria, pp. 99-106.

Gallant, T.W.

1986.- "Background Noise and Site Definition: a Contribution to Survey Methodology", *Journal of Field Archaeological*, XIII.14, pp. 403-418.

Gallart Fernández, J.

1984.- "El Tossal de Paretetes (L'Albagés, Les Garrigues)", *Arqueología* 83, Madrid, p. 184.

Galsterer - Kröll, B.

1975.- "Zu den spanischen Städtelistern des Plinius", *Archivo Español de Arqueología*, 48, pp. 120 - 128.

**Galve Izquierdo, Ma.P.**

1991a.- "¿Salduie en el centro histórico de Zaragoza? Hallazgo de estructuras iberromanas", *La casa urbana hispanorromana (Zaragoza, 1988)*, Zaragoza, pp. 203-209.

1991b.- "El solar de D. Juan de Aragón número 9", *Zaragoza, Prehistoria y Arqueología*, Zaragoza, pp. 15-16.

1993.- "Los orígenes de Zaragoza", *Huellas de Pasado*, Catálogo de la exposición, Zaragoza, pp. 11-13.

1996.- *Los antecedentes de Caesaraugusta. Estructuras domésticas de Salduie (calle Don Juan de Aragón, 9. Zaragoza)*, Zaragoza.

**Gamberini, I.**

1953.- *Per una analisi degli elementi dell'architettura*, Florencia.

1959.- *Gli elementi dell'architettura come parole del linguaggio architettonico*, Florencia.

1961.- *Analisi degli elementi costitutivi dell'architettura*, Florencia.

**Gandara, M.**

1994.- "Consecuencias metodológicas de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la arqueología", J. González - J. Galindo (eds.), *Metodología y cultura*, México.

**Garcés i Estallo, I.**

1989.- "Avanç de les excavacions al poblat ibèric dels Vilars d'Arbeca (Les Garrigues)", *Excavacions arqueològiques d'urgència a les comarques de Lleida, Excavacions arqueològiques a Catalunya*, 9, Barcelona, pp. 98-107.

1996.- "Reflexiones sobre algunos problemas en los estudios de la cultura ibérica como disciplina específica", *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche 1995)*, I, Elche, pp. 387-393.

**Garcés, I. - Junyent, E.**

1989a.- "El poblat dels camps d'urnes i ibèric de Vilars (Arbeca, Les Garrigues)", *Tribuna d'Arqueologia*, 1987-1988, pp. 103-114.



1989b.- "El poblado fortificado de los Campos de Urnas Tardíos en Els Vilars, Arbeca, Lleida", *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón 1987)*, Zaragoza, pp. 329-339.

1989c.- "Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars", *Revista de Arqueología*, 93, pp. 39-49.

#### Garcés, I. *et alii*

1991a.- "Sistema de registro y tratamiento automático de la información en el yacimiento protohistórico de Els Vilars (Arbeca, Lleida)", *Complutum*, 1, pp. 189-210.

1991b.- "El sistema defensiu de Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues)", *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 183-197.

1993.- "Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues): primera edat del ferro i època ibèrica a la plana occidental catalana", *Laietania*, 8, pp. 41-58.

1997.- *Vilars 2000. Una fortalesa ilergeta d'ara fa 2.700 anys*, Lleida.

e.p.- "L'habitat dans la moyenne et basse vallée du Segre au Ier. Age du Fer. Le cas du village fortifié de Els Vilars (Arbeca, Lleida)", *XXIV Congrès Préhistorique de France (Carcassonne 1994)*.

1961.- *Analisi degli elementi costitutivi dell'architettura*, Florencia.

#### García-Bellido, Ma.P.

1996.- "Moneda y territorio: la realidad y la imagen", *Studia Historica, Historia Antigua*, 13-14.

1998.- "Los ámbitos de uso y función de la moneda en la Hispania republicana", J. Mangas Manjarrés (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la Hispania republicana*, Madrid, pp., 177-207.

#### García Ballesteros, A. (ed.)

1992.- *Geografía y humanismo*, Barcelona.

#### García y Bellido, A.

1931a.- "La Bicha de Bazalote", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 21, pp. 249-270.

- 1931b.- "Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 20, pp. 119-148.
- 1934.- "Una necrópolis ibérica en Orán", *Investigación y Progreso*, XII.
- 1934.- "Los iberos en la Grecia propia y en el oriente helenístico a través de los escritores antiguos", *Investigación y progreso*, VIII -separata-.
- 1935.- "Sobre arquitectura ibérica. La cámara sepulcral de Toya (Jaén) y sus paralelos mediterráneos", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIV.
- 1936.- *Los hallazgos griegos en España*, Madrid.
- 1942.- *Fenicios y Cartagineses en España*, Madrid.
- 1943a.- *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas a España en 1941*, Madrid.
- 1943b.- "Algunos problemas de arte y cronología ibéricos", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 26, pp. 78-108.
- 1943c.- "De escultura ibérica. Algunos problemas de arte y arqueología", *Archivo Español de Arqueología*, 26, pp. 272-299.
- 1945.- "La pintura mayor entre los iberos", *Archivo Español de Arqueología*, 28, pp. 250-257.
- 1947.- "Colonización púnica. Colonización griega. El arte ibérico. El arte de las tribus célticas", *Ars Hispaniae*, I, Madrid, pp. 137-338.
- 1948.- *Hispania Graeca*, Barcelona.
- 1949.- *Esculturas romanas en España y Portugal*, Madrid.
- 1950.- "Dos datos cronológicos relativos a la escultura y la epigrafía ibéricas", *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, 1-2, pp. 506-514.
- 1951.- "El Instituto de Arqueología y Prehistoria Rodrigo Caro", *Archivo Español de Arqueología*, 24, pp. 164-165.
- 1952.- "Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y su expansión extrapeninsular", *Archivo Español de Arqueología*, 25.
- 1954a.- "Arte ibérico", *Historia de España de Menéndez Pidal*, 1.3, Madrid (2ª ed. 1976).

- 1954b.- "Expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo", *Archivo Español de Arqueología*, 27, pp. 246-251.
- 1954c.- "Los pueblos de la España ibérica", *Historia de España de Menéndez Pidal*, 1.3, Madrid (2ª ed. 1976).
- 1954d.- "La arquitectura entre los iberos", *Historia de España de Menéndez Pidal*, I.2, Madrid.
- 1957.- "Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo", *Archivo Español de Arqueología*, 30, pp. 90-94.
- 1960.- "Orientalia II", *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp. 3-43.
- 1964.- "Deidades semitas en la España Antigua", *Sefarad*, 24, pp. 12-40; 237-275.
- 1966.- *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, Bibliotheca Archaeologica - V, Madrid, 2ª ed. 1985.
- 1971.- *Iberische Kunst in Spanien*, Maguncia.
- 1971.- "Orígenes de la casa redonda de la cultura castreña del NO de la Península Ibérica", *Revista de Guimaraes*, LXXXI (1-2), pp. 43-62.
- 1980.- *Arte ibérico en España*, Madrid.

#### García García, J. L.

- 1976.- *Antropología del territorio*, Madrid.

#### García López, E.

- 1994.- "Un modelo de análisis de evolución arquitectónica e interpretación social. El asentamiento del Bronce final - Primera Edad del Hierro del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)", *Pyrenae*, 25, pp. 93-110.

#### García Moreno, L.A.

- 1988.- "Hispania e Tumultus. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana", *Pólis*, 1, pp. 81-107.
- 1989.- "La Hispania anterior a nuestra era: verdad, ficción y prejuicio en la historiografía antigua y moderna", *VII Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid 1987)*, Madrid, pp. 17-43.
- 1994.- "Etnografía y Paradoxografía en la historiografía latina de la república y Epoca Augustea", *Pólis*, 6, pp. 75-92.

2001.- *De Gerión a César. Estudios históricos y filológicos de la España indígena y Romano-republicana*, Memorias del Seminario de Historia Antigua, IX, Alcalá de Henares,

García Santos, J.C.

1980.- "La arqueología española de los 80. Una visión de las raíces teóricas", G. Mora - M. Diez Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid, pp. 685-694.

García Quitería, M.V.

1990.- "Les peuples indigènes et la conquête romaine de l'Hispanie. Essai de critique historiographique", *Dialogues d'Historie Ancienne*, 16.2, pp. 189-192.

1999-00.- "La construcción del territorio entre iberos y celtíberos", *Kalathos*, 18019, pp. 201-240.

García i Rubert, D.

2000.- "Noves aportacions al procés de romanització del curs baix del riu Ebre: la comarca del Montsià", *Empuries*, 52, pp 137-172.

García, E - Gracia, F.

1998.- "Un conjunto de *pondera* procedentes del yacimiento preibérico de La Ferradura (Ulldecona, Montsià, Tarragona)", *Pyrenae*, 29.

García, E. - Gracia, F. - Munilla, G.

1994.- "Cortes de Navarra. Transición Bronce Final - Hierro en el valle medio del Ebro", *Revista de Arqueología*, 169, pp. 14-61.

Gardner, H.

1983.- *Frames of Mind: the Theory of Multiple Intelligences*, New York.

Garner, B.J.

1971.- "Modelos de geografía urbana y de localización de asentamientos", R. J. Chorley - P. Hagget (eds.), *La geografía y los modelos socio-económicos*, Madrid.

Garrido, C.

1998.- *Viaje a la Catalunya de los Iberos. Guía de los poblados ibéricos*, Barcelona.

Garzón, A.

1984.- "La psicología social cognitiva", *Boletín de Psicología*, 3, pp. 67-87.

Gasca, M.

1989-90.- "Un fragmento de cerámica griega procedente de Valderrobres (Teruel)", *Kalathos*, 9-10, pp. 239-240.

Geertz, C.

1984.- "Anti Anti-relativism", *American Anthropologist*, 86, pp. 263-278.

Gell, A.

1996.- *The Anthropology of Time. Cultural constructions of temporal maps and images*, Oxford.

Genera i Monells, M.

1977.- "Aportaciones a la arqueología de la Ribera del Ebro", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 4, pp. 281-285.

1978.- "El poblado ibérico de Sant Miquel de Vinebre. Notas preliminares", *Bulllletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, Ep. IV, Fasc. 141-144, pp. 17-42.

1979.- *Evolució del poblament protohistòric a les comarques de la Ribera d'Ebre i el Priorat (Tarragona)*, Tesis Doctoral Inédita, Barcelona.

1980.- *Evolució del poblament protohistòric a les comarques de la Ribera d'Ebre i el Priorat (Tarragona)*, Resumen de la Tesis Doctoral, Barcelona.

1981.- "Anotaciones sobre nuevos hallazgos de yacimientos ibéricos en la comarca de la Ribera d'Ebre (Tarragona)", *La Baja Época en la cultura ibérica*, Madrid, pp. 297-302.

1982.- "Inventari arqueològic de la Ribera d'Ebre", *Fonaments*, 3, pp 47-134.

1982a.- "San Miquel de Vinebre", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 223-224.

1982b.- "El Puig del Roget", *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1, pp. 215-217.

1985a.- "Antiguo poblamiento del 'Pas l'Ase' (Ribera d'Ebre)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 561-571.

- 1985b.- "El poblament protohistòric de la Conca Inferior de l'Ebre. L'establiment del Puig Roig del Roget", *Quaderns del Centre d'Estudis comarcals de Banyoles. Homenatge al Dr. Josep Maria Colominas, II*, Banyoles, pp. 163-173.
- 1985c.- "Nuevos yacimientos de las poblaciones de los campos de urnas en la cuenca inferior del Ebro", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 317-334.
- 1986a.- "Els pobles dels Camps d'Urnes al Sud de Catalunya: l'establiment del Puig Roig (El Masroig, Priorat)", *Tribuna d'arqueologia*, 1985-86, pp. 53-62.
- 1986b.- "El poblament protohistòric de la conca inferior de l'Ebre: l'establiment del Puig Roig", *Homenatge a J.M. Corominas (Banyoles 1985)*, *Quaderns del Centre d'Estudis Comarcals de Banyoles, 2*, Banyoles, pp. 163-174.
- 1987.- "Noticia preliminar sobre la troballa d'una prensa a Sant Miquel de Vinebre", *I Col.loqui d'Arqueologia Romana. El vi a l'antiguitat (Badalona 1985)*, Badalona, pp. 223-237.
- 1988.- "Establiment ibèrics a la conca inferior de l'Ebre: Sant Miquel de Vinebre, 1976-1984", *Prehistòria i Arqueologia de la Conca del Segre, Homenatge al Professor Joan Maluquer de Motes, 7é Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (Puigcerdà 1986)*, Puigcerdà.
- 1990.- "Les Itimes descobertes en el Pas de l'Ase", *8é Col.loqui de Puigcerdà en Homenatge al professor M. Tarradell (Puigcerdà 1988)*, Puigcerdà, pp. 197-202.
- 1991a.- "Elements defensiu de l'àrea ilercavona: un exemple", *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 215-217.
- 1991b.- *El poblat del Puig Roig del Roget: un ressò de la Protohistòria d'Europa*, Catàleg de l'exposició, Butlletí del Museu Comarcal, Vilaseca de Reus.
- 1991c.- *L'Ebre final: del Paleolític al món romà*, Centre d'Estudis Dertosencs, 37, Tortosa.
- 1992a.- *Vinebre: els primers establiments del riberal*, Tarragona.
- 1992b.- *Establiment de Sant Miquel (Vinebre, Ribera d'Ebre)*, Barcelona.
- 1993a.- "San Miquel de Vinebre (Vinebre, Ribera d'Ebre): els darrers vestigis ibèrics a la part final de l'Ebre", *Tribuna d'Arqueologia*, 1992-1993, pp. 85-94.

1993b.- *Vinebre: els primers establiments del riberal. Recerques arqueològiques*, Institut d'Estudis Ramón Berenguer IV, 37.

1993c.- *Protohistòria del Priorat: el Poblament protohistòric del Puig Roig del Roget (El Masroig/El Priorat)*, El Masroig.

1995a.- *El Poblament protohistòric del Puig Roig del Roget (El Masroig/El Priorat)*, Memòries d'intervencions Arqueològiques a Catalunya, 17, Barcelona.

1995b.- "El curso inferior del Ebro: vía de difusión y contactos durante la romanización", *XXI Congreso Nacional de Arqueología (Teruel 1991)*, I, Zaragoza, pp. 143-154.

e.p.- "Resultats de les intervencions arqueològiques a la comarca del Montsià: any 1982-1987", *XXXVII Assemblée Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*.

Genera, M. - Brull, C.

1987.- "Consideraciones sobre elementos de construcción entre asentamientos protohistóricos del sudeste de Catalunya", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Santa Cruz de Tenerife 1985)*, Zaragoza, pp. 651-660.

1994-96.- "L'establiment del Puig del Roget (El Masroig): una mostra de disseny urbà al Bronze Final-Primera Edat del Ferro", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 349-362.

Genera, M. - Peiret, J.

e.p.- "La necròpolis de Mianes: noves aportacions", *XXXVII Assemblée Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*.

Genera, M. - Romeu, J.

1983-84.- "Noves troballes arqueològiques a la comarca del Montsià", *Pyrenae*, 19-20, pp. 247-248.

Genera, M. - Ros, E.

1985.- "El antiguo poblamiento de Pas de L'Ase (Ribera d'Ebre - Tarragona)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, pp. 561-571.

Genera, M. *et alii*

1985b.- "L'reconomia protohistòrica: Aspectes de la metal·lúrgia al Priorat i a la Ribera d'Ebre", *Reunió d'economia antiga de la Península Ibérica (Barcelona 1983)*, *Pyrenae*, 21, pp. 45-56.

Giedion, S.

1941.- *Espacio, tiempo y arquitectura*, Barcelona.

1981.- *El presente eterno. Los comienzos de la arquitectura*, Madrid.

Gil Mantas, V.

1993.- "A ciudade luso-romana de Ossonoba", *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1988)*, I, Córdoba, pp. 515-537.

Gil-Mascarell Boscá, M.

1971.- *Yacimientos ibéricos de la Región Valenciana: Estudio del poblamiento*, Tesis Doctoral, Universitat de València.

1973.- "Restos funerarios ibéricos en las provincias de Castellón y Valencia", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9, pp. 29-47.

1975.- "Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, pp. 281-332.

1981.- *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia.

Gilman Guillén, A.

1988.- "Enfoques teóricos en la arqueología de los ochenta", *Revista de Occidente*, 81, febrero de 1988, pp. 47-61.

Gimeno i Fabregat, T.

1975.- *Aproximación histórico-arqueológica a la Ilercavonia desde la iberización hasta la romanización*, Tesis Doctoral Inédita, U.A.B., Barcelona.

1976.- *Aproximación histórico-arqueológica a la Ilercavonis: desde la iberización a la romanización*, Resumen de la Tesis Doctoral, Barcelona.

1976-78.- "Problemática de la investigación en torno a la iberización en el Baix Ebre", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 346-347.



1979.- "Cambios sociales en el valle inferior del Ebro desde la iberización a la romanización", *Memorias de Historia Antigua*, III, pp. 139-146.

1993.- "Aproximación histórico-arqueológica a la Ilercavonia desde la iberización a la Romanización", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 41-42, pp. 41-62.

Giner, V. - Meseguer, V.

1976.- *El poblado ibérico de El Puig, Benicarló.*, Benicarló.

Gladwin, Th. - Sturtevant, W. (eds.)

1962.- *Anthropology and Human Behaviour*, Washington.

Glassie, H.

1975.- *Folk Housirzg in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historic Artefacts*, Knoxville.

Gledhill, J.

1988.- "Introduction: the comparative analysis of social and political transitions", J. Gledhill - B. Bender - M.T. Larsen (eds.), *State and Society. The Emergence and Development of Social Hierarchy and Political Centralization*, One World Archaeology, 4, London, pp. 1-29.

Gledhill, J. - Bender, B. - Larsen, M.T. (eds.)

1988.- *State and Society. The Emergence and Development of Social Hierarchy and Political Centralization*, One World Archaeology, 4, London

Goberna, Ma.V.

1981.- "La Sociedad Arqueológica Valenciana", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, pp. 575-608.

1982-83.- "Los estudios de Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano durante la segunda mitad del siglo XIX", *Boletín de l'Associació Arqueològica de Castelló*, 3, pp. 19-22.

1986.- "Los estudios de Prehistoria durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX. La obra de Luis Siret", *Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, (*Cuevas de Almanzora 1984*), Sevilla, pp. 28-34.

1995.- "Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano: Aportaciones a la historia de la investigación", *II Jornades d'Arqueologia*, Valencia, pp. 9-30.

Godelier, M.

1967.- *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Paris.

1998.- "Funciones, formas y figuras del poder político", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 13-21.

Golledge, R.G.

1976.- "Methods and Methodological Issues in Environmental Cognition Research", G. T. Moore - R. G. Golledge (eds.), *Environmental Knowing: Theories, Research and Methods*, Dowden.

Gómez Bayarri, J.V.

1987.- "Apostillas a la Historia Toponímica dels Plans de Vinaròs-Benicarló", *I Congrés d'Història del Mestrat*, Vinaròs, pp. 29-46.

Gómez Belard, C.

1991.- "La presencia fenicia en la costa oriental de la península Ibérica", *Culleira*, 3, pp. 7-16.

Gómez Fraile, J.M.

1997.- "Etnias, Comunidades Políticas y Conventos Jurídicos en Plinio el Viejo y Tolomeo: Hispania Citerior", *Kalathos*, 16, pp. 113-128.

1999.- "Los conceptos de 'iberia' e 'ibero' en Estrabón", *Spal*, 8, pp.159-187.

Gómez Tabanera, J.M.

1995.- *Arqueología y sociedades complejas en la Prehistoria de la Península Ibérica como 'objeto de ficción'*, Madrid.

González Alcalde, J.

1993a.- *Las cuevas santuario ibéricas en Levante*, Tesis de Licenciatura, Universidad Complutense de Madrid.

1993b.- "Las cuevas santuario ibéricas en el País Valenciano: un ensayo de interpretación", *Verdolay*, 5, pp. 67-78.

González Bernáldez, F.

1981.- *Ecología y paisaje*, Madrid.

1985.- *Invitación a la ecología humana. La adaptación afectiva al entorno*, Madrid.

González Marcén, P. - Picazo, M.

1998.- *El Tiempo en Arqueología*, Madrid.

González Román, C.

1983.- *Cástulo y la romanización de la Oretania*, Linares.

González Ruibal, A.

2000.- "Etnoarqueología de la vivienda en Africa subsahariana: Aspectos simbólicos y sociales", *ArqueoWeb*, 2.3, dic 2000, [www.ucm.es/info/arqueoweb/nuemro\\_3\\_2/articulo\\_3\\_2B.htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/nuemro_3_2/articulo_3_2B.htm).

González, C. - Plácido, D. - Alvar, J.

1996.- "Consideraciones sobre los procesos de estatalización en la Península", A. Querol - T. Chapa (eds.), *Homenaje al profesor Manuel Fernández -Miranda*, II, *Complutum*, Extra 6, Madrid, pp. 139-150.

González, J.R. *et alii*

1982.- "Tossal de Solibernat, Torres de Segre", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 162-164.

González, P - Ruiz, M.

1997.- "Antonio García y Bellido, y la Escuela de Arqueología Clásica de Madrid", G. Mora - M. Diez Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología de España, II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995)*, Madrid, pp. 593-598.

Goodenough, W.H.

1956.- "Componential Analysis and the Study of Meaning", *Lenguaje*, 32, pp. 195-216.

1957.- "Cultural Anthropology and Linguistics", D. Hymes (ed.), *Lenguaje in Culture and Society*, New York

1967.- "Componential Analysis", *Science*, 156, pp. 1203-1209.

Goodey, B.

1971.- *Perception of the Environment*, Birmingham.

Goodman, P.

1973.- *Ensayos utópicos*, Barcelona.

Goody, J.

1985.- *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid.

Gosden, Ch.

1994.- *Social being and the Time*, London

Gould, P.

1975.- "Acquiring Spatial Information", *Economic Geography*, 51.

Gould, P. - White, R.

1974.- *Mental Maps*, London.

Gracia Alonso, F.

1991.- "Materiales etruscos en el poblado ibérico de La Moleta del Remei (Alcanar, Motsià, Tarragona)", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 177-186.

1995a.- "Producción y comercio del cereal en el N.E. de la Península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.", *Pyrenae*, 26, pp. 91-113.

1995b.- "Comercio del vino y estructuras de intercambio en el NE de la Península Ibérica y Languedoc - Rosellón entre los siglos VII-V a.C.", S. Celestino (ed.), *Los orígenes del vino en Occidente*, Sanlúcar de Barrameda - Madrid, pp. 297-331.

1997a.- "Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas", *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp. 165-184.

1997b.- "L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquete du Nord-Est de la péninsule ibérique (218-195 av. J.C.)", *ROME X*, Montpellier.

1998.- "Arquitectura y poder en las estructuras de poblamiento ibéricas. Esfuerzo de trabajo y corveas", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional*,

*Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998), Saguntum, Extra 1, Barcelona, pp. 99-113.*

Gracia, F. - García, D.

1998.- *Sant Jaume Mas d'en Serra. Campanya 2/1998. Informe preliminar, Barcelona.*

1999.- "La primera fase del poblamiento protohistórico en el área sur de la desembocadura del Ebro. El poblado fortificado de Sant Jaume-Mas d'en Serra (Alcanar), campañas de 1997-1998", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 9, pp. 11-155.

Gracia, F. - García, D. - Munilla, G.

1998.- "San Jaume/Mas d'en Serra (Alcanar, Tarragona). Un asentamiento de transición entre los siglos VII y VI a.C. en el área de la desembocadura del Ebro. Primeros resultados", *Revista de Estudios Ibéricos*, 3, pp. 223-244.

Gracia, F. - Munilla, G.

1993.- "Estructuración cronocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro", *El poblament ibèric a Catalunya, Laietania*, 8, pp. 209-256.

1997.- *Sant Jaume-Mas d'en Serra. Campanya 1/1997. Informe preliminar, Barcelona.*

Gracia, F. - Munilla, G. - García, E.

1994.- "Models d'anàlisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental, Cota Zero*, 10, pp. 90-101.

1994-96.- "El Período Ibérico I en la comarca del Montsià. Poblamiento y organización del territorio", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depresió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994), Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 363-385.

1997.- "Estructura social, ideología y economía en las prácticas religiosas privadas o públicas del poblado", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 443-460.

Gracia, F. - Munilla, G. - Pallarés, R.

1987-88.- "Les darrers campanyes d'excavacions al poblat ibèric de la Moleta del Remei (Alcanar - Montsià), 1985-1987", *Tribuna d'Arqueologia*, 1987-1988, pp. 145-152.

1988.- *La Moleta del Remei, Alcanar, Montsia, campanya 1985-1986*, Tarragona.

1989a.- "Estructura del poblamiento ibèric en la comarca del Montsià", *I Congrés d'Historia d'Alcanar*, Alcanar, pp. 39-53.

1989b.- *La Moleta del Remei (Alcanar, Montsià), Memòria de la 5a. Campanya d'excavacions*, Tarragona.

1991.- "Estructuración del poblamiento defensivo en el área de la desembocadura del Ebro. Dos casos de estudio: La Moleta del Remei (Alcanar) y el Castellet de Banyoles (Tivissa)", *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 67-78.

1993.- "Models d'anàlisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i constriccions religioses en medis urbans", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medieterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 90-101.

e.p.- "Estructuración del poblamiento protohistórico en el curso inferior del Ebro", *XXXVII Assamblea Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*,

Gracia, F. - Munilla, G. - Vila, C.

1990.- *La Moleta del Remei (Alcanar, Montsià), Memòria de la 6a. Campanya d'excavacions*, Tarragona.

Gracia, F. *et alii*

1989.- "Enterramientos infantiles en el poblado ibèric de La Moleta del Remei (Alcanar, Montsià)", *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14, pp. 133-160.

1996.- "Demografía y superficie en los asentamientos ibéricos del NE peninsular", A. Querol - T. Chapa (eds.), *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*, II, *Complutum*, Extra 6, Madrid, , pp. 177-192.

1997.- "Architecture protohistorique du nord-est de la péninsule Ibérique. Modélisations théoriques pour l'interprétation du microespace", *Espaces physiques, espaces sociaux dans l'analyse interne des sites du Néolithique à l'Age du fer, Actes du 19<sup>e</sup> Congrès National des sociétés historiques et scientifiques (Amiens, 1994)*, Paris, pp. 101-114.

e.p.- "La transición de los siglos VII-VI a.C. en el área de la desembocadura del Ebro", *II Congreso Peninsular de Arqueología (Zamora 1996)*.

Gran Aymerich, J.M.J.

1975.- "Reflexiones y proposiciones operativas sobre una experiencia epistemológica en arqueología", *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*, Zaragoza, pp. 71-78.

1977.- "Teoría y metodología arqueológica. A propósito de una serie de experiencias y de sus perspectivas teóricas", *XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria 1975)*, Zaragoza, pp. 43-48.

Grangel, E. - Ulloa, P. - Giménez, C.

1990-91.- "Inhumación infantil ibérica en el poblado de Montmirà (L'Alcora, Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 207-220.

Gregotti, V.

1966.- *Il territorio dell'architettura*, Milano.

Gregotti, V. (ed.)

1967.- *La forma del territorio, Edilizia Moderna*, 87-88, Milano.

Gros, P.

1987.- "Sanctuaries traditionnels, capitoles et temples dynastiques: ruptures et contiuités dans le fonctionnement et l'aménagement des centres religieux urbains", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, pp. 111-120.

Guérin, P. - Martínez, R.

1987-1988.- "Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana", *Saguntum*, 21, pp. 231-266.

Guidoni, E.

1977.- *Arquitectura primitiva*, Barcelona.

Guitart, J.

1994.- "Un programa de fundaciones urbanas à la Hispania Citerior de principios de siglo I a.C.", *La ciudad en el mundo romano, XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica (Tarragona 1993)*, Tarragona, pp. 93-100.

Güter, H.

1952.- *Avec Rufus Festus Avienus, du cap de Creus au cap de Leucate*, Bulletin de la Soc. Agr. Sc. et Litt. des Pyrénées Orientales, 67.

Gulick, J.

1963.- "Images of an Arab City", *Journal of the American Institute of Planners*, 29.

Gusi i Jener, F.

1970.- "Enterramientos infantiles ibéricos en vivienda", *Pyrenae*, 6, pp. 65-70.

1974.- "Desarrollo histórico del poblamiento primitivo en Castellón de la Plana", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 1, pp. 79-91.

1976a.- "Los hallazgos fenicios y de la Primera Edad del Hierro en el poblado de El Puig de Benicarló", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, p. 285.

1976b.- "El Puig de Vinaròs, nuevo yacimiento ibérico con materiales fenicios", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, pp. 287-288.

1979.- "Actividades arqueológicas realizadas en la provincia de Castellón de la Plana", *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*, Zaragoza, pp. 667-676.

1980.- "El poblado ilerconvó del Puig de Benicarló (Baix Mestrat)", *Fonaments*, 2, pp. 103-108.

1981.- "Enterramientos infantiles ibéricos", *I Congreso de Historia del País Valenciano (Valencia 1971)*, Valencia, pp. 271-281.

1989.- "Posibles recintos necroláticos infantiles ibéricos en Castellón", *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14, pp. 19-42.

1992.- "Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica", *Estudios de Arqueología Ibérica y romana, Homenaje a Enrique Plá Ballester, Trabajos varios del S.I.P.*, 89, Valencia, pp. 239-260.



1993.- "Noves puntualitzacions en torn dels establiments ibèrics amb enterraments infantils", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Estudis Universitaris Catalans, XXIX, Barcelona, pp. 463-473.

1995a.- "Inumazioni in urna di fauciulli dell'epoca iberica e la sua possibile relazione con delle influenze fenicio-puniche", *3ème Congrès International des Etudes Phéniciennes et Puniqes (Tunis 1991)*, vol. II, Tunis, pp. 133-141.

1997.- "Lugares sagrados, divinidades, cultos y rituales en el levante de Iberia", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 171-209.

Gusi, F. - Díaz, M.A. - Oliver, A.

1991.- "Modelos de fortificación ibérica en el Norte del País Valenciano", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, pp. 79-102.

Gusí, F. - Giner, V.

1975.- "Campanya de excavacions arqueològiques en el Poblado Ibèric del Puig (Benicarló)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 2, pp. 159-160.

Gusi, F. - Olària, C.

1984.- *Arquitectura del mundo ibérico*, Barcelona.

Gusi, F. - Oliver, A.

1987.- "La problemàtica de la iberització en Castellón", A. Ruiz - M. Molinos (eds.), *Iberos, Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1986)*, Jaén, pp. 99-136.

1988.- "El Puig de la Nau. Benicarló, el Baix Maestrat", *Memòires arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-85*, Valencia, pp. 162-166.

1989a.- "El hàbitat de època ibèrica en el valle inferior del Ebro y comarcas de Castellón de la Plana", *Colloque International 'Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la protohistoire (Arles-sur-Rhone 1989)*, Pré-actes, pp. 85-88.

1989b.- "Los espacios domésticos en los hàbitats ibèrics del valle inferior del Ebro y comarcas de Castellón de la Plana", *Colloque International 'Habitats et*

*estructures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la protohistoire (Arles-sur-Rhone 1989)*, Pré-actes, pp. 133-136.

Gusi, F. - Sanmartí, E.

1976-78.- "Asentamientos indígenas preibéricos con materiales fenicio-púnicos en el área costera del Baix Maestrat", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 361-380.

Haba, S. - Rodrigo, V.

1990.- "El tema del culto a las aguas y su continuidad en relación con las vías naturales y de comunicación", *Zephyrus*, XLII, pp. 271-280.

Hagget, P.

1974.- *Análisis Locacional en la Geografía Humana*, Barcelona.

Hall, E.T.

1959.- *The Silent Language*, New York.

1973.- *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del uso del espacio*, Madrid.

Hall, R.L.

1976.- "Ghosts, Water Barriers, Corn and Sacred Enclosures in the Eastern Woodlands", *American Antiquity*, 41, pp. 360-364.

Harding, G.

1973.- "Round and Rectangular: Iron Age Houses, British and Foreign", Ch. Hawkes - S. Hawkes (eds.), *Greeks, Celts and Roman*, London, pp. 43-62.

Harke, H.G.H.

1979.- *Settlement Types and Patterns in the West Hallstatt Province*, B.A.R., 57, Oxford.

Harke, H.G.H. - Smith, C.F.

1981.- "Land Use, Burial Practice and Territories in the Peak District, c. 2000-1000 B.C.", G. Barker (ed.), *Essays in Social Prehistoric Reconstruction*, Cambridge, pp. 57-72.

Harris, M.

1978.- *El desarrollo de la teoría Antropológica. Una historia de las Teorías de la Cultura*, Madrid.

Harvey, D.

1989.- *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid.

Hawkes, T.

1976.- *Structuralism and Semiotics*, London.

Hegel, G.W.F.

1956.- *The Philosophy of History*, New York.

Hell, D.

1998.- "Material Artefacts, Symbolism, Sociologist and Archaeologist", C. Renfrew - C. Scarre (eds.), *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge, pp. 51-59.

Hempel, K.

1973.- *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid.

Henshall, J.D.

1971.- "Modelos de actividad agrícola", R. J. Chorley - P. Hagget (eds.), *La geografía y los modelos socio-económicas*, Madrid.

Herber, D.T. - Thomas, C.

1986.- *Urban Geography*, London.

1990.- *Cities in Space: Cities as Place*, London.

Hernández, B. - Carreiras, M.

1991.- "Métodos de investigación de mapas cognitivos", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 83-93.

Hernando Gonzálo, A.

1992.- "Enfoques teóricos en arqueología", *Spal*, 1, pp. 11-35.

1995.- "La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado", *Trabajos de Prehistoria*, 52.2, pp. 15-30.

1997.- "Sobre la prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos", *Complutum*, 8, pp. 247-260.

1999a.- "Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos", *Trabajos de Prehistoria*, 56.2, pp. 19-35.

1999b.- "El espacio no es necesariamente un lugar. En torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria", *Arqueología Espacial*, 21, Teruel, pp. 7-27.

2000.- "Hombres del tiempo y Mujeres del Espacio: individualidad, poder y relaciones de género", *Arqueología Espacial*, 22, Teruel, pp. 23-44.

2002.- *Arqueología de la Identidad*, Madrid.

Heywood, I. - Sandwell (eds.)

1999.- *Interpreting Visual Culture: Explorations in the Hermeneutics of the Visual*, London.

Higgs, E.S. (ed.)

1975.- *Palaeoeconomy*, Cambridge.

Higgs, E.S. - Vita-Vinzi, C.

1972.- "Prehistoric Economies: a Territorial Approach", Higgs, E. S. (ed.), *Palaeoeconomy*, Cambridge, pp. 27-36.

Higuchi, T.

1983.- *The visual and spatial structure of landscapes*, Cambridge.

Hill, J.N.

1972.- "The Metodological Debate in Contemporary Archaeology: a model", L. D. Clarke (ed.), *Models in Archaeology*, London, pp. 61-107.

Hill, J.D.

1989.- "Rethinking the Iron Age", *Scottish Archaeological Review*, 6, pp. 16-24.

Hill, J.D. - Cumberpatch, C.G.

1993.- "Volviendo a pensar en la Edad del Hierro", *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp. 127-137.

Hillier, B. - Hanson, J.

1986.- *The social logic of space*, Cambridge.

Hillier, B. *et alii*

1976.- "Space Syntax", *Environment and Planning*, Series B 3, pp. 147-185.

Hodder, I.

1982.- *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge.

1986.- *Reading the Past. Current Approaches to Interpretation in Archaeology*, Cambridge.

1987.- "La Arqueología en la era post-moderna", *Trabajos de Arqueología*, 44, pp. 11-26.

1988.- *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona.

1991a.- "Interpretative archaeology and its role", *American Antiquity*, 56 (91), pp. 7-18.

1991b.- *Archaeological Theory in Europe: the Last Three Decades*, London.

1993.- "Social Cognition", *Cambridge Archaeological Journal*, 3.2, pp. 247-270.

Hodder, I - Orton, C.

1976.- *Spatial Analysis in Archaeology*, Cambridge.

1990.- *Análisis espacial en Arqueología*, Barcelona.

Hodder, I. *et alii* (eds.)

1995.- *Interpreting Archaeology. Finding meaning in the past*, London.

Holahan, C.J.

1982.- *Environmental Psychology*, New York.

Hope, K. (ed.)

1972.- *The Analysis of Social Mobility, Methods and Approaches*, Oxford.

Horn, K.

1977.- "La racionalidad con respecto al fin en la arquitectura moderna. Contribución a la crítica ideológica al funcionalismo", *La arquitectura como ideología*, Buenos Aires, pp. 97-142.

Hughes, D.O. - Trautmann, T.R.

1995.- *Time. Histories and Ethnologies*, Michigan.

Humboldt, W. von

1821.- *Investigaciones sobre los primitivos habitantes de España con ayuda de la lengua vasca*, Reedición de 1990, Madrid.

Hunter-Anderson, R.L.

1977.- "A Theoretical Approach to the Study of House Form", L.R. Binford (ed.), *For Theory Building in Archaeology*, New York, pp. 287-315.

Hymes, D.

1964a.- "Discussion on Burling's Paper", *American Anthropologist*, 66, pp. 116-119.

1964b.- "Directions in (ethno-) linguistic Theory", *American Anthropologist*, 66.3, II, pp. 6-56.

Ibáñez, E.J. - Vidal, P.

1987-88.- "La arquitectura rural en el Barranco de las Tostillas (Mora de Rubielos, Teruel): Las casetas abovedadas", *Kalathos*, 7-8, pp. 199-224.

Izquierdo Egea, P.

1995.- "Interacción territorial de las formaciones sociales ibéricas durante la etapa inicial de la romanización", *XXI Congreso Nacional de Arqueología (Teruel 1991)*, I, Zaragoza, pp. 193-199.

Izquierdo, P. - Gimeno, T.

1991.- "Les fortificacions ibèriques del segle V-III a.C. a les comarques del Baix Ebre", *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 227-232.

Izquierdo, M.I. - Arasa, F.

1999.- "La imagen de la memoria. Antecedentes, tipología e iconografía de las estelas de época ibérica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 23, pp. 259-300.

Izzet, V.E.

2001.- "Form and meaning in Etruscan Ritual Space", *Cambridge Archaeological Journal*, 11.2, pp. 185-200.

Jacob, P.

1985a.- "Le role de la ville dans la formation des peuples iberes", *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXI, pp. 198-256.

1985b.- "Notes sur la toponimie grecque de la c<sup>TM</sup>te méditerranéenne de l'Espagne antique", *Ktema*, 10, pp. 247-271.

1987-88.- "Un doublet dans la geographie livienne de l'Espagne antique: Les Ausetans de l'Ebre", *Kalathos*, 7-8, pp. 135-147.

1997.- *Les villes de la façade méditerranéenne de la Peninsule Iberique du IV<sup>e</sup> siècle av. J.-C. à la fin du I<sup>er</sup> s. de n. e. Processus d'urbanisation et structures urbaines*, Paris.

Jacobs, P. - Way, D.

1969.- *Visual Analysis of Landscape Development*, Cambridge.

Jameson, F.

1991.- *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona.

Jarman, M.R.

1972.- "A Territorial Model for Archaeological: a Behavioural and Geographical Approach", D. L. Clarke (ed.), *Models in Archaeology*, London, pp. 705-733.

Jimeno Martínez, A.

1985.- "Aportación al hábitat de la Edad del Bronce en la Meseta Norte", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 299-301.

Jiménez Burillo, F.

1981.- *Psicología y medio ambiente*, Madrid.

1991.- "Historia, concepto y teorías en Psicología Ambiental", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 21-32.

Jiménez de Furundarena, A,

1993.- "Precisiones sobre el vocabulario latino de la ciudad: el término *oppidum* en Hispania", *Hispania Antiqua*, XVII, pp. 215-225.

Jiménez, F. - Aragonés, J.I. (comps.)

1991.- *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid.

Johnson, G.A.

1977.- "Aspects of Regional Analysis in Archaeology", *Annual Review of Anthropology*, 6, pp. 479-508.

Johnson, M.H.

1989.- "Conceptions of agency in archaeological interpretation", *Journal of Anthropological Archaeology*, 8, pp. 189-211.

1993.- *Housing Culture*, London.

1996.- *An Archaeology of Capitalism*, Oxford.

2000.- *Teoría arqueológica. Una introducción*, Barcelona.

Jones, C.

1998.- "Interpreting the perceptions of Past People", C. Jones. - C. Hiden (eds.), *The Archaeology of Perception an the Senses, Archaeological Review from Cambridge*, 15.1, Cambridge, pp. 7-22.

Jones, C. - Hayden, C. (eds.)

1998.- *The Archaeology of Perception an the Senses, Archaeological Review from Cambridge*, 15.1, Cambridge.

Jordá, F.

1952.- "El poblado ibérico de la Balaguera. Resultado de la primera campaña de excavaciones, 1950", *Boletín de la Sociedad Cultural Castellonense*, XXVIII.

Jordá, F. - Durban, V.

1952.- "Una nueva estación con cerámica excisa en el El Vado (Caspe)", *II Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza.

Jung, K.G.

1950.- *The Archetyps and the Collective Unconscious*, Princenton.

1960.- *The Structure and Dynamics of the Psyche*, Princenton.



## Junyent, E.

1973.- "Noticia acerca del primer corte estratigráfico efectuado en el poblado de Roques de Sant Formatge (Seros, Lérida)", *XII Congreso Nacional de Arqueología* (Jaén 1971), pp. 495-500.

1976-78.- "Problemática general de la iberización en la Cataluña interior", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric* (Ampurias 1997), Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 177-186.

1987.- "El poblamiento ibérico en el área ilergeta", A. Ruiz - M. Molinos (eds.), *Iberos, Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico* (Jaén 1986), Jaén, pp. 57-65.

1989.- "La evolución del hábitat en la Catalunya occidental durante la Edad del bronce, Primera Edad del hierro y época ibérica", *Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire, Colloque International (pré-actes)*, Arles-sur-Rhône, 1989, pp. 95-105.

1991.- Contribució al coneixement de les estructures defensives en els asentaments de la Catalunya Occidental. Bronze Final, Primera Edat del Ferro I, Epoca Ibérica. Estat de la qüestió", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica* (Manresa 1990), Manresa, pp. 103-108.

1992.- "Els orígens del ferro a Catalunya", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 21-35.

1996.- "El poblament fortificat dels Vilars", *Història, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans*, 1, Barcelona, pp. 254-255.

1998.- "Pere Bosch i Gimpera", *Los Ibèros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 72-75.

## Junyent, E. - Baldellou, V.

1972.- *Una vivienda ibérica en Más Boscá*, Barcelona.

## Junyent, E. - Lafuente, A. - López, J.

1994.- "L'origen de l'arquitectura en pedra: l'urbanisme a la catalunya occidental", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 73-89.

Kalb, P.H.

1993.- "Sobre el término celta en la investigación arqueológica de la Península Ibérica", en Untermann, J. - Villar, F. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, pp. 143-158.

Kanizsa, G. - Vicario, G. (eds.)

1968.- *Ricerche sperimentali sullo percezione*, Trieste.

Kaplan, A.

1974.- "Positivismo", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, 8, Madrid, pp. 375-381.

Kaplan, S.

1972.- "The Challenge of Environmental Psychology: a Proposal for a New Funcionalism", *American Psychologist*, 27, pp. 140-143.

Kaplan, S. - Kaplan, R.

1982.- *Cognition and Environment*, New York.

Kay, P.

1966.- "Comment on Ethnographic Semantics: a Preliminary Survey, by B. Colby", *Current Anthropology*, 7, pp. 20-23.

1970.- "Some Theoretical Implications of Ethnographic Semantics", A. Fisher (ed.), *Current Directions in Anthropology, Bulletin of American Anthropological Association*, 3.3, II, pp. 19-31.

Kay, P. - Kempton, W.

1984.- "What is the Sapir-Whorf Hypothesis?", *American Anthropologist*, 86, pp. 65-79.

Keller, D.R. - Kupp, D.W. (eds,)

1983.- *Archaeological Survey in the Mediterranean Area*, B.A.R., 155, Oxford.

Kent, S.

1984.- *Analyzing activity areas: an ethnoarchaeological study of the use of space*, Albuquerque.

1990.- "A Cross-cultural Study of Segmentation, Architecture and the Use of Space", S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, pp. 127-152.

Kent, S. (ed.),

1990.- *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge.

Kepes, G.

1969.- *El lenguaje de la visión*, Chicago.

Klejn, L.S.

1977.- "A Panorama of Theoretical Archaeology", *Current Anthropology*, 18.1, pp. 1-42.

1978.- "Archéologie, racisme et nationalisme. A propos de l'interprétation des vestiges archéologiques", *Dialogues d'Historie Ancienne*, 4, pp. 377-402.

1980.- "On the Building of a Theoretical Archaeology", *Current Anthropology*, 21.4, pp. 521-526.

Knapp, R.C.

1977.- *Aspects of the Roman Experience in Iberia, 206-100 a.C.*, Valladolid.

Koenig, G.K.

1964.- *Analisi del linguaggio architettonico*, Floencia.

1970.- *Architettura e comunicazione*, Floencia.

Koffka, K.

1973.- *Principios de psicología de la forma*, Buenos Aires.

Köhler, W.

1972.- *Psicología de la forma. Su tarea y sus últimas experiencias*, Madrid.

Kohl, Ph.

1985.- "Symbolic, cognitive archaeology: a new loss of innocence", *Dialectical Anthropology*, 9.

Kollb, F.

1992.- *La ciudad en la Antigüedad*, Madrid.

Kuhn, T.

1971.- *La estructura de las revoluciones científicas*, México.

Kus, S.

1997.- "Archaeologist as Anthropologist: much ado about something after all", *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4.3/4, pp. 199-213.

Laet, J.S. de

1981.- "La Arqueología y la Prehistoria", en Feedman - J. S. de Laet - G. Barraclough, *Corrientes de la investigación en las Ciencias Sociales*, Madrid, pp. 233-292.

Lakatos, I.

1974.- *Historia de la Ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid.

1981.- *La crítica y la metodología de programas científicos de investigación*, Cuadernos Teorema, 38, Madrid.

Lambrino, S.

1957.- "Les celtes dans la Péninsule Ibérique selon Avienus", *Bulletin des Etudes Portugaises*, 19, pp. 5-33.

Langer, S.

1953.- *Feeling and Form*, New York.

Lasheras, J.A.

1984.- "Pavimentos de *opus signinum* en Azaila", *Encuentro de Homenaje a Juan Cabré Aguiló (1882-1982)*, Zaragoza, pp. 199-205.

1985.- "Pavimentos de *opus signinum* en el valle medio del Ebro", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, pp. 165-192.

Laviosa, P.

1953.- *España e Italia antes de los romanos*, Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre, VIII, Madrid.

Lawrence, R.J.

1981.- "The social classification of domestic space. A cross-cultural case study", *Anthropos*, 76, pp. 649-664.

Lázaro, R.

1983.- "La ecuación *Salluitanus/sallviensis*", *Reunión de Epigrafía Hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, pp. 137-139.

Le Goff, J.

1991.- "Construcción y destrucción de la ciudad amurallada. Una aproximación a la reflexión y la investigación", C. de Seta - J. Le Goff, *La ciudad y sus murallas*, Madrid, pp. 11-20.

Le Men, L.

1966.- *L'espace figuratif et les structures de la personnalité*, Paris.

Lefebvre, H.

1974.- *Le droit à la ville. Espace et politique*, Paris.

1979.- *La révolution urbaine*, Paris.

1991.- *The Production of Space*, Oxford (1a ed. 1974)...

Leach, E.

1954.- *Political Systems of Highland Burma: a Study of Kachin Social Structure*, London.

Ledrut, R.

1972.- "La imagen de la ciudad", *La significación del entorno*, Barcelona.

Lee, D.H.K.

1966.- "El papel de la actitud de respuesta a la tensión ambiental", *Journal of Social Issues*, XXII (4), pp. 83-91.

Lee, R.B.

1969.- "ÁKung Buschman Subsistence: an Input - Output Analysis", A. P. Vayda (ed.), *Environment and Cultural Behaviour*, New York, pp. 47-79.

Lee, T.R.

1976.- *Psychology and the Environment*, London.

Legendre, M.

1993.- "Souvenirs sur Pierre Paris, L'homme, le fondateur", *Bulletin Hispanique*, pp. 155-167.

Lemonnier, P.

1986.- "The Study of Material Culture Today: Toward an Anthropology of Technical Systems", *Journal of Anthropological Archaeology*, 5, pp. 147-186.

Leone, M.P.

1986.- "Symbolic, Structural and Critical Archaeology", D.J. Meltzer - D.D. Fowler - J.A. Saloff (eds.), *American Archaeology Past and Future: A Celebration of the Society for American Archaeology 1935-1985*, Washington, pp. 415-138.

1995.- "An historical archaeology of capitalism", *American Anthropologist*, 97(2), pp. 251-268.

Leveau, Ph.

1983.- "La ville antique et l'organisation de l'espace rural: villa, ville, village", *Annales ESC*, 38/4, pp. 920-942.

Lévi-Strauss, C.

1947.- *Les structures élémentaires de la parenté*, Paris.

1964a.- *Le cru et le cuit*, Paris.

1964b.- *El pensamiento salvaje*, México.

1966.- *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*, Madrid.

Lévy-Bruhl, L.

1972.- *La mentalidad primitiva*, Buenos Aires.

1974.- *El alma primitiva*, Barcelona.

Lewin, K.

1936.- *Principes of Topological Psychology*, London.

1971.- *Sobre la agresión: el pretendido mal*, México.

Lightfoot, K.G.

1986.- "Regional Surveys in the Eastern Unites States: the Strengths and Weaknesses of Implementing Subsurface Testing Programs", *American Antiquity*, 51, pp. 484-504.

Linares Tirado, J.Ma.

1984.- "Conocimiento y teoría en historia. Reflexión epistemológica", *Norba. Revista de Historia*, V, pp. 127-136.

Litton, R.B.

1973.- *Landscape Control Points. A Procedure for Predicting and Monitoring Visual Impacts*, Berkley.

Llanos, A.

1974.- "Urbanismo y Arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro", *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI, pp. 101-146.

1981.- "Urbanismo y Arquitectura en el primer milenio antes de Cristo", *El Hábitat en la Historia de Euskadi*, Bilbao, pp. 49-76.

Llatje Baset, D.

s/a.- *Traiguera*, Sant Carles de la Ràpita.

Llobregat, E.A.

1991.- "Vías paralelas. Templos y tumbas en Etruria y en Iberia", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 309-336.

López Borgoñoz, A.

1995.- "Sobre el objeto de conocimiento de la Arqueología", *XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*, I, Zaragoza, pp. 333-336.

López Cachero, J.

1999.- "Primeros ensayos urbanísticos en el NE peninsular: el ejemplo de Genó y los poblados de espacio central", *Pyrenae*, 30, pp. 69-89.

López Domech, R.

1986-87.- "Sobre reyes, reyezuelos y caudillos militares en la protohistoria hispana", *Homenaje a Marcelo Vigil, Studia Histórica*, IV-V, 1, pp 19-22.

López Monteagudo, G.

1983.- "La estela de Caspe y los pilares-estela ibéricos", *Archivo Español de Arqueología*, 56, pp. 261-265.

Lorenz, K.Z. - Wuketis, F.M. (eds.)

1984.- *La evolución del pensamiento*, Madrid.

Lorite Mena, J.

1995.- *Sociedades sin Estado. El pensamiento de los otros*, Madrid.

Loscos, R. Ma. - Herrero, M.A. - Martínez, Ma.R.

1993-95.- Avance de la primera campaña de excavación en el yacimiento ibérico El Cabo (Andorra, Teruel)", *Kalathos*, 13-14, pp. 143-174.

Loscos, R, Ma. - Martínez, Ma.R.

1993.- *Prospecciones arqueológicas en los valles de los ríos Escuriza y Esteruel, Teruel*, Informe remitido a la D.G.A., Inédito.

Loscos, R, Ma. - Martínez, Ma.R. - Herrero, M.A.

1994.- Informe de actuación arqueológica de urgencia en El Castellido (Alloza, Teruel), Informe emitido a la D.G.A., inédito.

1999-00.- "Resultados de la segunda campaña de excavación en el yacimiento ibérico El Cabo (Andorra, Teruel)", *Kalathos*, 18019, pp. 27-64.

Loscos, R.Ma. *et alii*

1994.- "Prospecciones arqueológicas en los valles de los ríos Escuriza y Esteruel (Teruel)", *Arqueología Aragonesa*1992, Zaragoza, pp. 285-290.

Loveloy, D. (ed.)

1973.- *Land Use and Landscape Planning*, London.

Lucas Pellicer, Ma.R.

1982.- "El thymaterion de Calaceite (Teruel)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 6, pp. 20-28.

1989.- "El vaso teromorfo del poblado grande de Tossal Redó (Calaceite, Teruel) y su contexto arqueológico", *Cuadernos de Prehistoria de Universidad Autónoma de Madrid*, 16, pp. 169-210.

Lucena Martín, A.Ma.

2001.- "Consideraciones interdisciplinares en torno a la arqueología: la estructura de la conducta", *Antiquitas*, 13, pp. 67-70.

Lull, V.

1991.- "La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español", A. Vila (coord.), *Nuevas tendencias, Arqueología*, Madrid, pp. 231-250.



Lull, V. - Micó, R.

1997.- "Teoría arqueológica, I.- Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, pp. 107-128.

1998.- "Teoría arqueológica, II.- La arqueología procesual", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8, pp. 61-78.

Lull, V. - Picazo, M.

1989.- "Arqueología de la Muerte y estructura social", *Archivo Español de Arqueología*, 62, pp. 5-20.

Luria, A.R.

1987.- *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*, Madrid.

Lynch, K.

1954.- "Forms of the Cities", *Scientific American*, CXC, pp. 54-63.

1966.- *La imagen de la ciudad*, Buenos Aires.

1976.- "Foreword", G. T. Moore - R. G. Golledge (eds.), *Environmental Knowing: Theories, Research and Methods*, Dowden.

Lynch, K. - Appleyard, D.

1972.- *What Time is the Place?*, Cambridge.

Lyotard, J.F.

1994.- *La condición postmoderna*, Madrid.

Mackie, N.

1983.- *Local Administration in Roman Spain, A.D. 14-212*, BAR, 172, Oxford.

Maestro Zaldivar, E.

1988.- "Los Castellazos, Mediana de Aragón (Zaragoza). Informe previo de la primera campaña de excavaciones, 1986", *Homenaje a Antonio Beltrán, Boletín del Museo de Zaragoza*, 5, pp. 399-400.

1994.- "El yacimiento de Los Castellazos de Mediana de Aragón, Zaragoza", *Arqueología Aragonesa 1992, Zaragoza 1994*, pp. 65-70.

Maestro, E. Ma. - Maneros, F.

1989.- "El yacimiento de Los Castellazos, Mediana de Aragón", *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana 1987)*, II, Zaragoza, pp. 315-327.

e.p.- "Mediana de Aragón: organización y estudio de datos cerámicos de gestores relacionales de banco de datos", *Aplicaciones Informáticas en Arqueología (Madrid 1990)*.

Maestro, E.Ma. - Tramullas, J.

1991.- "Estructuras arquitectónicas en el yacimiento de Los Castellazos, Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 233-239.

e.p.- "Mediana de Aragón: organización y estudio de datos cerámicos de gestores relacionales de banco de datos", *Aplicaciones Informáticas en Arqueología (Madrid 1990)*.

Maia, M.

1985.- "Celtici e turduli nas fontes clàssicas", *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 165-178.

Maluquer de Motes, J.

1945-46.- "Las culturas hallstätticas de Cataluña", *Ampurias*, 7-8, pp. 115-184.

1954.- "Los pueblos ibéricos", *Historia de España de Menéndez Pidal*, I.3, Madrid (2ª ed. 1976), pp. 302-370.

1954-58.- *El poblado hallstättico de Cortes de Navarra, I y II*, Pamplona.

1962a.- *Tossal del Moro*, Excavaciones Arqueológicas de España, 5, Madrid.

1962b.- "Crowroid de cerámica vidriada hallado en el poblado ibérico del Tossal del Moro en Piñeras (Batea, Tarragona)", *Strenae, Estudios de filología e historia dedicados al Prof. Manuel García Blanco, Acta Salmaticensia*, XVI, Salamanca, pp. 343-348.

1967.- "La España de la Edad del Hierro", *Las raíces de España*, Madrid.

1968.- "Panorama económico de la Primera Edad del Hierro", *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 61-80.

- 1972.- *Proceso histórico-económico de la primitiva población peninsular*, Barcelona.
- 1976.- "Panorama general de la problemática sobre el urbanismo prerromano en la Península Ibérica", *Bimilenario de la Colonia Cesaraugustana*, Zaragoza, pp. 7-27.
- 1978.- "El urbanismo ibérico de inspiración griega", *Cuaderno de Cultura*, I.8, pp. 68-70.
- 1979.- "El peso del mundo griego en el arte ibérico", *La Baja Época en la cultura ibérica*, Madrid.
- 1982a.- "Los núcleos de población prerromana", *Vivienda y urbanismo en España*, Barcelona.
- 1982b.- "La Ferradura, Ulldecona", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 229-231.
- 1982c.- "Mianes, Santa Bárbara", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 224-225.
- 1982d.- "Mas de Mussols o La Palma, Tortosa", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 226-228.
- 1983a.- "Problemática histórica de la cultura ibérica", *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia - Cartagena 1982)*, Zaragoza, pp. 29-49.
- 1983b.- *El poblado paleoibérico de La Ferradura, Ulldecona*, P.I.P., VII, Barcelona.
- 1984.- *La Necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols, Tortosa (Tarragona)*, P.I.P., VIII, Barcelona.
- 1987.- *La Necrópolis paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*, P.I.P., IX, Barcelona.

Maluquer, J. - Gracia, F. - Munilla, G.

- 1990.- *Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-1988, Trabajos de Arqueología de Navarra*, 9, Pamplona.

Maluquer, J. *et alii*

- 1986.- *Arquitectura i urbanisme ibèrics a Catalunya, Catàleg provisional del poblats ibèrics del Principat de Catalunya*. Barcelona.

Mangas Manjarrés, J.

1992.- "Las referencias a la imagen ibérica en los autores antiguos", R. Olmos (coord.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid, pp. 184-189.

Mangas, J. - Montero, S. (coords.)

2001.- *El Milenarismo. la percepción del tiempo en las culturas antiguas*, Madrid.

Mansuelli, G.A.

1979.- "Lecture liviane: Dati e concetti sulla città", *Homenaje a García y Bellido*, IV, *Revista de la Universidad Complutense*, XVIII (118), pp. 53-60.

Marc - 7: Dupré, X - Grandos, O - Yunyent, E - Nieto, X. - Rafel, N. - Tarrants, F.

1986.- "L'Arqueologia Catalana I. El procés de consolidació de l'Arqueologia catalana", *L'avenÁ*, 90, pp. 55-61

1987.- "L'Arqueologia Catalana II. De la posguerra als anys setanta", *L'avenÁ*, 91, pp. 64-71.

Marco Simón, F.

1976.- "Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz (Teruel)", *Pyrenae*, XII, pp. 73-90.

1976-78.- "Dos esculturas ibéricas zoomorfas de El Palao (Alcañiz, Teruel)", *Ampurias*, 38-40, pp. 407-414.

1978.- *Las estelas decoradas del Convento Caesaraugustano y Cluniense*, *Caesaraugusta*, 43-44, Zaragoza.

1980.- "Excavaciones en El Palao (Alcañiz, Teruel). Campaña de 1979", *Caesaraugusta*, 51-52, pp. 153-185.

1982.- "El Palao (Alcañiz, Teruel)", *Teruel*, 68, pp. 274-276.

1983.- "El yacimiento ibero-romano de El Palao (Alcañiz, Teruel). Campaña de 1980", *Caesaraugusta*, 57-58, pp. 23-50.

1983-84.- "Consideraciones sobre la religiosidad ibérica en el ámbito turolense", *Kalathos*, 3-4, pp. 71-93.

1985.- "El yacimiento ibero-romano de El Palao (Alcañiz, Teruel). Campaña de 1982", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20, pp. 138-218.

1986.- "El yacimiento de El Palao (Alcañiz, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1984*, Zaragoza.

1987.- "Informe de los trabajos realizados en el yacimiento de El Palao (Alcañiz, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1985*, Zaragoza.

1996.- "Romanización y aculturación religiosa: los santuarios rurales", Q. Reboreda - A. López (eds.), *A cidade e o mundo: romanización e cambio social*, Xinzo de Limia, pp. 83-100.

Marco, F. - Beltrán, F. - Escribano, M.V.

1982.- "El proceso de urbanización en el Aragón Antiguo", *Nacimiento y evolución de las ciudades, IV Jornadas E.A.E.A. (Alcañiz, 1981)*, pp. 162-166 y pp. 182-186.

Marín, A.

2000.- *El antes y el después de los íberos. 5000 años de población continuada en la Cataluña de poniente y el Mestrazgo aragonés*, Barcelona.

Marr, D.

1982.- *Vision*, San Francisco.

Marshack, A.

1972a.- "Cognitive Aspects of Upper Paleolithic Engraving", *Current Anthropology*, 13, pp. 445-477.

1972b.- "Upper Paleolithic Notation and Symbol", *Science*, 178, pp. 817-828.

Martín Bueno, M.

1969-70.- "Notas acerca de un yacimiento en la zona de Mediana de Aragón (Zaragoza)", *Caesaraugusta*, 33-34, pp. 169-182.

1975.- "Joya de oro procedente de Lécera (Zaragoza)", *Pyrenae*, pp. 157-160.

Martín, M. - Pellicer, M.

1979-80.- "Nuevas estelas procedentes de Caspe (Zaragoza)", *Habis*, 10-11, pp. 401-420.

Martín Costea, A.

1982a.- "Análisis tipológico, químico y estructural de algunos útiles metalúrgicos procedentes del poblado protohistórico de Vallipón (Castellote)", *CESBA*, 2-3, pp. 11-24.

Martín de Guzmán, C.

1984.- "Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica", *I Jornadas de metodología e investigación prehistórica (Soria, 1981)*, Madrid, pp. 35-64.

1988.- "Arqueología y paradigma: tendencias y resistencias", *Revista de Occidente*, 81, pp. 27-46.

Martín, A. - Ruiz, G.

1980.- "La metalurgia del hierro en el poblado protohistórico de Vallipón (Teruel)", *Revista de Metalurgia*, 16.1, pp. 31-40.

1981.- "Terraceras I: Arqueometalurgia de un poblado del Bronce Final - Hierro Inicial de la Depresión de Mas de las Matas (Teruel)", *Revista de Metalurgia*, 17.3, pp. 187-196.

Martínez González, M.

1973.- "Yacimiento ibérico de La Guardia (Alcorisa, Teruel)", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9, pp. 71-89.

1981a.- "Excavaciones realizadas en la provincia de Teruel durante el año 1980: La Guardia de Alcorisa", *Kalathos*, 1, pp. 97-99.

1981b.- "Foz Calanda (Teruel). Excavaciones arqueológicas de Teruel, 1981", *Teruel*, 66, pp. 314-316.

1982.- "Cabezo de La Guardia (Alcorisa). Excavaciones arqueológicas, 1982", *Teruel*, 68, pp. 265-270.

1990.- *La cultura ibérica y la romanización en la Sedetania Sudoriental. Estudio arqueológico*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza.

Martínez Santa-Olalla, J.

1946.- *Esquema paleontológico de la Península hispánica*, Corona de Estudios de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, Madrid.

Martínez Veiga, U.

1978.- *Antropología Ecológica*, La Coruña.

1984.- *La ecología cultural de una sociedad de agricultores*, Barcelona.

1985.- *Cultura y adaptación*, Barcelona.

Martínez-Pinna, J.

1989.- "Algunas reflexiones sobre el nacimiento de la ciudad en el Lacio", *Anejos de Gerión*, II, *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Profesor Santiago Montero Díaz*, Madrid, pp. 201-211.

Martínez, Ma.I. - Vicent, J.M.

1983.- "La periodización: un análisis histórico-crítico", *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, IV, Madrid, pp. 343-352.

Mascort, M. - Sanmartí, J. - Santacana, J.

1988a.- "L'establiment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet, Baix Ebre). Un punt clau del comerç fenici a la Catalunya meridional", *Tribuna d'Arqueologia*, 1987-1988, pp. 69-76.

1988b.- "Noves dades sobre el comerç fenici a Catalunya", *Prehistòria i Arqueologia de la Conca del Segre, Homenatge al Professor Joan Maluquer de Motes, 7é Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (Puigcerdà 1986)*, , Puigcerdà, pp. 185-199.

1988-89.- "El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici al curs inferior del riu Ebre", *Acta Arqueològica de Tarragona*, II, pp. 21-28.

1990.- "Noves aportacions al poblament de les comarques del curs inferior de l'Ebre: els resultats de la campanya de prospecció desenvolupada l'any 1988", *8é Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (Puigcerdà 1986)*, , Puigcerdà, pp. 165-174.

1991a.- *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.

1991b.- "Aldovesta. Les bases d'un model·le comercial dans le cadre de l'expansion phénicienne au Nord-est de la Péninsule Ibérique", *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma 1989)*, Roma, pp. 1073-1079.

Masdeu, J. F.

1784.- *Historia crítica de España y de la cultura española*, Madrid.

Mata Parreño, C.

1993.- "Aproximación al estudio de las necrópolis ibéricas valencianas", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, pp. 429-448.

1998.- "Las actividades productivas en el mundo ibérico", *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 95-101.

Mateu Belles, J.F.

1982.- *El norte del país valenciano. Geomorfología litoral y prelitoral*, Valencia.

Maya, J.L.

1990.- "Primera edad del hierro", *Historia de España, I: Desde la Prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.)*, Planeta, Barcelona, pp 295-377.

1992.- "Aprovechamiento del medio y paleoeconomía durante las etapas metalúrgicas del Nordeste peninsular", A. Moure (ed.), *Elefantes, ciervos y ovicápridos. Economía y aprovechamiento del Medio en la Prehistoria de España y Portugal*, Santander, pp. 275-314.

1992-93.- "El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona norte del valle del Ebro", *El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el sector oriental de la Península. II Encuentros de Prehistoria Aragonesa (Caspe - Zaragoza 1986)*, Bajo Aragón, Prehistoria, IX-X<sub>2</sub>, Zaragoza, pp. 7-50.

1993.- "En torno al origen del mundo ibérico catalán: problemas de sustrato". *Laietania*, 8, pp. 7-19.

1999.- *Celtas e iberos en la Península Ibérica*, Barcelona.

Maya, J.L. - Barbera, J.

1992.- "Etnogénesis y etnias prerromanas en Cataluña", en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 167-184.

Mayer, M.

1992.- "Arqueología y Filología clásica", I. Rodá (ed.), *Ciencias, metodología y técnicas aplicadas a la Arqueología*, Bellaterra, pp. 63-71.



Mayer, M.R.

1985.- *El futuro de la Psicología cognitiva*, Madrid.

Mayor, J.

1985a.- "Actividad humana y procesos cognitivos", J. Mayor (ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos, Homenaje a J. L. Pinillos*, Madrid, pp. 3-36.

Mayoral Franco, F.

1990-91.- "Elementos clasificatorios y segmentos sociales en las necrópolis del horizonte ibérico antiguo de la zona de la Montsià - Baix Maestrat", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 189-205.

1991a.- *Organització tribal i projecció dinàmica de la societat ibèrica al Montsià i Baix Maestrat*, Tesis Doctoral inédita, Barcelona.

1991b.- "Elements classificatoris i entitats socials a l'horizó ibèric antic del Montsià - Baix Maestrat", *Estrat*, 4, pp. 5-20.

1992.- "Las necrópolis del Horizonte Ibérico Antiguo del Montsià - Bajo Maestrazgo", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 97-110.

Mazo, C. et alii

1987.- *Guía arqueológica del valle del Matarraña*, Zaragoza.

McBride, G.

1971.- "Theories of Animal Spacing: the Role of Flight, Fight and Social Distance", A.H. Esser (ed.), *Behaviour and Environment: the Use of Space by Animals and Men*, New York.

McGlade, J.

1999.- "Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico", *Trabajos de Prehistoria*, 56.2, pp. 5-18.

McGuire, R.H.

1992.- *A Marxist Archaeology*, San Diego.

McGuire, R.H. - Schiffer, M.B.

1983.- "A Theory of Architectural Design", *Journal of Anthropological Archaeology*, 2, pp. 277-303.

McNay, L.

1992.- *Foucault and Feminism: Power, Gender and the Self*, Oxford.

Mederos Martín, A.

1999.- "El joven Bosch Gimpera y la primera reestructuración de la Prehistoria en España", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 65, pp. 9-28.

Mélida, J.R.

1906.- "Las Esculturas del Cerro de los Santos (Cuestión de autenticidad)", Tirada a parte de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, VIII, Madrid.

Mellars, P.

1991.- "Cognitive Changes and the Emergence of Modern Humans", *Cambridge Archaeological Journal*, I, pp. 63-76.

Mellars, P. - Gibson, K. (eds.)

1997.- *Modelling the early Human Mind*, Cambridge.

Menéndez Pidal, R.

1963.- *Historia de España*, I,3: Etnología de los pueblos de Hispania, por J. Maluquer, A. García y Bellido, B. Taracena y J. Caro Baroja, Madrid (2ª edición).

Mensua Fernández, S.

1980.- "El espacio cultivado en las provincias de Zaragoza", *Los paisajes rurales de España*, Valladolid, pp. 175-180.

Mentton, A. - Bertrand, M.J.

1972.- "De l'enfant á l'homme: la perception de l'espace urbain", *L'Espace Geographique*, 4, pp. 283-285.

Meseguer Folch, V.

1980.- "Peñíscola en la antigüedad", *Peñíscola*, 48, pp. 53-57.

1982.- *Los orígenes de Benicarló*, Benicarló.

1986.- "La cultura ibérica en Benicarló", *Notas Históricas de Benicarló*, Benicarló, pp. 9-55.

1989.- "Las raíces de Rosell", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 28, pp. 21-36.

1992.- "Los orígenes de Benicarló", *Real Academia de Cultura Valenciana, Serie Histórica*, 9, pp. 29-73.

1998.- "Sobre Prehistoria y Antigüedad de Peñíscola", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 59, pp. 67-79.

Meseguer, V. - Fletcher, D.

1981.- "Inscripción ibérica en San Mateo (Castellón de la Plana)", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LVII, pp. 203-209.

Meseguer, V. - Giner, V.

1980.- "Los testimonios arqueológicos", *Peñíscola*, 48, pp. 62-68.

Miller, G.

1951.- *Languaje and Communication*, New York.

1967.- *Psychology and Communication*, New York.

Mimo, R.

1996.- *Fortalezas de barro en el sur de Marruecos*, Madrid.

Mithen, S.

1998.- *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*, Barcelona.

Molas, D. - Rafel, N. - Puig, F.

1982-83.- "Necròpolis del Coll del Moro (gandesa, Terra Alta). Campanya de 1984 al sector Maries", *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, 4-5, pp. 21-71.

1985.- "El ritual funerari a la necròpolis del Coll del Moro, Gandesa (Terra Alta)", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, Cota Zero, 2, pp. 48-52.

1985-86.- "La necròpolis tumular del Coll del Moro, sector maries, Campanya 1984 (Gandesa, Terra Alta)", *Tribuna d'Arqueologia (1985-1986)*, pp. 43-52.

1987a.- "Orientalisierende Funde von der Grabung 1984 in der Nekropole des Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)", *Madridrer Mitteilungen*, 28, pp. 51-57.

1987b.- "Necròpoli del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanya de 1984 al sector Maries", *Butlletí de la Real Societat Arqueològica Tarraconense*, 4-5, Tarragona, pp. 21-71.

Molinos Sauras, Ma.I.

1985.- "Estado actual del yacimiento iberorromano del Cerro de San Jorge (Lécera, Zaragoza)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 647-656.

Molinos, M. - Ruiz, A. - Nocete, F.

1988.- "El poblamiento ibérico de la campiña del Alto Guadalquivir: proceso de formación y desarrollo de la servidumbre territorial", *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela, pp. 79-88.

Moneo, T.

1995.- "Santuarios urbanos en el mundo ibérico", *Complutum*, 6, pp. 245-255.

Moneo, T. - Almagro-Gorbea, M.

1998.- "Santuarios y élites ibéricas", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 93-98.

Moore, G.T.

1979.- "Knowing about Environmental Knowing. The Current State of Theory and Research on Environmental Cognition", *Environment and Behaviour*, 11, pp. 33-70.

Moore, G.T. - Golledge, R.G.

1976.- *Environmental Knowing: Theories, Research and Methods*, Stroudsburg.

Moore, H.L.

1982.- "The interpretation of spatial patterning in settlement residues", I. Hodder (ed.), *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, pp. 74-79.

1987.- *Space, Text and Gender*, Cambridge.

Moos, R.H.

1976.- *The Human Context. Environmental Determinants of Behaviour*, New York.

Moret, P.

1991.- "Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'architecture défensive ibérique", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 265-271.

1994.- "Alguns aspectes del desenvolupament de l'hàbitat organitzat a l'àrea ibèrica", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medieterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 19-26.

1996.- *Les fortifications ibériques, de la fin de l'age du bronze à la conquete romaine*, Colección de la Casa de Velázquez, Madrid.

1998a.- "Pierre Paris, precursor de la Arqueologia Ibèrica", *Los Ibèros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 70-71.

1998b.- "'Rostros de piedra'. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibèricas", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibèrica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 83-92.

2002.- "*Multas turris Hispania habet*. Observaciones sobre las fuentes literarias y el contexto histórico", T. Chapa - P. Moret (coord.), *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.) (Madrid 2002)*, Preactas, Madrid.

e.p.- "El Tossal Montañés (Valdetormo, Teruel): une maison-tour ibèrique du VIe siècle av. J.-C.", *Madrider Mittelungen*, 42.

Moret, P. - Benavente, J.A.

e.p. "I campanya de excavacions en Torre Cremada, 1995 (Valdetormo, Teruel)", *Arqueologia Aragonesa 1995*, Zaragoza.

Moret, P. - Benavente, J.A. - Gardes, P.

e.p.- "II campanya de excavacions en Torre Cremada, 1996 (Valdetormo, Teruel)", *Arqueologia Aragonesa 1996*, Zaragoza.

Moret, P. - Gardes, Ph. - Benavente, J.A.

1997.- "La Torre Cremada (Valdetormo, Teruel): un fortín-romano en el Bajo Aragón", *Kalathos*, 16, pp. 19-44.

Morris, A.E.J.

1979.- *Historia de la forma urbana*, Barcelona.

Mostalac, A.

1991.- *Arqueología de Zaragoza, 100 imágenes representativas*, Zaragoza.

Mostalac, A. - Guiral, C.

1992.- "Decoraciones pictóricas y cornisas de estuco del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 123-153.

Munilla, G - Gracia, F.

1995.- "Evolución arquitectónica del poblado protohistórico del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra)", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991)*, pp. 41-57.

Munilla, G. - Gracia, F. - García, E.

1994-96.- "La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el Valle medio del Ebro", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 153-170.

Munilla, G. *et alii*

1993.- "Un conjunto de estructuras de combustión en la H.88/21 del poblado protohistórico del Alto Cortes de Navarra", *Pyrenae*, 24, pp. 141-150).

e.p.- "Paleoeconomía de la Primera Edad del Hierro en los Pirineos Occidentales. Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Un modelo de estudio teórico", *118ème Congrès National de Sociétés Savantes*, Pau 1993.

Muntañola Thornberg, J.

1974.- *La arquitectura como lugar*, Barcelona,

1980.- *Didáctica del medio ambiente: fundamentos y posibilidades*, Barcelona.

1985.- *Comprender la arquitectura*, Barcelona.

1986.- "Developmental Architectural Psychology and the Semiotics of Place", *Espaces et Sociétés*, 46-47.

1991.- "Psicología y Arquitectura; notas breves", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 33-49.

Muñiz Coello, J.

1994a.- "Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias", *Habis*, 25, pp. 91-105.

1994b.- "Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la península Ibérica", en P. Saez - S. Ordóñez (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, pp. 283-296.

Muñoz Amilibia, A.M.

1987.- "Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el municipio de Iponoba, El Cerro de Minguillar (Baena, Córdoba)", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 63-68.

Nadal, J. - Albizuri, S.

1999.- "'El barranc de Gàfols' (Ginestar, Tarragona) y 'Aldovesta' (Benifallet, Tarragona): el estudio arqueozoológico como base de teorización sobre la dieta humana a principios de la Edad del Hierro y la complejidad económica en el curso bajo del Ebro", *Pyrenae*, 30, pp. 207-221.

Narr, K.J.

1975.- *Arqueología y Prehistoria*, Madrid.

Naroll, R.

1962.- "Floor area and settlement population", *American Antiquity*, 27, pp. 587-589.

Nash, G. (ed.)

1997.- *Semiotics of Landscape: Archaeology of 'Mind'*, Cambridge.

Navarro, F.J. - Zapater, M.A.

1991.- "Excavación arqueológica del yacimiento iberorromano de 'Cabezo Muel', Escatrón (Zaragoza). Campaña 1988", *Arqueología Aragonesa 1988-1989*, Zaragoza.

Neisser, U.

1981.- *Procesos cognitivos y realidad*, Madrid.

Neumaier, J.

1993-95.- "El vaso teromorfo del poblado ibérico del Tossal Redó (Calaceite, Provincia de Teruel)", *Kalathos*, 13-14, pp. 49-60.

Neuman, M.

1995.- "La imagen y la ciudad", *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, III (104), pp. 377-394.

Newell, A.

1981.- "Physical Symbol Systems", D.A. Norman (ed.), *Perspectives in Cognitive Science*, New Jersey.

Newell, A. - Simon, H.A.

1972.- *Human Problem Solving*, New Jersey.

1976.- "Computer Science as Empirical Inquiry: Symbol Systems", *Communications of the ACM*, 19, pp. 111-126.

Nicholson, L.J. (ed.)

1990.- *Feminism/Postmodernism*, London.

Nicolet, C.

1988.- *L'Inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, Paris.

Nicolini, G.

1966.- "Les bronzes votifs ibériques de la PrŠhistorische Staatssammlung, München", *Madriider Mittelungen*, 7.

1967.- "Algunos aspectos de la vestidura ibérica", *Oretania*, 9.

1968.- "Gestes cultuels ibériques", *M.C.V.*, 4, pp. 27-44.

1969. *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, Paris.

1973.- *Les Ibères. Art et Civilisation*, Fayard.

1977a.- *Bronces ibéricos*, Barcelona.



1977b.- "A propós de l'archaisme ibérique, trois t tes du Llano de la Consolación au Musée du Louvre", *Homenaje a García y Bellido, III, Revista de la Universidad Complutense*, 26.

1987.- "L'establissement ibérique de Castellar (Jaén), premières hypothèses", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 55-61.

1990.- *Techniques des ors antiques. la Bijouterie Ibérique du VIIe au IVE siècle*, Paris.

Nocete Calvo, F.

1984.- "Jefaturas y territorios: una revisión crítica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, pp. 289-304.

1994.- "Un fantasma recorre la arqueología (no sólo en Europa)", *Arqrítica*, 6.

Nogué i Font, J.

1992.- "El paisaje existencial de cinco grupos de experiencia ambiental. Ensayo metodológico". A. García Ballesteros (ed.), *Geografía y humanismo*, Barcelona, pp. 87-96.

Noguera Guillén, J.

1997.- *Evolució del poblament de la foia de Mora des del Bronze Final a l'Antiguitat Tardana: Anàlisi i evolució del territori*, Tesi de Llicenciatura, inédita, Barcelona.

1998a.- "Darreres excavacions arqueòlogiques en el municipi de Ginestar (Ribera d'Ebre)", *Butlletí del Centre d'Estudis de la Ribera d'Ebre*, 12, Móra d'Ebre 1998, pp. 101-120.

1998b.- "L'evolució de poblament a la Foia de Móra (Ribera d'Ebre, Tarragona) des del Bronze Final fins a l'època romana", *L'arqueologia del territori. Anàlisi dels models d'ocupació i transformació del medi a l'Antiguitat a la Catalunya meridional i àrees lindants*, *Citerior, Revista d'Arqueologia i Ciènces d'Antiguitat*, 2, pp. 97-127.

1999a.- "Estudi dels materials dipositats en el Museu d'Arqueologia de Catalunya del jaciment ibèric del Castellot de la Roca Roja (Benifallet, Baix Ebre)", *Pyrenae*, 30, pp. 243-251.

1999b.- "Estudi diacrònic de la Cubeta de Móra (Ribera d'Ebre, Tarragona) des de l'època tardo-republicana a l'antiguitat tardana", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20, pp. 267-286.

e.p.- "Evolució del poblament de la foia de Móra (Ribera d'Ebre, Tarragona) des del Bronze Final a l'Ibèric Ple: anàlisi i evolució del territori", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8.

Norberg-Schulz, Ch.

1975.- *Existencia, Espacio y Arquitectura*, Barcelona.

1979.- *Intenciones en arquitectura*, Barcelona.

Norman, D.A. (ed.)

1981a.- *Perspectives in Cognitive Science*, New Jersey.

1981b.- "Categorization of Action Slips", *Psychological Review*, 88, pp. 1-15.

Oakley, K.P.

1981.- "Emergence of Higher Thought 3.0-0.2 Ma B.P.", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London, Series B*, 292, pp. 205-211.

Olesti Vila, O.

1993.- *El territori del Maresme en època Republicana (S. III - I a.C.). Estudi d'Arqueomorfologia i Historia*, Tesis Doctoral, Ed. en micro-fichas, U.A.B., Barcelona.

1994.- "La identificación de los pueblos lacetanos y layetanos en las fuentes literarias antiguas. Una nueva interpretación", *III Congreso Peninsular de Historia Antigua (Preactas, Vitoria 1994)*, pp. 429-439.

Oliver Foix, A.

1977.- "Resultado del sondeo previo en el Puig de Vinaròs", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 4, pp. 315-319.

1980.- "Las influencias mediterráneas en el mundo ibérico de la zona sur del delta del Ebro", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7, pp. 99-119.

- 1981.- "Incineraciones entre el río Ebro y el Palancia. Nuevas aportaciones para el estudio de los enterramientos ibéricos", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8, pp. 265-291.
- 1982.- "La cerámica de barniz negro en el Puig de Vinaròs", *Seminario Vinaròs*, 1242, Vinaròs.
- 1986a.- "Campañas de excavaciones en yacimientos arqueológicos de la provincia de Castellón", *Revista de Arqueología*, 60, pp. 62-63.
- 1986b.- "Materiales etruscos en el Bajo Maestrazgo (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 12, pp. 219-227.
- 1987.- "Los yacimientos arqueológicos de Vinaròs", *I Congrés d'Història del Maestrat*, Vinaròs, pp. 96-125.
- 1988.- "Puig de la Misericordia. Vinaròs, el Baix Maestrat", *Memòires arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-85*, Valencia, pp. 158-161.
- 1989a.- "Evidence of the second punic war in iberian settlements south of the Ebro", *Punic War. Orientalia Lovaniensia Analecta*, 33, pp. 205-211.
- 1989b.- "Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica en el País Valenciano", *XIX Congreso nacional de Arqueología (Castellón de la Plana 1987)*, Zaragoza, pp. 497-505.
- 1990-91.- "Las importaciones griegas en la costa ilercavona", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 173-188.
- 1991a.- "La presencia fenicia y púnica al sur de las bocas del Ebro", *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Roma, pp. 1091-1101.
- 1991b.- "El Puig de la Misericòrdia, Vinaròs", *Revista de Arqueología*, 118, pp. 8-13.
- 1991c.- "Las primeras fuentes documentales escritas sobre la zona del Maestrazgo", *II Congrés d'Història del Maestrat*, Vinaròs, pp. 85-102.
- 1992a.- "Aproximación al poblamiento del Hierro Antiguo en Castellón", *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Trabajos Varios del S.I.P., 89, Valencia, pp. 29-38.
- 1992b.- "La red viaria protohistórica y su relación con los lugares culturales en el Baix Maestrat", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 40, pp. 35-44.

- 1992c.- "El mundo ibérico", *Historia de Castellón*, I, Castellón, pp. 101-108.
- 1992-93.- "El Bronce Final - Hierro Antiguo en la provincia de Castellón", *El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el sector oriental de la Península. II Encuentros de Prehistoria Aragonesa (Caspe - Zaragoza 1986)*, Bajo Aragón, *Prehistoria*, IX-X, Zaragoza, pp. 309-322.
- 1993a.- *Territorio y poblamiento protohistórico en el llano litoral del Baix Maestrat*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- 1993b.- "El desarrollo cultural protohistórico en el llano litoral del Maestrat (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 20, pp. 147-166.
- 1994a.- "Aproximación a la problemática de las estelas funerarias ibéricas no decoradas", *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, I, Soria, pp. 107-116.
- 1994b.- *El poblado ibérico del Puig de la Misericòrdia de Vinaròs*, Vinaròs.
- 1994-96.- "El Bronce Final-Hierro Antiguo en el sur del Ebro, ¿un período de transición?", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 219-229.
- 1995a.- "Acerca de los restos humanos localizados en los poblados ibéricos", *Arx World Journal of Prehistoric and Ancient Studies*, I.1, pp. 35-41.
- 1995b.- "La problemática de la interpretación funcional de la fase del Ibérico antiguo en el Puig de la Misericordia, Vinaròs", *XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*, Zaragoza, pp. 257-261.
- 1996a.- *Poblamiento y territorio protohistóricos en el llano litoral del Baix Maestrat (Castellón)*, Castellón.
- 1996b.- "Fauna y vegetación en los ritos culturales ibéricos", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castellò*, 17, pp. 281-308.
- 1996c.- "La investigación de la cultura ibérica en Castellón (1991-1995)", *El mundo ibérico: una década de investigaciones (1985-1995). 1a. parte*, *Revista de Estudios Ibéricos*, 2, pp. 231-242.

1997.- "La problemática de los lugares sacros ibéricos en la historiografía arqueológica", *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 495-516.

1998a.- *La vida en el poblado ibérico del Puig de la Nau de Benicarló. Una historia de hace 2500 años*, Benicarló.

1998b.- "El poblamiento ibérico en Castellón ante la romanización", M. Mayer - J.M. Nolla - J. Pardo (eds.), *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Barcelona, pp. 441-450.

1999a.- "El yacimiento ibérico del Perengil de Vinaròs: un extraordinario edificio ibérico", *XXV Congreso Nacional de Arqueología (Valencia 1999)*, Zaragoza, pp. 468-472.

1999b.- "La arquitectura de un edificio ibérico singular. El Perengil (Vinaròs, Castellón)", *Revista de Arqueología*, 223, pp. 36-45.

1999c.- "Avance de las campañas de 1996-1999 en el yacimiento ibérico del Puig de la Nau (Benicarló, Baix Maestrat)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20, pp. 315-358.

2002.- "Torres y casas fortificadas en la provincia castellanense, un planteamiento inicial", T. Chapa - P. Moret (coord.), *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.)*, (Madrid 2002), Preactas, Madrid.

e.p.- "Observaciones sobre la cronología de los enterramientos ibéricos en la Ilercavonia", *XXXVII Assemblée Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*.

Oliver A. - Bover, J.

1985.- "El Cabecico de La Heredad. Yacimiento ibérico en Bordón (Teruel)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, VI, pp. 245-252.

Oliver, A. - Gómez-Bellard, F.

1989.- "Nuevos enterramientos infantiles ibéricos de inhumación en Castellón", *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14, pp. 51-62.

Oliver, A. - Gusi, F.

1986.- "La cultura ibérica al sur de las bocas del Ebro", *6è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá (Puigcerdá, 1984)*, Puigcerdá, pp. 265-275.

1991.- "Los primeros contactos coloniales en Castellón. Siglos VII-VI a. de J.C.", J. Remesal - O. Musso (coord.), *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica de la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 197-213.

1995.- *El Puig de la Nau, Benicarló, Castellón. Un hábitat fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular*, Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenses, 4, Castellón.

1998.- "La distribució de les ceràmiques d'importació als segles III/II a.C. als centres de poblament ibèric de les terres de Castelló", *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Belars i les Pitiüses durant el segle III i la primera meitat del III a. C.*, *Arqueomediterrània*, 4, Barcelona, pp. 73-82.

Oliver, A. - Perea, A.

1999.- "El depósito ritual del Puig de la Nau (Benicarló, Castellón)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20, pp. 267-286.

Oliver, P. (ed.)

1997.- *Encyclopedia of Vernacular Architecture of the World, III.- Culture and Habitats*, Cambridge.

Olmos Romera, R.

1982.- "Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica", *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 260-268.

1991.- "A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XX", J. Arce - R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua (S.XVIII-XX)*, Madrid, pp. 135-144.

1994.- "Antonio García y Bellido y su época: una posible lectura", *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 293-297.

1996.- "Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión", en R. Olmos Romera (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, pp. 41-59.

1998.- "La invención de la cultura ibérica", *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 59-65.

Olson, D.R.

1994.- *The World on paper. The conceptual and cognitive implications of writing and reading*, Cambridge.

Orensanz Gutiérrez, F.

1976.- "Aportación al estudio del despoblado ibérico de San Pedro", *Caesaraugusta*, 39-40, pp. 175-202.

Orleans, P.

1973.- "Differential Cognition of Urban Residents: Effects of Social Scale on Mapping", R. M. Down - D. Stea (eds.), *Image and Environment*, Chicago.

Ortego Frías, T.

1945-46.- "El poblado ibérico del Castellido de Alloza (Teruel)", *Ampurias*, 7-8, pp. 185-202.

1959.- "Prospecciones arqueológicas bajoaragonesas", *V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1957)*, Zaragoza.

Otero, C.P.

1983.- *La revolución de Chomsky. Ciencia y Sociedad*, Madrid 1983.

Padró i Parcerisa, J.

1978.- "Los escarabeos y el escaroboide de la necrópolis de Mas de Mussols (La Palma, Tortosa, Tarragona)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 5, pp. 257-263.

1982-83.- "El Tossal del Moro de Pinyeres (Batea, Terra Alta)", *Tribuna d'Arqueologia* (1982-83), pp 25-30.

Padró, J. - Sanmartí, E.

1992.- "Áreas geográficas de las etnias prerromanas de Cataluña", en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 185-194.

Pallarés i Commas, R.

1982.- "El Castellet de Banyoles, Tivissa", *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, pp. 218-221..

1983-84.- "El sistema defensivo frontal del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre", *Pyrenae*, 19-20, pp. 113-126.

1984.- *El poblamiento ibérico de las comarcas de Tarragona (El Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre)*, Resumen de la Tesis Doctoral, Barcelona.

1986.- "Dos elements de filiacion grega del segle IV a.C. a l'assentament ibèric del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre", *6è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá (Puigcerdá, 1984)*, Puigcerdá, pp. 281-290.

Pallarés Salvador, F.

1965.- *El poblado ibérico de San Antonio de Calaceite*, Barcelona.

Pallarés, R. - Gracia, F. - Munilla, G.

1985a.- "Poblado ibérico. La Moleta del Remei (Alcanar - Montsià). Campaña 1/1985. Informe preliminar", *Revista de Alcanar*, 99.

1985b.- "Cerámicas áticas y de barniz negro al poblado ibérico de La Moleta del Remei (Alcanar, Montsia)", *Ampurias*, 47, pp. 120-129.

1986a.- "Modelo de reconstrucción del hábitat nº 1 del poblado de La Moleta del Remei", *Arqueología Espacial*, 9, pp. 271-284.

1986b.- "El poblado ibérico de La Moleta del Remei. Alcanar (Tarragona)", *Revista de Arqueología*, 59, pp. 27-35.

1986c.- "Cataluña. Sistemas ibero-griegos de defensa", *Revista de Arqueología*, 65, pp. 43-52.

1987a.- "Avance sobre el sistema defensivo y urbano al poblado ibérico de La Moleta del Remei (Alcanar - Montsià - Tarragona)", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Sta. Cruz de Tenerife 1985)*, Zaragoza, pp. 661-688.

1987b.- "Dos edificis singulars en el poblado ibèric de La Moleta del Remei (Alcanar)", *Butlletí del Museu del Montsià*, 14, pp. 1-4.



Parcero Oubiña, C.

1995.- "Aproximación al espacio social en el mundo castreño", *XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*, II, pp. 185-188.

Paris, P.

1901.- "Sculptures du Cerro de los Santos", *Bulletin Hispanique*, III, pp. 113-134.

1903-1904.- *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne Primitive*, Paris.

1907.- "Quelques vases ibériques inédites", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, I, pp. 76-88.

Paris, P. - Bardaviu, V.

1924.- *Excavaciones en el Cabezo del Cuervo, término de Alcañiz*, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 66, IX, Madrid.

1926.- *Fouilles dans la region d'Alcañiz (Province de Teruel)*. I, *Le Cabezo del Cuervo*. II, *Le Taratrato*. Bibliotheque de L'école des Hautes Etudes Hispaniques, fasc. XI, 1, Paris - Burdeaux.

Parker, M. - Richards, C. (eds.)

1994.- *Architecture and Order: Approaches to Social Space*, London.

Patterson, T.C.

1990.- "Some theoretical tensions within and between the processual and the postprocessual archaeologies", *Journal of Anthropological Archaeology*, 9.2, pp. 189-200.

Paul-Lévy, F. - Segaud, M.

1983.- *Anthropologie de l'espace*, Paris.

Pearson, M.P. - Richards, C.

1994.- "Ordering the World: perceptions of architecture, space and time", M.P. Pearson - C. Richards (eds.), pp. 1-37.

Peebles, C.S. - Gardin, J.C.

1992.- *Representations in Archaeology*, Indianapolis.

Peiró, I. - Pasamar, G.

1989-90.- "El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (Academicismo y profesionalización, 1856-1936)", *Kalathos*, 9-10, pp. 9-30.

Pelletier, A.

1986.- "Les Hispani et l'Hispania de Tite-Live", *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXII, pp. 5-25.

Pellicer Catalán, M.

1952.- "Yacimientos arqueológicos en el término de Caspe", *II Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza.

1954.- "Nuevas prospecciones de Caspe", *Caesaraugusta*, 5.

1959.- "Záforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa en Caspe", *V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1957)*, Zaragoza, pp. 138-156.

1960-61.- "El poblado y la necrópolis de la Loma de los Brunos (Caspe)", *Caesaraugusta*, 15-16, pp. 91-106.

1966.- "El Tossal de les Tenalles de Sidamunt y sus cerámicas pintadas", *Archivo Español de Arqueología*, 39, pp. 97-

1968.- "Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas", *Archivo Español de Arqueología*, 41.

1969-70.- "La cerámica ibérica del Cabezo de Alcalá de Azaila", *Caesaraugusta*, 33-34, pp. 63-88.

1977.- "Arqueología ibérica de la Cuenca del Guadalope", *Homenaje a García y Bellido, III, Revista de la Universidad Complutense*, 26, pp. 5-24.

1982.- "La influencia orientalizante en el bronce final - hierro del noreste hispano", *Habis*, 13.

1984.- "Ensayo de revisión del horizonte del bronce final - hierro del noreste hispano: Elementos autóctonos", *Homenaje a F. Jordá*, Salamanca.

1985.- "Primeros ensayos urbanos en la comarca de Caspe", *Bajo Aragón, Prehistoria*, V, pp. 121-129.

1986.- "Perfil biográfico de Luis Siret", *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, (Cuevas de Almanzora 1984), Sevilla, pp. 13-18.

1987.- "Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración en el valle medio del Ebro", *Homenaje a Domingo Fletcher, Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII.1, Valencia, pp. 157-175.

1989.- "El Bronce reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental", M». E. Aubet (ed.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Guadalquivir*, Barcelona, pp. 147-187.

Pellicer, F. - Peña, J.E. - Ibáñez, M.J.

1986.- "Estudio geomorfológico del yacimiento de Burren y Burrena (Depresión del Ebro): génesis del relieve y evolución holocena", *Estudio en Homenaje al Dr. A. Beltrán*, Zaragoza, pp. 33-45.

Pena, Ma. J.

1976-78.- "La (supuesta) cláusula referente al levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 511-530.

Peña Monné, J.L.

1991.- *El Relieve*, Madrid.

Peña. M.J.

1994.- "Control romano sobre nuevos establecimientos urbanos durante el siglo II a.C. en la península ibérica", *La ciudad en el mundo romano, XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica (Tarragona 1993)*, Tarragona.

Peña, V - Ruiz, L.A. - González, C.

1993.- "La mortalidad infantil en el mundo antiguo: causas biológicas y conductual culturalmente pautadas. Consideraciones a propósito del debate sobre la evidencia del infanticidio", *II Congreso Nacional de Paleopatología*, Valencia.

Perales García, Ma.P.

1989.- *Introducción al poblamiento Ibérico en Mora de Rubielos (Teruel)*, Monografías Arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnografías Turolenses, 2, Teruel.

Perales Villar, E.

1912.- *Historia de Castellón y geografía de su provincia*, Castellón.

Perales, Ma. P. *et alii*

1984.- "Tiro de Cañón (Alcañiz): Los materiales cerámicos I", *Kalathos*, 3-4, pp. 203-25.

Pérez Rojas, M.

1983.- "La estela ibérica de Caspe: Introducción a su estudio lingüístico", *Archivo Español de Arqueología*, 56, pp. 269-285.

Pérez Vilatela, L.

1988.- "'Intibilis' lugar estratégico del Maestrazgo en la segunda guerra púnica", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 22, pp. 67-75.

1989-90.- "Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas en Estrabón", *Kalathos*, 9-10, pp. 205-214.

1990.- "Estrabón y la división provincial de Hispania en el 27 a.C.", *Pólis*, 2, pp. 99-125.

1991.- "Ilercavones, celtíberos y cartagineses en 218-217 a.C.", *Caesaraugusta*, 68, pp. 205-228.

1994.- "Onus(s)a: Toponimia y comercio antiguo en el Maestrazgo", *Pólis*, 6, pp. 269-306.

1995.- "Antiguas ciudades del Mestrazgo castellonense: Onussa y Tyrichae", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16, pp. 221-234.

Pérez, J.A. - Sus, M». L. de

1984a.- "Avance al estudio del poblado ibero-romano del Cabezo de la Bovina (Vinaceite, Teruel)", *Jornadas de Homenaje a Juan Cabré (Zaragoza 1982)*, Zaragoza, pp. 167-182.

1984b.- "Un conjunto de cuevas en el Sistema Ibérico. Estudio preliminar", *Arqueología Espacial*, 2, Teruel, pp. 35-51.

Pérez, J.A. - Sus, Ma.L. de - Ballarín, M.

e.p.- "Los exvostos del santuario de N» S» de Rodanos (Epila)", *IV Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares (Zaragoza - Calatayud, 1983)*.

Pérez, L. - Cabré, J.

1929.- *Excavaciones en el Roquizal del Rullo (Fabara, provincia de Zaragoza)*, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 101, Madrid.

Pericot, L.

1934.- "Épocas primitivas y romanas", *Historia de España*, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, Barcelona.

1949.- "Treinta años de excavaciones en el Levante", *IV Congreso del Sureste Español (Elche 1948)*, Cartagena, pp. 47-71.

1969.- "Schulten y tartessos", *Tartessos y sus problemas, V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1968)*, pp. 63-74.

1976.- "Algunos de mis recuerdos de Bosch Gimpera", J. Comas (comp.), *In memoriam Pedro Bosch Gimpera (1891-1974)*, México, pp. 23-37.

1979.- *Cerámica ibérica*, Barcelona.

Philipon, E.

1909.- *Ibères. Etude d'Histoires, d'Archéologie et de Linguistique*, Paris.

1925.- *Les peuples primitifs de l'Europe méridionale. Recherches d'histoire et de linguistique*, Madrid.

Phillips, G.

1871.- "Veber den iberischen Stammder und seine Nachbarn", *Actis Academia aus Wien, C. Phil. Hist.*, LXVII, pp. 761-804.

Piaget, J.

1961.- *Les mécanismes perceptifs*, Paris.

1966.- *La construcción de lo real del niño*, Buenos Aires.

1968.- *Le structuralisme*, Paris.

Pina Polo, F.

1993.- "¿Existió una política romana de urbanización al Nordeste de la península Ibérica?", *Habis*, 24, pp. 77-94.

1994.- "Urbanización y romanización en el nordeste de la península Ibérica", *La ciudad en el mundo romano, XIV Congreso Internacional de arqueología Clásica (Tarragona 1993)*, Tarragona.

Pinillos, J.L.

1998.- *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, Madrid.

Pla Ballester, E.

1959.- "El problema del tránsito de la Edad del Hierro, en la región valenciana", *V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1957)*, Zaragoza, pp. 128-133.

1969.- "El instrumental metálico de los obreros ibéricos", *X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón 1967)*, Zaragoza, pp. 306-337.

1980.- "Los iberos", *Nuestra Historia*, I, pp. 197-271.

1985.- "La iberización en tierras valencianas", *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, pp. 257-271.

Plácido, D. - Alvar, J. -González, C.

1991.- *La formación de los estados en el Mediterráneo Occidental*, Madrid.

Plácido, D. *et alii*

1997.- *Imágenes de la polis*, Madrid.

Plog, F. - Hill, J.

1971.- "Explaining variability in the Distribution of Sites", G. J. Gumerman (ed.), *The Distribution of Prehistoric Population Aggregates*, Prescott, pp. 7-36.

Plog, S. - Plog, F. - Wait, W.

1978.- "Decisión Making in Modern Surveys", M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, I, New York, pp. 384-421.

Pocock, D.C.

1975.- *Durham: Image of a Cathedral City*, Durham.

Pons, E.

1986-87.- "El principio de la metalurgia del hierro a Cataluña", *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 251-264.

Pons, E. - Maya, J.L.

1988.- "L'Age du Bronze Final en Catalogne", *Le groupe Rhin-Suisse-France Orientale et la notion de civilisation des Champs d'Urnes*, Actes du Colloque International (Nemours, 1986), Nemours, pp. 547-557.

Pons, E. - Maya, J.L. - Buxó, R.

1989.- "Hábitat y estructuras domésticas durante el final de la Edad del Bronce en el norte y oeste de Catalunya", *Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire, Colloque International (pré-actes)*, Arles-sur-Rhône, 1989, pp. 31-35.

Pons, E. - Molist, M.

1989.- "Les structures domestiques de cuisson en Catalogne", *Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire, Colloque International (pré-actes)*, Arles-sur-Rhône, 1989, pp. 137-142.

Pons, E. - Molist, M. - Buxó, R.

1993.- "Les structures de combustió e d'usages domestiques dans la préhistoire recente de la catalogue Méditerranée", *XIIIe Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques (Bratislava, 1991)*, Bratislava, pp. 395-404.

1994.- "Les structures de combustió i d'enmagatzematge durant la protohistòria en els assentaments de la Catalunya litoral", *Cota Zero*, 10, pp. 49-59.

Pons, E. - Molist, M. - Cruells, W. (eds.)

1994.- *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Mediterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, Barcelona.

Porcar Ripollés, J.B.

1948.- "Arqueología castellonense", *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, IX, pp. 30-36.

Postigo Cervero, E.

1988.- "Cerámica campaniense procedente de Fuentes de Ebro (Zaragoza)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 7, pp. 186-191.

Prados Torreira, L.

1994.- "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una Arqueología del Culto", *Trabajos de Prehistoria*, 51.1, p. 127-140.

Prak, N.L.

1968.- *The Language of Architecture*, La Haya.

Presedo Velo, F.J.

1980.- "Organización política y social de los Iberos", *Historia de España Antigua*, Madrid; I: *Protohistoria*, pp. 185-193.

Prieto Arcineaga, A.

1978.- "La devotio ibérica como forma de dependencia en la Hispania prerromana", *Memorias de Historia Antigua*, II, pp. 131-135.

Principal-Ponce, J.

1998.- *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña sur y occidental durante el siglo III aC. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*, BAR International Series, 729, Oxford.

Prokop, D.

1967.- "Image and Function of the City", *Urban Core and Inner City*, Leyden.

Pomeranz, D.

1980.- "Environmental Psychology", L. Krasner (ed.), *Environmental Design and Human Behaviour*, New York.

Puch, E.

1986.- *El poblamiento ibérico y romano en el 'Terra Alta'*, Tesi de Llicenciatura inédita, Universitat de Barcelona.

Puch, E. - Ortonovés, R.

1992.- "La Torre Cremada (Valdetormo, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1990*, Zaragoza, pp. 91-93.

Pueyo, A.L.

1979.- "Yacimientos y necrópolis de la Edad del Hierro en el Barranco de Busal (Estado de la cuestión)", *Estado Actual de los Estudios Aragoneses, I Jornadas (Teruel, 1978)*, Teruel, pp. 220-223.

Pujol Puiguet, A.

1992.- *Els èbers. Vida i cultura*, Girona.



## Quesada, F.

1989.- "Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas", *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13, Teruel, pp. 89-110.

1994.- "Lanzas hincadas, Aristóteles y las Estelas del Bajo Aragón", *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, I, Soria, pp. 361-369.

## Rafel i Fontanals, N.

1985.- "El ritual d'enterrament ibèric. Un assaig de reconstrucció", *Fonaments*, 5, pp. 13-31.

1987.- *La necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta)*, Col. Tesis Doctorales, 192, Barcelona.

1989.- *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa: Les eestructures funeràries*, Tarragona.

1991.- *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa. Els materials*, Tarragona.

1992.- "Produccions ceràmiques orientalizants a la necròpolis del Coll del Moro", *Miscel.lània Arqueològica a J.M. Recasens*, Tarragona.

1993.- *Necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanyes del 1984 al 1987*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 12, Barcelona.

1994-96.- "El conjunt arqueològic del Coll del Moro de Gandesa: algunes dades sobre el procés d'iberització a la zona", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, *Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 341-348.

1998.- "Colgantes de bronce paleoibéricos en el N.E. de la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre las relaciones mediterráneas", *Pyrenae*, 28, pp. 99-117.

## Rafel, N - Blasco, M.

1991.- "El recinte fortificat del Coll del Moro de Gandesa", *Fortificacions: La problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.)*, *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa, pp. 293-301.

1994.- *El Coll del Moro. Un recinte ibèric fortificat. Campanyes 1982-1983. Gandesa, Terra Alta, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya*, 8, Barcelona.

Rafel, N. - Blasco, M. - Sales, J.

1994.- "Un taller ibérico de tratamiento de lino en el Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)", *Trabajos de Prehistoria*, 51.2, pp. 121-142.

Rafel, N. - Hernández, G.

1990.- "Sistemas y prácticas funerarias en la necrópolis del Coll del Moro (Gandesa)", *Symposium Internacional de Religiones Prehistóricas, Zephyrus*, XLIII, Salamanca, pp. 339-348.

1992.- "Pràctiques funeràries a la necròpolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 37-58.

Rafel, N. - Mestres, J.

1983.- "Contribución al estudio de la casa ibérica: El poblado de El Castellar (La Llacuna, Comarca de Anoja, Barcelona)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena 1982)*, Zaragoza, pp. 655-662.

Rafel, N. - Puig, F.

1985.- "Contribución al estudio de la arquitectura defensiva ibérica: El Coll del Moro de Gandesa", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*, Zaragoza, pp. 603-610.

Raffestin, C.

1977.- "Paysage et territorialite", *Cahiers de Géographie de Québec*, 31.

Ramos Sainz, M.C.

1990.- "Estudio de los elementos arquitectónicos en terracota procedentes de Fuentes de Ebro (Zaragoza)", *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, II, Zaragoza, pp. 157-167.

Revilla Calvo, V.

2002.- "El poblamiento rural en el noreste de Hispania entre los siglos II a.C. y el I d.C.: organización y estrategias socioeconómicas", T. Chapa - P. Moret (coord.), *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del*

*territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.), (Madrid 2002), Preactas, Madrid.*

Romagosa, J.

1971.- "Azaila. Dos tesoros, dos mensajes", *Acta Numismatica*, I, pp. 71-78.

Ramos Loscertales, M.

1924.- "La devotio ibérica", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1, pp. 134-145.

1942.- "Hospicio y clientela en la España céltica", *Emérita*, X, pp. 308-337.

Rams, P., *et alii*

1998.- "El Coll del Moro de Borrassquer (Batea, Terra Alta)", *Segones Jornades d'Estudi de la Terra Alta (Batea 1995)*, Batea, pp. 115-128.

Rapoport, A.

1970.- "Symbolism and Environmental Design", *International Journal of Symbology*, I.3, pp. 1-9.

1972.- *Vivienda y cultura*, Barcelona.

1974a.- "Estado actual de los estudios sobre la relación hombre-entorno", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 11-21.

1974b.- "Simbolismo y diseño del entorno", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 23-32.

1974c.- "La calidad del entorno. Pautas para la toma de decisiones", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 53-69.

1974d.- "Diseño y complejidad", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 103-111.

1974e.- "La ecología de la vivienda", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 111-127.

1974c.- *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona.

1975.- *Information for Decision Making: Quantitative and Behavioural Dimension*, Prentice Hall.

1978.- *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*, Barcelona.

1982.- *The Meaning of the Built Environment*, Beverly Hills.

1990.- "Systems of activities and systems of setting", S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, pp. 9-20.

Rapoport, A. (ed.)

1969.- *House form and culture*, New York.

1976.- *The Mutual Interaction of People and Their Built Environment*, París.

Rapoport, A. - Hawkes, T.

1974.- "La percepción de la complejidad urbana", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 91-102.

Rapoport, A - Kantor, R.E.

1974.- "Complejidad y ambigüedad en el diseño del entorno", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 71-90.

Rapoport, A. - Watson, N.

1974.- "Variabilidad cultural de las normas físicas", A. Rapoport (ed.), *Aspectos de la calidad del entorno*, Barcelona, pp. 33-51.

Rapaport, W.J.

1990.- "Cognitive Science", A. Ralston - E.D. Reilly (eds.), *Encyclopedia of Computer Science and Engineering*, New York, pp. 185-189.

Read, D.W.

1978.- "Towards a formal theory of population size and area of habitation", *Current Anthropology*, 19, pp. 312-317.

Redman, C.L.

1975.- "Productive Sampling Strategies for Archaeological Sites", J. W. Mueller (ed.), *Sampling in Archaeology*, Tucson, pp. 147-154.

Redman. C.L. - Watson, P.J.

1970.- "Systematic, Intensive Surface Collection", *American Antiquity*, 35, pp. 279-291.

Relph, E.C.

1981.- *Rational Landscapes and Humanistic Geography*, London.

Rendeli, M.

1993.- *Città aperte. Ambiente e paesaggio rurale organizzato nell'Etruria meridionale costiera durante l'età orientalizzante e arcaica*, Roma.

Renfrew, C.

1969.- "Trade and Culture Process in Europea Prehistory", *Current Antropology*, 10.2-3.

1982.- *Towards an Archaeology of Mind: An Inaugural Lecture Delivered before the University of Cambridge on 30 November 1982*, Cambridge, Cambridge.

1987.- "Problems in the modelling of socio-cultural systems", *European Journal of Operational Research*, 30, pp. 179-192.

1990.- *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona.

1993.- "Cognitive archaeology: some thoughts on the archaeology of thought", *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2), pp. 248-250.

1994.- "Towards a Cognitive Archaeology", C. Renfrew - E.B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, pp. 3-12.

1998.- "Mind and Matter: Cognitive Archaeology and External Symbolic Storage", C. Renfrew - C. Scarre (eds.), *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge, pp. 1-6.

Renfrew, C. (ed.)

1986.- *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge.

Renfrew, C. - Bahn, P.

1991.- *Archaeology, Theories, Methods and Practice*, London.

Renfrew, A.C. - Rowlands, M.J. - Segraves, B.A. (eds.)

1982.- *Theory and Explanation in Archaeology*, New York.

Renfrew, C. - Scarre, C. (eds.)

1998.- *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge.

Renfrew, C - Zubrow, E.B.W. (eds.)

1994.- *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge.

Reynoso, C.

1986.- *Teoría, historia y crítica de la Antropología cognitiva. Una propuesta sistemática*, Buenos Aires.

Reynoso, C.

1986.- *Teoría, historia y crítica de la Antropología cognitiva. Una propuesta sistemática*, Buenos Aires.

Rield, R.

1983.- *Biología del conocimiento*, Madrid.

Ripoll i Perelló, E.

1978.- "El problema dels Indiquetes en relació amb la ciutat d'Empúries", *Els pobles pre-romans del Pirineu*, 2é Col.loqui Internacional de Arqueologia del Puigcerdà, Puigcerdà, pp. 137-146.

Risch, R.

1989.- "Discussion on the Theory and Method in Spanish Archaeology during the 80's". I. Hodder (ed.), *Archaeological Theory in Europe since the '60*, London.

Rivera, M.

1971.- "Introducción. Hacia una arqueología nueva", *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, I.3, pp. III-VII.

1981.- "Opiniones sobre arqueología: su definición y sus relaciones", *Revista de Universidad Complutense*, pp. 97-110.

Rivers, W.H.

1926.- *Psychology and Ethnology*, New York.

Robbins, M.

1966.- "House Types and Settlement patterns: an Application of Ethnology to Archaeological Interpretation", *Minnesota Archaeologist*, 28, pp. 3-35.

Roberts, B. K.

1987.- "Landscape Archaeology", J. M. Wagstaff (ed.), *Landscape Culture. Geographical Archaeological Perspectives*, Oxford, pp. 77-95.

1996.- *Landscapes of settlement. Prehistory in the present*, London.

Rodanés, J.Ma. - Picazo, J.V.

1997.- "Bronce Final y Primera Edad del Hierro", *Crónica del Aragón Antiguo, De la Prehistoria a la Alta Edad Media (1987-1993)*, Caesaraugusta, 72.1, pp. 155-215.

Roddaz, M.

1986.- "Guerres civiles et romanisation dans la Vallée de l'Ebre", *Revue des Etudes Anciennes*, LXXXVIII, 1-4, pp. 318-338.

Rodison, M.

1975.- *Sobre la cuestión nacional*, Barcelona.

Rodríguez, P.

1989.- *Gens. Una forma de organización antigua mal conocida*. Tesis doctoral inédita, Vitoria -en prensa-.

1990.- "El significado de *Civitas* en Cicerón", *Veleia*, 7, pp. 234-241.

Rodríguez Adrados, F.

1946.- "La fides ibérica", *Emérita*, XIV, pp. 128-209.

Rodríguez Colmenero, A.

1979.- *Augusto e Hispania. Conquista y organización del Norte peninsular*, Bilbao.

Rodríguez Neila, J.F.

1993.- "Gestión administrativa en las comunidades indígenas hispanas durante la etapa pre-municipal", *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1988)*, I, Córdoba, pp. 385-412.

Rodríguez Sánabra, F.

1991a.- "Percepción ambiental", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 51-64.

1991b.- "La influencia de los factores físicos ambientales en el comportamiento", F. Jiménez - J.I. Aragonés (comps.), *Introducción a la psicología ambiental*, Madrid, pp. 115-125.

Roldán Hervás, J.M.

1972.- "El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales", *Hispania Antiqua*, 2, pp. 77-123.

1993.- "Los comienzos de la romanización en Andalucía: la organización territorial de la ulterior en el siglo II a.C.", *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1988)*, I, Córdoba, pp. 319-330.

Ramallo Asensio, S.F.

1993.- "La monumentalización de los santuarios ibéricos en edad-tardorrepublicana", *Ostraka, Revista di Antiquità*, Anno II, 1, pp. 117-144.

Ramón, J.

1994-96.- Las relaciones comerciales en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro Antiguo de Catalunya", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 399-422.

Ramos Barceló, J.E.

1992.- "El yacimiento arqueológico de las rocas de la Barbada en Benicarló", *II Jornadas sobre Arte y Tradiciones Populares, Benicarló*, pp. 159-178.

Revilla Calvo, V.

1995.- *Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en Hispania Tarraconensis (siglos I a.C. - II d.C.)*, Cuadernos de Arqueología, 8, Barcelona.

Roddaz, J.M.

1986.- "Guerres civiles et romanisation dans la vallée de l'Ebre", *Revue d'Études Anciennes*, LXXXVIII, pp. 317-338.

Roncayolo, M.

1988.- *La ciudad*, Barcelona.

Rosas Artola, M.

1977.- "Fragmentos de ánfora y anforisco procedentes de Traiguera (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 4, pp. 329-331.

1980.- "Un nou jaciment amb materials del ferro I: El Mas de Vito (Rosell, Castelló)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7, pp. 291-293.



1987.- "Les troballes arqueològiques de Traiguera. Aportació a l'estudi de la Romanització al Baix Maestrat", *I Congrés d'Història del Maestrat,, Vinaròs*, pp. 153-165.

1997.- "El jaciment de les Carrasques (La Jana, Castelló) i la localització de la mansio d'Intibili", *Saguntum*, 29, pp. 241-245.

Roselló i Verger, U.

1989.- *Geografía humana del País Valencià*, Barcelona.

Rossi, A.

1982.- *The Architecture of the City*, Cambridge.

Rossi, I - O'Higgins, E. (eds.)

1981.- *Teorías de la Cultura y métodos antropológicos*, Barcelona.

Rouillard, P.

1987.- "Urbanisme et vie publique dans l'Espagne préromaine VI-IV s. av. JC", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 35-41.

Rovira i Port, J.

1986.- "Breus apunts sobre la història de l'arqueologia catalana", *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona, 50 aniversari*, Barcelona, pp. 19-20.

1990-91.- "Reflexiones sobre los primeros Campos de Urnas en la Península Ibérica: una arribada marítima", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 157-171.

1997a.- "Uso y amnipulación del metal en el asentamiento protohistórico de Els Vilars (Arbeca, Lleida): Los materiales de cobre y bronce", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, pp. 213-227.

1997b.- "De bronzistes a ferrers: dinàmica de la metal.lurgia protohistòrica al nord-est peninsular", *Cota Zero*, 13, pp. 59-70.

Rovira i Port, J. (ed.)

1994-96.- *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, *Gala*, 3-5, Barcelona.

Rovira, J. - Cura, M.

1989.- "El món tumular català des del bronze antic fins època ibèrica. Continuitat versus substitució", *Espacio, Tiempo y Forma, Prehistoria y Arqueología*, I.2, pp. 153-171.

Rovira, J. - Santacana, J.

1980a.- "Reflexiones sobre 'Economía' prehistórica aplicada a los grupos culturales del Este peninsular: el modo doméstico de producción", *Informació Arqueològica*, 33-34, pp. 48-52.

1980b.- *Economía, societat i canvi a la Catalunya prehistòrica (del 2000 al 600 abans de Crist)*, Barcelona.

1982.- "Protourbanismo y asentamientos en la Edad del Bronce en Cataluña. Ensayo de tipología y distribución geográfica. Estructura social y modo de producción dominante", *Informació Arqueològica*, 38, Barcelona, pp. 26-35.

1989.- "From the End of the Bronze Age to the First Age of Iron. Convulsion of the Social and Economic Structures at the Mediterranean Coast of the Iberian Peninsula", M.L. Stigsrensen - R. Thomas (eds.), *The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe*, I, BAR International Series 438 (I), Oxford, pp. 100-111.

Royo Guillén, J.I.

1980.- "Hallazgos metalúrgicos de la 1ª Edad del Hierro en Aragón, aproximación al estudio de la metalurgia en nuestra región durante la etapa hallstática", *Turiaso*, I, pp. 241-324.

1984.- "Hábitat y territorio durante la 1a. Edad del Hierro en el NE de la Península Ibérica", *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp. 65-95.

1985.- *Bases para el estudio del Bronce Final y la 1a. Edad del Hierro en el valle de la Huecha y su contexto general cuenca media del Ebro*, Memoria de Licenciatura inédita.

1990.- "Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico", F. Burillo Mozota (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zargoza, pp. 123-136.

1991.- "Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza). VI Campaña de Excavaciones Arqueológicas", *Arqueología Aragonesa 1988-89*. Zaragoza.

1994-96.- Ritual funerario y cultura material en la necrópolis tumular de los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el NE peninsular", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, *Gala*, 3-5, Barcelona, pp. 33-47.

Royo J.I. - Burillo, F.

1997.- "Excavaciones en el Castillo de Cuarte (Zaragoza): El solar de la calle Mayor, nº3 y sus niveles ibéricos (1993-1994)", *Arqueología Aragonesa 1994*, Zaragoza, pp. 121-134.

Royo, J.I. - Ferreruela, A.

1985.- "El poblado y la necrópolis tumular de Los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 393-417.

Rozaeller, E.M. - Baxter, J.C.

1972.- "Meaning and Value Conceptualizing the City", *Journal of the American Institute of Planners*, 38.2, pp.

Rudofsky, B.

1973.- *Arquitectura sin arquitectos*, Buenos Aires.

Ruiz Rodríguez, A.

1978.- "Los pueblos iberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición", *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 3, pp. 225-284.

1987.- "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir", *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid, pp. 9-19.

- 1990.- "Reflexiones sobre algunos conceptos de la arqueología espacial a partir de una experiencia: Iberos en el Alto Guadalquivir", *Arqueología Espacial*, 12, Lisboa-Teruel.
- 1992.- "Etnogénesis de las poblaciones prerromanas de Andalucía Oriental", en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 101-118.
- 1993a.- "Vida, muerte y resurrección de los Iberos", J. Beltrán - F. Gascó (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, pp. 191-204.
- 1993b.- "Panorama actual de la Arqueología Española", M». I. Martínez Navarrete (ed.), *Teoría y práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los extremos de Europa*, Madrid, pp. 307-326.
- 1994.- "Una reflexió teòrica sobre l'urbanisme ibèric", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 147-156.
- 1998a.- "Los íberos y su espacio", *Los Ibéros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 77-89.
- 1998b.- "Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales", C. Aranegui Gascó (ed.), *Congreso Internacional, Los Iberos, príncipes de Occidente: La estructuras de poder de la sociedad ibérica (Barcelona 1998)*, *Saguntum*, Extra 1, Barcelona, pp. 289-300.
- 1998c.- *The Archaeology of the Iberians*, Cambridge.
- 2002.- "Continuidad y discontinuidad entre el poblamiento ibérico tardío y el poblamiento romano", T. Chapa - P. Moret (coord.), *Seminario: Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (fines del siglo III a.C. - siglo I d.C.)*, (Madrid 2002), Preactas, Madrid.

### Ruiz Zapatero, G.

- 1979.- "El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los campos de urnas del Bajo Aragón", *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 247-287.
- 1982.- "El poblado protohistórico de Siriguarach (Alcañiz, Teruel)", *Teruel*, 67, pp. 23-55.

- 1983a.- "Notas metodológicas sobre la prospección en Arqueología", *Revista de Investigación, Colegio Universitario de Soria*, VIII.3, pp. 7-23.
- 1983b.- "Modelos teóricos de invasiones / migraciones en arqueología prehistórica", *Informació Arqueològica*, 41, pp. 147-157.
- 1983-84.- "El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior", *Kalathos*, 3-4, pp. 51-70.
- 1985.- *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid.
- 1988.- "La prospección arqueológica en España, pasado, presente y futuro", *Arqueología Espacial*, 12, Lisboa - Teruel, pp. 33-47.
- 1992a.- "Campos de Urnas, Migraciones y Lenguas", *Arqúrica*, 4, p. 19.
- 1992b.- "Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión del metal del hierro y el torno del alfarero en el NE. de Iberia", *Gala*, 1, pp. 103-116.
- 1993.- "La organización en la Arqueología en España", M». I. Martínez Navarrete (ed.), *Teoría y práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los extremos de Europa*, Madrid, pp. 45-73.
- 1995.- "El sustrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991)*, pp. 25-40.
- 1996.- "La prospección de superficie en la arqueología española", *Quaderns de Prehistòria i Arqueoplogia de Castelló*, 17, pp. 7-20.
- 1997.- "Migration revisited: 'Urnfields' in Iberia", M. Díaz-Andreu - S. Keay (eds.), *The Archaeology of Iberia. The Dinamics of Change*, London, pp. 158-174.
- 2000.- "El Bronce final y la Primera Edad del Hierro del valle del Ebro: aprendiendo treinta años después", *Pyrenae*, 22-23, pp. 93-97.
- e.p.- *La 'cultura' de los Campos de Urnas en la Península Ibérica. Del Bronce al Hierro (1100-500 a.C.)*, Barcelona -en prensa.

Ruiz, A. - Chapa, T. - Ruiz, G.

- 1988.- "La arqueología contextual: Una revisión crítica", *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 11-17.

Ruiz, A. - Molinos, M.

1984a.- "Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las Campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte pleno ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado)", *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp. 187-206.

1984b.- "Poblamiento ibérico de la Campiña de Jaén. Análisis de una ordenación del territorio", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria 1981)*, Madrid, pp. 421-430.

1988.- "Tribus y ciudades; planteamiento de un sistema de contradicciones en la estructura del estado de los pueblos ibéricos del sur de la Península Ibérica", *Studia Histórica (Hist. Ant.)*, 6, pp. 53-60.

1993.- *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.

Ruiz, A. et alii

1986a.- "Perspectivas para la investigación del proceso histórico ibero en el Alto Guadalquivir", A. Ruiz - M. Molinos - F. Hornos, *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén, pp. 75-82.

1986b.- "Concepto de producto en Arqueología", *Arqueología Espacial*, 7, Teruel, pp. 63-80.

Ruiz, G. - Burillo, F.

1988.- "Metodología para la investigación en arqueología territorial", *Munibe*, 6, pp. 45-64.

Ruiz, G. - Chapa, T.

1990.- "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico metodológicas", F. Burillo Mozota (coord.), *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas (Daroca 1988)*, Zaragoza.

Ruiz, G. - Fernández, V.

1984.- "Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico", Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp. 51-56.

1985.- "Cortes de Navarra: un modelo económico de la I Edad del Hierro en el Nordeste de la Península Ibérica", *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño 1983)*, Zaragoza, pp. 371-392.

Ruiz, G. - Lorrío, A. - Martín, M.

1986.- "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Coloquio sobre el microespacio, Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp. 79-101.

Ruiz, G. - Martín, A.

1982.- "Las terracenas I (Mas de las Matas, Teruel). Un yacimiento de la 1a. Edad del Hierro", *Kalathos*, 2, pp. 7-31.

Ruiz, G. - Rovira, J.

1994-96.- "La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce medio a la Edad del Hierro en el NE. de la Península Ibérica", J. Rovira i Port (ed.), *Taula Rodonda: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (Sant Feliu de Codines 1994)*, Gala, 3-5, Barcelona, pp. 33-47.

Ruiz, J. - González, F. - Ruiz, M.

1985.- "La percepción del paisaje por los protagonistas de su creación y mantenimiento", *Pirineos*, 125, pp. 5-29.

Ruiz, M. - San Nicolás, P.

2000.- *Arqueología y antropología ibéricas*, Madrid.

Rykwert, J.

1985.- *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid.

Sabater Pi, J.

1985.- *Etología de la vivienda humana. De los nidos de gorilas y chimpancés a la vivienda humana*, Barcelona.

Salvador Heras, J.

1985.- "Arquitectura y urbanismo del poblado ibérico de El Puig de Benicarló", *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 9, Benicarló.

Sánchez García, A.

1996.- "La problemática de las construcciones en tierra en la prehistoria reciente y en la protohistoria. La introducción del adobe en la Península Ibérica", *XXIII Congreso nacional de Arqueología (Elche 1995)*, Elche.

Sánchez Jiménez, J.

1948.- *La cultura ibérica en la provincia de Albacete. Notas para su estudio*, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, XXIII, cl-4, Madrid.

Sánchez, J.E.

1991.- *Espacio, economía y sociedad*, Madrid.

Sánchez, F. - Cruz, G.

1988.- "A. Schulten y los etruscos", *Studia Historica*, VI, pp. 27-35.

Sánchez, F.J. - Orejas, A.

1991.- "Fotointerpretación arqueológica: el estudio del territorio", A. Vila (ccord.), *Nuevas tendencias. Arqueología*, Madrid, pp. 1-22.

Sancho Royo, A.

1976.- "En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal", *Habis*, 7, pp. 75-110.

Sanday, P.

1968.- "Psychological Reality of American-English Kinship Terms: An Information-Processing Approach", *American Anthropologist*, 70, pp. 509-523.

Sanders, D.

1990.- "Behavioral Conventions and archaeology: Methods for the Analysis of Ancient Architecture", S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space. And Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, pp. 43-72.



## Sanmartí i Grego, E.

- 1973.- "Materiales cerámicos griegos y etruscos de época arcaica en las comarcas meridionales de Cataluña", *Ampurias*, 35.
- 1975.- "Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (comarca de Matarranya)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 2, pp. 87-127.
- 1976.- "Cerámicas de importación ática de El Puig (Benicarló)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, pp. 219-228.
- 1978a.- "La cerámica de barniz negro del poblado de Sant Miquel de Vinebre", *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, Ep. IV, Fasc. 141-144, pp. 43-47.
- 1978b.- "Les cultures protohistòriques de la comarca del Matarranya: un estat de la qüestió", *Fonaments*, 1, pp. 121-149.
- 1980.- "Resultados de una prospección en el poblado del Cabezo del Cuervo, en Alcañiz (Teruel)", *Cypsela*, III, pp. 103-115.
- 1984a.- "Observaciones acerca del poblado ibérico de San Antonio de Calaceite en relación a su funcionalidad rectora en el poblamiento de su área de influencia", *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp. 161-171.
- 1984b.- "Notas sobre el poblado protohistórico del Cabezo de Cascarujo, en Alcañiz (Teruel)", *Información Arqueológica*, 42, pp. 28-41.
- 1987.- "La cultura ibérica del sur de Catalunya", A. Ruiz - M. Molinos (eds.), *Iberos, Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1986)*, Jaén, pp. 67-75.
- 1994.- "Urbanización y configuración territorial del Noreste de la Citerior durante la época romano-republicana", *La ciudad en el mundo romano*, XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica (Tarragona 1993), Tarragona, pp. 201-212..

## Sanmartí i Grego, J.

- 1986.- *La Laietània ibérica: estudi d'arqueologia e historia*, Tesis Doctoral (inédita), Barcelona.

1992.- "Las necrópolis ibéricas en el área catalana", J.J. Blánquez - V. Antona del Val (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis (Madrid 1991)*, Madrid, pp. 77-108.

1994.- "éléments de type celtique du nord-est de la peninsule ibérique", *Aquitania*, 12, pp. 335-351.

1998.- "La casa ibérica", *Los Ibéros. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 92-93.

e.p.- "El comercio fenicio y púnico en Cataluña", *Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1987)*.

Sanmartí, E. - Gusí, F.

1976.- "Un kylix del pintor de Penthesilea procedente del poblado de El Puig (Benicarló, Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3, pp. 205-218.

Sanmartí, E. - Padró, J.

1978-79.- "Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Cataluña", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1977)*, *Ampurias*, 38-40, Barcelona, pp. 157-176.

Sanmartí, J - Santacana, J.

1994.- "L'urbanisme protohistòric a la costa de Catalunya", *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, pp. 27-37.

e.p.- "Catalogue méridionale: recherches récentes et état de la question", *Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la protohistoire*, *Colloque International (pre-actes)*, Arles-sur- Rh<sup>TM</sup>ne, 1989.

Sanmartí, J. et alii

2000.- *L'assentament del bronze final i primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)*, *Arqueo Mediterrània*, 5, Barcelona.

Sanmartín Besalduch, A.

1990.- *Sant Mateu: vuit segles d'evolució urbana 1237-1933 (alguns aspectes introductoris)*, San Mateu.

Sanoja, M.

1985.- "Identidad nacional, identidad regional", *Gens*, I.3.

1987.- "Espacio doméstico y desarrollo histórico", *Gens*, 3.1.

Sanoja, M. (ed.)

1987.- *Relaciones entre sociedad y ambiente*, Washington, D.C.

Santacana, J.

1994.- "Difusión, aculturación e invasión: apuntes para un debate sobre la formación de las sociedades ibéricas en Cataluña", *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Ibiza 1990)*, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 33, Madrid-Ibiza, pp. 145-163.

Santos Velasco, J.A.

1992.- "Territorio económico y político del sur de la Contestania ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, 65, pp. 33-47.

1993.- "City and the state in pre-roman Spain", *Antiquity*, 68, pp. 289-299.

1994.- "Reflexiones sobre la sociedad ibérica y el registro arqueológico funerario", *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 63-76.

1996.- "Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen", R. Olmos - T. Tortosa (eds.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, *La Arqueología de la Mirada*, 1, Madrid, pp. 115-130.

Sanz Martínez, M.

1982.- "Población ibérica del valle del Ebro (III). Aportación al estudio del *oppidum* ibérico de Sant Miquel de Vinebre", *Butlletí de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, pp. 11-42.

1985.- *Población ibérica del valle del Ebro: Santa Madrona II (Ribarroja del Ebro)*, Reus.

Saraceno, C.

1993.- "Continuità e discontinuità nella riproduzione sociale", A. Carbonaro - C. Facchini (eds.), *Biografie e costruzione dell'identità*, Milán, pp. 37-55.

Sarre, P.V.

1972.- "Perception", M. Keynes, *Trends in Geography*, London.

Saussure, F. de

1983.- *Curso de lingüística general*, Madrid.

Savory, H.N.

1968.- *Spain and Portugal. The Prehistory of the Iberian Peninsula*, London.

Schiffer, M.B.

1987.- *Formation Processes of the Archaeological Record*, Albuquerque.

Schmidt- Relenberg, N.

1976.- *Sociología y Urbanismo*, Madrid.

Schubart, H.

1967.- *Die Iberer*, Baden-Baden.

Schüle, W.

1960.- "Reconstrucción del 'thymaterion' de Calaceite", *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp. 157-160.

Schulten, A.

1921.- *Tartessos*, Madrid.

1930.- "Die etrusker in Spanien", *Klio*, 25, pp. 365-432.

1953.- *Adolf Schulten: cincuenta y cinco años de investigación en España*, Reus.

1959-63.- *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid.

1972.- *Tartessos*, Madrid.

Schulten, A. - Bosch, P. - Pericot, L.

1922-50.- *Fontes Hispaniae Antiquae*, I: Noticias anteriores al año 500; II: Siglos V, IV y III a.C.; III, IV y V: Guerras de conquista, Barcelona.

Schweder, R.A.

1991.- *Thinking through cultures. Expeditions in Cultural Psychology*, Cambridge.

Seamon, D.

1979.- *A Geograpy of Lifeworld*, London.

1982.- "The Fenomenological Contribution to Environmental Psychology", *Journal of Environmental Psychology*, 2, pp. 119-140.

Segal, E.M.

1994.- "Archaeology and Cognitive Science", C. Renfrew - E.B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, pp. 22-28.

Segall, M.H. *et alii*

1966.- *The Influence of Culture on Visual Perception*, Indianapolis.

Senent Ibáñez, J.J.

1923.- "Estacions ibèriques entre el riu Cenia i el Millars (Castellón)", *Anuari del Institut de Estudis Catalans*, VI, pp. 619-621.

Seoane, J.

1982.- "Psicología cognitiva y psicología del conocimiento", *Boletín de Psicología*, 1, pp. 25-43.

Serra Puche, M.C.

1982.- "La unidad habitacional en Tenemote -Tlaltenco, D. F. Un análisis de distribución espacial para definir áreas de actividad: la cerámica", *Anales de Antropología*, 19, pp. 9-20.

Serra i Rafols, J.C.

1941.- "El poblado ibérico del Castellet de Bañolas", *Ampurias*, 3, pp. 15-34.

1964-65.- "La destrucción del poblado ibérico del Castellet de Banyoles de Tivissa (Bajo Ebro)", *Ampurias*, 26-27.

Serrano, D. - Fernández, J.

1992.- "Las cuevas rituales ibéricas en la provincia de Valencia", *Al-Gezira*, 7, pp. 11-36.

Serrano, D. - Serrano, D.

1988.- "Sobre mitología ibérica", *Al-Gezira*, 4-5, pp. 29-46.

Serrano, E - Atencia, R.- Luque, A. de

1983.- "Informe preliminar sobre la estratigrafía del yacimiento iberorromano del 'Cerro de los Castillones', Campillos (Málaga)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena 1982)*, Zaragoza, pp. 813-828.

Shanks, M.

1992.- *Experiencing the Past: on the Character of Archaeology*, London.

1999.- *Art and the Greek City State: an Interpretive Archaeology*, Cambridge.

Shanks, M. - Tilley, C.

1987.- *Reconstructing Archaeology*, Cambridge.

1992.- *Re-Constructing Archaeology: Theory and Practice*, Second edition, London.

1996.- "The craft of archaeology". *American Antiquity*, 61.1, pp. 75-88.

Siegel, A.W. - Kirasic, K.C. - Kail, R.V.

1978.- "Stalking the Elusive Cognitive Map. The Development of Children's Representations of Geographic Space", I. Altman - J. Wohlwill (eds.), *Human Behaviour and Environmental Advances*, III, New York, pp.

Silgo Gauche, L.

2001.- "Grafitos ibéricos de El Palomar (Oliete, Teruel)", *Paleohispánica*, 1, pp. 347-352.

Simmel, G.

1967.- *Sociología*, Madrid.

Siret, L.

1913.- *Questions de Chronologie et d'Ethnographie Ibériques*, Paris.

Sjoberg, G.

1960.- *The Preindustrial City. Past and Present*, New York.

Sole, F.X. - Garcia, J.E. - Martín, A.

e.p.- "Excavacions al Castell d'Amposta. Campanyes dels anys 1987 i 1988", XXXVII *Assemblea Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*.

Sommer, R.

1969.- *Personal Space*, London.

1974.- *Espacio y comportamiento individual*, Madrid.

Stapf, K.H.

1979.- "Observaciones sobre la dimensión del objeto y método en la psicología ambiental", S. Kaminski (ed.), *Psicología Ambiental*, Buenos Aires.

Steadman, P.

1979.- *The Evolution of Designs: Biological Analogy in Architecture and the Applied Arts*, Cambridge.

1982.- *Arquitectura y naturaleza*, Madrid.

Steinitz, C.

1968.- "Meaning and the Congruence of Urban Form and Activity", *Journal of the American Institute of Planners*, 34.

Stevens, P.S.

1977.- *Patterns in Nature*, Harmondsworth.

1986.- *Patrones y pautas en la naturaleza*, Barcelona.

Sureda Carrión, N.

1976-78.- "El río Ebro y los iberos en las fuentes antiguas", *Simposi Internacional: Els origins del món ibéric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 567-576.

Steponaitis, V.P.

1981.- "Settlement Hierarchies and Political Complexities in Nonmarket Societies: the Formative Period of the Valley of México", *American Antropologist*, 83, pp. 320-363.

Sterud, G.

1973.- "A Paradigmatic View of Prehistory", en C. Renfrew (ed.), *The Explanation of Culture Change. Models in Prehistory*, London, pp. 3-17.

Stokols, D. - Shumaker, S.A.

1981.- "People in Places: a Transactional View os Settings", J.H. Harvey (ed.), *Cognition, Social Behaviour and the Environment*, New Jersey, pp.

Strathern, M.

1998.- "Social Relations and the Idea of Externality", C. Renfrew - C. Scarre (eds.), *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge, pp. 135-147.

Stigler, J.W. - Scheder, R.A. - Herdt, G.

1990.- *Cultural Psychology. Essays on comparative human development*, Cambridge.

Sureda Carrión, N.

1976-78.- "El río Ebro y los iberos en las fuentes antiguas", *Simposi Internacional: Els origins del món ibéric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 567-576.

Sus, Ma. L. de - Pérez, J.A.

1984.- "Cabezo de la Bovina (Vinaceite, Teruel). Elementos de cultura material y economía", *Kalathos*, 3-4, pp. 259-285.

Swart, B.K.

1967.- "A logical Secuence of Archaeological Objetives", *American Antiquity*, 32, pp. 487-497.

Tafari, M.

1968.- *Teoria e storia dell'architettura*, Bari.

Tainter, J.A.

1978.- "Mortuary Practices and the Study of Prehistoric Social Systems", M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, New York, pp. 105-141.

Tarancón de Valencia, J.

1931.- *Apuntes de un estudio sobre el pueblo ibero*, Madrid.

Tarradell, M.

1961.- "Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos", *Saitabi*, XI, pp. 4-20.

1962.- *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*, Anales de la Universidad de Valencia, XXXVI, II. Valencia.

1965.- "Enterramientos infantiles en el interior de las habitaciones ibéricas", *Pyrenae*, 1, pp. 174-175.

1966.- "Presentación de un ensayo de catálogo de formas de la cerámica ibérica", *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid 1965)*, Zaragoza, pp. 277-279.

1968.- *Arte ibérico*, Barcelona.



1974a.- "Pere Bosch Gimpera", *Serra d'Or*, 183, pp.29-31.

1974b.- *Cuevas sagradas o cuevas santuarios: un aspecto poco valorado de la religión ibérica*, Memoria 1973 del Instituto de Arqueología y Prehistoria, Barcelona.

1975a.- *Imagen del arte ibérico*, Barcelona.

1975b.- "Schulten: medio siglo de Historia de España", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, pp. 381-406.

1976.- "El impacto greco-fenicio en el extremo Occidente: resistencia y asimilación", *Assimilation et resistance a la culture greco-romaine dans le Monde Ancien*, Paris.

1986.- "Bosch Gimpera, Arqueòleg", *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona. 50 aniversari*, Barcelona, pp. 21-22.

Tarradell, M. *et alii*

1985.- *Los iberos*, Madrid.

Thomas, J.

1996.- *Time, Culture and Identity. An Interpretative Archaeology*, London.

Thünen, J.H. von

1875.- *Der Isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie*, Hamburgo.

Tigger, B.G.

1992.- *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona.

Tilley, C.

1994.- *A Phenomenology of Landscape. Places, path and monuments*, Oxford.

1999.- *Metaphor and Material Culture*, Oxford.

Tilley, C. (ed.)

1990.- *Reading Material Culture: Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism*, Oxford.

Tobler, W.R.

1976.- "The Geometry of Mental Maps", R. Golledge - G. Rusthon (eds.), *Spatial Choice and Spatial Behaviour*, Ohio, pp. 69-81.

Tolman, E.C.

1948.- "Cognitive Maps in Rats and Men, *Psychological Review*, 55, pp. 189-208.

Tomás Maigí, J.

1949.- "Anotaciones al Cabezo del Cuervo", *Teruel*, 1, pp. 147-170.

1959.- "'Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica", *Caesaraugusta*, 13-24, pp. 79-127.

1960.- "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica (conclusión)", *Caesaraugusta*, 15-16, pp. 41-89.

Tomka, S.A.

1993.- "Site abandonment behaviour among transhumant pastoralists: the effects of delayed curation on assemblage composition", C.M. Cameron - S.A. Tomka (eds.), *Abandonment of Settlements and Regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches*, Cambridge, pp. 11-24.

Tovar, A.

1974.- *Iberische Landeskunde I: Baetica*. Baden-Baden.

1976.- *Iberische Landeskunde II: Lusitanien*. Baden-Baden.

1989.- *Iberische Landeskunde III: Tarraconensis*, Baden-Baden.

Tramullas, J - Alfranca, L.M.

1995.- "El valle medio del Ebro durante la primera Edad del Hierro: Las destrucciones y abandonos de los poblados durante los siglos VI y V a.C., y su relación con los comienzos del mundo ibérico y celtibérico", F. Burillo Mozota (ccord.), *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 275-288.

Trigger, B.G.

1984.- "Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist", *Man*, 19, pp. 355-370.

1992.- *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona.

Tuan, Y.F.

1987.- *Space and Place. The Perspective of Experience*, London.

Tyler, S.A. (ed.)

1969.- *Cognitive Anthropology*, New York.

Untermann, J.

1992.- "Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica", en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica*, Madrid, pp. 19-33.

1995.- "Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico", F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 7-24.

Vallespí Pérez, J.

1961.- "Sobre la problemática del Bronce final y el asentamiento hallstático en el Bajo Aragón. El sustrato indígena recipiario de los inmigrantes", *Teruel*, 26, pp. 247-259.

1993.- "Piezas líticas y talleres domésticos en los poblados 'hallstáticos' del bajo Aragón", *Bajo Aragón, Prehistoria*, 9-10, pp. 71-81.

Van de Ven, C.

1981.- *El espacio en Arquitectura*, Madrid.

Van der Leew, S.E. - McGLade, J.

1993.- "Information, cohérence et dynamiques urbaines", D. Pumain - Lepetit (eds.), *Temporalités Urbaines*, Paris, pp. 195-245.

1997b.- "Structural change and bifurcation in urban evolution: a nonlinear dynamical perspective", S.E. van der Leew - J. McGlade (eds.), *Archaeology: time and structured transformation*, London, pp. 331-372.

Van der Leew, S.E. - McGLade, J. (eds.)

1997a.- *Archaeology: time and structured transformation*, London.

Vázquez Varela, J.M.

1992-93.- "El simbolismo del espacio en la arquitectura megalítica del NO. de la Península Ibérica", *Tabona*, VIII.2, pp. 611-617.

Vega, J. de la

1987.- "Contribució catalana a l'inventari de les probables coves santuari ibèriques", *Fonaments*, 6, pp. 171-190.

Vega, M. de

1983.- "Filogénesis, adaptació y sesgos biológicos del conocimiento. Una alternativa a las analogías formales", *Boletín de Psicología*, 2, pp. 71-123.

1984.- *Introducción a la psicología cognitiva*, Madrid.

1985.- "Procesamiento de información y cultura: hacia una integración teórica", M. Mayor (ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos. Homenaje a J. L. Pinillos*, Madrid, pp. 399-416.

Verón, E.

1968.- *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires.

Vicent García, J.M.

1982.- "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp. 9-53.

1984.- "Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la prehistoria", *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica (Soria, 1981)*, Madrid, pp. 71-87.

1985.- "Un concepto de metodología. Hacia una definición epistemológica de Prehistoria y Arqueología", *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología (Cáceres, 1981)*, Cáceres, pp.55-72.

1990.- "El debat postprocessual: algunas observacions 'radical' sobre una arqueología 'conservadora'", *Cota Zero*, 6, p. 102-107.

1991.- "Arqueología y Filosofía: La teoría crítica", *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp. 29-36.

1994.- "Perspectivas de la teoría arqueológica en España", P. López (ed.), *Congreso Hispano-Ruso de Historia*, Madrid, pp. 215-224.

1997.- "Arqueología y postguerra", G. Mora - M. Diez Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología*

*de España, II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología de España: siglos XVIII-XX (Madrid, 1995), Madrid.*

Vicente Redón, J.D.

1981.- "Cabezo de San Pedro (Oliete). Excavaciones arqueológicas, 1981", *Teruel*, 66, pp. 316-317.

1982.- "Excavaciones arqueológicas realizadas en la provincia de Teruel durante 1982. Cabezo del Cuervo (Alcañiz)", *Teruel*, 26, pp. 247-259.

Vicente, J.D. - Escriche, C. - Punter, M.P.

1985.- "Las construcciones defensivas del poblado ibérico del 'Cabezo de San Pedro' (Oliete, Teruel)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4, pp. 69-93.

Vicente, J.D. - Ezquerro, B. - Escriche, C.

1990.- *En Oliete hace dos mil años, Catálogo de la Exposición*, Teruel.

Vidiella, S.

1896.- *Recitaciones de la Historia política y eclesiástica de Calaceite*, Alcañiz.

1920.- "Las antigüedades ibéricas de Calaceite", *La Zuda*, VIII, pp. 184-189.

1980.- "Estaciones prehistóricas", *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, 5, pp. 201-213.

Vigier, F.C.

1965.- "An Experimental Approach in Urban Design", *Journal of American Institute of Planners*, pp.

Vilà, C.

1994.- "Una propuesta metodológica para el estudio del concepto templo en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae*, 25, pp. 123-139.

1997.- "Arquitectura templal ibérica", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 537-566.

Vilaseca Anguera, S.

1943.- *El poblado y necrópolis de Molá (Tarragona)*, *Acta Arqueológica Hispánica*, 1, Madrid.

1953.- *Coll del Moro, Poblado y túmulo posthallstáticos en Serra d'Allmors, Tivissa, Bajo Priorato*, *Estudios Ibéricos*, I, Valencia.

Vilaseca, S. - Serra, J.

1949.- *Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas de Tivissa (Tarragona)*, Informes y Memorias, 20, Madrid.

Villacorta, F.

1980.- *Burguesia y Cultura: Los intelectuales en la sociedad liberal (1908-1931)*, Madrid.

Villalbí, Ma.M.

1994.- "Monedes ibèriques del Castell d'Ulldecona", *Full Informatiu del Museu Comarcal del Montsià*, 25 jul 1994, p. 7.

e.p.- "El Castell d'Amposta un hàbitat del segle V a.C. a la desembocadura de l'Ebre", *XXXVII Assemblea Intercomarcal d'Estudiosos (Amposta 1991)*.

Villalbí, Ma.M. - Forcadell, T.

1994.- *Estructures domèstiques al Castell d'Amposta*, Treball de doctorat, inèdit.

Villalbí, Ma.M. - Forcadell, T. - Artigues, P.Ll.

1994.- "El Castell d'Amposta. Nota Preliminar", *Quaderns d'Historia Tarraconense*, XIII, pp. 185-198.

Villaronga, L.

1978.- *Los tesoros de Azaila y la circulación monetaria en el Valle del Ebro*, Barcelona.

1979.- "La circulación monetaria en Azaila (Teruel)", *I Symposium Numismático de Bcelona*, Barcelona.

Villoch Vázquez, V.

2001.- "El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la prehistoria reciente", *Complutum*, 12, pp. 33-49.

Viñas, R. - Conde, M.J.

1989.- "Elementos ibéricos en el arte rupestre del Maestrazgo (Castellón)", *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana, 1987)*, II, Arte rupestre y valle del Ebro, Zaragoza, pp. 285-295.

Viñas, R. Sarrià, E.

1978.- "Una inscripción ibérica en pintura roja en el abrigo del Mas del Cingle, Ares del Maestre (Castellón de la Plana)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 5, pp. 375-383.

Wallace, A.F.C.

1972.- *Cultura y personalidad*. Buenos Aires.

Walmsley, D.J. - Lewis, G.J.

1984.- *Human Geography. Behavioural Approaches*, London.

Watson, P.J. - Le Blanc, S.A. - Redman, C.L.

1974.- *El método científico en arqueología*, Madrid.

Weber, M.

1925.- *La ciudad*, Madrid.

Weyl, H.

1952.- *Symmetry*, Princenton.

Wheattley, P.

19 .- *The Concept of Urbanism*, London.

Whitley, D.S. (ed.)

1998.- *Reader in Archaeological Theory: Post-Processual and Cognitive Approaches*, London.

Wilk, R.R.

1983.- "Little Home in the Jungle: the Causes of Variation of House Size among Modern Kecki Maya", *Journal of Anthropological Archaeology*, 2.2., pp. 99-116.

1990.- "The Built Environment and Consumer Decisions", S. Kent (ed.), *Dosmestic Architecture and the Use of Space. And Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, pp. 34-42.

Wyer, R.S. - Strull, T.R.

1984.- *Handbook of Social Cognition*, Hillsdale.

Wynne - Edwards, V.C.

1962.- *Animal Dispersion in Relation to Social Bahaviour*, London.

Yellen, J.E.

1977.- *Archaeological approaches to present: models for reconstructing the past*, New York.

Zamora, E.

1988.- "Grupo étnico", en Aguirre, A. (ed.), *Diccionario temático de Antropología*, Barcelona, pp. 398-402.

Zannaras, G.

1976.- "The Relation between Cognitive Structure and Urban Form", G.T. Moore - R.G. Golledge (eds.), *Environmental Knowing: Theories, Research and Methods*, Stroudsburg.

Zapater, M.A. - Navarro, F.

1989.- "Cabezo Muel (Escatrón, Zaragoza)", *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, XV, pp. 323-370.

1989-90.- "Cabezo Muel: un ejemplo de asentamiento iberorromano en el valle medio del Ebro", *Caesaraugusta*, 66-67, pp. 57-64.

1991.- "Excavación arqueológica del yacimiento de época iberorromana de 'Cabezo Muel', Escatrón (Zaragoza). Campaña 1989", *Arqueología Aragonesa 1988-89*, Zaragoza, pp. 173-175.

1992.- "Informe de excavación arqueológica de 'Cabezo Muel', Escatrón (Zaragoza). Campaña 1990", *Arqueología Aragonesa 1990*, Zaragoza, p.95.

1994.- "Excavación arqueológica de 'Cabezo Muel'. Escatrón, Zaragoza. Campaña 1992", *Arqueología Aragonesa 1992*, Zaragoza 1994, pp. 71-74.

Zarate, A.

1991.- *El espacio en el interior de la ciudad*, Madrid.

Zevi, B.

1967.- "Alla ricerca di un codice per l'architettura". *L'Architettura*, 145.

1978.- *Saber ver la arquitectura*, Barcelona.



Zifferero, A.

1995.- "Economia, divinità e frontiera: sul ruolo di alcuni santuari di confine in Etruria meridionale", *Ostraka*, 4, pp. 333-350.

Zube, E.H. - Sell, J.L. - Taylor, J.G.

1982.- "Landscape Perception: Research, Application and Theory", *Landscape Planning*, 9, pp. 1-33.

Zubrow, E.B.W.

1994a.- "Cognitive Archaeology reconsidered", C. Renfrew - E.B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, pp. 187-190.

1994b.- "Knowledge representation and archaeology: a cognitive example using GIS", C. Renfrew - E.B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, pp. 107-118.

Zubrow, E.B.W. - Daly, P.T.

1998.- "Symbolic Behaviour: the Origin of a Spatial Perspective", C. Renfrew - C. Scarre (eds.), *Cognition and Material Culture. The Archaeology of Symbolic Storage*, Cambridge, pp. 157-174.

Zucchelli, B.

1970.- *Studi sulle formazioni latine in -lo- non diminutive e sui loro rapporti con i diminutive*, Parma.

Zuidam, R. A. van

1975.- "Geomorphology and Archaeology. Evidences of Interrelation at Historical Sites in the Zaragoza Region, Spain", *Geomorphology*, XIX.3, pp. 319-328.

1966.- "Inside and outside in Architecture: A Symposium", *Journal Aesth. Art. Crit.*, 25, pp. 3-15.

1976-78.- *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Ampurias 1997)*, Ampurias, 38-40, Barcelona.

1981a.- *La baja época de la cultura ibérica*, Madrid.

- 1981b.- "Excavaciones arqueológicas realizadas en la provincia de Teruel durante 1981", *Teruel*, 66, pp. 311-323.
- 1982.- "Excavaciones arqueológicas realizadas en la provincia de Teruel durante 1982", *Teruel*, 68, pp. 243-277.
- 1984.- *La cultura ibérica. Homenaje a Domingo Fletcher*, Varia III, Valencia.
- 1986.- *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona. 50 aniversari*, Barcelona.
- 1987.- *Coloquio: Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid 1986)*, Madrid.
- 1988a.- *La Arqueología hoy*, Revista de Occidente, 81, Madrid.
- 1988b.- *Corrents Teòrics en Arqueologia. Colloqui celebrat en la Universitat de Barcelona (Barcelona1986)*, Barcelona.
- 1989.- *Colloque International 'Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la protohistoire (Arles-sur-Rhone 1989)*, Pré-actes.
- 1991.- *Fotificacions: la problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a.C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa 1991.
- 1993a.- "What is Cognitive Archaeology", *Cambridge Archaeological Journal*, 3.2, pp. 247-270.
- 1993b.- *Actes del Seminari: El poblament ibèric a Catalunya (Mataró 1993)*, *Laietania*, 8, Mataró.
- 1994.- *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Medietrrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, Barcelona.
- 1996a.- *A Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario*, México.
- 1996b.- *El mundo ibérico: una década de investigaciones (1985-1995). 1a. parte*, *Revista de Estudios Ibéricos*, 2, Madrid.
- 1997.- *Espaces physiques, espaces sociaux dans l'analyse interne des sites du Néolithique à l'Age du fer*, *Actes du 19<sup>e</sup> Congrès National des sociétés historiques et scientifiques (Amiens, 1994)*, Paris.
- 1998a.- *Los Ibèros. Príncipes de Occidente*, Catálogo de la exposición, Barcelona.
- 1998b.- *El mundo ibérico: una década de investigaciones (1985-1995). 2a parte*, *Revista de Estudios Ibéricos*, 3, Madrid.

1998c.- *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior, Jornades Internacionals d'Arqueologia Romana (Granollers 1987),* Barcelona.

2000a.- *èbers. Agricultors, artesans i comerciants, III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric), Saguntum, Extra-3, Valencia.*

2000b.- "Where cities built as images?, *Cambridge Journal of Archaeology*, 10.2, pp. 327-365.



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN..... i-iv

## PARTE I.- LA REINTERPRETACIÓN DEL MARCO ESPACIAL

CAPÍTULO 1.- ENFOQUE HISTÓRICO POSITIVISTA ..... 3-23

- 1.- Matriz teórica difusionista
  - 1.1.- Los Íberos y el fenómeno colonial prerromano
  - 1.2.- Los Íberos y los nacionalismos
  - 1.3.- Los Íberos y las tipologías
- 2.- La construcción del espacio ibérico tradicional

CAPÍTULO 2.- LA (YA NO TAN) 'NUEVA ARQUEOLOGÍA' ..... 25-54

- 1.- Reflexiones teóricas posteriores a la revolución tecnológica
- 2.- Nuevas Aproximaciones Arqueológicas'
- 3.- La Teoría del Espacio en las 'Nuevas Aproximaciones Arqueológicas'
  - 3.1.- Territorio
  - 3.2.- Asentamiento
  - 3.3.- Unidades menores

CAPÍTULO 3.- LA CULTURA IBÉRICA EN EL VALLE DEL EBRO..... 55-100

- 1.- Comarcas aragonesas
  - 1.1.- Marco conceptual e interpretativo
  - 1.2.- Marco analítico
    - La prospección arqueológica*
    - La Geoarqueología*
    - La Arqueología espacial*
  - 1.3.- La formación del mundo ibérico: periodización
  - 1.4.- El modelo resultante: la iberización como proceso de aculturación
- 2.- Comarcas catalanas
  - 2.1.- Marco conceptual e interpretativo
    - Baix Ebre*
    - Montsià - Baix Maestrat*
    - Montsià*
  - 2.2.- Marco analítico
    - Baix Ebre y Montsià*
    - Montsià - Baix Maestrat*
    - Montsià*
  - 2.3.- La formación del mundo ibérico: periodización
  - 2.4.- El modelo resultante: la iberización como proceso de aculturación

## PARTE II.- EL ESPACIO IBÉRICO COMO SISTEMA DE COMUNICACIÓN

### CAPÍTULO 4.- ESPACIO TERRITORIAL Y REGISTRO

ARQUEOLÓGICO ..... 103-168

#### 1.- Los territorios del valle del Ebro

##### 1.1.- Los *Sedetani* y su territorio

*El territorio durante los C.U.R.*

*El territorio durante la F.P.H.T.C.U.*

*El territorio durante los C.U.T.*

*El territorio romanizado*

##### 1.2.- Los *Ausetani* del Ebro y sus hábitats

*Los hábitats durante los C.U.R.*

*Los hábitats durante la F.P.H.T.C.U.*

*Los hábitats durante los C.U.T.*

*Los hábitats durante el Ibérico Pleno*

*Los hábitats romanizados*

##### 1.3.- Los *Ilercavones* y su territorio

*El territorio durante el B. final II y III*

*El territorio durante el Ibérico I*

*El territorio durante el Ibérico II*

*El territorio durante el Ibérico III*

*El territorio durante el Ibérico IV y V*

#### 2.- Persistencia y cambio en la articulación de los territorios del valle del Ebro

### CAPÍTULO 5.- ESPACIO RESTRINGIDO Y REGISTRO

ARQUEOLÓGICO ..... 169-238

#### 1.- Los hábitats del valle del Ebro

##### 1.1.- Los *Sedetani* y sus hábitats

*Los hábitats durante los C.U.R.*

*Los hábitats durante la F.P.H.T.C.U.*

*Los hábitats durante los C.U.T.*

*Los hábitats romanizados*

##### 1.2.- Los *Ausetani* del Ebro y sus hábitats

*Los hábitats durante los C.U.R.*

*Los hábitats durante la F.P.H.T.C.U.*

*Los hábitats durante los C.U.T.*

*Los hábitats durante el Ibérico Pleno*

*Los hábitats romanizados*

##### 1.3.- Los *Ilercavones* y sus hábitats

*Los hábitats durante el B. final II y III*

*Los hábitats durante el Ibérico I*

*Los hábitats durante el Ibérico II*

*Los hábitats durante el Ibérico III*

*Los hábitats durante el Ibérico IV y V*

2.- Persistencia y cambio en la articulación de los hábitats del valle del Ebro

## CAPÍTULO 6.- ESPACIO DOMÉSTICO Y REGISTRO

ARQUEOLÓGICO ..... 239-287

1.- Las viviendas del valle del Ebro

1.1.- Los *Sedetani* y sus viviendas

*Las viviendas durante los C.U.R.*

*Las viviendas durante la F.P.H.T.C.U.*

*Las viviendas durante los C.U.T.*

*Las viviendas romanizadas*

1.2.- Los *Ausetani* del Ebro y sus hábitats

*Los hábitats durante los C.U.R.*

*Los hábitats durante la F.P.H.T.C.U.*

*Los hábitats durante los C.U.T.*

*Los hábitats durante el Ibérico Pleno*

*Los hábitats romanizados*

1.3.- Los *Ilercavones* y sus viviendas

*Las viviendas durante el B. final II y III*

*Las viviendas durante el Ibérico I*

*Las viviendas durante el Ibérico II*

*Las viviendas durante el Ibérico III*

*Las viviendas durante el Ibérico IV y V*

2.- Persistencia y cambio en la articulación de las viviendas del valle del Ebro

## CAPÍTULO 7.- EL LENGUAJE ESPACIAL ..... 289-350

1.- La lectura de la realidad espacial

1.1.- La perspectiva territorial

*La Ecología humana*

*La Biología del comportamiento*

*La Antropología*

1.2.- La perspectiva conitiva

2.- La Arqueología de la mente

2.1.- Ciencia vs. Hermeneutica

*Modernidad y Ciencia*

*Postmodernidad y Hermeneutica*

2.2.- Arqueología cognitivo-procesual vs. Arqueología post-procesual

*El funcionalismo*

*La cognición*

*Arqueología cognitiva o interpretativa postprocesual*

*Arqueología procesual-cognitiva*

*Arqueología de la Identidad y Estructuralismo*

2.3.- Comportamiento inteligente y utilización de símbolos

*Cuando se comienzan a utilizar los símbolos*

*Cómo se utilizan los símbolos*

*Símbolos y análisis codigológico*

- 2.4.- Arqueología y Ciencias Cognitivas
- 2.5.- Comprobación vs. interpretación
- 3.- La cultura como sistema de comunicación
  - 3.1.- El espacio como lenguaje: la gramática espacial
  - 3.2.- El espacio como sistema de comunicación visual: el código espacial
- 4.- La articulación del código espacial
  - Tipología de códigos*
  - 4.1.- Código doméstico
  - 4.2.- Código urbanístico
  - 4.3.- Código territorial

## CAPÍTULO 8.- ENTORNO CONSTRUIDO Y PATRONES

DE CONDUCTA ..... 351-393

- 1.- Signos, funciones y entorno simbolizado: esquemas perceptivos significativos
  - 1.1.- Signos del espacio doméstico
  - 1.2.- Signos del espacio urbanizado
  - 1.3.- Signos del espacio territorial
- 2.- Entorno simbolizado y actividad

CONCLUSIONES..... 395-397

BIBLIOGRAFÍA ..... 399-553